

A woman with long, wavy hair, seen from behind, is walking away on a dirt path. She is wearing a white, strapless, tiered dress. The path leads towards a dense forest of trees, which is brightly lit by sunlight, creating a warm, golden glow. The overall atmosphere is serene and hopeful.

*Enlazando
el destino*

~ *Claudia Cardozo* ~

Claire Jones es una joven abogada con un prometedor futuro, un empleo envidiable y una sólida relación con David, el hombre que ama. Cree ser feliz y considera que su vida es casi perfecta... pero guarda un secreto que no se atreve a develar. Durante los últimos dos años se ha visto acosada por sueños que le muestran un pasado que no le pertenece, pero por el que no puede evitar sentirse atraída. Es testigo de una historia de amor que le intriga y enloquece a partes iguales, insegura acerca de quién es aquella mujer del pasado a quien ve perdidamente enamorada y cuál es la identidad del hombre por el que ha decidido abandonarlo todo.

Cuando el mejor caso de su carrera le es asignado y se ve frente a la posibilidad de hacer realidad sus ambiciosos planes de ascenso en la firma para la que trabaja, cree que está frente a un momento crucial de su vida, una en la que los sueños no tienen cabida. Lo que no puede imaginar es que está a punto de encontrarse con su destino, el mismo que se presenta ante ella en la forma de Simon, un detective de policía que parece decidido a obligarla a replantearse toda su existencia y la seguridad de sus sentimientos.

¿Quién es la mujer de sus sueños? ¿Qué papel juega Claire en su torturada vida? Y aún más importante... ¿Quién es realmente Simon? Atrapada entre el mundo de sus sueños y el presente, no solo deberá enfrentarse en la corte a un oponente inesperado al luchar por la libertad de su peligroso defendido, sino que se verá también dividida entre la realidad y lo que considera una ilusión.

Misterio, intriga, peligro, y una historia de amor que trasciende el tiempo, son los elementos claves de una novela que entremezcla un aire onírico y actual que envolverá al lector instándolo a formar parte de la historia y a descubrir junto a Claire cuál es su destino

ENLAZANDO EL DESTINO

CLAUDIA CARDOZO

Historia: © Claudia Cardozo

Diseño y maquetación: © Araceli Maciel

Esta historia es pura ficción. Sus personajes no existen y las situaciones vividas son producto de la imaginación. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad en ellos.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

1ª Edición Agosto 2014

A mi familia, por ser. Siempre.

A Ara, por estar y acompañarme en cada paso de esta aventura.

A Helena, por su amistad, paciencia y excelentes consejos.

INDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPITULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

EPÍLOGO

"El amor auténtico se encuentra siempre hecho. En este amor un ser queda adscrito de una vez para siempre y del todo a otro ser. Es el amor que empieza con el amor."

José Ortega y Gasset (1883 – 1955)

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Londres, Inglaterra. 1860

La nieve caía con suavidad sobre el camino empedrado, en tanto una mano enguantada asomaba tímidamente por la ventanilla del carruaje, con la palma hacia arriba, y en cuanto los copos entraban en contacto con la fina seda, la mano giraba para dejarlos caer. Este sencillo acto se repitió una y otra vez hasta que el vehículo se detuvo tras una larga fila de otros como este, de los que descendían tanto una dama con un esplendoroso vestido, como un caballero ataviado con el más fino traje.

La portezuela del carruaje se abrió y un lacayo de librea azul se apeó para ayudar a bajar a su ocupante, que apenas se sujetó para descender, dedicándole una sonrisa agradecida. Miró la imponente mansión que se erguía ante ella, y se llevó una mano al pecho, al tiempo que ahogaba un suspiro.

La figura se encaminó hacia los amplios escalones, subiendo con delicadeza, ignorando a las personas que se apresuraban para entrar, huyendo de la nieve, mientras ella sonreía al sentir los copos que caían sobre su cabello y hombros desnudos.

Una vez dentro, buscó con la mirada de un lado a otro del salón, pero pronto pudo adivinarse el desencanto en su rostro, el mismo que fue enmascarado tras una sonrisa.

El tiempo pasó, hubo risas, bailes, y aún así, quien viera a la mujer con atención, no tendría dificultad en adivinar cierta añoranza en sus ojos, que se dirigían con frecuencia a las grandes puertas por las que continuaban haciendo su ingreso algunas personas.

Pasado un momento, tras una última pieza, la dama se dirigió a las afueras del salón, con los hombros ligeramente caídos y una expresión de decepción que permitió aflorar a su rostro en cuanto estuvo alejada de miradas indiscretas.

Tras andar con paso decidido, como si conociera bien el camino, se detuvo al fin frente a una terraza lo bastante alejada para que apenas se oyera el sonido de la orquesta tocando en el gran salón. Una vez allí, apoyó ambas manos sobre la balaustrada y recostó su cuerpo, ahogando un suspiro.

Levantó la vista al cielo, con los ojos entrecerrados, totalmente concentrada en admirar las resplandecientes estrellas sobre el cielo de Londres,

y las nubes que aparentaban las formas más curiosas. Empezó a trazarlas con el dedo índice que hacía oscilar frente a ella de modo que casi parecía poder abarcar todo el firmamento.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios al escuchar unos suaves pasos que se acercaban en su dirección, pero no abandonó su postura relajada ni el curioso ejercicio de contar las estrellas.

El vaho de su aliento al exhalar el aire contenido se mezcló con el del hombre que había llegado ya a su altura, y que sin dudar, se detuvo a pocos centímetros de distancia, elevando una mano para tomar la suya, continuando ese trazado del cielo, en tanto llevaba los labios a su oído para depositar un beso que consiguió estremecerla.

Tan solo pasaron unos minutos antes de que ella abandonara su labor, y entrelazando la mano con la que le sujetaba por el dorso, giró apenas lo suficiente para mirar sobre su hombro y dirigirle a la figura tras ella una sonrisa serena.

—Has tardado.

Cuando acercó el rostro, al tiempo que entreabría los labios, mezclando su aliento con el del hombre, sintió un golpe seco en el estómago.

Entonces, Claire despertó.

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 1

Boston, Estados Unidos. En la actualidad

¡Dios! No, no otra vez.

El sonido del despertador se entremezcló con el del ronquido a su lado, e hizo un esfuerzo para abrir del todo los ojos, y deshacerse del brazo que reposaba sobre su vientre.

—David, despierta, son las siete—sacudió su hombro con delicadeza—. Tienes que dejar de moverte así mientras duermes, o voy conseguir un bate para defenderme.

Sonrió al recibir un gruñido como respuesta, mientras el brazo subía por su abdomen hasta llegar a su pecho.

—Lo siento, te compraré uno, lo prometo—el hombre se acomodó sobre uno de sus codos, mirándola con una sonrisa juguetona, aún adormilado—. ¿Cómo es que sigues conmigo?

—El amor ayuda, pero no presiones—retiró la mano que continuaba acariciándola, sin ocultar una mueca divertida—, y aunque me encantaría quedarme un rato más, debo trabajar, y tú también.

—¿Segura?

Ella fingió pensarlo, pero antes de que él pudiera hacer algo, salió de la cama y apagó el despertador con un golpe enérgico.

—No, pero necesito el dinero—hizo una mueca graciosa y corrió a una puerta en la esquina de la habitación antes de que pudiera adelantársele—. Si preparas el desayuno, te dejaré agua caliente.

—Muy maduro, Claire.

No lo escuchó, había cerrado ya la puerta y tras deshacerse del camisón, abrió el grifo de la ducha, pero contraria a su amenaza, usó agua fría, casi helada, y pese a su estremecimiento, exhaló un suspiro de alivio al sentirla golpear contra su piel.

Hacía semanas que no soñaba con *eso*.

Semanas en las que no soñaba con absolutamente nada, para ser más

exacta, y si lo hacía, no lo recordaba, lo que era una bendición. Pero allí estaba de nuevo, más vívido que nunca.

Un tiempo que no era el suyo, una vida que no le pertenecía, y aún así, se sentía tan cercana, tan real...

Ahucó ambas manos para recibir el agua que caía y la refregó contra su rostro, al tiempo que sacudía la cabeza con vigor.

Cuando los sueños se detuvieron, sintió una mezcla de consuelo y decepción. El primero porque no era nada agradable verse envuelta en extrañas circunstancias que no alcanzaba a comprender, aún cuando fuera en sueños; y el segundo, porque de alguna forma, estas vivencias habían pasado a formar parte de una suerte de rutina, una que a decir verdad, era bastante placentera. El verse a sí misma, en otro tiempo, era perturbador, pero saberse tan amada, le provocaba una emoción que no sabía explicar.

Sentimientos tan contradictorios, sumados a los remordimientos que le inspiraba el saber que hacía mal al experimentar todo esto, fueron el motivo por el que sintió tanto alivio al dejar de soñar. Era vergonzoso despertar cada mañana con un rostro en la mente, el de un hombre al que jamás había visto o vería en su vida, y encontrar a un siempre cariñoso David dispuesto a demostrarle su amor.

Sentía casi como si lo traicionara, lo que era ridículo, porque ella no escogía lo que iba a soñar, pero no lograba quitarse esa sensación del pecho.

Y allí estaban los sueños de vuelta, cuando los había guardado ya en un rincón de su memoria, pensando que no volvería a experimentarlos nunca más.

Lo más inteligente hubiera sido ignorarlos, o tomarlos como un hecho curioso y hasta hablarle a David de ellos, pero no se atrevía; era algo tan personal que no deseaba compartirlo siquiera con él, y no estaba segura de cómo fuera a tomarlo.

Tal vez encontrara divertido su relato de cómo se veía a sí misma en otro tiempo, con otras ropas, pero seguro que la idea de que soñara con un hombre que no era él, y a quien parecía amar tanto, no le haría ninguna gracia. Intentó ponerse en su lugar, y confirmó que si las cosas fueran a la inversa, no podría evitar sentir celos, por ridículo que pareciera.

No, lo mejor era no hablar con él al respecto; si tenía un poco de suerte, los sueños se irían tal y como llegaron, de improviso. Mientras ello ocurría, iba a hacer un esfuerzo por ignorarlos, y si eso no era posible, guardarlos como un secreto que solo ella conocía.

Más tranquila, con la mente despejada por el agua fría, cerró la llave y se envolvió en una toalla para salir. No le extrañó el no encontrar a David en la habitación, y en tanto se vestía, aspiró con deleite el aroma del café.

Lo encontró afanándose en la cocina, y se quedó un momento contemplándolo desde el dintel de la puerta. En su opinión, había pocas cosas más sensuales que un hombre cocinando, o al menos como David lo hacía; seguro, con movimientos enérgicos y moviéndose sin problemas, todo lo contrario al espectáculo que ella ofrecía cuando se veía en la necesidad de enfrentarse a una sartén.

—No te merezco.

—No, pero tómalo como un justo pago por soportar mis malos movimientos en la cama—se quedó pensando un momento, con la espátula en el aire, y el ceño fruncido—. Espera, borra eso, no me he expresado bien.

—Algo espantoso en un hombre de tu profesión—ella se rió y cogió el utensilio de su mano en tanto le daba un rápido beso—. Ve a darte un baño, prometo no quemar nada.

Él pareció pensárselo y observó casi con lástima su comida.

—David, por favor, son solo huevos, podré con ellos.

—Si tú lo dices...—no se vio muy seguro, pero le dejó el lugar—. No me tardo, ve tomando un poco de café, puedo llegar algo más tarde hoy.

Se esforzó para que al regresar encontrara la mesa puesta y la comida en tan buen estado como le fue posible, y sonrió con suficiencia al verlo llegar con expresión desconfiada mientras ocupaba su lugar sin dejar de dirigir la mirada del plato a su rostro.

—¿Algo que criticar?

—¿A ti? Jamás—se llevó un poco de comida a la boca e hizo un gesto de agrado—. ¡Vaya! Estamos mejorando.

—¿En verdad piensas que soy tan mala?

—Bueno, no me enamoré de ti precisamente por tu talento en la cocina...

Claire rió y tomó otro sorbo de su café; para la segunda taza del día su cabeza se sentía completamente despejada, lo suficiente para olvidar sueños extraños y disfrutar su presente.

—Tienes suerte, cariño, no puedo llegar tarde hoy—hizo a un lado su

servilleta y corrió de vuelta al dormitorio.

Regresó un par de minutos después, con el bolso al hombro y un cepillo en la mano.

—Algunos pensarían que estamos locos por intentar compartir una comida cuando no tenemos tiempo. Lo sabes, ¿no?

—¿Qué sería de la vida sin un poco de locura?—David se estiró en el asiento para recibir un beso.

—No digas esas cosas en la oficina, destruiría tu imagen.

Él se encogió de hombros y le hizo un gesto de despedida.

—Te amo.

—Lo sé—Claire guardó el cepillo y abrió la puerta de la calle para salir, pero antes le dirigió una mirada cariñosa—. Yo también te quiero.

Claro que amaba a David, y mucho, se recordó mientras esperaba por un taxi en la entrada del edificio; lo suyo era amor de verdad, no ese absurdo e ilógico sentimiento que creía experimentar en unos sueños de los que ahora se permitía reír.

Tuvo suerte, porque pudo detener un vehículo con más rapidez de lo normal, y suspiró aliviada al comprobar la hora en su reloj. Aún cuando el tráfico fuera tan malo como de costumbre, llegaría a la firma a tiempo.

En verdad estaban locos al fantasear siquiera en que alguna vez podrían terminar un desayuno sin que uno tuviera que salir corriendo, pero aún así, el intentarlo se había convertido en un ritual que disfrutaba tanto como David.

Recostó la cabeza en el asiento y cerró un momento los ojos, pensando en el día que le esperaba. Era lunes, lo que le permitía augurar dos posibles escenarios; la jornada transcurriría de forma tranquila, y se aburriría atendiendo casos sencillos; o, esto era lo más probable, empezaría con un remolino de actividad que se moría por enfrentar.

¿Qué podía decir? Le encantaba su trabajo.

Para la mitad del día, se vio en la necesidad de repetirse una y otra vez lo mucho que le gustaba su labor como abogada en una firma tan prestigiosa como Andrews and Barnett; era eso o matar a su asistente, y hubiera odiado hacerlo, porque cuando no estaba metiendo las narices en donde no debía, Jenny era una mujer bastante simpática. Aún sus entradas eran espectaculares, así como ahora,

que iba con una carpeta en la mano mientras caminaba como si estuviera en una pasarela, un acto extraordinario para una mujer que apenas superaba el metro y medio de estatura.

—¿Algún recado más que debas entregarme? ¿Craig necesita que saque de la cárcel a su dentista o algo así?—sabía que Jenny no tenía la culpa de que le dieran casos tan absurdos, pero debía desquitarse con alguien, era humana.

—¿Crees que Barnett tiene a un dentista asesino?

—Había pensado en una demanda por mala praxis...—comentarios como ese lograban que se replanteara la idea del asesinato; no podía deshacerse de alguien que siempre le arrancaba una sonrisa—. ¿Y bien? ¿Qué es?

Jenny giró de un lado a otro la carpeta que llevaba y le dirigió una mirada burlona.

—No estoy segura, soy solo una asistente, pero aún así puedo entender que tal vez esto signifique tu mudanza al piso doce en este, uno de los edificios más respetados y codiciados de la hermosa ciudad de Boston—su asistente dijo las últimas palabras con un tono melodramático y la mano libre sobre su pecho.

Con eso obtuvo toda su atención.

—¿Piso doce? ¿En serio?—en ese piso se encontraban las oficinas de los asociados y ella mataría por ser una—. Dame eso.

Jenny lo extendió con una amplia sonrisa y se quedó de pie, con los brazos cruzados, en tanto ella leía.

—¡Vaya! ¿Segura de que Craig quiere que sea yo quien se encargue de esto?—hablaba según sus ojos iban de una línea a otra—. Esto es grande, Jenny, es fenomenal, es...

—Aterrador, deberías mencionar también eso.

Claire hizo un gesto de desinterés con una mano, como si ese comentario le pareciera totalmente irrelevante.

—No juzgamos a nuestros clientes.

—*Ustedes* los abogados no juzgan a sus clientes; yo sí lo hago, y mucho—hizo un gesto de desagrado—. Es un criminal de muy mala calaña, Claire.

—Es un sospechoso, Jenny, y lo será hasta que yo demuestre su inocencia; además, este será el caso más complejo en el que haya trabajado, eso quiere decir que Craig realmente empieza a considerarme para esa oficina.

Jenny se encogió de hombros, sin abandonar del todo su expresión reprobadora.

—Por eso quiero que mis hijos estudien medicina—dijo—. Sin ofender.

Claire no le dio importancia a su observación; su asistente siempre se estaba quejando de los pocos escrúpulos que podía mostrar un abogado, pero era una de esas personas que seguían los casos con mucho interés, y cuando tenía alguna duda, era la primera en ayudarle a obtener toda la información que pudiera serle de utilidad.

—Pero no te molestarás si consigo un ascenso, ¿verdad?

—Siempre y cuando me lleves contigo.

—Hecho—sonrió—. Consígueme todo lo que puedas encontrar acerca de este caso, voy a tramitar un permiso para ver a ese hombre.

Jenny asintió, tomó unas cuantas notas, y dejó la oficina.

En tanto su asistente se afanaba frente al computador, lo que podía ver por las ventanas traslúcidas, Claire sonrió como no lo hacía hace mucho tiempo, con un brillo ambicioso en los ojos. Un caso interesante, posibilidades de una promoción... el día empezaba a mejorar.

Una de las normas tácitas en el amplio código de abogados defensores, tampoco escrito, era que jamás se debía juzgar a un cliente por su apariencia. Podían llevarse a cabo algunos “arreglos” al presentarlo ante un jurado, por ejemplo, pero solo para conseguir un resultado favorable.

Sin embargo, en ocasiones, resultaba muy difícil ignorar ciertas cosas que saltaban a la vista. Como el hecho de que el hombre frente a Claire parecía llevar la palabra “culpable” escrita en la frente.

Su cliente podría ser también su padre, por la edad que aparentaba; y el cabello ralo, mal cuidado y con mechones rubios decolorados, sin contar la ropa casi hecha jirones, no ayudaba a dar una buena primera impresión.

¡Genial! Hubiera sido más sencillo defender a un inocente, pero bien pensado, podría verlo como un desafío, uno que además le serviría para demostrarle a Craig Barnett que no se equivocó al asignarle ese caso.

Despidió con una mirada al oficial que la acompañó hasta la sala de interrogatorios en la que se encontraba su cliente, y ocupó la silla frente a él.

—Buenos días, señor Cook, mi nombre es Claire Jones, me encargaré de

su defensa—le extendió la mano y reprimió un gesto asqueado ante su desagradable mirada.

—El viejo Barnett tiene buen gusto.

Ya, también tendrían que trabajar en su actitud, y según su experiencia, sería más difícil que conseguirle un traje nuevo.

—Su expediente es muy... interesante.

El hombre respondió al comentario con una risotada que le provocó un escalofrío, algo poco común, porque no era de la clase de persona que se intimidaba con facilidad.

—Y también es graciosa, todo un paquete—levantó ambas manos esposadas y las dejó caer con fuerza sobre la mesa—. Sé buena y dime que no eres estúpida, porque eso sería una decepción.

Claire mantuvo la calma y esa media sonrisa impenetrable que siempre le servía para tratar con clientes difíciles.

—Estará bien representado, señor Cook, no debe preocuparse por eso.

—Bueno, querida, sácame de este lugar y te creeré.

Otra media sonrisa y empezó a hojear nuevamente el expediente, sin dejar de levantar la mirada cada tanto para observar al hombre que seguía con esa mueca que le revolvió el estómago.

—Tan pronto como terminemos aquí presentaré el pedido de fianza, pero seré honesta con usted; será muy difícil conseguirlo.

—¿Y eso por qué?

Vamos, le pedía que no fuera estúpida y él se comportaba como un idiota.

—En cuanto vayamos a la lectura de cargos, el fiscal se encargará de nombrar sus antecedentes, y estos son muchos—fue clara, quizá más cortante de lo debido—; además, en lo que a este caso se refiere, cuentan con algunas pruebas que me encargaré de refutar, pero necesito tiempo para eso.

Esperó pacientemente a que el hombre hablara, pero este no dejaba de mirarla con el ceño fruncido, en tanto se rascaba la barba. Cuando empezó a mirar su reloj, para dejar notar que el tiempo se acababa, al fin se decidió a hablar.

—Me gustas, eres honesta, aunque espero que no demasiado, no si vas a sacarme de este... problema.

Claire cerró la carpeta y abrió el block de notas que llevaba a todas partes, sin pestañear una sola vez.

—Seré lo que deba para cumplir con mi trabajo—le aseguró—. Ahora, señor Cook, voy a necesitar que sea sincero conmigo y me cuente la verdad. No quiero mentiras, no voy a juzgarlo, pero no puede esconderme nada, ¿comprende? No puedo andar a ciegas, eso significaría una condena segura para usted, y ninguno de los dos quiere eso.

—No, no lo queremos, ¿verdad?

Ella asintió en señal de conformidad y le hizo un gesto para que empezara a hablar.

—No maté a ese hombre, Redford, solo le di una paliza, una bien merecida, por cierto—no parecía arrepentido, hablaba con un orgullo y un brillo en los ojos que la desconcertó por un segundo—. Me robó, ¿puedes creerlo? ¿Quién sería tan idiota como para robarme?

—Según el atestado policial, era dinero de apuesta ilícitas, ¿cierto?

El hombre se encogió de hombros, como si aquello fuera un simple detalle intrascendente.

—Un hombre tiene que ganarse el sustento, no van a juzgarme por eso.

—Lo harán, pero ese es el menor de sus problemas, nos encargaremos de ese cargo luego. Pero el de asesinato, bueno, no tengo que decirle lo delicado que es.

Cook dio un golpe sobre la mesa con ambas manos, haciendo tintinear el metal de las esposas y provocándole un ligero sobresalto.

—Acabo de decirte que no lo maté, solo lo golpeé, y él se defendió; peleamos, ese no es un crimen, ¿verdad?

—Lo es si uno de los participantes en la pelea termina muerto.

—Pues eso no pasó, estaba vivo cuando lo dejé, ¿de acuerdo? Mujer, peleamos en la puerta de un bar, ¿sabes cuántos testigos puedes encontrar allí? ¿Cómo demonios se te ocurre que voy a matar a alguien frente a medio mundo?

Claire entrecerró los ojos y golpeó con su lapicera sobre la mesa, sin alterar demasiado su semblante.

—¿Y en privado? ¿Mataría a un hombre sin testigos de por medio, señor Cook?

Se ganó una mirada irascible que no le afectó; en verdad, obtuvo el efecto que esperaba, ya que su cliente no parecía un hombre que pudiera controlar su temperamento con facilidad. Si iban a juicio, lo cual era casi seguro, iban a tener que trabajar también en eso o un fiscal lo destrozaría.

—Quizá—respondió, luego de aspirar profundamente y pasarse las manos esposadas por el cabello—, pero no podría asegurarlo, nunca lo he hecho.

Su tono sardónico no le causó gracia; por el contrario, habría jurado que vio un brillo peligroso en sus ojos, el mismo que esperaba no fuera a mostrar en un juzgado.

—Según el informe policial, Eric Redford no fue encontrado muerto en las afueras del bar donde sostuvieron la pelea, sino a algunas calles de distancia, en un callejón, para ser más precisa—decidió que era el momento de retomar el control de la conversación—. Fue apuñalado repetidamente, murió desangrado.

Cook se encogió de hombros sin mostrar ni un ápice de compasión.

—¿Qué espera que diga? ¿Pobre tipo? El bastardo no me pagará nunca; si lo piensas, dulzura, también soy una víctima.

—Ya—podía dejar pasar eso—. Si bien es cierto lo que dice, que el señor Redford no murió durante la pelea, lo hizo unas horas después, y todo apunta a que el responsable es usted.

—¿Por qué? ¿Por una discusión?

—Según las personas presentes durante la pelea, las mismas que los separaron, usted lo amenazó de muerte—abrió una vez más la carpeta y buscó una línea resaltada—. Dijo, y lo cito textualmente: “Iré por ti, te arrancaré el corazón y haré que te lo comas”.

El hombre soltó un bufido desdeñoso y lo miró con una mueca arrogante.

—¿Nunca has estado molesta con alguien, dulzura? Se dicen muchas cosas en medio de una discusión.

Prefirió no responderle que por muy disgustada que pudiera haberse encontrado alguna vez, jamás amenazaría a un ser humano con arrancarle uno de sus órganos.

—Señor Cook, necesito que mejore su actitud; este caso es muy serio, y sus burlas no le ayudarán—se inclinó un poco sobre la mesa para mirarlo con mayor seriedad—. Peleó con el señor Redford unas horas antes de que lo encontraran muerto, lo amenazó frente a múltiples testigos, y no tiene una

coartada.

—¡Claro que tengo una coartada!

Claire suspiró y volvió a mirar el expediente.

—Según su declaración, luego de la pelea regresó al bar, pero salió al poco tiempo y se dirigió a casa. Usted vive solo, nadie puede atestiguar que esto sea verdad; podría haber ido tras el señor Redford para continuar la disputa.

Otro golpe sobre la mesa y esta vez acompañado por una mirada feroz.

—¿De parte de quién diablos estás? Sabes que seré yo quien te pague, ¿verdad?

—Señor Cook, lo que digo no será nada comparado con lo que el fiscal va a argumentar; va a escarbar en su vida desde el momento en que nació, mencionará cada uno de sus antecedentes y se encargará de ubicarlo en la escena del crimen si eso es posible. Ahora, lo repito, necesito que sea honesto conmigo; ¿mató a Edward Redford?

Esta vez el hombre no golpeó la mesa ni la miró con insolencia, solo se recostó sobre la silla, y la vio con sus ojos decolorados que alguna vez debieron ser de un azul vívido, sin pestañear.

—Yo no lo hice.

Claire asintió tras estudiarlo por unos segundos. ¿Le creía? No estaba segura, no era un hombre al que se pudiera leer como un libro abierto, y aún más, había algo en él que le inspiraba una fuerte desconfianza. Sin embargo, se recordó una vez más que las apariencias son engañosas, y que cualquiera fuera el caso, su labor era pelear por su inocencia, sin importar si esta era real.

—Bien, entonces pongámonos a trabajar—empuñó la lapicera y le hizo un gesto de apremio—. No tenemos mucho tiempo, necesito que me dé algunos nombres de personas que podrían atestiguar haberlo visto volver a su casa, según declaró. Vecinos, amigos, todo servirá.

—¿Y si nadie me vio?

—Ya pensaremos en algo—respondió, encogiéndose de hombros.

Cook le dirigió la primera sonrisa sincera desde su llegada, y esta, en lugar de tranquilizarla, le inspiró una fuerte inquietud.

—Ahora nos entendemos.

Claire llegó a casa con un fuerte dolor de cabeza y algo desalentada por el giro que iban tomando sus investigaciones.

Tan pronto como terminó de hablar con su cliente, buscó a los detectives que lo arrestaron, pero solo encontró a uno, porque su compañero estaba ocupado con otro caso. Esperaba que este fuera mucho más amable que el hombre que la atendió, porque no solo dejó en claro que creía en la culpabilidad de Cook, sino que además se mostró más que desagradable con ella; al parecer, los abogados defensores eran una plaga que en su opinión alguien debería tomarse el trabajo de erradicar.

Al regresar a la oficina, Jenny la esperaba con un mensaje de Craig Barnett, que deseaba saber cómo iba el caso. No se le ocurrió decirle que solo llevaba unas horas en él, sino que le informó de todos sus avances y le aseguró que no tendría problemas en resolverlo. El viejo socio la despidió pronto con la sugerencia, por no llamarle orden, de que así fuera y deslizó, con mucho tacto, la posibilidad de que esto le ayudaría mucho en su carrera. Podía traducir eso como “si ganas, tal vez te subamos al piso doce; si pierdes, bueno, mi dentista podría necesitar tu ayuda”.

Aún cuando Jenny le ayudó a contactar con los testigos de la pelea en el bar, y obtuvo gracias a sus contactos el informe forense de Redford, no encontraba nada que eximiera a su cliente; en verdad, todo llevaba a pensar en su culpabilidad, o al menos justificaba la desconfianza en su inocencia.

Solicitó una audiencia al juez para presentar el pedido de fianza, pero debería esperar al día siguiente para ello; esperaba que su cliente pudiera comportarse y el juez asignado fuera lo bastante magnánimo para aceptar, aunque no tenía muchas esperanzas.

Lo único que animó su día fue la repentina nevada que empezó a caer tan pronto como dejó la oficina, por lo que decidió caminar unas calles antes de buscar un taxi. Resultaba curioso que mientras la mayoría de personas maldecía por esto, refunfuñando acerca de lo que la nieve le haría a sus coches, y el frío que sentían, a ella le ayudara a sentirse mejor. Era extraño, pero el ver caer los copos de nieve la ponía de buen humor; cuando rozaban la piel de su rostro al levantar la cara, no podía evitar sonreír.

Cuando bajó del taxi, se quedó un momento en la acera, disfrutando de la vista de ese manto blanco sobre la acera, pero al mirar hacia arriba y contemplar la luz en su apartamento, corrió para entrar y tomó el ascensor.

David había encendido la calefacción, y el aroma de la comida en el

horno le arrancó una sonrisa mientras se deshacía de los guantes y el abrigo.

—Déjame adivinar, viniste caminando.

Al verlo aparecer, saliendo del dormitorio, sonrió más ampliamente y dejó que la envolviera en sus brazos mientras ella buscaba sus labios. Le gustaba que la abrazara y pasar las manos por su cabello oscuro para luego recostarse sobre su pecho, le transmitía una calma que arrasaba con todo el abatimiento del día.

—No, tomé un taxi, pero sí que anduve un par de calles a pie—se separó de mala gana y empezó a buscar un poco de jugo en la congeladora.

—Nunca entenderé por qué te gusta tanto la nieve.

Claire no respondió y, con la cabeza dentro del refrigerador, frunció el ceño al verse asaltada por el recuerdo del último sueño que tuvo la noche anterior. Allí también le gustaba la nieve.

—Claire, sal de allí, vas a enfermarte.

Solo entonces, ante el tono apurado de David, tomó la botella y cerró el aparato.

—Tienes razón, es que no lo encontraba—mintió, al tiempo que daba un sorbo a la bebida, sin mirarlo—. ¿Qué tal tu día?

—Mucho mejor que el tuyo, según puedo ver, pero hablemos durante la cena, ¿por qué no te pones algo más cómodo? Compré algo en el camino, lo iré sacando del horno mientras tanto.

—Buena idea, volveré en un momento—le sonrió agradecida tras depositar otro beso sobre su mejilla.

Según se iba despojando de la ropa, los recuerdos del sueño se mezclaban con las palabras de David. Lo que sentía al ver la nieve era exactamente igual en el sueño; mientras muchos huían como si les fastidiara, ella la buscaba y sentía un placer especial al sentirla. La diferencia era que mientras David no lograba comprenderlo, el hombre en su sueño parecía compartir ese gusto con ella.

Era extraño; quizá más perturbador que extraño.

—¡Claire!

Sacudió la cabeza y buscó algo sencillo que ponerse antes de volver a la cocina, procurando mostrar la misma sonrisa serena que exhibió al llegar.

—¿Te he dicho que no te merezco?

—Lo haces un par de veces al día, especialmente a la hora de las comidas.

—¿En verdad? Eso parece un poco sospechoso, no me gustaría que pienses que te quiero solo porque te preocupas de que coma.

—Lo pensé durante un tiempo, debo confesarlo, pero ya he desechado esa posibilidad.

—Gracias, qué alivio—se rió mientras tomaba un sorbo de vino que le calentó el cuerpo.

David le hizo un gesto para que empezara a comer, y no necesitó que lo repitiera. No se había dado cuenta del hambre que sentía hasta que dio el primer mordisco; apenas si comió un emparedado a la hora del almuerzo mientras iba al juzgado.

No hablaron por unos minutos, lo que ella agradeció.

—Cuéntame de tu día, parece que te hubiera arrastrado un huracán.

Si él supiera, pensó Claire, ahogando un suspiro.

Empezó a contarle acerca de su nuevo caso sin entrar en detalles, jamás lo hacía al hablar de su trabajo con David y él lo entendía sin problemas, pero sí que pudo comentar lo que más le preocupaba; que de su éxito o fracaso en esa asignación dependía su futuro laboral.

—Creo que el viejo Barnett te está probando—la interrumpió al cabo de un momento—. Tienes un excelente record en la firma, has ganado casi todos tus casos; no puedes pensar que va a basar su decisión de ascenderte o no solo por esto.

Ella hizo un gesto, mezcla de angustia y cansancio.

—Acabas de decirlo; es una prueba, una para saber si puedo hacerme cargo de un caso tan complicado como este y ganar. Si lo logro, entonces me considerará para nueva asociada—dijo—. Sabes que así es como funcionan las cosas.

A David no le quedó otra opción que asentir, aunque fuera con poco entusiasmo; sí, él sabía de esas cosas.

—¿Y este hombre es tan culpable como parece pensar?

Claire levantó ambas cejas con expresión de sorpresa.

—No pienso que sea culpable.

—Pero tampoco crees que sea inocente—David levantó ambas manos cuando ella abrió la boca para refutar eso—. No vamos a pelear por esto, hicimos un trato, ¿recuerdas? No...

—... discutir por trabajo en casa, lo sé—completó ella con una mueca resignada—. No hablemos más de eso, tal vez tengas razón y me preocupo por nada. ¿Por qué no me cuentas qué tal estuvo tu día?

David comprendió que ella deseaba cambiar de tema, y empezó a hablarle acerca de su trabajo, aunque tampoco profundizó mucho en ello, y al cabo de un momento, empezaron a comentar las noticias del día, sin que eso variara su buen humor.

Cuando terminaron de comer, Claire se ofreció a lavar los platos, ya que como dijo, era lo mínimo que podía hacer, y David aceptó de buena gana. Al terminar e ir al dormitorio, lo encontró ya entre las sábanas, con un libro en las manos, que dejó en cuanto la vio llegar.

—No abandones tu lectura por mí.

—¿Cómo podría concentrarme en leer mientras te veo?

—Tú sí que sabes cómo hacer sentir bien a una mujer—se recostó a su lado, deshaciéndose de los zapatos con movimientos torpes—. Estoy cansada.

—¿Qué tanto? ¿Cansada para esto?—escurrió las manos bajo la delgada camiseta que llevaba y comenzó a masajear su espalda.

—Oh, bueno, no lo sé—le dirigió una sonrisa sugerente mientras acercaba los labios a su oído—. Tal vez no pueda ser tan participativa como me gustaría.

David la tomó por la cintura, y giró hasta quedar sobre ella.

—No tengo problemas en encargarme del trabajo esta noche.

—Qué suerte la mía.

Claire ahogó una carcajada cuando la besó y se dejó arrastrar por la pasión; nada de sueños o pesadillas por esa noche.

El sonido del mar y ese olor a sal que tanto amaba le arrancaron una sonrisa encantada. Se las arregló para dejar su sombrilla sobre un peñasco, y con mucho cuidado fue descendiendo el empinado camino para llegar a la

orilla.

Una vez allí, miró de un lado a otro con cierta timidez, y tras constatar que se encontraba completamente a solas, levantó ligeramente su falda y arrugó la nariz al pensar en lo difícil que resultaría deshacerse de los botines, por lo que desistió de la idea, y se contentó con admirar la inmensidad del océano.

Amaba Brighton y su delicioso clima; las mañanas se escurrían entre sus dedos paseando por sus alrededores, y las tardes pasaban con una deliciosa lentitud, lo mismo que las noches. Este último pensamiento consiguió aflorar un ligero sonrojo a sus mejillas.

Paseó por la orilla, acercándose peligrosamente cada que el mar se acercaba y corriendo cuando estaba por llegar hasta ella, sin dejar de reír por su osadía. Solo cuando estuvo del todo agotada y observó como el sol empezaba a ocultarse tras el horizonte, regresó por donde había venido, recogiendo la sombrilla sobre el peñasco.

Una casa al final del camino la esperaba con una delicada voluta de humo saliendo por la chimenea. Apenas se acercó, un hombre de avanzada edad abrió la puerta, como si la esperara, y tras hacer una ligera reverencia, le cedió el paso.

Dejó la sombrilla y los guantes en una mesilla de la entrada, y tras dudar un momento, se dirigió con paso apurado en dirección a la puerta al final del pasillo. Al abrirla, sonrió abiertamente, y corrió más que caminó hacia el hombre que, de espaldas a ella, escribía sobre un largo pergamino.

Puso ambas manos sobre sus hombros y recostó el cuerpo contra el suyo, enterrando la cabeza en la curva de su cuello.

—El mar es hermoso.

—Lo es más cuando tú estás cerca.

—¿Cómo puedes asegurarlo? No estabas conmigo.

Él giró al oír su suave tono de reproche, y colocó ambas manos sobre su talle, obligándola a mirarlo.

—Esto no podía esperar—señaló el pergamino—, pero ya he terminado y puedo dedicarte todo el tiempo que mereces. Vamos a disfrutar de nuestra visita, solo dime qué quieres hacer y seré tu fiel servidor.

—¿Lo prometes?

—Siempre.

Ella sonrió y lo abrazó con fuerza, como si temiera soltarlo.

—Todo ha sido tan difícil que no puedo creer que al fin estemos juntos.

—Lo sé, mi amor, pero nada podrá separarnos ahora—elevó su barbilla con delicadeza y la besó suavemente para continuar hablando sobre sus labios—. ¿Me crees?

—Siempre.

Se ganó una sonrisa cómplice y tras otro abrazo, tomó su mano y la guió fuera del pequeño salón, atravesando la entrada que un lacayo se encargó de abrir para ellos.

—¿Dónde vamos?

—El mar es muy bello cuando anochece.

Caminaron en silencio, sin soltar sus manos, hasta llegar a ese pequeño sendero que ella recorriera más temprano, observando el mar según se acercaban hasta llegar a pocos metros de la orilla.

Solo entonces ella recostó la cabeza en su hombro y cerró los ojos, aspirando el olor a sal y vida.

—Gracias.

—Deseaba verlo contigo.

La mujer se empinó con dificultad para acercar sus labios, pero un sonido persistente hizo que desviara la vista hacia la lejanía.

—Gaviotas, creo que una bandada se acerca, ¿la oyes?

Él negó, atisbando en el horizonte con el ceño fruncido.

—Sí, son cientos de ellas, ¿no escuchas su chillido? Se acercan...

Pero en el cielo no había siquiera una nube y se ganó una mirada de extrañeza que ella no pudo devolver, porque la arena empezó a formar un remolino a sus pies y antes de poder reaccionar, con una mano extendida en busca de auxilio, se vio sumida en la oscuridad.

Quando Claire abrió los ojos, sintió su corazón latir a mil, y unas ganas terribles de vomitar, por lo que enterró la cabeza entre las rodillas. El sonido cesó de pronto y tras unos minutos se recompuso lo suficiente para comprender lo que ocurría a su alrededor.

David le daba la espalda, con la mano en el auricular del teléfono, mientras hablaba en voz baja. Eso debió de ser lo que la despertó, el timbre del teléfono que en su sueño confundió con el chillido de unas gaviotas.

Nunca había tenido el mismo sueño dos noches seguidas, aunque en verdad no fueran exactamente iguales, pero la idea era la misma.

Se pasó una mano temblorosa por la frente y no le extrañó que estuviera empapada de un sudor frío.

No prestó atención a lo que David decía, solo miró a la mesilla junto a la cama y comprobó que apenas eran las cinco. Saltó de la cama y entró al baño, abriendo el grifo para refrescar su rostro. Al mirarse al espejo notó su tez pálida y los ojos que se veían brillantes y asustados, por lo que se llevó otro chorro de agua a la cara.

El suave golpeteo a la puerta le provocó un sobresalto, pero logró calmar los latidos de su corazón, y corrió el cerrojo para salir.

—Claire, ¿estás bien? Te ves un poco... descompuesta.

—Estoy bien—forzó una sonrisa temblorosa—. Tenía una pesadilla cuando sonó el teléfono y no desperté de la mejor forma, eso es todo.

David asintió, no muy convencido, pero él también parecía inquieto por algo.

—¿Quién llamó?

—Bernie tuvo un accidente—pasó una mano por su brazo al ver su gesto angustiado—. No es grave, un par de costillas rotas y una pierna fracturada, pero sabes que no tiene familia aquí y soy su número de contacto en tanto ellos llegan de Florida, así que...

—Claro que debían llamarte, ¿qué pasó? ¿Un coche?

—Sí, el suyo, se quedó dormido al volante y chocó contra un árbol, es una suerte que no fuera contra otro auto o habría resultado aún peor—se separó de ella y empezó a vestirse con prisa—. Necesito ir al hospital para ayudarlo con algunos trámites y esperar a que su hermana llegue.

—¿Quieres que te acompañe?

David negó sin levantar la mirada.

—No, no es necesario—dijo—; puedes pasar más tarde a visitarlo, claro, pero si vas conmigo llegarás tarde al trabajo y con ese caso entre manos, no creo que Barnett lo apruebe.

Claire no pudo menos que estar de acuerdo; aún debía encargarse de muchas cosas, como buscar algunos de los testigos que su cliente mencionó durante su entrevista, y si tenía suerte, tal vez lograra hablar con ese detective que no encontró el día anterior, el que esperaba no deseara el exterminio de todos los abogados defensores del mundo.

Bernie era un hombre agradable, amigo de David desde sus días en la universidad, y compañero de trabajo. Si alguien podía hacerse cargo de lo que fuera a necesitar, sería él.

—Está bien, iré por la tarde, tan pronto como logre avanzar con mi caso—se acercó para hacerle una caricia en el cabello—. Lo siento, David.

—No te preocupes, por lo que la enfermera dijo, no hay ningún riesgo mayor—la tranquilizó, mirándola con fijeza—. ¿Segura de que estás bien? Nunca te había visto tan pálida.

Claire forzó una sonrisa confiada, y se alejó un poco para que él no pudiera verla en la penumbra de la habitación.

—No es nada, solo el susto de la pesadilla y la impresión por lo de Bernie, estaré bien en un minuto. Es más, voy a darme un baño y saldré temprano para avanzar todo lo posible y desocuparme temprano, ¿de acuerdo? Déjame anotado el nombre del hospital y te veré allí.

Él no tuvo tiempo de discutir, porque Claire se apresuró a entrar una vez más al baño, así que sacudió la cabeza y tras terminar de ponerse los zapatos, escribió rápido en un papel y lo dejó sobre la mesilla.

—¡El nombre está junto a la cama! ¡Nos veremos allí!—gritó para que le oyera sobre el sonido de la ducha.

—¡De acuerdo!

Al recibir respuesta, respiró más aliviado y salió.

En el cuarto de baño, Claire se planteaba qué tan malo sería quedarse bajo el chorro de agua hasta ahogarse.

¡Maldito sueño! ¿Por qué no la dejaba en paz? ¿Qué hizo para merecer esa tortura? Porque esa era la única forma que se le ocurría para llamarle; era un horrible martirio que no sabía cómo terminar.

¿De dónde había salido esa locura?

Se refregó el cuerpo con rabia y salió del baño dando un portazo, sin importarle si eso molestaba a los vecinos. Por alguna razón, se encontraba más

furiosa que angustiada, como le ocurría con frecuencia al despertar tras tener uno de esos sueños.

Respiró profundamente para calmarse, nada conseguiría al dejar que su temperamento la dominara; era una mujer adulta y sensata, podía hacer un esfuerzo para comportarse como tal.

Con la toalla envolviendo su cuerpo, se dejó caer sobre la cama y apoyó el mentón sobre las rodillas, mirando las sombras en la habitación sin prestarles verdadera atención.

¿Cuándo empezaron esos sueños? Frunció el ceño al intentar recordar, y aunque no estaba del todo segura, creía que fue al poco tiempo de mudarse con David, hacía ya dos años. En un principio estos fueron esporádicos, podían pasar semanas entre uno y otro, y con frecuencia, apenas si veía alguna escena, como una asistente curiosa frente a un espectáculo teatral; fue poco después que empezó a tener una participación más activa en ellos.

Se veía siempre como una mujer de esa época tan ajena, y más de una vez despertó sonriendo al pensar en sí misma usando esos vestidos y joyas, riendo en medio de figuras que le parecían propias de una película victoriana, de esas que tanto le gustaban a su madre. Pero pronto dejó de encontrarlos divertidos; para ser precisa, fue cuando *él* apareció.

Podía rememorar sin problemas la primera vez que lo vio.

Ella estaba en un pequeño salón, con una copa en la mano y sonriendo por alguna broma que uno de los hombres que le acompañaban acababa de hacer. Se sentía feliz, y apenas prestaba atención a las puertas, pero cuando un pesado silencio se hizo en la habitación, debió hacer lo mismo que los demás; mirar hacia la fuente que parecía haberlo ocasionado.

Y fue entonces que pasó.

Llevaba un traje propio de la época, claro, era extraordinariamente alto, y la luz de las velas arrancaba unos extraños destellos dorados a su cabello castaño, pero lo que más le impresionó fue su sonrisa, y no porque la exhibiera con facilidad; al aparecer en el salón mostró un gesto adusto que la mayoría ignoró una vez que el ruido de las risas y las conversaciones se reanudaron. Sin embargo, cuando sus miradas se encontraron, asintió en su dirección y le obsequió una sonrisa que la tomó tan por sorpresa que casi vierte el contenido de su copa sobre el pobre hombre que le hablaba con entusiasmo.

No le dirigió una palabra durante toda la velada, ni siquiera se acercó al lugar en el que se encontraba, o le pidió una pieza. Solo lo vio dar vueltas por el

salón, apenas hablando con algunas personas; y cuando el primer invitado se despidió, él hizo otro tanto.

Recordaba haber pasado el resto de la noche pensando en él, en su mirada, y preguntándose cómo sería su voz.

Al poco tiempo, despertó sin sobresalto, pero con una sensación en el pecho que no le abandonó más, solo se hizo más profunda cada vez que volvía a soñar con él.

Muchas veces se quedaba en silencio durante el desayuno, con la cuchara en el aire, rememorando algún momento compartido con ese hombre, y se sentía avergonzada cuando David le preguntaba si se encontraba bien. Entonces solo atinaba a asentir y mirar su plato, buscando cualquier tema para distraerlo.

Por más que lo intentaba, no lograba ordenar sus ideas en lo que a la historia con ese hombre se refería. Todo era confuso, como una madeja enmarañada, y aunque tenía la punta del hilo, su primer encuentro con él, todo lo demás carecía de sentido.

Los sueños eran relativamente breves, y saltaban en el tiempo, de modo que si una noche se veía a su lado en medio de un salón, con el aleteo de los nervios en el pecho, como si apenas empezara a conocerlo y no supiera qué esperar; en la siguiente iban de la mano por una arboleda desconocida, y ella lo miraba con adoración.

La historia estaba plagada de hoyos, no era lineal y mucho menos coherente. Solo podía ver un comienzo y un final, pero no tenía idea de lo que habría ocurrido entre ella y ese hombre para que parecieran sentir un amor tan profundo el uno por el otro.

Era solo un sueño, sí, pero ella estaba acostumbrada a tener el control sobre su vida, y todo eso escapaba a su comprensión. Sin importar cuánto se esforzara en pensar que tenía el poder para impedir soñar, sabía que era absurdo.

De modo que no le quedaba más que resignarse a lo que pudiera ocurrir cada vez que cerraba los ojos, e intentar olvidarlo apenas despertaba.

Sin embargo, el soñar con el mismo hombre dos noches seguidas, en similares circunstancias, y luego de haber compartido la cama con David, la hacía sentir enferma.

Hubiera deseado tener a alguien en quién confiar para hablarle al respecto; tal vez algo estuviera mal con ella y necesitaba ayuda profesional, un psicólogo, psiquiatra o lo que fuera.

Se pasó ambas manos por la frente, como si intentara borrar todos los recuerdos refregando su piel, y la vista se desvió al reloj sobre la mesilla. Había pasado mucho tiempo allí, pensando, necesitaba empezar a moverse.

Tenía que enfrentar al mundo real, el de las pesadillas iba a tener que esperar.

—Por favor, dime que tienes buenas noticias para mí.

Ya en la oficina y con tres tazas de café en el cuerpo se sentía un poco mejor, aunque no lo suficiente como para que su asistente no notara que algo iba muy mal.

—Si no fuera así, creo que las inventaría solo para que te calmaras—de pie frente al escritorio de su jefa, Jenny puso una mano sobre la cadera sin dejar de fruncir el ceño—. Te ves terrible, Claire, ¿segura de que no quieres tomarte el día? Puedo cubrirte...

Claire dio una cabezada en señal de negativa y aspiró profundamente, poniendo su expresión más profesional.

—Estoy bien, Jenny, en serio, es solo que no dormí muy bien—le dirigió una sonrisa que más pareció una mueca—. ¿Y bien? ¿Qué tienes para mí?

Jenny continuó mirándola con desconfianza, pero se encogió de hombros al cabo de un momento y ocupó la silla libre.

—Sobre los testigos de los que hablaste, digamos que hay buenas y malas noticias.

—Dime las malas primero.

—Todos creen capaz a tu cliente de matar a una persona, especialmente si hay dinero de por medio.

Su jefa mantuvo su rostro inmutable y apenas asintió.

—No puedo esperar para oír las buenas.

—Depende de qué entiendas por buenas—Jenny puso los ojos en blanco—. No averigüé nada que no supieras ya; ninguno de sus vecinos puede asegurar que lo haya visto entrar a su departamento la noche del asesinato, pero tampoco lo vieron salir.

Claire se pasó una mano por el cabello.

—¿Este es uno de esos momentos en que me aconsejas ver el vaso medio

lleno?

Su asistente sonrió con un poco de lástima; obviamente ese caso no era lo único que torturaba a su jefa, y aunque le tenía mucho aprecio, sabía que no iba a agradecer una intromisión.

—Si sirve de algo, tengo un contacto en el departamento de policía, y según él, ese detective con el que no pudiste hablar ayer es mucho más receptivo que su compañero el troglodita.

—Supongo que eso califica como bueno.

—Siempre aferrándose a las pequeñas bendiciones.

Claire puso ambas manos sobre el escritorio, sin dejar de mirar la pila de papeles frente a ella, y se quedó un momento en silencio, mientras Jenny la veía con atención. Pasados unos minutos, se levantó con un movimiento enérgico y empezó a llenar su maletín con notas y documentos.

—De acuerdo, veamos qué clase de bendición es este detective—dijo, encaminándose a la puerta—. Lo veré después de la audiencia para pedir la fianza de Cook.

—Buena suerte con eso.

Jenny sabía que su jefa no confiaba en la buena suerte, pero de cualquier modo, cruzó los dedos para que le fuera bien en sus gestiones. Dios sabía que esa mujer necesitaba algo por lo que alegrarse.

Claire tuvo una mañana terrible en el juzgado; no porque el juez rechazara el pedido de fianza, sino porque la fiscalía no envió un representante ya que necesitaba un día más para nombrar a alguien debido a *circunstancias especiales*, o como ella las llamaba, excusas estúpidas para hacerle perder el tiempo.

Se quejó tanto como le fue posible sin que el juez la llamara al orden, pero no hubo manera de lograr que aceptara otorgarle la fianza a su cliente si antes no escuchaba los argumentos de la fiscalía.

¡Demonios! ¿Y Jenny le deseó buena suerte? La tendría si al llegar a la estación de policía no se encontraba con el detective trastornado, lo que no sería del todo sencillo porque si buscaba a su compañero, seguro que también tendría que encontrarse con él. Esperaba lograr burlarlo, aunque tal vez ya hubiera predispuesto a su colega para que fuera tan parco como él cuando ella lo

buscara.

Aún así, se dirigió a la estación con tanto aplomo como le era posible; tal vez por dentro estuviera desesperada, pero un abogado defensor no mostraba debilidad, por el contrario, mientras más confiada se viera, sería más sencillo obtener las respuestas que necesitaba.

Al ver su reloj comprobó que iba muy retrasada para encontrarse con David en el hospital; si bien le prometió ir por la tarde, no sabía hasta que hora se admitirían visitantes. Suspiró y miró la entrada de la estación, enderezando un poco los hombros al dirigirse al policía uniformado que atendía en la recepción.

Exhibió su sonrisa más cálida y miró sobre su hombro antes de hablar.

—Hola, estoy buscando al detective... lo siento, un minuto—miró rápidamente en su carpeta, ¿cómo olvidó el apellido? Necesitaba concentrarse—, es el detective Holland.

—¿Viene a hacer una denuncia?—se ganó una mirada desconfiada.

¿Qué? ¿Su atuendo gritaba “abogada” o algo así?

—No, solo necesito hablar unos minutos con él.

—Espere un momento—mientras levantaba el teléfono para hablar, ella miró a otro lado, no quería parecer demasiado curiosa—. En el segundo piso.

—Gracias.

Tomó su maletín y subió las escaleras del precinto; era la primera vez que estaba en ese edificio y le sorprendió su antigüedad, así como los angostos pasillos, donde la gente se amontonaba. Vio algunos policías sujetando a los que, de no haber sido abogada, habría catalogado de inmediato como delincuentes, y se ganó una que otra mirada de mal gusto. Debió preguntar en la recepción en qué oficina encontraría al detective, pero no pensó en ello, demasiado satisfecha por conseguir entrar sin mayores problemas. El lugar no era muy grande, iría al primer cubículo que encontrara y allí podrían ayudarle, solo rogaba que no fuera a encontrarse con...

—¿Otra vez usted?

Al oír la voz malgeniada, suspiró y fingió una sonrisa aplacadora antes de girar. Allí estaba el detective Lancaster, tan encantador como la última vez que lo vio. Algo muy malo debió pasarle para que exhibiera siempre esa expresión fastidiada, arrugando tanto el ceño que lograba sus cejas se juntaran sobre la nariz. No debía de tener más de cuarenta años, pero por su apariencia

descuidada cualquier pensaría que estaba al borde de la vejez.

—Buen día, detective.

—No tengo nada más que hablar con usted, ¿por qué no va a revolotear sobre alguien más?

Ignorando el hecho de que acababa de tratarla como si fuera un buitre, Claire mantuvo la calma.

—Esperaba poder hablar con su compañero, el detective Holland; quería...

—Él no está aquí—la cortó de mala manera, mirando de lado a un detenido que empezó a golpear con su mano la silla a la que estaba esposado—, y como verá, tenemos mucho trabajo, así que siéntase libre de salir.

—En la recepción me dijeron que podría encontrarlo en este piso— Claire sujetó su maletín con ambas manos, ese hombre empezaba a hartarla—. Mire, detective, comprendo que no soy de su agrado, pero no puede obstaculizar mi labor.

Lancaster metió los pulgares en la cintura del pantalón y la miró con una mueca burlona.

—¿Me está acusando de algo? ¿Quiere levantar cargos?

Para entonces, ella se encontraba muy tentada a mandarlo al diablo, aunque sabía que solo le proporcionaría una satisfacción, pero algo pasó a su derecha que requirió su completa atención.

El hombre esposado, que tenía una mano libre, arrancó la silla desvencijada del que parecía un viejo soporte y la golpeó contra la pared, haciendo que los trozos del mueble volaran en toda dirección. Claire se agachó, y cubrió su rostro por instinto, sin dejar de atender a los gritos que empezaron a oírse a su alrededor; luego vio que el detective Lancaster y un par de policías caían sobre el detenido, reduciéndolo sin problemas, aunque en su opinión los golpes que le propinaron no fueron del todo necesarios, pero no era el mejor momento para criticarlos.

Sin darse cuenta, retrocedió hasta la pared más alejada, con una mano sobre el pecho, y respirando agitadamente, como si acabara de correr una maratón. Considerando su oficio, debería estar acostumbrada a lidiar con personas agresivas, pero la violencia imprevista, como en ese caso, le impresionaba tanto que la dejaba paralizada y sin saber cómo actuar.

Así la encontró el detective Lancaster al regresar, una vez que los policías se llevaron al hombre, y debió ver lo impresionada que estaba, porque contuvo su lengua y la miró con algo que se hubiera podido confundir con lástima.

—Vaya con la mujercita valiente—rumió por lo bajo—. Venga antes de que se desmaye.

Claire le siguió sin discutir, aún un poco asustada, hasta una oficina que apenas contaba con un par de sillas, un viejo sillón desvencijado, un escritorio y una mesa que bien habría podido servir para un interrogatorio.

—Quédese allí, le traeré un café.

De no haberse encontrado tan alterada, le habría extrañado ese gesto amable, pero supuso que tal vez el detective no fuera tan fiero como le gustaba aparentar.

No habían pasado ni un par de minutos cuando sintió pisadas acercándose y se preguntó si Lancaster se habría arrepentido de su gentileza, pero no fue así, porque el hombre que la miró desde la entrada, con las cejas alzadas y una expresión de desconcierto, jamás hubiera podido ser confundido con el detective. De cualquier forma, eso no fue lo que más llamó su atención, sino que al verlo, sintió como si alguien acabara de golpearla con un martillo en la cabeza.

Y por primera vez en su vida, se desmayó.

CAPITULO 2

CAPITULO 2

—Maldita mujer, te dije que es un verdadero fastidio.

—Estaba pálida como una muerta cuando llegué, ¿qué le hiciste?

—¿Yo? Fue ese loco, el detenido de Carson; no puede ni poner unas esposas, el muy imbécil. O quizá se impresionó al verte, ¿ahora consigues que las mujeres se desmayen?

—No seas idiota.

Claire oía toda la conversación que se desarrollaba muy cerca de donde se hallaba recostada, pero no se atrevió a abrir los ojos. De ninguna manera iba a hacerlo y enfrentar a ese par de hombres mientras no procesara lo que le provocó el desmayo.

Era ridículo, increíble. Aún más, absolutamente imposible.

No podía ser, seguro fue una ilusión provocada por el estado de exaltación en el que se encontraba. Sí, claro, esa era una explicación tan razonable como cualquier otra; no podía apresurarse a hacer conjeturas sin estar convencida de que no imaginaba cosas.

Abrió apenas el rabillo del ojo derecho, sin hacer ni un solo movimiento más, inmóvil como una estatua, y miró hacia el lugar del que provenían las voces. Lancaster estaba de pie, apoyado sobre la pared con los brazos cruzados, y por suerte no veía en su dirección; el otro tenía las manos dentro de los bolsillos del pantalón oscuro, pero era bastante alto, así que debió elevar casi imperceptiblemente la cabeza para ver su rostro, y cuando lo hizo, volvió a cerrar los ojos y por poco no lanza un grito.

Respiró y volvió a abrir apenas el mismo ojo para confirmar lo que veía.

Iba a tener que replantearse la idea de lo imposible de ese escenario, porque no se trataba de una alucinación ni mucho menos. El hombre estaba allí, y aún más, la miraba con una sonrisa que le provocó una serie de recuerdos que debió esforzarse por enterrar en lo más profundo de su mente.

—Creo que nuestra Bella Durmiente ha despertado.

—Será tuya, no me metas en esto—en otras circunstancias le habría ofendido el tono displicente de Lancaster, pero en ese momento agradeció sus burlas—. ¿Qué pasó con usted? Defiende a criminales como ese todo el tiempo,

¿y se desmaya al primer arranque de violencia?

Claire bajó la vista, en parte avergonzada por la verdad de sus palabras, aunque lo que más deseaba en realidad era evitar mirar al otro hombre.

—Déjala, Colin, no es lo mismo tratar con criminales esposados y con un guardia en la otra habitación que encontrarse con un salvaje salido de la nada que por poco y la mata de un susto; no todos llevan un arma como tú.

—Sí, sí, lo que sea.

Claire mantuvo las pestañas bajas, intentando no hacer contacto visual con ninguno de los dos, aún muy confundida para decir una sola frase coherente.

—Bueno, mujer, reaccione, no va a quedarse todo el día recostada en mi sillón, aquí tenemos que trabajar.

—Está conmocionada, déjala en paz.

¿Cuánto tiempo podría continuar actuando así sin que pensarán que era una completa idiota? No, tenía que calmarse, ya luego pensaría en qué diablos estaba pasando, ahora lo más importante era dejar ese edificio lo antes posible.

Abrió los ojos del todo, y se levantó con tanta brusquedad que ambos hombres dieron un paso hacia atrás, en tanto ella buscaba su maletín, sin levantar del todo la mirada.

—No sé qué pasó, ha debido de ser la impresión por ese altercado, lo siento mucho, lamento haberlos molestado—se acomodó la chaqueta del traje y empezó a caminar hacia la puerta.

—¡Oiga! ¿Qué hace?—el grito de Lancaster consiguió que se detuviera—. ¿Desde cuándo lamenta molestar? Parece que vive para eso. Y en todo caso, ¿no deseaba hablar con mi compañero?

Claire giró con mucho cuidado, fijando la vista en los papeles sobre el escritorio a un lado de la habitación.

—Dijo que no se encontraba disponible, y puedo volver luego, no es tan importante—claro que era importante, pero no iba a poder manejarlo en ese momento.

—Bueno, pues mentí, aquí lo tiene, y no sea tímida; ya la levantó del suelo, no creo que pueda hacer nada que lo sorprenda.

Esa afirmación fue suficiente para que levantara la mirada y fijara sus ojos en el hombre que continuaba sonriéndole amistosamente, aunque ahora también había un poco de confusión en su semblante.

—¿Usted es el detective... Holland?— carraspeó para aclarar su voz.

—Sí, mucho gusto abogada.

Vio su mano extendida como si se tratara de una serpiente venenosa; no iba a tocarlo, primero muerta antes que hacerlo. Él debió interpretar bien su expresión, porque bajó la mano y mutó su sonrisa en un gesto extrañado.

—Creo que la señorita Jones no se siente muy bien para entrevistas en este momento, Colin—el hombre retiró la mirada y le dio una palmada en el hombro a su compañero—. ¿Por qué no la acompañas a tomar un taxi?

Claire sabía que estaba dando un espectáculo bochornoso, pero no lograba hilar un solo pensamiento coherente.

—Como quiera, solo que no vuelva luego esperando que la reciba, agotó mi cuota de amabilidad—le hizo un gesto para que lo siguiera fuera de la oficina—. Muévase, no tengo todo el día, ¿qué está mal con usted?

Algo le dijo que el detective Holland sería mucho más amable que su compañero y la hubiera acompañado con gusto, pero él debió notar que lo último que deseaba era compartir un momento a su lado, porque se mantuvo imperturbable en su lugar.

—Gracias... a ambos, por todo.

Creyó que era lo mínimo que podía decir antes de salir, aunque continuó evitando la mirada de Holland, y solo pudo respirar tranquila al dejar el edificio. El detective Lancaster solo la acompañó hasta la acera, sin dejar de mirarla con reprobación, lo que no le importó en lo absoluto. Por el contrario, agradeció quedarse a solas, y tan pronto como pudo, detuvo un taxi y se subió sin dar una dirección, tan solo indicándole al conductor que diera una vuelta hasta que le dijera a donde deseaba ir.

Luego de eso, recostó la cabeza en el asiento, y cerró los ojos.

—Claire, sabes que fui yo quien chocó contra un árbol, ¿verdad?

Claire sonrió a Bernie, lo que le costó un esfuerzo casi sobrehumano. Estaban en la habitación del hospital; él recostado sobre las almohadas, con una pierna enyesada y sujeta en lo alto, pero sin abandonar su expresión animada, mientras ella lo veía desde el sillón que se encontraba al lado de la cama.

—Eso he oído.

—Lo digo porque parece como si acabara de caer un yunque sobre tu

cabeza—mencionó, sin dejar de sonreír—. Mala broma, lo sé, pero el único canal que puedo sintonizar en esta televisión es el de las caricaturas.

—No le hagas caso, cariño, los médicos no han descartado del todo una contusión.

David llegó sonriendo y con un par de vasos con cafés; le dejó uno en las manos y besó su cabello en tanto ella permanecía inmóvil.

—¿Nada para mí?

—Come tu gelatina, amigo.

Bernie arrugó la nariz y suspiró resignado, mientras se llevaba a la boca un poco de la comida que tenía sobre una bandeja y que una enfermera acababa de dejar para él.

—Odio los hospitales.

—Recuérdalo la próxima vez que quieras conducir dormido.

—¡Fue un accidente! Estaba un poco atontado, de acuerdo, pero todo fue culpa del estúpido resfriado.

—Pudiste tomar un taxi.

—El señor moral al habla.

Claire miraba de uno a otro sin dejar de exhibir una pequeña sonrisa, lo mejor que podía hacer cuando en verdad hubiera preferido salir corriendo. Oír a David discutir con Bernie como hacían siempre, como un par de hermanos que disfrutaban burlarse el uno del otro, solo le recordó todos los momentos que habían compartido en los últimos años.

Cuando ella era apenas una recién graduada, nueva en la ciudad, ese par de hombres le ofrecieron su amistad y guía; aún cuando empezó a salir con David, nadie pareció tan entusiasmado con la idea como Bernie. Según él, lo había visto venir desde que se conocieron; solo esperaba que le ofrecieran el puesto de padrino en la boda.

La idea hizo que agradeciera el estar sentada porque hubiera podido desmayarse una vez más.

—Vamos, Claire, confiesa, ¿por qué estás tan rara?

—No es así—le sonrió a Bernie sin atreverse a mirar hacia donde se encontraba David—. Es solo que estoy en medio de un caso muy complicado y las cosas no están saliendo como esperaba. Además, apenas pude dormir porque

el teléfono nos despertó muy temprano.

Bernie hizo un mohín divertido y se golpeó el pecho con expresión culpable.

—Lo siento, cariño, la próxima vez que choque contra un árbol, pediré que no te llamen hasta pasadas las siete.

—Gracias, siempre tan considerado.

La llegada de Sophie, hermana de Bernie, interrumpió sus bromas, lo que Claire agradeció, porque no creía que su ingenio diera para mucho más.

Sophie era encantadora, pero le llevaba al menos una década a su hermano, y no podía evitar asumir cierto papel de madre que le llevó a sugerirles, muy gentilmente, claro, que lo mejor sería dejarlo descansar y que podrían volver al día siguiente.

Ella y David asintieron de buena gana, especialmente al ver la expresión fastidiada de Bernie, que odiaba ser tratado como un niño, y se despidieron, prometiendo volver muy temprano por la mañana.

Una vez fuera del hospital, tomaron un taxi, sin intercambiar palabra, aunque David pasó un brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia sí durante todo el tiempo que duró el trayecto. En cuanto llegaron al departamento, se deshicieron de los abrigos y Claire empezó a buscar algo para comer en la despensa.

—Tengo que ir de compras, esto es un desastre, solo comida instantánea, y apuesto lo que sea a que en el refrigerador será lo mismo, ¿era mi turno? No importa, siempre vas tú. ¿Quieres una pizza? Puedo pedir una...

David se acercó a ella y la tomó de los brazos para hacerla girar, aunque ella miró obstinadamente su pecho.

—Claire, ¿qué ocurre? Pensé que eran cosas de Bernie, pero estás muy alterada.

—Te lo dije, el caso es un desastre, tengo sueño, quiero comer y no hay nada—se alejó de él y continuó rebuscando en los anaqueles.

Oyó el suspiro de David, reprimiendo un estremecimiento al percibir el tintineo de las llaves.

—Iré por algo de comida al restaurante de la esquina.

—No es necesario...

—Sí, si lo es—su respuesta fue un poco cortante, pero no esperaba otra cosa.

Cuando oyó la puerta cerrarse, dejó de fingir y se sentó a la mesa de la cocina, con la cabeza apoyada entre las manos.

¿Qué estaba haciendo? ¿Tratar de esa forma a David iba a ayudarlo? No, solo estaba lastimándolo, y él ni siquiera lograba entender qué ocurría. Hubiera deseado poder explicárselo, pero... ¿cómo hacerlo si ella misma no sabía de qué se trataba todo?

Si sus sueños la atormentaban, lo ocurrido ese día iba a terminar por volverla loca.

¿Quién diablos era ese hombre y qué deseaba con ella? Tal vez no fuera del todo justa, ya que él no pareció reconocerla, pero su sola existencia era como una afrenta. Ella, que día a día intentaba convencerse de lo imposible de sus sueños, ahora también debía lidiar con uno de sus protagonistas más importantes en su vida diaria. Un hombre al que jamás debió ver, que ni siquiera debía de existir.

¡Maldita sea!

Sintió unas ganas tremendas de empezar a arrojar cosas contra la pared, patear algo, o simplemente, gritar; pero, en lugar de eso, fue al dormitorio, se desvistió tan rápido como pudo, y, tras apagar la luz, se metió a la cama, de espalda a la puerta y cubierta con la manta hasta la coronilla.

Era cobarde, injusta, y egoísta, pero no podía enfrentarse a David en ese momento. Necesitaba pensar a solas, sin oír preguntas que no sabría cómo responder. Pensaba mantenerse despierta tanto como le fuera posible, y aunque había abandonado ya la idea de que contaba con el poder para controlar sus sueños, al menos esperaba que no la torturaran esa noche.

Se encogió entre las sábanas al oír la puerta del departamento cerrarse, y los pasos de David sobre la moqueta. Intuyó más que vio su expresión exasperada y se disculpó mentalmente, agradeciendo cuando lo escuchó marcharse.

Luego hablarían de eso, aunque lo más seguro era que terminara mintiéndole e inventando alguna jaqueca repentina. No le gustaba hacerlo, siempre eran muy sinceros el uno con el otro, pero era eso o decirle la verdad, y esta sonaba tan absurda, que no solo resultaría difícil que le creyera, sino que además, iba a pensar que estaba perdiendo la razón.

Y lo peor era que ella empezaba a estar convencida de ello.

No le extrañó que al despertar, la mañana siguiente, David no se encontrara a su lado. Tocó su almohada y la sintió tan fría que no fue difícil suponer que debió de haberse levantado hacía ya varias horas. Sin vestirse, y andando de puntillas, empezó a buscarlo, pero no había rastros de él en el departamento.

Solo cuando estuvo lista para salir, encontró una nota suya en la mesa de la cocina en la que le explicaba que iba a hacerse cargo del trabajo de Bernie hasta que este se recuperara, por lo que necesitaba llegar mucho más temprano a la oficina.

Sabía que era verdad, y no una simple excusa para no hablar con ella, pero eso no ayudó a que se sintiera mejor; estaba molesto y contrariado, eso era innegable.

A David no se le daban muy bien las discusiones, y tampoco a ella. Era muy extraño que tuvieran alguna desavenencia, y cuando eso ocurría, permanecían días sin hablarse hasta que alguno de los dos cedía, y poco a poco, todo volvía a la normalidad. Como un acuerdo tácito, no hablaban de ello, solo intentaban que no volviera a ocurrir, y las cosas iban muy bien así.

Claire creció con padres que solo lograban entenderse hablando a gritos, y las peleas eran pan de cada día, por lo que agradecía el haber encontrado a un hombre que las odiaba tanto como ella, y que prefería evitar discusiones absurdas por cosas aún más ridículas.

Desde luego que ella sabía lo poco que tenía de ridícula que la verdadera causa de su actitud, pero era su problema, algo que iba a tener que resolver de alguna u otra forma. Pensó mucho en ello durante la noche, apenas si durmió a saltos, y cada que abría los ojos, el mismo rostro regresaba a su memoria.

No tuvo uno de sus sueños, pero en lugar de sentir alivio por eso, le molestó que debiera verse en la necesidad de dedicar casi todos sus pensamientos a un hombre que había cobrado una importancia que a su parecer no merecía. Ahora no solo debía preocuparse por lo que pudiera ver al dormir, sino por lo que le persiguiera despierta.

No que ese detective mostrara algún interés en ella, apenas si lo vio una vez, y aunque no lo conocía en lo absoluto, pudo darse cuenta de que él no pareció especialmente interesado en ella, o no de la misma forma que le pasaba. Ese hombre no había soñado con una época lejana y una mujer a la que amaba

que curiosamente tenía su mismo rostro, lo habría visto en sus ojos. Lo único que mostró por ella fue simple curiosidad, la misma que sentiría cualquier ser humano al ver a otro al borde de un colapso, nada más.

Y eso la enfurecía.

Era una estupidez, pero sentía que era totalmente injusto que ella se viera en semejante situación, y él fuera por la vida sin mayor angustia. Que pudiera verla y no mostrar un solo signo de asombro, porque después de todo, nada significada en su presente, pasado, o lo que fuera.

La vida era muy injusta.

Miró su reloj y casi pega un brinco de espanto, llegaría tarde a la audiencia para intentar conseguir la fianza de su cliente. Ella siempre llegaba a tiempo, era una de sus virtudes de las que se encontraba más orgullosa, y, por pensar en todas esas tonterías, iba a arruinar su reputación.

Aún si contaba con mucha suerte, pensó en tanto ignoraba el elevador y bajaba corriendo las escaleras, no habría manera de que apareciera en el tribunal antes que el juez, y este, que era uno de los más severos de todos con los que había trabajado, se encargaría de ponerla en ridículo, solo para divertirse.

Maldijo una vez más a la mala suerte, a sus sueños, y, solo por darse el gusto, al detective que no tendría nunca ni la más remota idea de que una mujer al otro lado de la ciudad le deseaba todos los males del infierno.

Tal y como pensó, llegaba con diez minutos de retraso a la corte, su cabello era un desastre, según pudo ver en su reflejo mientras tomaba el ascensor, y apenas logró poner en orden sus notas durante el viaje en taxi.

Aún así, no iba a permitir que nadie notara su nerviosismo, por lo que elevó el mentón y saludó con una inclinación de cabeza al alguacil que resguardaba el juzgado, mientras este abría las puertas dobles para que pudiera entrar.

Su mirada se dirigió de inmediato hacia lo alto del estrado, donde el juez Collins estaba a punto de golpear su martillo contra la superficie de madera; desde luego, se detuvo al verla y elevó ambas cejas con una expresión taimada que no le gustó en lo absoluto.

Sin dudar, miró a la derecha, donde su defendido, sentado en una silla con el uniforme de la prisión y las muñecas esposadas, parecía querer saltarle a la yugular. No lo culpaba, pero debería evitar el mostrar esa actitud beligerante

en la corte.

Dejó sus cosas sin perder la calma, y sonrió a Cook, ignorando su mueca fastidiada.

—Señorita Jones, qué amable de su parte honrarnos con su presencia.

Claire no permitió que el comentario burlón del juez la afectara; tenía fama de excéntrico y muy severo, pero se atrevería a decir que era un hombre agradable, siempre y cuando los abogados se portaran bien en *su corte*, como le gustaba decir con frecuencia.

—Disculpe la tardanza, su señoría, no tengo excusa.

A Collins le fascinaba que las personas mostraran arrepentimiento y así poder asumir el papel de un tutor comprensivo.

—Bueno, señorita Jones, considerando que debió soportar el verse plantada el día de ayer por la fiscalía, creo que podremos perdonarla esta vez, ¿cierto, señor King?

La mención consiguió que Claire borrara la sonrisa de su rostro y girara la cabeza con tanta brusquedad que fue un milagro no se lastimara el cuello. ¿Qué clase de broma era esa? Desde la mesa a su izquierda, David le dirigió una sonrisa entre divertida y resignada.

—La fiscalía no tiene ningún problema, su señoría.

Si no fuera porque el hacerlo la pondría en completo ridículo, Claire se habría echado a llorar allí mismo. ¿Qué pudo haber hecho para que el universo la castigara de esa forma?

—Su señoría, ¿me permite acercarme al estrado?

El juez Collins miró de un abogado a otro, suspirando mientras limpiaba los cristales de sus gafas. Al terminar, hizo un gesto para que Claire fuera hacia allí.

—Usted también, señor King.

Claire le dirigió una sonrisa tranquilizadora a su cliente, que la veía con desconfianza y se encaminó al estrado, sin dejar de mirar a David de reojo.

—Su señoría, creo que tenemos un pequeño conflicto de intereses aquí.

—¡Oh! ¿En verdad?—el juez apoyó una mano sobre el mentón y la miró con cierta burla—. Me pregunto por qué podría ocurrir algo así.

—Bueno, no estaba enterada de que el señor King sería asignado por la

fiscalía para este caso.

—Tampoco yo hasta esta mañana, señor; el abogado encargado sufrió un accidente y mis superiores me informaron que debo tomar su lugar.

David habló con la mirada fija en el juez, pero Claire supo que esa explicación iba en realidad dirigida a ella. Así que de no ser por el accidente, habría tenido que enfrentarse a Bernie en la corte. No hubiera estado tan mal, era un buen rival, no tan duro como David, y además, no vivía con él.

—Su señoría, el señor King y yo tenemos una relación muy... cercana.

—¿Y cree acaso, señorita Jones, que no estaba al tanto?

Claire suspiró y negó de mala gana; por supuesto que lo sabía, no le extrañaría que todo el sistema judicial de Boston estuviera enterado; el mundo estaba atestado de personas curiosas.

—En ese caso, comprenderá que resulta un poco irregular.

—¿Y eso por qué?

—Señor, no creo que sea lo mejor—susurraba más que hablaba, mirando sobre su hombro—; me refiero a que podría ser malinterpretado.

El juez se cruzó de brazos y miró a David.

—Señor King, ¿considera que no podrá realizar una labor correcta y totalmente imparcial debido a su relación con la señorita Jones?

—Desde luego que no, señor, no tengo ningún problema con encargarme del caso, y estoy seguro de que la señorita Jones comprenderá que ambos somos lo bastante capaces para dejar a un lado nuestra vida personal.

Claro que David diría algo así, y lo quería por eso, pero no en ese momento.

—Señorita Jones, ya he perdido mucho tiempo con esto; tengo una pila de casos por revisar y quiero salir de vacaciones; he ganado dos boletos para ir a Las Bermudas durante las fiestas, así que le agradeceré si actúa con un poco de madurez y se encarga de su cliente, no quiero perder el tiempo innecesariamente—señaló a Cook, y cuando Claire vio sobre su hombro, casi se le va el alma al piso cuando comprobó que acababa de empezar a escarbarse las uñas con una de sus lapiceras—. ¿Eso es todo? ¿Algo más en lo que hayan pensado para complicar mi labor?

—No, señor—Claire volvió a su lugar, sin prestar atención a David.

—¿Y bien? ¿Voy a salir?

Claire suspiró, mientras arrancaba de las manos de su cliente una de sus lapiceras favoritas, aunque procuró que el gesto no fuera notado por el juez.

—Lo veremos en un momento, pero recuerde lo que le dije; no debe albergar esperanzas—le dirigió una mirada amenazante al ver que iba a replicar—. Compórtese y reciba la decisión del juez con tranquilidad; voy a hacer todo lo posible para que la primera audiencia se realice muy pronto, confíe en mí.

Por la forma en que la miró, era obvio que no le inspiraba ninguna confianza, pero no era algo que le angustiara; no tenía interés en agradarle a su cliente, lo único que deseaba era cumplir con su trabajo y ganar ese caso.

—Bien, empecemos con esto, ¿cómo se declara el acusado?

Ante la mirada significativa de Claire, el hombre a su lado se enderezó y miró al juez con una cuota de arrogancia que casi le provoca ganas de matarlo, lo que ciertamente era irónico, considerando el por qué estaban allí.

—Completamente inocente, su señoría.

—Escucho eso con mucha frecuencia.

—Solicitamos una fianza, su señoría, el señor Cook tiene un trabajo estable, un departamento propio...

—... Y también un prontuario más que extenso, su señoría. Además, cuenta con los medios para eludir a la justicia—David no la miró al hablar, pero notó esa dura inflexión en la voz que usaba cuando estaba en medio de un trabajo—. Como la defensa sabe bien, contamos con suficientes pruebas para dejar en claro la culpabilidad del acusado.

—La fiscalía olvida mencionar, su señoría, que el señor Cook fue exento de casi todos los cargos imputados, y cuando se le halló culpable, pagó su deuda con la sociedad; esa no es una razón válida para negar una fianza. En cuanto a las pruebas de las que dicen disponer, tendremos que esperar al juicio para saber qué tan reales son.

El juez Collins empezó a mover las manos en el aire, como si espantara a un insecto molesto, e hizo una mueca fastidiada.

—Guarden los ataques para el juicio. Lo siento, señorita Jones, pero la fiscalía tiene razón, no puedo dejar libre a un hombre con antecedentes y que cuenta con los medios para huir. Fianza denegada—golpeó su mazo contra el soporte y se ajustó los anteojos antes de continuar—. Si no llegan a un trato, el

juicio empezará el próximo lunes. ¡Siguiente!

Claire soltó el aire contenido, y miró a su cliente con una mirada de advertencia.

—Era de esperar, pero no desespere, hablaré con la fiscalía, escucharé su oferta, y según eso, empezaremos a actuar.

Cook entrecerró los ojos y levantó las manos esposadas, señalándola con un dedo índice.

—No quiero tratos, a menos que me saquen de aquí; no voy a aceptar un solo día en la cárcel para que pueda librarse del trabajo, ¿entendido?

Claire asintió, aunque hubiera deseado darle otra clase de respuesta, pero el tribunal no era el mejor lugar para eso.

—Pasaré a verlo esta tarde, o mañana muy temprano con noticias.

Su cliente se encogió de hombros y siguió al guardia que esperaba para llevarlo de vuelta a prisión. Solo cuando lo vio atravesar las puertas, cogió su maletín y salió de la sala; imaginaba quién estaría esperándola fuera.

—Juro que no supe nada hasta esta mañana.

Toda la ira que sintió al ver a David como el representante de la fiscalía se esfumó cuando contempló su expresión preocupada.

—Lo sé, no tienes que decirlo, sé que me lo habrías contado—suspiró—. Sabes que esto va a ser difícil; nunca nos hemos enfrentado en la corte.

—Sí, pero esto no significa nada; cada uno hará su trabajo, y la decisión es del jurado.

Claire se cruzó de brazos, apoyada contra una de las columnas del vestíbulo.

—No crees eso, David, vamos a matarnos allí dentro—le señaló la puerta cerrada de la sala.

—Quizá, pero mientras esto no perjudique nuestra vida fuera de aquí, no tiene por qué afectarnos.

—¿Será posible?

—Lo descubriremos pronto.

Ella cabeceó en señal de resignación, en tanto miraba al suelo de mármol.

—Supongo que no podemos hacer otra cosa, ya escuchaste a Collins; si

alguno de nosotros arruina sus vacaciones, nos lo hará pagar hasta su jubilación —sonrió con cierta amargura antes de levantar la vista—. Sobre anoche...

David se acercó a una distancia prudente, mirando sobre su hombro; Claire sabía que hubiera deseado tocarla, pero se contuvo por consideración al lugar en el que se encontraban.

—Al leer esta mañana el historial del caso, comprendí por qué te tiene tan alterada, es muy complicado; Craig no ha sido justo al hacerte sentir que solo obtendrás un ascenso si lo ganas. No es verdad, Claire, eres una estupenda abogada, y pase lo que pase en este juicio, en la firma lo saben, no permitas que te afecte tanto.

Claire hubiera querido abrazarlo y jurarle que el caso era el menor de sus problemas; que deseaba con desesperación ese ascenso, sí, pero que prefería recuperar su salud mental, y aún más, que todo entre ambos pudiera seguir de la misma forma que siempre, porque se sentía perdida y habría dado cualquier cosa por poder hablar con él de lo que le preocupaba tanto.

Pero no dijo nada de eso, no pudo, solo forzó una sonrisa que tenía poco de alegre, pero que esperaba pudiera bastar por ahora.

—Tienes razón, pero me conoces, sabes lo testaruda que puedo ser, y no intentes convencerme de que todo estará bien si pierdo, porque pienso ganar.

—Ya lo veremos.

—Bueno, a menos que estés dispuesto a ofrecer la absolución para mi cliente, creo que debería ponerme en marcha con el trabajo—miró su reloj para confirmar la hora.

David cruzó los brazos, al tiempo que se encogía de hombros.

—Es un asesino, Claire, lo mejor que puedo ofrecerte es de veinticinco años a cadena perpetua.

—No dices nada que me sorprenda; veremos si cuando presente algunas pruebas en el juicio consigo que cambies de opinión—y eso era precisamente en lo que deseaba volcar toda su energía—. Nos veremos en casa luego, ¿de acuerdo?

—¿Quieres que lleve algo para cenar?

—No, es mi turno, ¿comida china?

—Eso estaría muy bien.

De no haberse encontrado a la vista de tantas personas, se habría

acercado a darle un beso, pero se contentó con hacer un gesto de despedida y caminar hacia el elevador. Él la miraba, podía sentirlo, pero no giró, y cuando estuvo dentro de la cabina, miró al piso luego de apretar el botón.

Le gustaban muchos aspectos de la personalidad de David, pero su lealtad y confianza eran las que más amaba, y desde que se conocieron, sentía que era digna de ellas; ahora no estaba tan segura.

Aún cuando sabía que nada de lo que ocurría era su culpa, no podía evitar sentirse como si le ocultara algo muy importante, y ciertamente lo hacía, pero David no podría entenderla. En verdad dudaba de que siquiera le creyera.

Al parecer, caminar por las calles suspirando empezaba a convertirse en una nada sana costumbre.

Miró una vez más su reloj y empezó a mordisquear su labio inferior, gesto indiscutible de nerviosismo. ¿Cuál era el siguiente paso? O mejor dicho, ¿sería capaz de darlo? Tenía que, el huir no era una opción. Si no se atrevía, lo único que le quedaba era volver a la oficina y presentar su renuncia ante los socios.

Ya podía imaginar la cara de su jefe cuando le dijera la razón.

“Lo siento mucho, Craig, pero no puedo hacerme cargo de este caso. No, no es que dude de mi capacidad, y aunque creo que mi cliente es culpable y muy capaz de asesinarme a mí también, tampoco es eso lo que me preocupa. Es solo que para poder defenderlo debo hablar con un hombre al que solo he visto en mis sueños, aunque él no parece conocerme de nada, y la idea me resulta un poco incómoda. Pero no te inquietes, empezaré el tratamiento psiquiátrico lo antes posible”.

Sí, claro, todo muy lógico y profesional.

Soltó una maldición altisonante en voz alta, con lo que solo consiguió espantar a una pareja de ancianos que pasaban por su lado. Eso fue la gota que rebalsó el vaso. ¿También iba a atemorizar viejecitos por la calle? Volvió a maldecir, esta vez un poco más bajo, y estiró la mano para detener un taxi.

Al diablo con todo, ella solo tenía que cumplir con su trabajo.

Esta vez le resultó mucho más complicado que el oficial de la recepción le permitiera acercarse siquiera al piso en el que los detectives tenían sus oficinas; suponía que después del incidente en el que estuvo involucrada habían reforzado la seguridad. Pudo decirle que debieron preocuparse antes por algo tan

importante, pero con eso solo hubiera conseguido que la echara.

Según subía los empinados escalones, iba inhalando y exhalando para calmarse; todo iba a estar bien. Unas cuantas preguntas, solo tenía que hacer unas cuantas preguntas y podría salir de allí.

En el rellano, miró de un lado a otro, intentando recordar cuál era la oficina a la que el detective Lancaster la llevó aquel día. No tuvo que pensarlo mucho, porque al ver salir a una mujer policía de una de ellas, supo que esa era la que buscaba.

Caminó con paso decidido y el mentón alzado hasta llegar a la puerta entreabierta, y echó una mirada nada discreta antes de atreverse a tocar.

Lancaster estaba recostado en el sillón, con un diario entre las manos, mientras su compañero, sentado frente al escritorio, le daba la espalda en tanto escribía algo, en apariencia muy concentrado. La imagen consiguió que algo se revolviera en su interior, y casi da media vuelta, decidida a renunciar, cuando una voz la tomó por sorpresa.

—Tenemos visita, Colin.

¿Ese hombre tenía el oído de un animal?

No le quedó más alternativa que mostrar su expresión más profesional y entrar en la habitación; tocar, luego de que la atraparan espiando, hubiera resultado ridículo, y lo mismo parecía pensar el detective Lancaster, que la miró con una mueca fastidiada.

—Pensé que no la veríamos más.

—No recuerdo haber dicho tal cosa.

—Bueno, se fue como si este fuera el infierno, supuse que no volvería, y nos hubiera hecho un favor—el hombre mayor dejó el diario a un lado de mala manera y se puso de pie—. ¿Se le pasó el susto?

—Me encuentro mucho mejor, gracias por su preocupación.

El resoplido que provino del hombre que ni siquiera había abandonado su escritura consiguió que ambos dejaran su intercambio de palabras para mirarlo.

—¿De qué te ríes?—preguntó Lancaster—. ¿He dicho algo gracioso?

El detective Holland dejó sus notas y giró en la silla, apoyando la mano sobre un lado de la cara para contemplarlos con una media sonrisa.

—No en realidad, pero ambos son bastante divertidos.

—¿Soy tu bufón ahora?—su compañero frunció el ceño con una expresión que Claire juzgó amenazante, pero el otro detective pareció encontrarlo aún más entretenido—. No tengo la obligación de soportarla.

Claire, que había permanecido en silencio mientras ambos hombres discutían, con la vista en el suelo y apretando fuertemente su maletín, levantó la mirada, claramente ofendida.

—Para ser exactos, detective, sí la tiene; como abogada tengo todo el derecho de hablar con quienes arrestaron a mi cliente, y ustedes tienen el deber de atenderme y contestar con la verdad.

—¿Eso es una amenaza?

—Solo cito un hecho; puedo prestarle un libro en el que se explica, le llaman Constitución.

—No se haga la lista conmigo, señorita, llevo treinta años aquí, usted posiblemente ni siquiera había nacido cuando atrapé a mi primer criminal, uno como su cliente.

¿Treinta? Vaya, tal vez en verdad era todo lo mayor que parecía, y no se trataba solo de su semblante malgeniado el que le añadía unos cuantos años.

Hubiera podido continuar discutiendo con él, casi lo habría preferido; cuando dejaba su temperamento aflorar se sentía más tranquila, así podía ignorar al otro hombre en la habitación. Pero no tuvo mucha suerte, porque este debió de pensar que ya tenía bastante de dos adultos peleando frente a sus narices.

—Señorita Jones, ¿qué podemos hacer por usted?

La pregunta, formulada directamente a ella, le sorprendió un poco, lo suficiente para que sintiera apagarse en su interior todo el brío que había empezado a sentir. Un nerviosismo muy poco propio de su carácter ocupó su lugar.

—Necesito hablar acerca de mi cliente, por supuesto; quiero saber las circunstancias de su arresto, y ver todos los documentos relacionados con él—nunca supo cómo, pero consiguió que su voz sonara fuerte y clara.

—La fiscalía sabe todo eso...

—Yo no represento a la fiscalía, sino al señor Cook—interrumpió a Lancaster, que empezaba nuevamente a quejarse—, e insisto en que tengo derecho a conocer todo lo que respecta al caso.

El hombre mayor iba a abrir la boca una vez más, suponía que para

decirle lo que pensaba de sus derechos, pero su compañero le hizo un gesto para calmarlo.

—Colin, ¿por qué no vas al archivo y traes los documentos? Yo me encargo de contestar las preguntas de la señorita Jones.

Claire estaba tan feliz como Lancaster con la idea, pero no había nada que pudiera decir; el otro hombre le estaba haciendo las cosas más fáciles, no podía ignorar eso.

—Lo que sea para librarnos de ella.

Antes de que pudiera hacer ademán de detenerlo, el detective dejó la oficina, no sin antes dirigirle una mirada de completo fastidio.

¡Oh, Dios! ¿Ahora qué? Ella nunca tenía problemas para hablar, pero no encontraba qué decir.

—¿Quiere sentarse?

Cuando se puso de pie para acercarle una silla, reparó en lo alto que era comparado con ella. Nunca se consideró baja, creía tener una estatura promedio; él era el extraño.

Se acomodó frente a la mesa, y mientras ponía su maletín sobre ella y sacaba algunos papeles, lo miró de reojo, lo que no fue muy buena idea porque él hacía otro tanto, así que debió desviar pronto la mirada y concentrarse en sus notas.

—Lo siento, no me malinterprete, pero necesito preguntar; ¿nos hemos visto antes?

Los apuntes de Claire fueron a parar al suelo, en tanto ella intentaba atraparlos en el aire con muy malos resultados. Cuando se agachó a recogerlos, se encontró con el rostro extrañado del detective, que se apresuró a ayudarle.

—Manos torpes, lo lamento—fue lo único que se le ocurrió decir como excusa, y tomó aire para calmarse—. Gracias.

—Por nada—entrecerró los ojos al mirarla—. No me ha respondido.

Tenía que zanjar ese tema si deseaba abordar en el que en verdad era importante e irse de allí lo antes posible.

—Oh, claro, su pregunta—fingió desinterés, aunque el corazón le latía muy rápido—. No, no creo que nos hayamos visto antes, es la primera vez que trabajo en su jurisdicción; ¿por qué pregunta? ¿Acaso le resulto conocida?

Se estrujaba las manos bajo la mesa, pero su rostro no delató nada de lo que sentía, o eso esperaba.

—No estoy seguro; es un poco extraño porque no creo haberla visto antes, pero aún así me parece... no lo sé, familiar.

¡Dios! ¿Familiar? ¿En serio?

—Tal vez nos cruzamos alguna vez en la corte, los detectives son llamados a declarar con frecuencia; me vio por allí y ahora lo recuerda aunque ni siquiera habláramos entonces—sonrió con seguridad, como si mencionara un hecho muy lógico.

Él no pareció del todo convencido, pero asintió.

—Sí, tal vez tenga razón.

—Bueno, ya que aclaramos eso—volvió a su expresión profesional—, me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto.

Claire debió reconocer que aún cuando al principio de su conversación se sintió muy incómoda; pronto, según iba formulando las preguntas, a veces presionando un poco, y sin dejar de tomar notas, la tensión fue disminuyendo.

El detective Holland era un hombre sensato, bastante listo, y muy claro al expresarse. Si pensaba que era una persona poco honorable al defender a quien obviamente consideraba un asesino, no lo dijo. Aún cuando Claire procuró obtener las respuestas que hubiera deseado, él se mantuvo firme en su declaración, pero de cualquier forma, ahora podría profundizar en algunos detalles que no había notado hasta entonces.

—Entonces, el examen de ADN practicado a la víctima no lo vincula con el señor Cook.

—No, se cuidó de limpiar sus huellas y no dejar rastros, pero eso no significa que no lo haya hecho—le sonrió como si supiera exactamente cuál era su propósito—. Señorita Jones, entiendo que intentará encontrar cualquier cosa para hacer dudar al jurado, pero la investigación ya ha concluido, y según la evidencia, su defendido es el responsable de esto; la fiscalía está de acuerdo con nosotros.

—Bueno, detective, usted lo ha dicho, la investigación ha concluido, pero no sería la primera vez que en el departamento de policía dejan algún cabo suelto; tal vez encuentren al verdadero asesino y deba ofrecerle una disculpa a

mi cliente.

Él se encogió de hombros, sin disimular una mueca escéptica.

—Se tiene mucha confianza.

—Me pagan para eso.

Al verlo reír abiertamente, sintió cómo su estómago se encogía, y la tensión volvió.

—Creo que esto es todo lo que necesito, muchas gracias por su colaboración, detective—se puso de pie y empezó a guardar sus cosas—. Ciertamente, me ha ayudado mucho más que su compañero, temía que también deseara la aniquilación de los abogados defensores.

Habló con tranquilidad, aunque se preguntaba si eso sería cierto, si él la despreciaba tanto como el otro hombre.

—¿Nunca ha defendido a un inocente?

La pregunta consiguió que dejara de simular estar ocupada, y que levantara la vista para mirarlo con atención.

—¡Desde luego que sí! He ayudado a muchas personas honestas; el sistema judicial puede ser con frecuencia muy injusto y no tiene idea de cuántas veces un inocente ha estado a punto de pagar por un crimen que no cometió; ese es mi trabajo, ayudarles.

Habló con pasión, olvidando quién era ese hombre que tenía al frente, solo respondiendo con sinceridad. En verdad tal vez no fuera la persona más decente sobre la tierra, y ciertamente había defendido a muchos criminales, pero quien la conociera, sabría que su mayor satisfacción era liberar a un ser humano a quien en verdad creía inocente.

—Ya lo imaginaba—la desconcertó su sonrisa tan cálida, con lo que consiguió recordara en presencia de quién se encontraba—. ¿Cómo podría querer el exterminio de una persona como usted?

Claire no respondió, solo dio una cabezada en señal de asentimiento, y volvió su atención a sus cosas hasta que hubo terminado de guardar todo.

—¿Por qué tarda tanto su compañero?—miró su reloj, y le sorprendió ver que había pasado algo más de media hora hablando con ese hombre.

—¿Quiere la verdad?

—Lo apreciaría.

—Posiblemente esté en la siguiente oficina esperando a verla pasar para lanzarle los documentos.

Claire esbozó su primera sonrisa sincera desde que compartía el mismo espacio con el detective Holland.

—¿Por qué me odia?

—No lo hace, no se lo tome como algo personal; es un buen hombre con una mala historia relacionada con los abogados, eso es todo—seguro que eso no era del todo verdad, pero apreció su mentira—. Si espera un momento, iré por esos papeles.

—Gracias.

Cuando se quedó a solas, miró sobre su hombro y, tras dudar un instante, se acercó al escritorio en el que el detective había estado trabajando antes de su llegada. Hacía mal, sí, pero algo la impulsó a observar sin pizca de discreción los objetos que allí se encontraban. Vio algunos papeles, escritos con letra apurada, aunque clara, y de trazos firmes. Una taza vacía, muy sencilla; pequeñas notas para recordar pendientes, y un ordenador girado hacia la derecha, por lo que debió inclinarse para observarlo mejor. No había documentos abiertos allí, solo un fondo de pantalla desde el que una mujer rubia y sonriente saludaba, con una niña en el regazo.

Por algún motivo en el que no deseaba indagar, la imagen provocó que frunció el ceño, y corriera de vuelta a su lugar, con el maletín sujeto contra el pecho. Fue una suerte que así lo hiciera, porque apenas un par de minutos después, el detective Holland apareció en la puerta, con una carpeta en las manos.

—Aquí está todo.

Claire se apresuró a tomar los archivos, sin mirarlo a los ojos, e hizo una pequeña inclinación de cabeza.

—Muchas gracias, por esto, y por su tiempo—dijo—. Me despediría del detective Lancaster, pero...

—Lo haré por usted.

—Bien, es muy amable, adiós.

Avanzó para salir, pero el hombre puso una mano sobre el dintel de la puerta.

—¿Segura de que se encuentra bien?

Claire asintió, estirando el cuello para verlo sin pestañear y con una sonrisa de suficiencia.

—¿Por qué lo pregunta?

—Es la segunda vez que intenta salir corriendo de esta oficina, como si algo le asustara.

—¿Asustada? No, detective, puedo ser una mujer con poca paciencia; pero no soy del tipo asustadizo—hizo un gesto para señalar su brazo extendido, que él bajó de inmediato—. Gracias de nuevo, espero no tener que molestarlo más.

Sin esperar respuesta, dejó la oficina y caminó con paso seguro sin mirar atrás.

—¿Qué tal todo?

—Creo que tendremos que llevar nuestra política de no hablar del trabajo en casa al extremo.

David rodó los ojos, pero tuvo que asentir en señal de resignación; no le quedaba otra alternativa, Claire tenía razón en eso.

—Técnicamente, estamos fuera de casa ahora...

—Buen intento—le dio un beso y extendió la mano para limpiar los rastros de labial en la comisura de sus labios—. Pero no te preocupes, solo falta una semana para el inicio del juicio, y creo que necesitaré muy poco tiempo para ganarte.

Iban en el ascensor, a solas, y mientras ella revisaba que no faltara nada en su maletín, David parecía más preocupado por el estado de su corbata.

—¿Por qué soy tan malo con esto?

—Odias las corbatas.

—Esa es una buena explicación.

Cuando llegaron al vestíbulo, Claire lo tomó del brazo y tras dejar su maletín en el suelo, enderezó la prenda con un par de movimientos precisos.

—Listo, te ves perfecto—alisó su traje y sonrió—. Nos vemos en la noche.

—¿No quieres compartir un taxi?

—No hoy, tengo ganas de caminar.

—Estás de muy buen humor últimamente—David elevó una ceja sin dejar de sonreír—. ¿Debería sentirme preocupado por ese optimismo?

—Lo sabremos pronto.

Le dio un último beso, y sonrió antes de salir, apenas elevando una mano en señal de despedida.

David tenía razón al pensar que su humor había mejorado mucho en los últimos días, aunque sus suposiciones referentes al motivo eran completamente incorrectas. Si bien consideraba que había avanzado mucho en la defensa de su cliente, esto no era lo que más le alegraba.

En toda una semana, no había tenido uno solo de sus sueños.

La noche que llegó a casa, luego de su entrevista con el detective Holland, apenas si consiguió mantener la calma frente a David antes de ir a la cama. Pensó, y suponía que con cierta lógica, que el ver a ese hombre, el compartir tiempo con él, iba a poblar sus noches de sueños relacionados con ese tiempo pasado en el que eran tan cercanos, pero fue todo lo contrario.

No podía recordar un solo sueño en todo ese tiempo, y esto le inspiraba un inmenso alivio.

Cierto que era extraño, y ella era lo bastante curiosa para preguntarse el motivo, pero después de dedicarle muchos de sus pensamientos e imaginar infinidad de respuestas a cual más poco creíbles, decidió que debía tan solo dar gracias al cielo, y no pensar más en ello.

No iba a ser tan inocente como para suponer que los sueños la habían abandonado para siempre, pero mientras pudiera pasar una noche tranquila, y ver a David a la cara sin sentirse culpable, no encontraba una sola razón para no sentirse menos que contenta.

Para cuando llegó a la oficina, exhibía una gran sonrisa que provocó una mirada curiosa de su asistente, y la idea de que empezara a interrogarla tan pronto como pudiera no le inquietó en lo absoluto. Si Jenny deseaba saber el motivo de su buen ánimo, se llevaría una decepción, claro, pero no iba a impedir que lo intentara.

—Alguien se levantó del lado correcto de la cama esta mañana.

Generalmente, los canturreos de Jenny al hablar le incomodaban un poco, pero en ese momento logró arrancarle una sonrisa.

—Siempre lo hago.

—Odio discutir contigo, cariño, pero hasta hace unos días parecía todo lo contrario. Pensé que tú y David tenían problemas.

—Claro que no, todo está muy bien entre nosotros.

Jenny arrugó un poco la nariz y se apoyó en el escritorio, con expresión escéptica.

—Bueno, no vayas a tomártelo a mal, es solo una observación...—Claire se preparó mentalmente para lo que fuera a decirle—. Esto va a sonar un poco raro, pero la semana pasada estuviste actuando muy... ¿cómo decirlo sin ofenderte? Parecías una lunática al borde de una crisis. Y aunque sé lo difícil que es el caso Cook, estaba segura de que no se debía a eso, sino a algún problema con David.

—Siempre has tenido una mente muy activa, Jenny.

—Lo sé, lo sé, debería ser escritora—le guiñó un ojo antes de proseguir con su parloteo—, pero, como decía, no has actuado como tú misma últimamente.

—¿Y ahora sí?

Su asistente se inclinó hacia ella con los ojos entrecerrados, como quien analiza un espécimen particularmente extraño, y suspiró.

—No estoy segura, eres demasiado buena escondiendo tus emociones para tu bien—dijo al fin—. Ahora estás tranquila, pero lo que sea que te inquieta no te ha abandonado; hay una sombra sobre tu cabeza que no va a desaparecer con facilidad; es más, posiblemente no lo haga.

Claire la miró con la boca entreabierta y expresión confundida.

—¡Dios, Jenny! Pensé que habías abandonado tus libros de esoterismo.

—Es lectura muy entretenida—se defendió ella con un encogimiento de hombros—. Y no quiero ufanarme, pero soy bastante acertada. Es más, hice un test en Internet...

—Jenny, basta—con eso tenía suficiente, iba a tener que replantearse el nivel de cordura en esa mujer—. ¿Podríamos volver al trabajo, por favor? Ya sabes, por el que nos pagan.

—¡Ah, ese!—suspiró con dramatismo—. Está bien, mis hijos tienen que comer, pero debes acompañarme un día de estos a mis reuniones en el club.

Claire no quiso preguntar el nombre del club; ni siquiera deseaba saber exactamente a qué actividad se dedicaban en él; tratándose de Jenny, no podría ser nada bueno, o al menos, bueno para ella.

—¿Tenemos confirmados a nuestros testigos para el juicio?

Algo que podía reconocer de su asistente era lo rápido que lograba abandonar su actitud excéntrica, para adoptar de inmediato una profesionalidad envidiable.

—Sí, aunque son solo tres, pero eso ya lo sabes; de cualquier forma, la idea es que destroces a los de la fiscalía, ¿no?

—No creo que destrozar sea la palabra más apropiada, aunque en este caso tal vez sí sea necesaria—Claire suspiró, pensando en lo que David diría de todo lo que pasaba por su cabeza—. Este es uno de esos casos en los que no importa tanto lo que puedas lograr, sino qué tan bien te vaya en conseguir que el otro no gane absolutamente nada. Tengo que neutralizar los argumentos de la fiscalía.

—El viejo truco de “si no puede probar algo con absoluta certeza, entonces no es verdad”.

—Supongo que podemos llamarlo así.

—Bendita sea la duda razonable.

—Amén.

Tras ese intercambio de opiniones para empezar el día, Jenny volvió a su escritorio, y Claire pudo abocarse a revisar todo lo relacionado con el juicio.

No, no iba a resultar nada sencillo; si fuera otra clase de abogada daría todo por perdido al comprobar que contaba con mínimas posibilidades de conseguir que el jurado encontrara inocente a su cliente. Pero, por suerte, era más práctica que la mayoría de sus colegas, y tal y como le dijera a Jenny, si no podía ganar, se aseguraría de que la fiscalía perdiera. Un empate, le llamarían algunos; en lo que a leyes se refería, eso significaba que el acusado iba a salir beneficiado, y eso era lo único que importaba.

El cinismo en su pensamiento consiguió que frunciera el ceño, pero descartó cualquier remordimiento; los escrúpulos debían hacerse de lado a veces, algo que le costó aprender en su momento.

Para media tarde, vio con satisfacción sus esquemas, suspirando a la par que estiraba los brazos tras la cabeza. Le gustaba trabajar en un escritorio tanto

como los ajetreos de la corte; o mejor dicho, la monotonía le resultaba tediosa, así que prefería variar sus actividades.

—¿Tu malvado plan va bien?

Contempló a Jenny con una sonrisa, y un gesto apreciativo al ver que traía un par de cafés y esas bolsas con el logo de un restaurante cercano.

—¿Cómo lo sabes? Estoy hambrienta.

—No has almorzado, no tuve que usar mis grandes dotes de adivinación.

—Es lo que David diría.

—Comparando a tu novio con tu asistente... muy romántico.

Claire ignoró sus burlas, y tomó uno de los vasos y algo de comida.

—Va a llamar a Lancaster al estrado—comentó, antes de masticar uno de los emparedados.

—¿Quién? ¿David?—Jenny se pasó una servilleta por los labios antes de continuar—. Ten cuidado con eso, he oído que puede ser muy duro, y si tu querido novio lo presenta bien, podría darte problemas.

—¿Crees que pueda influenciar en el jurado?

—Ajá, es muy posible; alcánzame el azúcar—luego de añadir otra bolsita al café, su asistente empezó a hacer aspavientos con las manos—. Leí su expediente, tiene experiencia en juicios, y siempre se las arregla para hacer quedar a los acusados como si acabaran de matar a su madre.

—Puedo imaginarlo.

Y vaya que podía. Tal vez el detective fuera realmente odioso con ella, pero eso era solo porque le desagradaba. No era difícil hacerse una imagen mental de un experimentado oficial en el estrado, con esa cara adusta y segura, mientras explicaba el porqué pensaba que el acusado era culpable de todos los crímenes que se le imputaban. Si ella fuera parte del jurado, y lo comparaba con Cook, estaba segura de a quién le creería.

—David es listo, pudo llamar al otro, su compañero... ¿cómo es que se llama?

—Holland.

Claire respondió mecánicamente a la pregunta de Jenny, dirigiendo de inmediato la mirada a su vaso.

—Sí, él; también leí su expediente y es bastante más cauto. No débil,

pero acepta sus errores y no acusa a ciegas, parece un buen hombre.

—Lo sé.

Su asistente alzó una ceja ante el tono ligeramente ofuscado.

—Y eso te molesta porque...

—No he dicho que me moleste.

—Sí, claro.

Jenny terminó de comer y esperó a que Claire hiciera otro tanto, sin hacer más comentarios. Luego se encargó de desechar los envoltorios, sin dejar de lanzarle una que otra mirada curiosa.

—¿Has pensado en llamarlo?

—¿A quién?

—A Bono—rodó los ojos—. ¡Holland! ¿No crees que sería interesante tenerlo también para refutar lo que su compañero pueda decir? Sabes cómo manejar un interrogatorio, puedes hacer que muestre al jurado que Lancaster es un exagerado.

Claire frunció el ceño, pensando en ello. No era una mala idea; honestamente, era una gran idea, pero había dos cosas que no le gustaban. Por un lado, eso significaría ver al detective Holland una vez más, y eso no le entusiasmaba; además, sería como enfrentarlo con su compañero, y aún no creía estar tan desesperada como para llegar a ese extremo.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

—Un placer.

Una vez que se quedó a solas, Claire casi sucumbe a la tentación de profundizar en las palabras de Jenny respecto a Holland, pero hizo un esfuerzo por evitarlo. Si no soñaba con él, debía de estar agradecida, y no invocarlo cuando estaba despierta; eso hubiera sido masoquista.

Así que tomó su maletín y se dirigió a la que sería su primera salida del día, encontrarse con su cliente en prisión. Iba con buenas noticias, esperaba un recibimiento lo menos amenazante posible.

Claire daba gracias al cielo porque las visitas entre abogado y cliente no pudieran ser muy largas, o al menos en ese caso en particular, ya que las charlas con el señor Cook eran bastante difíciles y tensas. De por sí, el llamarlas *charlas*,

era toda una concesión, ya que usualmente él gritaba, y ella procuraba mantener la calma para hacerlo entrar en razón, lo que no era nada sencillo.

Se había visto en la necesidad de despedir dos veces al guardia, que había irrumpido en el pequeño lugar dispuesto para las visitas, atraído por los gritos del reo.

Qué manera más absurda de perder el tiempo, cuando lo que necesitaba era hacer entrar en esa cabezota suya que debía dejar todo en sus manos, y no hacer nada que obstaculizara su labor. Una palabra mal dicha, un exabrupto en la corte, y estaría perdido. La primera vez que lo vio, supo que un fiscal astuto podría aprovecharse de su problemático carácter; tratándose de David, estaba segura de que iba a despedazarlo.

Se despidió casi rogándole que recordara todas sus recomendaciones, tras asegurarle que estaría de vuelta el día anterior al inicio del juicio con un traje apropiado para él.

Una vez fuera, suspiró como si hubiera estado conteniendo el día durante toda la entrevista, lo que en parte era verdad. Devolvió el carnet que la identificaba como visitante, recogió sus documentos, y se preparó para recorrer el largo pasillo hasta el vestíbulo de la prisión, un lugar oscuro por el que hubiera preferido pasar con un guardia a su lado.

Sostuvo el maletín con fuerza y apuró el paso para llegar cuanto antes a la salida; odiaba los lugares cerrados y opresores, lo que era ridículo considerando su profesión, pero nadie escoge sus fobias. Cuando iba por la mitad del camino, oyó pasos tras ella, y frunció el ceño al pensar que tal vez había olvidado algo y un guardia se apresuraba para devolvérselo. Giró con una media sonrisa que se congeló cuando vio al hombre que correspondió el gesto con cierta incomodidad.

¿Qué hacía él allí?

El detective Holland caminaba con paso tranquilo por el corredor, con las manos en los bolsillos, sin dar muestras de sorpresa. Cada una de las veces que lo había visto, iba de traje y corbata, lo que no era precisamente obligatorio en un detective, pero él los llevaba con bastante soltura, sin que pareciera incomodarle en lo absoluto.

Creyó que sería muy grosero de su parte dar media vuelta y seguir caminando, por lo que esperó de pie sin cambiar el semblante. Una vez que llegó a su lado, el detective asintió en señal de saludo.

—Señorita Jones.

—Detective—Claire inhaló con fuerza antes de continuar—. Creí que su trabajo estaba en las calles, ¿o acostumbra venir a ver sus frutos?

Ese fue un comentario incorrecto, lo sabía, pero no pudo reprimirlo antes de que saliera de sus labios.

Él se encogió de hombros, sin parecer ofendido por su exabrupto.

—No vengo por trabajo—fue un poco parco al responder, y no dijo más al respecto—. Pero supongo que usted sí; escuché algunos gritos, debió de ser su cliente.

—Sí, no es el hombre más entusiasta del mundo, pero no lo culpo por ello; la cárcel no es un bonito lugar para vivir.

—No, no lo es—lo vio arrugar un poco el ceño, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia un lado, como si acabara de ocurrírsele algo—. ¿Ha pensado en pedir que alguien la acompañe durante las visitas? Solo por precaución...

—Soy perfectamente capaz de cuidarme sola, detective, pero gracias por su preocupación.

—No tiene por qué darlas, le diría lo mismo a cualquier mujer abogada que se viera en la necesidad de compartir espacio con un hombre como ese.

¡Genial! Ahora él también era hostil, ¿y cómo culparlo? Se portaba como una niña caprichosa, tal vez pensara que tenía algún problema con los policías, tal y como le pasaba a su compañero con los abogados. Recordó el comentario de Jenny respecto a que quizá fuera necesario llamarlo a declarar en el juicio, y aunque esperaba no llegar a ese punto, comprendió que debía hacer un esfuerzo para dejar de comportarse de esa forma.

—Lamento eso, he sido un poco... brusca, es solo que no me gustan las cárceles, y no puedo evitar ponerme a la defensiva.

Su gesto se aplacó un poco al oírla, y antes de que pudiera atinar a decir algo más, la tomó con suavidad del brazo para apresurarla a atravesar el trecho que les faltaba hasta la salida.

De no ser porque él casi la empujaba, Claire no habría logrado moverse sin tropezar. ¿Por qué diablos la tocaba? Le había ofrecido disculpas, jamás le dijo que podía tocarla. Apenas si la rozaba, sí, pero aún así podía sentir el calor de su mano a través de la chaqueta, y la sensación no le gustó nada. Un simple toque no debía perturbarla tanto ni llevar a su mente todos esos recuerdos que ni siquiera le pertenecían. Le habría pedido que la soltara de no ser porque el

hacerlo solo la haría quedar como una histérica irracional.

Solo cuando atravesaron las puertas, tras presentar una vez más los documentos al agente de guardia, logró liberarse con un movimiento discreto, aunque por la forma en que él la miró, tal vez no lo fue tanto.

—¿Mejor?

Claire asintió tras mirar el cielo que le señaló con un gesto que le pareció gracioso.

—Sí, mucho mejor, gracias—se aclaró la garganta, y empezó a buscar de un lado a otro con la mirada; ¿dónde están los taxis cuando necesitas uno con desesperación?

—¿No trajo su auto?

—No tengo uno.

Su expresión desconcertada le arrancó una sonrisa.

—Me sorprende, creí que nadie recibía una peor paga que un policía.

—Los abogados no ganamos tanto como algunos piensan, aunque, a decir verdad, no tengo auto porque no sé conducir, así que es más práctico tomar un taxi—no era algo que mencionara con frecuencia, y mucho menos a desconocidos, pero la respuesta fluyó de forma natural—. Quite esa cara, por favor, no es tan terrible.

—Lo siento, pero es un poco extraño, tiene que reconocerlo.

No era la primera vez que oía eso.

—No soy la persona con mejor sentido de la orientación.

—¿Esa es la única razón?

Claire dejó su sonrisa de lado al observarlo con atención. No, no era la única razón, pero no iba a decirle todo de ella a una persona que apenas conocía y a quien en verdad no deseaba tratar más.

—Es una de las más importantes.

Él pareció comprender que no deseaba hablar más al respecto, por lo que no insistió; en lugar de ello, le hizo un gesto hacia el estacionamiento de la prisión.

—No es la gran cosa, pero yo sí tengo un auto; deje que la lleve.

—No es necesario...

—Tengo un excelente sentido de la orientación; solo dígame a donde debe ir y la dejaré allí.

¿Cómo se libraba de eso? Claire volvió a mirar de un lado a otro, debía de haber un taxi en algún lugar.

—Vamos, no sea tan difícil o pensaré que Colin tiene razón y es usted quien nos odia.

—¿Colin? ¿El detective Lancaster?—resopló ante su asentimiento—. Tiene que estar bromeando; ¿él piensa que soy *yo* quien lo odia?

—En realidad, él usó el plural.

—¡Pero eso es ridículo! No lo odio, y debe de haber notado que es a mí a quien trata como una cucaracha.

Sintió un ligero sobresalto al oír su risa, era la primera vez que lo oía reír con tantas ganas, y aún así, le pareció un sonido extrañamente familiar.

—Colin no piensa que sea ninguna clase de insecto, se lo aseguro, solo es un poco difícil, y le gusta imaginar cosas que no son; algún día deberían charlar, se darán cuenta de que tienen muchas cosas en común—dejó de pronto de reír, y la miró de lado con una mueca falsamente ofendida—. No creo haberla oído decir que a mí tampoco me odie, y puse mucho énfasis en el plural.

—Claro que no lo odio, no sea ridículo—necesitaba cambiar de tema con desesperación—. Bueno, si su oferta continúa en pie, necesito volver a mi oficina; está muy cerca.

—Por supuesto, sígame.

Claire no sabía mucho de coches, no le llamaban la atención, eran solo vehículos útiles con cuatro ruedas a los que se acercaba tan solo en calidad de pasajera. David sí que sabía conducir, pero también pensaba que era mucho más práctico movilizarse en taxi. Al pensar en él, sintió un retortijón en el estómago, y los pasos le fueron resultando cada vez más difíciles según se acercaba al coche de Holland.

—Por favor—sonrió con esfuerzo cuando le abrió la puerta para que entrara—. Póngase el cinturón.

Hizo tal y como dijo, procurando que sus manos se mantuvieran firmes, y solo cuando lo tuvo al lado, en ese espacio tan cerrado, pudo oler el aroma de su perfume. Era una mezcla extraña... muy enérgica, pero sin resultar invasiva.

—Voy a necesitar que me guíe.

—Lo siento, claro—era un desastre—. Está en Massachusetts Avenue...

—¿El gran edificio con vidrios por todas partes?

—A los socios les encanta llamar la atención—reconoció de mala gana.

—No criticaré el buen gusto de sus jefes.

Le sonrió en agradecimiento, aunque en verdad fue más una mueca, y dirigió la mirada al frente. El que hubiera aceptado su oferta de llevarla, no significaba que debiera hablar, ¿verdad? Podía fingir interés en el paisaje, lo hacía siempre cuando era pequeña y su abuelo la llevaba a la escuela.

Él no habló hasta que iban a mitad de camino.

—¿No es de Boston?

La pregunta fue tan sorprendente, que giró a mirarlo por instinto; iba con la vista fija al frente, y las manos ciñendo fuertemente el volante.

—Nací aquí, ¿por qué lo piensa?

—Porque está mirando las calles con mucha atención, como si no las hubiera visto antes.

—Ah, eso—sonrió un poco avergonzada—. Es que me gusta mirar a la gente pasar.

—Claro, es todo un entretenimiento.

Detectó cierto sarcasmo en su voz, pero lo ignoró; podía pensar lo que deseara, no iba a afectarle, ¿o sí? Continuaron en silencio por un buen tramo, hasta que Claire empezó a encontrar incómodo todo el aire que hacía revolotear su cabello y subió la ventanilla. Luego, dirigió su atención al frente, y su mirada se encontró con un pequeño objeto de tela rústica que pendía del espejo retrovisor.

Por insólito que resultara, era una muñeca, una horrible muñeca de trapo con el cabello encendido y piernas largas que oscilaban con el movimiento del coche. Ni siquiera ella podía permanecer indiferente a algo así.

—¿Qué es eso?

Su pregunta debió tomarlo por sorpresa, porque el detective aminoró la marcha, y la miró con curiosidad hasta que Claire señaló el objeto, lo que le arrancó una sonrisa.

—Es una muñeca—indicó como si mencionara lo más lógico del mundo—. Su nombre es Lily.

¿También tenía nombre? ¿Qué clase de loco era ese?

—Es... bonita.

—No, no lo es, me espanta por las noches—allí estaba su risa otra vez—; pero mi sobrina la hizo y prometí colgarla en el auto... no le puedo negar nada.

—¿Aunque le espante?—no pudo evitar el tono burlón.

—Me daría más miedo defraudarla.

Eso era algo que no cualquier hombre reconocería, y mucho menos frente a una mujer que era prácticamente una extraña.

—Eso es muy... amable.

Hubiera querido preguntarle si esa sobrina era la niña de la fotografía que vio en su computador, y si en ese caso, la mujer que le acompañaba era su hermana, pero no pudo. Porque eso habría significado reconocer que estuvo husmeando entre sus cosas, y porque, como se recordó con furia, no era asunto suyo.

Respiró con alivio al ver que se acercaban al edificio donde se encontraba su despacho, y estiró una mano para quitarse el cinturón de seguridad. Cuando se apeó en uno de los lugares libres del estacionamiento, giró hacia él y le sonrió con lo que esperaba fuera una muestra de agradecimiento impersonal.

—Muchas gracias, detective, ha sido muy gentil de su parte.

—Es Simon.

—¿Perdón?

—Mi nombre es Simon, puede dejar de llamarme detective, suena muy extraño—no le dio tiempo a negarse, porque salió del coche y se acercó hasta su lado para abrir la puerta del pasajero—. Bien, sana y salva.

Claire tomó su maletín del asiento trasero, y salió con rapidez, lista para despedirse y darle las gracias, pero él se le adelantó al ofrecer su mano.

—Ha sido un placer... ¿le importa si le llamo Claire? El nombre estaba en su tarjeta, y me suena mejor que señorita Jones.

—Seguro, ¿por qué no?—estrechó su mano con un movimiento más débil de lo que hubiera deseado—. Gracias por traerme.

—No es nada—le sonrió y la soltó con rapidez.

Ella devolvió la sonrisa, y se apresuró a asentir, empezando a caminar en

dirección al edificio, pero antes de entrar, giró para ver al hombre subir al coche, y levantó una mano en señal de despedida, gesto que él correspondió antes de arrancar.

No se movió del umbral hasta verlo marchar, y una vez que se perdió en la carretera, corrió al elevador y bajó en el piso en que se encontraba su oficina. Una vez allí, pasó al lado de Jenny sin dirigirle una sola mirada, entró, y cerró la puerta con seguro, asegurándose de correr también las cortinas, cosa que nunca hacía.

El pitido del intercomunicador empezó a resonar en cuanto se sentó frente al escritorio, y tras mirarlo con furia, lo levantó y lo dejó caer con un golpe seco. Luego, enterró la cabeza entre las manos.

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 3

El día señalado para el inicio del juicio, como ocurría con frecuencia en diciembre, amaneció muy frío, y Claire debió hacer un esfuerzo para abrir los ojos, en tanto se acurrucaba aún más entre las mantas.

David dejó la casa algo más temprano, tal y como habían acordado; así ninguno influiría en el otro y tendrían tiempo para prepararse por separado, con tranquilidad. Según su plan, que esperaban poder cumplir, todo comentario referente al caso estaba estrictamente prohibido.

Al saberse a solas se permitió un momento para permanecer en la cama y pensar; aún tenía tiempo para prepararse. Todas sus notas estaban escrupulosamente ordenadas, contaba con la ayuda incondicional de Jenny, a quien podría recurrir de necesitar algún dato de última hora, y en su visita del día anterior a la prisión, había logrado, o eso esperaba, convencer a su cliente de que se comportara tan bien como le fuera posible; además, se encargó de que le hicieran llegar un traje apropiado. Si Dios existía y era generoso, también escucharía su consejo de pasar por el peluquero de la cárcel para que le arreglara un poco el cabello.

Durante su visita, que fue mucho más pacífica que la anterior, pudo dejarle en claro que necesitaba se esforzara al máximo para ayudarle a sacarlo de allí lo antes posible. Al parecer, luego de una riña en el patio, estaba más deseoso que nunca de abandonar la cárcel, así que, sorprendentemente, puso pocas objeciones a sus pedidos.

Claire abandonó el edificio de la cárcel con la sensación de que todo estaba en sus manos, un pensamiento que en lugar de amedrentarla, conseguía que la adrenalina empezara a correr por sus venas con más ímpetu. Pero al verse de pronto en las afueras, esperando por un taxi, no pudo evitar recordar quién la acompañaba la última vez que estuvo en ese lugar. Por suerte, no debió esperar mucho, así que le fue posible desterrar pronto esos pensamientos de su mente.

Sin embargo, ahora, sola, los recuerdos volvieron y aunque se puso la almohada sobre la cabeza, eso no ayudó en absoluto para olvidar lo que no dejaba de atormentarle desde ese día.

Aunque en el momento en que conoció al detective Holland, juró que haría todo lo posible por mantenerse tan alejada de él como del azufre, no solo aceptó que la acercara de vuelta a su trabajo, sino que rió con él, le contó cosas

que no compartiría con cualquier extraño... ¡hasta consintió en que la llamara por su nombre de pila! Los sueños le daban una tregua, ¿y qué hacía ella? Iba corriendo hacia un hombre que solo podría traerle problemas. Bueno, tal vez no lo persiguiera, al contrario, hacía lo posible por evitarlo, pero por algún u otro motivo, desde que lo conoció, lo encontraba en todas partes.

Se deshizo de las mantas con un movimiento brusco; si permanecía allí solo pensaría en lo mismo, mejor apurarse y llegar algo más temprano a la corte, no deseaba que el juez Collins tuviera una excusa para regañarla frente al jurado.

Tomó un poco de jugo y unas galletas que quedaron de la noche anterior; nunca sentía hambre antes de un juicio, pero sabía que el no comer hubiera sido algo muy tonto. Revisó todas sus cosas, dos veces, y tras tomar su abrigo del perchero, salió del apartamento.

Llegó mucho antes de lo que supuso, tanto que debió esperar a la hora prevista para el inicio del juicio, por lo que buscó una banca libre fuera de la sala, y se sentó allí, revisando sus apuntes.

Así la encontró David al llegar, y aunque ella no pudo verlo, sonrió al contemplarla tan concentrada en su labor. Cuando Claire levantó la vista, al sentirse observada, se encontró con su mirada, y le devolvió la sonrisa, la misma que desapareció al ver quién lo acompañaba.

¡Genial! Como si no fuera todo ya bastante difícil.

Karen Schwartz era la asistente de fiscal más resistida que se había conocido en mucho tiempo; según se decía, aún sus compañeros odiaban trabajar con ella. Era innecesariamente agresiva, aunque lo bastante lista para enmascararlo cuando le convenía, y como si eso fuera poco, no mostraba mucho aprecio por Claire, lo que era un verdadero fastidio.

Mucha gente pensaba que fiscales y abogados defensores se debían de llevar mal por naturaleza, pero esto no era del todo cierto. Era bastante común que luego de un veredicto estos se reunieran en algún bar cercano para beber y hablar sobre cualquier cosa que no estuviera relacionada con el juicio de turno. Fue así como Claire conoció a David y Bernie, cuando era apenas una joven recién graduada que hacía sus prácticas en un bufete de la ciudad, y ellos empezaban en la fiscalía.

Por aquella época, Karen no había llegado aún a trabajar en su círculo, pero en cuanto lo hizo, la invitaron a reunirse con ellos, ofrecimiento que se encargó de rechazar una y otra vez, hasta que desistieron de ello, para pesar de Bernie, que se sentía bastante atraído por esa rubia que, en opinión de Claire

resultaría aún más atractiva si no tuviera siempre ese gesto malgeniado.

—¿Muy temprano?

Claire asintió ante la pregunta de David, sin mostrarse demasiado amigable; debía hacer un esfuerzo por guardar las distancias. Allí estaban en territorio neutral.

—Demasiado, aunque no deben de tardar mucho—cabeceó en dirección a Karen con una pequeña sonrisa—. Hola, Karen.

—Hola.

Eso sería todo lo que obtuviera de ella, además de unas cuantas miradas asesinas en la sala, seguro.

—Creo que entraré ya.

—¿Quieres impresionar a Collins con tu puntualidad?

—Es uno de mis trucos—sonrió a la burla velada de David y, tras tomar sus cosas, se encaminó a la corte.

El lugar no se encontraba muy concurrido, lo que no era extraño, porque según le indicó Jenny, el caso había despertado poco interés del público, lo que jugaba a su favor. A lo sumo había unas cuantas personas, estudiantes de leyes que se acercaban a observar para aprender en las calles, como decían los maestros, y, algo que odiaba, en primera fila pudo observar a los que debían de ser los familiares de la víctima. Procuró no mirar en su dirección, no deseaba saber nada de ellos, no en ese momento; en su lugar, giró el cuello para ver si había alguien sentado en la zona destinada para los parientes del acusado.

Ni una sola persona, y no podía decir que le sorprendiera. Si Cook tenía familia, no lo había mencionado, aunque ella tampoco insistió mucho al respecto en sus entrevistas. No parecía la clase de hombre de familia, y tal vez, si contaba con algún pariente en la ciudad, su presencia no fuera precisamente positiva. Lo último que necesitaban era un hermano rencoroso, o un hijo dejado de lado, algo con lo que podía asociarlo fácilmente.

Al ver la hora en su reloj, se apresuró a ocupar su lugar, y pronto vio, por el rabillo del ojo, que David y Karen entraban por las puertas, dirigiéndose rápidamente al lado contrario. Casi de inmediato, Cook hizo su arribo también, conducido por un guardia uniformado que lo llevaba del brazo. Claire agradeció mentalmente que hubiera hecho caso a su pedido de arreglarse el cabello; si le sumaba ese detalle al traje, casi parecía un ciudadano común y corriente.

Miró al jurado con discreción y sonrió casi imperceptiblemente al observar unas cuantas miradas indulgentes. Bien, ese era un perfecto primer paso.

Cuando Cook llegó a la mesa, le dirigió una sonrisa amable, que esperaba pareciera también un poco compasiva, y le señaló la silla a su lado. Si él encontró extraña su conducta, no dijo nada, solo hizo lo que le indicó, en tanto Claire alejaba las lapiceras de su alcance.

—¡De pie!

Al juez Collins le gustaban las entradas espectaculares, si pudiera disponer de una banda para que anunciara su presencia, echaría mano de ella sin dudarlo. Al llegar, levantaba una mano a modo de saludo, y hacía un gesto indulgente para que pudieran volver a sus asientos.

Según se había acordado, la fiscalía abriría los alegatos, y Claire se dispuso a oír la que sabría iba a ser una acalorada acusación de David. O tal vez esa no fuera la mejor expresión, porque él no se alteraba al exponer sus ideas, y ese era uno de sus más grandes méritos como fiscal. No perdía la calma, era claro, conciso, y presentaba los hechos con tanta sencillez que el jurado no podía permanecer indiferente a sus expresiones, ya que les hablaba de igual a igual. Ella era lo bastante honesta para reconocer que, al menos en ese aspecto, él le llevaba una amplia ventaja.

Le resultaba muy complicado encontrar un punto de conexión con el jurado; sus colegas decían que con frecuencia parecía olvidar que se encontraba frente a ciudadanos comunes que debían ser guiados con simpleza, y que se preocupaba demasiado por las formas. Bien, tal vez fuera cierto, pero este juicio sería una excelente oportunidad para demostrarle a todos, sus jefes en primer lugar, que era algo más que una astuta biblioteca de leyes andante; lograría sacar a su cliente libre, y lo iba a conseguir gracias a la empatía que esperaba despertar en el jurado.

Oyó pacientemente los alegatos de David, tomó algunas anotaciones para poder refutar ciertos puntos durante su exposición, y mantuvo la calma cada vez que él, con un gesto acusador, señalaba al hombre sentado a su derecha.

Bien, no esperaba menos; ahora era su turno.

—¿Muy pronto para empezar a aplaudir?

Claire no escondió su satisfacción al oír el tono emocionado de Jenny;

por el contrario, sonrió ampliamente y se recostó en su silla.

—Demasiado—contestó al fin—. Esto acaba de empezar.

—Pero escuché que lo hiciste muy bien, te las arreglaste para rebatir los argumentos de David sin sudar—Jenny se inclinó tanto sobre el escritorio que casi se abalanza sobre ella, pero por suerte logró recuperar el equilibrio—. Ya sabes, tengo una fuente o dos.

—Por favor, sé que la secretaria del juzgado juega al bridge contigo—Claire rodó los ojos—. Un día de estos se meterá en problemas.

Su asistente se encogió de hombros y volvió a su posición inicial.

—Annette es muy discreta, solo hacemos comentarios genéricos, ese no es un crimen.

—Yo no estaría tan segura de eso—como si su opinión fuera a importarle a Jenny demasiado—. En fin, lo importante es que tuvimos un buen inicio. Considera que todavía no hemos pasado a los testigos que tendrán un verdadero peso en esto, solo hemos presentado los casos y oído unas cuantas opiniones...

—Las mismas que pudiste refutar.

Claire sonrió ante el tono animado de Jenny, aunque sabía que su entusiasmo en gran parte tenía como asidero el cariño que sentía por ella. Sí, no era tan modesta como para no reconocer que hizo un buen trabajo y que el primer día del juicio podría considerarse como positivo, pero eso no era nada si pensaba en todo lo que debían enfrentar en los días futuros.

Tan pronto como David empezara a llamar a los testigos de la pelea entre su cliente y la víctima, a los expertos que hablarían acerca de la brutalidad con la que se cometió el crimen, y, aún más, en cuanto Cook subiera al estrado, como un toro listo para ser provocado, toda la simpatía y las dudas que había logrado sembrar en el jurado, podrían desaparecer como un castillo en el aire.

Necesitaba ir un paso adelante, lista para bloquear cada uno de los movimientos de David, y eso era algo que se le daba bastante bien. Según había logrado analizar, él no iría por nada complejo, y no era de extrañar, porque para un fiscal este podía considerarse un caso sencillo y con pocas aristas; su trabajo constaba en demostrar que estaba equivocado, y que el jurado lo tuviera tan claro como ella.

—¿A qué hora empieza la audiencia de mañana?

Claire elevó la mirada para concentrarse en la pregunta de su asistente.

—Por la mañana—respondió, luego de confirmarlo en sus notas—; a las nueve.

—Vaya que el juez Collins quiere liberarse de esto lo antes posible...

—Mencionó un viaje a Las Bermudas.

—Un hombre adorable.

Compartieron una sonrisa cómplice; las excentricidades de ese juez eran un tema del que se hablaba mucho en su círculo, aunque nadie se atrevería a mencionarlo en su presencia.

—¿Cuándo piensa David llamar al cascarrabias?

—¿A quién?

El brusco cambio de tema y la expresión ceñuda de Jenny consiguieron que Claire la mirara desconcertada, sin comprender a qué se refería.

—El detective... ¿Lancaster?

—Oh, sí, Lancaster—Claire sonrió al entender—. Creo que es su as bajo la manga, así que no lo llamaré aún, no es el mejor momento, todavía puede echar mano de algunos expertos que tiene en su lista.

Jenny hizo un mohín desconfiado ante ese comentario.

—¿Expertos? Creí que nadie podría sindicarlo directamente a Cook, dijiste que no había una sola prueba...

—Y no la hay, David está tanteando en el terreno de la especulación.

—Eso es un poco irresponsable, aunque no sea muy amable decirlo...

Claire rodó los ojos ante el tono de su asistente; Jenny apreciaba a David, pero sabía que no lo consideraba un amigo. Aún así, era incapaz de decir algo en su contra en su presencia, lo que ella respetaba mucho.

—Considera que no tiene mucho con qué pelear, aún así me parece una idea inteligente, yo haría lo mismo—entrecerró un poco los ojos antes de continuar—. Pensando un poco en ello, lo hago. Después de todo, mi estrategia es sembrar tantas dudas como me sea posible; él lo hará buscando el resultado contrario, eso es todo.

Jenny suspiró con dramatismo, y se llevó una mano al pecho.

—Abogados—rezongó—; nunca estaré a la par de sus retorcidas mentes.

—Da gracias por eso.

Mientras su amiga dejaba la oficina sin dejar de mirar al cielo y negando con la cabeza, Claire se enfrascó una vez más en los documentos que reposaban sobre el escritorio.

Declaraciones de testigos ya citados y algunos a los que podría recurrir de ser necesario; una larga fila de nombres, uno debajo del otro, con una marca al lado de los que consideraba más importantes. Cuando llegó al de Simon Holland empezó a trazar círculos alrededor de las letras que formaban su nombre con la lapicera.

No pensó incluirlo, se había resistido en todo momento a hacer cualquier movimiento que pudiera forzar un encuentro con él, pero luego de los comentarios de Jenny y haciendo un esfuerzo para dejar sus emociones de lado, debió reconocer que podría serle muy útil y que el obviar un testimonio que podría servirle en un momento crítico solo por un temor infundado habría sido muy tonto de su parte.

Aún no llegaba al punto en que se planteara siquiera el enviarle una citación, pero era una opción que no iba a descartar, aunque el verlo resultara contraproducente para ella; sin embargo, su vida personal y su labor profesional eran dos aspectos de sí misma completamente separados el uno del otro. Si en algún momento tenía que actuar como un robot y dejar sus emociones de lado, bien, iba a hacerlo.

Con un movimiento resuelto, trazó un signo que identificaba a Simon Holland como un testigo importante para la defensa. Ahora solo le quedaba rezar porque no fuera necesario que llevara su responsable decisión a la práctica.

Para el final de la cuarta audiencia del juicio, Claire se vio en la necesidad de replantear buena parte de su estrategia luego de que uno de los testigos citados por ella decidiera, sorpresivamente, modificar su testimonio.

No se enteró de ello hasta el momento en que inició su interrogatorio, y cuando comprendió la jugada de David, no logró que el juez anulara su testimonio.

Se trataba de una de las camareras del bar en el que su cliente y la víctima tuvieron una violenta discusión que devino en la pelea que la fiscalía esgrimía como uno de los motivos por los que Cook quería acabar con la vida de un hombre al que ya había amenazado. La camarera, en un primer interrogatorio policial, había asegurado que oyó lo mismo que todas las personas que salieron a observar la pelea en las afueras del local, la forma en que Cook

amenazó de muerte a Redford, y cómo ambos fueron separados. Luego, según su testimonio, Redford dejó el estacionamiento del bar en dirección desconocida y Cook regresó por otra copa.

Aún más, en la entrevista con Claire, esta mujer, Marie Carter, aseguró conocer a su cliente desde hacía varios años y según ella, no era la primera vez que se veía involucrado en una pelea, pero lo creía incapaz de hacerle daño realmente a otro ser humano.

Para Claire era una testigo de peso; no solo confirmaba su argumento de que Redford y Cook tomaron caminos distintos una vez terminada la pelea, sino que además declararían a favor del carácter de su patrocinado, y Dios sabía lo importante que era alguien lo hiciera.

Pero de un momento a otro, todo cambió.

Según empezaba a formular sus preguntas, supo que algo no iba bien; la mujer veía hacia la mesa de la fiscalía con demasiada frecuencia y con un par de miradas de reojo, pudo atisbar una media sonrisa satisfecha bailoteando en los labios de Karen que le heló la sangre. Aún así, continuó con su interrogatorio, intentando guiar a la mujer muy sutilmente para que confirmara su primera declaración, pero no obtuvo éxito, se mostró parca y evasiva. Si hubiera continuado, mostrándose más ofensiva, habría dejado una impresión negativa en el jurado.

Pero cuando David empezó con su trabajo, la señora Carter fue toda locuacidad y brindó más de un nuevo descubrimiento que consiguió casi rompiera su lapicera al sujetarla con fuerza. Según atestiguó, temía a Cook por su carácter irascible, y, algo que jamás mencionó, ambos sostuvieron una relación amorosa por varios años, plagada de infidelidades y malos tratos. Desde luego que objetó, pero todo lo que llegó a oídos del jurado no podría borrarse con facilidad.

La cereza del pastel, lo que cayó sobre Claire como un baldazo de agua fría en una noche de invierno, fue la parte final de su declaración en el estrado. Aseguró, sin dudar un segundo, sin un solo parpadeo, que la noche del asesinato, mientras le servía un trago al acusado, este le aseguró que iría tras la víctima y terminaría lo empezado en el estacionamiento. Ni siquiera necesitó ver las caras de los miembros del jurado, sabía perfectamente lo que pensaban, porque debía de ser lo mismo que pasaba por su mente.

Por supuesto, semejante cambio no fue solo una sorpresa para ella, pero aún así logró mantenerse impassible; era una pena que su cliente no tuviera su

facilidad para controlar sus emociones, porque antes de que pudiera reaccionar para detenerlo, estaba ya de pie, vociferando acerca de mentiras, rameras vengativas, y fiscales corruptos.

Por supuesto, el juez Collins lo amonestó y al no obtener una respuesta inmediata, porque este no recuperaba el control, suspendió el juicio hasta un par de días después. Mientras Claire dejaba la sala, no sabía si alegrarse por este hecho o patear lo que tuviera más cerca.

Evitó por todos los medios mirar a David, que estaba segura debía de encontrarse aún arreglando sus papeles, lo que en verdad quería decir que no deseaba hablar con ella, no aún. Y Claire estaba enormemente agradecida por eso. Sin embargo, cuando iba a franquear las puertas, vio una figura a su derecha, sentada en una de las últimas bancas, que por poco consigue dé un brinco.

El detective Lancaster sonrió con burla y levantó una mano en señal de saludo.

¡Maldito hombre! ¡Por supuesto que fue él! De alguna forma, tenía que estar detrás de eso. Claire se planteó la posibilidad de acercarse y encararlo, pero dio una mirada hacia atrás, y cambió de opinión; no iba a hacer un espectáculo frente a tantas personas, no en plena sala.

Miró al detective con infinito desprecio y traspasó las puertas que el alguacil abrió para ella. Una vez que estuvo fuera, en el pasillo casi desierto, caminó hasta una esquina, dejó su maletín sobre el suelo y pegó un puntapié a una de las papeleras.

—¿Un mal momento para saludar?

No, no ahora, por favor, era demasiado para un solo día.

Se agachó con delicadeza, tomó su maletín con ambas manos y lo apretó con mucha fuerza, tanto que sintió el dolor producido por el metal encajándose en su piel, pero no le importó; por el contrario, le ayudó a recuperar el control. Solo entonces giró para ver al hombre que la observaba con las cejas alzadas y expresión interrogante.

El detective Holland parecía llegar apurado de algún lugar, porque llevaba el traje arrugado y la corbata ladeada, pero eso no mellaba mucho en su apariencia, debía reconocerlo, aunque fuera a regañadientes.

—Detective—debía saludar, por mucho que le disgustara su presencia allí.

Él asintió, con una sonrisa torcida, como si fuera plenamente consciente de que no era bien recibido.

—¿Una jornada difícil, Claire?

El oír su nombre salir de sus labios con tanta naturalidad la sorprendió tanto que dejó de lado su postura defensiva, y lo miró con curiosidad.

—Dijo que no tenía problema con que la llamara por su nombre de pila—dijo él, como excusándose.

Claro que lo hizo.

—Es verdad, por supuesto—recuperó la calma, o al menos fingió hacerlo—. Si busca a su compañero, debe de encontrarse aún en la sala.

—¿Colin?—eso pareció sorprenderlo, porque frunció el ceño—. ¿Está aquí?

—Desde luego, no quería perderse el espectáculo—habló con más amargura de la que hubiera deseado—. ¿Acaso no ha venido para reunirse con él?

Le extrañó la forma en que vio de un lado a otro, como evitando su mirada, antes de responder.

—No, estoy aquí por un asunto personal; es mi día libre, o tanto como puede tenerlo un policía—explicó, antes de volver a prestarle total atención—. Y no, no sabía que Colin vendría a la audiencia.

—¿Así como no sabía que Marie Carter cambiaría su testimonio?—la pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera detenerla, sin molestarse en ocultar un tono acusador.

Por la forma en que la miró, adivinó que sabía perfectamente a lo que se refería, casi pudo ver la forma en que iba enlazando los hechos.

—Comprendo.

—¿En verdad lo hace? Bien por usted, porque yo me encuentro un poco confundida.

—No puede ser la primera testigo que cambia su declaración en un juicio—odió el tono calmado y la forma en que se balanceaba un poco, de lado a lado, con las manos en los bolsillos—. De haber sostenido su primer testimonio la habrían acusado de perjurio.

—Porque lo que ha dicho hoy es la verdad absoluta.

—Según todos los indicios, lo es, o al menos es la verdad que ella conoce.

—Y que milagrosamente recordó—a Claire no le importó ser sarcástica o grosera, estaba tan disgustada por ese desbarajuste en su estrategia cuidadosamente planeada, y él solo permanecía allí, de pie, sin perder la expresión relajada—, luego de engañarme en su primera declaración.

El detective se encogió de hombros.

—La gente miente cuando está asustada, Claire, no me diga que no lo sabe.

—¿Y está tan asustada debido a mi cliente?

—¿Por qué no habla con él y lo averigua? He oído que es lo que hacen los abogados cuando tienen alguna duda.

Ella debió controlar una respuesta hiriente; en parte por comprender que era totalmente injusta al atacarlo de esa forma, y también porque escuchó las puertas de la sala abrirse, y al dirigir la vista hacia allá, observó con cierta aprehensión que David, acompañado por una diligente Karen, que llevaba una pila de documentos tras él, conversaba animadamente con el detective Lancaster, el mismo que elevó ambas cejas al divisar a su compañero.

Claire acercó el maletín a su pecho y cambió su expresión alterada por una casi neutral, en tanto asentía en dirección al grupo. Tanto Karen como David parecían curiosos al verla en un rincón del pasillo, acompañada por un hombre al que no sabía si conocían, pero ella no dio ninguna muestra de darse por enterada de ello.

Que no se acercaran, Dios, por favor, que no se acercaran.

Sabía que no estaba haciendo nada malo, que su encuentro con el detective Holland había sido completamente accidental, pero no dejaba de encontrar casi morbosa la idea de compartir espacio con él y David; la sensación era tan asfixiante que sentía como si algo atenazara su garganta.

Por suerte, fue precisamente el hombre al que hubiera preferido no tener a su lado quien le ayudó.

—Fue un gusto verla, pero necesito intercambiar algunas palabras con mi compañero, espero que pueda conversar con su cliente—dio una cabezada en su dirección, tras hablar en voz baja—. Hasta pronto.

—Adiós, detective.

Si a él le pareció una despedida poco amable, no dijo nada, solo asintió una vez más, y se acercó al grupo. No pudo oír lo que dijo, pero lo observó saludar con amabilidad a David y Karen, apresurándose en tomar a su compañero del brazo y, tras intercambiar un par de frases más, ambos se alejaron hacia los elevadores.

Claire los vio retirarse, y luego dirigió la mirada a las figuras ante la puerta. Pudo ir hacia ellos, hubiera sido lo normal en otras circunstancias; no habría pensado dos veces en exigir una explicación por manipular a un testigo y cambiar un testimonio sin aviso previo, pero no lo hizo.

En su lugar, dio media vuelta y caminó con paso rápido sin mirar atrás.

—Estás molesta.

—No quiero hablar de eso, por favor. Tenemos un trato, ¿recuerdas?

Al llevar un bocado de su plato a la boca, Claire juzgó que daba la discusión por zanjada, pero David no pareció estar de acuerdo.

—Lo que dijimos fue que no permitiríamos que el juicio nos afectara.

—Y también que no hablaríamos de ese tema en casa.

Claire siguió comiendo, con expresión obstinada, y sin dejar de fruncir el ceño.

—Hice lo correcto, y lo sabes, habrías actuado exactamente de la misma forma de estar en mi lugar.

—Preferiría no hablar más al respecto.

David dejó caer su tenedor con brusquedad, con un ruido sordo que le provocó un sobresalto.

—¿Por qué no dices lo que te molesta? De estar en tu lugar me sentiría furioso, pero eso no quiere decir que sea justo que te enfades conmigo. Si estás disgustada, sabes que puedes decírmelo, y no me ofenderé.

Claire dejó también los cubiertos a un lado con movimientos lentos y cuidados, sin levantar la vista de la mesa.

—No quiero discutir contigo.

—No, claro que no quieres, porque odias las discusiones.

—¡También tú!—solo entonces levantó la vista, con expresión confundida.

—Pero a veces son necesarias.

—No en nuestro caso, nosotros no necesitamos pelear, somos adultos, y podemos resolver nuestras diferencias sin llegar a eso.

Él se levantó de la mesa y dio un rodeo para ponerse a su altura, con una mano sobre el respaldar de la silla en la que permanecía sentada.

—Bien, resolvámoslas entonces.

—Sigo creyendo que no es buena idea—Claire suspiró y lo miró, ya sin visos de disgusto—. Entiende, David, no podemos discutir por cada detalle que ocurra en el juicio, porque sabes que pasarán muchas cosas y no tiene sentido que perdamos nuestro tiempo hablando de ello. Solo olvídalo y continuemos con nuestra vida, ¿de acuerdo?

—Claire...

—Por favor—le dedicó una pequeña sonrisa—. Lamento haber permitido que mi molestia llegara a casa, lo siento, no volverá a pasar. Ahora, ¿podríamos hablar de cualquier otra cosa? ¿Cómo está Bernie?

David sacudió la cabeza, y entreabrió los labios, como si deseara insistir, pero la vio con mayor atención, y terminó por asentir de mala gana antes de volver a su lugar.

Pasaron la siguiente hora hablando acerca de la evaluación de su amigo, que una vez recibiera el alta tendría que volver a su ciudad natal para recuperarse del todo al lado de su familia, y de otros temas completamente opuestos al que originó ese intercambio de palabras.

Claire sabía con seguridad, ya que conocía bien el carácter de David, que él no se encontraba del todo tranquilo, que hubiera preferido continuar con el mismo asunto, pero ella no estaba de acuerdo. Lo que dijo era completamente cierto; si empezaban a discutir por cada detalle del juicio, se pasarían las siguientes semanas en medio de una guerra silenciosa y tensa. Era mejor dejar que las cosas siguieran su curso, siempre les funcionaba, y en el fondo, David tampoco era un amante de las discusiones.

De cualquier forma, debía reconocer que haber puesto en palabras que su malestar estaba relacionado con el juicio, le quitó un gran peso de encima. Podía mirar a David sin que una pequeña parte de sí lo culpara por su papel en el que consideraba un fracaso, lo que sabía era muy injusto, pero a veces le costaba ser del todo racional. Ahora, más tranquila, se permitió reír y hacer algunas bromas para aligerar el ambiente. David tenía razón; no debían permitir que el trabajo

afectara su vida diaria.

Cuando se retiraron a dormir, ambos exhaustos y apenas logrando contener los bostezos, se recostó de lado, pegando su espalda contra su pecho y se permitió un suspiro satisfecho al sentir su brazo rodeándola; era una sensación tan agradable el sentirse amada.

—Prometo que este será mi último comentario relacionado con el juicio...

Allí estaba de nuevo, ¿no acababan de hacer un trato?

—David...

—Solo me preguntaba por qué te desagrada tanto el detective Lancaster.

—No me desagrada, solo pienso que es un idiota.

Se sintió menos enfadada al oír la carcajada de David en su oído.

—No es el hombre más amable...

—Es un idiota y no diré nada más sobre él...—miró sobre su hombro con una expresión significativa—... o el juicio.

—Entendido.

—Bien, me alegra oír eso.

Sus ojos empezaban a cerrarse cuando oyó un nuevo comentario de David, uno que provocó todo su cuerpo se tensara y su corazón empezara a bombear con fuerza.

—Al menos es una persona mucho más fácil de tratar que su compañero; Holland sí que es un caso. Para ser tan buen detective, muestra demasiada reserva en los juicios. Si estás pensando en llamarlo, quizá te llesves una decepción.

Claire aferró con fuerza la almohada, intentando que su respiración recuperara el ritmo normal antes de contestar.

—Lo tendré en cuenta, gracias. Ahora me gustaría dormir—se alejó casi imperceptiblemente, con los ojos bien abiertos—. Buenas noches.

—Buenas noches—se estremeció ante el beso que recibió en la sien—. No hablaré más de esto, lo prometo.

Si David esperaba una réplica, lo hizo en vano, porque Claire mantuvo sus labios fuertemente cerrados, aspirando una y otra vez para recuperar el dominio de sí misma y dejar que su cuerpo se relajara. Si continuaba tensa como

una tabla, David empezaría a hacer preguntas, de modo que se obligó a bajar los párpados, poniendo su mente en blanco.

Solo cuando oyó su respiración acompasada, y, pasados unos minutos, sus ligeros ronquidos, volvió a abrir los ojos, y los fijó en la pared frente a ella, con la mirada perdida.

Por más que lo intentó, no pudo quitar de su mente lo que sintió al oír el apellido pronunciado por David; era ridículo, por supuesto que debía de conocerlo, él trataba con casi todos los policías de la ciudad o los había escuchado nombrar por referencias, pero aún así, la idea de que lo conociera, que supiera de su carácter para hablar con tal seguridad, le inspiró una aprehensión terrible. Debió suponer que esa sería su forma de hacer mención a haberla visto hablando con él en el juzgado, pensaba que tenía en mente llamarlo como testigo, por supuesto; una suposición muy propia de él, y nada alejada de la realidad.

Sin embargo, David no podía imaginar ni remotamente lo que en verdad le inspiraba ese hombre. Miedo, confusión, inquietud, aversión; nada de lo que debería sentir una mujer por un desconocido. Lo peor era que no podría darle jamás una explicación razonable.

Cerró los ojos con fiereza y procuró calmarse, sentía que un ataque de pánico empezaría a invadirla en cualquier momento si no recuperaba el control; no recordaba cuándo fue la última vez que experimentó uno. Apretó la almohada con todas sus fuerzas según inhalaba y exhalaba, percibiendo cómo su cuerpo se relajaba, hasta que se sintió del todo serena.

Tenía que calmarse y dormir, olvidar ese comentario inocente que había desencadenado tantas emociones.

Sí, dormir, y luego todo estaría bien.

Nada como ser considerada una solterona en ciernes para disfrutar de la libertad.

Desde luego que jamás lo diría en voz alta, pero vaya que lo pensaba. Después de sobrevivir a tres temporadas sin aceptar una propuesta de matrimonio, veía el futuro con un optimismo que sus tías encontraban no solo irritante, sino también temible. ¿Pero qué importaba? Era feliz, no necesitaba de nada ni de nadie para asegurar su tranquilidad, y, aún mejor, jamás se había visto en la necesidad de rechazar a un pretendiente que le resultara medianamente interesante.

En su opinión, era una mujer extremadamente afortunada, con un entorno agradable, y la posibilidad de elegir, una de la que muy pocas jóvenes londinenses podían hacer gala.

Tal vez su alegría se debiera también al hecho de pertenecer a una familia tan poco tradicional como la suya, compuesta tan solo por su persona y dos tías que optaron, lo mismo que ella, por la soltería... bien, tal vez en su caso no fuera precisamente una elección, pero parecían bastante satisfechas con su vida. Tanto así que, estaba segura, detrás de sus falsas muecas de reprobación cada que hablaba acerca de que se disponía a seguir sus pasos, se escondía una expresión más que orgullosa.

No, su familia no era nada convencional, y aún cuando a veces echaba en falta la presencia de sus padres, era consciente de que debía agradecer su buena suerte.

Desde luego que su decisión no le impedía disfrutar de las numerosas reuniones sociales a las que tanto ella como sus tías eran invitadas. El pertenecer a una familia de rancio abolengo tenía sus ventajas, aún cuando no contaran con títulos nobiliarios.

Aquella noche en particular, mientras sus tías se entretenían conversando con amigas en la zona reservada para las acompañantes, ella prefirió perderse entre las personas asistentes a ese pequeño baile, repartiendo discretas sonrisas aquí y allá, levantando una mano para saludar a quienes consideraba agradables conocidos, pero sin detenerse para hablar, ya que temía pudieran invitarla a bailar; cuando lo que ella deseaba era permanecer entre las sombras, al menos por un momento, y observar al detalle lo que ocurría en el salón.

Era una vieja costumbre, la misma que adquirió tan pronto hizo su debut en sociedad, y que no era de extrañar, ya que desde pequeña fue considerada una criatura curiosa y observadora. Le interesaba contemplar a las personas departiendo, para ella era importante el imaginar lo que pasaba por sus mentes; si eran felices, o desgraciados que fingían una alegría acorde con la atmósfera del lugar. De ser el segundo caso, sentía una inmensa conmiseración hacia aquellos seres; al no poder ocultar sus emociones con facilidad, aunque con frecuencia debía hacer un esfuerzo para no reñir con sus tías, no podía evitar que la lástima la invadiera al ver a esas personas hundidas en su propia miseria que se esforzaban por mostrar un rostro falso al mundo.

Quienes conocían este curioso hábito, consideraban que no se trataba

más que de una particularidad que la convertía en una persona más interesante, y ella nunca se molestaba en explicar lo mucho que en realidad significaba para ella.

Una vez que hubo dirigido la mirada a cada rincón del salón, cumpliendo con su nada común ritual, se encaminó hacia un pequeño grupo que parecía departir muy animado; pudo reconocer en él a dos conocidas por quienes sentía gran estima. Se encontraba tan solo a unos pasos de distancia, y apenas levantaba una mano para hacerse notar, cuando un pequeño murmullo a su derecha reclamó su atención. Dirigió hacia allí la vista y observó con interés la razón de aquel sonido.

Él una vez más.

Debía de ser la tercera... no, la cuarta vez que lo veía en una reunión de ese tipo, y su aparición obtenía siempre la misma reacción en quienes lo rodeaban; curiosidad y murmuraciones nada discretas, las mismas de las que ella no era partícipe; desconocía su pasado o el motivo por el que llamaba tanto la atención. Por suerte, estas voces no duraban más que unos instantes, hasta que cada quien regresaba a sus asuntos.

Pero ella no podía dejar de pensar en él.

A sus ojos era un hombre misterioso e interesante, uno al que valía la pena observar; y no porque lo viera con algún interés poco apropiado, por supuesto que no, simplemente creía que una persona, al parecer tan compleja, merecía un análisis. No habían sido presentados formalmente aún, pero conocía su nombre por haberlo oído mencionar en más de una ocasión; sin embargo, cualquier otro hecho relacionado con él era un completo enigma.

Abandonó su intención de reunirse con el pequeño grupo, y giró con discreción alrededor del salón hasta situarse bajo un pilar; fingiendo un profundo interés por las plantas que los anfitriones habían dispuesto en cada rincón del salón. Desde esa ubicación podía observarlo sin parecer indiscreta.

Le gustaba la forma en que se movía, con tranquilidad, ajeno a quienes lo rodeaban; apenas si asentía en una u otra dirección a modo de saludo, pero nunca lo había visto entablar una conversación prolongada con nadie. Se preguntó cuál era el motivo por el que continuaba asistiendo a esas reuniones si no parecía agradarle el ambiente, o las personas con las que debía departir. Según sabía, sus asuntos no estaban relacionados con las negociaciones que algunos caballeros hacían en Londres, sino que contaba con una más que respetable renta producto de sus propiedades en el campo. Entonces... ¿qué

hacía allí? ¿Qué le llevaba a compartir el mismo aire con seres a los que parecía encontrar insignificantes?

Entretejió varias historias que podrían explicar ese comportamiento, sin ser consciente de que no dejaba de mirarlo, tan entretenida estaba en su ejercicio, esbozando pequeñas sonrisas cada que pensaba en algún hecho cómico que pudiera echar luces a la conducta del hombre acerca del que cavilaba. De pronto, reparó en el hecho de que no era la única observadora, ya que desde el otro lado del salón, el motivo de su curiosidad le devolvía la mirada con una mueca ligeramente burlona.

Ese debía de ser, sin duda alguna, el momento más incómodo de su vida, por lo que dirigió la vista al piso, con las manos entrelazadas frente al pecho. ¿Qué iba a pensar de su conducta? ¿Alguien más lo habría notado? No se atrevía a mirar para obtener una respuesta, era demasiado embarazoso.

Dejó pasar unos minutos, hasta que su respiración recuperó el ritmo normal, para levantar la vista, y, aliviada, suspiró al notar que él ya no estaba allí, así como que todos los otros invitados parecían muy entretenidos en sus conversaciones y bailes como para haber notado su indiscreción.

Enderezó los hombros, dispuesta a olvidar ese desagradable momento, y dejar ese lugar para empezar a socializar, antes de que una de sus tías le llamara la atención, cuando un ligero hormigueo empezó a recorrer su cuerpo, uno al que pronto encontró explicación, porque al mirar sobre su hombro, se topó con los ojos más profundos que había visto en su vida, unos que sonreían. En verdad, era más preciso afirmar que le sonreían... a ella. Giró apenas con movimientos torpes, sin saber qué hacer.

No tuvo tiempo de hacer una reverencia, o dar un paso hacia atrás para alejarse; no estaba segura de cuál hubiera sido su primer impulso, ya que sintió más que vio como de pronto una mano segura tomaba la suya, y la acercaba hacia sí con un movimiento delicado, al tiempo que depositaba un beso sobre el dorso enguantado, susurrando unas palabras que la dejaron aturdida.

—Si quiere saber algo de mí, ¿por qué no solo pregunta?

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 4

Esta vez, al despertar, Claire no sintió esa fuerte aprehensión que le atenazaba el pecho, o ninguna sensación negativa, tal y como estaba ya acostumbrada. El sueño fue dejándola hasta que todo se convirtió a su vista en una bruma que se fue despejando según abría los ojos, con una extraña calma que la envolvió aún mientras permanecía con la vista fija en el techo.

Era muy temprano aún, el despertador ni siquiera había sonado, y al mirar por la ventana, comprobó que apenas amanecía. Por el rabillo del ojo, observó a David, que dormía de espaldas a ella, y suspiró con pesadez antes de levantarse, con mucho cuidado de no despertarlo. Se calzó y, tras ponerse encima una bata, reprimiendo un estremecimiento producto del frío, dejó la habitación, cerrando la puerta del dormitorio tras ella.

Luego de preparar un poco de café, se sirvió una taza y fue hasta el pequeño salón, acomodándose en el sillón, con las rodillas flexionadas y la mirada perdida.

¿Por qué esa extraña calma? ¿Dónde estaba el terror que la asfixiaba cada que despertaba de aquellos sueños? Esa debía de ser la primera vez que se sentía completamente en paz al abrir los ojos.

Intentó buscar una explicación, pero por más que se esforzó, no pudo dar con ninguna ni remotamente plausible. ¿Resignación? No, claro que no, no se trataba de eso, ella no era la clase de persona que se resignaba. ¿Costumbre? ¿Los sueños habían pasado a formar parte de su vida, y por eso ya no le afectaban? Tampoco podía ser ese el caso, porque estos eran eventuales, y hacía un tiempo que no experimentaba ninguno.

No, era algo más.

Rememoró el sueño, cosa que odiaba hacer, ya que lo usual era que intentara olvidarlos del todo, pero creyó que si encontraba un hecho o detalle fuera de lo normal, o, mejor dicho, menos anormal que de costumbre, sabría el motivo de esa rara sensación.

Sus sueños no eran muy lógicos, no había una línea temporal que le permitiera seguir los acontecimientos sin perderse en esa maraña de sucesos y emociones. Cierto que todos giraban alrededor de ella y ese hombre, pero aparte de eso, no había nada más que le ayudara a encontrarles algún sentido.

La primera vez que lo vio, el primer baile, los encuentros a escondidas, la convivencia... todos los recuerdos se entremezclaban, y, si bien los sueños la perturbaban, sería hipócrita de su parte no reconocer que a veces sentía cierta curiosidad por “ver” esa historia con algo más de sentido. Un inicio, desarrollo y fin.

Pero no, nada de eso ocurría, y eso ya lo tenía asumido. Sin embargo, esta vez... ¿qué pasó en esta ocasión?

Ella en aquel tiempo, observando a las personas, divirtiéndose al urdir historias relacionadas con sus vidas, y, de pronto, él apareció. No era la primera vez, lo sabía, pero hubo algo fuera de lo común en ese momento. Entrecerró los ojos al hacer un esfuerzo por saber de qué se trataba, y la respuesta llegó de pronto a ella, mostrándose tan sencilla y lógica que no pudo evitar una sonrisa socarrona dirigida a sí misma.

Por supuesto, esa debió de ser la primera vez que se veían directamente y que él le hablaba.

¿Y por qué era tan importante? ¿Por qué le hacía sentir casi... bien? El ritmo pausado de su corazón y la tranquilidad que la embargaban parecían indicarle que ese acontecimiento de alguna forma era muy especial. ¿Fue tan importante ese primer encuentro? ¿Empezaron a amarse en aquel momento? Tantas preguntas y ninguna respuesta.

Bebió un buen sorbo de café, frunciendo el ceño al reparar en que no debería dedicarle todos esos pensamientos a ese sueño, o al menos, ninguno positivo. Podía sentirse tranquila de no haber despertado como si acabara de experimentar la peor de las pesadillas, pero no debía imaginar los motivos por los que su estado de ánimo era tan sereno, casi feliz.

¿Feliz? Ella no se sentía feliz, se recordó con rabia, al tiempo que dejaba la taza sobre la mesilla de centro con un movimiento brusco, y se dirigía de vuelta al dormitorio. David aún dormía, y, según vio en el despertador, este sonaría en unos veinte minutos, lo que le daba el tiempo preciso para darse una buena ducha y preparar el desayuno.

Los pensamientos no le abandonaron del todo, pero ella hizo un esfuerzo porque al menos no fueran tan dominantes como para impedirle preocuparse por lo que en verdad importaba. Había decidido que, la torturaran o no, aún cuando pudieran despertar cualquier sentimiento positivo en ella, los vería tan solo como lo que eran.

Solo sueños y nada más; era a la realidad a la que debía temer.

—Entonces, ¿no pasarás las fiestas con tus abuelos este año?

Jenny iba de un lado a otro, ordenando algunos papeles sobre el escritorio, regando las plantas, y arreglando una hebilla suelta de su zapato.

A Claire le causaba mucha gracia verla haciendo todo al mismo tiempo, era un espectáculo en las mañanas, o al menos en las que era ella la primera en llegar a la oficina y se entretenía viendo como su asistente intentaba poner orden en su escritorio.

—No, no creo que sea buena idea. Ya sabes, con lo del juicio casi no cuento con tiempo libre, mucho menos para tomarme unos días.

—Pero habrá un receso por las fiestas...

—Uno que mi cliente ya está maldiciendo y que debo usar para enrumbar mi estrategia de defensa, ¿recuerdas?

Jenny arrugó la nariz ante su tono sarcástico.

—Claro, ese cliente tan simpático, aunque no lo culpo, no creo que las navidad sea la mejor temporada para estar encarcelado—reconoció de mala gana—. ¿Y qué dice David?

Claire dejó el folio que acababa de empezar a ojear para prestarle mayor atención.

—Lo entiende, claro, y, además, sabes que él y mi abuelo no son precisamente los mejores amigos, así que es un alivio no tener que ir.

—Cierto, lo había olvidado. Me pregunto por qué será eso—rodó los ojos al ver la expresión desconcertada de Claire—. La razón por la que David no le gusta; ¿no te parece raro? Ya debería de haberse acostumbrado a él.

—No dije que no le gustara, es solo que no tienen mucho en común. Mi abuelo es un hombre muy... especial, eso es todo—se apresuró a hacer una acotación que le pareció muy importante—, pero mi abuela lo adora.

Jenny se cruzó de brazos con una mueca sardónica.

—Querida, tu abuela es un ángel; si Drácula y Frankenstein tocaran a su puerta, ella los invitaría a tomar un té.

Claire rió sin poder evitarlo; era completamente cierto.

—Quizá, pero a David siempre le ha tenido un cariño muy especial.

—Porque te ama, ¿cómo no iba a quererlo? Pero...

—Jenny, si piensas hacer cualquier tipo de comentario que pueda molestarme referido a David, me permito recordarte que aún no he hablado con los de contabilidad para girar el cheque de tu aguinaldo.

Su asistente abrió los ojos al máximo y simuló estar muy ofendida.

—Claire, ese es un golpe muy bajo—la apuntó con un dedo acusador—. ¿Desde cuándo te comportas como una abogada conmigo?

Ella se encogió de hombros sin dejar de sonreír, especialmente cuando el teléfono en el escritorio de Jenny, fuera de la oficina, empezó a repiquetear.

—¿No deberías atender? Recuerda, el aguinaldo...

Jenny le lanzó una mirada fulminante y corrió hacia el origen del sonido, sin dejar de refunfuñar por lo bajo algo referente a sindicatos y abogados explotadores.

Tan pronto como comprobó por la ventana que le permitía mirar al exterior que su asistente cogía el teléfono, Claire se sentó en su cómodo sillón y continuó con su trabajo, aunque no fue por mucho tiempo, ya que apenas llevaba unos minutos allí cuando el sonido de la extensión de su propio teléfono llamó su atención.

—¿Sí?

—Querida, ¿te has portado mal últimamente y no me has contado nada?

Claire alejó el auricular para mirarlo con una ceja alzada y volvió a ponerlo cerca a su oído.

—¿De qué hablas, Jenny? Estoy trabajando.

—Yo también, y como tu encantadora asistente y recepcionista, te informo que quien ha llamado es el encargado de seguridad del vestíbulo, porque han pedido autorización para subir y hablar contigo.

—¿Un cliente?—Claire ahogó un suspiro, dividiendo su atención entre los papeles y el teléfono—. No puedo tomar ningún caso ahora, Jenny, dífiérela con alguien más.

—No es un cliente... creo. Es uno de esos detectives relacionados con el caso Cook, quiere unos minutos contigo.

Claire sintió cómo de pronto su corazón empezaba a bombear a una velocidad mayor de la normal, y apretó el auricular con más fuerza.

—¿Cuál?

Era una pregunta estúpida, porque si bien no deseaba conocer el motivo para estar tan segura, sabía perfectamente de quién se trataba.

—No el gruñón, el otro; creo que es Holland... sí, ese es.

Claire cerró un momento los ojos y exhaló con fuerza.

—Que suba, Jenny, y hazlo pasar tan pronto como llegue. Gracias— colgó sin esperar una réplica de su asistente.

¿Qué hacía él allí? ¿Por qué pedía autorización? Era un policía, podía mostrar su placa y el portero del edificio lo haría pasar sin dudar un segundo. Y en todo caso, ¿qué podría querer tratar con ella?

Cerró la carpeta que revisaba, la volvió a abrir, y pasó una hoja tras otra, haciendo un esfuerzo por prestar atención a las letras que bailaban ante sus ojos, sin dejar de mirar cada tanto fuera de la oficina, esperando...

Él no tardó mucho en llegar, vio por el rabillo del ojo como daba vuelta en el pasillo que llevaba a su oficina, y se detenía un momento frente al escritorio de Jenny. Pensó que tal y como le había pedido, su asistente le haría ingresar de inmediato, pero frunció un poco el ceño al notar que los minutos pasaban y él continuaba hablando con expresión muy atenta, que mutó pronto en una de completo agrado, o eso le pareció por la forma en que reía.

Estuvo a punto de coger el teléfono para pedirle a Jenny que dejara lo que fuera que estuviera haciendo y se encargara de cumplir su orden, pero eso no fue necesario, porque apenas si estiraba el brazo mano cuando la puerta se abrió y un todavía sonriente detective Holland se detuvo en la entrada.

Jenny estaba tras él, y lo veía con expresión extasiada, sin dejar de sonreír de oreja a oreja, como si la Navidad se hubiera adelantado. ¡Genial! Lo último que le faltaba...

—Detective, qué sorpresa, ¿en qué puedo ayudarle?

Usó su tono más profesional, sin delatar ninguna emoción, o eso esperaba. Pero Jenny se encargó, de nuevo, de arruinar sus intenciones.

—¿Por qué no se sienta? ¿Quiere un café? ¡Tal vez unas rosquillas!

¿Rosquillas? ¿En serio?

—No me quedará mucho tiempo...—Claire respiró más tranquila al oír su respuesta, aunque el alma se le fue a los pies cuando continuó—, pero aceptaré ese café, gracias.

—¿No rosquillas? ¿Seguro? Puedo hacer que traigan unas en cinco

minutos.

Usualmente, cuando su jefa estaba disgustada, Jenny podía percibirlo sin necesidad de recurrir a sus *habilidades especiales*, como les llamaba; sin embargo, al parecer su entusiasmo había logrado erradicar hasta su sentido común.

—Jenny, el detective no quiere rosquillas, sino un café, ¿por qué no vas por él?

Si, pese a la inflexión helada que le dio a sus palabras intencionalmente, su asistente no empezaba a actuar como tal, iba a tener que encargarse ella misma. Gracias al cielo no iba a ser necesario, porque Jenny empezó a comportarse en cuanto notó su enojo.

—Lo traeré de inmediato, ¿algo para ti? Café, ¿verdad?—no esperó a una respuesta, solo salió con paso apurado, cerrando la puerta con discreción.

Se hizo un incómodo silencio, mientras ella permanecía con la mirada fija en un cuadro justo a la derecha del hombre que no se había movido ni un centímetro de su lugar.

—¿Puedo...?

Empezaba a convertirse en una costumbre el que fuera él quien rompía el silencio, aunque en esta ocasión la hizo sentir particularmente avergonzada, ya que señalaba la silla que Jenny le ofreció, pero que al parecer no pensaba ocupar mientras ella no dijera nada.

—¡Lo siento! Por favor, siéntese.

Solo cuando estuvo sentado, con las piernas extendidas frente a sí, una vez más con esa expresión cauta en el rostro, se atrevió a retomar el habla.

—Bien, detective...

—Simon, ¿recuerda? Mi nombre es Simon.

—Por supuesto que lo recuerdo.

—¿Entonces por qué continúa llamándome *detective*?

No tenía una respuesta racional para eso, no iba a decirle que llamarle por su nombre de pila le hacía sentir como si hubiera algo más que una muy distante relación profesional entre ellos; lo que era muy inconveniente considerando la naturaleza de los sueños que la asaltaban con demasiada frecuencia.

Así que hizo lo que se le daba mejor en presencia de ese hombre; fingir.

—No lo sé, creo que es... solo un hábito; estoy acostumbrada a tratar con detectives y policías todo el tiempo.

—Por supuesto, y yo soy solo uno de ellos; no queremos que se confunda, ¿verdad?

¡Muy bien, Claire! ¿No quieres verlo más? Vas por un camino excelente, solo tienes que continuar ofendiéndolo.

—Lo siento, no me he expresado bien, fue una manera muy tonta de hablar—no estaba en su naturaleza insultar a las personas, sin importar en qué situación se encontrara—. A lo que me refería es a que me resulta un poco difícil sentirme en suficiente confianza como para hablarle con tanta familiaridad.

Le sorprendió la risa que brotó de sus labios según la escuchaba.

—¡Por Dios, Claire! Solo le he pedido que me llame por mi nombre, no que se case conmigo.

—¡Oh!—aspiró con fuerza y empezó a jugar con una de sus lapiceras—. Lo siento, a veces puedo ser demasiado formal.

—Otro viejo hábito, supongo.

—Sí, al parecer tengo muchos.

Él asintió, dejando su sonrisa para retomar el semblante sereno con el que resultaba tan fácil relacionarlo; no aparentaba ser la clase de persona que perdía la calma con facilidad, o que se dejara llevar por sus emociones; todo en él parecía muy natural, y al mismo tiempo, calculado.

El silencio los envolvió nuevamente, al menos hasta el regreso de Jenny, que abrió la puerta con dificultad, y se acercó para dejar su carga, aunque Simon se apresuró a ayudarla, lo que consiguió que Claire esbozara una media sonrisa; debía sumar *caballeroso* a la lista de particularidades de ese hombre.

—Sé que te gusta negro, Claire, pero traje azúcar y crema por si el detective...

—No es necesario, él también lo toma así—la frase escapó de sus labios antes de que pudiera detenerla.

—¿Cómo lo sabe?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Claire dirigió la mirada de uno a otro, encontrándose con idénticas

muestras de sorpresa, aunque la de Jenny era bastante más pronunciada.

—Bueno, es policía, no puedo imaginar a un policía bebiendo su café con crema y azúcar—dijo lo primero que se le ocurrió—. Desde luego que es un prejuicio totalmente ridículo.

—Quizá, pero acertó esta vez—Simon asintió y le dirigió una pequeña sonrisa—. Negro está bien.

Jenny sirvió la bebida y se retiró sin hacer más comentarios, no sin antes mirar a su jefa con las cejas alzadas, signo inequívoco para dejar en claro que a ella no la había engañado en lo absoluto. Tendría que pensar en algo más elaborado para librarse de las preguntas que con seguridad se moría por hacer.

—¿Y bien? ¿En qué puedo ayudarlo?—mejor terminar con eso de una vez.

Él no mostró extrañeza ante su brusquedad; por el contrario, bebió un sorbo de su café y la miró con interés.

—¿Qué le hace pensar que vine a pedirle un favor?

—No dije eso...

—Pero lo piensa.

—¿Lee la mente? Eso explica que le agrade tanto a Jenny, es uno de sus temas favoritos.

Se ganó otra sonrisa ante esa observación que destilaba sarcasmo.

—No, Claire, no leo la mente, pero usted preguntó en qué podía ayudarme—le recordó.

—Es solo una manera de hablar.

—Creí que los abogados acostumbran pensar mucho lo que dicen antes de emitir una opinión... aunque podría ser solo un prejuicio ridículo.

No pudo responder a ese comentario más que con una sonrisa; he allí un hombre que sabía cómo devolver un golpe.

—Muy bien, detective... perdón, Simon—se corrigió tras dudar un instante, ¿qué sentido tenía continuar con eso?—; si no vino aquí a pedir un favor, ¿cuál es la razón de su visita?

—Estaba preocupado.

Eso era algo que no esperaba oír.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

—Por quién—la corrigió él sin alterar el semblante—. Estaba preocupado por usted.

Considerando lo confuso que empezó su día, no estaba segura de que pudiera siquiera empezar a comprender a ese hombre precisamente en ese momento.

—Lo siento, no lo entiendo.

—La última vez que nos vimos estaba muy disgustada.

¡Oh! Debía referirse a su encuentro en los pasillos del tribunal, luego del cambio en el testimonio de su testigo.

—Bueno, no creo que disgustada sea la palabra apropiada...

—Tiene razón—le agradó escuchar eso—; en verdad creo que se encontraba furiosa y que con gusto me habría arrancado la cabeza, pero no quise tentar a la suerte diciéndolo.

—¡Por favor! ¡Está bromeando! Desde luego que no estaba furiosa—rodó los ojos ante su expresión desconfiada—. Claro que no me sentía precisamente feliz, una de mis testigos principales prácticamente me traicionó en el estrado, pero no quería hacerle nada a su cabeza, se lo aseguro.

—En ese caso, creo que no me gustaría cerca de usted cuando se encuentre realmente molesta; debe de ser un espectáculo temible.

Definitivamente ese hombre no la conocía en lo absoluto, y allí tenía la prueba suprema. Ella nunca perdía el control; claro que se molestaba en ocasiones, era humana, pero jamás sería irracional con una persona, por muy disgustada que se encontrara. Odiaba pelear; las peleas eran peligrosas y podían ocasionar verdaderas tragedias; esa era la razón por la que evitaba discutir con David.

—Lamento si le di esa impresión; es más, le ofrezco disculpas si fui grosera con usted, pero créame cuando le digo que está equivocado.

No le gustó nada el escepticismo con el que la miró, apenas asintiendo.

—No me cree.

—No pienso que esté mintiendo—tampoco le agradaba que le hablara como si la conociera muy bien—, estoy seguro de que usted realmente lo cree.

Claire contó hasta tres antes de responder; ¿por qué todo lo que ese

hombre decía le sonaba a un acertijo?

—¿Sabe? Tal vez tenga razón, o tal vez la tenga yo, y seguro que podríamos pasar mucho tiempo hablando de lo mismo, pero me temo que mis obligaciones esperan—señaló las carpetas sobre su escritorio—. Aprecio que se preocupe por mí, especialmente porque apenas nos conocemos, pero si eso es todo lo que deseaba decir...

Simon hizo algo que le extrañó aún más, si eso era posible; suspiró y se pasó una mano por el cabello con expresión cansada.

—Yo tampoco lo entiendo—continuó ante la mirada confundida de Claire—; no sé por qué es tan importante para mí lo que le ocurra; usted lo ha dicho, apenas si nos conocemos, pero no puedo evitarlo. Es raro, ¿verdad?

—Sí, lo es—no supo cómo logró responder, aunque su voz sonó extraña aún a sus oídos—, pero lo agradezco.

—¿En verdad? Porque a veces siento que le incomoda tan solo tenerme cerca...

¿Era así? Sí, quizá un poco, pero no era su culpa, y aunque tampoco fuera suya, él no podía ni imaginar el motivo de esos sentimientos.

—No tengo nada contra usted, Simon, puedo asegurárselo, es solo que... — ¿cómo decírselo?—...creo que así como usted no puede encontrar una explicación razonable para que le importe mi seguridad, tampoco yo puedo decirle cuál es el motivo por el que siento debemos permanecer tan alejados como sea posible.

Ya, allí estaba, lo había dicho. Tal vez no fuera toda la verdad, porque esa le aseguraría un lugar en el manicomio de la ciudad, pero era lo más sincera que podía ser con él. Y Dios sabía que necesitaba dejar eso en claro ya, o las cosas podrían ponerse aún más difíciles.

Lo vio entrecerrar los ojos, ladeando un poco la cabeza al mirarla con atención, como eso fuera lo último que esperara oír.

—¿Qué es lo que no me está diciendo?

—Nada que cambie lo que realmente importa.

Él pareció comprender a lo que se refería; tal vez le ocultaba algo, pero nada que fuera a compartir, y, en todo caso, ya había dejado claro su punto.

—Entonces, entiendo que me quiere tan lejos de usted como sea posible.

—No he dicho eso.

—Pero lo piensa.

—¿Adivinando otra vez?

Él se encogió de hombros, con ademán resignado.

—No lo sé, ¿he acertado?

Claire no supo cómo responder a eso sin decir algo que pudiera lastimarlo, pero no hizo falta. Tal vez Simon no fuera un adivino, pero era realmente bueno leyendo las emociones de las personas en sus rostros.

—Comprendo—dejó su café casi intacto sobre el escritorio y se puso de pie—. Prometo no molestarla más.

Ella se incorporó también, con una horrible sensación de pérdida en el pecho.

—No... no quise decir eso.

—Pobre Claire, creo que no tiene ni la más remota idea de qué es lo que realmente quiere decir, pero no se preocupe, puedo hacerme una idea.

—Lo siento.

—Curiosamente, ahora sí le creo—le dirigió una sonrisa cínica y se encogió de hombros—. De cualquier forma, si en algún momento necesita algo, no dude en buscarme.

Ella tragó para deshacer el nudo en su garganta y solo asintió, sin decir nada. Lo vio salir de la oficina, despedirse de Jenny con un ademán, y desaparecer por el pasillo. Solo entonces se dejó caer sobre el sillón y recostó la cabeza.

Lamentablemente, no tuvo mucho tiempo para pensar en lo que había pensado.

—¿Qué diablos está pasando?

Jenny, con las manos en las caderas y expresión más curiosa que de costumbre, se encontraba en el centro de la habitación; no podía verla, pero sí oírla, y no era nada difícil imaginar los gestos que debía de estar haciendo.

Su primer instinto fue decirle que no se metiera en sus asuntos y que volviera al trabajo si quería ese aguinaldo navideño, pero, por primera vez en mucho tiempo, sintió que necesitaba a alguien que la escuchara, sin pensar en las consecuencias. De modo que enderezó la cabeza para verla de frente, y le hizo un gesto para que cerrara la puerta, lo que su asistente se apresuró a hacer.

—¿Quieres oír la historia más increíble que puedas imaginar?

No tuvo que esperar mucho para recibir un fervoroso asentimiento como respuesta.

—He tenido unos sueños muy extraños...

De no encontrarse tan inquieta y preocupada, Claire habría apreciado que, por primera vez en muchos años, pudo hablar durante varios minutos sin que Jenny la interrumpiera ni una sola vez. Si bien en un principio le resultó complicado encontrar un punto de partida desde el cual empezar a contarle todo lo referente a sus sueños, según hablaba, notó que las palabras fluían con más facilidad, como si de alguna forma se deshiciera de un pesado fardo al hablar francamente con alguien acerca de lo que tanto le atormentaba.

Jenny era una oyente maravillosa cuando lo deseaba, porque no solo guardó silencio, sino que abría los ojos al máximo en los momentos más importantes y, antes de que se diera cuenta, estaba ya sentada frente a ella con las manos bajo la barbilla y los codos apoyados en el escritorio.

Para cuando llegó a la parte en que debió hablarle acerca de sus reservas para con el detective Holland y le explicó que era idéntico al hombre de sus sueños, soltó un chillido que le provocó un brinco y debió detenerse un momento en tanto su amiga recuperaba el aliento, hasta que le hizo un gesto para que continuara.

No ocultó nada, no habría tenido sentido, porque su decisión de hablar al fin y al cabo la liberaban en parte de una angustia tremenda, y no podía mentirse a sí misma. En ese momento, Jenny era como un espejo, y estaba decidida a decirle toda la verdad, aún sus miedos más profundos.

Para cuando terminó, había pasado ya casi media hora, lo supo al ver su reloj para tomar aire luego de la última frase y se quedó en silencio, esperando la reacción de Jenny, la misma que tardaba mucho más de lo que había esperado. La miró con impaciencia mal disimulada, ¿acaso no iba a decir absolutamente nada?

—¿Y bien? ¿Qué piensas?

Tamborileaba sobre la madera sin dejar de mirarla, con expresión angustiada, ¿estaría pensando en informar a sus superiores de que tenían a una empleada con problemas psiquiátricos?

—Tienes razón, esto es definitivamente lo más increíble que he

escuchado en mi vida, y, Claire, sabes que he oído cosas muy extrañas.

Esa era una primera reacción tan buena como cualquier otra.

—Te he contado toda la verdad, no he inventado nada.

—Sinceramente, cariño, dudo de que pudieras inventar algo tan asombroso; siempre has sido del tipo realista, la fantasía no es lo tuyo; sin ofender.

—No te preocupes por eso—ya empezaba a ver a la Jenny que conocía y eso le inspiró un gran alivio—. Entonces... ¿no piensas que estoy loca?

Su asistente la miró como si al hablar así de sí misma la ofendiera profundamente.

—¿De dónde sacas eso? Por supuesto que no estás loca, Claire, ni siquiera lo pienses; eres tan cuerda que a veces me preocupas—iba a tomar eso como un halago—. Pero tengo que decirte algo, cariño, y es que si bien he esperado que le pongas algo de emoción a tu vida, esto sobrepasa todas mis expectativas.

—¿Emoción? Jenny, si no estoy loca aún, de seguir así, eso cambiará muy pronto—empezó a morderse los nudillos—. ¿Te das cuenta de lo absurdo que es todo esto? Hablo de años, Jenny, años en los que estos sueños no me dejan en paz. Claro que podría simplemente ignorarlos, y con frecuencia lo hago, pero a veces no puedo; son demasiado... importantes, o, no lo sé, al menos parecen serlo cuando estoy durmiendo y me cuesta desprenderme de todas esas emociones al despertar. No puedes imaginar las horas que he pasado dándoles vuelta una y otra vez para encontrarles algún sentido, y no podría ni fantasear en hablar de esto con David porque no solo no me creería, sino que él tal vez sí pensará que algo está mal conmigo.

No reparó en que se había puesto de pie hasta que casi tropieza con la papelera al empezar a caminar alrededor de la habitación, pero no le importó, solo la hizo a un lado con un gesto fastidiado.

—Y cuando decido que tal vez, solo tal vez, si me esfuerzo mucho, podría convivir con ellos y que dejen de afectarme... —abrió los brazos como si quisiera abarcar a todo el mundo en ellos—... ¡aparece él!

—Supongo que con él te refieres al detective Holland—Jenny se mostraba más cauta de lo que esperaba.

—¡Claro que me refiero a él! ¿Quién más podría ser? Todo estaba bien hasta que tuve la mala suerte de que se cruzara en mi camino—suspiró como si

de pronto se sintiera muy cansada—. Bueno, no bien, pero en verdad pensé que podría manejarlo; ¿por qué me está pasando esto, Jenny?

Su amiga se cruzó de brazos, dando vuelta en la silla para poder mirarla, ya que en su ajetreado paseo, Claire había terminado al otro lado de la oficina.

—¿Y dices que él no parece estar experimentando lo mismo que tú?

—No, estoy segura de que no, aunque ya te he contado lo que me dijo respecto a que no entiende por qué cree que debe importarle lo que me pase. En mi opinión, es afortunado.

—Ya—Jenny se rascó la barbilla con el índice, la mirada un poco perdida—. Es un caso muy interesante.

—¿Interesante?—Claire bajó la voz al notar que casi estaba gritando—. Jenny, estoy al borde de un ataque de nervios, ¿y eso es todo lo que puedes decir? ¿Te parece muy interesante?

—Está bien, tienes razón, tranquila—Jenny aspiró con fuerza y empezó a jugar con sus numerosas pulseras—. Pero es que todo es muy extraño, Claire, tienes que permitirme procesarlo. Si te dijera todo lo que pienso...

El tono indeciso de su amiga fue suficiente para calmarla; ella nunca dudaba al expresar lo que pensaba, pero le bastó ver la forma en que fruncía el ceño para saber que se encontraba dividida respecto a decir o no lo que creía.

—Jenny, acabo de decirte que durante los últimos dos años he soñado que soy otra persona, en otro tiempo y que en ellos comparto mi vida con un hombre al que aquí he visto solo unas cuantas veces; ¿en verdad crees que me va a asustar lo que puedas decir?

—No digo que vaya a asustarte, pero tal vez no te guste; es más, posiblemente ni siquiera me creas.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Tú aceptas sin dudar un segundo lo que digo aunque otros me tildarían de desquiciada.

Jenny enarcó una ceja, chasqueando la lengua.

—Buen punto—aspiró con fuerza antes de continuar—. Considera que este no es un tema del que sepa mucho y que iré a ciegas, ¿de acuerdo?

Claire asintió y se apresuró a volver a su asiento, atrayendo la mirada de su amiga, que giró de nuevo en la silla.

—Tal vez hayas oído acerca de la teoría de la reencarnación...

—¡No!

—Allí vamos—Jenny puso los ojos en blanco—. Dije que no te iba a gustar.

—Pero... yo no creo en esas cosas, es absurdo.

—¿Tanto como tener sueños inexplicables con un total extraño al que un día te encuentras cuando menos lo esperas? ¿En serio? ¿Más absurdo que eso?

Claire lanzó un resoplido y se encogió de hombros de mala gana.

—Mira, Claire, no creo que nadie pueda darte una explicación razonable y científicamente comprobada acerca de lo que está pasando, que sé es lo que tú quisieras obtener—elevó un dedo en señal de advertencia para que le permitiera continuar—, y no digas que eso no es verdad, porque te conozco. Eres de esas personas que no creen en nada a menos de que lo vean, y, aunque pueda serte muy útil en tu trabajo, cielo, en la vida hay algunas cosas a las que no podrás encontrar una definición sencilla.

—Por favor, no me hables como si tuviera cinco años.

—Bueno, querida, lamento decirlo, pero en este tipo de cosas, sí que te comportas como si los tuvieras, y no tiene nada de malo, es tu forma de ser, pero si me has contado todo esto es porque quieres mi opinión, te guste o no.

Claire estiró un brazo para tomar la mano de su amiga sobre el escritorio, con expresión arrepentida al notar que había sido muy dura.

—Lo siento mucho, sé que siempre me burlo acerca de estas cosas, es que no puedo evitarlo; no creo en ellas, pero sé que quieres ayudarme y estoy muy agradecida por eso, lo juro.

Jenny le dio unas palmaditas para tranquilizarla y la miró con la misma ternura que le mostraría a cualquiera de sus hijos.

—Está bien, lo respeto, pero, a la luz de los acontecimientos, ¿no podrías al menos hacer una pequeña concesión y oírme?

—Supongo...

—¡Genial!—Jenny se enderezó en la silla y exhibió una gran sonrisa, suavizando su tono al continuar—. Ahora, no pienses que yo creo a pie juntillas en todo lo que se lee por allí, soy algo más selectiva de lo que parezco; sin embargo, aún tú debes admitir que no conocemos todos los misterios de mundo, porque eso sería muy, muy presuntuoso, ¿verdad?

Esperó a que Claire asintiera, aunque lo hizo de mala gana, porque no

tenía cómo contradecir eso.

—Bien, no pretendo involucrarme en el campo de las creencias o religión, porque esas son ligas mayores y, como te he dicho, no sé tanto del tema como quisiera, pero... sí que he leído algunas obras interesantes al respecto, me las recomendaron unas amigas de las que te hablaré luego. Bueno, en estos libros se deja en claro que la teoría de la reencarnación se basa en la inmortalidad del alma humana, y... ¿quiénes somos nosotros para discutir eso? Quiero decir, me gusta mi alma y quiero pensar que cuando muera no va simplemente a desaparecer, ¿me sigues?—un nuevo asentimiento le instó a continuar—. Ahora, aunque tal vez nunca pueda ser comprobado o aceptado por la mayor parte del mundo, existen muchas personas, de mente más... digamos abierta, que creen en la posibilidad de haber vivido otras vidas.

—Conozco la idea general, ¿sabes? No soy una completa ignorante en el tema.

Jenny hizo un gesto con la mano, como restándole importancia a ese comentario.

—Sabes lo que has escuchado por allí, y apuesto lo que sea a que te parece una idea ridícula—la miró con intención y sonrió un poco al ver que bajaba los ojos—. Eso pensé, pero no te juzgo, así como espero tampoco lo hagas conmigo.

—No se trata de juzgar a nadie, Jenny, es solo que no le encuentro sentido—Claire suspiró con pesadez, apoyando la barbilla sobre el mentón—. ¿Quién puede creer algo así?

—¡Yo! Y muchos millones más, por cierto. Vamos, Claire, ¿por qué no hacerlo? Me parece una explicación tan lógica como cualquier otra, y bastante esperanzadora, si lo piensas un momento; ¿no te parece extraordinaria la idea de tener otra oportunidad? ¿De que parte de ti trascienda?

Claire elevó las cejas, sin abandonar su expresión escéptica. Quería a Jenny como a una hermana, pero había cosas en las que resultaba completamente imposible ponerse de acuerdo, y esta sin duda era una de ellas.

—Reconozco que no suena mal, pero no puedo dejar de pensar que es tan solo una explicación facilista que algunas personas han creado simplemente por el temor a la muerte y, en consecuencia, el fin de todo lo que conocen. Resulta más sencillo tan solo creer que volverás a vivir una y otra vez, ¿cierto? Vamos, concédeme eso.

Jenny suspiró y se cruzó de brazos, con los ojos entrecerrados.

—Eres un hueso duro de roer, Claire Jones—dijo—, aunque no podría decir que estoy sorprendida; personas como tú necesitan un poco más de tiempo para procesar estas cosas.

—No necesito procesar...

—Sí, lo necesitas, porque no solo eres de mente estrecha, sino que además puedes ser un poco lenta con lo que no te gusta. Piensa en tus sueños, no escapes de ellos; infórmate un poco acerca de lo que hemos hablado, prometo traerte unos libros—Jenny hizo un gesto maternal al continuar—. Sé que eres una mujer fuerte, querida, pero no puedes vivir de esta manera; no es bueno para ti, te afecta demasiado.

Claire frunció el ceño al notar que sus pensamientos la llevaban hasta David, quien a su parecer era el más perjudicado con todo ese enredo; tal vez Jenny tuviera razón y debiera pensar un poco en todo, por insólito que resultara, ¿qué daño podía hacer?

—Me preocupa David—reconoció a media voz—; siento que esto no es justo para él.

—Tal vez, pero en verdad son tú y tus nervios los que me inquietan—su amiga rodó los ojos—. Nunca te había visto tan nerviosa, y mientras Holland estuvo aquí, creí que saldrías corriendo en cualquier momento.

—Eso es un poco exagerado...

—Claire, estaba espionando; tal vez no podía escucharlos, pero bastaba con ver tu rostro para saber que algo iba muy mal—Jenny chasqueó la lengua con una media sonrisa—; o muy bien, depende de cómo lo veas, pero sé que no estabas precisamente feliz.

Su amiga contó hasta diez antes de hablar.

—¿Hacías qué?

Jenny se puso de pie con un movimiento elegante, aunque muy cauteloso, andando de espaldas hacia la puerta y sin abandonar su sonrisa inocente.

—Recuerda, estaba preocupada; nunca había visto a ese hombre y cuando lo anuncié, tu voz no parecía de este mundo—le recordó casi bajo el dintel, con un pie fuera de la oficina—. Lo lamento, pero es mi deber de amiga/asistente/consejera estar atenta a cualquier problema que puedas tener.

—Jenny...

—Te ofreceré disculpas cuando esté segura de que vas a perdonarme sin un sermón de por medio, pero mientras eso ocurre, ¿pensarás en lo que te he dicho? Luego podríamos hablar un poco más al respecto...

Claire estuvo tentada a perseguirla y darle ese sermón, pero se lo pensó mejor, y asintió a regañadientes.

—Esa es mi chica—Jenny asomó la cabeza antes de salir—. Por ahora, creo que podríamos empezar a trabajar, hemos perdido casi toda la mañana, y de verdad necesito ese aguinaldo; tengo una ofrenda de paz, la dirección que pediste averiguara, la del amigo de tu cliente que puede ayudarte con la cuartada.

—No te librarás tan fácil, pero está bien, aceptó la ofrenda... por ahora.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, su asistente salió corriendo.

Debería estar disgustada por esa última indiscreción de Jenny, pero en realidad, lo que sentía era un inmenso alivio, como si acabara de deshacerse de parte de un gran peso. Tal vez sus problemas estuvieran lejos de ser solucionados, pero en ese momento, no lidiaba completamente a solas con ellos.

Claire odiaba ocultar cosas a David, pero esa noche, al llegar a casa, lo primero que hizo fue asegurarse de que él no estuviera cerca para poder guardar la pequeña bolsa que traía consigo bajo uno de los cojines del sillón. Apenas si tuvo tiempo para hacerlo, antes de que él saliera del dormitorio.

—Hola, te esperaba más temprano, ¿está todo bien?

La besó con suavidad en los labios, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Sí, no pasa nada; es solo que he tenido un día muy pesado—eso era completamente cierto—, pero no tienes por qué preocuparte.

—¿Segura?

—Absolutamente—Claire hizo un esfuerzo y le sonrió—. Te hablaría acerca de mis avances, pero...

—No quieres ponerme sobre alerta.

—El señor fiscal tiene razón; algo que espero no oigas con mucha frecuencia en este caso, claro, pero solo por esta vez te lo concederé—se dirigió a la cocina en tanto hablaba sobre su hombro—. Comí en la oficina, pero puedo prepararte algo, si quieres.

—No es necesario, hice lo mismo; tuve un almuerzo con el alcalde.

—¡Vaya! Estoy impresionada, yo solo compartí unos emparedados con Jenny—sirvió un poco de vino en un par de copas y le alcanzó una—. ¿Buenas o malas noticias? El periodo de elecciones empezará pronto, así que imagino habrá un poco de ambas.

David sonrió y tomó su mano para llevarla hasta el sofá, donde se recostaron mientras él pasaba un brazo sobre su hombro para atraerla hacia sí.

—Mujer lista, por eso te amo—dio un sorbo a su bebida antes de continuar—. Es lo de siempre, en realidad, ya sabes como se ponen los políticos en esta época. Por una parte, quiere apretar el nudo para asegurarse de que obtengo buenos resultados y poder mostrarlos a la ciudad.

—Para que veamos lo mucho que trabaja él, claro—Claire sonrió con burla.

—Exacto, y, por el otro lado, ha asegurado que de salir reelegido incrementará el presupuesto de la oficina.

—¡Qué discreto!

—¿En dónde has visto a un político ansioso de ser reelegido mostrándose prudente? En todo caso, no me molestaría que Johnson se quede unos años más, tengo que reconocer que ha hecho un buen trabajo y apoya a la oficina tanto como puede, algo que no puedo decir de sus predecesores.

—Lo sé, pero aún así... ya sabes que siempre me ha molestado cuando los políticos empiezan a mover sus fichas para asegurarse el apoyo que les conviene.

David apretó su hombro con delicadeza y le dio un rápido beso en la sien.

—Había olvidado que además de lista eres extremadamente desconfiada—se rió—, pero está bien, necesitamos ciudadanos como tú.

—¿Necesitamos?—Claire giró para mirarlo bien, con el ceño fruncido—. Por favor, dime que no quiere reclutarte para su equipo o algo así.

Él suspiró y miró hacia un lado, con lo que solo consiguió que Claire se deshiciera del abrazo con un movimiento algo brusco.

—¡David!

—¿Mencionó el tema? Sí, pero fue muy sutil, no hablamos de ninguna propuesta formal, ¿de acuerdo?

—Pero... tú sabes lo que pienso de la política, creí que a ti tampoco te

gustaba.

—Y no me gusta, pero creo también que a veces debes hacer algunas concesiones si tienes metas más elevadas. ¿No crees que si fuera asistente del fiscal federal, por ejemplo, podría hacer una gran diferencia?

—¿Te ofreció eso?

—Acabo de decir que no ha hecho ninguna oferta, y posiblemente no la haga. Además, no es él quien se encarga de nominar a los fiscales, sabes eso.

—Y también sé que tiene el suficiente poder para mover algunos hilos y lograrlo si lo quisiera.

David se pasó una mano por el rostro, con ademán cansado.

—Escucha, son solo especulaciones, y aún falta mucho tiempo para saber si en realidad Johnson siquiera lo tiene en mente, no es necesario que nos adelantemos—puso ambas manos sobre sus hombros—. Pero, te pediría, por mí, que intentes ser un poco más flexible, ¿podrás? Porque quizá no ocurra aún, pero debes entender que en algún momento voy a intentar subir un escalón, y te necesito de mi lado.

—Lo estoy, siempre, es solo que esto...—Claire pasó una mano por su brazo—. Me has sorprendido, eso es todo, nunca sería tan egoísta como para intentar frenar tus ambiciones.

—Lo sé, tal vez debí esperar para hablar de eso, pero quería contártelo—la abrazó con fuerza, respirando sobre su cabello—. Sé que cuento contigo.

Claire asintió aunque él no pudiera verla, con la barbilla apoyada sobre su hombro. Su expresión adusta no resultaba fácil de ocultar, pero tenía que hacer un esfuerzo, por David, así que intentó sonreír, y se separó cuando estuvo segura de que parecía realmente tranquila.

—Claro que lo haces, pero tienes razón, nos estamos adelantando a los acontecimientos—dijo—. ¿Quieres ir a la cama? Estoy muy cansada, y mañana debo ir a entrevistarme con alguien.

—¿Algo relacionado con el caso?—David elevó las manos en señal de derrota al ver su ceja alzada—. De acuerdo, no puedo hacer preguntas acerca de eso, lo siento.

—Yo me encargo de esto, adelántate—tomó las copas y se encaminó a la cocina.

—No tardes.

Ella sonrió desde el fregadero, pero en cuanto desapareció por la puerta del dormitorio, dejó las copas en el lavavajillas y corrió hacia el sofá en el que habían estado sentados. Fue una suerte que David no se diera cuenta de que había algo raro allí. Levantó el cojín y tomó la pequeña bolsa que había escondido allí al llegar.

Le temblaron un poco las manos al desenvolver su contenido; *“La Mente Holotrópica”*, de Stanislav Grof, un libro que le recomendó Jenny poco antes de dejar la oficina y que compró en la librería más cercana. No podría leerlo de inmediato, David la esperaba, así que apenas si pasó un par de hojas con la nariz arrugada, y lo dejó en su lugar.

Quizá si lograba terminar pronto la entrevista del día siguiente, podría volver a casa algo más temprano y leerlo con calma, sin tener que dar explicaciones. De modo que tras dirigirle una última mirada cómplice al sillón, se dirigió al dormitorio, dispuesta a poner de su parte para no discutir con David, y mucho menos por algo referente a ese posible cargo; tenía ya demasiadas cosas por las que preocuparse como para añadir una más.

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 5

Aún una ciudad con fama de ser tranquila y segura, como era el caso de Boston, contaba con algunos barrios por los que era mejor caminar con mucho cuidado, especialmente si ibas con tacones, un traje demasiado costoso y un maletín que parecía gritar “¡Róbame!”.

Todo esto pasaba por la cabeza de Claire en tanto se despedía con gesto tembloroso del taxista que la había llevado hasta allí, y quien, por cierto, le había preguntado más de una vez durante el camino si no prefería que la dejara en otro lugar, a lo que ella solo pudo responder con una negativa firme.

Estaba en ese lugar para buscar al hombre que su cliente señaló como el testigo que podría ayudarle a fortalecer su coartada; un tal Andrew Carter. Según él, si bien no lo vio durante el lapso de tiempo en el que supuestamente estuvo en su casa, a solas, compartieron mucho tiempo en el bar y luego se hicieron compañía hasta que se separaron precisamente frente a la casa de Cook, lo que confirmaría en parte su testimonio. Ahora solo necesitaba encontrar a ese hombre, corroborar la historia, y asegurar que testificara a favor de su amigo. Solo lamentaba que su cliente no le informara sobre él tan pronto como la contrató, sino que esperara al receso en el juicio para hablarle del asunto. Claro que su argumento de que a su amigo no le gustaban los policías y, muchos menos los tribunales, era tan plausible como cualquier otro; además de que no habría hablado de ello si las cosas a su parecer no fueran tan mal.

Si al menos ese hombre hubiera contestado a sus llamadas, su presencia allí no habría sido necesaria, pero no tenía sentido lamentarse por eso, tenía un deber que cumplir.

En medio de la calle, miró de un edificio de apartamentos a otro, buscando las señas que llevaba anotadas en su agenda. El problema era que cada bloque se veía exactamente igual al anterior y, según caminaba, fue descubriendo que al parecer los chicos del barrio encontraban muy divertido arrancar las placas con los números de las entradas. De modo que no le quedó más alternativa que cruzar un pequeño parque comunitario e ir por la primera unidad que encontró con la verja abierta. Tendría que seguir el viejo método de solo preguntar y cruzar los dedos hasta encontrar un alma caritativa que le ayudara.

No tuvo mucha suerte en sus primeros intentos, por lo que media hora después, y con los pies adoloridos, dejaba el cuarto edificio sin haber conseguido

una sola pista. Era absolutamente ridículo, ¿qué pasaba con el mundo? Había perdido ya la cuenta de las veces que recibió un portazo en la cara luego de tocar y preguntar si podrían darle algunas señas.

Como si eso fuera poco, al llamar a Jenny y pedirle que intentara de nuevo contactarse con el testigo en cuestión, recibió como respuesta que seguía tan incomunicado como hasta hacía unos días. Definitivamente ese hombre debía de odiar los juzgados.

Iba dispuesta a sentarse un momento en una de las bancas del parque para descansar sus pies y retomar la búsqueda, cuando un sonido extraño llegó hasta sus oídos. Una sirena, y no parecía la de una ambulancia; no, era de un vehículo de policía. De varios de ellos, en realidad, demasiados como para que pudieran indicar nada bueno, como se dijo al ver pasar uno tras otro casi frente a ella y luego aparcar en una de las entradas tras girar a su derecha. Escuchó el ruido de bruscos frenazos, puertas abriéndose y cerrándose de golpe, pero los policías no estaban en su campo de visión.

¿Qué estaba pasando?

Al ver hacia los edificios que estaban tras ella, notó que algunas personas se asomaban a las ventanas, para luego cerrarlas con rapidez. Aún los chicos que jugaban al baloncesto a unos metros de ella empezaron a correr hasta perderse de vista. ¿Qué hacía? ¿Correr también? No estaba segura de que esa fuera una buena idea, tal vez si tan solo se quedaba quieta...

Cuando escuchó el primer disparo, hizo lo que cualquier otro en su lugar habría hecho; se lanzó al piso, sin importarle su traje o el dolor que sintió en una de las piernas al golpear contra un objeto que en ese momento no se molestó en identificar, y se cubrió su cabeza con los brazos.

Odiaba ese sonido, era como una ráfaga que no dejaba de atacar sus oídos. No supo cuánto tiempo pasó, tal vez fueron solo unos minutos, aunque a ella le parecieron horas, hasta que se hizo un silencio sobrecogedor que la asustó aún más que el ruido. Luego, empezaron a oírse gritos, maldiciones, y muchos pasos cerca al lugar en el que se encontraba.

Solo entonces se atrevió a abrir del todo los ojos y hacer a un lado los brazos para poder ver lo que ocurría. El panorama no era muy alentador.

Al menos una decena de policías, con trajes especiales que le recordaron a esas películas de acción que a Jenny le gustaban tanto, llevaban a varios hombres esposados, a algunos de ellos casi a rastras, sin dejar de empujarlos contra lo que suponía eran las patrullas que se habían encargado de mover más

cerca del área una vez que terminó el tiroteo. Vio también a otros hombres, pero no llevaban uniforme policial, solo hablaban por lo que identificó como radios de largo alcance.

Luego de pensarlo un momento, y al ver que otro enfrentamiento era improbable, hizo un esfuerzo para levantarse; solo entonces sintió un dolor agudo que casi la hizo caer de bruces. Miró su rodilla y una oleada de náuseas la envolvió al ver la sangre que cubría casi toda su pierna; fue en aquel momento que identificó el objeto contra el que se golpeó al caer, una afilada piedra. Aún así, se tomó un momento para calmarse, y se apoyó en la verja más cercana.

Si caminaba en dirección contraria al tumulto podría esperar a un taxi, sí, o llamar a Jenny para que enviara un coche. No, tal vez no fuera idea hacer eso, a su asistente le daría un ataque si se enteraba de que estaba completamente a solas en esa situación. El taxi era la mejor opción, solo quería alejarse de allí sin importar cuánto debiera esperar, porque notó que los policías empezaban a acordonar el área; ningún chofer en su sano juicio pasaría por esa zona en muchas horas.

Sus pensamientos eran algo confusos ya que el mareo empezaba a envolverla; suponía que debía ser a causa de la impresión. No había dado más que unos cuantos pasos vacilantes cuando escuchó un grito, uno que parecía dirigido a ella y no le gustó nada. ¿Por qué la llamaban?

—¡Oiga! ¡Mujer, deténgase!

No, no podía ser, ¿qué estaba pagando? Tal vez debería empezar a replantearse esas ideas acerca del karma del que tanto hablaba Jenny; debió de hacer algo muy malo en una vida pasada para merecer eso.

El detective Lancaster corría hacia ella, con la expresión más enfurruñada que le había visto nunca.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Eso es sangre?

—No es nada, solo estaba en el lugar equivocado en el peor momento, nada más; por favor, ¿puede llamar a un taxi?

No veía o escuchaba muy claro, pero le pareció que el hombre maldecía por lo bajo, mientras se llevaba la radio a la boca. Bien, por primera vez desde que lo conocía iba a hacerle un favor; estaría emocionada si no se encontrara tan cansada...

—¿Va a tardar mucho? Quiero llegar a mi oficina.

No se tomó la molestia de responderle, sino que le pasó un brazo por la

cintura, y la empujó con poca delicadeza para que empezara a caminar.

—No, en la otra dirección, ningún taxi va a detenerse con todas esas patrullas por aquí.

—Ya deje de hablar, está más incoherente que de costumbre.

Algo le dijo que no tenía mucho sentido discutir, especialmente al sentir el aire viciado por la pólvora con más fuerza, lo que tanto la ayudó a espabilar su mente como a provocarle más náuseas. Según se acercaban a los coches, sintió su rodilla doblarse; dolía más a cada paso.

—No puedo más.

El detective Lancaster tampoco respondió esta vez, parecía muy concentrado en ver de un lugar a otro, como si buscara algo o a alguien. Claire siguió su mirada, por inercia, esperando que le ayudara de una buena vez, o que le permitiera regresar para buscar un coche que la llevara de vuelta a la oficina, pero al ver quién bajaba por una de las escaleras de la unidad más cercana, y se dirigía corriendo hacia ellos, sintió que su percepción se enredaba aún más.

—No dijiste que estaba herida.

—Dije que se veía terrible, ¿cierto? Si esa no es una herida fea, no sé qué es—el detective Lancaster retiró la mano de su talle y la ayudó a apoyarse contra una patrulla—. Listo, toda tuya; supongo que ahora esperarás también que me encargue del papeleo.

—Tengo a un hombre allí arriba...

Claire no entendía nada, y no tenía la fuerza como para intentarlo con mucho ahínco. Cuando vio bajar al detective Holland; Simon, se recordó a pesar del mareo, algo encajó en su mente. Claro que Lancaster debió de comunicarse con él cuando la encontró, pero... ¿por qué hacer eso? Y ahora la dejaba allí como si fuera solo un fardo, mientras que el otro no dejaba de verla con expresión contrariada.

—Necesita un médico.

—Hay varios paramédicos en la zona...

—¡Lo que necesita es un médico!—nunca había escuchado a ese hombre gritar, ni siquiera en sus sueños, qué raro sonaba—. ¿Puedes encargarte de Nolan? Está en el tercer piso, no hará daño a nadie; yo iré con ella.

Suponía que Lancaster debió de quejarse, porque Simon abrió la puerta de la patrulla, la cargó sin mucho esfuerzo para ayudarla a subir, y cerró la

puerta, pero se quedó fuera. A través del vidrio, lo vio discutir con su compañero, y no debió de ser una charla muy agradable, porque al final, el mayor se fue con muy mala cara, aunque al otro no pareció importarle, o tal vez fueran ideas suyas. De cualquier modo, no tuvo mucho tiempo para pensar en eso, porque casi de inmediato lo observó acercarse a un oficial uniformado, y regresar con él, que ocupó el asiento del conductor, mientras que él abría la puerta trasera una vez más para sentarse a su lado.

—Date prisa.

—Este no es mi trabajo.

—Solo hazlo.

¡Vaya que era mandón! Y parecía tan tranquilo la mayor parte del tiempo...

—¿Duele mucho?—no supo que le hablaba a ella hasta que repitió la pregunta.

Claire hizo un gran esfuerzo para concentrarse e intentar responder con claridad.

—No tanto; bueno, un poco, pero la sangre... no me gusta.

—A nadie le gusta.

—Yo la odio.

—Debes de tener buenos motivos para eso—Claire asintió de mala gana, recostando la cabeza contra el asiento—. Vamos a apretar un poco esto, no me gusta cómo se ve.

Hizo un gesto de dolor cuando sintió la presión contra la herida; sabía que era lo más importante, detener la hemorragia, pero no por eso era menos desagradable. Aspiró una y otra vez, controlando el deseo de vomitar, las manos hechas puño a cada lado del cuerpo.

—Llegaremos pronto y te darán un calmante, ¿de acuerdo? Puedes gritar si quieres.

Ella negó con un movimiento brusco.

—Bien, eres valiente, o una mujer terca y desquiciada—se encontró con una sonrisa al abrir los ojos y mirarlo, sorprendida por su expresión—. Esas últimas fueron palabras textuales de Colin, lo siento.

—Puedo imaginarlo diciéndolas sin problemas.

—Que no te engañe, le agradas.

Claire volvió a cerrar los ojos, tras expresar su escepticismo con un gruñido.

—No se habría preocupado por ayudarte si no fuera así, créeme, lo conozco bien.

—Sí tú lo dices...

Sintió cómo volvía a aplicar presión sobre la herida y contuvo las ganas de gritar, pero él debió intuirlo, porque puso la mano libre sobre su hombro y acercó el rostro al suyo, hablando muy cerca de su oído.

—Solo respira profundamente, estamos muy cerca.

—De acuerdo.

Él tenía razón, porque apenas unos instantes después, el auto se detuvo, y abrió la puerta para ayudarla a salir.

—¿Puedes caminar o prefieres que te cargue?

—Puedo caminar.

—Eso pensé.

Notó un ácido toque de humor en su respuesta, pero lo ignoró. De cualquier forma, él se encargó de sostenerla hasta que cruzaron las puertas de urgencias y una enfermera salió a su paso.

—Necesitamos un médico, ¡ahora!

La mujer pasó la mirada de su herida al rostro de Simon, y, tras dudar un instante, los guió hasta una pequeña sala.

—Recuéstese allí, un médico vendrá pronto.

—Dígale que es una emergencia.

—Tenemos muchas emergencias que atender, señor.

—Es detective, y la señorita acaba de resultar herida en un tiroteo, así que tal vez el doctor pueda darse prisa.

La enfermera no necesitó oír más; en su profesión, los policías siempre eran muy bien considerados.

—Volveré pronto.

Una vez que se marchó, Simon se inclinó para ayudarle a recostarse sobre la camilla, acomodando sus piernas con cuidado para evitarle tanto dolor

como fuera posible.

—Ahora pensará que soy también una policía, ¿verdad?

—O una delincuente que traje en custodia—le sonrió, ocupando una silla a su lado—. Como sea, te atenderán pronto.

—Gracias.

—Está bien, no tienes nada que agradecer—extendió una mano, pero pareció pensárselo mejor, y la dejó caer sobre la camilla—. ¿Por qué no te gusta la sangre?

Claire ladeó la cabeza para mirarlo con atención, sorprendida por la pregunta.

—Tú lo dijiste, a nadie le gusta.

—Lo sé, pero según tú, la odias.

—Cuando era niña... estuve en un accidente, y... vi mucha sangre; desde entonces no la soporto—miró al techo según hablaba, incómoda con él por preguntar, y con ella por responder.

—¿Qué clase de accidente?

—De coche.

—¿Por eso tampoco te gusta conducir?

—Sí.

Ella suspiró y tragó espeso, inquieta por esa súbita atmósfera de camaradería, en la que se sentía lo bastante confiada para contarle detalles tan íntimos de su vida, algunos de los cuales no compartía con nadie. Sintió un gran alivio cuando un médico apareció, seguido por la enfermera que los recibió al llegar.

—Hola, soy el doctor Carson; veamos esto.

En tanto el doctor la auscultaba, preguntando detalles acerca del accidente, Simon se mantuvo en silencio, aunque no abandonó su lugar; fue Claire quien le explicó todo lo ocurrido con tanta claridad como le fue posible. El shock inicial empezaba a despejarse y podía pensar con más calma.

—Se hizo un feo corte, va a necesitar unas puntadas, y un par de vacunas, solo para prevenir infecciones; no será agradable, pero luego podrá irse a casa.

—Me gustaría eso.

—Bien, la enfermera va a limpiar el área, y luego yo coseré, ¿de acuerdo?—miró a Simon al terminar su explicación—. ¿Va a quedarse?

Él dirigió la mirada a Claire, como esperando que fuera ella quien decidiera, lo que era un verdadero problema, porque no estaba segura de qué decir, así que no pensó mucho en ello y solo asintió.

Dejó que la enfermera se encargara de desinfectar la herida, luego de quitarle los zapatos, lo que resultó aún más doloroso de lo que pensó en un primer momento. Aferró la sábana de la camilla con una de sus manos, esperando que nadie lo notara, pero Simon debía de estar muy atento a sus movimientos, porque casi de inmediato sintió que la cubría con la suya, y ella no hizo nada para liberarse del agarre.

—Bien, pondré un poco de anestesia local y coseré; lo haré con mucho cuidado para evitarle una cicatriz, ¿de acuerdo? El pinchazo puede doler un poco.

¿Un poco? Qué hombre tan moderado para expresarse, porque sintió como si le clavaran un aguijón en plena carne viva; su reacción instintiva fue dar vuelta a la mano que Simon sostenía y apretar la suya con fuerza.

—Está bien, en cuanto la anestesia haga efecto no sentirás la aguja, lo prometo—se había acercado tanto que hablaba en susurros sobre su frente, atento a los movimientos hábiles del doctor—. ¿Quieres conversar para distraerte?

Conversar, bien, tal vez eso ayudara.

—¿Qué hacían allí? ¿Era una especie de operativo o algo así?

—Sí, trabajamos en esto durante meses; se trataba de desarticular una red de narcotraficantes que habían ocupado todo un piso en uno de esos edificios. El F.B.I. también está involucrado, porque su líder tiene bastantes delitos por lo que responder, así que puede decirse que fue toda una operación a gran escala.

—¿Y salió bien? ¿Los atraparon?

Tal vez el médico fuera un profesional muy capaz, pero aún él no podía evitar que la aguja, a pesar de la anestesia, resultara muy incómoda. Si tan solo mirara, ¿qué tan malo podía ser? Bajó un poco los ojos, pero apenas vio el movimiento de su mano hundiendo y sacando la aguja de su piel, tuvo que volver la vista al techo para contener otro ataque de náuseas.

—Ven, mírame—Simon la tomó suavemente del mentón e hizo girar su rostro para que lo viera a él—, no pasa nada, es peor de lo que parece. Y sí, los

atrapamos, a todos ellos; no tuvimos heridos en nuestro bando, y creo que con un poco de suerte, van a pasar un buen tiempo en la cárcel.

Claire asintió, con la mirada fija en su rostro.

—Esto está muy bien, te felicito—solo entonces se le ocurrió que él había estado mucho más cerca del tiroteo y que era un milagro que no tuviera ni un solo rasguño, porque no parecía tener ninguno, ¿cierto?—. Espera, ¿no te pasó nada? Sonaron muchos disparos...

—Los chalecos antibalas son el mejor invento en el que alguien pudo pensar—le sonrió con gentileza—. Además, tengo experiencia con estas cosas.

—La gente con experiencia también muere.

—Eso es verdad, pero en este caso todo salió muy bien, lo juro. Si quieres asegurarte, puedes revisarme cuando te sientas mejor.

La impresión consiguió que olvidara un poco la labor del médico, aunque tal vez fuera también efecto de la anestesia.

—Tomaré eso como una broma—respondió al cabo de un momento.

—Si eso te hace sentir mejor, aunque yo me encuentro un poco decepcionado.

Y también podía hacer bromas; eran muchos aspectos de su personalidad que hasta entonces no había notado. No, no se trataba de eso en realidad; era que él siempre se mostraba muy cauto cuando estaba en su presencia, no como en ese momento, tan abierto y natural.

El médico terminó al fin, sin darle más tiempo para continuar reflexionando respecto a eso.

—Listo, la enfermera la vendará y podrá irse luego de reposar un poco, al menos hasta que pase el efecto de la anestesia, estará un poco mareada durante las próximas horas—el doctor le dirigió una sonrisa afable—. Pero no se preocupe, también le haré una receta para unos analgésicos, no queremos que sufra innecesariamente. Luego, le concertaré una cita para retirar los puntos y ver su evolución.

—Gracias, doctor.

—Un placer—dejó sus instrumentos y se dirigió a la enfermera—. Dejaré el documento del alta y la receta en la recepción.

—Sí, doctor.

Cuando él se marchó, tras despedirse con otra amable sonrisa, la enfermera se encargó de acomodarle las almohadas y de deshacerse de los instrumentos utilizados durante la curación. Luego, vio de uno a otro con expresión interesada.

—Puede quedarse con ella, si quiere; va a estar un poco somnolienta, pero en cuanto se pueda poner de pie por sus propios medios, pueden marcharse.

—¿Te parece bien?—Simon la miró directamente, esperando su respuesta, la cual llegó pronto a modo de asentimiento—. Bien, eso haremos entonces, gracias.

La enfermera sonrió antes de dar media vuelta y marcharse.

Claire la siguió con la mirada, más tranquila al sentir que el dolor remitía y una profunda somnolencia empezaba a envolverla.

—La anestesia y los calmantes empiezan a trabajar.

Miró a Simon, que continuaba sentado a su lado, y solo entonces notó que continuaba aferrada a su mano, por lo que la retiró con rapidez. Él no pareció encontrar su gesto muy extraño.

—Ya habías tardado.

Esbozó una pequeña sonrisa ante su tono resignado.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Seguro, mientras no esté relacionado con el hecho de que empezamos a tutearnos; considera que has tenido que verte en medio de un tiroteo y herida para que pudiera hacerlo sin que te dieras cuenta. No podría volver a tratarte de usted, señorita Jones, lo siento.

Claire negó con énfasis, su pregunta no tenía nada que ver con eso, aunque ahora que lo mencionaba... no había reparado en ese detalle. Y tal vez fuera por lo que él decía, que en medio de esa situación, el tratamiento no dejaba de sonar ridículo; además, después de todo lo que aquel hombre había hecho por ella, quejarse por eso más que grosero hubiera resultado totalmente ingrato.

—No, no se trata de eso—respondió al cabo de un momento, según ordenaba sus ideas—. En realidad, me preguntaba por qué te estás comportando así.

—¿Disculpa?—la miró con expresión desconcertada—. ¿A qué te refieres?

—Bueno, quiero decir... *así*—lo señaló con una mano un poco

temblorosa; esos analgésicos debían de ser muy fuertes—. Hasta ahora, cada vez que hablabas conmigo parecías muy... cauteloso.

Simon hizo ademán de comprender, dejando escapar una risa divertida.

—Comprendo. Bien, tal vez se debiera al hecho de que desde la primera vez que te vi, he sentido que estaba frente a un campo minado.

—No entiendo...

—Está claro, no te agrado, o quizá solo me ves con un poco de desconfianza, no lo sé; recuerda que hace apenas un día dijiste que deseabas mantenerte tan lejos de mí como te fuera posible—le recordó con una ceja alzada—. Tal vez por verte tan distante y a la defensiva he tenido mucho cuidado al hablar contigo; temía que salieras corriendo en cualquier momento si me tomaba demasiadas confianzas.

Claire frunció el ceño al comprender lo que quería decir; tal vez no había sido tan discreta como pensó. Era lógico que él notara su incomodidad cada que debían compartir un espacio o siquiera intercambiar una palabra. Lo miró con atención, aún entre la bruma del sueño. Había sido tan amable, y ella no podía explicarle el motivo por el que sentía tanta desconfianza.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por haber sido tan grosera; en verdad lo lamento, no es tu culpa.

Simon se inclinó un poco más hacia ella, mirándola con interés.

—¿Qué no es mi culpa?

—Nada, son cosas mías—no iba a hablar de eso con él, no allí, y posiblemente nunca—. ¿Crees que podré dormir un momento? Solo hasta que me sienta bien para llamar un taxi...

Él no se quejó por el cambio del tema, solo sacudió la cabeza.

—El servicio de taxis de Boston debe amarte—comentó entre risas—. Si quieres, duerme, pero yo te llevaré luego a casa.

—No es necesario...

—Perderás tus energías discutiendo, tengo un arma, y esposas, no vas a ganar.

No, seguro que no podría, y tampoco tenía muchas ganas de protestar; no mintió al decir que sentía mucho sueño, así que ladeó un poco la cabeza en la

almohada, y cerró los ojos.

—Aceptas algo sin discutir, este sí que es un día de sorpresas—hubiera jurado que sintió su mano sobre el cabello, pero fue solo un instante y no abrió los ojos para confirmarlo, estaba demasiado cansada—. Solo duerme, estaré aquí cuando despiertes.

Y una vez más, para su completa extrañeza, obedeció sin una sola queja.

Por lo rápido que se habían sucedido los acontecimientos, Claire casi llegó a olvidar cuánto odiaba el olor de los hospitales, sus luces artificiales, y ese ruido sordo de personas quejándose y médicos gritando. Sin embargo, al despertar bruscamente, lo recordó con claridad.

Tenía que salir de allí lo antes posible, o se enfermaría solo debido a esa atmósfera.

Según parpadeaba, alejando el sueño, y, tras sacudir la cabeza para despejar su mente del todo, recordó lo pasado en las últimas horas y suspiró. Estuvo en el primer tiroteo de su vida, herida, y, como si fuera poco, atendida por la última persona a la que hubiera esperado pedirle ayuda. Pero no fue necesario que lo hiciera, él estuvo allí para socorrerla sin que tuviera que decir una palabra.

Él.

¿En dónde estaba Simon?, se preguntó tras mirar alrededor de la habitación vacía. Dijo que estaría allí cuando despertara, pero no había ni rastro de él. Luego notó que una manta la cubría, y la puerta corrediza estaba cerrada. ¿Habría pasado algo?

Obtuvo su respuesta mucho más pronto de lo que esperaba, porque apenas unos minutos después escuchó una serie de quejas dichas por una voz más que conocida.

—¿Cómo que no puedo entrar? ¿Por qué no? ¿Qué me estás ocultando? Le dispararon, ¿verdad? ¿Es grave? Solo dímelo, por favor.

La puerta se abrió con un movimiento brusco, y Jenny corrió hacia la cama sin importarle que sus tacones no fueran precisamente los mejores para ese ejercicio.

—¡Claire! ¿Qué pasó?

—Lo siento, no pude detenerla por más tiempo, ¿te despertó?

Claire negó a la pregunta de Simon, que parecía haber sido golpeado por un tornado; no lo culpaba, lidiar con Jenny podría considerarse un deporte de alto riesgo, y no precisamente el mejor para practicar después de haber sobrevivido a un tiroteo.

—Todo está bien, Jenny; no me han disparado y no voy a morir— extendió una mano para tomar la de su amiga—. Es solo un feo corte que se encargaron de coser, y... bueno, tal vez la impresión fue mucho más fuerte de lo que pensé.

—¿Segura? Te ves muy pálida, y él no ha dicho mucho—Jenny señaló a Simon con ademán acusador.

—Eso es porque estaba muy ocupado intentando evitar que te echaran del hospital por hacer tanto ruido. Si me hubieras escuchado, te habría contado todo. Después de todo, yo te llamé, ¿recuerdas?

—No importa ahora, no te preocupes. Jenny, solo mírame, estoy prácticamente ilesa, ¿de acuerdo? Tuve suerte, y ya puedo ir a casa, ¿cierto?— miró a Simon con expresión interrogante.

Él la observó con el ceño fruncido, al tiempo que se acercaba un poco a la cama.

—Eso depende de cómo te sientas. Recuerda lo que dijo la enfermera, si puedes mantenerte en pie por tus propios medios...

—¡Puedo!—hizo la manta a un lado con un movimiento seguro y se apoyó en Jenny para bajar los pies de la cama, ignorando su expresión preocupada y el mareo que la golpeó—. En serio, solo quiero ir a casa, odio este lugar.

—No creo que sea una buena idea, Claire, solo mírate. Tal vez debas quedarte hasta mañana; puedo pasar por tu casa y traerte algo de ropa—su amiga intentó obligarla a recostarse una vez más, pero se encontró con una férrea oposición.

—No quiero estar aquí, me recuperaré en cuanto pueda ir a casa.

¿Por qué no la entendía? Solo necesitaba que alguien la escuchara. Miró a Simon, implorándole con la mirada; él debía entender, le contó lo mucho que odiaba los hospitales, ¿o no? No podía recordarlo.

—De acuerdo—luego de un corto momento de silencio, él tomó sus cosas de una silla, y las dejó sobre el regazo de Jenny—. Tú se encargas de eso, yo iré a firmar el alta y a recoger las recetas.

—¿Será buena idea...?

—No veo por qué no pueda ser completamente capaz de cuidarse en casa tan bien como lo harían aquí. Eres su amiga, puedes ver que cumpla con las órdenes del doctor; vuelvo en un momento.

Jenny hubiera podido continuar discutiendo, y con muchos argumentos, pero Simon no le dio tiempo, porque dejó el cuarto con paso rápido.

—¡Hombres! Ponlos al mando y no hay quien los soporte.

—Me está haciendo un favor, Jenny; en realidad, se ha pasado el día ayudándome—Claire no pudo evitar el tono seco al hablarle; en su opinión estaba siendo muy injusta—. ¿Así que Simon te avisó? ¿Dónde consiguió tu número?

—Supongo que en las páginas amarillas o algo así, porque llamó al del bufete y pidió hablar conmigo—le explicó en tanto intentaba ayudarle a calzarse—. ¿Y desde cuándo este hombre es *Simon*? Pensé que lo evitabas como a la plaga.

Claire se apoyó en su hombro para ponerse de pie, sin soltarla, ya que sintió cómo la habitación empezaba a dar vueltas.

—Han pasado muchas cosas...

—Me gustaría oírlas.

—Quizá luego, aunque puedo decirte desde ahora que no ha ocurrido nada de lo que estás pensando—tuvo que volver a sentarse, iba a tener muchos problemas para salir en ese estado—. Solo me ayudó, y no puedo ser descortés con él después de todo lo que ha hecho por mí; no tiene la culpa de... bueno, ya sabes.

—No pensaba culparlo; después de todo, él no sabe nada, ¿cierto?—la miró con expresión preocupada—. Estás tan pálida, Claire, ¿segura de que no quieres quedarte?

Ella asintió, con la cabeza gacha, mientras hacía un esfuerzo por reunir energías.

—No, quiero irme, y agradecería que me ayudaras.

—¡Eso hago! Vine tan pronto como pude, y llamé a David al juzgado, pero estaba en una audiencia; me dijeron que le avisarían tan pronto como fuera posible.

¡David! ¿Cómo es que no había pensado en que él no estaba enterado de

lo ocurrido? La impresión y la herida no eran excusas para haberlo olvidado. Aunque tampoco pensó en avisarle a Jenny, y de no ser por Simon, no estaría allí. Debió ser ella quien se encargara de informarles tan pronto como llegó al hospital.

—Claire, no me digas que te sientes mal por no haberte encargado de avisarle—Jenny la conocía lo bastante bien para saber lo que pensaba solo por su semblante sombrío—. Por lo que tu caballero de brillante armadura me ha dicho, no te ha visto un solo momento del todo consciente desde el accidente; ¿cómo ibas a pensar en ponerte a hacer llamadas mientras te suturaban una pierna?

—¡No lo llames así!

—¿A qué? ¿Las suturas?

—No, a Simon, no lo llames de esa forma; no es gracioso.

—De acuerdo, de acuerdo, solo era una broma, no tienes que ponerte así; lo siento, ya sabes que digo muchas tonterías cuando estoy nerviosa.

Claire no varió su gesto fastidiado; no estaba de humor para las bromas de Jenny, aunque fueran dichas sin mala intención. Se sentía terrible, quería llegar a casa y hablar con David.

—No quiero molestarte más, pero... ¿cómo vas a salir si no puedes caminar del todo bien?

—Con esto.

Ambas fueron sorprendidas por la llegada intempestiva de Simon, y más aún al ver que traía consigo una silla de ruedas.

—Me gusta como piensas.

Jenny olvidó su enojo por no haber recibido toda la atención que esperaba al llegar y le dirigió una brillante sonrisa.

—Gracias—Simon miró a Claire con una ceja alzada, pero ella tan solo sacudió la cabeza—. Tengo los papeles, y la patrulla está afuera, así que podemos irnos cuando quieras.

Claire miró al suelo, con el entrecejo fruncido.

—¿Sabes? Ahora que Jenny está aquí, no es necesario que te preocupes más; ya has hecho demasiado por mí—levantó la cabeza para verlo con una sonrisa forzada—. Has pasado por tanto hoy, y no has descansado un solo momento... he sido muy egoísta, lo siento.

—No se trata de ningún sacrificio, Claire, me alegra haber podido ayudar.

—Lo sé, claro que lo sé, y nunca podré agradecerte lo suficiente, pero no quiero abusar más de tu generosidad. En serio, prefiero irme con Jenny, ella puede conseguir un coche para ambas, ¿cierto?

La aludida tardó un poco en contestar, porque al parecer toda su concentración estaba puesta en mirar de uno a otro y analizar su intercambio de palabras.

—Sí, claro que puedo—al fin se dignó a ir en su ayuda—; esa ha sido mi idea todo el tiempo. Informé en la oficina de lo ocurrido y dije que me tomaría la tarde libre. Están tan preocupados por ti, Claire, que no pusieron una sola objeción.

—¿Lo ves?—Claire sonrió a ambos, deteniéndose un momento en el rostro de Simon—. Además, Jenny acaba de contarme que también avisó a David, mi novio, y pronto se reunirá conmigo en nuestra casa, así que puedes estar seguro de que no me faltarán cuidados.

Él asintió, tras mirarla con tanta intensidad que Claire se vio obligada a bajar la vista y a borrar la sonrisa de su rostro. No parecía sorprendido, tampoco decepcionado, solo... ensimismado.

—Comprendo—acercó la silla y, sin pedirle permiso, pasó un brazo por su cintura y otro bajo sus piernas para colocarla en ella con mucha delicadeza—. Las acompañaré a la salida, me quedaré más tranquilo así, ¿está bien?

—Seguro, gracias—Claire se obligó a evitar mirarlo, cabeceando en dirección a Jenny—. ¿Podrías...?

—Yo me encargo.

Su amiga se las arregló para llevar su propio bolso, el suyo, y aún el pesado maletín, al tiempo que empujaba la silla fuera de la habitación una vez que Simon les franqueó el camino.

La salida no se encontraba a mucha distancia, pero aún así el camino se le hizo tan largo como si se tratara de varias calles. No deseaba pensar demasiado en lo que Simon podía estar pensando, pero tampoco podía hacer como si nada hubiera pasado. Tenía la suficiente experiencia para saber que tal vez, y solo tal vez, él pudiera encontrarla atractiva; lo que en otras circunstancias no tendría mucha importancia, pero en las actuales... bueno, estas convertían un asunto que podría ser meramente anecdótico en uno muy incómodo, quizá más

para ella de lo que cualquiera podría imaginar.

Su comentario respecto a David no fue inocente o casual, quiso dejar algo en claro, y no con el fin de librarse de él, simplemente creyó que era lo más justo. Al compartir tanto tiempo con ese hombre y haber pasado las últimas horas sintiendo que estaba junto a una persona que, para su sorpresa, realmente le agradaba, pensó que estaba en la obligación de asegurarle, con todo el tacto del que disponía, que jamás podría verlo de otra forma que no fuera como a un conocido.

Él no pareció tomárselo precisamente a mal, aunque le dio la impresión de que su aclaración, más que sorprenderlo, lo ofendió. Tal vez él supiera acerca de su relación con David; no era un secreto en el medio en que se desenvolvían, así que solo le quedaba pensar que se sentía incómodo al pensar que ella había llegado a una conclusión equivocada. O quizá simplemente no le importara en lo absoluto y ella solo se hacía ideas absurdas, debido a su inseguridad, los recuerdos de los sueños que la perseguían, y a las grandes dosis de anestesia que aún llevaba en el cuerpo.

Cualquiera fuera el caso, una vez que llegaron al estacionamiento, suspiró con alivio al ver que había muchos coches libres, por lo que se apresuraron a tomar el que estaba más cerca, y, luego de que Simon le ayudara una vez más a ocupar el asiento trasero, se recostó en el respaldo, mientras Jenny se encargaba de dar la vuelta al coche para ocupar el puesto junto al conductor y dar las señas de su apartamento.

No supo exactamente por qué lo hizo; quizá fuera debido a que Simon no dejó de mirarla una vez que estuvo instalada y se preocupó por ver que estuviera cómoda, o tal vez porque solo en ese momento fue plenamente consciente de todo lo que le debía a ese hombre. Pero, sin tomarse un instante para pensarlo, y antes de que cerrara la puerta del coche, extendió una mano y sujetó la suya.

—Gracias... por todo.

—No tienes nada por lo que agradecer—le respondió luego de un ligero apretón y una media sonrisa.

Claire asintió y miró sus manos, mientras él se encargaba de cerrar la portezuela y de dar un ligero golpe al techo del vehículo para que el chofer empezara la marcha.

—¿Claire?

Dio un resoplido ante el intento de Jenny por iniciar una conversación; no era difícil adivinar hacia donde se dirigía.

—Ahora no, Jenny, quizá después—le dijo sin mirarla—. Por favor, ¿puedes dejarle un mensaje a David para que nos encuentre en casa? No me gustaría que viniera al hospital para nada.

Mientras su amiga se encargaba de hacer la llamada, apoyó la cabeza en la ventanilla, reprimiendo el impulso de dar una mirada atrás.

Una vez que Claire llegó a casa, acompañada por una muy diligente Jenny, que, gracias al cielo, no hizo todas las preguntas que esperaba, pudo al fin respirar del todo tranquila.

Los espacios familiares, el simple mobiliario y esa atmósfera que reconoció como propia de un hogar, le inspiraron una gran calma. Jenny insistió en que debía recostarse y, como ciertamente se sentía exhausta, aceptó de buena gana hacer exactamente eso; meterse a la cama, tomar uno de los calmantes recetados e intentar no pensar demasiado en todo lo ocurrido.

Apenas acababa de arrojarse entre las mantas, luego de que su amiga le ayudara a ponerse un camisón, cuando oyó que abrían la puerta del apartamento.

—¿Claire?!

David llegó a la habitación en un par de segundos y, al ver su rostro afligido, no pudo menos que sentirse aún más culpable; debió avisarle antes, así todo no lo habría tomado de sorpresa.

—Estoy bien, estoy bien, lo juro, no te angusties; lamento no haberte llamado—le resultó difícil hablar con claridad, ya que él la atrajo contra su pecho para abrazarla—. Fue solo un gran susto, nada más.

—Pero... Jenny dejó un primer mensaje en el que habló acerca de un tiroteo, y de que estabas herida, no lo recibí hasta hace una hora—le explicó, mirando a la mujer que levantó una mano con expresión avergonzada.

—Bueno, tal vez exageré un poco—reconoció ella de mala gana—; pero cuando hice esa llamada no sabía mucho, apenas iba saliendo para el hospital, y no quise dejar de avisarte; creo que podrías agradecer eso.

David asintió, en apariencia no muy satisfecho por esa respuesta, pero contuvo un comentario mordaz, lo que Claire agradeció profundamente; no sería la primera vez que asistiría a un intercambio de palabras entre él y su amiga, algo que no le agradaba en lo absoluto. El carácter exuberante de Jenny no le permitía congeniar con la generalmente flemática actitud de David.

—¿Segura de que estás bien?

—Sí, claro; un poco cansada, y tengo mucho sueño, pero estoy perfectamente. El médico que me atendió dijo que solo debo tomar unos medicamentos, y que pronto podré volver a la normalidad.

—Te ves tan pálida...—le pasó una mano por la mejilla.

—Eso es porque perdió mucha sangre, ahora se ve un poco mejor que hace unas horas.

—¡Jenny!—intentaba calmar a David y ella no estaba ayudando.

Su amiga se encogió de hombros con expresión ofendida.

—¿Qué? Es verdad, tú no te viste en un espejo mientras estuviste allí, y Simon dijo que al llegar te encontrabas aún peor.

—¿Quién es Simon?—David miró de una a otra con la confusión pintada en el rostro.

Claire mantuvo su expresión serena, pero por dentro, estaba a punto de echarse a llorar. ¿Qué pasaba con Jenny? En ningún momento pensó ocultarle a David las circunstancias del accidente, o la ayuda que Simon le prestó, pero esperaba que estuvieran a solas para poder contarle los hechos con tranquilidad.

—Jenny, tengo sed, ¿serías tan amable de preparar un poco de té? Por favor—le dirigió a su amiga una sonrisa dulce que estaba segura ella podría identificar sin problemas como que en verdad expresaba lo molesta que se sentía—. Me gustaría hablar con David antes de quedarme dormida una vez más.

—Ahora regreso.

Jenny salió casi corriendo de la habitación, y, según suponía Claire, si hacía un esfuerzo por mostrar algo de sentido común, tardaría un poco en volver.

—¿Qué es exactamente lo que pasó? ¿Qué hacías en semejante lugar y en medio de un tiroteo? ¿Cómo terminaste en el hospital...?

Claire puso con suavidad una mano sobre su brazo para evitar que siguiera hablando.

—Voy a contarte todo, solo deja que ordene mis ideas—recostó la cabeza contra la almohada y suspiró—. No puedo hablar mucho respecto a la razón por la que me encontraba allí, porque está relacionada con el juicio, pero era mi obligación encargarme de algunas cosas, y de cualquier forma, no me fue tan bien como esperaba.

Hizo una pequeña pausa para anotar mentalmente que aún debía encargarse de encontrar a ese testigo amigo de su cliente, aunque debiera buscarlo debajo de una piedra; vaya que le había dado problemas.

—¿Y bien?—David la apremió.

—Bueno, lo del tiroteo fue puramente circunstancial; el clásico caso de estar en el peor lugar en el momento menos conveniente. En este barrio iba a desarrollarse un operativo, algo relacionado con drogas, creo, y me vi en medio de esto—apretó su brazo al ver su expresión alarmada—. En ningún momento me encontré en verdadero peligro, la acción se desarrolló muy lejos de donde yo estaba, pero aún así pasé un buen susto, y, por protegerme, terminé con esta horrible herida. Pero aparte de esto, y el miedo que sentí, no pasó nada más.

—¿Nada? Claire, resultaste herida, y no importa lo que digas, sé cómo es un operativo policial, pudo pasarte cualquier cosa...

—¡No! Te aseguro que no, estaba muy lejos; en realidad, ni siquiera notaron mi presencia.

—¿Y quién te llevó al hospital entonces?

Ese era un momento al que hubiera preferido no llegar, y no por temor a lo que tenía que decir, sino porque sabía que iba a tener que ocultar muchas cosas, cosa que odiaba hacer.

—¿Recuerdas al detective Lancaster? El gruñón—mejor comenzar desde un ángulo seguro—. Bueno, él me conoce, obviamente, por el caso Cook, y me reconoció al verme en medio de todo este enredo; al parecer formaba parte del operativo. De modo que se ofreció a ayudarme, o algo así, no es un tipo muy elocuente. En todo caso, estoy muy agradecida con él.

—Y yo también—le aseguró David con fervor—. ¿Fue Lancaster quien se encargó de atenderte?

—No, no exactamente, él tenía que hacerse cargo de ultimar algunos detalles del operativo, creo—tendría que ser muy cauta de allí en adelante—. Pero... seguro que recuerdas a su compañero...

—Sí, claro, Holland.

Claire asintió, aliviada; el que lo recordara le hacía las cosas un poco más sencillas, porque no deseaba entrar en detalles.

—Bien, para ser más precisa, fue él quien me ayudó la mayor parte del tiempo—le explicó—. Tuvo la gentileza de acompañarme al hospital, y le avisó

a Jenny lo que había pasado; luego, como sabes, ella se encargó de llamarte, y, una vez que terminaron de atenderme, vinimos aquí. En realidad, apenas acababa de meterme en la cama cuando llegaste.

David la escuchó con curiosidad, frunciendo el ceño en algunos puntos de su narración.

—Ya veo—dijo al fin—. En ese caso debemos estar aún más agradecidos con él, no tenía que hacerlo, pudo solo llamar a tu oficina.

—¡Y lo hizo! Es decir, llamó a Jenny, ya te lo dije, pero me hizo compañía en tanto el médico se encargaba de suturar mi pierna—arrugó un poco la nariz al recordar esa experiencia—. Sabes que no me gusta la sangre, así que fue un verdadero alivio contar con él.

Mientras David tomaba su mano, se dijo que no había mentido, solo evadió contar algunos... no, muchos detalles, y aunque estos no fueran del todo importantes, ya que no consideraba hubiera hecho nada malo, no dejaba de sentirse culpable.

—He debido ser yo quien te acompañara.

—Lo sé, y me habría gustado, aunque a decir verdad, preferiría no haberme visto en esta situación—elevó una ceja para resaltar el tono irónico—; pero eso ya no tiene importancia. He tenido mucha suerte, y ahora estoy en casa.

—Por el mensaje que Jenny dejó, pensé que tendrías que quedarte en el hospital...

—No me lo recuerdes; debí ser un poco dura con ella, ya sabes lo sobre protectora que puede ser, insistió para que me quedara—reconoció de mala gana—. Pero no fue necesario.

Fue el turno de David para esbozar una mueca sarcástica.

—¿Segura de que no lo fue? ¿O corriste fuera del hospital cuando nadie te veía? Sé que no son precisamente tus lugares favoritos en el mundo.

—¿Y a quién le gustarían? Son horribles—reprimió un estremecimiento al pensar en la opresión que la embargaba cada vez que visitaba uno—. Pero te alegrará saber que me porté bien, esperé a recibir el alta, y Simon consiguió una silla de ruedas para que no tuviera que caminar.

—Creí que nunca lo habías tratado, pero veo que se tienen bastante confianza.

Claire lo miró sin disimular su curiosidad, intentando buscar una segunda

intención en su comentario, pero aunque David generalmente era un libro abierto, a veces, y esta parecía ser una de ellas, no resultaba tan sencillo saber qué pensaba. No creía que estuviera molesto o celoso por la ayuda de Simon, no podía pensar en ningún motivo para ello; él sabía que hasta hacía unos meses ni siquiera lo había oído nombrar. Desde luego que si supiera lo que significaba en el mundo de sus sueños, o como fuera que debiera llamarle, su reacción sería muy diferente.

—Yo no lo diría así—respondió al cabo de un momento—. En realidad, es verdad que hasta hace unas semanas no lo conocía, pero ha sido muy amable conmigo; y, luego de su ayuda hoy, creo que tengo una gran deuda con él.

—La tenemos; ambos debemos estar muy agradecidos.

No le agradó del todo la expresión, pero decidió no profundizar en su significado.

—¿Quién quiere té?

Jenny nunca había sido tan oportuna como en ese momento.

—Con miel y gotas de limón, la especialidad de mi madre.

—No recuerdo que tuviéramos miel...

—Le pedí un poco a tu vecina.

Claire sacudió la cabeza, intercambiando una mirada exasperada con David, que rechazó la bebida con un gesto.

—A mí sí me gustaría un poco, gracias.

Mientras Jenny se encargaba de servirle una taza, David le ayudó a incorporarse mejor sobre las almohadas, sonriendo al verla bostezar.

—No creo que llegues a terminarlo, debes de estar exhausta.

—Un poco, pero estuve pensando en todo esto, y creo que después de todo, no he tenido tan mala suerte como creí en un primer momento.

Tanto David como su amiga le dirigieron una mirada sorprendida, a la que ella respondió con un resoplido.

—Solo piénsenlo, ¿se imaginan si no estuviéramos en medio del receso por las fiestas? ¿Cómo iría a la corte? Tengo un juicio que pelear y un cliente sin pizca de paciencia—les explicó, rodando los ojos luego de tomar un sorbo de su bebida—. Además, no ha sido tan grave y podré seguir con lo mío muy pronto...

—No tan pronto, te tomarás unos días de descanso.

—Exacto, en el bufete podrán sobrevivir sin ti unos días—Jenny le quitó la taza de las manos cuando volvió a bostezar—. Y ahora, señorita, duerme; te queremos de una pieza para celebrar la Navidad.

Claire pensó en discutir, pero otro bostezo se lo impidió.

—De acuerdo, pero solo me tomaré un par de días.

—Ya veremos.

No alcanzó a formular una réplica apropiada al comentario de David, porque antes de que se diera cuenta, tenía ya los ojos cerrados y el sueño la envolvió del todo.

—No te alejes demasiado, querida, recuerda que esperamos a Lady Sudley a la hora del té; no queremos que vuelva a criticar tu excesivo entusiasmo si te ve llegar corriendo.

La tía Rosalie era, quizá, la dama más apegada a las buenas costumbres que había conocido jamás, aunque este aspecto de su personalidad palidciera frente a su ácido sentido del humor y, en lo personal, apreciaba mucho más lo segundo; siempre lograba arrancarle una sonrisa, aún cuando la reñía.

—Solo serán unos minutos, quiero ver el lago.

Dejó a su tía cómodamente sentada, y se encaminó hacia el lugar señalado, atraída por el reflejo del sol sobre el agua, que arrancaba destellos a la superficie. Era un espectáculo hermoso, aún más por el hecho de que afortunadamente el parque no estaba muy concurrido. Quizá se debiera a la proximidad del término de la temporada social; las familias que acostumbraban visitar el lugar debían de encontrarse afanados en los preparativos para la vuelta al campo, los que más, y algunos otros partirían a la costa. Cualquiera que fuera el caso, le alegraba el poder sentir que ese pequeño oasis era casi solo para ella.

Se escurrió con mucho cuidado para evitar miradas indiscretas, aún las de su tía, y así poder subir una pequeña elevación en el terreno, sin dejar de bordear el lago, con la vista puesta en las aves que parecían danzar sobre el agua. Al dejar la casa, se aseguró de llevar unos trozos de pan que tomó del comedor para alimentarlas.

Se acuclilló en una posición que habría horrorizado tía Rosalie, pero conociéndola, estaba segura de que al darse cuenta de que desaparecía de su vista tan solo elevaría los ojos al cielo, con ademán resignado, y se entretendría

con su lectura. Desde luego que si tardaba demasiado, iría en su busca, pero aún contaba con un poco de tiempo antes de que ello ocurriera.

De modo que dejó su sombrilla a un lado, empezó a desmenuzar el trozo de pan que sacó de su bolso, lanzó las migajas con toda su fuerza, para que llegaran tan lejos como fuera posible, y sonrió ampliamente al ver cómo las aves se acercaban para tomarlas. Hubiera deseado lanzarse para ir a su encuentro, pero suponía que eso solo le aseguraría un resfriado y una buena reprimenda de parte de sus tías.

Además, como reconoció para sí misma de mala gana, era lo bastante frívola para lamentar la posibilidad de arruinar uno de sus vestidos más bonitos; las aves podrían disculpar el que no fuera a su encuentro.

Cuando lanzó la última migaja de pan, se dejó caer sobre la hierba, tras otra mirada sobre su hombro, y, usando las manos como apoyo, se estiró hasta que pudo ver el cielo sobre ella, con el sol golpeando sobre su piel.

Podría pasar toda la tarde así y, por ello, la idea de tener que volver con tía Rosalie para ir a casa y soportar las veladas críticas de Lady Sudley respecto a otro fracaso social, como ella llamaría a una tercera temporada sin aceptar una propuesta de matrimonio, le resultaba intolerable. ¿Por qué todas esas personas intransigentes no podían entender que disfrutaba su vida tal y como era? Tal vez estaba tan acostumbrada a que sus tías, más allá de regaños ceñidos a las buenas costumbres, mostraran su comprensión, que con frecuencia esperaba los demás hicieran lo mismo. Una muestra de inocencia muy grande de su parte.

Se dejó caer por completo sobre la hierba, con los brazos extendidos a los lados, cerrando los ojos al tiempo que exhalaba un suspiro.

Apenas habían pasado unos minutos, cuando el sol se ocultó, lo que ocasionó que frunciera el ceño. No se sorprendería si en cualquier momento empezaba a llover, por lo que, tras suspirar nuevamente, esta vez en señal de resignación, abrió los ojos.

Soltó un pequeño grito que ahogó de inmediato poniéndose una mano sobre los labios.

El sol se encontraba en su lugar, más radiante aún que al momento de su llegada; lo que le llevó a esa falsa conclusión fue la sombra que ocultó su luz. La última que habría esperado ver precisamente en ese lugar y en ese momento.

—Lo siento, no quise asustarla.

Él.

Una vez más la sorprendía, dejándola en un estado de profunda confusión. Aún así, hizo un esfuerzo por recomponerse, procurando enmascarar sus emociones. Sus tías hubieran estado orgullosas al ver la forma en que se incorporó con un movimiento seguro hasta quedar sentada en una posición tan decorosa como le era posible en esas circunstancias, usando una mano como visera para poder mirar al intruso con mayor atención.

—No me ha asustado, su señoría, es solo que pensé no había nadie más en esta zona del parque...

—Entonces lamento haber invadido su privacidad.

Era un hombre tan curioso; apenas lo conocía y cada vez que hablaba parecía obstinado en mantener erigida una muralla entre él y el mundo, como si la idea de interactuar con otros le resultara una obligación necesaria, pero desagradable. Aunque, si era justa, debía reconocer que en las pocas ocasiones en que habían hablado, siempre se comportaba de una forma impecable, tal y como correspondía a su rango. Excepto aquella vez...

—¿Me permite ayudarla?

Solo entonces notó que continuaba sentada, con las piernas dobladas bajo su cuerpo, mientras él permanecía de pie con una mano extendida. Dudó solo un instante antes de tomarla, ya que hubiera sido un gesto descortés rechazar su ayuda.

—Gracias, su señoría.

Se levantó sin esfuerzo al tomar su mano para impulsarse, pero tuvo cuidado de soltarla pronto; era consciente de que se encontraban en un lugar público y aún cuando no fuera así, no había entre ambos la suficiente confianza como para que pensara siquiera en actuar de forma que él pudiera creer que deseaba abusar de su cortesía.

—He visto a su tía hace un momento, pensé que usted estaría por aquí.

—Ah, sí, me permitió venir a admirar el lago un momento, pero debo volver pronto; esperamos visitas para la hora del té.

—Comprendo.

¿Lo hacía? ¿O era tan solo una palabra dicha por ser la más adecuada? Hubiera sido muy vanidoso de su parte suponer que tal vez a él le agradaría permanecer unos minutos más en su compañía. ¿Verdad?

—Es una observadora.

Su corazón dio un brinco al escuchar esa afirmación formulada con un tono que juzgó irritado. ¿Acaso no había olvidado el incidente de hacía unas semanas? Él dijo entonces que no tenía importancia.

—Sí, su señoría, me gusta observar y admirar la belleza—comprendió de inmediato que su respuesta podría ser malinterpretada, por lo que sintió cómo el rubor subía a sus mejillas e intentó enmendar su error—. Desde luego que me refiero a la naturaleza.

—Desde luego.

¿Acaso sería necesaria una segunda disculpa? Tal vez no fue lo bastante clara en aquella ocasión, aunque en sus posteriores encuentros él nunca hizo ninguna referencia a su temeridad.

—Su señoría, no puedo evitar sentir que usted continúa disgustado por la... indiscreción que cometí hace unas semanas. Lamento profundamente si lo ofendí de alguna forma.

Frunció el ceño tan solo un momento antes de hacer un pequeño gesto de comprensión.

—¿Se refiere a su abierta muestra de curiosidad en el baile de Lady Ormond?

—Sí.

—No debe disculparse, no era siquiera necesario que lo hiciera entonces—exhaló con fuerza al ver que daba un par de pasos hacia ella—. Como le dije aquella noche, me honra que le parezca interesante.

Sí, lo dijo, y luego ella prácticamente escapó, aterrada a partes iguales por la forma en que se dirigió a ella, como ningún caballero debía hablarle a una dama, y por su propia reacción, una que le resultó tan extraña que prefirió ofrecer rápidas disculpas y huir.

Desde entonces, se habían encontrado en algunas reuniones y bailes, pero salvo por los saludos protocolares en presencia de mutuos conocidos, no habían vuelto a hablar a solas. Ahora, que conocía su nombre y rango, así como parte de su pasado, o al menos aquel que se comentaba en los salones a media voz, le intimidaba más que nunca.

—No... yo...

—¿No le parezco interesante?

¿Por qué la miraba de esa forma? Aún peor, ¿qué le hacía pensar que era apropiado le hablara con tanta familiaridad?

—No...—tragó espeso antes de continuar, intentando hablar de forma más segura—. Lo que quiero decir es que esperaba no haberlo ofendido, pero ya que insiste en que no ha sido el caso, me siento muy aliviada. Ahora, si me disculpa, mi tía debe preguntarse en dónde me encuentre; ha sido un honor saludarlo.

Hizo una rápida reverencia y caminó hacia el lugar en que se encontraba su tía, pero apenas exhalaba un suspiro de alivio, se vio detenida por una fuerte mano sobre su brazo.

—¿Por qué me teme?

Se movió con tanta agilidad que no supo en qué momento logró acercarse tanto a ella, inclinándose para que pudiera verlo a los ojos.

—No lo hago—la voz que salió de sus labios no parecía suya, tan débil e insegura—. No le temo.

—¿Entonces por qué huye de mí? ¿Por qué no se queda a mi lado?

Quedarse a su lado... ¿por qué no? Sacudió la cabeza, horrorizada por las ideas que afloraban a su mente.

—No huyo, su señoría, y no le temo—vio algo en sus ojos que no supo identificar, ¿tal vez un ruego? No, no de él, pero aún así...—. Me agradecería permanecer un momento a hacerle compañía, si lo prefiere.

—¿Lo haría? ¿Y qué pasa con su tía?

—Ella no me echará en falta hasta dentro de unos minutos, y me gustaría seguir admirando a las aves, si no le molesta.

Sonrió con la misma franqueza que solo había mostrado cuando lo vio por primera vez, hacía ya tantos meses, y algo brincó en su pecho.

—No me molesta en lo absoluto, a mí también me gusta admirar la belleza—no veía a las aves, o al lago al hablar, la veía a ella—. ¿Caminamos?

No dudó ni un instante al extender la mano y posarla suavemente sobre su brazo; y cuando empezaron a rodear el estanque, y levantó la mirada para observarlo, se encontró con una sonrisa serena que le provocó unas terribles ansias de aferrarse a él.

Por siempre.

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 6

Claire no recordaba cuándo fue la última vez que despertó con un dolor de cabeza tan fuerte; considerando que casi no bebía, no estaba acostumbrada a los dolores propios de una resaca, aunque sabía que en su caso no eran debidos al alcohol, sino a la fuerte dosis de calmantes que el médico le recetó en su visita al hospital.

Una vez que el dolor se disipó un poco, y pudo aclarar su mente, hizo a un lado las mantas que la arropaban, y, pese al frío, se quedó un momento así, dejando que el aire de la mañana, que se filtraba por la ventana, diera de lleno contra su cuerpo apenas cubierto por el camisón. Miró su pierna vendada y una serie de recuerdos empezaron a desfilar por su mente.

El accidente del día anterior, el sonido de las balas, el humo, el hospital. Simon.

Fue un poco ruda con él en su despedida, lo sabía, y no pudo evitar sentirse fatal por su actitud. Ese hombre prácticamente salvó su vida, y, empujada por emociones que en realidad no tenían nada que ver con él, lo trató como si fuera una influencia maligna, como si su presencia de alguna forma le hiciera daño; y ella sabía que eso no era verdad. Tal vez la confundiera, y hubiera preferido nunca encontrarlo, quedarse con esos extraños sueños para sí, y aprender a ignorarlos, pero eso no era su culpa.

Y tampoco tuya, le recordó una vocecita en su cabeza, una muy similar a la de Jenny.

Ese era uno de sus mayores defectos, se culpaba por absolutamente todo lo que ocurría. Por sus sueños, aún cuando no estaba en su poder controlarlos, por haberse encontrado con Simon, por no compartir con David lo que le pasaba. ¿Pero qué podía hacer? Fuera o no su responsabilidad, sentía que era un peso con el que debía cargar. Al menos desde que habló del tema con Jenny se sentía más tranquila.

Esto último le recordó el libro que esperaba por ella, escondido bajo el cojín del sillón en la sala.

Miró la hora en reloj de la mesilla y comprobó que era ya mediodía; debió dormir unas quince horas, un récord considerando que odiaba pasar de seis o siete, aún en un domingo, y si sus cálculos no fallaban, apenas era jueves.

Suponía que esos calmantes eran aún más fuertes de lo que pensó.

Se levantó a tientas, ignorando el dolor que recorrió su pierna al moverla y se enfundó los pies en unas pantuflas, al tiempo que tomaba una bata para abrigarse. Debió cojear un poco para llegar a la sala, y se encontró con el departamento vacío y una nota de David pegada con un imán en el refrigerador.

“Necesito dejar algunos asuntos terminados en el trabajo; le pediré a Karen que se encargue por un par de días hasta que estés recuperada. No se te ocurra moverte más allá de la cocina o lo sabré. Llevaré algo para comer, toma tus medicinas. Te amo.”

Claire leyó la nota una vez más, y una sonrisa triste se dibujó en sus labios. Le hubiera gustado encontrar a David a su lado al despertar; sentía el fuerte deseo de darle un abrazo. Él era su roca, la misma que le permitía aferrarse a la realidad.

No quiso dedicar mucho tiempo a pensar en el sueño de la noche anterior; curiosamente, no lo recordaba del todo bien. Tal vez se debía a los analgésicos o a los estragos del shock producido por el accidente; cualquiera fuera el motivo, lo agradecía. Apenas llegaban a su mente imágenes de un parque casi desierto, agua, y manos entrelazadas.

Se dirigió con paso inseguro hasta dejarse caer en el sillón e introdujo una mano bajo el cojín, sacando el libro de cubierta azul. Tal vez podría avanzar un poco con esa lectura, para aprovechar que se encontraba completamente a solas.

“Para la mayor parte de quienes hemos nacido y crecido al amparo de las tradiciones occidentales, la creencia en el karma y en las vidas pasadas resulta extraña, por no decir ingenua y extravagante.”

Claire arrugó la nariz al leer ese párrafo escogido al azar; desde luego que la idea era ingenua y extravagante, tal y como se lo dijo a Jenny. Al menos allí le concedían la razón, aunque dudaba de que eso fuera una constante en su lectura. Suspiró y abrió el libro por el principio, procurando leer sin prejuicios, nada de rodar los ojos y mucho menos bufar, como Jenny le indicó que hiciera.

Unos veinte minutos después, tras bufar varias veces, y rodar los ojos con mayor frecuencia aún, dejó el libro a un lado.

Nunca se consideró particularmente lista, pero sí bastante más inteligente que el promedio; lamentablemente, ese libro iba a conseguir que replanteara esa opinión. Comprendía cuál era el fin del autor al intentar aclarar los misterios que encerraba la extraña conexión entre la mente y el cuerpo, pero siendo ella una

persona tan escéptica, ¿cómo podría creer a pie juntillas sus teorías?

Desde luego que tal y como se mencionaba en el texto, las sociedades más avanzadas veían con interés estos temas, pero a ella le resultaba muy complicado encontrarles la más mínima lógica, o, aún peor, si se forzaba a creer lo que el autor esgrimía con tan buenos argumentos, estaba perdida porque eso significaría renegar de todas sus creencias..

Se preguntó lo que diría un terapeuta si ella lo visitara y le hablara acerca de sus sueños, de Simon, y su constante inquietud. Después de leer ese libro, suponía que tal vez no la catalogara como una desquiciada, pero eso dependería, claro, de si se encontraba ante un creyente de esas ideas. En su opinión, un profesional de la salud mental debía de estar abierto a toda clase de conceptos, por extraños que pudieran resultar, pero al ver una vez más el libro, se dijo que quizá esperaba demasiado.

Nada de terapeutas por ahora; iba a tener que hacer un esfuerzo por ser su propia psicoanalista; ¿qué tan difícil podría resultar? Si logró avanzar treinta páginas de un libro al que tan solo unos meses atrás no se habría acercado ni aunque su vida dependiera de ello, podría decirse que acababa de hacer un gran avance.

Dejó el libro en su lugar, decidida a continuarlo luego, porque en ese momento su cuerpo pedía a gritos un calmante; el dolor en la pierna recrudecía con rapidez, y al mirar el reloj, entendió la razón, debió tomarlo hacía ya casi una hora.

Se arrastró más que caminó hasta su habitación, y se llevó una píldora a la boca al tiempo que volvía a meterse en la cama; de pronto, una profunda pesadez se había apoderado de su cuerpo y tenía tanto sueño que se quedó dormida tan solo al recostar la cabeza sobre la almohada.

Debió dormir mucho, porque al entreabrir los ojos, la luz de la tarde se coló por las cortinas, y la obligó a parpadear. Sacudió un poco la cabeza para despertar del todo, y frunció el ceño al oír pasos fuera de la habitación; ¿habría llegado David? Al mirar hacia el dintel de la puerta, vislumbró una silueta acercándose.

—¿David?

—¿Acabas de confundirme con un hombre de un metro noventa, y que debe pesar unos veinte kilos más que yo? Espero que estés muy drogada, o nuestra amistad ha terminado.

—¡Jenny!—eso le ayudó a espabilar del todo—. ¿Qué haces aquí? ¿Por

qué no estás trabajando?

Su amiga dejó la pequeña bandeja que llevaba en el tocador, y se sentó en la cama, haciendo a un lado las mantas.

—Salí hace una hora; asumiré que esas drogas te tienen un poco tonta— Jenny se estiró para hacerle un gesto cariñoso que desmentía sus palabras—. Estoy bromeando, eres demasiado inteligente para eso. Quería saber cómo estás; ¿aún te duele?

Claire se incorporó contra las almohadas, ahogando apenas un bostezo.

—No mucho, las píldoras que el médico recetó son realmente buenas, aunque producen mucho sueño. Me alegra verte, no tenías que venir hasta aquí, pudiste llamar.

—Por favor, Claire, no digas eso, ¿no harías tú lo mismo por mí?

—Pero tus hijos...

—Son adolescentes capaces que no tendrán ningún problema en llamar para ordenar una pizza; te sorprendería saber lo listos que pueden ser la mayor parte del tiempo, especialmente cuando no me tienen cerca.

—De acuerdo, gracias.

No podría fingir por más tiempo que no estaba feliz de ver a Jenny allí. Aunque le gustaba la soledad, el pasar todo un día sin ver a otra persona con la cual hablar no era nada agradable; además, estaba acostumbrada a correr de un lugar a otro, y la inamovilidad también empezaba a afectarle.

—¿Quieres un poco de té?

—¿Volviste a pedirle miel a mi vecina?

—¡Claro que no! Pasé antes por el supermercado; te he dejado una buena dotación de bocadillos para picar.

—Oh, Jenny, eres un ángel, pero no tenías que molestarte; David puede encargarse de eso.

Su amiga se encogió de hombros, tendiéndole una taza y tomando luego una para ella.

—Seguro que sí, pero no creo que sepa lo mucho que te gustan las rosquillas que venden en la cafetería frente al bufete...

—¿Trajiste de esas? Te amo.

—Recuérdalo cuando escojas mi regalo para esta Navidad—Jenny elevó

las cejas con una sonrisa insinuante—. Sin presión.

—Claro que no.

Claire bebió su té con mucho más ánimo del que había sentido en todo el día; o al menos en el tiempo que estuvo despierta. No dijo nada durante unos minutos, saboreando la bebida, con una sonrisa relajada.

—Leí esta mañana algo de ese libro que me recomendaste—dijo al fin, mirando a su amiga sobre el borde de la taza—. Y, antes de que preguntes, no, no puedo darte una opinión del todo clara aún, apenas avancé unas cuantas páginas, y necesito pensar un poco al respecto; pero pensé que te gustaría saberlo.

Jenny exhibió una expresión satisfecha, aunque no la presionó para que dijera nada más al respecto, lo que le asombró un poco.

—Llamó esta mañana.

—¿Disculpa?

Los cambios de tema en las charlas de Jenny eran bastante comunes, pero a pesar de conocerla durante tantos años, aún la desconcertaban.

—Simon Holland llamó esta mañana a la oficina para preguntar si sabía cómo estabas.

—¡Ah!

Si bien no esperaba esa información, no podría decir que fue una completa sorpresa; tal vez no conociera muy bien a Simon, pero estaba segura de que esa era la clase de cosas que haría en una situación como esa.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—No, claro que no; fue muy... amable de su parte.

—Amable, sí.

—¿Qué le dijiste?—tratándose de Jenny, casi le daba miedo preguntar.

Ella debió intuir lo que pensaba, porque esbozó una sonrisa enigmática y dio otro sorbo a su bebida antes de responder.

—Solo que estabas bien y que pensaba visitarte más tarde; también le aseguré que no debía preocuparse porque tu novio se encargaría de que estuvieras del todo atendida y de que siguieras las indicaciones del médico.

Claire la miró con una ceja alzada, un poco extrañada por lo que le pareció una reacción muy madura de su parte. La Jenny bromista que conocía hubiera hecho cualquier otro comentario para ponerla en una situación

incómoda.

—No pongas esa cara, ¿qué podía decirle? Es la verdad, ¿o no?

—Claro que sí.

—Entonces fue lo correcto.

—Sí, lo fue, gracias.

—Bien.

Jenny dejó su taza sobre la bandeja y tomó la que Claire aún sostenía para hacer otro tanto.

—Es una buena persona.

—¿Te refieres a Simon? Sí, lo es, aunque no lo conozco muy bien.

—Yo tampoco, pero es bastante obvio.

Claire no pudo menos que darle la razón, porque era completamente cierto. Simon no era un hombre muy expresivo, o al menos no lo parecía, y según lo trataba, podía percibir que ocultaba algunos hechos de su vida, pero no era difícil adivinar que se trataba sin duda de un buen hombre. Tal vez todo sería más sencillo si no lo fuera.

—¿Llamarás para agradecer su preocupación? Porque si quieres puedo darte su número personal; no figura en la guía, pero lo dejó por si tenía alguna noticia...

—¡Jenny, por favor! ¡No puedo hacer eso!

—¿No puedes agradecerle a un buen hombre que te ayudara en uno de los momentos más difíciles de tu vida y que además muestre que le importas? Eso no es muy educado, Claire.

—Sabes perfectamente que la educación no tiene nada que ver con esto; además, le agradecí por su ayuda antes de dejar el hospital.

—Luego de recordarle que tenías un novio y darle a entender que preferías se alejara de ti.

—No fue así.

Jenny le dirigió una mirada escrutadora, una que odiaba, pero la soportó en silencio.

—Claire, si Simon no fuera el hombre que se aparece en tus sueños...—
levantó las manos en señal de rendición al ver su expresión alterada—...o uno

muy parecido, lo que prefieras, y se tratara tan solo de un detective cualquiera que ha sido amable contigo en diversas situaciones, ¿qué harías?

Por cosas como esa era que consideraba a Jenny su mejor amiga; no conocía a una persona más leal, pero no tenía ningún problema en decir exactamente lo que pensaba, aunque supiera que no le iba a gustar.

—Sabes qué haría.

—¡Exacto! Si una persona, quien fuera, hiciera por ti todo lo que Simon Holland ha hecho, estarías verdaderamente agradecida y, considerando tu sentido de la justicia, es muy posible que lo consideraras casi un amigo.

—Pero no puedo ser amiga de este hombre, Jenny, es ridículo.

—¿Por qué?

Claire se llevó las manos al rostro, hablando por entre los dedos, por lo que su voz surgió casi ahogada.

—No puedo creer que seas precisamente tú quien haga esa pregunta.

—Claire, por favor, no puedes ser tan irracional. Dime, ¿acaso Simon ha hecho algo para ofenderte? Y no estoy hablando de tus sueños, porque tienes que reconocer que, te guste o no, él no tiene nada que ver con ellos; es tan inocente como tú, aunque pueda parecerte injusto que él no pase por lo mismo.

—Ya no pienso eso; creo que si él tuviera los mismos sueños que yo, resultaría todo aún más complicado. Y no, no ha hecho nada para ofenderme, solo ha sido gentil conmigo.

—Entonces... ¡Dios! No puedes esperar que hable así contigo.

Jenny tomó sus muñecas y la obligó a bajar las manos, para poder mirarla directamente a los ojos.

—No estoy diciendo que te conviertas en su mejor amiga, solo que te comportes como la mujer justa y amable que eres. Por lo que me has contado, y por lo que he podido ver, él nunca te ha hecho una insinuación respecto a que esté buscando algo más que una amistad, y si fuera así, sé que tú actuarás como dicte tu conciencia.

—Jenny, yo amo a David—no podía creer que necesitara aclarar eso—. Veo a Simon tan solo como...

—¿Sí?

—Como una buena persona, que no tiene en absoluto ninguna

responsabilidad con todo lo que me está pasando, y que merece un trato más justo de mi parte—sintió un profundo alivio al poner en palabras todo lo que pasaba por su mente, tanto que experimentó también unas incomprensibles ganas de llorar.

—Cariño, ven aquí.

No puso ninguna objeción cuando Jenny la atrajo a sus brazos, solo apoyó la cabeza contra su hombro y dejó que las lágrimas fluyeran. Al cerrar los ojos, casi pudo imaginar que era a su madre a quien abrazaba, que era una vez más esa pequeña niña de la que debió despedirse hacía tantos años.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció, solo que las lágrimas dejaron de caer, y una agradable sensación de consuelo la envolvió. Solo entonces Jenny le ayudó a recostarse una vez más contra las almohadas y le pasó la caja con pañuelos desechables que tenía sobre la mesilla.

—¿Hace cuánto que no llorabas?

—No lo recuerdo—tuvo que reconocerlo con una media sonrisa—. No soy muy buena con estas cosas.

—Lo he notado. El llanto es bueno, puede hacer maravillas por el alma, ¿sabes? Tengo un libro muy interesante al respecto que puedo prestarte.

—Creo que tengo bastante con el que intento leer ahora, pero tendré presente tu oferta.

Jenny sonrió con una mueca cómplice, y se levantó para recoger la bandeja.

—Voy a dejar esto en la cocina, y vendré luego a despedirme, ¿de acuerdo? Mis chicos pueden arreglárselas solos, pero no quiero encontrar mi casa incendiada. Y David querrá un poco de privacidad cuando llegue.

Claire asintió y esperó a que regresara antes de hablarle nuevamente.

—Muchas gracias por todo, Jenny, no sé cómo...

—Cariño, por favor, deja de agradecer, voy a ofenderme—le dio un beso en la mejilla en tanto se acomodaba el bolso sobre el hombro—. En cuanto pasen las fiestas y regreses a la oficina, te daré algo que te animará.

—¿Qué?

—Creo que tengo al fin una dirección segura para encontrar al amigo de tu cliente, el que puede atestiguar a su favor.

Eso fue suficiente para que Claire se incorporara sobre la cama con un movimiento brusco.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Porque te conozco, y hubieras sido capaz de sumergirte en el trabajo a la primera oportunidad para evitar hablar de temas mucho más importantes.

—Esto es importante.

—Nada lo es más que tu vida, no lo olvides—su amiga se cruzó de brazos con gesto adusto—. Y, repito, no obtendrás esa información hasta que estés lo bastante recuperada para volver al trabajo.

—Jenny...

—Intentaré venir mañana, como a esta hora, y no olvides que nos reuniremos la víspera de Navidad para intercambiar obsequios si te encuentras lo bastante recuperada.

Claire suspiró, resignada, sabía cuándo rendirse en lo que a Jenny se refería; tal vez, si hacía un esfuerzo, podría convencerla de que le diera esa información, aunque tendría que esperar un poco para eso.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Cuando Jenny se marchó, comprobó una vez más la hora y frunció el ceño al notar que era ya muy tarde; esperaba que David llegara pronto, antes de que volviera a dormirse. Mientras tanto, se recostó de lado y abrazó su almohada, recordando la charla que ella y Jenny acababan de compartir.

Su amiga tenía mucha razón, lo sabía, pero eso no hacía las cosas más fáciles. Sin embargo, era justo reconocer que gracias a ella logró aclarar sus pensamientos en lo que a Simon se refería; comprobó que había sido más que injusta con él, y se hizo la promesa de que, si se presentaba el caso, y lo tenía frente a sí nuevamente, haría un esfuerzo por comportarse como una adulta, y una cuerda, no como la desquiciada que podía parecer en su presencia.

El mundo de los sueños y el de la realidad no debían mezclarse, no podía permitirlo; aún más, estaba determinada a que eso jamás ocurriera.

—¿Segura de que es una buena idea? Siempre te quejas de lo mucho que te aburre el ir de compras; solo imagina cómo te sentirás ahora.

Claire forzó una sonrisa de entusiasmo en tanto buscaba su abrigo en el closet; con David tras ella, era muy difícil mantenerse firme.

—Todo estará bien, deja de preocuparte.

Habían pasado cuatro días desde su accidente, y, aunque el dolor en la pierna era cada vez menor, no podría decir que hubiera dejado de sentirlo del todo; como si eso fuera poco, los analgésicos, aún tomados en menores dosis, continuaban produciéndole un continuo letargo. Pero estaban a dos días de la Navidad, y, exceptuando los regalos para sus abuelos, que se encargó de enviar hacía varias semanas, no tenía absolutamente nada que dar a sus amigos, y mucho menos a David.

Necesitaba ir de compras, y eso era exactamente lo que iba a hacer; unas cuantas puntadas y unas píldoras para el dolor no iban a impedirle celebrar la Navidad. Tal vez no fuera una amante de esa festividad, pero tampoco deseaba ser una versión femenina del señor Scrooge, aunque David de empeñara en recordarle que nadie iba a juzgarla si permanecía en casa.

—Te veo muy pálida.

—Soy pálida, la mayor parte del tiempo—tal vez si bromeaba, se lo tomara con más tranquilidad.

—Claire, hablo en serio. No me gusta la idea de que estés por allí sin nadie que te haga compañía; ¿por qué no esperas a mañana? No trabajaré a partir del mediodía...

—¿E ir de compras en vísperas de Navidad? Ese sí que sería un riesgo—se puso el abrigo, y tras darle un beso rápido, se encaminó a la cocina.

Desde luego que David no se quedaría tranquilo con eso, porque apenas unos minutos después, fue tras ella y no dejó de mirarla con el ceño fruncido.

—Solo estoy preocupado.

—Lo sé, cariño, por supuesto que lo sé, pero no puedo pedirte que dejes tus obligaciones, o llamar a Jenny para que me acompañe; soy perfectamente capaz de valerme por mí misma. Si lo piensas, esto no es gran cosa, y no quiero que arruine nuestra Navidad.

—¿Cómo puedes decir que no es gran cosa? Estuviste en un hospital, herida, y yo no estaba allí. ¿Qué pasa si colapsas en un centro comercial? ¿Quién te ayudará?

Claire suspiró y dejó la cafetera sobre la mesada, en tanto lo contemplaba con una mirada entendida; así que de eso se trataba.

—David, te lo he dicho, fue solo un accidente, ninguno pudo siquiera

imaginar que algo así fuera a pasar. Pudo ser mil veces peor, soy casi afortunada, y no había manera de que tú estuvieras allí.

—Lo sé, pero...

Ella se acercó y, poniéndose de puntillas pese al dolor, colocó un dedo sobre sus labios.

—Si dices tan solo una vez más que te sientes culpable, me molestaré en serio—elevó las cejas en señal de advertencia—. Ahora, apreciaría mucho que fueras al juzgado; tal vez con un poco de suerte puedas regresar temprano y sería agradable cenar juntos fuera, ¿qué dices?

David suspiró y besó su dedo antes de que ella lo bajara.

—¿Por qué nunca puedo ganar?

—Por la misma razón por la que perderás en el juicio tan pronto como se reanude—le guiñó un ojo mientras se colgaba el bolso al hombro—. Porque soy muy, muy buena.

—Ya veremos eso... presumida.

Ella continuó riendo mientras dejaba el apartamento y se metía corriendo en el elevador. No abandonó la sonrisa ni siquiera al mirar su pierna, que empezaba a punzar. Iba a ser un día de compras muy largo.

Claire refunfuñaba cada que cogía una prenda y le daba vueltas a una distancia prudente para apreciarla mejor; luego, arrugaba la nariz y la dejaba en su lugar.

Nada le convencía; Jenny tenía un estilo tan particular que le resultaba casi imposible dar con algo que pudiera llamar su atención. Sabía que iba a apreciar lo que le regalara, era una buena y generosa amiga, tal vez hasta lo usara solo para que ella se sintiera bien, pero realmente deseaba darle algo que le gustara.

En los últimos años, había decidido siempre ir por apuestas seguras, como perfumes, o alguna pieza de joyería sencilla; pero ese año se le ocurrió que podría hacer un esfuerzo para comprar una prenda de vestir que en verdad le ilusionara. Su amiga decía con frecuencia que iría de compras mucho más seguido si no tuviera que encargarse, junto a su esposo, que percibía un sueldo bastante bajo como contador, de sus tres hijos adolescentes.

Quizá un bonito vestido, o un abrigo para la temporada...

Dejó otro conjunto en el perchero al reparar en que era la clase de cosa que ella usaría, no Jenny.

Un poco fastidiada por la punzada en la pierna, buscó un lugar para sentarse en tanto pensaba si seguir buscando allí, o iba a otra tienda que tuviera una oferta más variada. Desde el banco que escogió, podía ver la entrada y a las mujeres que iban de un lado a otro, sacando una prenda tras otra y probándosela sobre el cuerpo, usando los espejos ubicados por todas partes; era todo un espectáculo propio de las fiestas. Aún una tienda tan grande como esa, en la que se podía encontrar prácticamente de todo, estaba atestada; si entraba una sola clienta más, el lugar podría reventar.

Bostezó con muy poca discreción, y se pasó una mano por los ojos; mientras siguiera tomando esos analgésicos, no dejaría de sentir sueño todo el tiempo. Tal vez pudiera hablar con el doctor para que le rebajara aún más la dosis, porque debía ponerse a trabajar tan pronto como terminaran las celebraciones por fin de año, y no iba a lograr hacerlo del todo bien en ese estado.

Quizá ese fuera un buen momento para reanudar su búsqueda, o salir, porque si continuaba en ese lugar, sin moverse, empezaría a dormitar en cualquier momento. Se agachó para recoger el bolso que había dejado caer con descuido sobre la fina alfombra, pero cuando estiraba el brazo para tomarlo, el sonido de una profunda voz que llegó hasta ella hizo que su mano quedara congelada en el aire.

—No, esto es muy... grande.

Claire se inclinó aún más, tanto que su cabello casi golpeó contra la alfombra, viendo entre los muebles ubicados en la tienda, atisbando los zapatos de las personas que caminaban de un lugar a otro. La voz llegó nuevamente, desde su izquierda.

—No, aún más pequeño, y necesito un color algo más, no sé, ¿suave?

—¿Suave?

Miró hacia allí y frunció el ceño al ubicar el lugar exacto desde el que provenían las voces; la zona de ropa íntima. Un par de zapatos de tacón al lado de otros que obviamente pertenecían a un hombre, uno que parecía encontrarse más que incómodo, por la forma en que golpeaban el suelo con un movimiento rítmico.

—Sí, rosa, o blanco, un color apropiado, ya le expliqué lo que necesito.

—No, no lo ha hecho—la voz de la que reconoció como una dependienta por el color del ruedo de su falda destilaba sarcasmo.

—¿Está segura?

—Sí, bastante. Mire, tenemos muchas clientas hoy, ¿por qué no da una mirada, y me llama cuando encuentre algo que le parezca adecuado? Estaré atenta.

Claire se planteó muy seriamente aprovechar su posición para salir de la tienda por una puerta lateral y evitar ser vista; no sería nada difícil si es escurría entre toda la clientela; sin embargo, algo más fuerte que ella, que no pudo reconocer en ese momento, la impulsó a tomar su bolso, incorporarse, y caminar hasta situarse a unos cuantos pasos del hombre que, de espaldas, miraba los estantes a su alrededor, con los hombros caídos.

—¿Es un mal momento?

No le había dedicado muchos pensamientos a lo que podría esperar de un hombre como Simon Holland, pero estaba segura que de haberlo hecho, la capacidad para ruborizarse no estaría entre las cosas que se podría imaginar. Y eso fue justamente lo que vio al darse la vuelta, luego de notar un ligero sobresalto al verse sorprendido.

—Claire.

—Hola—le dirigió una media sonrisa, señalando el objeto que llevaba en la mano—. No creo que el lila sea tu color.

Simon dejó de mala gana en el pechero el colgador del que pendía un primoroso sujetador.

—Muy graciosa—no parecía que estuviera divirtiéndose en lo absoluto—. En serio, hilarante.

Ella sonrió sin pizca de remordimiento y miró con más atención la zona en la que se encontraban. En circunstancias normales, el verse rodeada por ropa interior femenina, estando justo al lado de ese hombre, habría resultado muy incómodo; pero, en ese momento, al notar una vez más que él se veía como si deseara que un hoyo se abriera bajo sus pies y lo tragara, no pudo menos que continuar sonriendo.

—Lo siento, no debería reír, pero esto es muy...

—¿Traumático?

—Quizá para ti, a mí me parece algo divertido, debo reconocerlo.

—¿Quién lo hubiera dicho? Puedes ser una mujer muy cruel.

Claire sacudió la cabeza y se cruzó de brazos, sin cambiar su expresión relajada. Aún cuando su separación en el hospital no fue la mejor, desde que pasaron todo ese tiempo juntos, con cierta confianza, aunque esta fuera inducida por una situación tan desesperada, y luego de su última charla con Jenny, le resultaba difícil volver a levantar esa muralla que había decidido mantener en cuanto lo conoció.

—Lo siento, de nuevo—procuró poner su rostro más serio.

—No te preocupes, estoy demasiado susceptible—Simon metió las manos en los bolsillos del pantalón y la miró con curiosidad por primera vez desde su llegada—. ¿Cómo has estado? ¿Qué tal esa pierna?

—Mejor de lo que esperaba; casi no duele, o al menos es así cuando tomo las medicinas...

—... lo que de ninguna manera dejarás de hacer hasta que el médico te lo indique, ¿cierto?

Claire suspiró, al tiempo que rodaba los ojos.

—Cierto—aceptó al fin a regañadientes—, aunque he pensado que podría llamarlo para que cambie la receta; los analgésicos que ordenó son prácticamente somníferos.

—Bueno, creo que todos lo son un poco, y mientras no sientas dolor, no tienes por qué cambiarlos—le dirigió una mirada preocupada, como si solo entonces reparara en un hecho importante—. ¿Estás sola?

Claire elevó las cejas por su tono ligeramente brusco.

—Sí, lo estoy—respondió—; tengo algunas compras de última hora que hacer.

—Pero no puedes salir sola cuando estás medicada, podrías tropezar, o aún peor, caer... ¡llevas la pierna suturada, por Dios! ¿Cómo permite esto tu novio o lo que sea?

—Novio es el término correcto, gracias, no... lo que sea; y su nombre es David, por cierto—era ella quien ahora utilizaba un tono áspero; empezaba a arrepentirse de haber decidido acercarse—; respecto a tu pregunta, ¿qué quieres decir? ¿Que debería obligarme a que me quede en casa o algo así?

Para su sorpresa, no recibió la respuesta airada que esperaba, lo usual cuando se trata a un hombre con cierto desprecio como ella acababa de hacer,

sino que Simon empezó a reír.

—¿Siempre eres tan propensa a pensar lo peor? Lamento decepcionarte, pero no soy un idiota machista, solo me refería a que si fueras mi novia, no permitiría que salieras sola y te pusieras en peligro cuando obviamente no te encuentras del todo bien aún; te haría compañía, o me preocuparía al menos de que alguien estuviera contigo por si lo necesitas.

—Oh, eso—tal vez podría hacer un esfuerzo por controlar su lengua—. Bueno, no es de tu incumbencia, pero David sí que insistió en acompañarme, es solo que también vine a comprar su regalo, y no deseaba que lo viera.

Tras esa pequeña confesión, que le resultó un poco incómodo hacer, miró el alfombrado suelo.

—Además, ya que parece ser tan importante para ti, puedo asegurarte que no terminaré desmayada en alguna esquina, ¿de acuerdo?— ¿cómo llegaron a ese tema? No se acercó con la intención de hablar acerca del motivo por el que ella se encontraba allí.

—Si tú lo dices...

—Sí, lo hago, y no deberías preocuparte, aunque agradezco que te interesaras por mi recuperación; Jenny me habló de tu llamada a la oficina—se apresuró a continuar antes de que él hiciera algún comentario al respecto, buscando un tema de conversación más neutral—. Creo que nos hemos encontrado en los lugares más extraños, pero este debe de llevarse el premio mayor.

Simon dio una mirada alrededor, y se aclaró la garganta antes de responder.

—No tengo cómo discutir eso—aceptó, sonriendo.

—Era de esperar—le devolvió la sonrisa y dio una cabezada en dirección a la prenda que él acababa de dejar en el perchero, antes de girar con intención de encaminarse a la salida—. Bien, será mejor que te deje para que sigas con lo tuyo, solo quise acercarme a saludar...

—¡No!

Claire tuvo que cerrar la boca y volver a abrirla un par de veces antes de poder hablar con propiedad; ni siquiera le dio tiempo para desearle unas felices fiestas.

—¿Disculpa?

Simon miró de un lado a otro con expresión avergonzada, como si le molestara haber llamado la atención.

—Lo lamento, no debí gritar, es solo que preferiría que no te vayas— pareció aún más incómoda al verla a los ojos, si eso era posible—. ¿Crees que podrías hacerme un favor?

Claire elevó una ceja ante su tono indeciso; ese hombre generalmente parecía muy seguro de sí mismo. ¿Qué clase de favor podría desear de ella?

—Bueno, considerando todo lo que has hecho últimamente por mí, creo que es lo mínimo que podría hacer—aceptó al fin, y estaba segura de que hacía lo correcto; Jenny estaría orgullosa—. ¿De qué se trata?

—Yo... bueno... tú fuiste una niña, ¿cierto?

—Sí, durante un tiempo.

—No es un buen momento para burlarse—Simon cambió su expresión indecisa por una muy reprobadora—. Esto no es fácil.

—Lo siento. Por favor, continúa.

Simon suspiró y se acercó unos pasos hasta quedar casi a su altura, por lo que Claire retrocedió un poco. Tal vez estuviera dispuesta a hacer un esfuerzo para lograr interactuar con él sin parecer una lunática, pero la invasión a su espacio personal era algo con lo que no iba a transigir, aunque él rodara los ojos y la mirara como si acabara de ofenderlo gravemente.

—¿Por qué no me dices qué ocurre? ¿Cómo puedo ayudarte?—mejor volver a un terreno neutral.

Él se encogió de hombros, como si el discutir con ella no fuera una de sus prerrogativas, no en ese momento.

—¿Recuerdas a mi sobrina? Me refiero a que la mencioné alguna vez...

—Sí, claro, la pequeña costurera—sonrió al pensar en la aterradora muñeca que él llevaba en su coche—. ¿Qué pasa con ella?

—Bueno, en realidad ya no es tan pequeña, es solo que cose terrible— Simon hizo una mueca resignada—. El punto es que tiene un problema, y le prometí ayudarla, pero creo que debí pensarlo un poco más antes de comprometerme.

Claire frunció el ceño, algo confusa; no le estaba diciendo nada que pudiera entender, y por su expresión, él debió darse cuenta.

—Lo siento, no estoy siendo nada claro, ¿verdad? Verás, a ella le gusta el fútbol y pertenece al equipo de su escuela, pero la he visto un poco fastidiada últimamente, así que hablamos y, tras mucho insistir, me explicó que tiene un pequeño problema de vestuario—le dirigió una mirada que parecía indicar que con eso lo decía todo, pero Claire continuó sacudiendo la cabeza, por lo que él suspiró una vez más—. Las otras niñas ya usan esas cosas y ella necesita una también.

¿Cosas? Claire iba a pedirle que hiciera un esfuerzo más para que pudiera comprenderlo, pero bastó con que señalara al perchero para darse cuenta de que no era necesario.

—¡Oh! ¡Ella necesita un sujetador!

—¡Shhh! No tienes que gritar—Simon miró sobre su hombro—. ¿Eres consciente de lo incómodo que resulta esto para mí?

—Pero... —pensó en la mujer que vio posando junto a la niña en la imagen que tenía en su ordenador—. ¿Por qué no la acompaña su madre? Son ellas quienes lo hacen generalmente.

Simon frunció un poco el ceño, como si hubiera tocado un tema sensible.

—Susan, mi cuñada, está de viaje, no regresa hasta mañana—se detuvo antes de continuar, notó cierta indecisión en su semblante—. Además, no están en su mejor momento; ya sabes, la pubertad.

Claire se tomó un momento para procesar esa información. Así que la mujer de la foto no era su hermana; no le extrañaba ya que no vio mayor parecido entre ellos. En cuanto a los problemas entre madre e hija, no era de sorprender, ella sabía un poco respecto a conflictos familiares.

—Comprendo—asintió una vez que hubo pensado en ello—. Supongo que esperas te ayude a escoger algo para ella.

—Te estaría eternamente agradecido—su tono fervoroso le arrancó una sonrisa.

—De acuerdo, veamos qué podemos hacer.

Ella se colgó mejor el bolso al hombro, y empezó a ver las prendas en exhibición, hablando según descartaba una tras otra.

—Si le gusta el fútbol, es del tipo deportista, así que lo mejor será algo cómodo, pero no por eso tiene que ser feo—miró a Simon, que permanecía de pie a su lado, pero sin hacer comentarios—. ¿Por qué tomaste el lila? ¿Es su

color favorito?

—No estoy seguro, tiene muchas cosas de ese color en su dormitorio.

—En ese caso, le gusta el lila—sonrió—. ¿Es muy femenina?

—No lo sé, es una niña, tiene que serlo, ¿no?

—Sabes su talla, al menos...

Simon carraspeó, con la vista ahora fija en la sección de bolsos que se veía a lo lejos.

—Bueno, no exactamente, es solo para empezar, ya sabes, no tiene que ser muy... grande.

Claire rodó los ojos, tomando un delicado sujetador en tono malva con un lazo al centro, y otro blanco sin adornos.

—Estos dos deberían servir; puede usar el blanco cuando juegue, y el de color para presumir con sus amigas.

—¿Presumir?

—¿Estás seguro de que quieres saber?

Simon sonrió ampliamente al recibir las prendas con expresión agradecida.

—Creo que puedo vivir en el misterio—reconoció, obviamente aliviado—. Claire, has salvado mi vida.

—Por favor, no podría siquiera empezar a comparar esto con lo que hiciste por mí—creyó que debía saber lo mucho que agradecía su ayuda—. A tu sobrina le gustará el regalo.

—Bueno, no pienso darle solo esto para Navidad. Le encanta leer y ha estado volviéndome loco los últimos meses con unos libros que quiere, así que...

—Se los regalarás—adivinó sin esfuerzo—. La quieres mucho, ¿verdad?

Simon asintió de inmediato, al parecer un poco sorprendido por su abrupta pregunta.

—Sí, claro que la quiero.

—No todos los tíos adoran a sus sobrinas, ¿sabes? No es tan común.

—¿No tuviste un tío favorito?

—No, mis padres no tenían hermanos—allí estaba de nuevo, haciendo una confesión totalmente inesperada—. Bien, me alegra haber podido ayudarte;

ahora debo seguir con lo mío. Si no encuentro algo para Jenny en lo que resta de la tarde, estoy muerta.

Él elevó las cejas al oír la forma en que habló, y no lo culpaba, debía de haber sonado más que pesimista.

—¿No soy el único con problemas para escoger un regalo?

—Mira, no sé si lo has notado, pero Jenny tiene un estilo muy particular y quiero encontrar algo que le guste, el problema es que nada me convence—lo miró con expresión frustrada.

—¿Nada? ¿No será que estás siendo demasiado exigente?

Claire frunció el ceño ante su comentario; desde luego que no lo era.

—Solo quiero algo que le haga feliz, eso no es ser exigente.

—No pretendía ofenderte, me refiero a que muchas veces nos resulta difícil encontrar algo que consideremos perfecto cuando es para una persona a la que queremos—Simon hizo un gesto apaciguador—. He pasado horas, literalmente, buscando estas cosas—levantó las prendas que llevaba con un ademán incómodo—, pero tú diste con ellas en cinco minutos.

No era tan tonta como para no reconocer la verdad en sus palabras.

—De acuerdo, capto tu punto, y tienes razón—aceptó no muy contenta.

Simon se vio muy satisfecho, lo que en otras circunstancias tal vez le hubiera molestado, pero estaban en Navidad, después de todo.

—Mira, ¿por qué no dejas que te dé una mano? En retribución—se apresuró a explicar, antes de que ella pudiera poner objeciones—. No conozco muy bien a Jenny, pero creo que tengo una idea de cuál es su estilo, y, como acabas de reconocer, una opinión imparcial siempre ayuda. Tal vez no sea un experto en moda femenina, pero puedo decirte si algo me parece apropiado para ella.

Claire retuvo el aliento, inquieta ante su oferta. ¿No había tentado mucho a la suerte al acercarse? Si bien su instinto le llevó a ayudarlo, en gran parte fue debido a que sentía que estaba en deuda, pero ir más allá podría resultar peligroso. Era cierto que tal y como le confesó a Jenny, consideraba a Simon un hombre agradable, la clase de persona a la que podría tratar casi como a un amigo, especialmente después de todo lo que hizo por ella. Sin embargo, sabía perfectamente que una amistad entre ambos era absolutamente imposible, y no porque no la deseara, sino debido a las implicancias que podría tener en su vida.

No solo era un policía que tenía por mayor tarea asegurar la culpabilidad del hombre al que ella debía liberar; ya que después de todo, era su trabajo. El problema, el verdadero problema, era que no podía mirarlo sin pensar en sus sueños, porque aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, todos esos sentimientos que experimentaba al dormir, afloraban de forma que no tenía cómo evitarlos, y aunque tenía claro que no eran reales, no dejaban de asustarla.

—Vamos, Claire, ¿qué dices? Sospecho que buscar un regalo para Jenny debe de ser toda una aventura, no hagas que me la pierda.

Lo miró, sin pestañear, y con el corazón dividido. ¿Qué no le había hecho ya bastantes desplantes? ¿Qué tan peligroso sería andar por un centro comercial en su compañía buscando un regalo para su mejor amiga? No podía olvidar su expresión en el hospital, cuando le dijo que no necesitaba su compañía, o, el día anterior a ese, al decirle sin explicaciones de por medio que prefería evitar su presencia. No deseaba ver una vez más esa mirada en su rostro, no si podía evitarlo.

De modo que tomó una decisión, una de la que tal vez se arrepintiera, o quizá no, pero para la que no habría vuelta atrás una vez que pronunciara las palabras. De modo que no lo pensó más.

—Toda una aventura, sí—sonrió a medias—; ¿quién soy yo para negarte esa diversión? Si tienes tiempo, claro.

La amplia sonrisa de Simon no le convenció del todo acerca de lo inteligente de su decisión, pero, por primera vez desde que lo conocía, le inspiró una completa tranquilidad.

Y quizá, aunque ella no lo supiera en ese momento, eso fuera precisamente lo más peligroso.

Dos horas después, Claire se replanteó seriamente la idea de buscar un regalo original para Jenny, porque aún con la ayuda de Simon, parecía casi imposible dar con algo apropiado. Y aunque él no dejara de repetir una y otra vez que estaba siendo demasiado exigente, ella no iba a transigir con tanta facilidad.

—Tenemos que parar.

—¿Qué?

—Estás blanca como la nieve, hace cinco minutos que no dejas de cojear, y apuesto mi licencia a que no has comido en todo el día, por no mencionar el

que seguramente has obviado a propósito tomar tus medicamentos.

No tenía cómo refutar esos argumentos, ni siquiera haciendo gala de toda su experiencia como abogada, y mucho menos cuando estaban en medio de un pasillo repleto de personas que no dejaban de pasar por su lado sin molestarse en ofrecer disculpas cada que los empujaban. A decir verdad, se sentía tan mal, que si no se sentaba al menos un momento, corría el serio riesgo de empezar a llorar.

—No voy a discutir, Claire, tienes que descansar o volver a casa; si tengo que llevarte cargada...

—No pensaba iniciar una discusión—sintió una pequeña punzada de satisfacción al ver su expresión confundida—. Necesito un café.

—Bien, porque cargarte en medio de toda esta gente hubiera resultado un poco complicado.

Como si ella hubiera estado dispuesta a permitirselo, claro; pero reprimió el deseo de expresar ese comentario y lo siguió a través de la multitud hasta que lograron ocupar una pequeña mesa disponible en el patio de comidas.

—No te muevas, traeré algo.

De no encontrarse tan cansada y adolorida, le habría dicho que no se molestara, que era perfectamente capaz de ir por su propio café, pero en ese momento agradeció el no tener que preocuparse por eso. Simplemente, dejó algunos de sus paquetes junto a los de Simon en una silla libre, y pasó una mano por sus ojos.

Hizo un recuento mental de sus compras, y se sintió más tranquila al comprobar que, a excepción del regalo para Jenny, tenía todo lo que iba a necesitar. El regalo para David estaba ya envuelto en el bolsillo de su abrigo, y llevaba en las bolsas algunos detalles para sus compañeros de oficina y del juzgado a los que solo les hacía falta una tarjeta.

El problema continuaba siendo su adorable asistente...

—Café negro, te ayudará a disipar tu mente, un poco de agua para que tomes tus medicamentos, y... no estoy seguro de si eres vegetariana, así que traje un par emparedados variados.

—¿Un par?—señaló la bandeja que llevaba.

—Bueno, quizá no sean solo un par, pero no creo que eso fuera suficiente—se sentó frente a ella y empezó a colocar vasos y bolsas sobre la mesa—. ¿Desde cuándo no comes?

Buena pregunta. ¿Contarían las galletitas saladas y el café de esa mañana?

—Por favor, no respondas—él la miró con el entrecejo fruncido; se veía más preocupado que molesto—. Bien, sírvete, pero primero toma tus medicinas.

—No pensé que fueras tan mandón.

—Te sorprenderías. Ahora, las medicinas.

Claire tomó el frasco de su bolso y se llevó un par de píldoras a la boca, que tragó con un sorbo de agua.

—Listo, ¿contento?

—Un poco; lo estaré del todo cuando te haya visto comer.

—¿Me acompañarás, al menos?

—¿Bromeas? Soy un policía, estoy acostumbrado a comer seis veces al día; muero de hambre.

Más tranquila por su confesión, Claire tomó una de las bolsas y se sorprendió al comprobar cuánta hambre sentía. No recordaba cuándo fue la última vez que comió con tanto entusiasmo; quizá demasiado, porque no habló durante varios minutos, y cuando levantó la vista, se encontró con la mirada más que divertida de Simon.

—No pareces la clase de mujer que come mucho.

—Te sorprenderías—le divirtió contestarle con la misma frase que él utilizó—. ¿Por qué pensaste que era vegetariana?

—No lo sé, muchas personas lo son últimamente; además, das con el tipo.

—¿El tipo?

—Mujer joven y profesional en buena forma que parece cuidar mucho su salud, excepto cuando está en medio de un tiroteo.

Tuvo que beber un poco de café luego de que casi se atragantara con un trozo de emparedado.

—Lo haces sonar muy sencillo.

—No lo es, solo fue una suposición, y...—señaló su comida—... obviamente estaba equivocado, porque no creo que encuentres muchos vegetales allí.

Ella se encogió de hombros, y siguió comiendo, sin dejar de observarlo con disimulo. Simon no hablaba mucho, o, en todo caso, era bastante cauto al hacerlo, nada de comentarios superficiales acerca del clima o la cantidad de personas que atestaban el centro comercial para llenar el silencio, lo que agradeció; odiaba las charlas insulsas. Bebía su café como si acabara de dejar el desierto y se encontrara ante un oasis, lo que le recordó ese viejo estereotipo de los policías que no pueden vivir sin cafeína en el cuerpo. Y aunque comía con muchas ganas, era bastante cuidadoso para no ensuciar su traje.

—¿Por qué usas siempre traje?

La pregunta salió de sus labios antes de que pudiera contenerla.

—¿Perdón?

—El traje. Desde que te conozco, nunca te he visto con ropa informal.

—¿En verdad?—él elevó las cejas al verla asentir—. No lo había pensado, pero sí, supongo que tienes razón, aunque *siempre* es una gran palabra. Digamos que me siento más cómodo así, pero no es lo que uso todo el tiempo. Te reto a intentar construir una casa para muñecas a una niña de once años con traje y corbata.

—Declinaré tu desafío, creo que puedo hacerme una idea, gracias.

—Muy listo de tu parte.

Como si fuera capaz de construir cualquier cosa, sin importar la ropa que llevara.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Seguro.

Era algo que daba vuelta en su mente desde que le habló acerca de su sobrina ese día, de cómo tenía ella algunos problemas con su madre, y, por lo que pudo adivinar, él parecía ser una especie de figura paterna.

—¿Qué pasó con tu hermano?

—¿Qué?

—El padre de tu sobrina... es tu hermano, ¿cierto?

Supo que su pregunta era completamente desatinada en cuanto vio su expresión. Bajó un poco los párpados, frunció los labios y exhaló un suspiro.

—Lo siento, eso fue muy personal, no debí siquiera mencionarlo.

—No, está bien, es una buena pregunta, propia de una abogada curiosa.

—No, he sido muy indiscreta, no debí...

—Está en la cárcel.

Claire estaba preparada para que la mandara al diablo, tal vez para que evitara la pregunta y cambiara de tema, pero no para esa respuesta tan brusca y dicha casi con tono desafiante.

—¡Oh!

¿Qué más podía decir a eso? Si le hubieran pedido adivinar las razones por las que un padre no forma parte de la vida de sus hijos, habría optado por suponer que estaba muerto, tal vez que los abandonara, pero no que estuviera en la cárcel, jamás habría pensado en eso, lo que era ridículo considerando su oficio, pero aún así...

—Esa es una buena expresión.

—Simon...

—Robo a mano armada en una gasolinera; su abogado llegó a un acuerdo para que le redujeran la pena porque no hubo heridos. Le dieron ocho años, han pasado cinco.

Tuvo que tomar otro sorbo de café para calmarse, en tanto pensaba qué decir. Le costaba creer que un hombre tan íntegro y apegado a las normas como Simon tuviera a un hermano en prisión. Desde luego que no era su responsabilidad, pero de alguna forma pudo percibir que él lo sentía así; la pregunta era por qué.

—¿El día que nos encontramos en la prisión...?

—Día de visita.

—Claro, entiendo.

—¿Lo haces?

Lo miró sobre el borde del vaso, con el ceño fruncido, impresionada por su tono amargado. Un momento, ¿él no pensaría que estaba juzgándolo? ¿O sí?

—Simon, lo que fuera que hizo tu hermano no es tu responsabilidad. No mentiré diciendo que lo siento por él; creo que un adulto debe responder por sus actos, pero en verdad lamento que tú, su hija, y su esposa, deban sufrir por su error.

—Estupidez.

—¿Perdón?

—No fue un error, fue una estupidez, y estoy de acuerdo, él tiene que hacerse responsable por sus decisiones. Pero Lily... no ve a su padre desde que tenía seis.

Se sintió más tranquila al ver que esa mueca torturada iba desapareciendo de su semblante, y se preguntó si habría recibido muchos comentarios de mal gusto relacionados con ese tema. Si ese era el caso, comprendía su desconfianza.

—¿Y Lily sabe por qué su padre no está con ellas?

—Sí, el contárselo no fue una decisión sencilla. Susan hubiera preferido que no lo supiera, ella cree que eso le habría evitado muchos sufrimientos, y tal vez tenga razón, pero yo insistí en que debía saberlo; no me gustan las mentiras, y Lily es una niña muy madura para su edad; sé que nunca me hubiera perdonado si le ocultaba algo tan importante. Richard, mi hermano, estuvo de acuerdo; es una de las pocas cosas inteligentes que ha hecho en su vida.

Claire intentó procesar toda esa información. Era curioso como pasó de evitar cualquier contacto con Simon, temerosa de lo que podría provocar su cercanía, a compartir una mesa mientras estaba de compras, escuchándolo hablar acerca de hechos tan privados de su vida que casi se sentía una tonta indiscreta tan solo por haber preguntado. Y aún así, no podía contener las ganas de saber.

—¿Era ese el asunto personal por el que te encontrabas en el juzgado? El día de la audiencia, cuando tu compañero...

Él exhaló un hondo suspiro y apoyó el mentón sobre una mano, mirándola con atención. Dudó lo que le pareció mucho tiempo antes de responder.

—Dentro de un mes podrá presentar un pedido para que le otorguen la libertad condicional por buena conducta—pudo notar lo difícil que era para él hablar al respecto, pero aún así lo instó a continuar con un gesto—. El abogado que contraté no tiene muchas esperanzas, pero piensa que no se pierde nada con tratar. No he hablado con Susan y Lily de esto, no quiero que se hagan ilusiones.

—Bueno, si ha cumplido el tiempo estipulado en su condena, desde luego que no es imposible; siempre es una opción factible, y si cuenta con buena conducta, eso puede ayudarle mucho. Necesitaría la recomendación del alcaide de la prisión, de ser posible un par de garantes que aseguren no se meterá en problemas si lo liberan. Es más, si han pasado ya cinco años, eso hace más de la mitad de la condena; técnicamente diría que pueden tener esperanzas, no tienes idea de la cantidad de casos que he llevado...

—¡Claire!

Ella dio un brinco al oír su nombre dicho con un tono tan brusco.

—¿Qué?

—Escucha, yo... agradezco tu opinión; por favor, no pienses que no lo hago, pero preferiría no tratar este tema contigo. Ni siquiera sé por qué te he hablado de él, es solo que preguntaste, y no quiero mentirte.

Esas palabras le sentaron tan mal, que se forzó a desviar la vista para que él no pudiera notarlo. ¿Por qué era tan terrible que le hablara acerca de su hermano? Tal vez no hubiera la suficiente confianza entre ellos, y Dios sabía que ella no hizo nada por cultivarla, pero aún así, su actitud le resultó casi dolorosa, lo que era ridículo, y hasta humillante.

—No te ofendas, no quise ser brusco.

—Lo sé, está bien, he sido muy indiscreta, no tenía derecho a preguntar, has debido mandarme al diablo, no te habría culpado. No soy nadie para...

—Claire, ¿podrías hacer un esfuerzo y mirarme? ¿Por favor?

Hizo lo que le pedía, con la mirada serena, o eso esperaba, porque aunque le costara reconocerlo, sabía que estaba siendo completamente irracional, pero le resultaba muy difícil controlarse.

—Voy a tocar tu mano; por favor, no brinques.

—No tienes que avisar...—se sonrojó al no poder controlar el ligero sobresalto que le produjo el contacto de su mano sobre la suya—. Lo siento.

—Está bien, empiezo a acostumbrarme a causar ese efecto en ti—le tranquilizó que no pareciera ofendido, aunque tampoco lucía particularmente feliz—; algún día debes de contarme el motivo.

Su primera reacción fue desviar la vista, pero al recordar su pedido, volvió a mirarlo de frente.

—Quizá lo haga—no supo qué la llevó a decir eso—. Quizá en el futuro.

—Eso suena muy esperanzador—le dirigió una pequeña sonrisa—. Bien, volvamos al ahora. Claire, no quisiera que me malinterpretas en lo que se refiere a mi hermano. No estoy orgulloso de él, pero tampoco me avergüenza; lo quiero, sin importar cuántas veces haya querido matarlo y créeme, han sido muchas. Claro que no acostumbro mencionar su... situación, pero en verdad no hablo mucho de mi vida privada; tengo pocos amigos, es más, creo que Colin es la única persona en el trabajo que sabe acerca de todo eso, o al menos con el que hablo abiertamente del tema. No se trata solamente de mí, tengo que pensar en

Lily y Susan, porque aunque ellas lo llevan bastante bien, no es algo con lo que resulte muy sencillo vivir.

—No, seguro que no—por más que lo intentaba no podía imaginar lo que sería vivir en esa situación; un esposo en prisión, un padre ausente...—. Pero te tienen a ti.

—Sí, claro, y hago lo que puedo, pero mientras Richard no esté de vuelta con ellas, no podrán ser una verdadera familia. Lily nunca se queja, pero sé que lo ve así.

—Ese es el motivo por el que contrataste al abogado.

No hacía falta ser Sherlock Holmes para llegar a esa conclusión, resultaba más que obvio.

—Sí, pero como dije, no quiero hablar con ellas de esto, no necesitan que les cree falsas esperanzas en plena época navideña.

—Comprendo, ¿pero por qué...?—bueno, había empezado, tenía que terminar de preguntar—. ¿Por qué dijiste que no quieres tratar ese tema conmigo? Jenny siempre dice que aparento ser muy estricta, pero no es del todo cierto; jamás juzgaría a tu hermano, y mucho menos a ti. Entiendo que es un tema muy privado y que fui indiscreta al preguntar, pero puedo asegurarte que no pretendía curiosear.

Dio un nuevo brinco al sentir el apretón sobre su mano, con lo que se ganó otra mirada burlona, aunque Simon se abstuvo de hacer comentarios al respecto.

—Sé que solo tienes buenas intenciones, en serio, pero...

—¿Pero qué?

Si exceptuaba el hecho de que hacía unas horas vio a ese hombre pasar grandes apuros frente a la sección de ropa interior femenina, esa era la primera vez en que parecía no saber qué decir.

—Va a sonar ridículo, pero siento que deberías estar alejada de cosas como estas.

—¿Qué clase de cosas?

—Todo lo que está mal o implica peligro; la prisión, los crímenes, abogados...

—¡Soy abogada!

—Dije que iba a sonar ridículo, ¿recuerdas?

Claire elevó las cejas, con una mueca entre escéptica y sorprendida. ¿Las cosas que estaban mal? ¿E incluía a los abogados entre ellas? Tal vez no fuera la única con problemas para poner sus pensamientos en perspectiva.

—No lo llamaría ridículo, solo un poco extraño...

—¿Recuerdas aquella vez en que fui a tu oficina y dije que no podía evitar el sentirme preocupado por ti? Tampoco tiene mucho sentido, pero es así.

—Con frecuencia muchas cosas no lo tienen, sentido, quiero decir; es más, a veces son simplemente increíbles...—. Se mordió el labio al reparar en lo que acababa de decir; ¿qué estaba haciendo? ¿A dónde iba a llegar si continuaban con esa conversación? Retiró su mano con un movimiento brusco y la dejó caer sobre su falda— ¿Qué puedo decir? No soy precisamente un modelo de normalidad, así que no tienes que preocuparte por eso. Quizá, como estás acostumbrado a velar por tu cuñada y sobrina, tienes un instinto de protección algo más desarrollado que la mayoría, eso es todo.

—¿Eso es todo?—notó cierto tono desencantado en su voz.

—Es una opción tan plausible como cualquier otra—se obligó a hablar con despreocupación, aunque su corazón latiera desbocado y sintiera unas inmensas ganas de salir corriendo—. Deberías de oír todas las extrañas hipótesis que Jenny puede hilar en su tiempo libre; ella sí que encontraría una explicación completamente descabellada, aunque muy divertida.

Clavó las uñas en la palma de la mano por debajo de la mesa, atenta a su expresión. Que no insistiera con ese tema, por favor, o la llevaría a decir alguna tontería.

—Tal vez tengas razón.

—Ha pasado antes...—sonrió con falsa modestia; al parecer iban de vuelta por un camino seguro, tal vez si bromeaba podrían alejarse de ese tema tan peligroso—. No envidio a la mujer de la que te enamores.

Que un alma misericordiosa la matara allí mismo, por favor.

—Lo imagino, ¿por qué ibas a hacerlo?

—Eso no sonó muy bien; lo que en verdad quise decir...

¿Por qué no le hablaba? Al menos para decirle que era una absoluta idiota; aún peor, ¿por qué no la miraba? Controló el impulso de mordisquear sus uñas, una manía espantosa que le costó años superar, en tanto esperaba que

Simon dejara de ignorarla de esa forma y dijera algo, lo que fuera, pero él continuaba con la vista a un lado y el ceño muy fruncido.

Tras contar hasta diez, tres veces, se dijo que era una situación completamente ridícula y que más le valía terminar con ella. ¿Quería que se disculpara de forma correcta? Estaba más que dispuesta a hacerlo; solo necesitaba que se tomara la molestia de mirarla.

—Simon...

—¿Puedes caminar?

—¿Disculpa?

Él seguía mirando a un punto fijo a su derecha, aparentemente sin reparar en sus palabras.

—Preguntaba si puedes caminar.

—Claro que puedo, pero...

—Bien, porque vamos a perderla.

Miró en la dirección que él señalaba, pero solo vio a un grupo de personas caminando con paso apurado.

—¿Perder a quién?

—A ella—entonces notó que se refería a una mujer alta y de peinado extravagante que miraba de una vidriera a otra—. ¿No es perfecta?

Claire entornó los ojos ante esa expresión; ¿qué quería decir? ¿Perfecta para qué?

—Lo siento, me has perdido.

—Solo mírala con atención, ¿ves algo familiar en ella?

Hizo tal y como le decía, ignorando la desagradable sensación de sentirse casi ignorada, porque él continuaba sin mirarla directamente.

Era una mujer bonita, no podía tener más de cuarenta años; de estar en su lugar, se recortaría el cabello, aunque podía reconocer que la trenza que caía sobre su hombro le daba un toque exótico. Y si bien ella jamás usaría un vestido como el que llevaba, nadie se atrevería a decir que le sentaba mal. Si le hubieran pedido que la describiera de alguna forma, diría que se trataba de una mujer con un estilo muy peculiar, y esa fue precisamente la palabra que logró disparar todas sus alertas.

—¡Jenny!—bajó un poco la voz al darse cuenta de que casi había gritado

—. Su estilo es muy similar al de Jenny.

Solo entonces Simon giró la cabeza para mirarla, y no había rastro de rencor en su expresión, solo una sonrisa satisfecha y cómplice.

—¿No te gustaría acercarte y preguntarle cuál es su tienda favorita? Algo me dice que no puede estar muy lejos...

Claire correspondió a su sonrisa, y asintió entusiasmada, al tiempo que se ponía de pie, tomando sus bolsas.

—Eres un genio.

—No es la primera vez que lo oigo; ¿vamos?

Caminó a su lado por entre los compradores, y solo cuando se encontraban a pocos metros del objeto de su búsqueda, lo detuvo con un gesto discreto.

—Simon, acerca de lo que dije antes, lo siento.

—¿Qué? ¿Quieres decir que después de todo sí envidiarás a la mujer de la que me enamore?

Claire miró al suelo, pestañeando una y otra vez, un poco confundida por esa pregunta tan directa.

—Quizá.

—Has usado mucho esa palabra hoy, me gusta—la tomó del brazo con un movimiento seguro, y la instó a avanzar—. Vamos, tenemos una presa que atrapar.

Ella sacudió la cabeza y lo siguió, más tranquila al comprobar que no se veía en lo absoluto disgustado; todo lo contrario, parecía casi feliz.

No quiso analizar sus propias emociones; algo le dijo que tal vez se diera con una sorpresa no del todo agradable.

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 7

Claire recordaba las celebraciones de Navidad en casa de sus abuelos como eventos significativos, pero nada extravagantes. Acostumbraban reunirse los tres para una sencilla cena la víspera de Navidad, y a la mañana siguiente, tras abrir los regalos, ella y su abuela se encargaban de preparar la cena de esa noche, mientras su abuelo veía la televisión. Otros niños habrían encontrado ese hábito un poco decepcionante, pero ella nunca pensó que hubiera mucho que celebrar, así que apreciaba el carácter parco de sus abuelos, ya que coincidía con el suyo.

Cuando sus abuelos decidieron dejar Boston para mudarse a un hogar más pequeño en San Francisco, y ella debió buscar su propio lugar, mantuvo esas costumbres, y, al empezar su relación con David, comprobó con agrado que él tampoco era muy dado a grandes celebraciones. A excepción de las reuniones en el bufete a las que debían asistir, en gran medida por lo que se esperaba de ella, preferían pasar las fiestas en casa, a menos que sus abuelos los invitaban a visitarlos, algo que generalmente procuraban evitar. Su abuelo y David no eran precisamente los mejores amigos, y sus estancias en la pequeña casa resultaban bastante tensas, aunque su abuela se esforzara por mantener un ambiente alegre.

Ese año, tras declinar su invitación, y considerando su reciente accidente, pensaba que ella y David compartirían una tranquila cena en el departamento, pero cuando Jenny les hizo llegar una invitación de último minuto, asegurando que si la rechazaban, no solo renunciaría a su empleo, sino que además podía despedirse de su amistad, no pudo negarse. Sabía que las amenazas de su amiga carecían de fundamento, pero aún así no quiso decepcionarla.

El contraste entre el silencio de su casa y la efervescente alegría que inundaba el hogar de su amiga era abismal. Con la entusiasta personalidad de Jenny habría bastado para alegrar cualquier lugar, pero si a ella se le sumaban su amigable marido y sus tres ruidosos hijos, el ambiente festivo estaba garantizado.

Tan pronto como llegaron, David fue literalmente arrastrado por Kevin y su hijo mayor al patio trasero para que les sirviera de árbitro en una discusión sobre básquetbol, o algo así logró escuchar antes de que él los siguiera con expresión resignada. Ella, mientras tanto, siguió a Jenny hasta la cocina.

—¿Cómo es posible que lograras hacer todo esto?

Claire se inclinó un poco para ver lo que se encontraba dentro del horno, así como las encimeras abarrotadas de fuentes listas para llevar al comedor.

—Puedes llamarlo un milagro de Navidad, aunque si ves mis manos verás que el único milagro es que conserve todos los dedos—Jenny hizo una mueca burlona en tanto se empinaba para sacar un frasco de la alacena—. Sabes que la cocina no es lo mío, pero después de todo es solo una vez al año; los chicos saben que no volverán a comer así en mucho tiempo.

—Nadie podría acusarte de mentirosa...

—Nunca. ¿Cómo crees que conquisté a Kevin? No pudo resistirse a mi impresionante sentido de la honestidad.

—Habías dicho que se enamoró de ti por tu deslumbrante belleza.

—Bueno, sí, de alguna forma tenía que atraerlo; luego pudo comprobar que era todo un partido.

Claire sacudió la cabeza y rodó los ojos, con una amplia sonrisa en los labios; conversar con Jenny aseguraba buen humor inmediato.

—¿Y bien? ¿Dónde está?

—¿Qué?—tuvo que gritar para hacerse oír sobre los escandalosos gritos de Stuart y Archie, los gemelos, que parecían estar en medio de una guerra en el salón—. ¿Dónde está qué?

—Claire Jones, ¿dónde está mi regalo?

—Por favor, Jenny, no eres una niña, puedes esperar hasta después de la cena.

—No, no puedo, sabes que tengo problemas para controlar mi curiosidad, es prácticamente mi único defecto...

Su amiga volvió a rodar los ojos; lo usual hubiera sido que se divirtiera haciéndola sufrir un poco más, como cada año, pero en esa ocasión tan solo se encogió de hombros, le hizo un gesto para que esperara y corrió al salón por uno de los paquetes que dejaron junto al árbol, esquivando con mucho cuidado los cojines que los chicos empezaron a lanzar de un extremo a otro de la habitación.

Cuando regresó a la cocina, Jenny esperaba con expresión ansiosa y manos inquietas.

—No tienes vergüenza.

—Sí, sí, lo que digas, ¿puedo abrirlo?—una pregunta ridícula

considerando que ya tenía el paquete en las manos y empezaba a desgarrar el papel sin pizca de delicadeza—. ¿Quieres el tuyo?

—Creo que podré esperar.

Jenny ignoró el sarcasmo, concentrada en desenvolver su regalo, y Claire esbozó una sonrisa satisfecha al ver su expresión.

—¡Me encanta! ¡Es el abrigo más hermoso que he visto en mi vida!— puso la prenda frente a su pecho y empezó a dar vueltas por la cocina, sin importarle que estuviera a punto de lanzar una fuente de puré que Claire debió sacar de su camino—. Tengo unas botas con las que se verá genial.

—Me alegra que te guste.

—¿Gustarme? ¿Bromeas? Me gusta Kevin, ¡a este abrigo lo amo! Ven aquí y dame un abrazo.

Claire dejó que la envolviera en un fuerte abrazo que casi le provoca asfixia antes de lograr soltarse, feliz por la reacción de su amiga. Hasta ese momento no estaba del todo segura de si el regalo le gustaría.

—Es muy alegre, puedo imaginarte con él, te verás hermosa.

—Bueno, no es que necesite mucha ayuda—Jenny le guiñó un ojo en tanto continuaba admirando su regalo—. Hablando en serio, es perfecto, lo que me habría comprado de haberlo hallado, pero ya sabes que a veces no es muy sencillo dar con algo que vaya con mi estilo.

—Dímelo a mí.

—Mi pobre y adorable amiga, me pregunto qué tan difícil fue encontrarlo —la abrazó de nuevo, ignorando el sonido del horno—. Te quiero, Claire, gracias.

—Yo también te quiero, Jenny, y no es nada, no tienes que agradecerlo; estoy feliz de que te guste.

—Esto no va a ser muy cortés, y seguro que si mi madre me oyera, me mataría por maleducada, pero tengo que preguntar, ¿cómo y en dónde lo conseguiste?

Su amiga se hizo a un lado, la sonrisa abandonó sus labios, y fijó la vista en el piso.

—Bueno, es toda una historia...

—¿De qué historia hablan?

Claire sintió cómo su corazón daba un brinco en el pecho al ver aparecer a David, que tras sonreír a ambas, pasó un brazo sobre sus hombros.

—Nada importante.

—Claire, no seas modesta, por favor—como ocurría a veces, Jenny no pudo evitar que el entusiasmo le impidiera notar el cambio de humor en su amiga—. ¡Míralo! ¿No es lo más hermoso que has visto en tu vida?

David hizo a un lado la cabeza para evitar que Jenny lo golpeará con el abrigo, que ondeó frente a su rostro como una bandera.

—Me gusta, es muy original, muy... tú.

—¡Exacto! Es el regalo que tu preciosa novia consiguió para mí, e iba a contarme cómo.

—Lo siento, Jenny, pero no te lo diré, ¿desde cuándo las personas van por allí anunciando el lugar en el que compran sus regalos? Solo confesaré que tuve un poco de ayuda, pero eso no importa ahora, sino que te guste, y como veo que ha sido así, no hay más que decir.

—¿No odias cuando tiene razón?

David sonrió ante el tono falsamente decepcionado de Jenny y besó el cabello de Claire antes de responder.

—No hay nada en ella que pueda odiar.

—¡Ah, el amor!—Jenny elevó los ojos al cielo—. Me encantaría seguir siendo testigo del suyo, pero alguien tiene que llevar ese pavo a la mesa.

Solo entonces Claire dejó su silencio, recuperando también la sonrisa, en tanto se giraba a ver a David.

—¿Por qué no ayudo a Jenny mientras tú avisas a los otros?

—¿Podrán ustedes con todo esto?

—Seguro; si necesitamos una mano, les avisaremos.

—De acuerdo.

Cuando David dejó la cocina, Claire empezó a tomar algunas de las fuentes, pensando en cuál sería el orden correcto para llevarlas, bajo la atenta mirada de su amiga, que continuaba haciendo oídos sordos al sonido insistente del horno.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Sí, claro, perfectamente—se decidió por un par de bandejas, no muy pesadas y le sonrió a Jenny—. Iré avanzando con esto; por favor, mira el horno, odio el pavo quemado.

Claire hizo como que no vio el gesto de su amiga, y continuó su camino; no tenía deseos de hablar con ella respecto a lo que estaba segura querría saber. Tal vez después, mucho después.

Aunque los hijos de Jenny y Kevin insistían en recordarles que habían dejado la niñez hacía ya un tiempo, era obvio que cuando de abrir regalos se trataba no tenían problemas en aparentar unos cuantos años menos. O eso juzgó Claire al repantigarse aún más sobre el sillón mientras los veía lanzarse bajo el árbol sin un ápice de cuidado.

En tanto eran reprendidos por sus padres con muy pocos resultados, ella bebió un sorbo más del chocolate que Jenny sirvió una vez terminaron la cena y dejaron el comedor para encender la chimenea en el pequeño salón y así poder intercambiar los regalos.

David estaba sentado en una silla frente al fuego, y sonrió al observarlo admirar los gemelos que acababa de obsequiarle; sabía que por mucho que odiara los trajes debía usarlos en la corte y al comprar su regalo pensó que al menos eso haría menos incómodo el llevarlos. Cuando desenvolvió la pequeña caja le dijo que se convertirían en su amuleto de la suerte, a lo que ella contestó que solo esperaba no le resultaran cuando fuera su rival.

Cuando él notó que lo veía, le devolvió la sonrisa, e hizo un gesto de brindis con su taza, al que ella correspondió; luego, toda su atención fue reclamada una vez más por los excitados adolescentes que no dejaban de hablar como si la vida se les fuera en ello.

Claire aprovechó la distracción de los demás para dedicarle un poco de tiempo a las ideas que rondaban su cabeza desde hacía horas.

¿Por qué no le habló a Jenny de su encuentro con Simon en el centro comercial? Tuvo muchas oportunidades para hacerlo, pero las evitó una y otra vez.

Esbozó una sonrisa triste casi imperceptible al repetir la pregunta en su mente. Sabía perfectamente el por qué de su silencio, el mismo por el que no habló del tema tampoco con David.

Se sentía culpable.

Tal vez fuera ridículo y estuviera completamente equivocada, sí, pero eso no le haría cambiar de opinión respecto a sí misma.

El tomar la decisión de no contarle a David que pasó casi un día de compras con otro hombre, uno al que apenas conocía, fue un hecho, para ella, más que condenable, aunque no tuviera nada por lo que avergonzarse.

Sabía que David no era un hombre celoso. Jamás, en los años que llevaba de conocerlo, se había mostrado posesivo, pero no era tan ingenua como para suponer siquiera que esa información no iba a afectarle. Desde que le habló acerca de Simon por primera vez, luego del accidente y su corta estancia en el hospital, supo que la idea de que otro hombre ocupara el lugar que él pensaba le correspondía no le hizo ninguna gracia y no podía culparlo por eso; tal vez ella reaccionara de la misma forma si las cosas hubieran sucedido a la inversa.

Fue ese el motivo por el que decidió no mencionar su encuentro con Simon en el centro comercial; se dijo que lo hacía para evitarle a David un disgusto, pero debía reconocer, al menos para sí misma, que en gran medida optó por callar debido a que no estaba segura de cómo se sentía respecto a lo ocurrido ese día.

Cierto que de no ser por sus sueños, no le habría dado tanta importancia; después de todo, no dejaba de ser un encuentro con un hombre que le había ayudado en reiteradas ocasiones y que, como le había admitido a Jenny, le parecía agradable; pero allí estaba el punto una vez más, sus sueños. Por más que lo intentara, no podía ignorarlos; si veía a Simon, lo relacionaba de inmediato con el hombre de sus visiones, sueños, o como fuera que debiera llamarles.

No podía sentir tantas emociones que aún al despertar le resultaban tan vívidas, y luego actuar como si nada ocurriera, pero tampoco estaba dispuesta a correr cada vez que se encontraba con Simon en algún lugar. Algo, que no sabía cómo nombrar, le atraía hacia él, deseaba conocer algo más de su vida, saber si le ocurría lo mismo que a ella, el por qué de ese extraño instinto de protección que él mismo reconociera...

Según pensaba más en ella, caía en cuenta de que su actitud, sus miedos y celos, la ponían en una posición muy peligrosa, un gran círculo vicioso sobre el que no tenía mayor control.

No quería huir de Simon, ni contener su curiosidad en lo que a él se refería, pero tampoco deseaba ocultarle cosas a David, como si obrara con malas intenciones, porque Dios sabía que eso no era verdad. ¿Entonces qué debía hacer? Ella siempre se consideró una persona de ideas claras, y además muy

honesto, pero quien supiera lo que le ocurría o pasaba por su mente, jamás lo creería.

¡Genial! Ahora estaba sumida en una absoluta confusión.

Suspiró y arrugó la nariz al dar un sorbo casi mecánico a su bebida y darse con la desagradable sorpresa de que se encontraba casi helada; ¿había estado tan completamente absorta en sus pensamientos que ni reparó en ello? Dio una mirada alrededor y no le extrañó que el cuadro no hubiera cambiado en lo absoluto. Los chicos lanzados sobre el suelo, en medio de una guerra de videojuegos; Jenny vigilándolos con ojos de halcón, en tanto mordisqueaba unas galletitas; en tanto Kevin y David parecían enfrascados en alguna charla relacionado con números, suponía, por la expresión resignada del segundo.

Aprovechó que no le prestaban mucha atención para escurrirse hasta la cocina y cambiar su chocolate por el que aún permanecía caliente sobre la estufa.

—Eso te pasa por distraída; ¿en qué piensas tanto, Claire? Sé que es lo que se te da mejor, pero a veces exageras.

Claire sonrió al reconocer la voz de Jenny, sin extrañarse porque la hubiera seguido.

—No es nada importante, Jenny, es solo que hace mucho frío; las bebidas se arruinan muy pronto.

—Sí, claro—aunque intentaba no desviar la vista del piso, pudo oír perfectamente su tono escéptico—. Insistiría, pero algo me dice que esta noche no voy a obtener nada, ¿verdad?

—Siempre he admirado tu intuición.

—Ahora intentas comprarme con halagos, me decepcionas—su amiga se agachó para obligarla a mirarla—. ¿Por qué sospecho que esto tiene algo que ver con nuestro detective no tan favorito?

Claire se encogió de hombros, y la miró con expresión disgustada.

—Jenny, acabas de decir que esta noche no vas a obtener nada, ¿recuerdas? Si sigues con eso, posiblemente te ganes algo, pero no aseguro que sea agradable.

—De acuerdo, de acuerdo, sé cuando camino sobre hielo delgado, tranquila. No diré más...

—Gracias.

—Pero recuerda que no hablar de ello no hará que desaparezca.

Cuando Claire encontró las palabras apropiadas para responderle, Jenny ya se había alejado, sin dejar de tararear un villancico, por lo que no le quedó más remedio que soltar un bufido y llevarse la taza a los labios.

Ella sí que odiaba cuando Jenny tenía razón.

Pasada la Navidad, y gracias a su costumbre de no socializar, Claire y David pudieron disfrutar de total tranquilidad en los pocos días que restaban para el fin de año; el reciente accidente de Claire fue una buena excusa para rehusar asistir a las fiestas que organizaron tanto en su bufete, como en el juzgado.

Una cena romántica y un beso a medianoche fueron suficientes para celebrar la llegada del nuevo año. Tal vez algunas personas pensarán que eran poco apasionados, pero eso a ellos no les importaba; después de todo, el pasar de un año a otro no representaba una gran diferencia en sus vidas.

Sin embargo, aunque Claire no habló con David al respecto, tenía un poderoso motivo por el que estar emocionada y en espera de que las labores en la corte se reanudaran, y este se encontraba en el bolsillo interior de su cartera más preciada, gracias a los buenos oficios de Jenny.

Contaba al fin con la nueva dirección del hombre que podría ayudarle a defender adecuadamente a su cliente; el mismo al que le debía en parte su inoportuna presencia en medio del tiroteo policial en el que resultó lastimada, se recordó no sin cierto rencor. Pero eso era parte del pasado, ahora tenía en su poder una dirección fácil de corroborar, y pensaba utilizarla tan pronto como fuera posible. Aún tenía casi una semana antes de que el receso del juicio terminara, lo que le daba suficiente tiempo para ir en su búsqueda y convencerlo de que le ayudara.

Desde luego que debía tener mucho cuidado con cualquier pista que pudiera dejar al alcance de David; ese era el motivo por el que enmascaraba su entusiasmo y excitación con una falsa indiferencia que estaba segura él encontraría muy sospechosa, pero era parte de su oficio, y jamás le haría una sola pregunta al respecto.

Según las indicaciones que Jenny consiguió de alguna forma que prefería no conocer, logró obtener todos los datos del hombre al que debía buscar, y su mejor oportunidad para encontrarlo era esperar a que llegara a la pequeña casa que rentó al poco tiempo de dejar el bloque de apartamentos. El hecho de que se mudara sin comunicárselo a Cook era un indicativo claro de que la idea de ayudarlo no pasaba por su mente, pero sería su labor convencerlo de que lo

hiciera.

Pasó buena parte de la mañana sentada en una banca frente a la puerta principal de la casa, atenta a cualquier movimiento, con una pequeña libreta en la que tomaba apuntes según llegaban a su mente.

Cuando la espalda empezó a molestarle y el ligero dolor en la pierna le recordó que debía tomar su píldora diaria, se preguntó hasta dónde la llevaría su tenacidad. Sabía que era perfectamente capaz de quedarse a dormir en ese lugar, pero también que esa no sería la primera vez en que se exponía a una situación incómoda llevada por su terquedad.

—Vamos, vamos, ¿dónde estás?

Casi como si acabara de invocarlo, un hombre de semblante adusto, y paso encorvado, empezó a caminar en su dirección. Claire lo vio de reojo, con el presentimiento de que podría tratarse de la persona que esperaba, pero un suspiro de resignación escapó de sus labios al ver que no cruzaba la calle, sino que continuaba su caminata hasta ocupar el lugar vacío a su lado.

Qué decepción.

—No tengo dinero.

Claire frunció el ceño al oír esa frase, y giró para mirar al hombre que acababa de llegar. Se estremeció imperceptiblemente al encontrarse con una mirada gris fría y recelosa.

—¿Perdón?

—¿Por qué una abogada acecharía mi casa si no es para sacarme dinero? No sé quiénes te contrataron, pero no voy a pagarle nada a nadie; pueden embargarme, no tengo ninguna propiedad, la casa es alquilada.

—Oh, no, está equivocado—Claire sonrió al comprender—. No he venido por ninguna deuda, se lo aseguro, solo necesito hablar con usted, señor Carter; porque usted es Andrew Carter, ¿verdad?

—¿Quién pregunta?

Ese iba a ser un hueso muy duro de roer.

—Mi nombre es Claire Jones, trabajo en un bufete de la ciudad, Andrews and Barnett, y represento al señor Gregory Cook. Creo que se conocen...—fue muy cauta al continuar—. No es la primera vez que lo busco, ¿sabe? Visité su antiguo bloque de apartamentos, aunque no conseguí encontrarlo.

—Qué lástima.

Su tono sarcástico no la tomó con la guardia baja; lo esperaba.

—¿Se mudó porque no desea ayudarlo?

—¿Ayudarlo en qué?

—Su coartada... la noche en que el señor Edward Redford fue asesinado...

El hombre la miró como si acabara de brotarle una nueva nariz, y no fuera muy bonita.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Si Cook lo mató no es mi asunto, señorita, no va a involucrarme.

—¡No! No pretendo involucrarlo, lo único que debe hacer es atestiguar en el tribunal, decir la verdad.

—¿Cuál verdad?

Claire contó hasta diez antes de responder; empezaba a perder la paciencia.

—Que pasó buena parte de la noche con el señor Cook la noche del asesinato.

—¿Buena parte de la noche? Niña, delira—el hombre se puso bruscamente de pie y la miró desde su altura—. Tomamos unas copas hasta tarde luego de la pelea, y cuando salió caminamos unas calles juntos, eso es todo. Si mató o no a ese hombre, no lo sé, y no mentiré allí arriba.

—Eso no es lo que le pedimos. Solo debe declarar lo mismo que acaba de decir, nada más—procuró sonreír con expresión beatífica—. Desde luego que podría añadir algunas particularidades referidas al carácter de su amigo.

—¿Las qué de quién?

Claire se llevó una mano con discreción al cabello.

—Quiero decir que podría hablar acerca de su amistad con el señor Cook, de su verdadera forma de ser. Estoy segura de que debe ser un buen amigo.

El hombre dejó escapar una carcajada, seguida de un ataque de tos, que silenció con un pañuelo sucio sacado del bolsillo.

—¿Amigo ese bastardo? Solo acepto beber con él porque paga los tragos cuando está de buen humor.

—Pero...—tenía que preguntar—. ¿Lo cree capaz de asesinar?

Carter se tomó unos minutos antes de contestar, rascándose la barbilla.

—No lo sé, quizá, quién sabe.

—¿Perdón?

—¿Qué esperaba escuchar? Cook está lejos de ser un santo, quizá mataría, quizá no, depende de la situación. Al menos conmigo nunca ha sido violento y no recuerdo que intentara asesinar a nadie en mi presencia.

—Supongo que debemos contentarnos con eso—Claire no ocultó su desazón—. Pero su testimonio puede ayudar de cualquier forma, solo debemos reunirnos una vez más para... pulirlo un poco. ¿Está dispuesto a ayudar? ¿No escapará otra vez?

El señor Carter no era un hombre muy alto, pero aun así se enderezó como un resorte.

—¿Cuándo he escapado?

—Dejó su anterior vivienda cuando lo buscábamos...

—Señorita, me mudé porque dejé de pagar la renta, no tengo motivos para salir corriendo.

—De acuerdo, lo siento mucho, es solo que ese día... no importa, olvídalo—culparlo de su accidente no iba a ayudar en nada—. Por favor, tome mi tarjeta, y si recuerda algo importante respecto a esa noche, comuníquese conmigo. Lo llamaré pronto para hablar sobre su testimonio.

El hombre miró la tarjeta, luego de recibirla con desconfianza. Para alivio de Claire, la guardó en su bolsillo sin hacer mayores comentarios.

—Tengo que comer, es hora del almuerzo.

—Por supuesto.

—No quiero verla rondando más por aquí, ¿entiende? Tengo un perro, uno grande.

—Comprendo, nos comunicaremos por teléfono, ¿de acuerdo?

No obtuvo una respuesta coherente, solo unos murmullos malhumorados antes de que el hombre cruzara la calle.

Claire se encogió de hombros en tanto recogía su cartera y la colgaba al hombro. Eso no estuvo tan mal como pensó. La mención del hombre al almuerzo le recordó que no había comido desde el día anterior, a excepción de una taza de café al despertar.

Se debatió entre apresurarse regresar al bufete y compartir una comida con Jenny, o acercarse al restaurante más cercano.

El rugido de su estómago decidió por ella, y rogó por encontrar un lugar pronto; después de las horas de espera y esa charla, lo merecía.

La casa del señor Carter estaba ubicada cerca del puerto, por lo que no tuvo problemas para encontrar un acogedor restaurante especializado en pescados y mariscos; esa clase de comida tal vez no habría sido su primera opción, pero en cuanto entró al local y empezó a olfatear como un cachorro hambriento, se dijo que debería considerarse muy afortunada.

Sonrió al dar con una mesa para dos en uno de los rincones, y se dejó caer sobre una de las sillas tras exhalar un suspiro satisfecho. Tal vez no fuera correcto el pensar que había logrado todos sus objetivos en esa mañana, pero sí era justo admitir que convencer al señor Carter de que accediera testificar sin poner mayores trabas podía ser considerado como un pequeño triunfo.

Tomó la carta que la joven camarera le acercó, y ordenó una copa de vino en tanto decidía qué pedir, pasando de una página a otra del menú con el ceño fruncido, signo de que se tomaba muy en serio su orden; cualquier platillo sencillo debía bastar...

La mano que levantó para llamar la atención de la camarera se quedó en el aire cuando una voz familiar llegó hasta ella, por lo que giró la cabeza con un movimiento brusco hacia la entrada del local.

En cuanto reconoció a las figuras que se acercaban a una mesa disponible, se encogió en el asiento y ocultó el rostro tras el menú, observando con mal disimulada fascinación cómo Simon Holland palmeaba el hombro del detective Lancaster, en tanto una niña rubia con anteojos y un libro acunado contra el pecho los veía con una amplia sonrisa. Desde luego que reconoció el rostro de la pequeña, lo había visto una vez en el ordenador de Simon; aun más, ayudó a escoger uno de sus obsequios de Navidad.

Aun cuando su sentido común le gritaba que tomara su bolso y buscara la salida más cercana antes de ser vista, no pudo evitar permanecer allí, casi inmóvil, protegida por el frágil trozo de cartón que le servía de pantalla.

Elevó las cejas, sorprendida por la amabilidad del detective Lancaster para con la sobrina de Simon; tan pronto como llegó un camarero con la carta, dejó que ella la tomara en primer lugar, ayudándole a dejar su libro sobre una silla disponible.

Simon, mientras tanto, se había despojado de la chaqueta del traje, y la acomodó en el respaldo de su asiento, sonriéndole a su sobrina en el proceso. Luego, dijo algo en voz muy baja, porque apenas lo vio mover los labios, y solo entonces Claire recuperó la conciencia de sus actos, porque él caminaba en dirección al lugar en que ella se encontraba.

Se encogió aún más en la silla, sin molestarse en mirar sobre su escondite, aterrada por la posibilidad de ser atrapada haciendo algo tan terrible como espiar. El extraño latigazo de un recuerdo la golpeó; la situación era muy similar a la vivida en uno de sus sueños, cuando vio a ese hombre por primera vez, en un baile, ansiosa por saber quién era... ¡Qué mal momento para hacer esas comparaciones! En lugar de ello, debía de pensar en buenas excusas para explicar su presencia allí, o aún mejor, para su horrible comportamiento, aunque nadie podría asegurar que su interés fuera espiar, no era un crimen ser un poco curiosa.

Estaba lista para levantar la cabeza y dibujar una falsa sonrisa sorprendida en sus labios, pero Simon pasó de largo, sin mirarla. Al girar un poco el cuello para observar qué hacía, lanzó un suspiro de alivio cuando comprobó que se dirigía al aseo.

Claro que no la había visto, ¿por qué iba a hacerlo? El lugar estaba casi atestado, iba muy entretenido con su sobrina, y amigo; seguro que su mayor preocupación era comer y pasar un momento agradable. A diferencia de ella, parecía un hombre bastante cuerdo, no tenía por qué pasar el tiempo buscando con la mirada a una abogada escondida tras un menú.

Al comprender que estaba a salvo, Claire dejó caer la cabeza sobre el mantel, sin preocuparse demasiado de la mala impresión que pudiera dejar, y exhaló un suspiro de alivio, el mismo que se convirtió en una exclamación de espanto cuando una vocecita clara salida de la nada le provocó un brinco.

—Hola.

Claire levantó la mirada para encontrarse con un rostro sonriente, pecoso, y, por sorprendente que resultara, muy amigable; quizá demasiado.

—Soy Lily.

¿Qué podía contestar a eso? ¿Qué *debía* contestar a eso?

—Hola.

Sus oponentes en el juzgado estarían impresionados por su locuacidad.

—Tú me compraste un par de sujetadores.

—¿Disculpa?

—Eres la amiga de tío Simon, él dijo que le ayudaste a escogerlos; me gustó el lila—la niña sacudió sus trenzas rubias y asintió como si acabara de decir algo muy obvio—. El blanco es práctico, pero el lila es más bonito.

Claire encontró al fin la voz para responder con cierta coherencia a una de las conversaciones más extrañas que había sostenido en mucho tiempo.

—Eso es bueno, me alegra saberlo.

—¿Estás sola? Pareces sola.

—Solo vine a comer algo... —se dio cuenta de lo absurdo de la situación y enderezó los hombros antes de continuar—. ¿Cómo sabes quién soy?

La niña señaló sin pizca de discreción al detective Lancaster, que le dirigió una sonrisa torcida desde su mesa, en tanto daba un buen trago a su bebida.

—Tío Colin—la pequeña se encogió de hombros—. Dijo que eres abogada y que tu nombre es Claire... no recuerdo el apellido, y recordé que mi tío dijo que una amiga llamada Claire que es abogada le había ayudado, así que supuse que debías ser tú.

—Una suposición muy lógica.

—¿Verdad que sí?—la niña sonrió aún más alegre—. Acabo de empezar a leer los libros de Sherlock Holmes.

Al parecer el ansia por resolver misterios formaba parte de una herencia familiar.

—Me gusta Sherlock, es todo un personaje.

—¡Lo sé!—el entusiasmo en la voz de Lily era muy contagioso, no pudo contener una sonrisa a pesar de la extraña situación—. Es un genio, lo sabe todo, es el mejor detective del mundo...

Una discreta tos a espaldas de Claire provocó un escalofrío en su espalda; podía considerarse oficialmente descubierta.

—¿El mejor detective del mundo? Ya veo, estoy desolado—el tono burlón en la voz de Simon habría resultado gracioso en otras circunstancias.

La niña rodó los ojos y se encogió de hombros con un ademán muy adulto, mirando sobre el hombro de Claire.

—Tío Simon, sabes que Sherlock es el personaje de un libro, no tienes que ponerte celoso, tú eres el mejor detective *real*, lo juro—volvió su atención a Claire, sonriendo una vez más con cierto toque de exasperación—. Ha molestado mucho con eso desde Navidad.

Claire le devolvió una sonrisa insegura, sintiéndose un poco incómoda, reacia a ladear la cabeza para mirar tras ella, aunque podía oír la respiración de Simon muy cerca.

—No esperaba que mi regalo se volviera en mi contra, me considerabas el mejor detective en *todo* el mundo; tengo una reputación que mantener, ¿no lo crees, Claire?

Eso era suficiente. No podía seguir actuando como si no ocurriera nada, era una mujer adulta y, además, la última vez que ella y Simon se vieron, no habían tenido mayores problemas, incluso se despidieron en el centro comercial como lo habrían hecho cualquier otro par de conocidos.

Tenía que continuar con eso, podía hacerlo.

—Lo siento, pero estoy de acuerdo con Lily—aspiró con fuerza antes de girar y mirarlo con una sonrisa educada—, Sherlock Holmes es el mejor detective... de ficción.

Simon se llevó una mano al pecho con una falsa expresión ofendida.

—Dos bellas mujeres unidas para socavar mi orgullo, no sé si podré resistirlo.

—No tienes que ser tan dramático.

El honesto comentario de la niña consiguió que Claire se relajara lo suficiente como para reír, en especial al contemplar la expresión ultrajada de Simon.

—Creo que lo mejor será que dejemos este tema para luego—dijo él, para luego dirigirse a Claire—. ¿Una mañana dura en tus labores?

—Podrías decirlo así...

—Pero satisfactoria, por tu expresión—no hizo más preguntas respecto a su trabajo, pero la miró con ojo crítico—. ¿Sería demasiado pedir que nos acompañaras?

La inesperada propuesta consiguió sorprenderla. ¿Comer con ellos? ¿Se refería a eso? Miró a la pequeña, que seguía su charla con interés, y empezó a asentir entusiasmada ante la pregunta de su tío.

—No lo sé, no tengo mucho tiempo...

—Nosotros tampoco, solo una hora, y luego debemos dejar a esta señorita en casa, pero no me gustaría que comas a solas—Simon se adelantó a su próxima excusa con una rapidez que la sorprendió—. Colin no tendrá ningún problema.

Desde luego que iba a usar la carta de lo poco que le agradaba al detective Lancaster para rehusar su invitación, pero después de todo, Simon prácticamente acababa de decir que solo le ofrecía un lugar en su mesa porque le daba lástima verla comiendo sola. Tal vez no fuera lo más halagador para oír, pero sí adecuado considerando su situación.

—De acuerdo, muchas gracias.

Al observar las sonrisas satisfechas de Simon y Lily, se preguntó si no estaría metiéndose en un problema, pero no había marcha atrás, por lo que tomó su bolso y los siguió hacia donde un ceñudo detective Lancaster esperaba con expresión resignada.

—Detective.

—Señorita.

La pequeña Lily miró de uno a otro con las cejas alzadas.

—Tío Colin, por favor, solo llámala Claire...

—Detente allí, ¿en qué momento te ha dado permiso la señorita Jones para que la llames así?—Simon le acercó una silla en tanto reñía a su sobrina.

—No tengo ningún problema con eso, Simon, ese es mi nombre—tal vez el detective no fuera tan consentidor como parecía—. Usted también puede llamarme Claire si lo desea, detective Lancaster.

—Señorita Jones está bien para mí, gracias; creo que puedo dejar la familiaridad para este par—la réplica del hombre no fue grosera, tan solo parca, tal y como estaba acostumbrada—. ¿Qué va a pedir? No tenemos mucho tiempo.

Claire miró el nuevo menú que la camarera le acercó y señaló un plato al azar; sospechaba que retrasar la comida del detective solo empeoraría su humor.

—¿Y qué haces por aquí? Estás un poco lejos del trabajo.

—Tenía una... entrevista muy importante—se cuidó de no mirar a Simon al responder su pregunta.

—¿Asuntos secretos de abogados?

—Algo así—al menos lo entendía.

Lily, obviamente, no era tan discreta como su tío, porque se adelantó en el asiento y la miró con interés.

—¿Qué clase de secretos? ¿Misterios? ¿Asesinatos? Sherlock siempre resuelve esas cosas.

—¡Lily! En serio, ¿tengo que hablar con tu madre acerca de ese libro?

Claire se compadeció por la expresión aterrada de la niña; y recordó la mención de Simon a la tensa relación entre madre e hija, por lo que fue en su auxilio.

—¿Sabes qué, Lily?—le hizo una seña para que se acercara aún más y ella hizo otro tanto—. Nunca podría ser tan interesante como Sherlock.

Se vio recompensada por una sincera sonrisa de parte de la niña, que volvió a sentarse en su lugar, y dirigió una mirada autosuficiente a su tío.

—No te atrevas a hacer un comentario del tipo “te lo dije”.

Claire rió ante el tono de Simon, aceptando el plato que la camarera puso ante ella. Por unos minutos, comieron en silencio, intercambiando impresiones acerca de la comida, y el clima de la ciudad, que era cada vez más frío, pero que les permitía apreciar la belleza de Boston en todo su esplendor.

De pronto, el detective Lancaster se aclaró la garganta y se dirigió a Claire, lo que le provocó un ligero sobresalto.

—¿Qué tal sus fiestas, señorita Jones?

—¡Oh! Bastante bien, detective, gracias por preguntar—Claire tardó un momento en recuperarse de la impresión por la pregunta hecha al parecer con buena fe.

—¿Qué hiciste?—la niña la miró con curiosidad.

—Bueno, nada muy emocionante. Verás, tuve un pequeño accidente hace unas semanas—miró de reojo a Simon, que parecía muy interesado en su plato—, así que decidí quedarme en la ciudad.

—Nosotros también lo hicimos; quedarnos en la ciudad, en casa—Lily masticó con rapidez para continuar—. Mamá, tío Simon, tío Colin y yo pasamos la Navidad todos juntos, y luego mamá y yo solas para celebrar el año nuevo.

¿La niña y su madre recibieron el año nuevo a solas? Procuró evitarlo, pero no pudo contener una mirada inquisitiva en dirección a Simon, que él notó

de inmediato.

—El crimen no descansa durante las fiestas; para ser más exacto, lo usual es que aumente—se encogió de hombros y sonrió a su sobrina—. Pero esta señorita sabe cómo hacer una buena fiesta con pocos recursos, ¿cierto?

El halago obtuvo un buen resultado, porque la niña sonrió y se enderezó en el asiento.

—Fue genial, Claire, decoramos la casa, armamos una tienda de campamento en la sala y comimos muchísimo. Tío Simon y tío Colin llegaron a acompañarnos un par de horas.

—Eso es muy impresionante—y lo era; comparado con eso, su celebración resultaba un poco aburrida.

—Procura convencerla de que vaya a la cama a su hora, eso es impresionante, casi digno de una medalla—Simon alborotó el cabello de su sobrina con cariño.

—No tienes que exagerar, casi siempre obedezco—le inspiró mucha ternura la forma en que Lily sonrió, como atrapada en medio de una travesura—. ¿Con quién pasaste las fiestas, Claire? ¿Tienes novio?

Claire miró su plato, con el ceño fruncido, preguntándose al mismo tiempo cómo responder, y el porqué de que le resultara tan difícil hacerlo. Lo normal era que hablara de David con naturalidad, era parte de su vida, ella nunca titubeaba...

—Yo... sí, tengo un novio, su nombre es David.

Su reserva debió ser muy notoria, porque el detective Lancaster tosió y miró hacia la ventana, mientras que Lily abrió aún más sus grandes ojos. No supo cuál fue la reacción de Simon, porque él no hizo ningún comentario, y ella se cuidó bien de no mirar en su dirección.

—David es un bonito nombre—dijo la niña al fin con tono de duda.

—También es abogado, eso no es tan bonito.

Claire agradeció de todo corazón el comentario inoportuno del detective Lancaster, porque ayudó a relajar el ambiente tenso.

—Al tío Colin no le gustan los abogados, piensan que todos son un poco... ya sabes, no muy buenos.

—¡Qué sorpresa!

—¿Eso es sarcasmo?—Claire se sintió un poco culpable por el tono confundido de la niña—. Tío Simon dice que tengo problemas para saber cuándo alguien está siendo sarcástico.

—Sí, Lily, ese fue un comentario sarcástico—Simon habló al fin, luego de varios minutos en silencio—. Y muy apropiado.

La niña se quedó un momento con la cabeza ladeada y expresión pensativa.

—Ya entiendo.

Claire sonrió al ver cómo asentía y miraba a los adultos alrededor, aunque su tranquilidad no duró mucho, porque la niña continuó con sus indagaciones.

—¿David y tú van a casarse?

De acuerdo, eso era demasiado, pero no se vio en la necesidad de buscar la forma para salir de ese enredo, porque Simon se adelantó.

—Lily, es suficiente, no puedes hacer esa clase de preguntas a una persona que acabas de conocer.

—Solo quería saber...

—¡Lily, he dicho que es suficiente!

Se sumieron en un silencio incómodo, hasta que Claire se aclaró la garganta y le dirigió una sonrisa a la niña que parecía muy arrepentida, tanto que hasta había dejado caer el tenedor que antes sostenía con tanto entusiasmo.

—No te sientas mal, Lily, sé que solo tienes curiosidad—se encogió de hombros—. Y no, no sé si David y yo nos casemos.

La niña suspiró, aliviada, luego de mirar a su tío por el rabillo del ojo.

—Lo siento, no quise molestarte—dijo, avergonzada.

—No lo has hecho, lo juro.

—A ti tampoco quería molestarte, tío Simon.

Claire prestó mucha atención a la reacción de Simon, interesada por saber qué diría, pero tan solo asintió y esbozó una pequeña sonrisa, para tranquilidad de Lily, que pareció sentirse del todo perdonada con ese gesto.

—¿Y qué pasa conmigo?—el detective Lancaster tomó el último sorbo de su bebida y alejó el plato vacío—. No he escuchado que nadie se disculpe por fastidiar mi almuerzo.

—¡Por favor, tío Colin, como si alguien pudiera fastidiarte cuando comes!

La sincera respuesta de la niña provocó un estallido de carcajadas que distendió el ambiente de inmediato; aún el detective Lancaster sonrió a regañadientes.

—He pasado un momento muy agradable, pero debo irme, me esperan en el trabajo.

Claire era sincera; a pesar de algunos momentos incómodos, la inesperada compañía había resultado mucho más interesante de lo que pensó en un inicio.

—¿Tienes que irte? Podríamos ir por unos helados.

—Tú, señorita, no puedes ir a ningún lugar que no sea tu casa—Simon respondió antes de que Claire formulara una negativa—. Tu madre debe estar furiosa, debiste llegar hace media hora.

—Pero estoy contigo, no se molestará por eso.

—Pues no lo estarás por mucho tiempo—el detective Lancaster tomó su saco en tanto se ponía de pie—. Tu tío y yo debemos volver a la estación.

—Está bien, está bien, no voy a insistir.

—Qué considerado de tu parte—Simon miró la cuenta que la camarera dejó sobre la mesa y puso el dinero sin hacer comentarios, lo que no le dio tiempo a Claire para protestar—. ¿Quieres que te acerquemos a algún lado?

Claire negó con la cabeza, tras dudar solo un instante.

—No, gracias, voy a...

—¿Tomar un taxi?

Simon rió al hablar y ella le sonrió en respuesta.

—¿Qué?—Lily los miró con expresión desconcertada—. ¿Qué tienen de gracioso los taxis?

—Es una broma privada, niña, deja de ser tan entrometida—el detective Lancaster le dio su libro con un gesto adusto, aunque familiar—. ¿La acompañas a esperar uno?

—En realidad, voy a tomar el autobús—Claire no supo cuál fue el motivo por el que dijo eso, quizá solo quería molestar un poco a Simon por suponer que la conocía tan bien—. No es necesario que me acompañes.

—Insisto, hay una parada en la siguiente calle; Colin y Lily pueden esperarme en el coche.

No podía rechazarlo sin ser una completa grosera, por lo que sonrió y lo siguió fuera del local, luego de despedirse del otro detective y la niña con un gesto amistoso.

Sin mirar atrás, caminó a su lado, con paso tranquilo, jugueteando con la correa de su bolso.

—¿Segura de que no quieres que te lleve? Colin puede dejar a Lily en su casa...

—No, está bien, gracias; es posible que al llegar a la oficina deba volver a salir o que me llamen mientras estoy en camino...—esa era una mentira, pero él no tenía por qué saberlo—. Gracias por la comida, no era necesario que pagaras.

—¿Esperabas que repartiera la cuenta?

Sonrió al ver su expresión sorprendida. Ciertamente, ya había notado que Simon era un poco chapado a la antigua, y aunque por lo general no le agradaba esa conducta en los hombres, por algún motivo, en él parecía ser natural y nada ofensivo.

—No sé en qué estaba pensando.

—Sarcasmo, bien, puedo con él.

Se quedaron un momento en silencio al llegar a la parada de autobuses.

—Lamento las preguntas de Lily, es muy curiosa.

—Está bien, no me ha molestado; es una niña encantadora—lo miró a los ojos antes de continuar—. Te adora.

—Yo también, lo que no evita que a veces me aterre.

—Dale unos años más y sabrás lo que es el miedo.

—Gracias, me quedo mucho más tranquilo.

Un autobús dobló la esquina y se detuvo en la parada.

—Debo irme.

—¡Claire, espera!

Cuando Simon la detuvo de la muñeca, dos cosas sucedieron al mismo tiempo; su corazón empezó a latir muy rápido, y sintió como si acabara de

recibir un golpe en el estómago. No atinó siquiera a intentar deshacer el agarre, solo se quedó allí, mirándolo con los ojos muy abiertos y, suponía, no estaba del todo segura, con expresión de espanto.

—¿Qué?—le costó reconocer su voz.

—Yo... lamento haber exagerado cuando Lily hizo esas preguntas, acerca de ti y... — ¿por qué no la soltaba? Sería mucho más sencillo si lo hiciera—. Lo siento.

—No es necesario que te disculpes, está bien.

—¿Lo está?

Claire suspiró y soltó su mano con un movimiento suave, aunque seguro, y él no la detuvo.

—No lo sé, Simon, eso espero—esa debía de ser la primera vez que le hablaba con total sinceridad, y mirándolo a los ojos—. Necesito irme ahora.

De eso se trataba; *necesitaba* irse, no por el trabajo, no por el temor a perder el autobús, sino que debía poner distancia entre ambos.

—De acuerdo, nos veremos luego.

—Tal vez.

No se quedó a esperar una respuesta, solo subió al autobús, que estaba casi por marchar, y se sentó en el único lugar disponible, con la mirada fija en el asiento delantero, negándose a ver por la ventana, porque sabía bien qué iba a encontrar.

Simon, de pie, mirándola, esperando.

Y ella no quería pensar en el porqué.

El otoño era su estación favorita del año; los caminos cubiertos de hojas secas y el silencio que acompañaba sus paseos por el parque a media mañana le inspiraban una exquisita sensación de tranquilidad.

Sin embargo, algo en su andar pausado y cuidadoso, casi anhelante, era indicio suficiente para reconocer cierto motivo oculto en su deseo de pasar tanto tiempo como le fuera posible en el parque, en compañía de sus tías, o de la doncella que le servía; desde luego que hacerlo en solitario le estaba estrictamente prohibido.

Ella deseaba estar allí. Aún más, lo necesitaba.

Las razones eran tan simples, tan mundanas, pero al mismo tiempo, secretas y en cierta medida, peligrosas.

Sabía con certeza que su sola presencia en ese lugar lo atraería, y era lo que deseaba. Apenas prestaba atención al monólogo incesante de su doncella; le agradaba Lucy y por eso le permitía algunas confianzas a solas que estarían por completo vedadas en compañía, pero en ese momento no tenía deseos de escucharla.

Todos sus sentidos estaban alerta, a la espera; si hubiera cerrado los ojos habría podido percibir el sonido de las hojas al caer y las discretas conversaciones que algunas personas sostenían muy lejos de su camino.

Él vendría.

Desde su último encuentro esperó ese momento con ansias, con la cuestionable certeza de que él deseaba verla tanto como ella a él. Y, después de todo, ¿era acaso tan extraña su suposición? Cuando se encontraron en ese mismo parque, ¿acaso no fue él quien le solicitó su compañía? Tan solo pudieron compartir unos momentos antes de verse obligada a dejarlo para volver con los suyos, pero fueron unos minutos preciosos para ella.

Ahora se sentía un poco avergonzada al pensar en lo poco apropiado de su conducta. Ninguna joven de su posición planeaba un paseo vespertino con la esperanza de encontrarse con un caballero en particular. Y con uno cuya reputación distaba mucho de ser intachable, además. Sus intenciones eran un misterio, casi tan grande como la mayor parte de sus actos.

Pero a ella no le inquietaba lo que pudieran decir de él o el misterio que le envolvía. Por el contrario, lo encontraba atractivo, excitante y cada vez que lo veía, sentía la imperiosa necesidad de conocer todos sus secretos.

Y allí estaba, a la espera, aún cuando no concertaron una cita y su presencia obedeciera más a un anhelo que a una certeza.

De pronto, cuando empezaba a embargarla la decepción, su doncella dio la voz de alarma al emitir una leve exclamación de sorpresa, y pudo saber, sin verlo aún, que se deseo acababa de cumplirse. Miró sobre su hombro y esbozó una casi imperceptible sonrisa.

Él estaba de pie, con expresión inmutable, como si el encuentro fuera del todo natural. Parte de ella empezaba a creer que así era; todo entre ambos se desarrollaba de la forma más extraña y natural que hubiera podido imaginar.

No fue difícil convencer a Lucy de que les dejara a solas. La apreciaba y

era lo bastante joven y romántica para comprender. No dispondrían de mucho tiempo, pero aún así unos cuantos minutos a su lado serían suficientes.

Él inicio un curioso paseo a su alrededor, observándola desde su altura, y aún cuando en comparación ella parecía pequeña y frágil, sostuvo su mirada.

—Has venido.

Su voz profunda tenía un leve tono juvenil, un detalle extraordinario que no había notado hasta ese momento, lo que solo sirvió para comprobar que no estaba frente a un hombre tan infranqueable como algo vez pensó que sería. La brisa desordenaba su cabello y sintió el ridículo impulso de pasar una mano sobre su frente.

—¿Cómo lo has sabido?

No planeó usar ese tono familiar, desterrar el trato formal de modo tan irrespetuoso y sin embargo, una vez más, lo encontró del todo natural. Algo ocurría entre ellos que hacía imposible mantener cualquier distancia.

—No lo sabía, solo lo esperaba—él extendió una mano—. Camina conmigo.

No se inmutó ante esa mezcla de orden y ruego, tan solo sonrió y, sin dudar un instante, tomó su mano.

—No tenemos mucho tiempo.

—Será suficiente por ahora.

Ella asintió, su respiración alterada, los labios secos y el contacto de su mano enguantada contra la desnuda de él, que traspasaba el tejido y provocaba un delicioso cosquilleo en su palma.

—No debería estar aquí contigo.

—Pero no te importa.

Dudó antes de responder, no porque no supiera qué decir, sino porque no estaba segura de si debía revelar tanto acerca de sus sentimientos; pero de nuevo, decidió dejar que todo ocurriera como debiera hacerlo.

—No, porque es lo que deseo.

Él detuvo su caminar, tomó su otra mano y la sostuvo contra su pecho, sin que ella hiciera un solo movimiento para apartarse.

—Catherine...

Fijó la vista en sus ojos, no tan sorprendida por oírle llamarla por su

nombre de pila por primera vez, como por el tono con el que lo pronunció. Reconoció el anhelo en su voz, una ternura que nunca hasta ese momento había relacionado con él, y cierto titubeo que encontró tan encantador como asombroso.

—Pobre de ti, y pobre de mí—dijo al cabo de un instante, sorprendiéndola.

—¿Por qué?

—Porque no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

Ella ladeó la cabeza, unos mechones castaños cayendo sobre la curva de su cuello.

—No quiero evitarlo.

—Tampoco yo.

Y tras esa afirmación tan sencilla, la atrajo hacia sí, y la besó.

Nunca un hombre se había atrevido a hacerlo; alguno apenas lo intentó una vez y ella se encargó de evitarlo. Pero esto... ¿hubiera podido siquiera soñar que fuera de esta forma? Su corazón latía tan fuerte que el eco del golpeteo llegaba a sus oídos. La mano sobre su nuca la acercó aún más, y entreabrió los labios por instinto. Su lengua jugueteaba con su boca, y la obligaba con gentileza a seguir su ritmo, lo que hizo; primero con torpeza y luego con un ímpetu que le provocó un jadeo.

Al separarse para recuperar el aliento, apoyó la cabeza sobre su hombro y percibió su aliento tibio sobre su cuello.

—Estamos perdidos—le oyó decir, casi en un suspiro.

Y ella supo que así era, pero no hubiera cambiado absolutamente nada, ni una sola de sus palabras o actos.

—No me importa.

Al posar una mano sobre su chaqueta, a la altura del corazón, y sentir el latido fuerte y pausado, cerró los ojos y se encogió aún más entre sus brazos.

—No me importa—repitió.

Claire despertó al oír el sonido de su propia voz, que repetía esas tres palabras una y otra y otra vez.

Fijó la vista en el techo, con la suave y acompasada respiración de David,

que dormía a su lado, cerca a su oído.

—No me importa—susurró por última vez mientras unas lágrimas silenciosas bajaban por sus mejillas.

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 8

—Señorita Jones, ¿necesito recordarte que se ve terrible si una asistente llega horas después que su jefa a trabajar? ¿Quieres que me despidan?

Claire hizo un gesto vago ante la declaración de Jenny, que la veía con el ceño fruncido desde el dintel de la puerta y continuó haciendo anotaciones en su libreta.

—No han sido horas, Jenny, apenas me adelanté unos minutos, no tienes que exagerar.

—Lamento tener que contradecirte, pero Henry, el vigilante, dijo que entraste al edificio hace dos horas y veinticinco minutos.

—¿Eso es lo que hace Henry? ¿Llevar la cuenta del tiempo que paso en mi oficina?

Jenny se encogió de hombros y esbozó una sonrisa sarcástica.

—Bueno, al ser un vigilante, imagino que si no vigila estará en serios problemas.

—Muy graciosa.

—Sí, claro, puedes ver una gran sonrisa en mi rostro—Jenny no sonreía, en realidad, su ceño se fruncía cada vez más—. ¿Qué está pasando, Claire? Y no me digas que eres una mujer trabajadora, porque tendré que concedértelo, pero ambas sabemos que ese no es el motivo por el que últimamente pasas tanto tiempo aquí. Si sigues con esta conducta, no me extrañará que un día de estos Henry me cuente que has decidido quedarte a dormir.

Claire dejó su lapicera y observó sus anotaciones. Unas cuantas líneas garabateadas que aún ella tendría problemas para descifrar. Suspiró antes de enfrentarse a la mirada interrogante de su amiga.

—Tengo algunos problemas para dormir—reconoció de mala gana—. Creo que puedo ser más útil si utilizo ese tiempo para trabajar. He avanzado mucho con el caso.

—No tienes que ponerte a la defensiva, Claire, estoy de tu parte, ¿lo recuerdas?—Jenny borró la expresión ceñuda y sonrió con calidez al tiempo que ocupaba la silla frente a ella—. ¿Los sueños otra vez?

Claire asintió tras un instante de duda, y se cubrió el rostro con las

manos; Jenny apenas si podía entender lo que decía porque sus palabras sonaban ahogadas.

—Se detuvieron, Jenny, por un tiempo pensé que continuaría siendo así, pero hace unas noches regresaron. Y fueron más reales que nunca, y él...

—Está bien, está bien—su amiga se apresuró en adelantar una mano sobre la mesa y darle unas palmaditas en señal de consuelo—. ¿Quieres contarme de qué se trató ese sueño? ¿Qué te perturbó más de lo normal?

Claire sacudió la cabeza y bajó las manos, suspirando.

—Me juzgarás.

—Nunca haría algo así y lo sabes—Jenny endureció la voz—. Ahora, creo que voy a tener que obligarte a hablar, lo necesitas. Solo dilo, Claire, puedes confiar en mí.

—Lo sé, lo sé.

—Bien, pues déjalo salir.

Claire bajó la mirada y dio unos golpecitos sobre la mesa con los dedos, hasta que se decidió a hablar.

—Es tan extraño...

—Cariño, creo que superaste la barrera de lo extraño hace mucho tiempo —Jenny se llevó un dedo a los labios en señal de silencio antes de que Claire pudiera protestar—. Lo siento, mala broma, no me hagas caso, no diré más.

Su amiga sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Me preocuparía si no dijeras nada, siéntete libre de interrumpirme cuando quieras—suspiró con ademán resignado y continuó—. Hace semanas que no tenía uno de esos sueños, y aunque no pensaba que hubieran desaparecido del todo, reconozco que me confié. Creí que, tal vez, la aparición de Simon en mi vida podría tener algo que ver con ello, que se evaporarían con el tiempo...

—Pero no fue así.

—No, no lo fue—Claire asintió—. Volvieron hace unas noches.

— ¿Por qué sospecho que no es eso precisamente lo que más te preocupa?

—Porque no lo es. El sueño fue... diferente.

—¿Diferente bueno? ¿Diferente malo?

Claire se encogió de hombros antes de responder.

—Diferente... raro.

Jenny contuvo su lengua y se limitó a elevar las cejas para mostrar su confusión.

—Creo que lo mejor será que te cuente todo—Claire dudó solo un momento antes de decidir, tras hacer una profunda aspiración—. Estaba en un parque...

Logró superar la incomodidad de compartir un tema tan personal gracias a que Jenny era la persona ideal como oyente, o al menos lo era cuando comprendía que necesitaba guardar silencio y escuchar. Cuando Claire llegó al final de su narración, elevó una ceja y ladeó la cabeza.

—Mira, no quiero sonar insensible y quizá lo parezca luego de preguntar, pero tengo que hacerlo—Jenny apoyó el mentón sobre una mano y frunció el ceño—. ¿Por qué este sueño fue tan diferente? Por lo que me has contado, se podría decir que es similar a otros...

Claire sacudió la cabeza antes de responder.

—No lo sé, no sé cómo explicarlo. Yo... pienso que fue entonces cuando todo empezó en verdad, ¿sabes?—hizo un ademán de impotencia—. Para ellos, quiero decir.

—Cuando dices *ellos*, te refieres a ti y a...

—Sí.

El tono de Claire fue un poco cortante, pero Jenny no pareció ofendida.

—Ya veo.

—Y eso no es todo—Claire se levantó de pronto y empezó a recorrer la oficina, elevando las manos al hablar—. Cuando estos sueños empezaron, nada tenía sentido, era como observar una vida ajena sucediéndose de forma desordenada, saltando de un acontecimiento a otro, sin orden ni lógica. Pero desde hace un tiempo eso ha cambiado. De pronto todo empieza a encajar, desde el momento en que ellos... desde que se vieron por primera vez, cuando empezaron a encontrarse a escondidas, es como si viera su romance transcurrir frente a mis ojos.

Jenny esperó a que su amiga terminara de hablar para girar en la silla y observarla con atención.

—¿Estoy equivocada al suponer que estos cambios empezaron cuando

conociste a Simon?

Claire respondió pasados unos segundos.

—No, no estás equivocada—dijo con voz queda.

—Comprendo. Aún cuando no sea algo agradable para oír, si lo piensas, no deja de tener un poco de lógica.

Su amiga la miró con expresión aturdida.

—¡Lógica!—repitió—. ¡Por Dios! ¿Cómo puede existir algo parecido a la lógica en todo esto?

—Bueno, Claire, no puedes creer que la aparición de Simon en tu vida es solo una coincidencia, ¿verdad? Lo siento, sé que es lo último que deseas oír, pero tiene que haber una razón por la que ambos se encontraron, y el darle un poco de sentido a tus sueños me parece muy razonable. No digo que por eso sea menos inquietante, pero tienes que reconocerlo.

Claire regresó a su asiento y dejó caer la cabeza hacia adelante, con los hombros caídos; su voz se oía apagada.

—Quisiera contradecirte, pero no puedo, y si soy del todo sincera, no estoy segura de qué tan importante pueda ser, lo único que quiero es recuperar mi vida.

—¡Oh, Claire!

Cuando Jenny notó sus ojos acuosos y la voz distante, la miró con infinita lástima, insegura acerca de qué decir para consolarla; pero Claire no le dio tiempo a hacer algún movimiento, porque de pronto elevó la cabeza y la miró con la expresión más herida que había visto en su vida.

—¿Y sabes qué es lo peor? Que cada vez que tengo uno de estos sueños, es como si fuera yo quien experimenta todas esas emociones, y eso me está volviendo loca. Soy yo quien se ve amando a un hombre a pesar de que todo parece indicar que es una pésima idea, pero ellos... ellos no tuvieron opción, Jenny; se vieron, se amaron y estuvieron dispuestos a enfrentarse a lo que fuera que entonces los separaba. Y cuando despierto, cuando abro los ojos luego de verme allí con él...—su voz se quebró, pero continuó—. Lo extraño, Jenny, lo necesito; veo a David a mi lado y lo único en que puedo pensar es que no es él quien debería estar allí, y que quizá, si cierro los ojos y vuelvo a dormir, pueda verlo de nuevo. Y parte de mí sabe que eso está mal, muy mal, pero no puedo hacer nada por evitarlo. Y luego apareció él, y no tenía ningún derecho a hacerlo, porque ya era bastante difícil intentar olvidarlo cuando sabía que no existía, pero

ahora no sé qué pensar, y tengo tanto miedo...

Jenny no dejó que continuara, se levantó, dio vuelta al escritorio y se agachó para abrazarla, dándole suaves golpecitos en la espalda, como haría con una niña pequeña.

—Oh, Claire, quisiera saber qué decir o hacer para ayudarte, conseguirte una explicación, pero me temo que eso es algo que vas a tener que descubrir sola—siguió consolándola con voz cargada de cariño—. Pero sabes que estaré aquí para ti, ¿verdad?

Su amiga asintió, sin responder; tan solo exhaló un suspiro y se quedó muy quieta, con la vista fija sobre un punto en la pared.

El hablar con Jenny resultó un alivio momentáneo para Claire, porque si bien el poner sus sentimientos e inquietudes en palabras le ayudó a sentirse al menos un poco menos agobiada, la constante angustia estaba lejos de desaparecer. Continuó durante algunos días con su decisión de dejar el apartamento casi al amanecer y pasar la mayor parte del tiempo en la oficina. Ante la extrañeza y las preguntas de David, tan solo respondía que necesitaba tiempo para poder preparar todo lo relacionado con el caso Cook, ya que el receso tras las fiestas estaba a punto de culminar.

En parte era verdad, ya que su cliente debía compadecer nuevamente en la corte dentro de dos días, y aún necesitaba convencer a su esquivo amigo para que subiera al estrado. Y sin embargo, sabía perfectamente que hubiera podido encargarse del tema sin aparentar ser una lunática obsesa del trabajo.

Necesitaba espacio, un poco de tiempo a solas, tanto como le fuera posible conseguir para pensar, por más que el resultado fuera del todo inútil. El simple hecho de dedicar sus energías a buscar una solución le confería algo de paz. Falsa, quizá, pero paz al fin, y se aferraba a ella con desesperación.

Visitó al señor Carter en su casa y esta vez tuvo la suerte de encontrarlo con mucha mejor disposición que en su primer encuentro; incluso, se abstuvo de recordarle que tenía un perro al que no le agradaban los extraños, lo que Claire agradeció, porque sus nervios no hubieran tolerado el ataque de un guardián furioso. No fue sencillo convencer al señor Carter de que debía acudir a presentar testimonio, la idea de presentarse en un juzgado parecía provocarle urticaria, pero Claire logró deslizar con sutileza las inconveniencias de ser citado de grado o fuerza y qué tanto apreciaría el juez que hiciera las cosas más sencillas para todos. Tras jurarle que se encargaría de que no tuviera que pasar

más tiempo del necesario en el juzgado y que solo era necesario que dijera la verdad, Claire pudo respirar tranquila.

Al menos ganó una batalla. Ínfima, por supuesto, pero batalla al fin, y necesitaba el aliciente con desesperación.

La noche previa al reinicio del juicio, decidió dejar el bufete poco después de que Jenny se marchara. No porque no deseara quedarse, tal y como venía haciéndolo, sino porque la atmósfera del lugar empezaba a ser un poco opresiva, con el recuerdo de Jenny criticando su actitud y la mirada avizora de Henry, el vigilante, que subía cada diez minutos a revisar las oficinas. De pronto sintió la necesidad de salir de allí. Quería un lugar diferente, uno en el que nadie le recordara cada tanto que hacía mal al entregarse al trabajo de una forma tan obsesiva, y optó por ir a un lugar en el que esperaba pudiera encontrar un poco de tranquilidad.

A unas cuantas calles del bufete se encontraba el bar favorito de los abogados de la ciudad, el que acostumbraba visitar con David y algunos de sus amigos luego de terminar la jornada. El ambiente no era precisamente su favorito, pero ya que se encontraba a solas, sería lo bastante impersonal para conseguir un respiro.

El bar se encontraba atestado, como siempre, lo que por lo general le parecía bastante molesto, pero en esa ocasión se sintió muy agradecida de poder perderse entre la multitud y buscar un taburete en la barra que le confirió cierta intimidad, aún cuando debió primero saludar con una falsa sonrisa a algunos de sus conocidos. Por suerte, quizá debido a la hora avanzada y al hecho de que no parecía particularmente sociable, nadie pareció interesado en buscar conversación.

Pidió una cerveza, una bebida que odiaba, por el simple placer de dar vueltas a la copa entre las manos y sentir el frío que actuaba como un estímulo para mantenerse alerta y despierta. No que hubiera decidido no volver a dormir nunca más, pero sí que intentaba reducir sus horas de sueño. Si Jenny lo supiera, le daría el sermón de su vida.

Apenas dio un trago a la bebida y arrugó la nariz en señal de desagrado, sin importarle la mirada extrañada del hombre sentado a su lado, que, para su fastidio, parecía encontrarla atractiva. Perfecto, lo único que faltaba para terminar de arruinar su día. Optó por ignorarlo y continuó mirando el diseño de su servilleta con interés.

Al ver su reloj, comprobó que no faltaba mucho para la medianoche y

suspiró. No podía retrasar más su llegada a casa, por mucho que deseara permanecer allí. Estaba a punto de pedir la cuenta, su cerveza casi tibia ya, y el desagradable sujeto que parecía a punto de abordarla con alguna frase trillada, cuando sintió un extraño cosquilleo en la nuca, como si sus nervios le dieran alguna clase de advertencia. Su cuerpo entró en tensión, las manos estrujaron la servilleta entre los dedos y el latido de su corazón se hizo irregular.

Él estaba allí. Advirtió su presencia aún antes de mirar sobre su hombro, y cuando lo hizo no pudo evitar fruncir el ceño, un poco sorprendida, y no solo por verlo en ese lugar, sino porque lucía... diferente. Había cambiado el traje y corbata por un atuendo más informal: pantalones de mezclilla, una camiseta, y una chaqueta sencilla; parecía como si acababa de salir de casa a dar un paseo.

—¿Qué le pasó a tu traje?

Fue el comentario más estúpido que hubiera podido hacer, claro, pero no pudo contener las palabras que afloraron a sus labios y apreció que él no pareciera ofendido en lo absoluto, sino que esbozó una sonrisa divertida y se encogió de hombros.

—Te lo he dicho, no lo llevo todo el tiempo.

Vio de un lado a otro, supuso que buscaba un asiento disponible y estuvo tentada a decirle que podía ocupar el suyo porque estaba a punto de marcharse, pero no dijo nada; lo observó acercarse a una mesa y, por lo que presumía, debió de pedir una silla sin dueño que arrastró hasta colocarla a su lado. Ya que la barra se encontraba casi abarrotada, Claire se encogió un poco más en el asiento, mientras Simon ocupaba buena parte del espacio. Lo único positivo de su irrupción fue que su vecino pareció un poco intimidado por su llegada y dirigió su atención a la mujer sentada a su izquierda.

—¿Qué estás haciendo?

Su pregunta la tomó por sorpresa, y sacudió la cabeza en señal de confusión, sin saber qué responder.

—Es casi medianoche, tienes frente a ti una bebida que obviamente no piensas tomar, y luces como si acabaras de sobrevivir a un holocausto—ante su silencio, Simon continuó—. ¿Qué ocurre, Claire?

En lugar de responder, ella lo miró con ira mal disimulada. Intentaba huir de sus sueños, de las imágenes que le atormentaban aún despierta, y él aparecía de la nada criticando su aspecto.

—¿Me estás siguiendo?

Él levantó una mano ante su tono agresivo.

—No, Claire, por tentadora que resulte la idea, no estoy siguiéndote—su voz fue un poco sarcástica—. Susan y Lily viven a un par de calles; cené con ellas y al pasar por aquí te vi a través de la ventana.

Claire miró en la dirección que él señalaba y notó el amplio ventanal que daba a la avenida.

—¡Vaya! No había notado eso; ahora me siento como si estuviera en un acuario.

Simon no reaccionó ante su mala broma, solo la observó con mayor atención, casi como si quisiera leer su mente, lo que era del todo ridículo, claro, pero la sensación resultaba incómoda.

—¿Problemas en el trabajo?

Si fuera tan sencillo. Contuvo la réplica mordaz y dio una cabezada que podía ser tomada tanto como una afirmación como una negación.

—Un poco de eso, sí—dijo al fin—. El juicio se reanuda mañana, supongo que lo sabes.

—Sí, lo que hace aún más extraño que estés aquí cuando deberías descansar para tener tus cinco sentidos en alerta.

—Es una sesión en la corte, no un torneo de karate. Mis sentidos están perfectamente y sé lo que debo hacer—lo miró de reojo—. Además, ¿por qué el consejo? ¿No deberías apoyar a la fiscalía? Piensas que mi cliente es culpable, debes desear que pierda.

Simon hizo una señal al camarero para ordenar una bebida y, mientras esperaba que le atendieran, ella pudo observarlo con mayor interés. Tal vez fuera por el cambio en su forma de vestir, pero vio algo más en él que no había notado antes; un dominio de sí mismo que en ese momento envidió, así como una pared que parecía del todo firme frente a sus ofensas que en cierta medida le avergonzó.

Cuando tuvo su bebida, tomó un trago y volvió su atención a ella. Si notó que lo había estado observando con tanta atención, se abstuvo de mencionarlo.

—Sí, claro que lo creo, yo lo encerré, pero no me importa lo que ocurra con él; eres tú quien me preocupa. Algo está mal contigo, Claire, y no se trata del caso, pareces a punto de derrumbarte. Quizá no te conozca muy bien, pero no es difícil adivinar que no eres una mujer que llega a ese estado por presión en el

trabajo, y no me refiero solo a este momento; cada vez que te veo tengo la impresión de que algo te está molestando.

Claire sacudió la cabeza de un lado a otro y esbozó una mueca burlona. No podía creer que estuviera sosteniendo esa conversación precisamente con él. De todas las personas en el universo, tenía que ser Simon quien hiciera esas preguntas.

—No quiero ser grosera, pero...

—Por favor, no te detengas por mí, empiezo a pensar que encuentras algún tipo de satisfacción en arrojarme a la cara lo mucho que te molesto.

—¡Eso no es justo! Jamás he dicho que me molestas—Claire dejó de aparentar indiferencia, sorprendida por sus palabras—. ¿De dónde has sacado eso?

Simon cruzó los brazos sobre la mesa y la miró de lado.

—No hace falta que lo digas, puedo sentirlo cada vez que me ves. Intentas ser amable, en especial desde lo del hospital, te concedo eso, pero no cambia el hecho de que cada vez que parece estar a punto de bajar la guardia conmigo actúas como si el hacerlo fuera un sacrilegio.

—¡Por favor! Estás siendo ridículo, no tengo por qué oírte—ella rebuscó en su bolso y dejó un billete sobre la barra, al tiempo que se ponía de pie—. Pero tienes razón en algo; es muy tarde, mañana es un día importante y debería estar en casa.

—Sí, claro, y tu novio estará preocupado.

Claire controló el deseo de una réplica hiriente, tomó su chaqueta y dio media vuelta para dejar el lugar. No le importó ganarse unas miradas de disgusto al dar unos cuantos empujones en su afán de salir lo antes posible.

Cuando cruzó la puerta y se encontró en la calle, con el viento helado golpeando su rostro, inhaló con fuerza, como si acabara de salir a la superficie tras permanecer sumergida en el mar. La zona alrededor estaba iluminada por las farolas de la calle, pero no había muchos transeúntes y el único ruido provenía del interior del local.

Su calma no duró mucho, porque tan solo llevaba unos minutos allí cuando Simon le dio el alcance, y no parecía muy feliz. Lamentablemente, no podía culparlo por eso.

—Tienes razón, no hay nada extraño en ti, actúas de la forma más lógica

y sensata; no sé en qué pensaba al decir que eres capaz de cualquier cosa para alejarte de mí, incluido correr a través de un mar de gente como una lunática para poner distancia entre nosotros.

Escuchó su comentario sarcástico con la mirada baja y una sensación de derrota apoderándose de su cuerpo; estaba tan cansada.

—Lo siento, eso no ha estado nada bien, no he debido... —levantó la mirada para verlo a los ojos—. Lo lamento.

Al cabo de un momento, cuando pensaba que no diría nada, él asintió y dio unos pasos para ponerse a su altura.

—¿Me dirás qué ocurre? Claire, puedes confiar en mí—su rostro era serio, aún se veía un poco disgustado por su actitud.

—Lo sé, Simon, en verdad lo sé, lo juro, pero no puedo.

—¿Dirás que no tiene nada que ver conmigo?

Claire sonrió sin alegría.

—Eso quisiera.

Su respuesta pareció herirlo, porque su mirada se volvió más fría.

—Puedo imaginarlo.

—Simon, no quise decirlo así. Lo siento...

—¿Sabes qué? Te disculpas demasiado; deberías pensar en eso, es posible que estés haciendo algo mal, aunque considerando que te crees perfecta eso debe de ser difícil de entender para ti.

Claire se irguió al escucharlo y el arrepentimiento dio paso a la ira.

—No me considero perfecta—su voz era tan tirante como su expresión.

—¡Si lo haces! Siempre con la palabra justa, con ese aire distante, como si lo supieras todo y los demás fuéramos idiotas al no entenderte. ¡Maldita sea! Ni siquiera te he oído levantar la voz en todo el tiempo que llevo de conocerte.

—Debo recordarte que no me conoces tanto como parece pensar, no tienes ningún derecho a juzgarme—lo señaló con el dedo—. Y aunque no te debo ninguna explicación, te diré que no grito por la simple y sencilla razón de que no necesito hacerlo. La gente civilizada no discute.

Él la miró como si creyera que acababa de perder el juicio.

—¿La gente civilizada no discute?—repitió, incrédulo—. ¿De dónde

diablos has sacado eso? Desde luego que la gente discute, todo el mundo lo hace, ¿de qué otra forma crees que se ponen de acuerdo?

—Hablan, por supuesto, comentan sus diferencias y llegan a un arreglo.

—Disculpa, estoy confundido, ¿intentas decirme que llevas tu vida privada como si estuvieras en la corte *todo el tiempo*?

Claire abrió la boca para contestar, pero la cerró al no saber qué responder.

—Lo que dices no tiene ningún sentido—dijo al fin, tras contar hasta diez y recuperar el control—. Me disculpé por lo de hace un momento, espero que lo entiendas. Ahora, de nuevo, necesito irme.

—No has respondido a mi pregunta.

—Ya te dije que no puedo hacerlo...

Simon se puso frente a ella, cerrándole el paso.

—En ese caso, responde a otra.

—Simon...

—En el centro comercial dijiste que algún día me dirías por qué no soportas que te toque. Apreciaría que me lo explicaras ahora.

Claire aspiró con fuerza, sintió su garganta cerrarse y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Nunca he dicho que no me gusta que me toques—su voz sonó extraña incluso a sus oídos.

—Dije que no lo soportas, no que no te guste—sonrió sin alegría—. ¿Por qué, Claire? ¿Por qué no puedes resistirlo? ¿A qué tienes miedo?

Ella dio un paso hacia atrás, y el tacón de su zapato dio contra el borde de la vereda.

—No tengo miedo.

Hubiera podido decir cualquier cosa, el efecto habría sido el mismo; su tono era tan vacilante que ni siquiera ella creyó sus palabras, y Simon lo notó. Dio un paso más hasta quedar a centímetros de distancia y lentamente elevó las manos para enmarcar su rostro; el contacto sobre la piel le provocó un escalofrío, pero hizo todo lo posible porque no lo advirtiera.

—¿Qué puedo haber hecho para que me odies tanto?

Claire negó con un movimiento de cabeza.

—No te odio—habló en voz tan baja que le sorprendió él pudiera oírla.

—¿Entonces de qué se trata? ¿Qué sientes? Porque sé lo que yo siento, pero no creo que sea lo mismo— Simon acercó su rostro hasta que ella sintió el vaho de su aliento sobre los labios—. ¿Qué es, Claire?

Ella cerró los ojos, no podía sostener su mirada por más tiempo, y por un instante sintió el impulso de recostarse contra su cuerpo y dejar que toda la tensión y la angustia que le atormentaban se disiparan. De alguna forma, supo que si se rendía, si le decía todo lo que ocurría, se sentiría mejor; pero no fue capaz de decir nada, porque eso hubiera sido muy egoísta. Sí, ella encontraría paz, ¿pero qué pasaba con él? ¿Cómo esperar que entendiera...?

Con esfuerzo, puso las manos sobre su pecho, lo empujó lejos de sí, y él no opuso resistencia.

—No te odio, Simon, puedo decirte eso. En realidad, y lamento mucho decirlo, preferiría que así fuera.

Él hizo ademán de intentar tocarla una vez más, pero bajó el brazo con semblante derrotado.

—Voy a tomarme eso como un cumplido; creo que es lo más cercano a uno que recibiré de ti.

Esta vez, Claire no dijo nada antes de marcharse, solo dio una cabezada en señal de despedida y se alejó por la avenida.

David debió intuir que algo iba mal, porque no hizo comentarios respecto a su llegada de la noche anterior, pese a esperarla despierto, pero no dejó de observarla con atención durante el escaso desayuno compartido por la mañana. Asumió, o supuso que así había hecho, que permaneció en la oficina preparándose para la audiencia, y como acordaron no hablar del tema, no pudo hacer mención a ello sin explorar en todo lo relacionado con su trabajo.

Claire apenas si habló en tanto mordisqueaba una tostada de mala gana. Sabía que actuaba de forma terrible, que David debía de encontrarse confundido por su comportamiento y que solo se contenía de preguntar porque esperaba que fuera ella quien hablara al respecto, pero ¿qué podía decir? La situación empezaba a ser insostenible y sabía que lo mejor era hacer un esfuerzo por fingir tranquilidad, pero en ese momento en particular, con la charla de la noche anterior con Simon dando vueltas en su mente, le resultaba imposible.

—¿Estás lista?

Pegó un brinco al escuchar la voz de David y le costó un momento regresar al presente.

—¿Qué?

—La audiencia empieza en una hora; supongo que prefieres ir por tu cuenta—su expresión tensa le hizo sentir culpable.

—En realidad, creo que podríamos compartir el taxi y luego separarnos en el juzgado. Ya sabes, nadie va a tomarlo a mal...

Al ver el asomo de una sonrisa, se sintió un poco mejor, y se apresuró a tomar sus cosas, en tanto David se encargaba de dejar los restos del desayuno en el fregadero.

Hablaron poco durante el viaje, cada uno absorto en sus notas, aunque la mente de Claire no estaba del todo centrada, o al menos no tanto como hubiera deseado. Tan pronto como llegaron, se despidieron con una sonrisa y cada uno se dirigió a la sala que les correspondía por diferentes direcciones.

Claire alisó la falda de su traje gris y, al ver su reflejo en el ascensor, exhaló un suspiro aliviado. Una de las reglas de su profesión estipulaba que debía mostrar una apariencia impecable, profesional y extremadamente segura de sí misma, sin parecer arrogante. El cabello sujeto tras la nuca con algunos mechones cayendo de forma descuidada sobre su frente le ayudaban a dar una impresión neutral, pero no distante.

Revisó por última vez sus notas en uno de los pasillos adyacentes a la sala y se encargó de buscar al señor Carter, quien, gracias a Dios, había llegado a tiempo. El que su expresión fuera del todo malgeniada, y pareciera como si lo hubieran llevado allí a rastras no iba a ayudar mucho, pero al menos estaba allí. Ya se encargaría ella de que su testimonio fuera tan útil como necesitaba.

—Buen día, señor Carter.

Él no correspondió a su cordial saludo, solo frunció el ceño y se llevó una mano al escaso cabello.

—¿Tengo que hablar ya?

—No, no aún.

—No puedo esperar aquí por siempre; tengo reumatismo, ¿sabe? Las piernas me están matando.

Claire asintió tras contener una respuesta mordaz acerca de cuánto

comprendía en ese momento que su cliente y él fueran camaradas. Ambos eran igual de insoportables.

—Comprendo, y lo siento mucho. El alguacil le acompañará a la sala y podrá ocupar un asiento de inmediato; no tendrá que ponerse de pie hasta que deba subir al estrado, ¿le parece bien?

—¿Tengo otra alternativa?

Ella no respondió, se acercó al alguacil que vigilaba la sala y le informó acerca del problema de su testigo. Luego de que ambos se identificaran, le dijo que se encargaría de llevarlo hasta un asiento en una de las primeras filas y Claire se sintió un poco más tranquila al quedarse a solas un minuto para prepararse mentalmente. Algo le decía que esa audiencia iba a resultar difícil y necesitaba su mente del todo despejada para hacer cada movimiento como si fuera el último.

Al ver que David y Karen se acercaban, hizo un ademán en señal de saludo, que él correspondió con seriedad y ella de muy mala gana, y entró a la sala.

Tal y como sospechaba, tras el receso por las fiestas contarían con una audiencia mayor a la habitual, pero no le preocupó. Apenas dio una mirada alrededor y se dirigió a la mesa asignada para la defensa casi al mismo tiempo que David seguido por Karen ocupaban la correspondiente a la fiscalía.

Al ver a su cliente, agradeció que pareciera bastante más calmado que la última vez que se vieran. No pensaba preguntar, pero sospechaba que el tiempo encerrado empezaba a afectar su carácter, y en cierta medida sintió un poco de lástima al pensar en ello, aunque si era sincera, considerando lo poco agradable que era la mayor parte del tiempo, su compasión no fue mucha.

Cuando el juez Collins hizo su aparición, Claire debió contener una sonrisa sardónica, y estaba segura de que no fue la única. Recordó que el juez mencionó haber ganado unas vacaciones en las Bermudas durante el receso por las fiestas y parecía haberlas aprovechado al máximo. Se veía bronceado en exceso, y su cabello estaba algo más largo de lo que podría ser considerado apropiado en un hombre de su edad y estatus. Más allá de su curioso aspecto, esperaba que los días en el paradisiaco lugar le endulzaran el carácter.

—¡Todos de pie!

Claire se levantó tal y como ordenaba el protocolo y no ocupó su lugar hasta que el juez se hubo sentado. Escuchó con atención la lectura de cargos, como se hacía en cada audiencia, y asintió al oír el llamado a su testigo. Tras

aspirar unas cuantas veces y hacerse de su bloc de notas para dar una apariencia aún más profesional para el jurado, empezó su interrogatorio.

Las respuestas del señor Carter fueron las esperadas, pero tuvo la destreza para conducirlo con astucia para que hiciera hincapié en las pocas virtudes de su patrocinado. El hecho de que fuera la última persona que lo viera la noche del asesinato lo convertía en un testigo que podría influir positivamente en el jurado, que, tal y como pensó, encontró casi graciosa su brutal honestidad. No juró la inocencia de su amigo, pero dejó en claro que la noche del asesinato lo acompañó hasta el portal del edificio en que vivían y que en ningún momento hizo mención a una posible represalia por la pelea. Tal y como le comentó a Jenny, su intención era plagar de dudas el caso de la fiscalía, y hasta ese momento, podía decir que su trabajo iba bastante bien.

En cuanto terminó su interrogatorio, dirigió una pequeña sonrisa al jurado, y regresó a su asiento; en ese momento sintió la deliciosa emoción que le embargaba cuando percibía que las cosas iban bien en medio de un caso. Después de semanas de angustias e incertidumbres, era un placer sentir que algo empezaba a tomar el rumbo, aún cuando fuera solo en su vida profesional. Le gustaba ser dueña de su destino, ser quien fijaba el camino a seguir, y pretendía hacerlo al menos en esa sala.

Fue el turno de David para interrogar al señor Carter, y aguzó el oído a fin de no perder una sola palabra de lo que decía, así como para intentar adivinar la estrategia que hubiera diseñado para ese hombre en particular. David era listo, sabía hasta donde presionar y quién podría serle útil, así como a quién era mejor descartar, y al parecer había decidido que el señor Carter pertenecía al último grupo, porque su interrogatorio fue bastante simple y poco extenso; se enfocó, más que en recordar los acontecimientos de la noche del asesinato, en dejar en claro el carácter volátil de Cook, una jugada muy inteligente. Si el que parecía ser su único amigo no era capaz de asegurar su inocencia, era poco probable encontrar a alguien que lo hiciera.

De cualquier modo, las respuestas del señor Carter fueron tan ambiguas que Claire no creyó hubieran hecho mella en el jurado, lo que tomó como un punto a su favor.

Una vez que David terminó, el testigo dejó el estrado y, tal y como sospechó, no regresó a su asiento, sino que dejó la sala. La impresión no fue la mejor, pero quizá fuera preferible a que se quedara allí rezongando. De ser necesario, lo buscaría luego una vez más.

Siguió el turno de los forenses que examinaron el cuerpo del señor

Redford, y Claire se encargó de que su testimonio, plagado de tecnicismos, fuera lo bastante tedioso como para que el jurado lo oyera con cierta molestia. Sin embargo, debió concederle a David que cuando fue su turno logró obtener una declaración algo más comprensible.

Claire miró su reloj con discreción y revisó la lista de los testigos. Tanto el señor Carter como dos de los forenses que diferían de la opinión de sus compañeros estaban en su lista y, al menos por esa sesión, no pensaba llamar a nadie más. En la relación que la fiscalía le hizo llegar el día anterior tampoco figuraba ninguna otra persona, por lo que se permitió relajarse un poco.

Podía considerar esa jornada como una muy buena, al menos para ella, y por el gesto adusto de Karen, que la veía con franca animadversión, parecía estar pensando exactamente lo mismo.

Al culminar los interrogatorios, le hizo un gesto a su cliente a fin de que se mantuviera en calma, con intención de infundirle ánimos, y empezó a ordenar sus cosas. Mientras veía a los guardias llevarse al señor Cook, se despidió con una cabezada amistosa, pero dio un brinco al oír algo golpear sobre la mesa. Al ver de qué se trataba, se encontró con la mirada poco cordial de Karen, que señalaba la carpeta que acababa de dejar caer.

—Nuestros testigos de mañana.

—Puedes enviar la lista a la oficina—usó un tono tan poco amistoso como el suyo.

—Ya estás aquí, ¿cierto?

Claire reprimió la respuesta que creyó merecía en consideración al jurado, que aún continuaba en la sala, y en mayor medida debido al hecho de que David las observaba desde la mesa de la fiscalía. Estaba segura de que no fue su idea el hacerle llegar la lista de forma tan poco amigable y ya que era bastante cortés con sus oponentes, quien quiera que fuera, no era difícil adivinar que no estaría nada contento con el proceder de su subordinada, pero no deseaba ponerlo en una situación desagradable, por lo que tomó la carpeta y la guardó en su maletín.

—Gracias, Karen.

—Esperamos la tuya en la oficina; que no sea muy tarde, por favor.

Claire rumió una respuesta entre dientes sin mirarla y dejó la sala una vez que el jurado se retiró. En lugar de tomar el elevador, decidió bajar por las escaleras, y aprovechó un descanso para dar una mirada a la lista de los testigos

de la fiscalía para el día siguiente, aunque no esperaba encontrar ninguna sorpresa.

Bajó unas líneas y exhaló un suspiro al dar con un nombre que esperaba encontrar tarde o temprano, pero eso no hizo más fácil leerlo.

Uno de los testigos citados para el día siguiente era el detective Lancaster. Si bien unas semanas atrás habría disfrutado enfrentarse a él en el estrado, ahora no estaba tan segura de que las cosas fueran a resultar bien para ninguno de los dos. Continuaba sin agradecerle del todo, pero ya no lo consideraba un amargado que disfrutaba hacer miserable el trabajo de un abogado. Y además, estaba Simon...

Sacudió la cabeza al tiempo que guardaba una vez más la carpeta en su maletín. No había nada que pudiera hacer para evadir lo inevitable; tenía un trabajo que hacer, e iba a cumplirlo. Solo esperaba no lastimar a nadie en el proceso.

La última vez que Claire y David compartieron una cena especial fue la noche en que esperaron el inicio del nuevo año, ya que no acostumbraban darse mucho tiempo para esa clase de ceremonias. Con sus respectivos trabajos y sus caracteres poco dados a grandes celebraciones, preferían pasar el tiempo ocupándose de sus respectivos deberes y disfrutar del tiempo que podían compartir con bastante sencillez.

Por eso Claire se sorprendió tanto al llegar a casa y encontrar el pequeño comedor arreglado como si se encontrara en espera de unos invitados especiales. Un aroma delicioso provenía de una serie de envases desperdigados por la mesa de la cocina y David la esperaba con una gran sonrisa. Ni siquiera se había quitado el traje, aunque se deshizo de la corbata.

—¡Dios! ¿Qué es esto?

Él se acercó, la sujetó por la cintura y le dio un beso que Claire correspondió con menos calidez de la que hubiera deseado.

—Pensé que luego de una jornada difícil nos merecemos un descanso.

—Pero... el juicio no ha terminado—balbuceaba, lo sabía, pero no podía dejar de hacerlo—. David, mañana tenemos audiencia, no hay nada que celebrar, y aún cuando todo esto termine, uno de nosotros no estará muy feliz, ya lo sabes.

—Olvida el juicio, esto se trata de nosotros—le ayudó a quitarse el abrigo y la escoltó hasta una de las sillas—. Vamos, sabes que lo necesitas, has

estado muy tensa en estos días. Deja que te consienta.

Claire sintió como si sus palabras fueran alguna clase de acusación, aunque la idea proviniera en realidad de sí misma.

—No me malinterpretes, David, es una idea adorable, pero...

—Nada de peros, solo siéntate.

—De acuerdo—tras comprender que su actitud era ridícula, Claire hizo lo que le pedía y sonrió, agradecida—. ¿En qué momento has preparado todo esto?

David respondió en tanto servía la comida en su mejor vajilla.

—No fue tan difícil, solo tuve que ordenar la comida y llegar algo más temprano para dejar el lugar un poco decente.

—¿Un poco?—ella vio cada detalle con una ceja alzada—. Creo que estás siendo modesto.

—Solo un poco—David puso un platillo humeante frente a ella y fue por otro para sí; luego, ocupó su asiento—. Vamos, no te contengas por mí, sé que estás hambrienta.

—Una forma muy caballerosa de decirlo, gracias.

Compartieron la cena en un ambiente de cordialidad; incluso por unos momentos Claire consiguió olvidar las preocupaciones de las pasadas semanas. Durante el tiempo que transcurrió fue casi como si volvieran a ser la pareja que apenas se empezaba a tratar y que podía hablar de cualquier cosa. Hicieron algunas bromas acerca de todo y nada a la vez, y para cuando llegaron al postre, que Claire se empeñó en ayudar a servir, se sentía del todo relajada, casi feliz.

—No sé cómo seré capaz de levantarme mañana para ir al juzgado.

—Podríamos reportarnos enfermos.

Claire rió al oír la respuesta de David y negó con la cabeza.

—Sospecho que al juez Collins eso no le haría ninguna gracia.

—Y no queremos eso...

—De ninguna manera—Claire apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y lo miró a través de la mesa—. Esto ha sido adorable, David, no lo esperaba, y...

Él se inclinó hacia ella, le quitó la copa que sostenía y sujetó su mano sobre la mesa.

—Lo sé, y lo siento. Sé que no soy el hombre más detallista del mundo, y a veces permito que el trabajo me absorba por completo, y no lo mereces.

—No digas eso. Siempre te preocupas por mí.

—Pero no lo suficiente.

La seriedad en la voz de David despejó el ambiente relajado en el que Claire se había sumido. No era usual verlo tan preocupado por un tema como aquel y eso la puso en guardia.

—Vamos, David, confiesa, ¿de qué se trata todo esto?—procuró disimular su inquietud.

Lo vio suspirar y pasarse la mano libre por el cabello antes de responder.

—No lo sé, creo que no he sido del todo honesto contigo—dudó un instante antes de continuar—. Dije que preparé todo esto por ti, porque necesitas un descanso, y es verdad, pero hay algo más.

—¿Qué?

No quería parecer impaciente o angustiarse sin motivo, pero empezaba a sentir un hormigueo en la mano que David sujetaba.

—En realidad, son un par de cosas. Por un lado, he sentido que algo está pasando entre nosotros, algo no va del todo bien, y aunque he procurado ignorarlo, no puedo continuar haciéndolo. Sé que el tema del juicio es complicado para ambos, que no estamos acostumbrados a perder y por más que digamos que no nos importa y que no permitiremos que afecte nuestra relación, es casi imposible que no lo haga. Estás distante, Claire, a veces es como si ni siquiera te encontraras aquí del todo, o no tu mente, al menos. Me pregunto si estás demasiado preocupada por lo que este caso pueda significar para tu carrera y temes perder...

Claire liberó su mano y la posó sobre el mantel, con el rostro inexpresivo y la mirada un poco perdida.

—David, yo... no he querido darte esa impresión. No negaré que tienes mucha razón en lo que dices, y lo lamento. Pero puedo asegurarte que nunca antepondría mi éxito profesional a ti, lo juro, es solo que han pasado tantas cosas...—quiso continuar, decir mucho más, pero las palabras se quedaron en su garganta.

—Está bien, tranquila—él interpretó su duda como un gesto de frustración y se puso de pie para rodear la mesa y ponerse de cuclillas al lado de

su silla—. No he querido sonar como si te reprochara algo, sabes que somos exactamente iguales en lo que al trabajo se refiere. Es solo que creo debemos encontrar un equilibrio que no afecte nuestra relación, eso es todo.

Ella sacudió la cabeza.

—Es que no se trata solo del caso, es más complicado que eso.

—Sí, lo sé—David le pasó una mano por la mejilla—. Las últimas semanas han sido difíciles. Estás preocupada por tu posición en el bufete, pero también has pasado por situaciones muy estresantes. Estuviste en un tiroteo... por Dios, no lo he olvidado y tiemblo cada vez que pienso en eso; no puedo imaginar cómo te sientes tú. Sé que has debido retrasar algunas cosas en tanto te recuperabas y lo frustrante que es para ti. Pero, Claire, no quiero que nada se interponga en lo que tenemos. Te amo, y hay tanto que tenemos aún por hacer...

Claire suspiró y extendió una mano para acariciar unos mechones de cabello sobre su frente. El maravilloso David, el hombre casi perfecto que parecía casi destinado para ella. ¿Por qué no podían simplemente ser felices?

—¿Puedo pedirte algo?—dijo ella.

—Lo que quieras.

—¿Podrías abrazarme muy, muy fuerte?

Él la miró con curiosidad, pero hizo lo que le pidió y dejó que apoyara la cabeza sobre su hombro. Casi de rodillas sobre la moqueta, acarició su espalda con movimientos circulares, como si pretendiera consolarla, aunque no tuviera idea del motivo de su pena.

—También te amo, David—lo dijo en voz muy baja, como si pretendiera no solo que él lo supiera, sino recordárselo a sí misma—. En verdad lo hago.

Claire no recordaba cuándo fue la última vez que se sintió tan nerviosa antes del inicio de una audiencia. Sus manos sudaban y debió buscar una ventana abierta en el pasillo de la corte para acercar el rostro e inhalar tanto aire como le fue posible. ¿Qué estaba pasando? El interrogatorio al detective Lancaster no sería agradable, estaba dispuesta para enfrentarlo, pero no lograba comprender por qué no conseguía calmarse. Aún cuando llegó una hora antes de lo necesario a fin de no dejar ningún cabo suelto en sus apuntes, y tener el tiempo preciso para prepararse, la sensación de inquietud no la abandonaba.

Casi deseaba que el tiempo transcurriera con mayor rapidez para empezar

pronto la sesión y pasar por la que sabía iba a resultar una situación muy difícil. Miró su reloj por quinta vez en apenas unos minutos y, a pesar de que aún tenía un poco de tiempo, decidió ingresar a la sala. Una vez que ocupó su lugar, se enfrascó en la lectura de los documentos que iba a necesitar y apenas si mostró interés cuando la sala empezó a llenarse.

Tan solo recuperó la atención en su entorno cuando sintió un ligero carraspeo a su izquierda y, al mirar en esa dirección, se encontró con el rostro sonriente de David. Correspondió con discreción e incluso asintió también en señal de saludo hacia Karen que, como era habitual, lucía un poco enfadada. Sin embargo, no le dio mayor importancia y dio una nueva mirada a sus apuntes.

Su cliente fue llevado por el oficial unos minutos después y tras saludarlo con toda la cordialidad de la que disponía, le hizo algunas preguntas referentes a la declaración de su amigo el día anterior; para su fortuna, el señor Cook parecía continuar por la senda de la amabilidad, o tanta como se podía esperar en un hombre de su temperamento y hubiera podido asegurar que sostuvieron su primera charla civilizada desde que empezó a representarlo. Guardaron silencio cuando el juzgado ingresó a la sala, y luego el juez Collins hizo otro tanto.

Claire sintió el deseo de mirar tras su hombro para comprobar si el detective Lancaster ya había llegado, pero se contuvo; dudaba de que ese hombre dejara de cumplir con su deber y así lo comprobó cuando fue llamado por la fiscalía y pasó a su lado para ocupar su lugar en el estrado.

Luego de que prestara juramento, David empezó su interrogatorio, y este fue tal y como Claire imaginó que sería. Así como se abstuvo el día anterior de profundizar demasiado en el testimonio del señor Carter por considerarlo poco útil para sus fines, era obvio que tenía la intención de aprovechar al máximo la buena disposición del detective para arruinar las chances de su representado.

Jenny tuvo razón al comentar que el detective se expresaba como si el inculpado acabara de asesinar a su madre o al menos a un ser muy querido, porque se explayó de forma innecesaria acerca de las evidencias que lo inculpaban, y David no hizo ningún intento por frenar su palabrería. Claire, por supuesto, protestó una y otra vez, pero aún cuando el juez le dio la razón en algunas ocasiones, el jurado parecía muy impresionado por la declaración de ese testigo tan seguro de sí mismo y que enarbolaba su larga experiencia policial como garantía.

Tras escuchar durante media hora un testimonio que parecía en gran medida casi una acusación en toda regla, ignorando el debido proceso, Claire olvidó buena parte de los remordimientos que sintiera unas horas antes al pensar

en lo dura que debería ser en su interrogatorio cuando fuera su turno.

Cuando el detective Lancaster respondió a la última pregunta de David, y este se dirigió a su asiento, ocultando con astucia su expresión satisfecha, Claire se puso de pie, acomodó su chaqueta y dio un pequeño paseo frente al jurado con el rostro inexpresivo.

Ese era el momento.

—Detective Lancaster, ¿esta es la primera vez que se presenta en la corte?

—Claro que no, soy policía hace treinta años; he perdido la cuenta de las veces que he estado aquí.

Si al hombre le pareció extraño que empezara su interrogatorio con una pregunta alejada del caso, no lo demostró.

—¿Y puede recordar si en todas esas ocasiones ha sido testigo de la fiscalía?

—No lo sé, supongo.

Claire asintió y se acercó a su mesa para tomar su libreta, que fingió leer; desde luego que conocía lo que había escrito allí.

—Llamó a mi cliente “criminal” y... “escoria que merece la cárcel”— dejó caer el papel y volvió su atención al interrogado—. Dígame, ¿a cuántas personas inocentes catalogó de esta forma y se encargó de que purgaran una condena injusta?

—¡Objeción!

Dejó que David se explayara en su impugnación y no hizo un solo comentario cuando el juez ordenó que la pregunta fuera anulada; tan solo asintió al recibir un llamado de atención. Sin mostrar interés por la mirada furiosa del detective Lancaster, continuó con su interrogatorio.

—Detective, sabe que la culpabilidad de mi cliente no ha sido probada; en realidad, existen pruebas sólidas que lo eximen del crimen, como hemos podido escuchar aquí, todas provenientes de una serie de testigos; incluso algunos peritos de la policía han mostrado sus reservas. Me pregunto entonces, ¿por qué está tan seguro de su responsabilidad en el asesinato del señor Redford?

—Por dos cosas, señorita: motivo y oportunidad. El motivo lo conoce bien, en cuanto a la oportunidad...—soltó una carcajada seca y falta de humor—. Hemos probado que nadie puede corroborar que se encontrara en su casa en

el momento del asesinato de un hombre al que amenazó de muerte y le recuerdo que también encontramos un cuchillo similar al suyo en un lugar cercano al crimen.

—Un cuchillo similar también al de millones de otras personas en el país; es más, creo que tengo uno en casa—Claire contuvo una sonrisa al oír la risa ahogada de un jurado—. Debe reconocer, detective, que su acusación es un poco vaga. Por supuesto, aprecio todo lo que el departamento de policía hace por la ciudad, pero no son infalibles, ¿acaso sería tan terrible admitirlo? Todos cometemos errores, esta puede ser una de esas ocasiones.

El detective Lancaster la miró con algo muy cercano al odio y negó con la cabeza.

—No estamos equivocados en este caso.

—Querrá decir que usted no está equivocado, porque cree que nunca lo ha estado—Claire le sostuvo la mirada— ¿No se ha equivocado nunca al acusar a un hombre al que llamara “criminal”, o “escoria”?

—¿Adónde quiere llegar la defensa?

Claire ignoró la pregunta de David y ya que el juez no hizo eco de ella, continuó.

—Responda la pregunta, detective, ¿nunca se ha equivocado al acusar a una persona?

—No sé qué tiene que ver...

—Sí o no, detective, no es muy difícil.

El hombre se cruzó de brazos y elevó el mentón.

—No voy a responder a eso.

—Está bien, no tiene que hacerlo; permítame ayudarlo.

Claire se acercó una vez más a la mesa y buscó entre sus apuntes; pero al levantar la mirada se encontró con algo que la dejó inmóvil. Desde una de las últimas filas, Simon la observaba sin quitarle la vista de encima; llevaba traje y corbata, todo en su postura delataba tensión, y sus ojos eran al mismo tiempo fríos y expectantes. Sabía lo que iba a hacer, e iba a odiarla por ello. El intercambio de miradas no pudo durar más de unos cuantos segundos, pero Claire sintió como si hubiera estado contemplándolo por mucho tiempo.

Le costó desviar la mirada, y cuando lo hizo, debió revisar una vez más los papeles en sus manos, haciendo un esfuerzo por superar el ligero temblor que

notó en ellas. Se aclaró la garganta, le dio la espalda y volvió su atención al detective Lancaster.

—Desde que inició su carrera, ha declarado en cincuenta y dos juicios, en todos como testigo de la fiscalía, y en cada uno de ellos sostuvo que el inculpado de turno era, a su juicio, y basado en su experiencia, responsable del crimen del que se le acusaba. Treinta y tres de estos acusados fueron condenados en gran parte gracias a su testimonio, pero luego de revisarse los casos por una serie de diferentes circunstancias, se consideró que al menos doce de ellos fueron acusados injustamente. ¿Sabe cuántas de estas personas lograron recuperar justamente su libertad gracias a que su testimonio, detective Lancaster, fue considerado equivocado?

Al no recibir respuesta, Claire continuó.

—Cinco, detective. Cinco personas inocentes purgaron buena parte de una condena injusta porque usted encontró mucho más sencillo llamarles “criminales”, y “escoria” antes que presentar pruebas sólidas de su responsabilidad. Espero que el jurado preste atención a estas cifras para evitar que el señor Cook pase a formar parte de esta infortunada lista.

Al terminar de hablar, Claire tragó con dificultad; resultó muy difícil decir esas palabras y no quería ni siquiera empezar a pensar en las consecuencias que podrían acarrear.

—Eso es todo por la defensa el día de hoy, Su Señoría.

David esperó a que Claire volviera a su asiento para ponerse de pie.

—La fiscalía se reserva el derecho de volver a llamar al testigo.

Claire estaba segura de que David no conocía toda esa información referente a los fallos del detective Lancaster y debía de encontrarse tan furioso como frustrado. No ser difícil suponer que buena parte de la responsabilidad recaería sobre Karen, ya que como su asistente era la responsable de indagar a profundidad en los antecedentes de los testigos; no envidiaba su lugar. Pero intentar refutar sin conocer los hechos hubiera sido un suicidio para su despacho, así que actuó con inteligencia al reservarse la posibilidad de llamar al detective una vez más y así quizá salvar algo de su reputación frente al jurado.

El juez Collins asintió tras considerar el pedido, y luego de preguntar si tenían algo más que agregar y comprobar que tanto fiscalía como defensa habían acabado por el día, dio por terminada la sesión y la aplazó hasta tres días después, lo que Claire agradeció. Iba a necesitar un poco de tiempo para recuperarse de esa experiencia.

Miró a David por el rabillo del ojo, suspirando al notar que guardaba sus papeles en el maletín sin dirigirle una sola mirada a Karen, que parecía más inquieta que antipática. Ella, por su parte, deseaba mirar una vez más a la última fila, pero no encontró el valor para hacerlo. Solo cuando dejó su lugar y pasó por allí, se atrevió a hacerlo, y no le sorprendió comprobar que se encontraba vacía.

No le extrañaría que Simon la odiara en ese momento. Era obvio que sentía un gran aprecio por el detective Lancaster; incluso se atrevería a decir que mostraba tanto afecto por él como si se tratara de un miembro de su familia. No estaba segura de qué sentir respecto a lo que Simon pudiera pensar de ella y su brutal ataque a su amigo.

Una parte de ella le decía que debería considerarse afortunada si él no deseaba hablarle nunca más, y otra, la traidora, le gritaba al oído que hubiera dado cualquier cosa por poder explicarle sus motivos. Estaba claro que ni siquiera ella sabía lo que deseaba, lo que no era una novedad considerando la forma en que se comportaba últimamente.

Iba a tomar el ascensor para dejar el edificio y volver al bufete, pero imaginó que corría el riesgo de encontrarse allí con David y Karen, por lo que optó por las escaleras, tal y como hizo el día anterior; le vendría bien despejar un poco su mente a solas. Cruzó una puerta que la llevaba de un piso a otro y empezó a bajar los peldaños con paso lento, y los hombros ligeramente caídos. Por suerte, era al parecer la única que deseaba esa soledad, porque no encontró a nadie más en su camino.

Cuando iba por el tercer tramo, se detuvo un momento en el rellano para consultar la hora, cavilando acerca de si llamar a Jenny para informarle acerca del resultado de la audiencia o esperar a llegar a la oficina. Su asistente se había mostrado muy preocupada al saber cuál iba a ser su estrategia para neutralizar el testimonio del detective Lancaster; quizá lo más considerado sería llamarle de inmediato, luego podrían hablar del tema al detalle. Acababa de sacar su teléfono, a punto de marcar, cuando escuchó unas pisadas apuradas subiendo los escalones en su dirección y frunció el ceño, lista para hacerse a un lado y evitar ser arrollada en el camino de quien fuera que llevara tanta prisa; pero al ver de quién se trataba, se quedó inmóvil.

—¿Escapando?

El tono acusador de Simon consiguió que se recobrar de la impresión.

—¿Qué?

—Pregunté si estabas escapando—repitió él, subiendo un par de

escalones más hasta que quedaron a la misma altura—. Sí o no, Claire, no es muy difícil.

Al reconocer sus propias palabras, no pudo evitar sentirse un poco culpable, pero elevó el mentón y mostró una expresión impasible.

—No hay nada de lo que deba escapar—se cruzó de brazos por instinto, como si intentara protegerse, no estaba segura de qué—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él se apoyó contra el barandal de la escalera, sin dejar de observarla.

—Tenemos una costumbre en la policía. Si uno de nosotros es llamado a declarar, alguien del departamento le acompaña. Ya sabes, para darle un poco de apoyo moral—no le engañó su tono indiferente.

—Y supongo que el detective Lancaster necesita ese apoyo ahora, ¿cierto?—quiso mantener una falsa actitud imperturbable, pero no pudo evitar que su preocupación se hiciera obvia al preguntar—. ¿Cómo está?

Simon se encogió de hombros.

—Acabo de dejarlo en el vestíbulo, decidió regresar a la estación. Si tienes un poco de sentido común, harías bien en mantenerte alejada de él por un tiempo.

—Ya había pensado en eso—Claire asintió—. Me odia.

—Sí, un poco, pero aunque resulte difícil de creer, Colin no es un hombre rencoroso, se le pasará.

Claire elevó aún más el mentón y enderezó los hombros.

—Lamento que esté tan disgustado, pero nadie puede culparme por hacer mi trabajo.

—¿Te dices eso por las noches para conciliar el sueño?

No sonó como un comentario hecho con el afán de lastimarla, pero así fue, se sintió atacada, y lo que más le molestó fue la desagradable sensación de dolor que le embargó.

—Puedo dormir perfectamente—mintió con descaro; no iba a decirle que su sueño se veía continuamente interrumpido, sí, pero no por falsos escrúpulos, sino por él—. ¿Has terminado ya? Imagino que ahora compartes el desprecio de tu compañero por personas como yo.

Simon negó con la cabeza al oírla, y su expresión se suavizó.

—Nunca podría despreciarte, Claire, y aunque suene extraño, comprendo por qué decidiste optar por una jugada tan desesperada. Lo que me cuesta entender es si crees que el arruinar la reputación de un hombre honorable sea un precio justo a pagar para obtener lo que quieres—se acercó a ella con cuidado, como midiendo cada uno de sus pasos—. Tú no eres esa clase de persona.

Ella retrocedió, pero su espalda dio contra la pared y debió contentarse con tensar su cuerpo hasta que casi sintió los músculos resentirse.

—No sabes la clase de persona que soy.

—Ah, sí lo sé, y tú también, y estoy seguro de que si alguien te desprecia en este momento, eres tú misma, ¿estoy equivocado?

Claire hubiera deseado responder que sí, que lo estaba, que no tenía la menor idea de lo que sentía, o de lo que consideraba un comportamiento correcto en su trabajo, y aún más, deseaba decirle que si continuaba mirándola de esa forma, como si pudiera ver dentro de su alma, iba a empezar a gritar.

—Deberías ir con tu amigo.

—Ya te lo dije, está furioso como un oso herido, pero lo superará pronto. Creo que tú me necesitas mucho más.

—¡Vaya! ¿Te necesito? Esa debe ser la afirmación más arrogante que he oído en mucho tiempo—Claire forzó una sonrisa burlona—. Créeme, Simon, estoy perfectamente bien, y aún cuando no fuera así, no eres la persona a quien recurriría en caso de necesitar ayuda.

Él no pareció ofendido ante sus duras palabras, por el contrario, sonrió y elevó una mano para enredarla en su cabello, un gesto que le provocó un escalofrío, pero no se apartó.

—No te creo; tal vez lo hubiera hecho antes, pero no ahora. Tú, señorita Jones, me necesitas mucho más de lo que quieres reconocer.

Y tras esa enigmática afirmación, dio una cabezada en señal de despedida y pasó a su lado para continuar su ascenso, en tanto ella, tan pronto como recuperó la movilidad de sus piernas, bajó las escaleras como si la persiguiera el mismísimo demonio.

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 9

Claire escuchó el golpeteo en la puerta de su oficina y frunció el ceño. Jenny no acostumbraba tocar, y si tenía algún visitante, lo usual era que ella se encargara de anunciarlo por el intercomunicador.

—Adelante.

Cuál no sería su sorpresa al ver que era Jenny quien abría apenas la puerta y entraba con mucho cuidado, cerrando tras de sí y llevándose un dedo a los labios en señal de silencio ante la mirada atónita de su jefa.

—Jenny, ¿qué...?

No obtuvo una respuesta hasta que llegó a su lado y empezó a hablar a toda velocidad, casi atropellándose con sus palabras.

—Pensé en avisarte por el intercomunicador, pero creí que era mejor decírtelo en persona, así estarás preparada. Tómalo con calma, no sabemos de qué se trata, podría ser cualquier cosa...

—¡Jenny! Respira y dime qué ocurre.

Su amiga aspiró con fuerza y, tras una pequeña pausa, asintió con el rostro muy serio.

—Simon está allí afuera y quiere hablar contigo.

Claire tardó un momento en comprender lo que decía, y al hacerlo abrió los ojos al máximo.

—¿Simon? ¿Aquí?

—Sí, le dije que necesitaba un momento para avisarte porque estabas muy ocupada... —Jenny rodó los ojos antes de continuar—. No me creyó, pude intuirlo; y tengo que decir también que hay algo distinto en él, Claire, aunque no sé lo que es. ¿Ha pasado algo entre ustedes últimamente? ¿Algo que no me hayas contado?

—Nada en especial—la mentira salió de sus labios con naturalidad, no quería hablar con Jenny acerca de sus últimos encuentros con Simon y lo que había sentido entonces—. ¿No te ha dicho qué es lo que quiere?

—No, no quiso hacerlo y como puedes imaginar, vaya que pregunté.

Claire dejó escapar una sonrisa muy a su pesar. Sí, era sencillo imaginar

a Jenny interrogando a Simon con más ímpetu del que ella usaba en la corte.

—Bueno, supongo que solo nos enteraremos si lo haces pasar.

—¿Estás segura?

—Por supuesto—Claire se encogió de hombros, fingiendo una tranquilidad que estaba lejos de sentir—. Hazlo pasar y déjanos a solas, por favor.

Su amiga pareció lista para discutir, pero el tono autoritario de Claire le dejó en claro que no aceptaría una intromisión. Tras sacudir la cabeza, y bufar de mala manera, dejó la oficina y regresó unos minutos después seguida por Simon.

—Supongo que debería traer un poco de café...

Claire asintió ante la indecisa sugerencia de su amiga y la vio marchar. Cuando estuvieron a solas, Simon se acercó y señaló la silla frente al escritorio que ella ocupaba.

—¿Puedo?

—Por supuesto.

La entonación en su voz era cauta; medían sus palabras como si estas fueran peligrosas, y cuando Claire estaba a punto de preguntar por fin cuál era la razón de su presencia, Simon se adelantó al hablar primero.

—Creo que te debo una disculpa.

Claire se sintió un poco desconcertada al oírlo, pero lo instó a continuar con un gesto.

—La última vez que nos vimos, en el juzgado, dije algunas cosas que pueden haberte molestado.

—Recuerdo algunas, sí.

—No debí hacer ese comentario respecto a tu profesión; aún cuando no esté de acuerdo con tus métodos, no tengo derecho a juzgarte, eres lo bastante capaz para discernir entre lo que está bien o mal.

Claire escuchó con atención, interesada en saber lo que tenía para decir, pero hizo una mueca que develaba su confusión al comprender que no iba a continuar.

—¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Es todo por lo que vas a disculparte?

—No recuerdo haber dicho nada más que pueda haberte ofendido.

Ella abrió la boca para replicar, pero la entrada de Jenny le hizo cambiar de opinión. Espero en silencio a que dejara el café sobre el escritorio y no retomó la palabra hasta que los dejó a solas una vez más.

—Dijiste... —se aclaró la garganta, con la vista fija en la superficie de la mesa—. Dijiste que me conoces mejor de lo que creo, y no es verdad, y también afirmaste que te necesito y te aseguro que eso tampoco es cierto.

Simon se recostó en el sillón, con la postura relajada y una sonrisa en el rostro que le hizo sentir aún más confundida.

—No voy a disculparme por eso, en verdad lo creo; no es mi culpa que tú no puedas verlo aún.

—Eso es tan arrogante...

—Ya lo has dicho antes.

—Estás loco.

—Eso, en cambio, es algo de lo que jamás me habían acusado.

Al comprender que él no cambiaría su actitud, Claire exhaló un suspiro.

—De acuerdo, acepto tus disculpas por... lo que sea. ¿Eso es todo?—era descortés y esperaba que Simon reaccionara de acuerdo a su ofensa, pero él apenas si se inmutó.

—¿Pretendes insultarme para que me aleje de ti?

—Claro que no—su respuesta fue demasiado rápida como para que fuera creíble.

Simon recostó los codos sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante mirándola con sus ojos azules y una sonrisa que la puso aún más nerviosa.

—¿Sabes? Cuando nos conocimos y actuaste de una forma muy similar a esta, mi reacción fue precisamente esa, alejarme. Me dije que debía haber algo que te molestaba en mí, y que lo más correcto era hacerme a un lado; pero ahora ya no pienso igual.

—¿No?

—No, aunque no estoy seguro de lo que ocurre, pero sí puedo asegurarte que no me arrepiento de muchas de las cosas que te dije. Aún pienso que algo te pasa, algo que te hace sufrir y que te mantiene en esa absurda actitud defensiva

cada vez que estoy cerca, aunque a veces siento que desearías dejarla de lado tanto como yo deseo que lo hagas. Estás a punto de perder el equilibrio, Claire, como si anduvieras sobre una cuerda floja, y estaré atento para sostenerte cuando eso pase. Tal vez entonces aceptes contarme de qué se trata todo esto.

¿Qué estaba diciendo? ¿Qué demonios estaba diciendo? ¿Cómo podía hablar con esa seguridad? Lo miró con ira.

—Si estás en lo cierto, ¿no sería más correcto dejarme en paz y permitir que recupere ese equilibrio que dices estoy a punto de perder?

Él dio una cabezada en señal de negación, la sonrisa había desaparecido de su rostro.

—No puedo. Cuando te dije que me necesitabas, debí decir que yo también te necesito a ti; no preguntes por qué, lo sé tan bien como tú.

Eso fue suficiente para que Claire perdiera el poco autocontrol que le quedaba. Se puso de pie y se dirigió a la puerta, mirando sobre su hombro con la mano sobre el picaporte.

—Vete. Vete ahora, por favor.

Simon no se movió.

—Aún no he terminado.

—Has dicho más que suficiente.

—Hay algo más.

—¿Más? Simon, no puedo escuchar nada más, por favor.

Él la miró y al notar su semblante desencajado, se puso de pie y caminó hasta ponerse a su lado.

—He despedido al abogado de mi hermano, no conseguí que un solo fiscal aceptara revisar su caso y quiero contratarte.

Claire pestañeó una y otra vez, del todo desconcertada. ¿Cómo podía decir algo como eso luego de...?

—Oh, Dios, en verdad has perdido el juicio.

—Quizá un poco, pero te aseguro que era un hombre muy cuerdo antes de conocerte.

—Simon, no puedo.

—Eres una buena abogada, Claire, y muy decidida; te creo capaz de

derrumbar una muralla con las manos si se interpone en tu camino, y mi hermano, aunque no lo merece, necesita a alguien como tú. Si te sirve de consuelo, no fue mi idea ofrecerte el trabajo.

—¿Y quién fue el genio?

Simon sonrió de lado.

—Lily. Hablé con ella y Susan hace unos días acerca de esta opción, y ella dijo que la señorita que cree en Sherlock Holmes debe ser lo bastante buena para liberar a su padre.

Claire no supo qué responder a eso. No creía a Simon capaz de utilizar a su sobrina para convencerla de algo que sabía no deseaba hacer, pero también era cierto que en cuento supo de la situación de su hermano, prácticamente se ofreció a ayudarlo.

—No lo sé...

—No necesito una respuesta ahora, y si decides no hacerlo, está bien, pero tenía que preguntar, se lo debo a Lily. Le dejaré el legajo de Richard a Jenny para que lo leas cuando lo desees, o para que no lo hagas si así lo prefieres.

—Sin presión—el tono de Claire fue irónico, aunque desprovisto de malicia.

Simon tomó su mano, sin que opusiera resistencia, y le dirigió una cálida sonrisa.

—Recuerda, si en algún momento decides dejarte caer, no tengas miedo, estaré allí para ti.

No debía contestar, sino permanecer callada y dejar que se fuera, pero no pudo evitar preguntar.

—¿Y cómo sabrás si eso ocurre?

—Lo sabré—contestó con sencillez, y sin esperar una réplica, dejó el despacho.

Nunca, ni en sus más fantásticos sueños, hubiera podido imaginar que se vería en una situación tan extraña, aún cuando fuera al mismo tiempo tan emocionante.

Hacer preparativos a escondidas, tan solo con la ayuda cómplice de su

doncella, mientras sus tías no sospechaban absolutamente nada, le provocaba una emoción desconocida en el pecho; pero la principal razón de su alegría, del riesgo que estaba a punto de correr, era el saber que muy pronto podría estar a su lado, y nada podría separarlos.

La noche acordada, un pequeño baúl fue cuidadosamente oculto en uno de los carruajes de la familia por un lacayo de ambivalente lealtad y dispuesto a aceptar una generosa compensación. Una vez que terminó la cena, y tras una despedida efusiva que contrarió a sus tías, se retiró a sus habitaciones, pero lejos de prepararse para dormir, espero pacientemente a que los ruidos de la mansión desaparecieran casi por completo.

Con cuidado y discreción recorrió los pasillos, casi como un fantasma temeroso de hallar a un ser vivo en su camino. Al alcanzar la puerta de las cocinas y salir al amplio patio, exhaló un suspiro de alivio, pero no se permitió mucho tiempo para felicitarse. Corrió, más que caminó, hasta llegar al carruaje que le esperaba e hizo un gesto al lacayo que fungiría de cochero para que emprendiera el camino.

Tan solo cuando las verjas desaparecieron de su vista, se permitió una sonrisa nerviosa. Lo había hecho, tuvo el valor, y ahora faltaba tan poco...

El viaje fue corto, de escasos minutos, y en determinada calle ordenó al lacayo que se detuviera. Tras atisbar por la ventanilla del carruaje, sonrió y deslizó unas monedas entre las manos de su colaborador una vez que le hubo ayudado a descender. No esperó a oír su agradecimiento, solo se encaminó al vehículo que esperaba inmóvil al otro lado del camino, y cuando la portezuela se abrió y una mano surgió para ayudarle a subir, no dudó un instante y la tomó.

—Has tardado.

—¿Pensaste que no llegaría?

—Ni por un segundo, y si algo te hubiera evitado venir, habría ido por ti.

Era lo que deseaba escuchar más que nada, y se recostó sobre su pecho con un suspiro, mezcla de alivio y anticipación.

—¿Nos iremos ahora?

—Sí, y entonces no habrá marcha atrás. ¿Estás dispuesta?

Ella entrelazó sus manos y las sostuvo en lo alto, mirándolo con los labios entreabiertos.

—Nunca preguntes tal cosa; por ti estoy dispuesta a todo.

—Tú y yo—dijo él, estrechándola entre sus brazos—. Contra todos, siempre.

Ninguno supo quién buscó los labios del otro, ni prestaron atención al paso del tiempo. Allí solo eran ellos, juntos, a punto de emprender el inicio de un largo viaje.

Al despertar por la mañana, Claire sintió el brillo del sol colándose por la ventana y enterró la cabeza en la almohada. Estuvo tentada a quedarse allí, pero hizo un esfuerzo por apartar las mantas y levantarse de mala gana, con los pies colgando sobre la moqueta y los hombros ligeramente inclinados hacia adelante.

Comprobó la hora en el despertador; eran apenas las siete, y de tratarse de un domingo cualquiera habría permanecido en la cama durante un rato más, pero era lo último que deseaba. No le extrañó que David no se encontrara allí; madrugaba sin importar de qué día se tratase.

Tomó su bata y se encaminó al baño casi arrastrando los pies. Las imágenes del sueño de la noche anterior le perseguían a cada paso, pero las sepultó en el fondo de su mente. Tan solo de pensar en ello sentía que su cuerpo empezaba a temblar y no se consideraba lista para analizar su significado.

Se dio una ducha fría para despejar la mente y sintió como sus músculos agarrotados se relajaban según el chorro de agua caía sobre su cuerpo. Hubiera deseado quedarse allí por horas y horas...

Al salir, al cabo de unos minutos, buscó un atuendo sencillo y cómodo, se sujetó el cabello en lo alto de la cabeza y dejó el dormitorio, con la idea de preparar algo para desayunar, pero David ya se le había adelantado. Sonrió a medias al verlo inclinado dentro del refrigerador, sacando algunas cosas de su interior.

—Buenos días.

Esperaba la respuesta habitual, pero esta no llegó, al menos no hasta que David terminó de dejar las cosas sobre la mesada, y solo entonces le dirigió una intensa mirada.

—Buen día, ¿cómo dormiste?

Hubo algo en su tono que le provocó una aprehensión en el pecho, pero mantuvo la calma.

—No muy bien.

—¿Pesadillas?

—Algo así—su respuesta fue cautelosa, como si caminara sobre hielo muy delgado—. ¿Por qué preguntas?

David se encogió de hombros, sin dejar lo que hacía.

—Pasó algo anoche—pareció esperar a que Claire hiciera una pregunta al respecto, pero al ver que guardaba silencio, continuó—. Estabas durmiendo, y de pronto empezaste a moverte de forma extraña, susurrabas... no pude entender lo que decías.

¿Sería eso cierto? Le provocaba terror pensar en lo que podría haber dicho en medio de ese sueño en particular.

—Lamento haberte incomodado, fue solo un sueño extraño, eso es todo; apenas puedo recordarlo.

David suspiró y se sirvió un poco de jugo de naranja en un vaso, con movimientos pausados, casi calculados.

—No me molestó, no eso. Lo que llamó mi atención fue que en un momento pareció como si hubieras despertado.

Claire frunció el ceño al escucharlo; no recordaba haber despertado en ningún momento, no hasta esa mañana.

—No lo recuerdo...

—Te acercaste a mí, pensé que estabas dormida e intenté abrazarte, como he hecho antes, y por un momento sentí que respondías, pero entonces pasó algo muy extraño.

La pausa y la inflexión en la voz de David hicieron que Claire sintiera como si estuviera a punto de recibir un golpe, uno muy doloroso.

—Abriste los ojos, y me miraste. Fue como si vieras a un extraño, por un momento me asustaste... Intenté calmarte, abrazarte, pero me empujaste y gritaste algo que tampoco pude comprender, aunque sonó a un: “No me toques”; parecías muy disgustada.

—¡Dios, David, lo siento!

Claire hizo ademán de acercarse y posar una mano sobre su brazo, pero él se hizo a un lado, sin disimular su expresión contrariada.

—No lo tomes a mal, no es una queja, es solo que fue realmente extraño.

Estabas allí como si me vieras por primera vez y fuera la última persona a quien deseabas a tu lado y mentiría si no admitiera que no fue muy agradable. Fue cosa de un instante, volviste a dormir en seguida, y no quise despertarte para hablar de ello.

—David, no puedes tomarlo en serio, fue producto de un mal sueño, eso es todo; nunca te heriría adrede; lo sabes, ¿verdad?

—No, claro que no—la observó con un resquicio de tristeza en la mirada—. Nunca a propósito.

Claire iba a decir que no lo haría de ninguna manera, que no había nada por lo que debiera preocuparse, pero sabía que no hubiera sido del todo cierto, y supo que él también lo intuía.

—¿Café?

David recuperó su expresión despreocupada y ella lo agradeció sentándose a la pequeña mesa de la cocina. Dio una ojeada poco interesada en los diarios del día y bebió un sorbo de su café, que le supo amargo.

—Bill Richards me dijo algo curioso ayer por la tarde.

—¿Qué?—Claire tardó un momento en relacionar el nombre con el fiscal al que había solicitado una audiencia el día anterior.

—Al parecer, se comunicaron de tu despacho para solicitar una reunión, y dice que la has pedido tú; algo relacionado con una solicitud para obtener la libertad bajo palabra de un reo.

Al comprender a lo que se refería, Claire sostuvo su taza con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Preferiría que no habláramos de trabajo en casa, ya lo sabes, y aún menos en un domingo.

David ocupó la silla frente a ella, ignorando su pedido.

—El caso Cook es muy difícil, estamos llegando a un punto culminante del proceso y no acostumbras llevar más de un caso a la vez, ¿qué tiene este de especial?

—Es un favor y además sabes bien que procesos como este son muy sencillos de llevar. El hombre que solicita la libertad bajo palabra ha cumplido más de la mitad de su condena, tiene un buen comportamiento y personas que responderán por él. Si Richards no se pone melindroso, aceptará avalar la solicitud para llevársela al juez; no creo que tarde más de una semana o algo así,

puedo hacerlo con los ojos cerrados.

Procuró hablar con tono desenfadado y por un momento compartieron el desayuno en silencio, en un ambiente de camaradería, aunque la tensión no disminuyera del todo.

—¿Un favor para quién?

—¿Disculpa?

Al encontrarse de nuevo perdida en sus pensamientos, Claire tardó un momento en comprender la pregunta.

—Dijiste que se trata de un favor, ¿quién te lo pidió?

Claire dudó antes de responder; lo más sencillo habría sido mentir, pero no deseaba hacerlo.

—Es para el detective Holland, es su hermano quien está en prisión.

Su respuesta no pareció tomar a David por sorpresa, tan solo asintió y se llevó la taza a los labios, con expresión pensativa.

—¡Vaya! Eso es inesperado; resulta difícil de creer que un hombre como él tenga a un pariente en la cárcel, parece muy... decente.

—Lo es—Claire no contuvo la réplica y se sintió un poco incómoda por lo vehemente de sus palabras, de modo que procuró usar un tono más conciliador—. Él no tiene la culpa ni es responsable de los errores de su hermano.

—No dije que lo fuera.

—Sonó como si lo pensaras.

David se encogió de hombros, sin variar su expresión.

—Cualquiera lo haría, supongo.

—Yo no, y tú tampoco debes hacerlo—en ese momento, Claire sintió que su indignación no estaba relacionada con Simon, sino que le lastimó que David se expresara de esa forma, sin importar de quién se tratara—. Nosotros no juzgamos a las personas, David, y mucho menos a quienes son víctimas de sus actos, y este es el caso de Simon. No tienes idea de todo lo que ha significado para él asumir responsabilidades que no le corresponden solo por amor a su familia, y es por eso que quiero ayudarlo.

—¿Cómo es que sabes tanto acerca de su vida?

—No lo hago, pero sí sé que es un buen hombre y tú estás siendo muy injusto.

Ante el tono cortante de Claire, se sumieron en un silencio incómodo, apenas roto por el sonar de los platos al chocar.

Una vez que terminó de beber su café y comer una tostada, sin dar muestras de apetito, Claire se levantó de la mesa y empezó a dejar sus platos en el fregadero con una brusquedad innecesaria. David no hizo comentarios cuando salió de la cocina y regresó al cabo de unos minutos con una chaqueta desgastada y el maletín colgando del brazo.

—¿Vas a salir?

—Sí, hay algo que necesito hacer.

—¿Un domingo?

Ella suspiró y tomó sus llaves del estante.

—Sí, no creo que tarde mucho, volveré para almorzar.

—No te molestes, voy a pedir algo para comer, tengo algunos documentos en los que trabajar; te guardaré algo.

Claire hizo un gesto de frustración, molesta con ella misma. Sabía que era responsable de haber llevado las cosas a ese punto, a encontrarse en medio de un ambiente tenso que odiaba, pero no estaba dispuesta a intentar arreglar las cosas en ese momento; sentía que solo las empeoraría y David tampoco se veía particularmente conciliador.

—Gracias, nos veremos más tarde.

Dejó el apartamento y consultó una dirección en su libreta antes de parar un taxi. Una vez que estuvo en su interior, hizo una corta llamada y se recostó en el asiento. No lograba explicarse a sí misma por qué se metía en tantos problemas en lugar de escapar de ellos.

Al llegar al edificio de apartamentos, Claire confirmó la dirección y aspiró con fuerza antes de acercarse al intercomunicador y apretar el botón correspondiente. No tuvo tiempo para identificarse, porque una voz infantil se oyó tan fuerte por el altavoz que le provocó un brinco.

—¡Claire! ¡Está abierto! Corre, corre.

Por suerte, llevaba zapatillas muy cómodas, de modo que, si bien no corrió, sí que apuró el paso. Subió cuatro pisos y cuando llegó al descanso, se detuvo un momento para recuperar el aliento. Luego, buscó el apartamento con el número señalado en su agenda y antes de que llegara a pulsar el timbre, la

puerta se abrió con un movimiento enérgico.

—¡Claire!

Lily Holland le sonreía desde la puerta con su largo cabello ondeando sobre su espalda y las manos moviéndose tan rápido que casi le provoca un mareo.

—Hola, Lily.

—Pasa, mamá espera en la sala; tío Simon llegará en un minuto. Bueno, él dijo que sería un minuto, pero no lo creo, ¿encontraste mucho tráfico al llegar?

Claire la siguió escondiendo apenas una sonrisa ante sus comentarios que iban de un tema a otro. Cruzaron un estrecho pasillo y llegaron a una pequeña habitación que, por lo que pudo suponer, fungía tanto de sala de estar como una suerte de estudio, ya que tenía un ancho escritorio en una esquina bajo la ventana.

La mujer en el sillón, que reconoció por la fotografía en el ordenador de Simon como la madre de Lily, se levantó con un movimiento ágil y le dirigió una sonrisa tímida y algo desconfiada. Tenía el mismo cabello de su hija, aunque su mirada no era tan vivaz y emanaba un aire desvalido que le sorprendió un poco.

—Tú debes ser Susan—Claire había aprendido con los años que una actitud amigable solía funcionar con personas con ese tipo de carácter—. Soy Claire Jones.

—Sí, claro, Simon habla mucho acerca de ti—estrechó su mano con amabilidad e hizo un gesto para que se sentara—. En cuanto llamaste, le avisé y dijo que llegaría pronto.

—Sí, bueno, aunque no es del todo necesario... —Claire sonrió a medias—. En realidad, lamento haber llamado de improviso hoy, aún más considerando que no nos hemos visto antes, pero necesito hablar acerca de algunas cosas relacionadas con...

Dejó de hablar al notar la mirada interesada de Lily, que se había trepado al otro extremo del sillón que ocupaba y la observaba con atención.

—Vas a conseguir que papá regrese, lo sé, puedes decir lo que quieras, no pasa nada; me enteraré de cualquier forma.

—¡Lily!

La niña no pareció perturbada ante la llamada de atención de su madre, solo se encogió de hombros y estiró aún más las piernas ante ella.

—Tío Simon dijo que me contaría todo lo que pasara, que tengo derecho a saber, y que ya soy lo bastante grande para comprenderlo.

—Lo siento—Susan se dirigió a Claire sin disimular su incomodidad—. Simon la ha acostumbrado a ser demasiado independiente, y las niñas de once años creen saberlo todo.

—Recuerdo esos tiempos y aunque no creo que Lily deba saberlo *todo*— Claire se aclaró la garganta antes de continuar, escogiendo muy bien sus palabras —, estoy de acuerdo con Simon en que quizá sea lo mejor que esté enterada de los avances más importantes en lo que se refiere al caso de su padre.

—Bueno...—la voz de Susan no era muy segura.

—No hay necesidad de entrar en detalles, por supuesto.

Su sonrisa y el tono conciliador de Claire parecieron terminar de convencerla.

—Está bien, está bien, puedes quedarte, pero si en algún momento te digo que nos dejes a solas, no quiero escuchar una sola queja.

La niña no pareció estar muy de acuerdo con la advertencia, pero asintió al comprender que solo así obtendría el permiso de su madre.

—Bien, solo necesito informarles acerca de cuáles son los pasos a seguir para solicitar la libertad condicional. No sé si Simon les habló al respecto, pero son bastante sencillos y espero que no tengamos problemas ni que el caso se dilate demasiado. Tu esposo tiene un expediente muy... limpio, y creo que ningún fiscal se negará a avalar la solicitud; es más, ya tengo una cita con uno para mañana por la tarde.

—Te dije que Claire lo conseguiría.

—Agradezco tu confianza, Lily, pero no cantemos victoria aún—Claire sonrió ante el entusiasmo de la niña—. Acabas de decir que eres lo bastante grande para comprender algunas cosas, y debes saber que no puedo asegurarte que tu padre sea liberado. Hay altas posibilidades, sí, pero no es del todo seguro; además, una vez que consiga el visto bueno del fiscal y presente la documentación requerida, pasarán algunas semanas antes de que la junta los examine y nos dé una respuesta.

—Pero es muy posible, ¿cierto? Las probabilidades de que lo liberen son mayores...

Claire miró a Susan y sintió una gran compasión ante su rostro ansioso y

su voz queda. Obviamente, estaba tan anhelante como su hija por tener a su esposo de vuelta; era obvio que lo amaba. No sabía mucho acerca de Richard Holland, además de lo poco que Simon había compartido con ella, pero no le daba la impresión de que fuera un hombre muy fácil de querer. No pensaba decirlo, no quería ofenderla y mucho menos lastimar a Lily, pero encontraba complicado comprender por qué un adulto con una esposa que lo amaba y una niña pequeña por la que hacerse responsable, optaba por el camino fácil de la delincuencia. Solo esperaba que hubiera aprendido su lección en todos esos años y que, si conseguía su liberación, mostrara algo de agradecimiento por lo que aún conservaba.

—Sí, lo son, pero prefiero que no nos ilusionemos aún—Claire procuró responder con voz calmada a fin de infundirle tranquilidad—. Prometo mantenerlas al corriente de todo lo que ocurra. Tan pronto como hable con el fiscal mañana les tendré novedades.

—Eso es muy amable de tu parte, Claire, gracias—le alegró comprobar que Susan se veía más relajada en su presencia—. Cuando Simon dijo que pensaba hablar contigo para preguntar si aceptabas tomar el caso...

—¡Fui yo quien la postuló!

La interrupción de Lily les provocó una sincera carcajada, lo que terminó por resquebrajar el hielo, pero la niña estaba muy preocupada por sentar su contribución a la causa como para notarlo.

—¡Es verdad! Y me costó mucho convencer al tío Simon para que hablara contigo, dijo que no quería molestarte, pero yo le dije que no sería así, porque eres su amiga y los amigos se ayudan, ¿cierto, Claire?

Ella no pudo responder, porque resonó el timbre de la puerta y Lily saltó del sillón para regresar solo un par de minutos después en compañía de Simon, que lucía tan relajado como podía verse un policía que descansaba en domingo. Igual que en aquella ocasión en que se vieron en el bar, vestía de forma informal.

—¡Vaya que has llegado pronto! Creí que tardarías un poco más, ¿cómo encontraste el tráfico?

A Claire le habría agradado preguntar por qué Lily encontraba tan importante el estado del tráfico en la ciudad, pero estaba muy ocupada evitando la mirada de su tío. Por suerte o no, según se viera, él parecía más interesado en escuchar el parloteo de su sobrina.

—¿Usaste la sirena del coche?

—No, Lily, eso es ilegal, no puedo usar la sirena del coche a menos que se trate de una emergencia.

—Pero Claire estaba aquí y seguro que querías verla, eso es una emergencia.

La lógica de esa niña era tan extraña como perturbadora, por lo que Claire sonrió con fingida cordialidad e hizo un esfuerzo por dejar de evitar la mirada de Simon.

—Lily, es suficiente, podrías sacar de sus casillas a un santo—su tío le despeinó el cabello y ocupó una silla libre—. Recuerdo cuando eras una bebé, y no podías hablar aún... ¡Qué tiempos!

—¡Oye!

Mientras Simon lidiaba con una ofendida Lily, Claire aprovechó para observarlos con discreción. El cariño entre ellos era conmovedor y no pudo menos que sonreír al escucharlos discutir de forma tan amistosa, y no fue la única. Logró atisbar un gesto nostálgico en el rostro de Susan que le produjo un sentimiento inquietante, aunque no supo el motivo.

Durante la siguiente media hora, repitió a Simon lo que le había contado a Susan y Lily respecto al caso de su hermano y este escuchó con atención; incluso se ofreció a acompañarla a hablar con el fiscal al día siguiente, pero Claire declinó la oferta, y fue sincera al decir que se debía a que necesitaba tender un puente de forma discreta antes de presionar, si es que fuera necesario.

Cuando vio la hora en su reloj, se sorprendió al comprobar que llevaba poco más de una hora allí, no pensaba quedarse tanto tiempo, pero la camaradería de Lily y la cada vez más cálida actitud de Susan le hicieron sentir a gusto. En cuanto a Simon, se mostró poco comunicativo con ella, lo que en parte agradecía. Cada que lo veía por encima de la taza con chocolate caliente que Lily insistiera en llevarle, recordaba su último sueño y una sensación de ahogo se instalaba en su pecho.

Cuando terminó su bebida, les sonrió y acomodó el maletín sobre su hombro.

—Bueno, creo que debo marcharme, gracias por su hospitalidad.

—¿Tan pronto?

A diferencia de la expresión decepcionada de Lily, su madre se mostró del todo serena, aunque sin abandonar su gesto amable.

—Gracias por todo, Claire, has sido muy amable al venir hasta aquí para explicarnos todo, me siento mucho más tranquila ahora.

—No hay nada por lo que agradecer, les llamaré mañana en cuanto tenga noticias—tras dudar un instante, se dirigió a Simon, que la veía en silencio—. Si gustas, puedo dejarte un mensaje en la estación...

—No será necesario, pero gracias, estas dos damas me tendrán al tanto— se levantó con ademán relajado y le sonrió por primera vez desde su llegada—. ¿Nos vamos?

—¿Disculpa?

—Te acompaño.

—¿No te quedarás a comer?—el pedido no partió de Lily, sino de Susan, que los veía con interés—. Nos encantaría que lo hicieras también, Claire.

—Oh, no, lo agradezco, pero mañana tengo una audiencia muy temprano y necesito prepararme.

—Y yo prefiero comer algo fuera—Simon la escoltó al recibidor y tras tomar su chaqueta, le ayudó a ponérsela, casi sin tocarla—. Además, quiero hablar un par de cosas con Claire.

Lily pareció satisfecha ante esa declaración y borró la expresión decepcionada de su rostro, mientras que su madre asintió sin sonreír.

—Habla pronto.

—Cierren bien la puerta, llamaré esta noche.

Tras despedirse, bajaron los escalones en completo silencio hasta llegar al vestíbulo. Una vez allí, Claire dio media vuelta y lo miró a los ojos.

—¿De qué quieres hablar conmigo?

—De nada en particular.

—Eso es curioso, porque casi me haces creer que se trataba de algo importante.

—Quizá lo sea, quién sabe, tendremos que hablar para enterarnos, ¿cierto?

Ante esa respuesta tan confusa, Claire sacudió la cabeza y se adelantó para cruzar la puerta principal. Al sentir el frío golpear sus mejillas, se arrebujó mejor en el abrigo.

—¿Demasiado frío para ti?

—No, está bien, me gusta el frío—contestó antes de que pudiera pensar en lo que decía; hubiera sido una magnífica excusa para despedirse y regresar a casa.

—A mí también; soy uno de esos lunáticos a los que les entusiasma la nieve y no maldice lo mucho que arruina las calles.

—Eso no te convierte en un lunático, la nieve es hermosa.

—Es agradable saber que tenemos eso en común—se puso frente a ella y la miró desde su altura—. En verdad me gustaría comer algo fuera, ¿quieres acompañarme?

El primer instinto de Claire fue negarse de forma rotunda, pero hubo algo en la mirada de Simon que la atrapó por completo. Antes de que se diera cuenta, asentía de buena gana.

—De acuerdo.

—¿No tengo que suplicar?

—No presiones.

Boston era una de aquellas ciudades que lograban mantener un envidiable equilibrio de historia y modernidad. Los grandes edificios no perturbaban en lo absoluto los hermosos monumentos de los que sus habitantes se encontraban tan orgullosos. Así mismo, los parques y jardines se cuidaban con esmero, y los habitantes aprovechaban cualquier excusa para dar largos paseos, e incluso comer al aire libre.

Cuando Simon propuso que hicieran esto último, Claire aceptó de inmediato. Aún no había empezado a arrepentirse por su impulsiva decisión de acompañarlo, pero podría pasar en cualquier momento y prefería encontrarse en campo abierto cuando ello ocurriera.

Tras discutir al respecto, optaron por dirigirse a un gran parque cercano en el que se encontraban ya muchas personas, lo que en parte fue un alivio, de ese modo no se encontrarían del todo a solas. Simon insistió en comprar emparedados y bebidas de un camión de comida que iba de un lado a otro de la ciudad y era muy popular. Cuando tuvieron su orden, caminaron uno al lado del otro en silencio y no se detuvieron hasta llegar a un lugar apartado del parque, bajo un árbol que, pese a haber perdido buena parte de sus hojas durante el otoño, conservaba aún cierta prestancia que Claire encontró acogedora. Ocuparon una banca bajo él, justo frente a un lago, donde unos patos

indiferentes al frío se mostraban con petulancia.

—Si existe un cielo, debe ser como esto.

El comentario de Simon, dicho en tono optimista, le provocó una sonrisa. Una idea muy similar había cruzado por su mente, y no solo eso, también un recuerdo de otro momento, otro tiempo, otras dos personas en un parque parecido cerca a un lago...

—Es posible, supongo.

Claire dio una mordida a su emparedado y fijó la vista en el agua.

—¿Crees que existe un cielo?

—No lo sé, nunca he pensado en ello—giró en el asiento para mirarlo—. Pero creo en el infierno, así que lo natural es que exista un cielo también.

—Un razonamiento muy lógico propio de una abogada muy lista.

Ella se encogió de hombros ante el halago y ahogó un suspiro.

—En realidad, no estoy segura de en qué creo exactamente; digamos que mis creencias son bastante volubles.

—Tal vez lo que ocurre es que cambian de acuerdo a tus experiencias. No somos siempre los mismos, Claire, cambiamos todo el tiempo.

—Bonita manera de verlo, ¿dejas que se lo diga a Jenny? Le encantará.

Él respondió con una sonrisa a su tono ligeramente burlón.

—Siéntete libre de citarme cuando quieras.

—Gracias.

Terminaron de comer en silencio, y Claire se puso de pie para dejar los restos en un cesto para desperdicios cercano.

—Creo que no te he dicho lo mucho que agradezco tu ayuda—dijo Simon una vez que ella se sentara una vez más a su lado—. Sé que todo ha sido muy intempestivo y no tienes mucho tiempo.

—Ya te lo he dicho, me alegra hacerlo. Susan y Lily parecen felices con la idea de que su familia se reúna de nuevo, y tú... bueno, ya oíste a Lily; los amigos están para ayudarse.

—¿Estás diciendo que me consideras un amigo?

Claire se encogió de hombros, interesada en el movimiento de un pato particularmente pequeño que giraba en el agua.

—Tengo que referirme a ti de alguna forma.

—Tomaré eso como un halago.

—Eres fácil de complacer.

—Eso depende de quién intente hacerlo...

Claire no respondió hasta pasados unos minutos, y cuando lo hizo, prefirió hacer una pregunta, una que les permitiera alejarse de ese tema tan espinoso.

—Lily y Susan te quieren mucho.

—Y yo a ellas, son toda mi familia; aunque supongo que puedes sumar a Richard—esbozó una sonrisa irónica—. Es el problema de tener hermanos menores que hacen tu vida miserable; a veces olvidas considerarlos familia.

—Así que tú eres el hermano mayor; tiene lógica.

—Solo por un par de años, pero ¿a qué te refieres con que tiene lógica?

Claire apoyó un codo sobre el respaldar de la banca y lo observó con curiosidad.

—Creo que es importante para ti responsabilizarte por todos las personas que amas, e imagino que Richard habrá sido un hermano pequeño difícil; no es difícil imaginarte tras él durante su adolescencia.

Simon rió ante su comentario y adoptó una posición similar a la suya, con la vista clavada en su rostro.

—Buena deducción, Sherlock, Lily estaría orgullosa. Y sí, Richard fue un chico difícil y no fue divertido cuidarlo, pero había que hacerlo—se puso serio al continuar—. Me temo que no hice un muy buen trabajo.

—¿De qué hablas? No es tu responsabilidad lo que decidiera hacer con su vida y además, eres su hermano, no su padre, no era tu deber. Por cierto, dijiste que no tienes más familia, ¿sus padres murieron?

Él dudó un instante antes de responder, como si no estuviera seguro de qué decir o si debía siquiera hacerlo, pero tras un momento, asintió.

—Mi madre murió cuando tenía doce y Richard diez. En cuanto a mi padre, no estoy seguro, se fue unos meses después, así que podría estar vivo en algún lugar.

La revelación provocó que Claire sintiera una oleada de compasión inundar su cuerpo y a duras penas consiguió reprimir el deseo de tocarlo, de

poner al menos una mano sobre su hombro.

—Lo siento mucho, no lo sabía. Supongo que eso explica aún mejor por qué es tan importante la familia para ti.

—Es posible. Son mi familia, y los quiero, no hay mucho qué pensar al respecto. Nos criamos con unos tíos; ambos murieron hace unos años, pero fueron muy justos con nosotros.

Claire lo entendió de inmediato y cabeceó en señal de comprensión. Luego, compartieron unos momentos en silencio, aunque sus miradas continuaban cruzándose cada tanto.

—¿Qué pasa contigo?

—¿A qué te refieres?

—¿Eres muy apegada a tu familia?

Claire pensó en no contestar a esa pregunta, pero al pensar en todo lo que Simon había revelado, le pareció un gesto mezquino. Odiaba hablar de su pasado, pero sentía que él iba a comprenderlo.

—Me crié con mis abuelos, los padres de mi madre. Ellos aún viven, se mudaron a Florida hace unos años. Procuero visitarlos tanto como puedo, pero el trabajo a veces no me lo permite. Son buenas personas; él es algo difícil, puede ser muy estricto, pero mi abuela lo compensa, porque es la persona más amorosa que he conocido en mi vida.

—¿Y tus padres?

—Murieron cuando era pequeña.

—Lo siento—la voz de Simon estaba teñida de comprensión, pero no lástima, y para ella hizo toda la diferencia del mundo—. ¿Puedo preguntar cómo pasó?

Claire negó con la cabeza, y bajó la mirada a sus manos, pero al cabo de un momento exhaló un suspiro. Había dicho tanto, que no veía mayor diferencia en continuar.

—Estábamos en la carretera, íbamos de paseo. Papá perdió el control del coche cuando un conductor invadió el carril, no tuvo tiempo para reaccionar. El golpe fue muy fuerte, aún puedo recordarlo—Claire hablaba más para sí misma, con la mirada un poco perdida—. Iba en el asiento trasero, el cinturón de seguridad me salvó la vida; pero ellos salieron despedidos del coche. Quise ayudar, pero no sabía qué hacer, y cuando llegaron los paramédicos, ya era muy

tarde.

Le sorprendió sentir el toque de la mano cálida de Simon sobre su brazo, pero no la retiró; en ese momento, tenía un efecto tranquilizador, era agradable y de alguna forma sentía como si le acompañara y no de una forma física.

—¿Qué edad tenías?

—Ocho años.

—¿Es por eso por lo que odias los hospitales y la sangre? ¿Por lo que no quieres conducir?

Ella asintió por toda respuesta.

—Creo que ahora te comprendo un poco mejor.

—Supongo que eso es bueno—Claire dudó mucho acerca de lo que iba a decir, pero las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas—. ¿Recuerdas que te dije que creo que las personas no necesitan discutir para arreglar sus diferencias?

—Sí.

—Mis padres discutían mucho, todo el tiempo, por las cosas más ridículas. Si habían dejado algo olvidado, si a alguno le correspondía pagar una cuenta o no, por la escuela a la que deseaban enviarme; cualquier excusa era un buen motivo. El día del accidente, papá no deseaba ir, hubiera preferido quedarse en casa, pero mamá le obligó diciéndole que me lo había prometido, de modo que accedió de mala gana. Continuaron discutiendo en la carretera, y fue entonces cuando ocurrió el accidente. Siempre he pensado que si papá hubiera estado más concentrado en el camino y menos en reñir con mi madre, habría podido esquivar al otro coche. Quizá esté equivocada, no lo sé.

Según ella hablaba, el apretón de Simon se hacía más firme, hasta que deslizó la mano por su brazo y entrelazó los dedos con los suyos.

—Supongo que no es imposible, pero los accidentes ocurren, Claire, y cuando eso pasa, no tiene mucho sentido preocuparse por lo que pudo ser.

—Lo sé, pero es difícil no pensar en ello—dijo casi en un susurro.

De pronto, Simon se acercó hasta que sus piernas chocaron y pasó un brazo sobre sus hombros; ella no se resistió cuando la atrajo hacia su pecho. Pocos minutos después, apoyó el mentón sobre su cabello y le habló al oído.

—Pobre Claire, tienes toda una historia y mucho por superar—dijo—. Me pregunto qué otros secretos escondes.

Ella no respondió; continuaba con la mirada fija en el lago, pero para su sorpresa, no sentía las acostumbradas ganas de llorar que la embargaban cada vez que hablaba de sus padres o pensaba en ellos, solo sintió un extraño vacío en el pecho, uno producido por el alivio y la paz al compartir algo tan íntimo.

Era curioso y perturbador pensar que, a excepción de su abuela, quien la consoló en la niñez, Simon era la única persona que le inspiraba esos sentimientos.

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 10

—La fiscalía no pretende hacer perder el tiempo a la corte, su señoría; por el contrario, desea hacer este proceso más sencillo.

—El seño King debe explicar al detalle su generosa oferta, su señoría.

De no encontrarse tan disgustada, Claire habría encontrado graciosa la expresión exasperada del juez Collins. Nadie podría culparlo, claro, porque de estar en su lugar, ella también habría deseado terminar con un caso que se prolongaba de forma innecesaria y donde los abogados parecían encontrar un insano placer en demostrar quién era el mejor.

Los enfrentamientos entre Claire y David se hacían cada vez más vehementes, aunque no era algo que le tomara por sorpresa. Desde que se enteró de que se enfrentarían en la corte, supo que llegaría un momento en que su naturaleza competitiva iba a tomar el mando, y estaban al borde de ese punto.

La idea en sí no le molestaba, había algo estimulante en tener un contendiente de la talla y el talento de David que le obligaba a sacar lo mejor de ella para evitar perder, pero lo que en verdad le preocupaba era lo que se ocultaba tras la actitud implacable que él había decidido mostrar. Lo quería, y conocía cada uno de los matices de su personalidad lo suficiente como para saber que el deseo de ganar ese caso en particular no era lo único que le impulsaba a actuar de esa forma. Tampoco deseaba ganarle para dejar un punto en claro, o lastimarla de alguna forma por su actitud de las últimas semanas.

No, él simplemente no sabía qué rayos estaba pasando entre ellos y ya que no se atrevía a preguntar tanto como ella no atinaba a hablar del tema, volcaba todas sus energías en ganar ese caso, sin importarle lo que tuviera que hacer para conseguirlo. Claire no lo culpaba, ella habría hecho exactamente lo mismo de estar en su lugar, y la idea le lastimaba más de lo que podía siquiera reconocer.

¿En qué momento se convirtió en una mujer tan egoísta? La idea de herir a David de cualquier forma le provocaba arcadas, y aunque estaba consciente de que necesitaban hablar, no encontraba el valor para abordar una plática. Veía su relación desmoronarse ante sus ojos como un castillo de naipes, y aún cuando tuviera cuatro manos más, no habría podido detener la catástrofe de verlos caer uno tras otro.

Al sentir un desagradable ardor en los ojos, pestañeó una y otra vez para controlarse, volviendo su atención a lo que ocurría frente a ella.

—Por favor, señor King, la señorita Jones parece encontrarse un poco distraída hoy, ¿podría repetir lo que acaba de decir?

Claire no dejó que el tono sarcástico del juez le afectara, y fijó la vista en David, con el mentón elevado y una mirada sagaz.

—Decía... —le devolvió la mirada sin delatar sus emociones—. Decía que contamos con un nuevo testigo que puede ayudarnos a concluir el proceso, porque con su testimonio no quedará duda de la culpabilidad del acusado.

—¿Y dónde está ese testigo milagroso para la fiscalía?

—Necesitamos un poco de tiempo para que pueda presentarse, pero cuando lo haga, estoy seguro de que tanto el jurado, como usted, abogada, estarán de acuerdo en que no habrá lugar a duda de su importancia.

Claire forzó una mueca burlona en dirección al juzgado.

—¿Será posible que este sorpresivo anuncio esté relacionado con el hecho de que la fiscalía no ha podido mostrar una sola prueba que incrimine a mi cliente?—miró a David con intención—. El fiscal sabe bien que este juicio no puede dilatarse más y que esto no es más que una estratagema para ganar tiempo.

El juez Collins exhaló un suspiro exasperado e hizo un gesto para instarlos a acercarse. Puso una mano sobre el micrófono a fin de evitar ser oído por los otros miembros de la sala y se inclinó sobre ellos como un buitre, y uno muy hambriento.

—Ya he tenido bastante de su acto frente al jurado, no quiero volver a escuchar algo así de ninguno de los dos.

Tanto Claire como David asintieron con similar semblante imperturbable; ser reprendido por un juez como Collins era poco menos que humillante.

—Señor, debe reconocer que en esta ocasión la fiscalía ha cruzado la línea; el pretender dilatar el proceso basado con supuestos y promesas frente al jurado es poco ético.

El comentario de Claire pareció calar hondo en el juez, porque miró a David con el ceño fruncido.

—Señor King, si se trata de alguna clase de truco...

—No lo es, su señoría, solo necesitamos un poco de tiempo. Le aseguro

que nuestro testigo puede aportar valiosa información al proceso y obviarla implicaría una terrible negligencia de parte de la corte.

—¿Pretende hacerme responsable de no poder con este caso?

—No se trata de ganar o perder, señor, sino de procurar justicia a un hombre inocente que encontró la muerte; incluso la defensa debe reconocer que esa es la base de nuestro sistema judicial.

Claire tuvo que abstenerse de hacer un comentario poco amable, negar algo como eso hubiera sido ridículo; David sabía que no iba a refutar semejante afirmación.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—¡Su señoría!

El juez hizo caso omiso a la protesta de Claire, solo le dirigió una mirada de advertencia.

—¿Cuánto?

—Una semana, ni un día más.

—¡Tiene que estar bromeando!—Claire miró a David como si acabara de perder la razón.

—Espero, por el bien del señor King, que no pretenda jugar con mi corte, porque si lo hace, estará en serios problemas.

—La defensa no lo acepta, su señoría; lo siento, pero es demasiado, este proceso no puede alargarse más, es una pérdida de tiempo y recursos.

—Señorita Jones, ya que en gran medida se trata de *mi* tiempo y los recursos del estado, espero que tenga a bien no convertir esto en una batalla, porque no va a enfrentarse a la fiscalía, sino a mí. Voy a conceder esa semana, y si para entonces no ha presentado a su testigo, señor King, terminaré con este juicio de una vez por todas.

—Gracias, su señoría.

—Señorita Jones...

Claire miró al juez, que a su vez la observaba en espera de que continuara con sus quejas, pero ella tan solo se encogió de hombros.

—La defensa no pondrá más objeciones.

—Bien. Ahora pueden volver a sus lugares.

Mientras el juez Collins informaba al jurado del aplazamiento, Claire indicó en voz muy baja a su cliente lo que ocurría. Desde luego, no lo tomó nada bien, y aunque procuró calmarlo, su temperamento parecía a punto de explotar, por lo que suspiró aliviada cuando el juez dio la audiencia por terminada. Tras asegurarle al señor Cook que lo visitaría en los próximos días para intentar dilucidar quién era el misterioso testigo de la fiscalía, se ocupó de guardar sus pertenencias y salió de la sala.

Caminó por el pasillo a fin de tomar el elevador, pero una mano se posó sobre su brazo y le obligó a detenerse. Al ver de quién se trataba, exhaló un suspiro.

—Estás furiosa.

Claire puso los ojos en blanco ante la mirada de David.

—Y tú extremadamente satisfecho, pero sigo pensando que es solo una jugada desesperada. En serio, David, es poco propio de ti, prefieres caer luchando.

Él sacudió la cabeza y mostró una sonrisa despreocupada.

—¿Quién dice que no lo hago?

—Necesito el nombre del testigo.

—Y lo tendrás tan pronto como redacte los documentos.

—¿No jugarás al misterio en lo que a eso se refiere?

—No estoy jugando, Claire, nunca lo hago en el trabajo—su tono cambió al deslizar la mano sobre su brazo, del hombro a la muñeca sin dejar de sonreír—. En otros ámbitos, claro, es diferente...

—David, no aquí.

Claire miró de un lado a otro, incómoda por esa abierta muestra de afecto en el juzgado. En todo el tiempo que llevaban de relación, siempre tuvieron mucho cuidado al respecto.

—Estoy cansado de esto, Claire, no podemos continuar así.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué continúas con esta actitud? ¿Qué hay de malo con que me acerque a ti?

Ella sacudió la cabeza y mostró una expresión arrepentida.

—No tiene nada de malo, claro que no, es solo que este no es el lugar, lo

sabes. Hablemos en casa, por favor—su tono fue casi de ruego—. Tienes razón, no podemos seguir en esta horrible situación, lo lamento, es mi culpa.

—Eso no importa, no me interesa si es tu culpa o mía, solo quiero que termine, que todo vuelva a ser como antes.

Lo más sencillo hubiera sido responder que ella también lo deseaba y aunque en parte era verdad, eso no era suficiente.

—¿Hablamos en casa?

David hizo un gesto de impotencia y se hizo a un lado.

—¿Tenemos otra alternativa?

—No en realidad—Claire dudó, indecisa acerca de continuar en ese tira y afloja que no los llevaba a ninguna parte—. ¿Quieres que vayamos a comer algo?

—¿Podemos hacerlo?—su tono fue mordaz, algo poco usual en él.

—Desde luego que sí. Por favor, David, no adoptes esa actitud.

—Tienes razón, eso fue una estupidez, lo siento—se pasó una mano por el cabello, con ademán cansado—. Pero la verdad es que no puedo acompañarte, tengo una... reunión a la que no puedo faltar y pasaré buena parte de la tarde atendiendo algunos trámites. ¿Te parece bien si llevo algo para la cena y hablamos entonces?

Claire asintió.

—Nos veremos allí.

—Bien—David se inclinó hacia ella, con la intención de hacerle una caricia, pero se detuvo e hizo un gesto de despedida con la mano—. Te veo en la noche.

Claire se quedó un momento de pie, en tanto lo veía marchar con andar enérgico hasta que se perdió al doblar un pasillo.

Hablar. Esa noche. Nada bueno podría resultar de eso.

—No quiero parecer una mala amiga, pero no me gustaría estar en tu lugar.

—Gracias, Jenny, siempre sabes qué decir para hacerme sentir mejor.

Claire no tomó a mal el comentario de su asistente; sabía que cuando no

encontraba qué decir optaba por hacer comentarios un poco bromistas a fin de relajar el ambiente, o al menos lo intentaba, como en ese caso, ya que nada que pudiera decir le ayudaría a sentirse mejor.

—¿Vas a contarle la verdad?

—No lo sé, ni siquiera estoy segura de saber cuál es.

—Solo di lo que sientes, Claire; no digo que vaya a ser sencillo, pero él tiene que comprenderlo. Luego, bueno, quién sabe...

Claire jugó con la galleta de la fortuna que le correspondió en su pedido de comida china, la misma que apenas había tocado. Jenny, en cambio, parecía de lo más entretenida tomando un bocadillo de cada recipiente dejado por el mensajero.

—¿Cómo podría comprenderlo? Yo no lo hago, y esperar que David le encuentre sentido a esta locura...

Jenny exhaló un suspiro y se limpió las manos en una servilleta de papel, para luego observarla con expresión cauta.

—Claire, ¿has notado que te enfocas siempre en lo extraño de tus sueños y cómo afectan tu vida, pero dejas de lado algo que quizá sea aún más importante?

Ella no le prestó mucha atención, seguía con la mirada perdida y dándole vueltas a la galleta entre los dedos.

—¿Qué quieres decir?—su voz sonó lejana.

—¿Aún lo amas? A David... ¿sientes por él lo mismo que sentías antes de que apareciera Simon? Y quizá más importante, ¿qué rayos sientes por Simon?

Claire levantó la cabeza con tal brusquedad que por un momento asustó a su amiga.

—Desde luego que lo amo, David me conoce como nadie, ha sido maravilloso conmigo durante todos estos años, y él me ama también.

—Está bien, está bien, tranquila—Jenny ondeó su servilleta como si de una bandera blanca se tratase—. Pero tengo que decirlo, cariño, por muy bonito que suene todo eso que acabas de decir, no puedo evitar notar que parece como si intentaras convencerte más a ti misma que a mí, y eso no puede ser bueno. Además, no has respondido a mi pregunta respecto a Simon.

—¿Qué pasa con él?

—Eso es algo que me encantaría saber, pero solo tú tienes la respuesta.

Claire estrujó la galleta entre los dedos, que se abrió con un crujido, dejando a la vista una tira de papel impreso con tinta oscura.

—No tengo idea de qué es lo que siento por Simon, ¿de acuerdo? Cuando estoy cerca a él, pienso en mis sueños, sí, pero luego todo eso desaparece y solo estamos nosotros, ahora. Me saca de quicio a veces, con esa horrible costumbre de actuar como si me conociera mejor que yo misma, y siempre tiene una palabra para hacer que me sienta del todo confundida porque no sé qué esperar de él. La forma en que me mira...

—¿Sí?—Jenny se adelantó en el asiento, sin disimular su interés.

—Es como si pudiera ver dentro de mí, y sé que suena extraño y ridículo, y jamás lo diría si no lo sintiera en verdad, lo sabes. Cada vez me resulta más complicado compartir siquiera el mismo espacio; y cuando lo veo no sé si quiero echar a correr en la dirección contraria o quedarme a su lado. Y el hecho de que parezca tan seguro acerca de lo que él siente me vuelve loca y me provoca... ahorcarlo.

Tras esa confesión, dicha en tono apresurado, con las manos dando vueltas en el aire, Claire se sumió en un taimado silencio, hasta que Jenny se aclaró la garganta y la miró con las cejas alzadas.

—Si tú no puedes aclarar tus sentimientos, es poco lo que puedo decir. Pero tengo que comentar algo, aunque no te guste—se encogió de hombros—. Te conozco desde que llegaste a este trabajo, Claire, incluso desde un tiempo antes de que iniciaras tu relación con David y jamás vi en ti la pasión que muestras al hablar de Simon. Y no es solo eso; no hace falta ser muy observadora para notar que cuando ambos están en la misma habitación, algo pasa, incluso me siento una extraña. No diré nada contra David; a pesar de nuestras diferencias, me agrada, es un buen hombre y Dios sabe que te adora, y en cuanto a Simon, no lo conozco lo suficiente para decir mucho acerca de él. Eres tú quien me importa y solo quiero que seas feliz. No permitas que ningún miedo, estúpido prejuicio o inseguridad te prive de eso, porque nunca podrás perdonarte si lo haces.

Claire hizo a un lado los restos de su galleta de la suerte e ignoró el papel con la frase que por lo general leía con curiosidad.

—Estás equivocada, Jenny, no puedo lamentar el no tener algo que nunca he deseado. Simon no es para mí. Quizá en otro tiempo...

—Es que de eso se trata, cariño, eso ya ocurrió en otro tiempo y por lo

que cuentas, fueron muy felices. Tal vez su destino sea serlo ahora también.

Su amiga la miró como si hubiera dicho algo absurdo y empezó a despejar de la mesa los restos del almuerzo.

—Necesito ir temprano a casa hoy, ¿crees que puedas encargarte de cancelar mis citas?

Jenny hizo un gracioso saludo en tanto tomaba los envoltorios.

—Seré una buena asistente y cumpliré tus ordenes, no te preocupes— blandió frente a los ojos de su jefa la tira de papel dejada al descuido—. ¿No quieres leer lo que te dice la suerte?

—No, gracias.

—De acuerdo, lo haré yo—Jenny se dirigió a la puerta al tiempo que leía y tras terminar, elevó una ceja y sonrió, enigmática—. ¡Vaya! Tal vez debería replantearme qué tan acertadas pueden ser... lo dejaré aquí por si quieres darle una mirada.

Claire la ignoró y observó con falso desinterés cómo dejaba el despacho, cerrando la puerta tras de sí. Al quedarse a solas, corrió a tomar el papel que Jenny dejó sobre la mesilla del café, y tras leerlo, se llevó una mano a la sien y sacudió la cabeza con expresión de desconcierto.

—¡Tiene que ser una broma!

“No puedes huir del destino, este siempre se abre camino”

Al llegar al apartamento, Claire percibió el familiar aroma a comida calentándose en el horno y se quitó el abrigo.

Fue hasta el dormitorio y encontró a David de espaldas a la puerta, quitándose la chaqueta del traje para quedar en mangas de camisa.

—¿Una tarde difícil?

Hizo un comentario genérico, aunque fue obvio que había acertado al verlo girar y notar en su mirada los efectos del cansancio.

—No tienes idea...

—¿Quieres que me encargue de servir la cena?

Él la observó con atención, al tiempo que se despojaba de la camisa y

tomaba algunas prendas de un cajón.

—En realidad, no tengo hambre, necesito un baño, pero puedo acompañarte.

Claire se encogió de hombros, sin dejar de mirarlo, en busca de alguna pista acerca de su estado de ánimo.

—Tampoco tengo hambre, prefiero un café, supongo que podemos congelar esa comida... —se mordió un labio con nerviosismo—. ¿Preparo uno para ti en tanto tomas ese baño?

—Seguro, podríamos hablar entonces.

—Claro.

El tono de ambos era cauto, casi formal, y Claire sintió un desagradable aguijón en el pecho que le llenó de inquietud, pero forzó una sonrisa.

—Te espero en la cocina.

No esperó por una respuesta, dejó la habitación y se encargó de preparar unas tazas en tanto ponía la cafetera. Procuró controlar el ligero temblor de sus manos y endureció el gesto. Era una mujer fuerte, segura de sí misma, y estaba dispuesta a ser sincera tras mantener secretos durante meses con uno de los hombres más importantes de su vida. Solo rogaba que David logara entenderla.

Cuando se reunió con ella, David llevaba una carpeta que dejó sobre la mesa y bebió un poco del café que Claire había dejado para él.

—¿Y bien?

La pregunta la tomó por sorpresa y dio unas vueltas a la taza entre las manos.

—¿Y bien qué?

—No sé qué preguntar, Claire, porque no entiendo qué está pasando, así que tan solo dilo.

Ella asintió tras dudar un instante.

—Tengo que prevenirte—hizo una mueca ligeramente burlona y continuó con tono neutro—; lo que voy a decirte es extraño, y es muy posible que te cueste creerme.

Obtuvo la reacción que esperaba; David cambió su mirada impasible por una de abierta curiosidad.

—Siempre he confiado en ti, Claire, y creeré lo que tengas para decirme.

—¿Aunque sea lo más sorprendente que hayas oído en tu vida?

—Aún así.

Claire tomó un sorbo de su bebida y decidió empezar.

—Desde hace un tiempo... mucho tiempo, en realidad, he tenido unos sueños muy extraños.

—¿Qué clase de sueños?

Ella atendía a sus preguntas con la mirada baja y respondía con voz monótona, falta de emoción.

—Yo, en otro tiempo, uno muy lejano. A decir verdad, no puedo asegurar que la mujer que veo en mis sueños sea yo, pero se ve como si así fuera, y puedo percibir y sentir lo mismo que ella.

Calló, en espera de una réplica, un comentario a esa extraña confesión, pero David no dijo nada, por lo que continuó.

—En esos sueños, todo es muy real, y aunque en un principio me asustaban, han pasado a formar parte de mí. No puedo decir que me guste, al contrario, pero empiezo a comprender que no hay nada que pueda hacer para cambiarlo—Claire sostuvo con más fuerza la taza, hasta que sus nudillos se pusieron blancos—. Soy otra persona allí, y al mismo tiempo, yo misma. Sé que no tiene ningún sentido, pero es lo que ocurre.

David se recostó en la silla y la observó con el ceño fruncido.

—Hay más, ¿cierto? Porque no puedes esperar que crea que nuestra relación ha dado un vuelco por unos sueños que parecen no tener un significado especial.

Claire asintió al cabo de un momento, aún sin atreverse a mirarlo.

—No estoy sola en esos sueños—dijo al fin.

—¿Quién está contigo?

—Un hombre.

—Supongo que no se trata de mí.

Fue más una afirmación que una pregunta y Claire hizo un gesto en señal de que estaba en lo cierto.

—¿Quién es?

—No lo sé con exactitud. Sé tanto de él como de la mujer de mis sueños.

—Pero acabas de decir que ella eres tú.

—Tal vez lo sea, tal vez no; no sé si alguna vez lo sabré con seguridad, y sin embargo, siento lo que ella y de alguna forma su vida es mía también.

David guardó silencio un momento y cuando volvió a hablar su voz se oyó lejana.

—¿Y sus sentimientos por este hombre? ¿Los compartes también?—ante la falta de respuesta, insistió—. Claire, responde y dime la verdad.

—Sí, y lo hago, los siento tanto como ella, y aunque sé que es inconcebible y absurdo, no puedo evitarlo.

David exhaló un suspiro y se pasó una mano por el rostro.

—Son solo sueños, Claire, nada de eso es real.

Ella hubiera deseado responder que tan solo unos meses atrás ella habría estado por completo de acuerdo con él, pero ya no estaba tan segura. ¿Nada era real? Aceptarlo hubiera sido como negar la existencia de Simon y no podía hacerlo.

—¿Y si te dijera que por alguna razón que no alcanzo a comprender del todo, esos sueños son muy reales para mí? No puedo darte una explicación razonable, pero así es.

—Claire, por favor, mírame.

Ella hizo lo que le pedía y dejó que tomara sus manos entre las suyas.

—Acabas de decir que has tenido estos sueños durante mucho tiempo, pero hasta hace unos meses nada había cambiado entre nosotros, y ahora siento como si ya no estuviera aquí. Puedo verte, tocarte—apretó sus manos con fuerza—, pero es como si te desvanecieras ante mis ojos. Sé que ocurre algo más, ¿qué es lo que no me estás diciendo?

Claire levantó la cabeza y lo miró a los ojos; odió encontrarse con su mirada serena y al mismo tiempo tan herida.

—El hombre de mis sueños... lo he visto—continuó con rapidez, porque no creía ser capaz de decirlo todo si se detenía un segundo—. Hace unos meses, un día cualquiera, simplemente lo encontré en mi camino y desde entonces me siento confundida, porque no sé lo que eso significa.

El agarre de las manos de David cedió; pudo notar en su expresión que era lo último que esperaba escuchar.

—Es ridículo.

—Es real.

—¡No lo es! ¡No puede serlo!—David la soltó del todo y su tono fue duro—. ¿Estás diciendo que lo que sientes por mí ha cambiado porque te encontraste con un hombre al que solo habías visto en tus sueños? ¿Alguien que no significa nada para ti?

Esta vez fue Claire quien buscó sus manos.

—De eso se trata, David. Sí es importante para mí.

Él se puso de pie sin reparar en la brusquedad con que se separó de ella. Tenía las manos sobre las caderas y respiraba con dificultad.

—¿Has estado viendo a este hombre a mis espaldas? ¿Me engañas con él? ¿Es eso lo que intentas decir?

—¡No! David, nada ha pasado entre nosotros...

—Pero no niegas que lo has estado viendo.

—No es lo que piensas. Me vi obligada a tratar con él en un principio, y reconozco que hemos hablado con frecuencia, si, pero no te he engañado, nunca lo haría, lo sabes.

—En este momento, Claire, no tengo idea de qué es lo que sé. Pensé que eras la mujer más cuerda y sensata que he conocido y has pasado los últimos quince minutos diciendo las cosas más absurdas. Creí que serías la última persona en el mundo que me engañaría y ya no puedo estar seguro de eso.

—¡No te he engañado!—Claire se puso de pie, furiosa.

David posó una mano sobre el respaldo de la silla, sin dejar de observarla ni un instante.

—Pero deseas hacerlo.

—No puedes creer eso.

—¿Por qué no? Después de lo que has dicho, ceo que puedo pensar cualquier cosa y nada es imposible.

Claire elevó una mano para tocarlo, pero la dejó caer al comprobar que nada de lo que fuera a decir lo haría sentir mejor.

—David, necesito que comprendas, o al menos que lo intentes. Tenía que decirte la verdad.

—¿Para aliviar tu conciencia?

—Mi conciencia está bien—habló con los dientes apretados, controlando a duras penas la ira—. No he hecho nada por lo que deba sentirme avergonzada. Sé que debe ser muy duro oír las cosas que he dicho, lo entiendo, no es algo que esperaras oír, pero solo quiero ser honesta. En verdad pensé que lo entenderías.

—Bueno, obviamente estabas equivocada.

Ante su implacable respuesta y la decepción que atisbó en sus ojos, Claire optó por dejar de insistir. David no iba a ceder, no en ese momento.

—Creo que deberíamos volver a hablar cuando te sientas más calmado.

—Me pregunto cuándo será eso—David usó un sarcasmo afilado poco usual en él—. Necesito un poco de aire.

Ella no intentó detenerlo ni dijo nada que avivara su disgusto, solo lo observó marchar dando un portazo.

Pensó que al ser honesta se sentiría mejor y que incluso cabía la posibilidad de que David mostrara comprensión ante su desconcierto. Ahora se preguntaba cuándo se volvió tan ingenuo; quizá siempre lo fue, pero nunca se vio en una situación como esa hasta ese momento para comprobarlo.

—¿Está seguro de que el nombre Mary Parker no significa nada para usted? Por favor, piénselo unos minutos más.

En la celda acondicionada en la prisión para que los reclusos recibieran a sus abogados se respiraba un aire de desesperanza que combinaba de forma perfecta con el actual estado de ánimo de Claire.

Estaba preocupada y un poco distraída debido a que sus pensamientos se dirigían con regularidad a la difícil situación entre ella y David. Luego de su conversación, desde la cual habían pasado ya cuatro días, las cosas distaban mucho de mejorar. Apenas se dirigían unas cuantas frases corteses y tanto uno como otro parecían poco dispuestos a retomar su charla.

David suavizó un poco su trato y mostraba indicios de sentirse arrepentido por sus acusaciones, pero Claire comprendía que su reacción no había sido del todo inesperada. Tal vez David no fuera el hombre más apasionado del planeta, pero sabía que la amaba y su confesión debió afectarle aún más de lo que demostró en su momento.

El más grande temor de Claire, que era lastimarlo de cualquier forma, se

había convertido en una dolorosa realidad.

No estaba segura de qué esperar o sentir. Por un lado, experimentaba cierto alivio al haber hablado con David, pero este se veía opacado por la angustia que le oprimía el pecho cada que pensaba en lo que debía de estar sintiendo. Y ni siquiera fue capaz de hablarle abiertamente de Simon, no pudo hacerlo, creyó que hubiera sido demasiado para asimilar en tan poco tiempo. Eso, o era tan solo una cobarde que temía lo que sus palabras hubieran podido provocar.

Sostuvo entre sus manos la carpeta que David le dejara aquella noche en la mesa de la cocina, donde se encontraba el documento en el que se indicaba el nombre del testigo del que tanto hablara cuando solicitó la prórroga en el juicio contra su cliente.

Claire leyó varias veces el nombre subrayado e hizo una mueca de frustración. ¿Quién diablos era Mary Parker? A su mente angustiada por todo lo que ocurría en su vida personal, podía sumarle la inquietud que le provocaba el andar a ciegas en el punto clave del proceso. Su cliente no daba muestras de reconocer el nombre y las averiguaciones de Jenny habían dado pobres resultados.

No lograba encontrar una conexión entre su cliente y esa mujer y eso empezaba a exasperarla. Lo último que necesitaba era recibir otra sorpresa desagradable el día que se reanudara el juicio.

—No puede esperar que recuerde a cada mujer con la que he hablado en mi vida, y mucho menos sus nombres.

Las palabras de su cliente reclamaron su completa atención e hizo un esfuerzo por dejar a un lado, al menos por el momento, lo que le preocupaba de sus problemas con David.

—Podría ser una antigua amiga, quizá familiar del hombre asesinado, el señor Redford; es posible que fuera una persona que estuvo presente durante la pelea en el bar aquella noche. Señor Cook, la fiscalía no habría solicitado una prórroga para asegurar su presencia de no ser porque la consideran un testigo fundamental para el caso. Su caso.

El hombre se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos; parecía estar sometiendo su mente a la mayor concentración. Al cabo de un par de minutos, abrió los ojos y sacudió la cabeza.

—Nada. No tengo idea de quién es.

Claire suspiró y asintió, procurando no revelar su decepción.

—Está bien, seguiré investigando, aún contamos con un par de días. Si recuerda algo, solicite una llamada e infórmeme de inmediato.

El hombre asintió, con aire pensativo, pero cuando Claire estaba a punto de incorporarse, sujetó su muñeca sobre la mesa con un rápido movimiento. El agarre era tan fuerte que sintió como si estuviera a punto de quebrarle un hueso.

—¿Qué está haciendo?

—Vas a sacarme, ¿cierto? Dijiste que lo harías.

—Señor Cook, suélteme—usó su tono más profesional, aunque apenas consiguió ocultar su alarma.

—Cuando te contraté, dijiste que encontrarías la forma de sacarme de esta—apretó aún más, y Claire contuvo un quejido—. Tu jefe, el viejo Barnett, dijo que eras buena, que podrías con esto.

Claire le sostuvo la mirada sin pestañear y habló con voz que apenas lograba disimular su ira.

—Si no me suelta ahora, gritaré, y los guardias vendrán de inmediato, ¿ha entendido? ¡Ahora!

Su advertencia surtió efecto; el hombre la soltó con rapidez y se echó para atrás en la silla, en tanto Claire se levantaba y retrocedía de espaldas hasta llegar a la puerta. Una vez allí, golpeó con los nudillos para que un guardia le abriera.

—Si vuelve a tocarme, renuncio, y puedo asegurarle que no encontrará a un solo abogado defensor que acepte su caso; me encargaré personalmente de eso.

No esperó a una respuesta, salió tan pronto como el guardia abrió la puerta y pasó por su lado casi corriendo. Atravesó el corredor sin detenerse un instante y solo una vez que hubo traspasado los controles y se encontró fuera de la prisión, se recostó contra una pared y respiró como si acabara de correr una maratón. Se llevó una mano a la muñeca e hizo un gesto de desagrado al sentir un dolor punzante. Con su piel delicada, tendría un horrible moretón en un par de horas.

De no ser porque el juicio estaba a punto de concluir, habría renunciado sin dudarle un segundo, pero era lo bastante orgullosa y determinada para rehusarse a abandonar un caso que le había costado tanto trabajo desarrollar. Tal

vez su cliente fuera un miserable, pero ella era, ante todo, una abogada, y una muy buena. Si conseguía que saliera en libertad, su posición en el bufete sería inmejorable. Por el momento, era lo único en lo que debía pensar.

Consultó la hora en su reloj y dio un brinco al ver que había pasado casi media hora en ese lugar. Tenía una cita muy importante a la cual no podía faltar, y si no se daba prisa, estaría en problemas.

Reanudó el paso y rezó una pequeña plegaria de agradecimiento al encontrar un taxi al primer intento.

Dio la dirección del juzgado y empezó a revisar unos documentos en tanto el auto se ponía en marcha. Esperaba que su siguiente gestión del día resultara mucho más satisfactoria y menos violenta que la primera.

A última hora de la tarde, el semblante de Claire se veía algo más animado y ciertamente podía decir que se sentía más que satisfecha consigo misma.

Le alegraba tener, al fin, buenas noticias que compartir con personas que en verdad lo merecían.

Acababa de dejar a Bill Richards, el fiscal al que casi imploró que revisara el pedido de libertad condicional para el hermano de Simon, y tras mucho insistir, consiguió que aceptara avalar el legajo ante la junta encargada de tomar una decisión. No era una exageración considerar que había recorrido ya la mitad del camino para lograr una victoria y lo consiguió en tiempo récord.

Su primer instinto fue llamar a Simon para darle las buenas noticias, pero se dijo que eso sería tentar demasiado al destino, por lo que decidió comunicarse con Susan y Lily. Después de todo, ellas podrían informarle a Simon y así no tendría que exponerse a una situación peligrosa.

No pudo evitar sonreír durante todo el tiempo que duró la llamada. Entre los constantes agradecimientos de Susan y los entusiastas gritos de Lily, se sintió como hacía mucho tiempo no le ocurría. Recordó por qué decidió dedicarse a la abogacía, la inmensa satisfacción que producía el obtener alguna clase de justicia...

Por supuesto, insistió en que aún quedaba esperar por una respuesta de la junta y que si bien el apoyo del fiscal sería de gran ayuda, no era lo único que se iba a considerar llegado el momento. Aún así, el entusiasmo de madre e hija no disminuyó ni un ápice, y Claire se sintió feliz de compartir su esperanza.

Una vez que colgó, lo que no fue nada fácil ya que Lily insistía en continuar hablando, se dirigió a la planta baja del juzgado, dispuesta a caminar de vuelta a su apartamento, sin importarle la distancia que debía recorrer. Sentía un poco de frío, pero el abrigo la mantenía lo bastante cubierta para que no resultaba una molestia; por el contrario, el sonido de sus pasos sobre el pavimento le infundían una extraña paz. Caminaba muy despacio, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, o quizá fuera tan solo que se encontraba un poco inquieta de encontrarse con David y continuar inmersa en esa suerte de guerra fría que se había declarado entre ambos.

Apenas había avanzado unas cuantas calles cuando oyó el sonido de un claxon a poca distancia, y frunció el ceño. Al tiempo que veía sobre su hombro para comprobar de qué se trataba.

Lo más natural hubiera sido que se sorprendiera al ver el auto de Simon aparcado a solo unos pasos de distancia, pero no fue así. Al verlo frente al volante, esbozó una sonrisa vacilante y no dudó cuando él le hizo una seña para que subiera.

Cuando ocupó el asiento del copiloto, se quedó en silencio, el auto detenido, en espera de que fuera él quien hablara primero.

—¿Por qué no pareces sorprendida de verme?

—No lo sé.

Su respuesta fue sincera y segura; no tenía sentido dar vueltas alrededor de algo que aún le costaba comprender.

—Al menos no luces disgustada, ese es un avance.

—¿Un avance en qué dirección?

—No lo sé aún.

Claire asintió ante esa respuesta.

—Al parecer no sabemos mucho, ¿cierto?

—Es verdad—Simon sonrió—. Pero no me parece tan malo. Presiento que descubrirlo será lo más importante.

Ella no supo qué decir ante ese comentario; la honestidad de Simon la golpeaba en los momentos más inesperados.

—Acabo de hablar con Susan, ¿por qué no me llamaste?

Y sus bruscos cambios de tema eran igual de desconcertantes.

—No pensé que fuera necesario, supuse que ella te lo diría. Y así fue, obviamente.

—Sí, claro, pero me hubiera gustado oírlo de ti.

—No veo que haga ninguna diferencia.

—La persona correcta puede hacer toda la diferencia del mundo, y esa eres tú para mí.

Claire giró la cabeza para ver a través de la ventanilla y evitar así su mirada, que sentía fija en su rostro.

—Según Susan, ahora solo tenemos que esperar.

Agradeció mentalmente que cambiara de tema una vez más, aunque no por ello se sintió más segura al girar y mirarlo, pero hubiera sido ridículo no hacerlo.

—Sí, pero no creo que dilaten su fallo por mucho tiempo. Unas cuantas semanas, a lo sumo—su gesto se ensombreció al recordar algo—. Pero... estoy un poco preocupada por lo que pueda significar para Susan y Lily el rechazo del pedido. He procurado no crearles demasiadas expectativas, pero...

Simon asintió en señal de comprensión.

—Créeme, nada de lo que digas podría disminuir sus esperanzas. Esa es la razón por la que tenía tantas reservas para hablarles de esta posibilidad, y aunque también me preocupa cómo pueda afectarles una decepción, creo que lo necesitan.

Claire frunció el ceño, un poco desconcertada por sus palabras.

—¿Qué es lo que necesitan?

—La esperanza—respondió él con una pequeña sonrisa—. ¿Qué sería de todos nosotros sin un poco de esperanza, Claire?

Ella sonrió en respuesta y se encogió de hombros, mirándolo con falsa expresión burlona.

—Eres un idealista, ¿cierto?

—Digamos que procuro ver el futuro con algo de entusiasmo; con un trabajo como el mío llega un momento en que debes decidir cómo quieres enfrentar al mundo. Puedo conservar la fe, o... bueno, ya conoces a Colin.

Claire dejó escapar una carcajada muy a su pesar al evocar el semblante siempre malhumorado del detective Lancaster. No, Simon jamás podría ser como

él, la sola idea era absurda. Había algo en Simon que le inspiraba una calidez familiar; parecía la clase de persona capaz de enfrentar cualquier situación con aplomo, pero sin permitir que afectara su carácter de forma negativa. Alguien en quien apoyarse aún en los peores momentos...

—Si supiera qué ofrecer por tus pensamientos, lo haría.

Su voz la regresó a la realidad y sacudió la cabeza al comprender su comentario.

—No valen nada, son muy aburridos.

—Compártelos y permite que sea yo quien juzgue eso.

—Tal vez no sean valiosos, pero no dejan de ser míos.

Simon la miró con una ceja arqueada.

—La enigmática Claire ha vuelto; empezaba a sorprenderme que mantuvieras la guardia baja durante tanto tiempo.

—Nunca nadie me había llamado enigmática.

—Lo eres conmigo.

Ella ignoró su comentario y fijó la vista al frente.

—Si recibo alguna noticia del pedido de tu hermano, prometo llamarte.

—Gracias.

—Ahora debo ir a casa; me dirigía allí cuando me encontraste.

—Y te he mantenido ocupada durante demasiado tiempo. Lo siento.

—No, está bien.

Simon hizo ademán de echar a andar el auto y Claire lo miró, alarmada.

—¿Qué haces?

—Te llevo a casa.

—No, no tienes que... pensaba caminar.

—Es muy tarde, no puedes caminar sola a esta hora. Dame la dirección, o guíame si así lo prefieres.

Cuando Simon puso las manos sobre el volante, Claire estiró una de las suyas y lo sujetó por la manga del traje.

—Por favor, no.

—¿Qué?

—Prefiero caminar, o tomar un taxi si tanto te preocupa mi seguridad, pero no puedo permitir que me lleves a casa.

—¿Por qué?—él miró su rostro inquieto y una expresión de entendimiento afloró a sus facciones— ¿Temes que tu novio se ponga celoso si ve que otro hombre te deja a la puerta? ¿Es eso?

Ella se apresuró a contestar, quizá con demasiado énfasis.

—Claro que no—mentía, claro, y en verdad no se trataba de cualquier hombre, era él—. Se trata de mí.

—En ese caso, no lo entiendo.

—Dices que soy enigmática, ¿cierto? Quizá tengas algo de razón después de todo.

Tras un par de minutos, Simon asintió de mala gana.

—Como quieras, pero no caminarás.

—De acuerdo, pero solo acepto porque tienes razón en que es ya muy tarde, no lo había notado.

De pronto, Simon tomó la mano que aún permanecía sobre su chaqueta y acarició el dorso con el pulgar.

—En algún momento tendrás que confiar en mí. ¿Recuerdas lo que te dije respecto a que te sostendría cuando cayeras?

—No sabía que te referías a eso.

—A veces, decir la verdad es como arrojarse a un abismo.

—Eso no suena muy bien—el tono de Claire estaba cargado de amargura.

—Pero tampoco es tan malo como parece pensar.

Ella intentó liberar su mano, pero Simon no lo permitió y aunque su agarre era gentil, el movimiento le provocó un tirón doloroso en la muñeca lastimada durante su encuentro con Cook. Simon notó su gesto y con una rapidez sorprendente que la tomó del todo desprevenida, levantó la manga de su chaqueta.

—¿Qué ocurrió?—miró los cardenales en su muñeca con asombro.

—No es nada.

—Claire, no preguntaré otra vez. ¿Qué es esto?

Él nunca había usado ese tono al dirigirse a ella; era frío, tenso y en cierta medida, peligroso.

—Un accidente de trabajo—reconoció de mala gana al intuir que no aceptaría otra evasiva—. No es importante.

—Accidente...

Al comprender las implicaciones de su respuesta, Simon soltó su mano y di un golpe sobre el volante con tanta fuerza que le provocó un sobresalto.

—¿Ese bastardo te tocó?

Claire decidió no fingir que no entendía a quién se refería Simon ya que le advirtió con frecuencia acerca del carácter de Cook.

—Ya te lo dije, no es importante. Puedes encontrarte con toda clase de personas cuando tienes una profesión como la mía. Este cliente en particular, bueno, digamos que seré feliz cuando nuestra relación laboral haya terminado— Claire se encogió de hombros, en su afán de restarle importancia al tema—. Créeme, he tratado con individuos peores, aunque sé que no es algo acerca de lo que se deba alardear...

Al no obtener respuesta a su incontenible parloteo, miró a Simon por el rabillo del ojo y le sorprendió que se mantuviera casi estático, con la vista fija en el parabrisas y una expresión glacial.

—Simon...

—No vas a renunciar, ¿verdad?

—¿Te refieres al caso? No, por supuesto que no, he llegado muy lejos.

—Oh, sí, vaya que lo has hecho.

—¿Qué significa eso?

Claire sintió que empezaba a enfadarse. Odiaba cuando Simon adoptaba esa exasperante actitud, como si cuestionara todo lo que hacía.

—No deberías haber aceptado ese caso; Cook es un maldito lunático, un hombre violento y, lo lamento por ti, culpable—se movió solo para girar la cabeza y observarla con seriedad—. Es un asesino, Claire, ni siquiera deberías estar en la misma habitación con un tipo como él.

—La fiscalía no ha podido probar...

—¡Olvida a la fiscalía! ¡Olvida esa obsesión por ganar! Estoy hablando de la verdad, esa a la que pareces temer tanto—fue alzando la voz según hablaba

—. ¿No has pensado en el peligro que corres? Una muñeca lastimada no es nada comparado con lo que ese hombre podría hacerte en un pestañeo.

—¡Por favor! Ahora exageras. ¿Crees que no soy capaz de defenderme?

—No, no creo que puedas, no en una situación como esa. Eres mucho más frágil de lo que te gusta admitir; tal vez puedas engañar a otros con esa falsa armadura de abogada invencible, pero yo sé que puedes quebrarte como cualquier otro ser humano.

—¡Nunca he dicho que no soy un ser humano!

—¡Entonces deja de actuar como si lo creyeras!

Tras ese intercambio de gritos, ambos permanecieron en silencio por unos cuantos minutos, que a Claire le parecieron horas. Estaba a punto de abrir la portezuela y bajar para reanudar su camino cuando la voz de Simon reclamó su atención y lo observó con furia mal disimulada.

—¿Comprendes ahora que gritar no es tan terrible?

—¿Qué?—lo miró con expresión de desconcierto.

—Esto. Gritar. Decir lo que piensas sin falsas cortesías o frases estudiadas.

—¿Estás diciendo que todo esto ha sido para probar una estúpida teoría?

Simon negó con la cabeza y se inclinó en el asiento para tomar su rostro entre las manos.

—No, lo que quiero decir es que me aterra que algo malo pueda ocurrirte; que si ese miserable no estuviera en una prisión de máxima seguridad, lo mataría. Quiero que entiendas que apenas puedo mantener el control cuando se trata de ti, ¿o crees acaso que voy por allí gritándole a cualquiera? A veces no sé qué hacer contigo; tengo ganas de sacudirte hasta que entres en razón y dejes de arriesgarte de esta forma, y un minuto después solo puedo pensar en que necesito abrazarte y mantenerte a mi lado y a salvo por siempre.

Claire lo escuchaba con los ojos muy abiertos y la respiración agitada; sentía como si algo le impidiera respirar con normalidad, y un inesperado deseo de llorar le golpeó tan fuerte que debió forzarse a pestañear para mantener el control.

—¿Qué me has hecho, Claire? ¿Eres alguna clase de bruja? ¿Cómo es posible que te conozca hace tan solo unos meses y te hayas metido de esta forma bajo mi piel?

—Simon...

—Me despellejaría si así pudiera librarme de esta necesidad que siento por ti, pero no creo que haga ninguna diferencia, y la verdad es que no quiero hacerlo. Te quiero en mí, Claire, y nada cambiará eso.

Ella posó una mano sobre su pecho; no sabía si deseaba alejarlo o sentir su calor.

—No puedes continuar diciendo cosas como estas, Simon, no está bien.

Él esbozó una sonrisa que la desarmó por completo, en especial cuando deslizó una mano tras su cuello y la atrajo hacia sí.

—En ese caso, vas a odiarme por esto.

Claire no tuvo tiempo de preguntar a qué se refería y tal vez no lo hubiera hecho de tener la oportunidad; estaba como hechizada, mirando la forma en que acercaba el rostro al suyo, atenta al sonido de su respiración y al cosquilleo sobre sus labios cuando lo tuvo a milímetros de distancia.

Él se detuvo un instante, casi como si deseara obtener su permiso y ella tan solo cerró los ojos, rindiéndose a lo inevitable.

Cuando Simon la besó, sintió como si algo roto dentro de ella, muy en el fondo de su ser, y que hubiera permanecido escondido durante mucho tiempo, hubiera empezado a unirse, pieza por pieza, pegadas y selladas por un celo invisible que irradiaba una calidez abrasadora.

No era del todo consciente de lo que hacía, apenas reparó en el hecho de que se sujetaba a Simon con la misma necesidad de que él mencionara hacía tan solo unos minutos.

No tenía idea de que fuera capa de sentir todas esas emociones que se desbordaban dentro de su pecho. El cabello de Simon entre sus dedos le provocaba un delicioso cosquilleo y entreabrió aún más los labios para profundizar el beso. Jugó con su lengua mientras él mordisqueaba las comisuras de su boca, en una extraña danza, del todo sincronizados respecto a qué hacer para convertir ese momento en uno memorable.

En cierta medida, fue como si tan solo acabaran de encontrarse el uno al otro y no estuvieran dispuestos a separarse. Y sin embargo, cuando Claire sintió que la mano de Simon se enredaba en su chaqueta, deshaciendo los botones del frente, un halo de claridad se filtró en su mente y abrió los ojos.

Al encontrarse con su mirada vidriosa, fue fácil suponer que debía

ofrecer una visión similar. Apoyó las manos sobre sus hombros y lo empujó con todas sus fuerzas.

—No.

Le costó reconocer esa voz como suya, pareció más un graznido que un sonido humano.

—Claire...

—No, no, no—repitió esa palabra una y otra vez, como quien invoca un conjuro—. Te lo ruego, no.

Simon debió percibir la desesperación en su voz, porque se retiró de mala gana y volvió a su posición en el asiento del conductor.

—No te atrevas a negar que esto no ha significado para ti lo mismo que para mí—habló al cabo de un momento, su tono era de abierto desafío.

—No lo haré.

—Bien.

Permanecieron en silencio, él aún con la mirada fija en el volante y ella con la cabeza apoyada sobre la ventanilla. Cuando Claire notó que sus manos temblaban, las frotó una contra la otra, consciente de que el temblor no era causado por el frío.

—Necesito irme ahora.

Simon asintió ante su pedido, esta vez sin discutir; tan solo salió del coche sin decir una palabra y dio la vuelta para abrir la puerta del copiloto, lo que Claire agradeció. Una vez que estuvo fuera, se detuvo a su lado sobre la acera y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. No sabía lo que iba a encontrar, no tenía idea de lo que esperaba, pero cuando se topó con su mirada sintió una calidez recorrer su cuerpo.

No estaba arrepentida, y la idea le asustó.

—Simon...

—Buscaré un taxi para ti.

Exhaló un suspiro, mezcla de alivio y ansiedad mientras él daba media vuelta para detener un coche. No tardó mucho en encontrar uno y antes de que pudiera darse cuenta, se vio en su interior, con Simon agachado frente a la puerta del asiento trasero, mirándola con la intensidad que parecía reservar solo para ella.

Pensó en alguna frase apropiada para decir, pero no pudo pensar en ninguna, de modo que se limitó a devolverle la mirada y sufrió un pequeño sobresalto cuando se inclinó sobre ella, introduciendo casi medio cuerpo en el coche. Su sorpresa fue mayor al sentir sus labios sobre el oído, y una mano posada en su rodilla.

—Acércate a ese borde, Claire, te esperaré, te sostendré; pero si tardas demasiado en decidir, no puedo prometer que no vaya tras de ti y te dé el empujón que parece necesitar.

Ella forzó una risa que murió pronto en su garganta al encontrarse con su expresión una vez que se separó.

—¿Es alguna clase de amenaza?—procuró mantener un tono neutro.

—No, es solo una promesa. Para ambos.

Luego de esas palabras, cerró la puerta y retrocedió un par de pasos. Claire no giró a verlo una vez que el taxi arrancó, pero sabía que él no iba a moverse de ese lugar hasta que se perdiera de vista.

Acababan de hacerle la promesa más extraña y perturbadora que había recibido en su vida, y solo podía pensar en que una vez que llegara a su apartamento, quería recostarse en su cama, cerrar los ojos, y dormir por años.

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 11

Estaba hecho. Finalmente, y por siempre.

Una reservada ceremonia en una aún más discreta capilla, si así se podía considerar al pequeño lugar en el que fueron recibidos por un ministro amigable y con toda la apariencia de estar acostumbrado a verse envuelto en situaciones tan poco ordinarias como aquella. No era difícil suponer que la promesa de una más que generosa compensación por sus servicios, en forma de un donativo a la iglesia, fue también un aliciente para conseguir su ayuda.

Las palabras fueron breves, pero cargadas de emoción, y sus respuestas tan sinceras que en más de un pasaje de la ceremonia debió controlar el deseo de derramar alguna lágrima que traicionara el gran alivio que sentía al verse unida por siempre al hombre a quien tanto amaba. Y sin embargo, no se atrevió a mirarlo ni una sola vez durante el rito, y no por falta de deseo, sino porque temió que sus emociones se desbordaran si lo veía de la misma forma en que sentía hacía él con ella. Sostuvo su mano con firmeza hasta que el ministro les dio su bendición y solo entonces se permitió mirarlo con discreción.

No se había equivocado. Él la contemplaba con el mismo fervor que parecía reservar solo para ella, y esa seguridad la hizo inmensamente feliz.

Tras dejar la capilla, cobijada por el grueso abrigo que él se había encargado de llevar en precaución a la inclemencia del clima, posó una mano sobre su brazo, y al instante él la tomó, se la llevó a los labios, y en tanto caminaban, la deslizó con un movimiento delicado y discreto para que se uniera a la suya en el bolsillo del abrigo. Ese sencillo toque, tan frágil como el aleteo de una mariposa, le produjo un calor tan profundo que sintió como si todo su cuerpo acabara de ser sumergido en una deliciosa bañera con agua caliente. La comparación le arrancó una sonrisa, que él se apresuró a corresponder.

Amaba su sonrisa, y aún más, amaba ser una de las pocas personas en el mundo que, sabía, podían compartirla.

El trayecto en el carruaje que los esperaba fue corto, apenas de unos minutos y durante todo el tiempo que duró, se mantuvo recostada sobre su pecho, con la agradable sensación de una de sus manos deslizándose por su cabello con movimientos rítmicos.

Al llegar a la posada, y tras una breve charla con el dueño, se vieron

ocupando su mejor habitación, que para el pobre hombre resultaba del todo inadecuada considerando su posición, pero a ella no le importó y supo, sin asomo de dudas, que él compartía su opinión.

Solo cuando se quedaron a solas, lo miró tal y como había deseado durante horas, días, e incluso semanas; en verdad, era justo decir que anheló ese momento desde la primera vez que lo vio, aún cuando entonces no lo supiera.

Uno frente al otro, se observaron en silencio. Ella con cierta timidez; él como si se encontrara frente al tesoro más preciado y temiera que se desvaneciera frente a sus ojos. Se inclinó para posar los labios en su mejilla y luego levantó una de sus manos, sosteniéndola frente a ambos, depositando besos sobre cada dedo hasta llegar al que lucía el sencillo anillo de oro. Le dio un par de vueltas sin dejar de observarlo, y le dedicó una cálida sonrisa.

—¿Por siempre?

Esperaba esa pregunta, no la tomó por sorpresa. Era curioso pensar que un hombre tan fuerte, tan seguro de sí mismo, y tan poderoso, se expresara con un oculto temor que ella podía adivinar con solo mirarlo a los ojos.

Se puso de puntillas, acercó el rostro al suyo, y juntó sus labios, no sin antes responder lo que sabía él necesitaba oír.

—Por siempre.

A pesar de tener varios problemas a los cuales debía prestar atención, Claire no varió su entrega al trabajo; el mantenerse ocupada le daba una excelente excusa para mantener la cordura.

El día anterior a la audiencia del juicio, continuaba en su búsqueda de información acerca de la misteriosa testigo que David pensaba presentar ante el jurado.

Mary Parker.

¿Quién era esa mujer y cuál era su relación con su cliente? Si optaba por confiar en Cook, cosa no del todo razonable, él no la conocía en lo absoluto, así que debía estar relacionada con la víctima, pero por más que tanto ella como Jenny se entregaron a buscar datos referentes a esa mujer, no encontraron nada que les pareciera relevante para el caso. Lo mejor que podía hacer era confiar en que su testimonio no fuera tan valioso como la fiscalía parecía pensar, y en caso estuviera equivocada, prepararse para contar con una réplica apropiada.

—¿Puedes creer la cantidad de mujeres que se llaman Mary en esta ciudad? ¿Y lo común que es el apellido Parker? Y aún peor, lo poco que nos interesa en realidad, porque ninguna mujer con ese nombre y apellido parece tener nada que ver con el caso de tu espantoso cliente.

Después de su última entrevista con Cook, Claire decidió optar por no corregir a Jenny cada vez que se refería a su cliente con abierto desprecio. Aunque intentó ocultarle su conducta en la prisión, su amiga la conocía lo suficiente para darse cuenta de que algo grave había pasado y no la dejó en paz hasta que le habló al respecto. En cierta medida fue un alivio hacerlo, ya que pudo también compartir su encuentro con Simon, aunque no entró en incómodos detalles y agradecía que Jenny no se los pidiera, lo que fue toda una sorpresa.

Cuando le preguntó al respecto, el por qué de su poco común discreción, obtuvo una respuesta que quizá hubiera preferido no escuchar. Según Jenny, sus sentimientos eran tan profundos que no se atrevía a hurgar en ellos. Podía intentar aconsejarle de la mejor forma posible, pero no iba a convertirse en una parlanchina curiosa, que en su opinión, era lo que menos necesitaba en su vida.

De vuelta al presente y luego de dar otra mirada a las carpetas que Jenny dejara sobre su escritorio, Claire sacudió la cabeza y mordió su lapicera con expresión pensativa.

—¿No te ha dicho tu abuela que el morder objetos es una pésima costumbre?

Claire dejó caer su lapicera con una mirada ceñuda.

—Desde luego que lo ha hecho, pero obviamente no ha tenido mucho éxito en conseguir que lo deje—se encogió de hombros, con ademán resignado—. Esto es raro, Jenny, tengo un mal presentimiento.

Su amiga se cruzó de brazos, con la cadera apoyada sobre el escritorio.

—¿Estamos hablando del caso o de tu vida amorosa?

Se ganó una mirada de desagrado ante la pregunta hecha con tono ligeramente burlón.

—No es gracioso.

—Claro que no, pero alguien tiene que aligerar el ambiente; pareces a punto de estallar.

—O de lanzarme a un abismo—masculló Claire entre dientes.

—¿Hacer qué?

Su amiga negó con la cabeza, sin responder a su pregunta.

—De modo que al parecer tendremos que esperar a mañana para saber cuál será el movimiento de la fiscalía—Claire decidió retomar el camino seguro.

—No veo otra alternativa... Odio cuando eso pasa; por lo general soy muy buena investigando.

Claire sonrió a medias al percibir la indignación en el tono de Jenny. Obviamente, se tomaba casi como una afrenta personal el no haber sido capaz de conseguir la información que necesitaban.

—No tienes que verlo de esa forma, Jenny, sabes que eres indispensable para el caso. Es solo que no puedes hacerlo todo.

—Disculpa, pero me gusta pensar que sí puedo—su amiga hizo una mueca y la miró con interés—. ¿David no te ha dado ninguna pista?

—¿Qué?

—Ya sabes, algo. Viven juntos, ¿no ha dejado algún sospechoso e interesante archivo descuidado para que pudieras darle una mirada?—ante la expresión indignada de su amiga, hizo un gesto de arrepentimiento—. Lo siento, lo siento, comentario estúpido, nunca harías algo así.

Claire se adelantó en su asiento y entrelazó las manos sobre el escritorio, sin variar el ceño fruncido.

—No solo nunca haría algo tan poco ético, sino que David sería incapaz de prestarse a ello.

—Lo sé, ya lo dije, lo siento. Es solo que me vuelve loca no poder hacer algo más—Jenny se encogió de hombros—. De cualquier modo, supongo que las cosas siguen un poco tensas entre ustedes...

Esperaba que Claire se mostrara aún más disgustada, pero no fue así; por el contrario, la tensión en su cuerpo pareció relajarse y exhaló un suspiro.

—Esa es una palabra muy generosa; creo que nuestros problemas van mucho más allá.

—¿Ha vuelto a preguntar acerca de Simon... quiero decir, de ya sabes quién? ¿El hombre de tus sueños?

—No, ni siquiera ha tocado el tema, y yo tampoco lo he intentado. Le dije todo lo que podía, Jenny, y aunque reconozco que fue una tontería esperar que comprendiera, de alguna forma quería que lo hiciera. David es muy importante para mí, no quiero que piense lo peor, y al mismo tiempo, si lo

hiciera, ¿acaso estaría equivocado?

Jenny asintió al cabo de un momento.

—David y tú son muy parecidos; prácticos, desconfiados y poco abiertos a creer algo que escapa a su entendimiento; por eso siempre he pensado que no son la mejor pareja... sin ofender. Es lógico que le resulte complicado creer lo que le dijiste, es demasiado extraño para él, por eso busca explicaciones que sí pueda aceptar. Aún así, quizá si vuelven a hablar del tema, pueda hacer un esfuerzo y abrir su mente; no es porque seas mi amiga y te quiera, pero creo que te mereces que te crea, él debe saberlo. Y en cuanto a que piense lo peor y que esté en lo cierto, ¿lo dices por haber besado a Simon?

Claire tardó un momento en responder, y cuando lo hizo, su tono fue seguro, aunque no por ello menos cargado de preocupación.

—En parte.

—¿Qué quieres decir?

—El besar a Simon, corresponderle de cualquier forma... sé que no está bien, Jenny, y voy a decírselo a David. No hay una excusa para hacer algo tan terrible y él merece saberlo porque más allá de lo que ocurra entre nosotros, de lo que ambos sentimos ahora el uno por el otro, nos merecemos la verdad. Durante estos últimos meses he visto resquebrajarse nuestra relación frente a mis ojos y no hice absolutamente nada; dejé que él imaginara mil escenarios distintos sin tener el valor para contarle lo que pasaba...

—¡Pero lo hiciste!—su amiga la interrumpió con voz de trueno, las manos sobre las caderas—. Le dijiste la verdad, y si él no te ha creído no es tu culpa.

—Aprecio tu lealtad, Jenny, pero sabes que dejé pasar demasiado tiempo para hacerlo. Es solo que no pensé que las cosas llegarían a este punto, ¿cómo soñar siquiera que Simon se convertiría en una persona tan importante para mí? —hizo una mueca sin asomo de gracia—. Considera que cuando lo conocí solo podía pensar en que debía correr en la dirección contraria.

—¿Y ahora?—Jenny borró el gesto adusto y la miró con interés.

Claire apoyó el mentón sobre una mano y fijó la mirada en los papeles sobre el escritorio sin verlos realmente; su voz se oía lejana, casi como si hablara consigo misma y hubiera olvidado en parte a su amiga.

—La presencia de Simon en mi vida me ha generado mucha confusión, ya lo sabes, pero también despertó muchas otras cosas en mí, cosas que ni

siquiera pensé que fuera capaz de experimentar. Cuando nos besamos... ¿conoces esa sensación de haber vivido toda tu vida con una pieza faltante? No sé cómo explicarlo, es raro, pero hasta ese momento no me di cuenta del todo de que carecía de algo, ni de que echaba de menos a una persona que hasta hace unos meses ni siquiera conocía. Es como si hubiera pasado buena parte de mi vida con la sensación de estar a la espera de algo, o alguien, y cuando lo besé, esa pieza que hacía falta simplemente apareció, se unió a las otras que estaban allí, y encajó de forma perfecta—Claire suspiró y se encogió de hombros, más consciente de sus palabras—. Lo sé, es ridículo, y si hace unos meses alguien me hubiera dicho que sería capaz de creer o sentir algo así, le habría acusado de desquiciado. Vamos, no te contengas, puedes decir lo que piensas.

Ante la falta de respuesta, miró a su amiga y le sorprendió que pareciera muy interesada en la moqueta de la oficina.

—¿Jenny? ¿Qué...? ¿Estás llorando?—el tono incrédulo de Claire restó solemnidad a sus palabras.

Jenny levantó la cabeza y se pasó una mano por los ojos con discreción.

—Lo siento, pero no tiene nada de ridículo; en realidad, es bastante romántico.

—¡Dios!

—¿Qué?

Claire soltó un bufido y la miró sin disimular su fastidio.

—No hay nada de romántico en esto, o tal vez sí, no lo sé—hizo un gesto de impotencia con las manos—. Ese no es el punto, solo te he dicho lo que siento, pero eso no significa... Jenny, no te hagas falsas ilusiones; nunca pasará nada entre Simon y yo.

Fue el turno de Jenny para mirar a su amiga como si acabara de perder la razón.

—¿Qué? ¿Por qué? Después de lo que acabas de decir... las piezas que faltaban, el rompecabezas y el sentirte completa...

—¿Y por qué es eso? ¿Cuál es la verdadera razón de mis sentimientos? Creo que solo se debe a que Simon es igual al hombre de mis sueños, al que esa otra...yo, ama tanto. ¿Crees que podría ocurrir algo entre nosotros ahora? ¿Aquí? ¿En este mundo, en este momento? No sé si todos estos sentimientos son el reflejo de lo que percibo en mis sueños. No sé en verdad qué es lo que siento por Simon, si hay algo más que una ilusión entre ambos.

—Creo que esa línea de pensamiento no es nada justa para con Simon; y además, te conozco lo suficiente para saber que cuando algo te intimida, inventas mil excusas para evitarlo—Jenny la señaló con un dedo acusador—. No sé qué habrá sentido esa Claire del pasado; ahora que lo pienso, ni siquiera sé cuál es su nombre, pero no es ella quien acaba de decir que un hombre ha calado tan hondo en su vida que la hace sentir completa, y que si lo deja ir, y se niega la posibilidad de abrirse a él y confesarle sus sentimientos, no podrá perdonarse nunca. Y sí, eres tú a quien me refiero, Claire Jones. Tú, terca y exasperante mujer.

Claire observó cómo su amiga se cruzaba de brazos y la veía con la barbilla alzada, como instándola a atreverse a contradecir sus palabras; suponía que era esa la mirada reservada para sus hijos cuando se llevaban una reprimenda. Tardó un momento en procesar lo que le dijo, y aún cuando no creía estar del todo de acuerdo con sus palabras, apreció que se preocupara tanto por su felicidad, por lo que no pudo disgustarse con su actitud.

—¿Nunca te he dicho su nombre?

Jenny pestañeó, un poco sorprendida por el brusco cambio de tema, cuando esperaba una respuesta airada.

—¿Qué?

—El de la mujer en mis sueños.

—No, no lo has hecho—su amiga frunció un poco el ceño, como si apenas hubiera considerado el tema.

—Es Catherine—dijo al fin.

—Es un bonito nombre.

Claire asintió y esbozó una media sonrisa.

—Sí, eso creo también.

Jenny suavizó el gesto.

—¿Y él? ¿Sabes su nombre?

—Es muy extraño, pero a pesar de que creo nunca haberlo oído nombrar, sí, lo conozco—se encogió de hombros, en señal de divertida confusión—. Es Anthony.

—Catherine y Anthony. Suena bien.

Claire puso los ojos en blanco y no respondió al comentario de su amiga.

Bajó la mirada a los papeles sobre su escritorio y se concentró en la lectura, señal para que Jenny dejara el despacho, lo que hizo. Pero antes de cruzar la puerta, se detuvo un momento bajo el dintel y miró a su amiga sobre el hombro.

—Claire y Simon también suena muy bien.

Cuando Claire levantó la vista, un poco sorprendida por esas palabras, su amiga ya había cerrado la puerta tras de sí, y no tuvo más alternativa que sacudir la cabeza y forzarse para volver su atención al trabajo.

El día de la audiencia, sentada muy erguida en la silla que le correspondía a la defensa, Claire pasó una vez más la mano sobre la libreta que usaba para tomar notas y notó una leve vacilación en el gesto.

Estaba nerviosa.

Negar lo hubiera sido ridículo, desde luego que le preocupaba lo que esa audiencia en particular podría significar para el caso. En escasos minutos sabría lo que esa misteriosa testigo podría aportar a favor de la fiscalía y en contra de su cliente.

Miró con discreción en dirección al escritorio de la fiscalía, donde una radiante y desagradable Karen acomodaba una serie de documentos, en tanto David se veía serio, con la mirada fija en el estrado del juez, aún vacío. No le extrañó que no girara a verla, como había ocurrido en las anteriores audiencias; ahora las cosas entre ellos eran muy distintas.

Su comunicación era escasa, por no decir que casi inexistente, apenas se veían en el departamento que compartían ya que tanto uno como otro parecían haber decidido pasar allí el menor tiempo posible. David usaba las excusas más rebuscadas para evitar hablar con ella, y desde hacía unos días se trasladó a la diminuta habitación de invitados, gesto que Claire agradeció en silencio; no hubiera soportado compartir la cama con él, no después de lo ocurrido con Simon, no cuando se sentía una traidora y sus sentimientos eran una maraña de confusión.

Dio una mirada por la sala y no le extrañó la escasa asistencia; su fin era encontrar a la testigo de la fiscalía, aún cuando no tenía idea de su aspecto. Tras mirar una y otra vez con fijeza a unas cuantas mujeres que llamaron su atención, dejó su examen. Si estaba allí, no tenía cómo saberlo con seguridad hasta que subiera al estrado.

Cuando las puertas laterales se abrieron y un par de guardias que

franqueaban a su cliente lo llevaron hasta el escritorio, le dirigió una mirada de falsa amabilidad, la misma que pensaba conservar cuando el jurado hiciera su aparición.

—Bonito traje, ¿es nuevo? ¿Esperas que algo importante pase hoy?

Claire ignoró las preguntas hechas con tono burlón y miró a su cliente sin variar su expresión.

—Lo sabremos pronto.

—No pareces muy confiada, Claire.

—Es señorita Jones. Y no, no me siento nada confiada. Solo los tontos se confían.

—Me gusta esa actitud.

Apenas logró disimular un gesto que hubiera revelado el desprecio que le inspiraba, por lo que decidió dar una nueva mirada a la sala, y sus ojos se encontraron con otros muy familiares, lo que le provocó un brinco en el corazón y que sus manos empezaran a sudar.

¿Qué hacía Simon allí? Aún más importante, ¿por qué le sonreía de esa forma, como si estuviera allí solo por ella? Claire contuvo el aliento, retiró la mirada con gran esfuerzo y volvió su atención al frente. Sin embargo, el mudo intercambio de miradas captó la atención de Cook, que observó a Simon con una ceja alzada y una expresión que Claire solo pudo reconocer como miedo, lo que le sorprendió lo suficiente como para mostrar su desconcierto.

—¿Qué ocurre?

—¿Lo conoces?

Pensó en qué era lo más apropiado para responder; no estaba dispuesta a tratar su vida personal con ese individuo, antes se cortaría un brazo. Sin anestesia.

—Es un detective.

—Uno de los que me encerraron.

Claire hizo un gesto para que bajara la voz, lo último que necesitaban era llamar la atención cuando tanto el jurado como el juez debían de estar a punto de entrar a la sala.

—Lo sé.

—¿Sabes también qué hace aquí?

—Supongo que vino interesado por conocer lo que ocurra hoy.

—Creo que sus intereses son otros—se pasó una mano por la barba mal afeitada y la miró con cierta burla hiriente—. ¿Te conté que recibí una visita suya luego de nuestra última... conversación? Nada grave, si una amenaza de que me arrancará la cabeza si me atrevo a tocarle otra vez te parece un tema agradable. Y ni siquiera me trajo panecillos...

Claire giró para verlo, más que extrañada, en verdad estaba del todo desconcertada y tuvo que hacer un esfuerzo para cerrar la boca y no mostrar esa expresión de sorpresa. ¿Acaso Simon en verdad había...?

No pudo preguntar, porque las puertas se abrieron y el jurado hizo su ingreso, mientras por otra el juez Collins entraba con paso lento y aburrido. Por el gesto, no parecía muy entusiasmado de encontrarse allí. Nada fuera de lo usual, claro. La idea de que David iba a estar en serios problemas si no presentaba a un muy buen testigo que valiera el tiempo perdido en el receso, pasó por su mente. Collins nunca le perdonaría si le hacía verse como un juez blando que cedía a un pedido hecho con falsas promesas.

—Todo el mundo, siéntese.

El juez Collins se adelantó al alguacil del juzgado, que era quien generalmente daba la orden, y con palabras más amables, por cierto. Por lo que Claire pudo suponer, debía de estar ansioso por terminar con ese caso, y no podía juzgarlo; ella también deseaba acabar con ese engorroso asunto.

—Muy bien, señor King, somos todos suyos. Sorpréndanos.

David respondió al desafío del juez con una cabezada, se puso de pie y giró para dar una mirada rápida al salón. Debió ver algo que le satisfizo porque sonrió a medias y tomó un papel que Karen le extendió con diligencia.

—La fiscalía llama a declarar a la señorita Mary Parker.

Como un acto reflejo, Claire miró sobre su hombro y alzó una ceja al ver a la mujer que se acercaba con paso indeciso al estrado. Cuando pasó a su lado, percibió un fuerte perfume que provocó arrugara la nariz, gesto que recompuso de inmediato. Una vez que el alguacil se encargó de tomarle juramento y ocupó la alta silla, pudo observarla con mayor atención y muchas ideas empezaron a dar vueltas en su mente.

En primer lugar, tal y como tenía por costumbre hacer cada que veía a una persona por primera vez, se fijó en su rostro, no porque deseara juzgar la armonía en sus facciones, sino porque en su experiencia este delataba las

emociones de las personas, o al menos en la mayor parte. Lo que vio en la señorita Parker fue todo un crisol de ellas: el miedo predominaba, junto a la aprehensión, pero también pudo observar que mostraba cierta audacia mezclada con arrogancia, como si se sintiera orgullosa de sí misma por haberse sobrepuesto a sus temores y de verse como el blanco de la atención, con toda una audiencia atenta a lo que tenía para decir.

El rostro maquillado en exceso le generó cierta desconfianza, así como el hecho de que sus manos, que reposaban sobre su pecho, no dejaban de moverse de forma convulsa, rozando los mechones rubios que caían de su peinado demasiado elaborado para su gusto. Miró a su cliente con discreción, por si daba muestras de reconocimiento, pero parecía tan intrigado como ella, de modo que prestó atención a las palabras de David, que luego de alisar su traje, se acercó hasta su testigo y le sonrió a fin de infundirle tranquilidad.

—Señorita Parker, ¿sería tan amable de decirnos cuál es su lugar de residencia?

Ella se aclaró un poco la garganta y dio una mirada alrededor, para elevar luego la barbilla.

—Nací en Kansas, pero vivo aquí, en Boston, desde hace veinte años— su voz era afectada, con una inflexión que Claire juzgó un poco falsa.

—¿Sabe por qué estamos aquí? ¿Cuál es la razón de este juicio?

—Sí, claro.

David señaló a Cook con un dedo, apenas girando para mirarlo.

—Sabe que el señor Gregory Cook está siendo juzgado por el asesinato de Edward Redford. ¿Eso es correcto?

Tras un momento de indecisión, ella asintió.

—No la escuché, señorita Parker.

—Sí. Quiero decir que lo sé, claro que lo sé.

—¿Y asegura que conocía a la víctima, así como al acusado?

Otra pausa y Claire pudo ver cómo la mujer tragaba con dificultad antes de asentir una vez más, aunque en esta ocasión no dudó al contestar.

—Sí, conozco a ambos. Quiero decir que conocía a Eddie, claro, porque ahora está muerto.

—Bien—David hizo una pequeña pausa antes de continuar—. ¿Puede

compartir con nosotros cuál era exactamente su relación con el señor Redford?

Claire frunció un poco el ceño al notar que la mujer se movía inquieta en la silla y miraba de un lado a otro.

—Señorita Parker, esperamos su respuesta.

—Eddie... el señor Redford era un muy buen amigo; lo conocí hace años.

—De acuerdo. ¿Su relación era meramente amical?

Otro movimiento en la mujer hizo notar lo poco que le agradó esa pregunta.

—Bueno, no solo éramos amigos, también pasábamos el rato, ya sabe lo que quiere decir.

David miró del jurado a su testigo con una falsa muestra de desconcierto que Claire identificó de inmediato.

—En realidad, no lo sé, y creo que el jurado también tiene algunas dudas; ¿podría ser un poco más específica?

La mujer chasqueó la lengua, sin disimular su fastidio.

—Nos acostábamos de vez en cuando, ¿de acuerdo? Todo el mundo lo hace—su última frase fue dicha con ligera burla y una buena parte de ferocidad, como si retara a cualquiera a contradecirla—. No era nada serio; nunca tuve quejas y él tampoco.

Claire hizo un gesto de desagrado al ver que algunos miembros del jurado, masculinos en su mayoría, sonreían ante sus palabras. ¡Idiotas! Juzgó que era un buen momento para intervenir, o eso se convertiría en un circo.

—Su señoría, la defensa aún espera escuchar la relevancia del testimonio de la señorita Parker para el caso que tratamos aquí. La vida amorosa de la víctima no es de nuestra incumbencia.

—Sorprendentemente, estoy de acuerdo con la señorita Jones—el juez Collins miró a David con el entrecejo fruncido—. Al grano, abogado.

David no pareció perturbado por el llamado de atención, tan solo asintió y volvió su atención a su testigo.

—Señorita Parker, ¿en dónde se encontraba la noche del asesinato?

—Bueno, salí con unas amigas, ya sabe, colegas del trabajo—la mujer sonrió a medias—. Y luego fui al bar para tomar un trago, lo hago de vez en

cuando; fue allí donde me dijeron que Eddie había estado preguntando por mí, pero se fue porque estuvo en medio de una pelea o algo así, de modo que decidí reunirme con él. Conocía su casa, así que fui para allá, pero nos encontramos en el camino.

Claire se irguió en el asiento según la escuchaba. Eso sí que era interesante.

—¿Recuerda en qué zona de la ciudad con exactitud?

—Seguro. A unas cuantas calles de su edificio, en el callejón.

—¿El callejón en el que fue encontrado su cuerpo?

La mujer se adelantó como si acabara de recibir un golpe en el rostro.

—¡Estaba vivo cuando lo dejé! ¡Lo juro!

David elevó una mano a fin de tranquilizarla.

—Está bien, señorita Parker, aún no hemos terminado, solo necesitamos situarla en el lugar de los hechos, ¿de acuerdo? No nos adelantemos—cuando ella asintió de mala gana, él continuó—. Entonces, usted y el señor Redford se encontraron en el callejón donde la policía y los forenses coinciden que es el lugar donde fue asesinado.

—Sí, eso creo. Quiero decir, sí, allí fue.

—Bien. ¿Qué pasó allí entre ustedes?

—¿Usted qué cree?—la mujer se encogió de hombros.

—No creo nada, señorita Parker, prefiero escucharlo de usted.

—¡Dios! Tuvimos sexo, claro, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Usted no conoció a Eddie, pero no era un gran conversador.

Claire no supo qué le sorprendió más; la declaración de la testigo o el que buena parte del jurado no pudiera contener las risas.

—¡Señores!

Dio gracias de no haberse visto en la necesidad de protestar, ya que el juez Collins se le adelantó, o habría quedado como un ogro y no le convenía en lo absoluto dar esa impresión.

—Abogado, prosiga, y por lo que más quiera, resuma.

David continuó.

—¿Qué ocurrió luego?

—Bueno, me invitó a ir a su apartamento, pero tenía otras cosas que hacer, así que no acepté y me fui.

—¿Lo dejó allí a solas?

—Sí, en el callejón.

Claire se preguntó a dónde deseaba llegar David. Si esa mujer dejó a la víctima con vida, ¿qué más podía aportar a su caso?

—¿Qué hizo usted luego?

La mujer se llevó una mano a la cara y miró en dirección a la mesa en la que Claire y Cook se encontraban, con gesto nervioso. Luego retiró la vista y dio unos golpecitos con los dedos sobre el estrado.

—¿Señorita Parker?

—Lo escuché—la mujer ahogó un suspiro ante el apremio de David—. Caminé un par de calles, pero noté que había olvidado... algo, una cosa, ya sabe, personal, así que regresé.

—¿El señor Redford se encontraba aún allí?

—Sí, pero no estaba solo. Iba a acercarme, pero escuché gritos y vi como Eddie le pegaba un puñetazo al otro tipo. Bueno, intentó pegarle, porque el otro era mucho más fuerte y lo cogió del cuello; luego le dijo algo, no escuché qué, y lo lanzó contra un contenedor de basura en el callejón...

—¿Qué pasó después?—la voz de David era tan fría como el acero.

—Vi a Eddie retorcerse, como si no pudiera respirar. Quise ayudarlo, pero tuve miedo, no sabía qué hacer, pensé que si intervenía ese hombre me mataría también, así que corrí—la mujer se secó una lágrima con un pañuelo que sacó del bolso—. Lo siento mucho, sé que debí hacer algo, pero tenía mucho miedo.

David se acercó al estrado y mostró su mejor rostro de comprensión, sin dejar de observar a su testigo.

—Nadie la está culpando, señorita Parker, hizo lo que pensó era mejor, pero ahora puede ayudar a que el asesinato del señor Redford, de Eddie, no quede impune. Díganos, ¿está presente en la sala el hombre al que vio atacarlo?

Ella asintió sin dejar de lloriquear, con el rostro oculto en el pañuelo. Aún así, su mano no tembló cuando la elevó para señalar sin asomo de duda al hombre sentado al lado de Claire.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

—Supongo que tu abuela también intentó enseñarte lo malo que es maldecir, pero decidiste no prestarle atención.

Claire ignoró el comentario de Jenny y tomó otro sorbo de su soda, sin dejar de mascullar entre dientes.

—¿Cómo es que no lo supimos antes? ¿Qué rayos pasó?

Estaban en el bar cercano a la oficina; eran las primeras horas de la tarde y ya que Claire se encontraba tan alterada por el resultado de la audiencia que tuvo lugar en la mañana, Jenny sugirió que fueran allí a comer algo a fin de que se calmara un poco.

—Es mi culpa, he debido saberlo. Si hubiera hecho bien mi trabajo habría descubierto a esa mujer y nada de esto hubiera pasado.

Claire dejó su vaso sobre la barra y giró sobre el banquillo para observarla. Si bien su mirada era aún más que intimidante, mostró también preocupación.

—No te atrevas a culparte por esto, nadie lo vio venir. Esa mujer salió de la nada y ofreció su testimonio a David, o él la encontró y fue tras ella, aún no estoy segura; cualquiera sea el caso, no es tu responsabilidad. Hicimos una buena investigación, no dejamos ningún cabo suelto; esto no debió pasar.

—¿Y ahora qué?

Su amiga sacudió la cabeza.

—No estoy segura, necesito pensar un poco—se sobó las sienes con la yema de los dedos, los ojos cerrados y el gesto lacónico; al cabo de unos minutos empezó a hablar en voz baja y con rapidez—. No hemos perdido, aún podemos pelear este caso, y voy a hacerlo hasta el final. El testimonio de esa mujer es fuerte, no voy a negarlo, pero no pudo asegurar que viera a Cook matar a Redford. Recuerda, dijo que los vio pelear, que lo lanzó contra un contenedor, pero la autopsia fue terminante; Redford murió por la herida de un puñal en el costado, no por golpes, así que aún no está todo dicho. Ella huyó, no sabe qué pasó después; Cook pudo dejarlo abandonado y alguien más llegó para matarlo, no es imposible.

—Pero tienes que reconocer que es altamente improbable.

Claire abrió los ojos para mirar a su amiga.

—Sí, lo es, pero mi trabajo es encargarme de convencer al jurado de que lo piense, y puedo hacerlo. Si no hay evidencia contundente de que Cook mató a Redford, entonces tenemos una posibilidad; tengo que mantener la duda hasta el final.

—¿Y cuál es el próximo paso? Mañana es tu turno para interrogar a esa mujer, ¿has pensado en lo que vas a preguntar? Porque no soy abogada, pero creo que lo mejor sería no ahondar demasiado en su testimonio.

Claire frunció el ceño ante el comentario de Jenny. Sabía que estaba en lo cierto, pero aún contaba con otras opciones; debía hacer que ese interrogatorio valiera la pena, y para eso iba a tener que jugar todas sus cartas.

—Ahora que conoces su historia, ¿crees que puedas averiguar algo más acerca de ella? Todo servirá, cualquier cosa que logres encontrar. Hay algo en esa mujer que no termina de convencerme...

Jenny la miró con interés.

—¿Crees que mintió?

—No, no exactamente. Pero creo que hay algo más... la forma en que hablaba, era como si estuviera ocultando algo.

—Bueno, jefa, tú eres la experta—Jenny recuperó el gesto alegre y se llevó una mano a la frente en una terrible imitación de un saludo militar—. Supongo que necesitas la información lo antes posible.

—Técnicamente, la necesito ahora, pero supongo que podré esperar hasta esta noche, así tendré tiempo para preparar mi interrogatorio de mañana.

Jenny dejó el asiento, bebió un último trago de su soda, y se puso el abrigo.

—¡Hecho! Lo prometo, encontraré algo.

—No lo dudo.

—¿Y tú qué harás? ¿Volverás a la oficina?

Claire lo pensó un momento y al final, negó con la cabeza.

—No, iré a mi apartamento, quiero hablar con David.

—¿Qué? Por favor, dime que quieres reclamarle por darte semejante sorpresa en el juicio.

—Claro que no, jamás haría algo así, él juega a su modo y yo al mío; siempre ha sido así. Necesito que hablemos de nosotros, te dije que le contaría

acerca de... ya sabes.

Jenny se inclinó un poco hacia ella para susurrar.

—¿Simon y el beso?

Ante el asentimiento de Claire, su amiga hizo ademán de volver a sentarse, pero se lo pensó mejor y permaneció de pie.

—Claire, no creo que sea una buena idea, no ahora.

—No habrá un buen momento para esto, Jenny, y no puedo lidiar con el juicio y esta sensación de estar traicionándolo todo el tiempo.

—¡Pero no es lo que haces!

—Claro que sí; lo he engañado durante meses en mi corazón, y el haber besado a Simon solo lo hace peor. Tengo que decírselo.

Jenny se inclinó un poco hasta quedar casi a su altura, con expresión inquisitiva.

—¿Y qué es lo que buscas con eso, Claire? ¿Quieres que te perdone?

—No lo sé, Jenny, creo que solo deseo sentirme liberada.

Con esa respuesta, Claire se puso también de pie y sacó unos billetes para ponerlos sobre la barra. Cuando estuvo lista para salir, le dio un rápido abrazo a Jenny.

—Gracias—ambas sabían a qué se refería—. No dejes de llamar en cuanto sepas algo, a cualquier hora.

—Sí, señora.

Claire sonrió ante su cómica respuesta y se alejó con paso rápido, decidida a enfrentar la que sospechaba sería una de las situaciones más difíciles de su vida.

David no estaba en el apartamento cuando Claire llegó, pero apareció tan solo media hora después.

Se veía exhausto, aunque satisfecho, y no era difícil suponer que se debía a la audiencia de esa mañana. Después de todo, su plan había dado un excelente resultado, y Claire era lo bastante justa para reconocer cuando alguien obtenía lo que merecía; además, se trataba de David, y aún cuando fueran contendientes, le alegraba saber que las cosas iban bien para él. Desde luego, esperaba dar una respuesta apropiada en la audiencia del día siguiente, pero no era de eso de lo

que deseaba hablar.

—Hola.

Su saludo fue parco, apenas la vio al dejar su maletín sobre el sillón.

—¿Estuviste celebrando?

Se ganó una sonrisa burlona ante el tono irónico con el que se dirigió a él.

—Aún no.

—Pero esperas hacerlo pronto.

—Creí que no hablábamos del trabajo en casa.

Claire comprendió que se había extralimitado en su afán de aligerar el ambiente, e hizo un gesto de arrepentimiento.

—Tienes razón, lo siento, es solo que pensé... creí que debía decir algo y fue lo único en lo que pude pensar.

David asintió y dejó caer su chaqueta con descuido al lado del maletín.

—David... —Claire contuvo el aliento antes de continuar—. Debemos hablar.

—Claire, no es un buen momento.

—Nunca lo será, David, pero tenemos que hacerlo, no podemos seguir huyendo de esto.

Sus palabras parecieron encender una chispa de ira en sus ojos.

—¿Huir? No hay nada por lo que tenga que huir, Claire; pero no creo que puedas decir lo mismo.

—¿A qué te refieres?

David se pasó una mano por el cuello, como si intentara aplacar un dolor punzante y la miró a los ojos.

—Claire, después de todo lo que dijiste... ¿crees que no he pensado mil veces en ello en los últimos días? Me gustaría creer que has estado bajo mucha presión, que fueron solo ideas absurdas que alguien como Jenny podría concebir, y que de alguna forma te has dejado influenciar por ella, pero te conozco demasiado bien como para engañarme de una forma tan ridícula.

—Entonces crees en lo que te dije.

Él reaccionó a su tono esperanzado con una mueca.

—No, pienso que tú lo crees, que has urdido esta locura en tu mente para tener una excusa que alivie tu conciencia.

Claire se irguió en toda su altura y lo miró con el ceño fruncido.

—Eso no es verdad, y no es justo. No he inventado nada, he sido sincera contigo, lo sabes.

—Ese es el punto, Claire, creo que no sé tanto de ti como pensé. Te conozco, sé, pero siento que solo me has mostrado una parte de ti, una que amo, no lo negaré; pero ahora... ¿quién eres realmente? La Claire que quiero jamás sostendría ideas tan absurdas como las que tú parece creer; la mujer a la que amo nunca me hubiera mentido, y engañado...

—¡No te he engañado!

David se cruzó de brazos, con un brillo desafiante en la mirada.

—Claire, reconociste que sueñas con otro hombre, uno al que has visto, con el que hablas. ¡Solo Dios sabe lo que puede haber pasado entre ustedes!— ante la expresión de Claire, mezcla de indignación e inquietud, sacudió la cabeza—. Ni siquiera estoy seguro de querer saberlo...

Claire tragó espeso y se mordió los labios, sin disimular su nerviosismo.

—Lo besé—dijo al fin—. Bueno, él me besó, pero le correspondí. Pasó hace unos días, no fue algo planeado y me siento terrible. Necesitaba contártelo; te lo he dicho antes, no quiero mentirte.

La expresión de David al oírle hizo que su corazón se encogiera y sintiera unas irresistibles ganas de llorar.

—Dime algo, Claire, ¿por qué te sientes tan terrible? ¿Es porque no quieres lastimarme? ¿O porque no te arrepientes?—ante su silencio, dio una cabezada—. Comprendo.

—No, no puedes comprenderlo, lo sé, lo veo en tus ojos. Me juzgas, y tienes razón en hacerlo, pero continúas sin creerme.

—¡Eso ya no importa! Te crea o no, eso no cambiará lo que hiciste, el hecho de que me mintieras... ¡Dios! ¿A quién engaño? No me importaría tanto que lo hicieras, si pudiera estar seguro de que aún me amas. Claire, ¿lo haces? ¿Aún me amas? Y te ruego que no me mientas por temor a lastimarme.

La pregunta la tomó por sorpresa; cuánto hubiera deseado tener una respuesta sincera y segura que darle.

—La verdad, Claire—insistió ante su silencio.

—No lo sé—respondió al fin—. Eres muy importante para mí, David, te quiero, pero mi mente es un caos, y ya no estoy segura de cuáles son mis sentimientos.

—Mala suerte para mí, ¿cierto?

—Lo siento, David, en verdad lo siento.

Él se encogió de hombros.

—Eso es algo que sí puedo creer—dio unos pasos hacia ella, pero pareció pensarlo mejor y permaneció a cierta distancia—. ¿Cómo pasó esto, Claire? Nunca pensé que tuviéramos un amor digno de un poema, pero todo parecía ir tan bien entre nosotros... ¿puede un sueño hacer tanta diferencia?

Su pregunta llevó a su mente las palabras que Simon le dijera la última vez que se vieran. “La persona correcta puede hacer toda la diferencia del mundo...”

—No es un sueño, o al menos no solo se trata de eso, es parte de mi realidad ahora.

David asintió de mala gana, aún un poco desconcertado, aunque era obvio que la ira había desaparecido.

—Realidad... es una palabra que me cuesta relacionar contigo en este momento—suspiró y dudó antes de continuar—. ¿Lo conozco?

Claire comprendió de inmediato a qué se refería y contuvo el aliento. La tentación de no responder fue muy grande, pero se había prometido que no mentiría y no iba a hacerlo, por doloroso que pudiera resultar para ambos.

—Sí, pero no tiene sentido...

—¿Es Holland?

La pregunta la tomó por sorpresa, tanto que no atinó a responder de inmediato y permaneció con observándolo con expresión de asombro.

—No tienes que verme de esa forma, no ha sido difícil de adivinar.

—¿Cómo...?

No alcanzó a formular su pregunta porque él ya había empezado a responder, con tono seco y desapasionado.

—Es la forma en que te mira. No tiene nada de extraño, lo hace como muchos otros; eres una mujer muy atractiva, estoy acostumbrado a que algunos tipos te vean, y no me hace mucha gracia, pero nunca le he dado importancia, al

contrario, supongo que mi ego lo encontraba halagador; después de todo, estabas conmigo—hizo una mueca amarga—. La diferencia está en la forma en que lo ves tú.

Claire lo miró con mayor sorpresa, si eso era posible.

—No pretendo decir que seas muy obvia; a decir verdad, ni siquiera creo que seas consciente de ello. Es solo que... no puedes evitarlo. Ahora lo entiendo.

Ella empezó a pensar en todas las ocasiones en que había compartido espacio con Simon y David y solo pudo pensar en un par de ellas. ¿A qué se refería David con esas palabras? ¿Cómo veía a Simon?

—David, nunca he pretendido...

—Lo sé, algo más que puedo creer sin que te esmeres en convencerme. Claire, no sé qué pasará ahora, parte de mí no quiere saberlo; todo es demasiado confuso y extraño, pero en algo tienes razón; no podemos seguir evitando hablarlo, porque el silencio no lo solucionará. En realidad, no creo que haya nada que podamos solucionar, no para nosotros.

Claire hubiera deseado contradecirlo, asegurarle que lo amaba tal y como siempre, que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa porque las cosas volvieran a la normalidad, pero no pudo, no cuando sentía un remolino en la cabeza y un vacío en el corazón.

—El amor no puede desaparecer—habló más para sí misma que para él, con la vista fija en la nada—. Tú y yo hemos pasado por tantas cosas... simplemente no puede desaparecer.

—Quisiera que así fuera, porque sabes cuánto te amo y todo lo que he deseado siempre para nosotros. Pero te lo he dicho antes, aún sin saber todo lo que sé ahora; no eres la misma mujer que vivía en este mismo lugar, a mi lado, durante los últimos años, algo es diferente en ti ahora. Siento que no puedo ocupar un lugar en tu vida porque ya no pertenezco a ella. No estoy seguro de si este cambio se debe a... —David hizo un gesto de ira y se pasó una mano por el cabello—... él, o hay algo más, pero no puedo imaginar un lugar para mí en tu futuro.

Claire sintió que las lágrimas caían por sus mejillas y las borró con un gesto de furia. No sabía qué era lo que más le disgustaba; si las palabras de David, sus propios actos, lo que le había llevado a ellos...

—Esto no tiene sentido.

—No, yo tampoco puedo verlo, pero no quiero permanecer tan solo

como un espectador de una vida que ya no me pertenece. Te amo, Claire, eso no cambiará en mucho tiempo, si es que alguna vez ocurre; pero necesito pensar en mí mismo, y no es por egoísmo, es solo instinto de supervivencia.

Al mirar su rostro, tan agobiado de tristeza y desesperanza, Claire se aproximó sin importarle que la rechazara, aunque él no hizo ningún movimiento, de modo que posó una mano sobre su hombro con delicadeza.

—Eres un buen hombre, David.

Él tomó su mano, se la llevó a los labios y, tras depositar un beso en la palma, la dejó caer.

—Al parecer, no lo suficiente.

No esperó a una respuesta, le dio la espalda y tomó sus cosas del sillón.

—Mañana será un día difícil para ambos, imagino que estás decidida a echar por tierra mis esfuerzos de hoy—su voz era forzada, falta de humor—. Si tenemos suerte, será la última audiencia antes del veredicto; nunca había deseado tanto acabar con un maldito juicio como en este momento. Buenas noches.

Claire asintió aún cuando él no podía verla, y se sentó como si acabara de participar en un maratón, el cuerpo agotado y la mente perdida, mientras David cerraba la puerta de la habitación de huéspedes tras de sí. Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí, solo que reaccionó al sentir el sonido del móvil en su bolsillo.

Al contestar, reconoció de inmediato la voz de Jenny y tras escuchar lo que tenía para decir, asintió con el semblante serio.

—Gracias por la información, Jenny, no esperaba menos de ti—hizo una pausa para escuchar—. No, no estoy bien, pero no te preocupes, hablaremos luego; solo envía esa información a este teléfono, yo me encargo de lo demás.

Tras sostener una pequeña discusión, colgó, tomó su chaqueta y maletín y dejó el apartamento.

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 12

Jenny estaba en lo correcto al advertirle con tanto énfasis que se mantuviera lejos de ese lugar, pero Claire no acostumbraba permitir que el temor le impidiera hacer lo que estaba determinada a lograr, y además, el terrible episodio con David le había dotado de un arrojo que en otras circunstancias no habría demostrado.

Esa zona de los muelles no era un lugar muy agradable para visitar, definitivamente no lo recomendaría a un turista que deseara conocer la mejor cara de Boston. Una serie de bares y todo tipo de comercios se ubicaban uno al lado de otro, con personas deambulando entre ellos como si estuvieran por completo entregados a la diversión y no a una muy sana.

El lugar que buscaba era el más grande e intimidante de todos, el mismo en el que su cliente y el hombre al que le acusaban de asesinar tuvieron la pelea en esa noche que ambos debían de lamentar. Según las investigaciones de Jenny, la información que Mary Parker, la testigo de la fiscalía, develó durante su testimonio, resultó una mina de oro.

Esa mujer no solo frecuentaba el lugar, era quizá una de sus clientes más fieles, y no había quien no la conociera en la zona. Si no lograron encontrar antes su conexión con el caso, fue simplemente porque no usaron el nombre correcto al preguntar. Si Jenny estaba en lo cierto, iba a encontrar información referente a ella que le sería muy útil en el interrogatorio del día siguiente. Solo necesitaba hablar con las personas correctas y obtener tantos datos probables como le fuera posible.

La conversación con David aún retumbaba en su mente y tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que nublara su juicio. Aunque su primer instinto, luego de hablar con él, fue hacerse un ovillo en el sofá y llorar, tenía una labor que cumplir y tal vez si hacía un esfuerzo por enfocarse en su trabajo podría llevar las cosas con más entereza.

Contempló con desconfianza la fachada descascarada del local, y exhaló un suspiro de resignación antes de entrar.

El interior no era muy diferente, aunque debía concederle al decorador la obvia intención de conferirle cierto aire original al bar. En lugar de los elementos marinos que esperaba encontrar, se sorprendió al verse envuelta por una serie de componentes de diversos estilos, lanzados aquí y allá sin sentido de coherencia o

proporción. Las mesas eran escasas, ya que la mayor parte de la acción parecía desarrollarse en la barra y en la pista de baile que en ese momento era ocupada por unas cuantas parejas que se movían al compás de la música de una banda que, a su humilde entender, no tenía mucho futuro en la industria.

Enderezó los hombros, adoptando su actitud más relajada y se dirigió con paso seguro a la barra, donde encontró un taburete desocupado, muy cerca a un par de hombres que discutían entre sí en voz alta y al lado de una pareja que parecía encontrar muy emocionante el usar un espacio público para sus demostraciones de afecto. El barman, un hombre enorme, con los brazos tatuados y un acento nórdico, le preguntó lo que deseaba para beber y se apresuró a pedir lo primero que se le ocurrió.

Dio una mirada alrededor, pero no encontró un solo rostro que le inspirara la más mínima confianza, de modo que decidió arriesgarse y se adelantó hacia el barman con una sonrisa que esperaba pareciera amigable.

—Hola, estoy buscando a una amiga, quizá pueda ayudarme...

—No.

La cortante respuesta no la desalentó.

—Ella viene mucho por aquí, debe conocerla.

—Y si así fuera, ¿qué? Linda, tengo trabajo y no hablo de mis clientes, ve a buscarle plástica a alguien más.

—¿Alguna recomendación?

El barman pareció hastiado de su semblante voluntarioso y lo poco que le intimidaba, por lo que dio una cabezada discreta para señalar el rincón más alejado del local.

—Si una mujer pisa este lugar, ellos lo saben, y si tienes dos dedos de frente, no te acercarás; y eso es todo lo que voy a decir.

Claire miró tras su hombro y lo que vio hizo que el alma se le fuera a los pies, pero no se amilanó y sonrió nuevamente al hombre frente a ella.

—Gracias.

Sin esperar otra recomendación que sospechaba de cualquier forma no recibiría, se dirigió en la dirección que el barman le había señalado. Cuatro hombres de aspecto amenazador la vieron acercarse con similares expresiones de desconfianza y algo más en lo que prefirió no profundizar.

—Caballeros—dudaba de que alguien se refiriera de esa forma a ellos

con frecuencia—. Ese amable señor de la barra acaba de decirme que podrían ayudarme.

Uno de ellos, el más alto, se adelantó hacia ella e hizo un gesto a sus compañeros, pero Claire no se amilanó y no retrocedió ni un centímetro.

—Se me ocurren un par de cosas en las que podría ayudarte...

—Perfecto, porque solo necesito una. Busco a una vieja amiga y creo que ustedes podrían hablarme de ella.

—¿Una amiga? No sé nada de amigas, pero puedo ser tu amigo si necesitas uno.

Claire mantuvo la sonrisa amistosa, aunque por dentro estaba a punto de empezar a temblar. Aún así, se sentía también lo bastante valiente para hacer frente a esa situación; no que tuviera muchas opciones...

—Eso es muy amable de su parte, pero en verdad es necesario que me hablen de esta amiga. Verán, ella está involucrada en algunos problemas y me gustaría ayudarle—mentía con descaro, pero no se notó en su semblante—. He escuchado que es muy... estimada por aquí y creo que también querrán serle de utilidad.

El hombre que parecía de mayor edad, con tatuajes en ambos brazos y que la veía con más curiosidad que malas intenciones, hizo a su amigo a un lado y se plantó ante ella.

—Me gustas, hablas gracioso. ¿Cuál es el nombre de tu amiga?

—Ya. Acerca de eso, es posible que no la conozcan por su nombre... real, por así decir. ¿Les dice algo el nombre de Mary Parker?

Los cuatro negaron al mismo tiempo con similares muestras de desconcierto. Ese era el momento para probar la teoría de Jenny.

—¿Y Darling Thompson...? ¿Ese les resulta más familiar?

La reacción fue justamente la que esperaba. Gracias a Dios.

—¡Darling!

—¡Ese tesoro!

—¿Eres su amiga? ¡Has debido decirlo antes, mujer! Una amiga de Darling es amiga nuestra—el más alto de los cuatro sonrió con tanto entusiasmo que su rostro se vio casi amistoso—. No la vemos hace siglos, ¿dices que está en problemas?

Esta vez fue Claire quien se adelantó un poco más hacia ellos, con el corazón latiendo de emoción.

—Sí, bueno, es una forma de decirlo, pero no se trata de nada grave. De cualquier forma, quiero ayudarle, pero para hacerlo necesito saber algunas cosas que ella no está dispuesta a decirme; ya saben, puede ser un poco reservada con cierto aspecto de su vida... —sonrió con gesto cómplice, al que, para su alivio, ellos correspondieron de inmediato—. Si ustedes accedieran a compartir algunas anécdotas, quizá, podrían ser de mucha ayuda.

Esperó su respuesta con ansiedad, los dedos cruzados tras la espalda.

—No sé, no me gusta hablar de una dama a sus espaldas...—el mayor de los hombres pareció dudar y sus compañeros hicieron similares gestos al titubear.

De acuerdo. Definitivamente iba a necesitar tomar medidas desesperadas.

—Pero ella jamás se molestaría; por el contrario, sé que estará muy agradecida al saber que le ayudaron—al ver que eso no los convencía del todo, jugó su última carta—. Tal vez puedan hablarme de Darling mientras les invito a un trago.

Los cuatro rostros se iluminaron con idénticas muestras de alegría e incluso el más grande de ellos le pasó un brazo sobre los hombros.

—¡Ahora hablamos el mismo idioma! De cualquier modo, Darling nunca ha sido una dama, así que te podemos contar un par de cosas.

Si Claire hubiera sabido que eso era lo único que hacía falta para lograr que hablaran, lo habría ofrecido desde un principio; pero estaba a punto de obtener lo que necesitaba, y mientras se encaminaban a la barra, se las arregló para deshacerse del brazo del gigante sin ofenderlo.

Una vez que ocupó un viejo taburete y sus fortuitos acompañantes hubieron pedido las bebidas más caras de la casa, ella ordenó un vaso con agua y se preparó para un discreto y, por lo que esperaba, revelador interrogatorio.

Una hora después, sabía tanto de la vida de Darling Thompson o Mary Parker, cualquiera fuera su nombre real, que hubiera podido narrar su historia desde el momento en que puso un pie en Boston. Para su suerte, la mujer no era nada discreta, así que sus amigos, como se hacían llamar, tenían mucho para compartir. Incluso, obtuvo información interesante respecto a la noche en que su cliente y Redford tuvieron la pelea en ese mismo lugar. Podía considerarse más

que afortunada.

Cuando decidió que tenía más que suficiente información para desarrollar un interrogatorio apropiado, consultó su reloj y descubrió alarmada que eran las dos de la mañana y contaba con escaso tiempo para dormir un par de horas y preparar las preguntas, o el ataque, como le llamaría Jenny. Además, sus acompañantes empezaban a mostrar signos de encontrarse mucho más allá de la ebriedad... tal vez fue demasiado entusiasta al ofrecerles pagar lo que desearan beber.

—Bueno, caballeros, no pueden imaginar cuán útiles han sido.

El mayor dio una cabezada con tanto ímpetu que casi se golpea contra la barra.

—¿Ayudará a Darling?

—En gran medida, sí, estoy segura de que ella estará satisfecha de saber que se conocerá la verdad.

Ninguno pareció comprender lo que implicaba su comentario, y tampoco lucieron muy interesados.

—¡Bien! ¡Lo que sea!—el hombre más alto, que se refería a sí mismo como Tommy, hizo un gesto para que les sirvieran otra ronda—. Ya hemos hablado bastante, ahora sé buena y cuéntenos algo acerca de ti, ¿tienes la misma profesión de Darling?

Claire juzgó que ese era el momento preciso para una retirada.

—No, en lo absoluto—rió con nerviosismo—. Me encantaría quedarme a hablar con ustedes, ha sido un placer escucharlos, pero debo trabajar en unas horas y necesito volver a casa.

—¿Qué dices? La noche es joven, quédate un rato más, y bebe algo de calidad, no esa estúpida agua.

—Quizá en otra ocasión...—sí, claro—. De nuevo, ha sido un placer, pero no se preocupen, he dejado algo de dinero extra al cantinero, así que pueden beber un par de rondas más en mi honor.

Se puso de pie sin que la sonrisa le abandonara y se disponía a dar media vuelta cuando Tommy se arrastró con paso oscilante hasta ponerse en su camino.

—No, señorita, de ninguna manera; no puedes irte, no nos has dicho nada de ti. ¡Ni siquiera recuerdo tu nombre!—miró a sus compañeros sobre su hombro, la voz insegura—. ¿Alguien sabe su nombre?

—No, para nada.

—La amiga de Darling, dijo, nada más.

La miró con gesto triunfante.

—¿Lo ves? Ya lo decía.

Claire procuró no delatar su nerviosismo y miró sobre el hombro del tipo, pero era tan ancho que apenas si logró atisbar parte de la salida y le pareció que se encontraba demasiado lejos.

—Mi nombre no tiene importancia, y en verdad necesito irme. Si no llego a trabajar a mi hora, estaré en problemas.

—Llama y di que estás enferma, yo lo hago todo el tiempo.

No lo dudaba; en realidad, le extrañaba saber que tuviera un trabajo estable.

—¿Por qué no lo dejamos para otra ocasión? En serio, volveré.

El mayor de los hombres, que se veía al borde del desmayo, dio una cabezada.

—Déjala en paz, Tommy, la chica ha sido muy simpática, no bebía tan bien desde que gané esa última apuesta en las carreras...

—No te metas, viejo, ve a dormir.

—¿A quién le llamas viejo?

Claire se alarmó al escucharlos discutir; era lo último que necesitaba, y sus otros dos compañeros parecían casi inconscientes, aunque dudaba que fueran de mucha ayuda aún despiertos. Volvió a intentar ver sobre el hombro de Tommy, pero solo atisbó el marco de la puerta al oscilar cuando alguien entró al bar. ¡Genial! No necesitaba más público que la viera en ese aprieto.

—Vamos, caballeros, no hace falta arruinar una noche tan agradable, ¿verdad? ¿Qué tal si les invito a una ronda más? Solo necesito salir un momento a buscar un cajero, me he quedado sin efectivo...

Hizo amago de rodear al hombre que le cerraba el paso, pero él la tomó del brazo y su reacción inmediata fue sacudirse con rapidez y hacerse a un lado.

—¡No me toque!—tenía muy fresca en la memoria el desagradable incidente con Cook y no estaba dispuesta a verse en una situación similar—. Y es suficiente, déjeme salir.

—Vamos, preciosa, no tienes que ponerte tan arisca...

Cuando el hombre alargó la mano para sujetarla otra vez, se escuchó una voz que tuvo un efecto curioso en Claire. Hubiera jurado que su corazón dejó de latir una milésima de segundo y sintió tal alivio que casi se echa a llorar.

—Tócala de nuevo y te rompo el brazo.

No había visto a Simon desde su último encuentro y aunque había pensado con frecuencia en lo que sentiría al verlo luego de lo que compartieron, nada la preparó para el torbellino de emociones que la asaltaron en ese momento. Además, jamás imaginó un escenario en el que ella estaría a punto de ser atacada por un borracho que le sacaba medio metro de altura y él se veía como si estuviera a punto de matarlo.

—¿Quién es este?—Tommy no pareció atemorizado ante la amenaza, su rostro sudoroso lucía confundido—. ¿Quién es?

Claire abrió boca para responder, pero Simon se adelantó hasta ponerse a su lado, posó una mano sobre su espalda y contestó por ella.

—Nadie que te importe.

—No te la vas a llevar.

—No es una cosa, idiota, nos vamos juntos.

—¡No me hables así!—el hombre lo miró con ira, y aunque era bastante alto, Simon le superaba por algunos centímetros—. ¿Quién te crees?

Claire escuchó cómo Simon exhalaba un suspiro y maldecía entre dientes, en tanto la tomaba por la cintura para ponerla tras de sí. Luego, se acercó al hombre hasta quedar a un paso de distancia y lo miró desde su altura.

—Soy un oficial de policía al que le encantaría arrancarte el cuello, pero tienes suerte, porque no tengo tiempo para pelear con escoria—abrió su chaqueta, y Claire supuso que su intención era mostrar la placa que llevaba fija al cinturón—. Ahora, ¿vas a darme problemas?

El hombre lo miró con desconfianza, y Claire casi pudo oír los engranajes de su mente girar a un ritmo muy lento, porque tardó un momento en responder.

—¡Vete al diablo! Ni siquiera estaba interesado.

Simon sonrió de lado y pareció dudar acerca de si responderle o marchar, pero para alivio de Claire optó por lo segundo y la tomó de la mano con firmeza para sacarla del local y ella tuvo que trotar para igualar sus largas zancadas.

No le habló hasta que estuvieron a cierta distancia del bar y su voz no fue

muy amable al dirigirse a ella.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, no ha pasado nada—al notar que continuaba sujeta a su mano como si se tratara de un salvavidas, hizo amago de soltarse, pero él no se lo permitió y la instó a continuar andando—. No ibas a pelear en verdad con ese loco, ¿cierto?

Simon la miró un instante y Claire pudo notar que continuaba enfadado, y mucho. Lo curioso era que la destinataria de su enfado parecía ser solo ella.

—Por tentadora que resulte la idea de pelear por tu honor, estoy de servicio; no puedo involucrarme en una pelea en un bar, pero podría volver en mi día libre...

Claire sintió que su corazón dio un brinco ante esa perspectiva, y para su sorpresa, percibió que era debido al miedo que le provocaba la idea de verlo en peligro.

—¡No seas tonto! ¿Estás loco?

—Tranquila, no hablaba en serio. ¿Segura de que estás bien?

—Sí, no ha pasado nada; y para tu información, hubiera sido...

Él la interrumpió con un bufido.

—Lo sé, lo sé, hubieras sido perfectamente capaz de salir del enredo por ti sola, ¿verdad? Como hiciste en el tiroteo, y luego cuando ese lunático te lastimó el brazo, y no quiero saber en qué otro maldito lío te has metido porque podría matarte.

—¿A mí? ¿Matarme? ¿Quién crees que eres?

—Estaré encantado de responderte cuando salgamos de este antro y te tenga a salvo en el auto; no estoy seguro de que tu amigo se haya quedado del todo tranquilo. Ahora, por una vez en tu vida, haz lo que te dicen y camina.

Claire estuvo a punto de discutir; por alguna razón, sentía que era la mejor manera de mantenerse fuera de peligro, porque temía más a las emociones que Simon despertaba en ella que a una horda de ebrios que pudieran ir tras ellos. De cualquier forma, su sentido común tomó el control y sus pies obedecieron casi por instinto.

El auto no estaba muy lejos y una vez que estuvieron dentro, Simon hizo un gesto para que se pusiera el cinturón de seguridad y arrancó. Condujo en silencio por buena parte de la ciudad, y Claire comprendió que se dirigían a su

apartamento, lo que le asombró, ya que en ningún momento le dio su dirección y hubiera podido jurar que Simon no la conocía.

—¿Cómo sabes en dónde vivo?

—Jenny me lo dijo.

Claire lo miró con asombro.

—¿Cuándo?

—Hace una hora, cuando me llamó para decirme que estaba preocupada porque habías tenido la genial idea de meterte sola en ese tugurio.

¡Por supuesto! Había estado tan sorprendida por su aparición que no se detuvo a pensar en cómo supo dónde se encontraba. No podía creer que Jenny le hubiera hablado para advertirle...

—No te molestes con Jenny, es una buena amiga y estaba desesperada— Simon habló como si leyera sus pensamientos—. ¿Qué esperabas? ¿Que se presentara ella? No dudo de que fuera capaz de hacerlo para ayudarte, pero entonces hubiéramos tenido a dos mujeres en peligro y lo siento, pero solo puedo con una, o al menos con una como tú.

No estaba segura de cómo tomarse esa declaración, porque no sonó en lo absoluto ofensiva; el tono de Simon era de cansancio, incluso de exasperación, pero el disgusto ya no parecía estar presente y en cierta medida fue un alivio.

Cuando estaban a solo unas calles de distancia, Claire comprendió que no podía dejar que continuara.

—Detén el auto.

—¿Qué?

—Por favor, detén el auto.

Simon hizo lo que le pedía y giró en el asiento para mirarla.

—Déjame adivinar. No quieres que ese novio tuyo te vea llegar conmigo.

—No, no quiero.

—Una respuesta muy directa, y al parecer honesta; estoy conmocionado.

Claire lo miró a su vez sin disimular su incomodidad.

—Puedes ahorrarte el sarcasmo, no estoy de humor.

—Me pregunto para qué estás de humor, Claire. ¿Solo para ir por allí como una mujer sin sentido común, dispuesta a cualquier cosa para conseguir lo

que quiere? ¿Solo para arriesgar la vida por una causa perdida?

Ella lo miró también, con similar muestra de malestar.

—Eso no es asunto tuyo. Y si lo que esperas es un agradecimiento, bien, aquí lo tienes. Gracias por salvar mi pellejo hace unos minutos, ¿de acuerdo? Te estaré eternamente agradecida. Ahora, voy a caminar a mi apartamento, y no discutiré al respecto.

Simon miró al frente, y Claire pensó que no diría nada, lo que dividió sus sentimientos. Por una parte, se sentía aliviada de no verse inmersa en una discusión, y por otra, casi hubiera deseado que insistiera.

Se inclinó para abrir la portezuela, pero frunció al ceño al ver que no cedía a sus intentos.

—Esta cosa se ha atascado.

—No, acabo de accionar los seguros, no puedes abrirla.

Ella lo miró como si estuviera loco.

—¿Me has encerrado?

—Creo que es la única forma de que dejes de huir. En lugar de gritar y decirme lo idiota que soy, dime por qué estás tan enfadada.

—¿No lo sabes?

—No me refiero a lo del bar, y mucho menos a esto, hablo de... —hizo un gesto con la mano para abarcar el reducido espacio—... todo. ¿Qué ocurre, Claire? ¿Es por lo del beso?

—No quiero hablar de ese tema.

—Es una lástima porque es lo único en lo que he podido pensar en los últimos días.

Claire aspiró como si estuviera a punto de quedarse sin aire, y en parte así se sentía. Volvió a intentar abrir la puerta, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

—Simon, quiero salir, ¿has pensado que podría ser claustrofóbica?

—No lo eres.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque de acuerdo a tu temperamento, si lo fueras, ya habrías roto una ventana con uno de tus tacones.

Claire lo miró como si acabara de ofenderla gravemente, pero no pudo

pensar en una buena respuesta para semejante sentencia; en especial, porque estaba en lo cierto.

—¿Qué es lo que quieres?

—La verdad me vendría muy bien.

—¿Qué verdad?

—Toda. Lo que sientes, por qué pareces tan perturbada, qué diablos te llevó a hacer una locura como meterte en ese bar y exponerte a que te pasara cualquier cosa...

Ella negó con la cabeza y se removió en el asiento.

—No tienes ningún derecho sobre mí, no puedes preguntar nada, y si lo haces, no tengo la obligación de responder. ¿Es así como tratas a los sospechosos en los interrogatorios?

—No voy a dejar que te desvíes del tema, Claire, no esta vez. Dices que no tengo ningún derecho sobre ti y tal vez tengas razón, pero me importas, me importas demasiado para mi salud mental y necesito saber qué te ocurre—Simon relajó el gesto y suavizó su voz—. Claire, algo está mal, Jenny dijo que te sentías muy alterada y que por eso tuviste ese... arranque y fuiste a ese lugar. Por favor, confía en mí, dime qué está pasando, solo quiero ayudarte.

Al sentir el toque de su mano sobre el brazo desnudo, algo extraño ocurrió; su piel se erizó, sintió el deseo de llorar, y la invadió una ira espantosa que hizo temblar su cuerpo. De pronto, se vio a sí misma hablando sin parar, las palabras brotando de sus labios como un río cargado de aguas turbias, sin detenerse un instante a pensar en lo que decía. La tensión de las últimas semanas, las peleas con David, lo que Simon le hacía sentir; todo afloró de tal forma que perdió el escaso control que conservaba.

—¿Ayudarme? Tú, entre todas las personas... ¿quieres ayudarme?—no se dio cuenta de ello, pero una risa histérica brotó de su garganta—. Todo esto es por ti, por tu culpa. Si nunca hubieras aparecido... ¿por qué tuviste que hacerlo? ¿Sabes lo feliz que era? Tenía una buena vida, un buen hombre al que amaba y tú lo has arruinado todo. Has hecho que pierda lo que me tardó años construir, ni siquiera sé quién soy ahora, mi vida es un caos y tú eres el único responsable. Te veo en todas partes, todo el tiempo, y no te das cuenta de que me estás destruyendo. Dices que quieres salvarme, que me detendrás cuando caiga, ¿has pensado que tal vez no quiero dar ese maldito salto? ¿Qué quizá prefiera permanecer en mi cornisa, donde era feliz? ¿Quién crees que eres para alterar mi vida de este modo? Nunca te busqué, no tenías ningún derecho a hacerme esto—

lo miró de lado, las lágrimas corriendo por sus mejillas y una expresión tan llena de desesperación que pudo ver lo alarmó—. ¡Dios! A veces creo que te odio.

Si lo hubiera golpeado con un mazo, no habría logrado un impacto mayor, lo pudo ver en su rostro. Echó la cabeza hacia atrás y la observó como nunca había hecho hasta entonces, como si se encontrara frente a una completa extraña, una que acababa de clavarle un puñal.

—Creo que ahora eres tú quien ha probado su teoría, Claire, felicidades. Tienes razón, quizá el decir lo que sentimos no sea una gran idea, es posible que sea mejor guardarse algunas cosas.

Su voz era vacía y ella estuvo a punto de arrojarse a sus brazos, apoyar la cabeza sobre su hombro y decirle que lo sentía, que jamás hubiera deseado lastimarlo de esa forma, pero no pudo. Se sostuvo con ambas manos al asiento para contenerse, y mantuvo la vista al frente, con la garganta seca, como si acabara de dejar un desierto.

No hizo un solo movimiento ni emitió una queja cuando Simon puso el auto en marcha y unos minutos después lo detuvo frente a su edificio. Escuchó el seguro de las portezuelas abrirse con un sonido automático, pero no se movió.

—Será mejor que bajes y le digas a tu novio que no tiene razones por las que ponerse celoso. En cuanto a ti, no te molestaré más.

—Simon...

—Solo vete, Claire.

Claire se clavó las uñas en las palmas hasta sentir un dolor punzante y solo entonces fue capaz de moverse y bajar del auto sin decir una palabra. Se quedó sobre la acera, y Simon arrancó de inmediato, el sonido de los neumáticos al derrapar le provocó un sobresalto, y vio cómo se perdía calle abajo.

¿Qué acababa de hacer?

Esa debía de ser la primera vez que Claire se sabía con una buena mano en medio de una audiencia y no sentía ninguna emoción que no fuera acabar con su trabajo lo antes posible. Tenía los recursos para obtener una victoria potencial y la idea no le emocionaba en lo más mínimo.

Hubiera resultado sencillo culpar de ello al hecho de que no soportaba a su cliente, pero habría sido una excusa patética. Cook le agradaba tanto como un grano en la frente, pero contrajo un compromiso con él e iba a honrarlo hasta el

final.

El distanciamiento de David le lastimaba, y mucho; el verlo en la audiencia resultaba doloroso y dedicaba varias horas al día a pensar en cuál sería su futuro. En cierta medida, aún cuando no estaba dispuesta a reconocerlo ni siquiera ante sí misma, se preguntaba si existiría alguno para ambos. Cada vez sentía con mayor certeza que el amor que sentía por él se había ido disolviendo como un terrón de azúcar al caer en una taza de té. Lo quería, sí, pero no de la misma forma en que lo hiciera hasta hacía unos meses.

Y sin embargo, más allá de sus razonables preocupaciones por el desenlace del juicio y la resolución de sus problemas con David, lo que le atormentaba como una espina clavada en el pecho era el hecho de haber lastimado a Simon de una forma tan ruin.

Sabía que sus palabras nacieron de un cúmulo de emociones desbordadas por la tensión y la angustia a la que estuvo sometida durante meses, pero ninguna excusa la justificaba. Cuando se detenía a pensar en su mirada al oírle decir aquellas cosas... se hubiera abofeteado con gusto si ello hubiera servido de algo. Se dejó llevar por la pasión de sus sentimientos, tal y como le ocurría con Simon, sin detenerse a pensar que sus acusaciones no tenían ningún fundamento.

¿Cómo fue capaz de decir que había arruinado su vida? La cambió, sí, de una forma que aún no lograba a precisar, pero tenía claro, con seguridad, que distaba mucho de haberla arruinado. La influencia de Simon en su vida era mucho más poderosa de lo que se atrevía a reconocer...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada del juez a la sala e hizo un gran esfuerzo por enterrar sus sentimientos en el fondo de su mente y enfocarse en su labor. Cuando llamaron a Mary Parker al estrado, adoptó su expresión más profesional y se dirigió a ella con seguridad.

—Señorita Parker, me gustaría hacerle algunas preguntas relacionadas con el testimonio dado a la fiscalía el día de ayer... —la miró con interés antes de continuar—. Puede recordar sus respuestas de la última audiencia, ¿cierto?

La testigo asintió de inmediato.

—Claro que puedo.

—Perfecto.

Claire se acercó a su mesa, tomó un legajo de documentos y lo llevó consigo al aproximarse al estrado, con la vista fija en la mujer, que empezaba a removerse con obvia incomodidad en su asiento.

—Aseguró que su nombre es Mary Parker y que fijó su residencia en Boston hace veinte años, ¿es correcto?

—Sí.

—Dijo también que conoció al señor Redford hace varios años y que eran... amigos, ¿cierto?

—Sí, así es.

—Según su testimonio, visita con regularidad el bar en el que mi defendido y el señor Redford sostuvieron una pelea la noche de la muerte de este último.

Llegados a este punto del interrogatorio, la mujer veía de Claire al juez y de este a un inmutable David con desconcierto.

—Dije todo eso ayer, ¿qué sentido tiene repetirlo?

—Sí, abogada, a mí también me gustaría saberlo.

Claire no se amilanó ante la velada advertencia en la voz del juez Collins y se permitió una pequeña sonrisa.

—Deseo conocer la historia al detalle, señorita Parker, pero que ha obviado algunos detalles relevantes para el caso.

—No sé qué quiere decir...

—Empezaré ahora mismo—Claire se adelantó a una posible intervención del juez y decidió que ese era el mejor momento para hacer su jugada—. ¿A qué se dedica, señorita Parker?

David se incorporó de inmediato al oír la pregunta.

—La profesión de la señorita Parker no es relevante para el caso.

—La defensa se encargará de demostrar que si lo es, su señoría—Claire no miró a David al hablar.

El juez Collins asintió tras un momento de duda.

—En ese caso, demuéstrelo, pero dese prisa.

Claire asintió en señal de agradecimiento y esperó a que David volviera a su lugar para encarar nuevamente a la testigo.

—Señorita Parker, por favor, responda la pregunta, ¿a qué se dedica?

La mujer, que en un primer momento lució algo cohibida, elevó el mentón con ademán desafiante al verse obligada a responder.

—¡Como si no lo supiera!—masculló entre dientes—. Y por si lo duda, no me avergüenza mi trabajo.

Claire asintió ante su declaración y su tono fue mucho más amable al continuar.

—Desde luego que no tiene por qué avergonzarse, no hay nada de malo en ello, pero debe reconocer, señorita Parker, que ha ocultado información que puede ayudarnos a esclarecer este caso.

—¡Dije lo que vi! ¡No he mentido!

—Al no decir toda la verdad, no puede esperar que confiemos a ciegas en su testimonio. Además, obvió mencionar también el nombre por el que se le conoce en ciertas... esferas y eso de alguna forma nos indujo a error.

La mujer abrió la boca para protestar, pero la cerró de golpe, formando una línea severa con sus labios. Claire dio unos pasos más hacia el estrado, casi hasta llegar a su altura, y la miró con sinceras simpatía.

—Señorita Parker, ¿por qué no le dice al jurado, y a toda la sala, lo que pasó exactamente esa noche? No oculte nada.

La testigo carraspeó, mirando de un extremo a otro de la sala, y tras fijar un instante la mirada en David, con claras muestras de arrepentimiento, asintió.

—Eddie Redford y yo no éramos precisamente amigos, ¿sabes? Aunque es verdad que conocí hace muchos años, apenas llegué a Boston. Él era uno de mis... clientes—puso los ojos en blanco y emitió un sonoro suspiro—. Me dedico a ofrecer compañía a caballeros, pasamos el rato juntos, esas cosas.

—Podríamos decir que es una dama de compañía...

La mujer ahogó una carcajada ante el comentario de Claire.

—Esa es la forma más bonita en que se han referido a lo que hago—se encogió de hombros—. Llámeme como quiera.

Claire asintió.

—Dama de compañía es un término apropiado. Por favor, continúe.

—Bueno, esa noche fui al bar a trabajar, en busca de clientes; los habituales van siempre por allí. Algunas personas hablaron de la pelea entre Eddie y... —señaló a Cook con una cabezada, pero sin verlo directamente—... él. Una amiga dijo que Eddie había estado preguntando por mí, y como la noche iba un poco lenta, pensé que podría ir hasta su apartamento; ya nos habíamos encontrado allí un par de veces. Pero como dije ayer, lo encontré en el callejón

y... bueno, ya puede imaginarlo.

—¿El señor Redford se refirió en algún momento a la pelea con mi cliente?

—Solo un poco, no entendí todo lo que dijo; estaba un poco bebido, ¿sabe?

—¿Y usted?

—¿Qué pasa conmigo?

Claire la observó con atención.

—¿Bebió también en el bar en tanto esperaba a potenciales clientes?

—¡No estaba ebria!—la mujer se mostró abiertamente indignada.

—Solo pregunté si había bebido, señorita Parker.

—Solo un poco, lo usual.

—¿Usual?

—Unas cuantas cervezas.

Claire se alejó del estrado, dio una mirada en dirección al jurado para medir su reacción y decidió continuar.

—¿Qué pasó luego?

—Lo dije ayer. Terminamos con lo nuestro y me fui.

—Pero según su declaración, regresó al cabo de unos minutos, ¿por qué lo hizo?

—Olvidé algo.

—¿Qué?

—La paga por mis servicios.

Claire ladeó la cabeza y asintió con ademán pensativo.

—De acuerdo. Y fue entonces cuando vio que el señor Redford no se encontraba solo, sino que mi cliente estaba también allí, ¿cierto?

—Sí, y peleaban. Bueno, Eddie no lo hacía, era Cook quien le daba una paliza.

—¿Y vio también el cuchillo? No recuerdo que lo mencionara en su testimonio dado a la fiscalía.

La mujer lució desconcertada ante la pregunta hecha con falsa

naturalidad.

—¿Qué cuchillo?

—El señor Redford murió acuchillado; se ha determinado que su deceso fue provocado por múltiples heridas punzocortantes. ¿Vio en algún momento que el señor Cook sostuviera un cuchillo y que atacara con él al señor Redford?

—Nadie me habló de un cuchillo—la testigo negó con la cabeza—. No, no lo vi acuchillar a Eddie, pero pudo tenerlo escondido y hacerlo luego. Ya lo dije, no me quedé a ver lo que pasaba.

—¿No pensó que el señor Redford necesitaba su ayuda?

—No lo sé, puede que sí... no pensé que fuera necesario; no que fuera la primera vez que veía a Eddie en medio de una pelea.

Claire elevó una ceja con interés.

—¿Acostumbraba el señor Redford verse involucrado en esta clase de disputas?

La mujer levantó la cabeza y la miró con ira.

—Eddie no era un bravucón o algo así, es solo que no sabía mantener la boca cerrada y se metía en algunos problemas, pero no merecía morir.

Claire asintió en señal de comprensión.

—Por supuesto que no, pero tampoco puede asegurar que mi cliente lo asesinara, ¿cierto? ¿No sería también injusto que un hombre inocente fuera encerrado en prisión sin pruebas?

—Ya se lo dije, no lo vi matarlo, no puedo asegurar qué pasó entre ellos luego. Solo sé que peleaban y Eddie llevaba las de perder, eso es todo.

—En ese caso, existe la posibilidad de que una vez que usted se fue, mi cliente hiciera otro tanto y alguien se valió de la debilidad del señor Redford para matarlo.

La testigo dudó, pero al final asintió.

—Supongo que pudo pasar, sí.

—Si consideramos su declaración de que el señor Redford se había visto envuelto con anterioridad en peleas similares, no es ilógico suponer que algunas personas podrían haber deseado hacerle daño, ¿es correcto?

—Eso creo...

Claire esbozó una pequeña sonrisa y miró a la mujer. No estaba muy orgullosa de lo que acababa de hacer, pero no tuvo otra alternativa, y deseaba acabar con ese espantoso juicio cuanto antes. Con una última mirada al jurado, dio media vuelta y volvió a su mesa, ignorando la expresión satisfecha de su cliente.

—La defensa no tiene más preguntas.

Una vez que las puertas del elevador se cerraron, Claire agradeció encontrarse a solas y recostó la espalda contra la fría superficie de metal, al tiempo que exhalaba un profundo suspiro. Se sentía como si un ente invisible absorbiera toda su energía, dejándola al borde de la extenuación.

Acababa de realizar una de las jugadas más desesperadas de su carrera, y aunque era muy posible que obtuviera un resultado favorable, distaba mucho de sentirse orgullosa. El profundo desagrado que le inspiraba su cliente iba de la mano con la sensación de que el testimonio de su último testigo, Mary Parker, era mucho más revelador de lo que pensó en un primer momento. Cumplió con su trabajo al sembrar la semilla de la duda en el jurado, pero la sinceridad más que obvia de la mujer la había impresionado. Hasta ese momento, nunca había sopesado con tanta seriedad la idea de que su cliente pudiera ser culpable. Pero si ese fuera el caso, ¿qué podía hacer ella? Su labor no era juzgar a nadie, para eso estaba la fiscalía, y de ninguna forma hubiera sido razonable que se dejara llevar por suposiciones. Debía presentar sus alegatos finales al día siguiente, no tenía tiempo para dudar...

Las puertas del ascensor se abrieron y ahogó un gemido de disgusto al ver de quién era la persona que subía.

—Claire.

—Karen.

Observó a la asistente de David con franco desagrado. Hubo un tiempo en que se esforzó por ser amable con ella, pero solo obtuvo como respuesta una abierta hostilidad, por lo que decidió dejar de esforzarse.

—Una jugada muy interesante.

Un comentario del todo inesperado.

—¿Me estás halagando?

—Claro que no.

Claire sonrió con burla ante la ofensa. Podía decir algo a favor de Karen; nunca ocultó lo poco que le agradaba y actuaba en consecuencia con ello.

—Ya lo esperaba.

—Manipular de esa forma a un testigo... —chasqueó la lengua y se acomodó un rizo rubio caído sobre su frente—. Una jugada muy sucia.

Claire no se sintió intimidada, y mucho menos ofendida ante su expresión; por el contrario, reaccionó con similar desprecio.

—Ocultar información vital a la defensa... —sonrió—. Qué poco ético.

Karen no respondió de inmediato, se irguió un poco más con la vista fija al frente.

—¿En verdad piensas que vas a ganar?

Claire se encogió de hombros.

—Creo que tengo una buena posibilidad, todo dependerá de los alegatos finales de mañana.

—David te vencerá.

La afirmación hecha con tono seguro y un tanto petulante le arrancó una sonrisa sincera, muy a su pesar.

—Sé que no eres precisamente un encanto con nadie, pero ¿por qué te desagradó tanto?—la miró con curiosidad—. ¿Es por David?

La rubia miró sobre su hombro, girando el cuello con brusquedad.

—No sé de qué hablas.

—Yo creo que sí.

—Y si así fuera, ¿qué? Las cosas no van bien entre ustedes—fue más una afirmación que una pregunta—. Quizá ya no sea asunto tuyo.

Claire la observó con el ceño fruncido, sopesando sus palabras... ¿Se sintió herida por sus palabras? Sí, un poco, pero también le dieron un nuevo significado a muchas de las cosas que pasaban por su mente. Sin embargo, ya tendría tiempo para pensar en ello. En ese momento, solo deseaba dejar algo en claro, algo que no variaría sin importar lo que ocurriera en el futuro.

—Eres una persona muy desagradable, Karen, conmigo y con casi todo el mundo. Si sientes algo por David, dudo que sea algo honesto y él es demasiado listo como para no saberlo—el ascensor se detuvo y se adelantó para salir.

—Entonces es verdad, lo suyo no va bien.

Claire arrugó la nariz con fastidio ante su tono entusiasta y detuvo su caminar para dar media vuelta y mirarla.

—Eso, Karen, no te importa. Y ahora, por favor, vete al demonio.

Se irguió con una sonrisa satisfecha cuando las puertas del elevador se cerraron, ocultando un rostro espantado.

Al menos hizo algo por lo cual sentirse orgullosa ese día.

—¡Vaya víbora! ¿Cómo puede ser tan odiosa?

—Sospecho que ha entrenado durante toda su vida.

Claire miró a Jenny sobre la pila de documentos que debía revisar para elaborar un buen discurso de cierre al día siguiente.

—Apuesto a eso—su asistente se cruzó de brazos y la observó con curiosidad—. No entiendo cómo es que David la soporta.

—Es buena en su trabajo, Jenny, eso es innegable.

—¿Y no te molesta? No que sea tan desagradable, eso nos molesta a todos. Me refiero a David... ¿no te incomoda que vaya tras él? No es un secreto que siempre lo ha tenido en la mira, no hace falta ser un genio para notarlo, pero el que te lo dijera de esa forma...

Claire dejó un papel sobre el escritorio y entrelazó las manos.

—Ya te lo dije, David la conoce aún mejor que tú o yo, sabe qué clase de persona es.

—Sabes que no me refiero a eso.

—¿Qué puedo decir, Jenny? Desde luego que me molesta, ¿no sentirías lo mismo en mi lugar?—no esperó a obtener una respuesta antes de continuar—. Y sin embargo, no puedo dejar de pensar en que debería de sentirme... diferente. Después de todo, se trata de David.

—¿Lamentas no sentirte celosa o algo así?

Claire se encogió de hombros.

—No lo sé, nunca me he considerado una persona celosa, ya me conoces, pero cuando Karen dijo esas cosas... me molestó, claro, pero ¿no hubiera sido normal que sintiera algo más?

—Bueno, Claire, no todos reaccionamos de la misma forma. Si una mujer como Karen fuera tras Scott... corrijo, si cualquier mujer fuera tras Scott, le arrancaría los ojos.

Claire sonrió a regañadientes ante la expresión amenazante de su amiga, pero se puso seria al ver que se disponía a continuar.

—Pero tú eres diferente; más calmada y razonable... y aún así, no puedo decir que sea algo bueno en un caso como este. Lo siento, pero creo que deberías de guardar esas virtudes para los tribunales, y ponerle algo de pasión a tu vida— Jenny se mordió un labio con nerviosismo, como si dudara acerca de si decir o no lo que pensaba—. No me odies por decirlo, por favor, pero solo te he visto actuar de esa forma cuando Simon está de por medio.

La última frase fue dicha en voz baja, con tono un poco inseguro, como si temiera disgustar a su amiga, pero Claire tan solo asintió.

—Eso es porque Simon me saca de quicio—reconoció al fin.

—No creo que haya nada de malo en dejarse llevar por nuestros sentimientos...

—Hablas como él.

—No me molesta, es un hombre muy agradable; en realidad, es más que agradable.

Claire sonrió ante el comentario dicho con fervor. El que su asistente, siempre tan desconfiada, hiciera semejante declaración, decía mucho de lo que pensaba de Simon.

—Sí, lo es.

—Al menos no lo niegas, eso es bueno.

—Hace un tiempo que reconozco todo lo bueno que hay en Simon.

—Y eso es aún mejor... —Jenny reprimió una sonrisa satisfecha y observó a su amiga con atención— ¿Vas a decirme ahora qué pasó entre ustedes la otra noche?

Claire aspiró con fuerza y desvió la mirada al oír la pregunta.

Desde que Jenny llamara a Simon para que fuera en su ayuda la noche anterior, no había dejado de hacer preguntas acerca de lo ocurrido. Pero Claire no deseaba hablar de ello, y no porque pensara que su amiga iba a ser dura con ella al conocer la forma en que se había comportado con Simon, se tenía más que merecida cualquier recriminación. No, era solo que aún cuando pudiera ser un

poco masoquista de su parte, deseaba conservar esa pena para sí misma y no compartirla con nadie más.

Al responder a su amiga, sin embargo, usó un tono que esperaba sonara natural y falto de emoción.

—Jenny, agradezco que hablaras a Simon para que fuera en mi ayuda... No mentiré, en ese momento no lo tomé muy bien, pensé que podría librarme de cualquier problema sin ayuda de nadie, pero ahora puedo reconocer que estaba equivocada—hizo una mueca—. Respecto a lo que pasó luego entre Simon y yo... prefiero no hablar de eso.

—¿Fue así de malo?

Ante la pregunta, Claire dudó un segundo para luego asentir con pesadez.

—Sí, Jenny, fue así de malo.

Los alegatos finales, que marcaban la última audiencia hasta que el jurado emitiera su veredicto, fueron presentados con rapidez y eficiencia, y analizados desde un punto de vista práctico, resultaron bastante predecibles.

David, a nombre de la fiscalía, expuso con convicción todas las evidencias que sindicaban al cliente de Claire como el responsable de la muerte de Edward Redford. Logró, con destreza, presentar los hechos de tal forma que aún el jurado más escéptico debió rendirse a la posibilidad de que estuviera en lo cierto.

Para cuando llegó el turno de Claire, era consciente de que su mayor reto sería desbaratar, uno a uno, los argumentos de la fiscalía, y sembrar la duda en la mente del jurado. Y así lo hizo. Recordó la falta de pruebas contundentes en contra de su cliente, así como las declaraciones poco precisas y fiables de los testigos más fuertes de la fiscalía; el detective Lancaster y Mary Parker. Cuando su alocución terminó, suspiró aliviada. Cualquiera fuera el resultado, había cumplido con su deber.

El juez dio por terminada la sesión luego de despedir al jurado para que deliberara en privado. Los abogados serían requeridos tan pronto contaran con un veredicto, y según los cálculos y la experiencia de Claire, podrían pasar unos cuantos días antes de recibir noticias.

Al dejar la sala, analizó sus sentimientos respecto a su desempeño y se dijo que no había nada más que hubiera podido hacer. Una pequeña parte de ella deseaba con todas sus fuerzas que ser llamada pronto y recibir un veredicto

desfavorable; era la pequeña parte que dudaba de la inocencia de su cliente y que creía firmemente que el mundo sería un lugar más seguro si permanecía entre rejas. Sin embargo, logró acallar esa vocecita traicionera y se preparó para recibir cualquier resultado con la profesionalidad con que se había conducido hasta ese momento.

Le resultaba difícil creer, visto desde la perspectiva que da el tiempo, que solo hubieran transcurrido unos meses desde que recibió esa asignación. Por más que lo intentó, no logró sentir nuevamente el entusiasmo que la embargó cuando los socios le confiaron un caso tan complejo, y mucho menos la emoción de calificar para un ascenso si los resultados de su trabajo eran positivos.

Solo consiguió pensar en el hecho de que ese caso significó la irrupción de Simon en su vida. Era tan extraño... hubiera podido jurar que habían pasado años desde que lo vio por primera vez.

Esbozó una triste sonrisa la recordar el impacto que sufrió al verlo, así como sus desesperados actos para evitarlo. Algo por lo que quizá no tendría que preocuparse nunca más, se recordó al sentir un ligero dolor a la altura del pecho. No creí que él deseara verla nunca más, y la idea le resultaba tan dolorosa que apenas logró reprimir una lágrima que estuvo a punto de colarse por sus mejillas.

¿Qué estaba mal con ella? Llorar por un hombre al que hasta hacía unos meses evitaba como si se tratara de la peste y que había puesto su mundo de cabeza, logrando que cuestionara cada uno de sus actos.

Se sintió tentada a llamarlo un par de veces desde su último encuentro, pero no encontraba el valor para hacerlo. ¿Qué podría decirle? Cualquier disculpa sonaba ridícula y poco digna a sus oídos... No, fue cruel, lo lastimó de forma terrible, y cada horrorosa palabra que salió de sus labios, volvió a ella para clavarse en su pecho como un puñal. Él nunca podría perdonarla, así como ella tampoco lo haría.

El periodo de deliberación del jurado fue aún más largo de lo que Claire calculó en un primer momento; obviamente, les resultaba difícil ponerse de acuerdo y no podía culparlos. El caso era complejo, y tanto ella como David se encargaron de poblarlo de dudas, supuestos y muchos aspectos a analizar. Tendrían suerte si lograban obtener un veredicto antes de que terminara la semana.

Mientras esperaba el fallo, Claire decidió enfocarse en otros casos que empezaban a acumularse sobre su escritorio; nada muy complicado, la mayoría

de ellos fáciles de solucionar por medio de una conciliación, pero mantenían su mente ocupada y le conferían cierta tranquilidad, algo que en opinión de Jenny necesitaba con desesperación.

Si bien su amiga había dejado de hacer preguntas relacionadas con su vida personal, en particular acerca de Simon, continuaba mostrándose atenta y dispuesta a ayudarle en lo que pudiera necesitar. Según su propia confesión, creía que si Claire se enfrascaba en el trabajo lograría encontrar al menos una pequeña válvula de escape para toda la tensión a la que estaba sometida. Claire agradecía esa consideración, pero era consciente de que no podía continuar evadiendo sus principales preocupaciones por siempre.

El viernes, luego de una semana extenuante, llegó a su apartamento esperando encontrarlo vacío, como había ocurrido durante los últimos días. David no llegaba hasta muy avanzada la noche, y ella solo se enteraba porque lo escuchaba entrar al dormitorio contiguo. No podía decir que su actitud le doliera más de lo que le inquietaba. Esa incertidumbre de encontrarse en medio del limbo en lo que a su relación se refería era angustiante, y hubiera deseado decirle muchas cosas, pero ninguna sería la que él deseaba escuchar. Ambos se comportaban como cobardes incapaces de poner en palabras sus sentimientos, temerosos de enfrentarse a una situación que solo parecía tener un final posible.

Sin embargo, al parecer esa noche iba a ser muy diferente.

David la esperaba sentado en el sillón del salón, con la mirada perdida. Al verla llegar, pareció despertar de un sueño y la observó con intensidad; Claire logró descifrar una serie de emociones en su mirada: recelo, ansiedad, y cierta resignación.

—Hola—de alguna forma, logró encontrar la voz para decir algo.

—Hola—él esperó a que se deshiciera del abrigo y dejara su maletín sobre una mesilla antes de señalarle un asiento—. ¿Podríamos...?

Claire asintió sin esperar a que terminara de hablar, al tiempo que ocupaba una silla.

—Sí, claro—descansó las manos sobre la falda y lo observó con similar interés—. David, yo... lamento haber estado tan ausente estos últimos días, he debido buscar un momento para hablar, tú y yo tenemos mucho que decirnos.

—No tienes que disculparte, he sido yo quien ha evitado este momento de la manera más absurda, y lo siento; tú has procurado ser honesta y yo solo he podido pensar en alguna forma de negar lo que está pasando—él sacudió la cabeza—. No podemos seguir así por siempre, Claire, no es justo para ninguno

de nosotros. Escabulléndome en medio de la noche para no verte y evadir una confrontación, viviendo como dos extraños... Dios sabe que nos debemos algo más que eso, al menos ahora.

—Al menos ahora—Claire repitió sus últimas palabras en voz muy baja—. ¿Es el final, David?

Él se encogió de hombros, fingiendo una entereza que no la engañó.

—No lo sé, dímelo tú.

Claire se miró las manos, les dio vuelta, como si pretendiera examinarlas, aunque en realidad su mente estaba muy lejos de allí, buscando las palabras apropiadas para decir, y de pronto empezaron a aflorar, no sabía de dónde, era como si se hubieran encontrado siempre en algún lugar muy dentro de ella y solo estuvieran esperando el momento propicio para salir.

—Te quiero, David, creo que siempre lo haré; eres una de las personas más importantes en mi vida, no sería quien soy si no te hubiera conocido.

—Pero ya no me amas.

—No—era curioso que una palabra tan pequeña, tan fácil de decir, pudiera tener un significado tan importante en la vida de dos personas, y que el pronunciarla fuera tan doloroso—. Lo siento.

—No te disculpes por no poder amar a alguien, Claire, no es así como funcionan las cosas. La última vez que hablamos, te preguntabas si el amor simplemente podía desaparecer, ¿y sabes qué? No creo que sea así, es solo que lo que sentías por mí... —David se aclaró la garganta y desvió la mirada—. No creo que me amaras en verdad, Claire, aunque pensaras que así era. Y no te acuso de nada, ni te culpo, pienso que apenas acabas de comprenderlo. Porque lo haces, ¿cierto?

¿Lo hacía? No estaba segura, quizá así fuera, pero no podía reconocerlo. Aún no.

—¿Qué es el amor, David? ¿Cuántas clases de amor existen? ¿Cómo sabes cuándo es real?

—Solo puedo hablar por mí, Claire, lo que siento por ti es verdadero, y puedo decir que te amo con la misma seguridad con que sé ahora que no sientes lo mismo por mí. En lo que a ti respecta, no lo sé... supongo que tendrás que descubrirlo por ti misma. No esperarás consejos amorosos de mi parte ahora.

La última frase habría resultado graciosa de no haber sido dicha con voz

un poco quebrada y una mirada tan triste que Claire sintió su corazón retorcerse. No, aún cuando nunca se hubiera sentido tan confundida respecto a sus sentimientos, tenía una certeza contra la que no iba a rebelarse; no lo amaba, no de la forma en que él merecía, y mentirle hubiera sido lo más injusto que habría podido hacer.

—Nunca te los pediría—fue lo único que pudo responder.

—Lo sé, solo pretendía ser gracioso, pero ya sabes que nunca se me ha dado muy bien.

Ella sonrió a medias, y se apresuró a enjugarse una lágrima, aunque fue un gesto inútil, porque no dejaban de brotar.

—David, ¿recuerdas todas las veces que dije que no te merecía? — Esperó a que asintiera para continuar—. Lo decía en serio.

Él negó con la cabeza, con la vista fija en la alfombra, pero buscó su mano y ella extendió la suya para que la tomara sobre la pequeña mesilla que los separaba. No se miraron, pero una corriente fluyó entre ellos, se aferraron el uno al otro como si la idea de soltarse hubiera significado una despedida final y ninguno estuviera del todo preparado aún.

—Tú no has estado nada mal tampoco—dijo David al cabo de un momento, con rastros de burla en la voz áspera—. Tal vez no me amaras de la misma forma en que yo a ti, Claire, pero nunca pienses que no me diste lo mejor de ti. Soy un hombre afortunado, te tuve por un tiempo, y aunque no fueras mía por completo, fue agradable pensar que así era. Me hiciste feliz, Claire, y voy a extrañarte.

Ella apretó su mano con más fuerza.

—También voy a extrañarte, David.

Callaron por varios minutos, y Claire fue la primera en suavizar en suavizar el agarre hasta liberar su mano y dejarla caer con descuido a un lado.

—Estuve pensando...—David retomó la conversación y su voz sonaba más segura... y creo que lo mejor es que no continúe aquí, he pensado en irme por la mañana; puedo hacer reservaciones en un hotel esta noche. Creo que con un poco de suerte debemos tener un veredicto en el transcurso de la próxima semana; el jurado no puede tardar más en decidir o el juez Collins sufrirá un infarto. Mientras eso pasa, voy a buscar un lugar, y cuando el juicio termine del todo, me llevaré mis cosas, ¿estás de acuerdo?

Claire asintió.

—Espero que ganes.

David soltó una carcajada sin asomo de humor.

—Me gustaría, aunque tengo tantas chances como tú. Pero me gustaría despedirme con una victoria—ante la expresión de sorpresa que mostró Claire, se encogió de hombros—. Voy a aceptar la propuesta para postular a la asistencia en la fiscalía general; el alcalde cree que tengo buenas probabilidades, y si lo consigo, no habrá más juicios para mí en un tiempo.

Claire asimiló la información con lentitud, y tras pensarlo un momento, comprendió que David tan solo seguía sus instintos, en busca de lo que siempre había deseado. A pesar del dolor y de lo difícil que resultarían las cosas en adelante para ambos, él estaba dispuesto a continuar, y ella necesitaba hacer lo mismo.

—Serían unos estúpidos si no te escogieran, no encontrarán a nadie mejor.

—Se lo diré al jefe de campaña, es un buen eslogan.

Ella rió entre lágrimas al oírlo y asintió.

—Hazlo, es bueno.

—¿Y qué harás tú?

—No lo sé. Me gustaría tener las cosas tan claras como tú, pero en verdad no tengo idea de cuál es el siguiente paso. No creo que el viejo Barnett me despida si no gano el caso, pero la idea no me perturba tanto como antes, ¿sabes? Y si ganara y me ofreciera ese ascenso... digamos que hace unos meses la idea me habría entusiasmado, pero ahora no estoy muy segura.

—Harás lo correcto, Claire, siempre lo haces—él se puso de pie y pareció dudar acerca de dejarla a solas o decir algo más, y se decidió por lo segundo—. ¿Y qué pasa con él?

Claire no tuvo que preguntar a quién se refería.

—Nada, no pasa nada con él—su voz fue más dura de lo que hubiera deseado.

David no insistió, solo sacudió la cabeza e hizo amago de tocarla, pero se detuvo y suspiró.

—Voy a hacer esa llamada al hotel.

Al quedarse a solas, Claire enterró la cabeza entre las manos y dejó de

intentar contener las lágrimas. Lloraba por David, por ese amor que, fuera del tipo que fuera, en su corazón siempre sería real; pero sobre todo, lloraba porque se sentía más sola y perdida que nunca.

Tal y como David vaticinó con sus buenos instintos, a la mitad de la siguiente semana fueron llamados a la corte. El jurado tenía un veredicto.

Claire no sentía la más mínima ansiedad frente al resultado; no mintió a David al decir que realmente esperaba verlo como vencedor, pero una vez que llegó a la sala y ocupó su lugar, mientras el presidente del jurado se ponía en pie para leer la sentencia a la que habían llegado, tras asegurar que fue una decisión muy difícil, sus expectativas se vieron pronto desdibujadas. El jurado no halló evidencia suficiente para condenar a su cliente, y lo declararon inocente por falta de pruebas.

Claire no movió un solo músculo en tanto escuchaba la sentencia, apenas pudo reprimir una mueca de disgusto ante la alegría descarada de su cliente. Hubiera deseado dejarlo tan pronto como se leyó la sentencia, pero debió seguir las formas y hacer una leve inclinación de cabeza, casi sin mirarlo, asegurándole que se encargaría de los trámites para que fuera puesto en libertad lo antes posible. Ni siquiera lo miró mientras lo llevaban fuera de la sala.

Sin dudar, se acercó a la mesa de la fiscalía, ignoró abiertamente a Karen, lo que no resultó nada difícil y sí muy satisfactorio, y estrechó la mano de David. Él la retuvo un largo momento y le dirigió una sonrisa.

—¿Tienes un minuto?

—Claro.

Mientras David daba las últimas instrucciones a su asistente, Claire lo esperó fuera de la sala, en un pasillo alejado, semi oculto por las columnas distribuidas a lo largo del corredor. Lo observó acercarse con una pequeña sonrisa que se hizo algo más amplia al notar la mirada de fastidio que Karen les dirigió antes de marcharse.

—Sabes que va detrás de ti, ¿no?

Supuso que el haber terminado su relación le permitía decir ciertas cosas que hubiera callado en otras circunstancias. Además, no mintió al decir a David que siempre lo querría, y la posibilidad de que pudiera acercarse a Karen, quizá llevado por una fragilidad emocional momentánea, le preocupaba. Sin embargo, al verlo elevar las cejas con incredulidad y reír abiertamente, su inquietud se

disipó.

—Tal vez no sea la mujer más agradable del mundo, pero no la compares con un perro de caza, Claire, no es tu estilo.

—Fue solo una advertencia.

—Una que agradezco, no me malinterpretes. Y no tienes motivos para preocuparte, no iré a llorar a sus faldas... aunque me lo ha ofrecido, solo por si quieres saberlo.

—¿En serio? No puedo decir que me sorprenda.

Intercambiaron una sonrisa cómplice que por un momento Claire recordó como una de las muchas que compartieron cuando eran apenas amigos en una época que ahora le parecía muy lejana.

—Supongo que debería felicitarte, pero no pienso hacerlo, lo siento, y no es mi ego el que habla; ese hombre merece estar tras las rejas.

—Lamento no poder discutirlo, pero hice lo que tenía que hacer, cumplí con mi deber.

—Y esa es una de las cosas que siempre he admirado de ti.

Claire agradeció sus palabras con una sonrisa y lo miró, segura de que tenía aún algo más por decir.

—Encontré un lugar—David confirmó sus sospechas al retomar la palabra—. No está mal, buen precio, y lo mejor es que no tengo que esperar para ocuparlo. ¿Te parece bien que vaya por mis cosas este fin de semana?

Era pronto, muy pronto, pero tenía que pasar, y cuanto antes, mejor.

—Está bien, claro. Si quieres, puedo ayudarte...

—Sabía que dirías eso—David negó con la cabeza—. En realidad, quería pedirte algo y no sé si sea del todo justo, pero lo necesito.

—Dime.

—Quiero hacer esto solo, ¿comprendes? El que tú estés allí solo lo haría más difícil; quizá simplemente no pueda hacerlo.

Claire inhaló con fuerza y asintió.

—Claro que comprendo—dijo—. ¿Está bien si paso el fin de semana en casa de Jenny? A ella no le molestará y así podrás... me refiero a que tendrás todo ese tiempo para ti sin necesidad de tenerme rondando por allí.

—Sería lo mejor, gracias. Te dejaré las llaves con el encargado de mantenimiento, ¿de acuerdo?

—No tienes que...

—Sí, Claire, tengo que.

Estaba en lo cierto, claro que sí, necesitaba comprenderlo y dejar de hacer las cosas más difíciles en nombre de una culpa que tal vez tardara un tiempo en desaparecer, pero que debía esforzarse en empezar a erradicar de su mente.

—Está bien.

Él pareció más tranquilo al oírla.

—Tengo que irme ahora, debo presentar un informe y creo que también tú debes hacerlo. Barnett estará feliz.

—Y yo no estoy muy segura de que me importe.

Tras una pequeña pausa, David hizo amago de marcharse, pero de pronto, con un movimiento algo áspero y torpe, poco común en él, se acercó a ella y la envolvió en un abrazo tan fuerte que la tomó por sorpresa.

—Te amo, Claire.

Ella no respondió, solo correspondió al abrazo con todas sus fuerzas y contuvo las lágrimas. Al cabo de unos minutos, David la soltó con la misma rapidez, al parecer un poco incómodo por ese gesto que se le escapó de las manos.

—Adiós.

—Adiós, David.

Claire no se quedó para verlo marchar, sino que dio media vuelta casi al mismo tiempo que él y se encaminaron en direcciones opuestas. De haber permanecido un momento en el lugar, habría notado una figura alta que observó la escena con interés y que se alejó con paso rápido.

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 13

Pasar todo un fin de semana en casa de Jenny podía ser considerado tanto una bendición como un deporte de alto riesgo. Por un lado, se sentía lo bastante vulnerable, aún cuando hiciera lo posible por no demostrarlo, como para valorar más que nunca la compañía de su mejor amiga, pero por el otro...

—¡Quiero esos deberes hechos antes de cenar o no habrá postre para nadie! ¡Aprendan de su hermano!

Jenny irrumpió en la cocina, donde Claire se encargaba de pelar unas patatas para el puré de la cena, y le dirigió una mirada de disculpa.

—Lo siento, soy una muy mala anfitriona, no debería dar de gritos de esa forma, pero ese par va a volverme loca. Eric es un santo, salió a su padre, pero los mellizos...

Claire sonrió y dio una cabezada en señal de asentimiento.

—Está bien, no me molesta—pensó un momento en una palabra apropiada para explicar lo que sentía—; en realidad, es agradable.

—¿Encuentras agradable que amenace a mis hijos? ¿No has pasado demasiado tiempo en la corte, cielo?

—Me refiero a que es algo... no lo sé, me parece en cierto modo encantador verlos actuar a todos como una familia—se encogió de hombros—. Sabes que no crecí en un ambiente muy convencional.

Jenny asintió al comprender a qué se refería. En el transcurso de su amistad, Claire le había hablado acerca de la pérdida de sus padres siendo muy pequeña y cómo pasó su niñez y adolescencia con dos abuelos que, si bien la querían, no pudieron ofrecerle un ambiente apropiado para alguien de su edad.

—Ya veo. Bueno, en ese caso, siéntete libre de negarte a hacer tus deberes y te quedarás también sin postre; a los chicos les encantará y podrás sentirte aún más parte de esta familia.

—Creo que pasaré esta vez—Claire rió ante la broma y agradeció que no profundizara en el tema—. He visto el pastel de chocolate que tienes en la nevera.

—Chica lista.

Jenny dio un par de vueltas por la cocina, no tenía mucho por hacer, pero

Claire había notado que le gustaba atender a su familia con mucho mayor esmero del que reconocía. Cuando tuvo todo casi listo, se dejó caer en una silla frente a Claire en la pequeña mesa que servía para cocinar y, a veces, para compartir un bocadillo a deshoras.

—Sé que es una pregunta idiota, pero tengo que hacerla—empezó—. ¿Cómo te sientes?

Su amiga supo perfectamente a lo que se refería.

—No lo sé, es raro. En estos momentos, David debe estar empacando sus cosas, a punto de dejar mi vida por siempre, y solo puedo pensar en que siento mucho no haber podido amarlo como merecía—su voz era vacía, monótona, casi no sonaba como suya.

—Oh, Claire, a veces olvido lo poco que sabes de la vida. No me mires así, no quiero ofenderte, pero tienes que aceptarlo; el tener una buena profesión y ser parte de una firma poderosa de la ciudad no te hace una experta en todo—le dio un golpecito amistoso en la mano que sostenía una patata por encima de la mesa—. Amaste a David de la mejor forma en que pudiste hacerlo, porque eres una persona honesta que nunca finge sus sentimientos. Cuando empezaste a salir con él eras muy joven, acababas de terminar la universidad y tú misma me confesaste que apenas si habías tenido un novio en tu vida antes que él. No hablaré mal de David, me agrada, es un buen hombre, y por un tiempo, fue lo mejor para ti, pero no era el indicado porque aún tenías un camino por recorrer. No eres la misma chica que dejó la facultad de leyes soñando con un mundo mejor junto a su listo novio, tan emocionada por demostrarles a tus abuelos que eras lo bastante madura para irte a vivir con él. Eres una mujer ahora, una que ha pasado por mucho; por lo que me has contado, incluso David lo reconoce, solo hace falta que tú también lo comprendas. Y Claire... puede que también seas lo bastante mujer ahora para reconocer el verdadero amor.

Claire había escuchado las palabras de Jenny en silencio, en parte sorprendida por la verdad en lo que decía, y también un poco afectada por ver expuesta de forma tan cruda. Aún así, no pudo negar nada de lo que dijo, y solo se vio en la necesidad de sacudir la cabeza con terquedad cuando llegó a la última frase.

—No, Jenny, no hables de Simon, por favor—le dolió pronunciar su nombre, más de lo que hubiera podido explicar—. No puedo, no quiero, y él tampoco, te lo aseguro. Nunca pudo haber nada entre nosotros, lo sé ahora mejor que nunca; creo que me odia y quizá sea lo mejor. ¿Sabes? Desde aquella noche, la última en que hablamos, y no, no pienso decirte qué fue lo que le dije, no he

tenido más sueños, ni uno solo, y quizá esa sea alguna clase de señal. ¿No es eso lo que dices siempre? ¿Que el Universo nos envía estas señales? Bueno, he recibido una muy clara.

—Y vas a aferrarte a ella aunque te rompa el corazón.

Su amiga suspiró y retomó la labor de pelar la patata, con la vista fija en la superficie de la mesa.

—Mi corazón está muy dañado ahora, Jenny; si se rompiera, tal vez no sea capaz de notarlo.

Jenny sacudió la cabeza y se puso de pie con ademán pesaroso.

—Ay, cielo, en verdad que te falta mucho por aprender. Créeme, un corazón roto es imposible de ignorar.

Claire guardó silencio, y siguió con lo suyo.

—Bueno, creo que hemos tenido bastante de esta charla por ahora, pero no prometo que no la retomemos luego—Jenny ignoró la mirada de su amiga y se dirigió a la puerta de la cocina—. Voy a hacer que ese par dejen los videojuegos y se pongan con los deberes antes de que llegue su padre.

—Buena suerte.

Claire retomó su expresión pensativa en cuanto Jenny dejó la cocina y apenas notó cuando se hizo un pequeño corte en el dedo anular con el cuchillo. Se levantó y lo puso bajo el grifo, viendo un hilo de sangre correr, con una extraña opresión en el pecho salida de no sabía dónde, pero que por unos segundos le cortó el aliento. El desconcierto duró poco, ya que un grito proveniente del segundo piso le provocó un sobresalto.

—¡No pasé setenta y dos horas en trabajo de parto para que ustedes me pidan otro minuto! ¡Los deberes! ¡Ahora!

Claire sintió como una risa subía por su garganta y salía de sus labios. Si, fue una buena decisión el pasar un par de días allí; iba a necesitar armarse de mucho valor para enfrentar la incertidumbre de la que sería su vida en las próximas semanas.

Tan pronto como regresó a su apartamento, Claire sintió que una pequeña etapa de su vida, una muy importante, acababa de cerrar la puerta tras de sí y el vacío que dejó fue tan grande como había imaginado.

La idea de dejar ese lugar y buscar uno donde empezar de nuevo pasó

varias veces por su mente a lo largo de la última semana, pero su lado práctico se impuso al sentimental. Tenía un contrato vigente, podría pagar la renta a solas sin mayores problemas por un tiempo y ya estaba acostumbrada a vivir allí. Quizá en el futuro...

Una mueca sardónica afloró a su rostro al pensar en ello. Futuro. ¿Qué clase de futuro le esperaba? O mejor dicho, ¿qué clase de futuro debía buscar? Como una persona convencida de que cada uno se forjaba su propio destino, la posibilidad de esperar a que este se revelara no le hacía ninguna gracia. Y aún así, en los escasos momentos en que se permitía cavilar acerca de todo lo ocurrido en los últimos meses, debía reconocer que habían pasado muchas cosas que escaparon del todo a su control, como si una fuerza invisible estuviera tirando de los hilos de su vida.

Sacudió la cabeza para ahuyentar esos pensamientos y decidió que sería buena idea poner un poco de orden entre sus cosas; era domingo por la noche y debía presentarse a trabajar muy temprano a la mañana siguiente. Aún no se había entrevistado con los socios para dar su informe respecto al caso Cook y aunque este ya se encontraba escrito y listo para ser entregado, la idea de hablar al respecto no le seducía en lo absoluto, y mucho menos ser felicitada por un triunfo que le había dejado un sabor tan amargo.

Empezó escuchando los mensajes recibidos durante el fin de semana, y sonrió abiertamente al oír la voz de su abuela, que le recriminaba con dulzura por no atender sus invitaciones para que fuera a visitarlos. Tendría que llamarle pronto para disculparse y contarle acerca de su ruptura con David; estaba segura de que se preocuparía por ella, mientras que su abuelo disimularía una pena bastante alejada del alivio que en realidad iba a experimentar. Quizá fuera buena idea prestarles atención y ver la forma de tomarse unos días para visitarlos, al menos durante un fin de semana...

Solo tenía dos mensajes más, uno perteneciente a una amiga de la universidad que acababa de mudarse a Boston y que al parecer deseaba restablecer viejos vínculos; Claire la recordó como una mujer muy decidida y con una fuerte conciencia social, sin rayar en el fanatismo. Tomó nota mental de retornar la llamada y hacer una cita para almorzar tan pronto como tuviera un momento libre.

Escuchó el último mensaje en tanto se preparaba una taza de té y su mano se quedó en el aire según lo oía. Cuando terminó, dejó todo y corrió a retroceder la cinta para oírlo una vez más. Una gran sonrisa se dibujó en sus labios una vez que lo hubo escuchado por tercera vez. Levantó el auricular del

teléfono y empezó a marcar un número, pero cuando iba por el último dígito, se detuvo, y colgó. La sonrisa se había esfumado de su rostro y fue reemplazada por una mueca de angustia. Tras inhalar y exhalar un par de veces, volvió a marcar, aunque esta vez se trató de un número distinto al primero.

Esperó un momento, consciente de que era algo tarde, y estaba a punto de colgar y volver a intentarlo en la mañana, cuando una voz somnolienta respondió.

—¿Hola?

—Hola, tengo buenas noticias.

La mañana del lunes, en tanto Jenny se encargaba de preparar toda la documentación que Claire debía presentar en su reunión con los socios por la tarde, no dejaron de hablar acerca de las novedades de la noche anterior.

—Me gusta verte tan satisfecha contigo misma, Claire, mira esa sonrisa. ¿Por qué te dedicas a liberar criminales cuando te hace feliz ayudar a personas que en verdad lo merecen?

Su amiga se encogió de hombros, sin dar una respuesta directa.

—¿Te parezco feliz? Debiste oír a Lily cuando Susan permitió que se pusiera al teléfono; creo que mis oídos tardarán un tiempo en recuperarse de sus gritos.

—Parece una chiquilla estupenda, me gustaría conocerla.

—Quizá un día.

En esa ocasión, su respuesta fue esquiva, y Jenny debió notarlo, porque no insistió.

La llamada del fiscal Richards, informándole que la junta de la presión había decidido aceptar su pedido de libertad condicional para el padre de Lily había sido como recibir un rayo de sol luego de permanecer durante días en medio de una oscura tormenta. Su primer impulso fue llamar a Simon, pero cuando estaba por marcar su número, se arrepintió y optó por informar directamente a Susan y Lily. El entusiasmo de ambas, sus palabras de agradecimiento y, en especial, la alegría desmedida de la niña le provocaron una sensación de bienestar que no experimentaba desde hacía semanas. Y aún así, una vez que hubo colgado el teléfono, luego de asegurarles que se encargaría inmediatamente de los trámites para que Richard Holland dejara la prisión a la

brevedad posible, no pudo erradicar de su corazón una dolorosa inquietud.

Le prometió a Simon que sería la primera persona con quien se pondría en contacto tan pronto como supiera algo respecto a su hermano, y le había fallado. Su cobardía le ganó la partida; prefirió ir por el camino seguro y no exponerse a hablar con él, temerosa de lo que podría encontrar. ¿Estaría aún disgustado con ella por las cosas que dijo? No, esa no era la palabra apropiada; él no pareció disgustado mientras la escuchaba lanzarle las acusaciones más terribles... cuando dijo que lo odiaba. Estaba desconcertado, sorprendido por esa avalancha de horribles palabras, pero sobre todo, se sintió herido; ella casi pudo sentir su dolor y hubiera deseado darse de golpes a sí misma por haber sido tan injusta y egoísta.

Le dijo a Jenny que sus sueños se habían detenido, lo que era verdad, y tal vez no fuera ninguna señal del Universo, tal y como mencionó con tanta hipocresía, pero si de algo estaba segura, era que Simon había desaparecido de su vida. Deseaba pensar que al recibir la noticia de la liberación de su hermano se sentiría muy feliz, y eso de alguna forma disminuyó en parte el dolor que sentía.

—¡Claire! Por favor, tienes que dejar de hacer eso, me pones nerviosa.

Al escuchar la voz de Jenny, sacudió la cabeza y miró a su amiga, que a su vez la observaba con una ceja alzada.

—¿Qué?—preguntó, un poco confusa.

—Te quedas allí, mirando a la nada, con la expresión más triste que te he visto, y hace un momento estabas tan contenta... —Jenny hizo una mueca de frustración—. Pensabas en él, ¿cierto?

Claire estuvo a punto de negarlo, pero se lo pensó mejor y asintió, sabiendo lo que vendría.

—¿Por qué te haces esto? Solo llámalo, estoy segura de que quiere hablar contigo tanto como tú con él. No seas tan obcecada y reconócelo. Claire, por favor, lo amas, eso no es un crimen.

La afirmación de Jenny la remeció como si hubiera soltado un yunque sobre su cabeza y tardó un momento en recuperar el aliento.

—¡Yo no lo amo! ¿Qué estás diciendo?

—Solo digo lo que veo.

—Necesito que comprendas esto de una vez, Jenny, lo que sea que sienta

la mujer de mis sueños...

Su amiga dejó caer el legajo que llevaba entre las manos sobre el escritorio con un golpe seco.

—¡Olvida a la mujer de tus sueños! ¿Qué importa ahora? Nunca se ha tratado de ella, ¿no lo ves? Y tampoco del hombre ese, no recuerdo su nombre...

—Anthony... —dijo Claire a media voz, respondiendo de forma mecánica.

—Sí, sí, lo que sea. Esto se trata de Simon y tú. No lo amas porque se parezca a un hombre con el que sueñas, lo amas por él, ¿no lo ves? Ni siquiera te agradaba cuando lo conociste, no habrías podido ser más odiosa con él aún cuando lo intentaras. Pero lo conociste y lo trataste, aunque no quisieras hacerlo, y te guste o no, de la forma en que ocurrieran las cosas, te enamoraste y este es un buen momento para que lo reconozcas o vas a volverte loca, y me volverás loca a mí también en el proceso, porque no soporto ver la forma en que renuncias a la felicidad.

Claire guardó silencio ante la explosión de su amiga, demasiado consternada para pensar siquiera en una respuesta medianamente decente a semejante discurso.

Por suerte, o tal vez no, dependiendo de cómo se viera, el teléfono del escritorio de Jenny empezó a repiquetear, y tras dirigirle una última mirada exasperada, dejó la oficina para ir a atender. Pasados unos minutos, regresó, pero su expresión era del todo distinta, incluso Claire hubiera podido asegurar que se veía un poco asustada, lo que era imposible, porque Jenny casi nunca se asustaba.

—¿Qué ocurre?

—Esto no te va a gustar, ¿qué digo? Lo vas a odiar—hizo un gesto nervioso—. Ese loco cliente tuyo quiere hablar contigo.

Claire la miró con el ceño fruncido, como si le hablara en un idioma desconocido.

—¿Quién?

—Cook. También conocido como “el asesino que debió permanecer tras las rejas y nunca salir de allí”—dijo de golpe, ya más recuperada y con gesto ceñudo—. Solo había visto unas fotografías tuyas, además de lo que me contaste, y no le hiciste justicia. No me gusta nada.

Su amiga sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos. ¿Terrence Cook allí? ¿Qué diablos podía querer con ella? Estaba libre, su relación laboral había terminado, y cuando se encargó de finiquitar los asuntos relacionados con su salida de la cárcel, se ocupó también de dejar muy en claro que no deseaba volver a representarlo nunca más. Aunque recibió su advertencia con una sonrisa burlona, creyó que lo había entendido.

—¿Habrá venido a liquidar los honorarios de la firma?

—No lo sé, y si así fuera, ese no es tu trabajo, pero dijo que necesitaba hablar contigo.

Claire suspiró y dejó que la abogada que vivía en ella tomara el mando.

—Está bien, supongo que debo oír lo que tiene para decir, puede haber surgido algo respecto al caso, y no deja de ser mi responsabilidad—hizo un gesto firme—. Hazlo pasar.

—Pero Claire...

—No fue una pregunta, Jenny.

Su amiga puso las manos en jarras sobre las caderas y la miró con reprobación.

—De acuerdo, pero estaré al pendiente, y si te dice cualquier cosa desagradable, solo pulsa el intercomunicador y tendré a seguridad aquí en un segundo.

Claire asintió y forzó una sonrisa para tranquilizarla, aunque no fuera una sensación que le resultara muy familiar en ese momento. Aún no lograba asimilar las palabras de Jenny respecto a Simon y sus sentimientos, se sentía un poco mareada, como si solo funcionara la mitad de su mente a cabalidad, ¿y ahora también debía lidiar con ese hombre? Iba a necesitar de todo su autodominio para salir airoso de esa situación.

La libertad no había hecho mucha diferencia en la actitud y el estilo al vestir de su otrora cliente. Cook llevaba unos pantalones decolorados y raídos por el uso, y una camisa a rayas que le confería un aire más desaliñado. La mayor concesión hecha a su apariencia era que llevaba el cabello medianamente ordenado y la barba afeitada.

—Cuánto tiempo, abogada.

—Nos vimos hace solo unos días—Claire respondió a su saludo sin pizca de calidez e hizo un gesto a Jenny para que se retirara, lo que hizo a

regañadientes—. Esperaba que esa fuera la última vez, creí haber sido clara al respecto.

El hombre señaló la silla frente al escritorio.

—¿No va a invitarme a sentarme? Mi espalda no está muy bien; ya sabe, la prisión puede ser dura.

Tras apretar los labios con fuerza, Claire asintió de mala gana.

—¿Qué puedo hacer por usted?—preguntó una vez que se hubo sentado.

—Muchas cosas...

—¿Ha tenido algún problema con los documentos que le entregué?

—No, todo está en orden. Perfecto.

—En ese caso, debo insistir en que no hay nada acerca de lo que usted y yo debamos hablar.

—Ah, pero yo sí quiero hablar contigo, Claire.

—Es señorita Jones—endureció aún más el gesto al corregirlo con voz cortante.

Él le dirigió una sonrisa indulgente.

—Pero ya no eres mi abogada, ahora estamos en confianza, podemos ser amigos—se adelantó en el asiento sin dejar de observarla—. ¿Qué dices, Claire? ¿Quieres ser mi amiga?

Claire se incorporó con un movimiento cargado de tensión y lo miró sin disimular su desprecio.

—No, no quiero ser su amiga. No lo quiero cerca de mí.

—¿Y qué pasa con el policía? ¿Él si es tu amigo? ¿Dejas que él te llame Claire?

La velada mención a Simon le provocó un escalofrío.

—Por favor, váyase ahora; si vuelve a buscarme, haré que lo arresten.

Cook no pareció perturbado por su amenaza. Se puso de pie con un movimiento lánguido y pesadoso, como si lamentara ver su conversación terminada.

—Y en ese caso, ¿también me defenderás?

Claire no respondió, solo caminó con paso firme hasta la puerta y la abrió de par en par. Una atenta Jenny se ubicó a su lado, muestra de que había estado

en guardia, por si su presencia era necesaria.

—Buenos días, señor Cook.

—Buenos días... señorita Jones—dijo él con tono burlón al pasar por su lado.

Jenny lo miró con el entrecejo fruncido y Claire debió tomarla del brazo para que mantuviera la calma. Solo cuando el hombre desapareció al doblar el pasillo, con su andar descuidado, regresaron a la oficina y Jenny cerró la puerta tras de ella.

—¡Qué hombre más espantoso! ¿Qué quería?

Claire sacudió la cabeza en señal de negación.

—No estoy segura, creo que solo buscaba asustarme.

—¿Por qué? Conseguiste que lo declararan inocente, ¿qué puede tener contra ti?

—No lo sé, Jenny, y no me gusta—Claire se pasó una mano por la frente y respiró con fuerza para conservar el aplomo—. Advierte a seguridad, que no vuelvan a dejarlo entrar a menos que alguien de aquí lo autorice.

—De acuerdo, yo me encargo.

—Gracias—sonrió para relajar el ambiente y buscó un tema seguro—. ¿Puedes avisar en el piso de arriba que iré en una hora? Quiero presentar el informe lo antes posible y olvidar ese asunto.

Jenny asintió con entusiasmo ante ese pedido.

—Considéralo hecho.

Una vez que su amiga se fue, Claire borró la sonrisa de su rostro y un gesto preocupado se instaló en su semblante. ¿Cuál había sido exactamente el motivo de esa visita? ¿Qué podría querer en realidad Cook de ella? Y lo más importante, ¿por qué mencionar a Simon? Ante esta última duda, sintió un escalofrío subiendo por su espalda y se frotó las manos con nerviosismo.

Aunque su sentido de la lógica le decía que Cook era un maniático que encontraba un insano placer en incomodarla, y que su presencia solo tuvo el fin de ponerla nerviosa, no pudo evitar que la sensación de intranquilidad la acompañara hasta que tomó el ascensor para hablar con los socios. Solo entonces logró controlar sus emociones y presentar su informe con profesionalidad; el mismo que fue muy bien acogido.

Luego de recibir las felicitaciones de sus jefes y algunas veladas referencias a la posibilidad de cierto puesto que quedaría vacante en el futuro y que sería perfecto para ella, según aseguraron, Claire regresó a su oficina. Le contó a Jenny todo lo ocurrido y tras compartir unas cuantas bromas respecto a lo que podría significar para su carrera, le pidió que se encargara de ordenar algo para comer y se encerró en su despacho con la excusa de tener algunos documentos por revisar.

Sin embargo, fue poco el tiempo que le dedicó a esta actividad. En realidad, pasó cada minuto a solas pensando en la visita de su antiguo cliente, la corta charla con Jenny antes de esa sorpresiva llegada y, sobre todo, aún cuando hizo todo lo posible por evitarlo, dedicó buena parte de sus pensamientos a Simon.

La perspectiva de compartir su vida con la persona amada nunca la preparó para la dicha de la realidad. Despertar a su lado, las largas charlas frente al fuego, los paseos en libertad por el campo... tanta felicidad parecía un sueño del que temía despertar.

Las primeras semanas de convivencia se vieron ligeramente opacadas por una continua sensación de inquietud, el temor perenne de verse arrebatada de su presencia por fuerzas oscuras, las mismas que, ciertas noches, acechaban sus sueños. Pero él estaba allí para reconfortarla, para susurrarle palabras amorosas al oído, envolverla en sus brazos y jurarle que sus esfuerzos no habían sido en vano, que su amor era más fuerte que nunca y nada ni nadie podría separarlos.

Y ella creía cada palabra, porque a su lado era más fuerte, y se sentía segura de que podrían enfrentarse a cualquier cosa.

Nunca, hasta ese momento, creyó en la posibilidad de sentirse parte de una persona y que esta a su vez ocupara su cuerpo y espíritu de forma que no sabía dónde empezaba uno y acababa el otro. Y cada día esa sensación se hacía más y más fuerte, y segura, como si un escudo invisible los protegiera del mundo y fungiera de cómplice de su amor.

La rápida huida, el abandono a su familia, el verse en la posición de ser casi repudiada por sus seres queridos... una penosa culpa la embargaba al pensar en el dolor que su decisión pudo provocar, pero confiaba en obtener el perdón, y llegado el momento, ambos podrían volver a donde pertenecían, pero lo harían juntos, de la mano, dispuestos a gritar su felicidad sin importarles lo

que nadie pudiera pensar.

Las largas semanas pasadas en Brighton le confirieron lo que él llamaba un aura mágica, y nada le alegraba más que buscarlo en su estudio, sacarlo de allí entre risas, reclamar su atención, y llevarlo consigo a caminar por la playa, de su brazo, en medio de bromas, risas, y más promesas.

En esos momentos no había lugar para el temor, todo transcurría de la única forma posible, lo correcto. Ambos juntos, no existía otra posibilidad. Nacieron para encontrarse, y al hacerlo, sellaron una vez más su destino.

Entonces llegó esa noche. La más aterradora de su vida, la que le perseguiría en forma de pesadillas incluso despierta.

Esperaba su regreso luego de uno de sus constantes viajes a Londres, en espera de novedades, noticias de su familia, de la forma en que el mundo habría tomado su inesperada huida y desesperación. Pero sobre todo, lo esperaba a él, porque las horas en su ausencia se hacían largas, el tiempo pasaba con una lentitud enloquecedora y aún sus más preciadas tareas resultaban penosas si no estaba a su lado para compartirlas.

No hubo un aviso, nada la preparó para el horror y la incertidumbre.

Ladrones, dijeron; tal vez salteadores de caminos, ¿qué sentido tenía una definición cuando veía su mundo derrumbarse y su corazón morir un poco?

Allí estaba él, tal y como lo llevaron a sus brazos; poco había de vida en su rostro, y aún cuando lo besó una y otra vez, no consiguió que reaccionara a su presencia. Había regresado sí, pero jamás de la forma en que ambos soñaban.

El temor le pegó un zarpazo a su felicidad y la incertidumbre se alzó como una fuerza del mal sobre su cabeza.

Lo tenía a su lado y al mismo tiempo lo sentía alejarse cada vez más. Lo llamaba con voz desesperada y no obtenía respuesta, y sus palabras de amor se mezclaban con las oraciones dichas a media voz.

La esperanza se diluía entre sus manos cediendo paso al espanto. Y ante sí solo veía el temor de la pérdida, y el color aterrador de la sangre derramada.

Claire no recordaba cuándo fue la última vez que tuvo un sueño como ese, uno que duró apenas unos minutos, según recordaba, pero que le provocó una aprensión tan profunda que despertó temblando, las manos empapadas por el

sudor y unas ganas terribles de vomitar.

Algo había pasado, algo terrible les había pasado, y no pudo ver nada, solo escuchar los pensamientos de esa pobre mujer desesperada, y un extraño sabor metálico en la lengua que asoció con la sangre que tanto pareció aterrarla en sus sueños.

Sangre, pérdida, miedo. Tantas palabras que tenían un significado infinito en su vida y al mismo tiempo sentía ajenas, porque la desgracia no había caído sobre ella. O eso esperaba.

Simon.

Los acontecimientos que se sucedían en sus sueños nunca se habían visto reflejados en su vida. Era ridículo pensar que porque le hubiera pasado algo terrible al hombre amado por Catherine, algo similar ocurriera en ese momento. ¿O no lo era?

No se detuvo a pensar en sus sentimientos por Simon, en la rápida e inconsciente asociación al pensar si estaba a salvo, y mucho menos en que en su mente, o quizá aún más, en su corazón, le importaba tanto como Anthony a Catherine, aún cuando no se atrevía siquiera a pensar en el poder de la palabra amor.

Buscó tranquilizarse, se dio una ducha rápida y se puso lo primero que encontró, pantalones y un suéter sencillo que había olvidado guardar la noche anterior. Mientras dejaba su dormitorio iba llenando su bolso con cualquier cosa que le fuera de utilidad; llaves, el móvil, dinero... Tenía que correr, y tenía que correr ya. Hubiera podido llamarle, sí, pero no era suficiente, necesitaba verlo.

Bajó como si la persiguieran mil demonios, ni siquiera se detuvo a pensar si había cerrado la puerta de su departamento con la precaución acostumbrada y mucho menos saludó con su usual entusiasmo al portero, que la vio con inquietud.

Tomó un taxi, el primero que se detuvo frente a ella, ignorando las quejas de una mujer que estaba a punto de tomarlo.

Se dirigió al chofer sin preocuparse por disimular el pánico en su voz.

—Al Departamento de Policía, por favor, y dese prisa.

Él debió darse cuenta de su estado, porque tan solo arrancó, pisó el acelerador y solo entonces Claire se permitió exhalar un suspiro, cerrar los ojos, y rogar porque todo estuviera bien.

La estación de policía nunca le había parecido tan intimidante, aunque sus reservas no se debieran al edificio en sí, sino a quien esperaba encontrar en él. Sin embargo, la angustia provocada por el sueño continuaba tan latente como si acabara de despertar, por lo que no dudó al acercarse a recepción y solicitó hablar con el detective Holland. El oficial que la atendió pareció sorprendido por la urgencia que debía delatar su voz.

—Lo siento, señorita, pero el detective Holland no está de guardia.

Claire sintió que el alma se le iba a los pies, y seguro que su decepción fue muy obvia, porque el oficial la observó con desconcierto e incluso dejó sus otras labores para acercarse a ella y observarla con preocupación.

—¿Se siente bien, señorita? Tal vez yo pueda ayudarla...

Ella negó con la cabeza y estaba a punto de agradecerle la atención, dispuesta a marcharse, cuando una voz conocida la sorprendió.

—No hace falta, Phillips, yo me encargo de ella.

Al dar media vuelta y encontrarse con el rostro ceñudo del detective Lancaster, se dijo que eso era más de lo que iba a poder soportar. Se despreciaba a sí misma lo suficiente como para tolerar que ese hombre le recordara lo poco que le agradaba y cuán mal se había portado con él cuando lo subió al estrado, pero ese no era el mejor momento.

—No es necesario, deseaba hablar con Simon... con el detective Holland, pero puedo regresar luego.

—Hágalo si quiere, pero primero me gustaría tener unas palabras con usted.

Ante su tono imperativo, y sin deseos de verse inmersa en una discusión en la recepción de una estación de policía, en donde sin duda llevaba las de perder, Claire asintió de mala gana y permitió que el detective la escoltara por el corredor, no sin antes agradecer al oficial con una sonrisa trémula por su atención.

Lancaster la guió hasta llegar a una puerta, que abrió para ella y luego de seguirla, la cerró con un golpe seco. Solo cuando le señaló una vieja silla frente a una mesa aún más descuidada, comprendió en donde se encontraba.

—Espere un minuto, esta es una sala de interrogación.

—Sí, tenemos varias y esta estaba libre, ¿va a sentarse o no?

—¿Y luego usted me golpeará la cabeza contra la mesa?

—No me tiente.

Claire se mantuvo de pie, con los brazos cruzados y actitud ofendida.

—No voy a sentarme allí, está loco—señaló la habitación con un gesto—. Sé cómo son las cosas aquí. Tras ese espejo hay personas observando, y están esas cámaras...

El detective hizo una mueca de desprecio, aunque estaba segura de que no iba dirigida a ella.

—Las cámaras solo se encienden cuando hay un sospechoso aquí, y en cuanto al espejo, no sea presumida, ¿cree que a alguien en el departamento le importa lo que le ocurra? Ahora, por el amor de Dios, siéntese de una maldita vez.

El hecho de que mencionara a Dios y maldijera en la misma frase no le infundió mayor confianza, pero al ver que él ocupaba la otra silla frente a la mesa y daba una cabezada para indicarle que hiciera lo mismo, exhaló un suspiro que tuvo mucho de derrota. Tras sentarse de mala gana, lo miró con el ceño fruncido.

—No me gusta esto.

—Puede decírselo a su abogado.

Al distinguir la sombra de una sonrisa torcida en su rostro, Claire se relajó al menos lo suficiente para retomar el control de sus emociones, o tanto como le fue posible. Deseaba saber de Simon; aún más, lo necesitaba, pero primero debía decir algo más.

—Lamento lo que pasó en el juzgado, sé que fui muy dura con usted y siento haberlo puesto en una situación tan desagradable.

El detective se encogió de hombros y cruzó las manos sobre la mesa.

—Apuesto mi placa a que lo volvería a hacer si fuera necesario.

—Sí, seguro que sí—no tenía sentido mentir—, pero no lo disfruté, y no pretendo engañarlo al decir que lo siento mucho.

Tras observarla aún con mayor intensidad, el hombre asintió.

—Disculpas aceptadas, ya olvídelo—gruñó, más que dijo—. Ahora, escuché que está buscando a mi compañero.

El brusco cambio de tema la desconcertó, pero recuperó el habla con

rapidez.

—Sí, pero el oficial dijo que no está de guardia.

—¿Y por qué no va a buscarlo a su casa?

Claire sacudió la cabeza y lo miró de reojo.

—No sé dónde vive, y aún cuando no fuera así, esperaba hablar aquí con él.

—Mujer, ¿en verdad cree que este es un buen lugar para que usted y Simon se digan todo lo que se tienen que decir?

—No sé a qué se refiere...

Lancaster apoyó su peso sobre las patas traseras de la silla y la miró con abierta burla.

—Simon siempre dice lo lista que es, y ahora actúa como una tonta.

—No soy tonta—levantó la voz para defenderse.

—En ese caso, deje de actuar como una—espetó él de mala manera—. ¿De qué quiere hablar con Simon?

Claire se envaró en el asiento y recuperó buena parte de su aplomo al verse atacada e interrogada de una forma tan brusca.

—No es asunto suyo.

—Primer error, señorita, sí que es mi asunto, porque gracias a usted mi compañero no es ni la sombra del hombre que era, y me preocupa un poco que quiera finalizar el trabajo y acabar por hundirlo.

Ante sus palabras, Claire sintió que su ira se evaporaba y solo pudo observar al hombre mayor con mal disimulada preocupación.

—¿No se encuentra bien? Simon... ¿le ha pasado algo?—incluso preguntar le costó mucho, temía la respuesta.

—¡Sí! ¡Le pasó usted!—Lancaster no pareció darse cuenta de lo afectada que se encontraba—. Desde el momento en que la vio, supe que algo iba a pasar, que no le traería más que problemas, y vaya que tuve razón. Toda esa obsesión por saber acerca de usted, por mantenerse cerca aunque lo trataba como a un leproso... Un hombre con sentido común se habría alejado, claro, pero aunque Simon es un excelente detective, también puede ser tan idiota como cualquier hombre cuando hay una mujer de por medio.

Claire solo atinó a decir lo primero que pasó por su mente, algo que

creyó demasiado importante como para dejarlo pasar.

—Simon no es ningún idiota—dijo con voz temblorosa, pero firme.

Lancaster la miró con una ceja alzada, sin abandonar el aire mordaz.

—¿Sabe lo que me dijo la primera vez que la vio? ¿Cuándo salió corriendo de la oficina luego de desmayarse?—esperó a que Claire hiciera un gesto de negación para continuar—. Dijo: “Creo que estoy enamorado”. ¿Quién diablos dice algo así?

Simon. Simon diría algo así, porque era lo bastante honesto para hablar de sus sentimientos sin que le importara lo que los demás pudieran pensar. Simon, que actuaba siempre con una seguridad que le aterraba tanto como la cautivaba.

Lancaster no podía adivinar todo lo que pasaba por su mente, de modo que siguió hablando, aunque suavizó un tanto la voz.

—Conozco a Simon desde que era solo un muchacho con demasiadas responsabilidades y unas ganas enormes de demostrarse a sí mismo que era capaz de lograr cualquier cosa. Y lo he visto hacerlo, lo he visto levantarse de las situaciones más difíciles, asumir compromisos que no le correspondían, y jamás le he oído quejarse. Moriría por las personas que quiere, y hasta ahora siempre ha sido un hombre centrado y con sentido común. Pero llegó usted y no sé qué diablos le hizo, pero lo he visto desmoronarse ante mis ojos, y no me gusta. Él merece algo mejor, y se lo he dicho, pero ¡que Dios proteja a quien se atreva a decir algo en contra de la señorita Jones porque lo amenazará con despellejarlo vivo!

No estaba segura de querer continuar oyéndolo, pero parte de sí debía pensar que necesitaba hacerlo, porque no lo interrumpió y dejó que continuara con su sermón.

—Al principio no pensé que fuera tan malo. Claro, es una abogada, y eso es bastante malo, pero también es una mujer, y Simon siempre ha sido bueno juzgando a las personas, creí que quizá había algo en usted que la hacía especial. Cuando la vi en ese tiroteo, herida, tuve que decírselo, por eso corrió como un lunático para verla, y no me involucré más. Pensé que era lo bastante mayor para saber en qué se metía, y que si salía lastimado podría verlo como una buena experiencia, pero estaba equivocado—Lancaster sacudió la cabeza y exhaló un suspiro; a Claire nunca le había parecido tan mayor—. El muy idiota se enamoró, y lo hizo en serio, como lo hace todo. Pero no fue suficiente para usted, ¿cierto? Un hombre decente y honesto que le entrega el corazón en

bandeja de plata no cumplía sus expectativas.

De alguna forma, Claire encontró la voz para responder, necesitaba hacerlo, no porque le importara lo que Lancaster pensara de ella, sino porque no soportaba que pensara que Simon estaba equivocado.

—Usted no sabe lo que siento por Simon, o lo que ha ocurrido entre él y yo, y no tengo porqué decírselo, pero sí puedo asegurarle que sé perfectamente la clase de hombre que es y lo respeto por eso.

—¿Lo ama también?

—No voy a contestar a esa pregunta. No a usted.

—¿Pero sí se lo dirá a Simon? ¿Por eso está aquí?

Claire sacudió la cabeza y permaneció en obstinado silencio, por lo que el detective Lancaster gruñó entre dientes y la observó aún con mayor seriedad.

—¿Sabe por qué no me gustan los abogados?

La pregunta fue tan inesperada que Claire levantó la cabeza y lo miró con cierta sorpresa.

—¿Porque según usted somos insectos rastreros que vivimos de defender a criminales?

—Además de eso. Aunque no recuerdo haberla llamado así nunca; pero quién sabe, tal vez lo hice, a mi edad olvido algunas cosas—el detective sonrió falto de humor—. Para ser sincero, tal vez no tenga buenas razones para que no me gusten, Simon dice con frecuencia que los uso como excusa.

—¿Excusa para qué?

Aunque en otras circunstancias no habría preguntado, Claire no pudo reprimir su curiosidad; presintió que la respuesta era importante. En un primer momento, pensó que el detective no contestaría, pero pasados unos segundos, hizo un gesto de incomodidad y dio una cabezada en señal de asentimiento. Suponía que era una forma de reconocer que estaba dispuesto a confiar algo muy privado.

—He estado casado tres veces. Todas por amor, o por lo que pensé en su momento que era amor, supongo que eso ahora no importa mucho—se encogió de hombros, en tanto Claire digería la información—. Cuando las cosas iban mal, siempre intentaba arreglarlo, ¿sabe? Pero ellas no estaban de acuerdo, querían recuperar su libertad, empezar de nuevo, así que recurrían a lo más sencillo...

—Un abogado de divorcios—adivinó Claire sin problemas.

—Sí, uno de esos; o tres, para ser más preciso—el hombre elevó las pobladas cejas con cierta burla dirigida a sí mismo—. Ellos aparecían y al verlos sabía que todo estaba acabado.

—Pero ellos solo hacían su trabajo...

El detective hizo un gesto displicente alzando una mano en el aire.

—Lo sé, lo sé, ¿no acabo de decirle que según Simon son solo una excusa? Es más simple culparlos de todo que reconocer un fracaso tras otro—suspiró, y Claire pudo ver en él por primera vez muestras de humanidad—. Pero lo intenté, vaya que lo intenté, es solo que ellas...

—Quizá no eran las indicadas.

—¿En serio lo cree? ¿Ninguna de las tres?

Claire sonrió, muy a su pesar, y observó aliviada que el detective hizo otro tanto; quizá la primera sonrisa auténtica dirigida a ella desde que lo conocía.

—El amor es complicado.

—Dígaselo a Simon—bufó, poniendo los ojos en blanco—. Para él es muy sencillo, ¿sabe? Ama o no ama, eso es todo. Y en lo que a usted se refiere, está hundido hasta el cuello.

—¿Ahora me compara con arenas movedizas? Por favor, deje de halagarme, terminaré por creerle.

Lancaster pareció comprender que la burla fue dicha con el fin de no profundizar en los sentimientos de Simon, y mucho menos en los propios, pero no se dio por vencido.

—No crea que esto es fácil para él. Me refiero a que tal vez le gustó desde que la vio, pero no pensaba que pudiera pasar algo entre ustedes. Ya sabe, usted no estaba libre, y no parecía que le cayera muy simpático... y aún así no pudo mantenerse alejado—el detective suspiró—. ¿Sabe qué? Creo que estaré de acuerdo con usted por esta vez. El amor es complicado, o quizá somos personas como usted y yo quienes lo volvemos complejo. Como sea, es difícil.

—Y duele.

Las palabras escaparon de los labios de Claire antes de que pudiera detenerlas; en realidad, no pensó en ellas, solo se escurrieron para reconocer una verdad que hasta entonces le había sido imposible nombrar. Lancaster pareció comprenderla, porque dio una cabezada en señal de asentimiento y suspiró una

vez más.

—Duele, sí. Duele más que una bala en el costado, y créame, señorita, he recibido un par de esas.

—Lo siento. No solo por las balas, me refiero a... todo.

—Gracias.

Guardaron silencio unos minutos, cada uno perdido en sus pensamientos, hasta que el detective Lancaster se aclaró la garganta y su rostro recuperó la expresión adusta a la que Claire estaba acostumbrada.

—No voy a preguntar qué pasó entre ustedes. Para ser sincero, se lo pregunté a Simon, y me mandó al diablo; supongo que no hizo mal, algunas cosas solo se pueden compartir con una persona—la miró con las cejas alzadas—. Pero sin importar de qué se trate, si puede, y si quiere, arréglole; es la única que puede hacerlo. Simon es un hombre paciente, y juro por Dios que nunca lo he visto comportarse con una mujer como lo hace con usted, pero incluso él tiene un límite, y no hay que ser un genio para intuir que usted no solo lo cruzó, sino que lo ha pisoteado.

—¿Cree que pueda repararse algo que ha sido despedazado?

Su tono fue anhelante y un poco temeroso, como si deseara oír la respuesta y al mismo tiempo le provocara una gran inquietud. El detective tan solo se encogió de hombros y la miró a los ojos.

—Honestamente, no lo creo, pero no me tome en serio, soy un cínico amargado. Pero Simon... él ve las cosas de otra forma, y si es la mitad de la mujer que él piensa que es... sí, creo que podría hacerlo—sonrió de lado y le dirigió una mirada desafiante—. Vamos, mujer, sorpréndame. ¿Quién sabe? Quizá consiga que cambie mis ideas acerca de los abogados.

Claire esbozó una pequeña sonrisa.

—No esperaré que le crea. Le gusta mucho odiarnos y no quisiera que perdiera su pasatiempo.

—No, la verdad es que tampoco a mí me gustaría. Pero si arregla este desastre, al menos me simpatizará usted; no estaría mal para empezar.

—No, supongo que no.

El detective pareció satisfecho ante su respuesta y se puso de pie con pesadez, en tanto se llevaba una mano al bolsillo de la chaqueta para sacar un pequeño bloc de notas. Tras escribir algo con rapidez, arrancó una hoja y se la

entregó.

—La dirección de Simon—dijo—. Ni siquiera sueñe con dudar, solo muévase y tome uno de sus benditos taxis. No importa lo que haya hecho o dicho, Simon entenderá; otra de sus horribles virtudes, siempre perdona a quienes quiere.

Claire estuvo a punto de agradecerle con una ligera inclinación de cabeza, pero se lo pensó mejor y extendió una mano, que el viejo detective se apresuró en estrechar.

—Buena suerte.

Mientras dejaba la estación y esperaba un taxi en la acera, Claire estrujó el papel entre los dedos con nerviosismo. Las imágenes de su sueño aún la perseguían, pero ahora sentía una extraña sensación de paz que se iba apoderando de su cuerpo. Simon habría dicho que se trataba de esperanza y sonrió al pensar en ello.

Claire se detuvo ante el edificio de apartamentos y dio una mirada hasta el piso en el que se encontraba el de Simon, según la dirección que le diera el detective Lancaster. Vio una luz encendida a través de una de las ventanas y estuvo tentada a dar media vuelta y regresar por donde había venido, pero sacudió la cabeza para controlar su nerviosismo y entró en el vestíbulo.

Dudó entre tomar el ascensor o usar las escaleras y, tras una pequeña vacilación, optó por lo primero. No tenía sentido retrasar más esa visita, si podía llamarle de esa forma; no estaba segura de qué hacía exactamente allí, pero algo le decía que una vez que viera a Simon lo tendría más claro. En cuanto se encontró frente a la puerta del apartamento indicado en la dirección, enderezó los hombros y tocó con un solo golpe.

No tuvo que esperar demasiado, aún cuando cada segundo se le hizo eterno y se vio en la necesidad de reprimir el deseo de dar media vuelta y regresar por donde había llegado. Estaba a punto de levantar el brazo para tocar una vez más, cuando la puerta se abrió y la silueta de Simon se recortó en el umbral.

Debía de encontrarse tan sorprendido por su presencia como lo estaría ella en su lugar, pero apenas hizo un gesto de desconcierto antes de endurecer el semblante y observarla con curiosidad.

—Necesitaba hablar contigo, fui a la estación, pero el detective Lancaster

dijo que es tu día de descanso y pensé que podría venir aquí... él me dio la dirección. Espero que no te moleste. Si estás ocupado puedo volver luego—lo miró alzando la barbilla con nerviosismo—. ¿Lo estás? Ocupado, quiero decir. Porque si no lo estás, me gustaría hablar contigo. Pero antes que nada, necesito saber si estás bien.

Hablaba como si hubiera perdido la razón, a mil por hora y sin mayor sentido, pero él no lució demasiado sorprendido, tan solo le dirigió una de esas miradas que parecía reservar solo para ella, como si intentara ver dentro de su alma.

—Simon, ¿me has escuchado?—le acometió el nerviosismo ante su falta de respuesta.

—Algo respecto a que quieres hablar conmigo, sí, aunque puedo haber entendido mal; me pasa con frecuencia desde hace un tiempo. Y respecto a si estoy bien, bueno, no puedo darte una respuesta muy concreta, tal vez no tenemos la misma idea respecto a lo que eso significa.

Se merecía esa pulla; en realidad, merecía muchas más, de modo que lo escuchó sin pestañear, en espera de que dijera algo más, pero Simon solo suspiró y se hizo a un lado para cederle el paso.

Claire pasó por su lado, sin hablar y una vez que estuvo dentro del apartamento, dio un vistazo alrededor con curiosidad. No se había detenido a pensar en cómo sería el hogar de Simon, y al verse allí no pudo evitar observar cada detalle con mal disimulado interés.

No parecía un lugar muy grande, aunque era probable que estuviera equivocada, porque apenas se encontraba en el salón y este tenía un buen tamaño; además, logró atisbar un pequeño balcón que debía de brindar una bonita vista a la calle. La decoración era un reflejo de la personalidad de Simon; masculina, sencilla, un poco clásica, con muchos muebles discretos y apenas algunos detalles en las paredes.

—Esa puerta a la derecha da a la cocina y un pequeño comedor, y si sigues por ese pasillo llegarás al dormitorio.

Claire dio un brinco y enrojeció al oír la voz de Simon cerca a su espalda. Obviamente, encontraba muy divertido verla atisbar en su hogar sin pizca de discreción.

—Gracias por la información.

Él se encogió de hombros y se adelantó para sentarse en un sillón que se

veía muy cómodo e hizo un gesto para que ocupara el asiento frente a él. Claire lo hizo y dejó su bolso sobre una mesilla lateral.

—Me gusta. Es acogedor, muy... tú—pensó que debía romper el silencio y dijo lo primero que llegó a su mente.

—Considerando lo poco usuales que son en ti, lo tomaré como un cumplido—Simon estiró las largas piernas bajo la mesa de centro y se cruzó de brazos, sin dejar de observarla—. Si has venido a disculparte por lo de la otra noche, no es necesario.

No se sorprendió de que llegara a esa conclusión, era muy lógico y en gran medida tenía razón. Sí que deseaba disculparse por lo que dijo la última vez que se vieron, pero también necesitaba decir tantas cosas más...

—Claro que es necesario.

—No, no lo es, en especial porque dijiste lo que sentías y creo que uno no debe disculparse por eso.

—Es más complicado de lo que piensas, Simon.

—Es curioso que lo digas, porque recuerdo que fuiste muy clara esa noche. En realidad, creo que era algo que necesitabas decir; te estaba carcomiendo por dentro y no podías soportarlo más. Bien pensado, quizá sea yo quien debe disculparse—elevó una ceja con el asomo de una sonrisa cargada de tristeza—. No quise llevarte a ese estado, Claire, nunca pensé que pudiera ser capaz de provocar toda esa aversión en ti.

—No lo entiendes.

—Claro que lo hago. Me odias, lo dijiste, y no puedes soportar tenerme cerca porque sientes que altero tu vida, y lo siento, ¿de acuerdo? Nunca fue mi intención que eso pasara; de haber sabido que era eso lo que sentías te hubiera dejado en paz, con tu preciosa vida, tu novio perfecto y tu gran carrera...

— ¡Estás equivocado!

Claire no se dio cuenta de que había gritado hasta que Simon la miró con sorpresa, impresionado por su reacción. Pero no se detuvo a disculparse, tenía que decirle lo que pasaba, necesitaba que comprendiera muchas cosas, y aunque no estaba segura de si podría hacerlo, su corazón no iba a estar en paz si no lo intentaba.

—No tengo una preciosa vida, nunca la tuve, es solo que no podía verla, porque estaba desesperada por pensar que todo estaba bien, que era capaz de

comandar mi futuro, triunfar y ser tan feliz como puedes serlo cuando vives una ilusión. En este momento, no me importa mi carrera, o al menos no la forma en que la llevo, y estoy en una encrucijada que no sé si sea capaz de resolver. No tengo un novio perfecto, porque aunque David es un hombre extraordinario, comprendí que no lo amaba como merecía y no era justo para ninguno de los dos. Y lo más importante, Simon, no te odio, no podría hacerlo, y no quiero. Sí, pusiste mi vida de cabeza, e hiciste que me replanteara cosas en las que jamás había pensado, pero no te culpo por eso, te lo agradezco—su voz se fue haciendo más débil según continuaba, aunque no lo notó—. Si hay alguien a quien odio en este momento, es a mí, porque me he comportado de forma horrible e injusta contigo, cuando tú solo me has ofrecido lo mejor de ti. Lo siento, Simon, y sé que una disculpa no es suficiente, pero tenía mucho miedo, y odio sentir miedo. Lo único que sé hacer cuando estoy asustada es correr, y por eso me alejé de ti con tanta desesperación; todo lo que me hacías sentir... estaba aterrada.

Simon escuchó en silencio, atento a cada una de sus palabras, y cuando ella calló, abandonó su postura relajada, pero sin variar su expresión insondable.

—¿Aún tienes miedo?—preguntó al fin.

—Más que nunca, pero no por las mismas razones. Aún temo a mis sentimientos, no sé si pueda con ellos. ¿Sabes? Desde que mis padres murieron, quizá antes de ello, al verlos discutir todo el tiempo, me dije que no quería algo así para mí, que sería feliz si encontraba esa estabilidad que nunca había conocido. La pasión que siempre muestras, la forma en que me miras, y me hablas, me asusta porque siento que si me dejara llevar por ti, si diera ese salto del que tanto hablas, podría resultar muy lastimada. Y he pasado por muchas cosas en mi vida, Simon, he sido herida, pero si algo así pasara contigo, no sé si podría soportarlo. Sería demasiado doloroso.

Simon, para su sorpresa, sonrió al oírla; era una sonrisa sin rastro de burla o malicia, parecía la misma que le dirigiría a su sobrina al escuchar algún extraño razonamiento infantil. Pero Claire no tuvo tiempo de preguntarle acerca del motivo de ese gesto, porque su sorpresa se convirtió en estupor cuando él se puso de pie con lentitud para luego arrodillarse a su lado, extendiendo las manos para tomar su rostro y acercarlo al suyo con delicadeza.

—El amor no duele, Claire y tampoco da miedo; son las personas quienes lo cubren con un halo de misterio, asociándolo con penas y pérdidas, precisamente porque temen que se termine, porque es tan poderoso que tan solo nombrarlo nos provoca un poco de miedo. Pero es más sencillo de lo que piensas, e infinitamente complicado al mismo tiempo, como todo lo que vale la

pena en la vida. Y creo que debes saber que no tenemos suficiente tiempo para analizarlo, temerle, y mucho menos para asumir que nos lastimará de alguna forma. No tengas miedo de amar, Claire, no pienses en lo que podría salir mal, porque solo serán excusas para evitar entregar tu corazón. Y Claire, conozco tu corazón, es hermoso, y si me das la oportunidad, quiero vivir en él. Tú ya vives en el mío.

Ella oyó cada palabra y según se colaban en su mente y les confería un significado claro, su corazón empezó a latir tan fuerte que sintió el eco en sus oídos y creyó que Simon lo oiría también. Unas lágrimas que no intentó contener empezaron a deslizarse por sus mejillas y elevó una mano para posarla sobre el rostro de Simon.

— ¿Por qué dices esas cosas?—preguntó al fin, con la voz quebrada.

—Porque es la verdad. Porque he pasado las últimas semanas preguntándome porqué la vida sería tan cruel para ponerte en mi camino y permitir que te perdiera. No busques explicaciones, yo dejé de hacerlo cuando te vi por primera vez, y te lo dice alguien que no cree en el amor a primera vista—sonrió de lado, sin dejar de acariciar sus mejillas—. Cuando te desmayaste en la oficina, y luego, al oírte discutir con Colin, fue como si algo hubiera encajado dentro de mí. Pensé que era ridículo, que solo me sentía fascinado por una mujer hermosa e intenté mantenerme apartado, pero no pude hacerlo; me atraías como una polilla a la luz, y entonces vi a la mujer tras este bello rostro y me pareció aún más hermosa, tan llena de inseguridades y temores, tan testaruda y valiente, que no pude evitar amarla. Porque eso es lo que siento, Claire, te amo, y aunque sé que quizá no sientas lo mismo, estoy dispuesto a esperar hasta que así sea, pero necesito que estés a mi lado.

Entre la bruma de su mente y el irresistible impulso de dejarse llevar, Claire logró reunir el escaso control que le quedaba y tomó las manos de Simon para alejarlas de su rostro, sin dejar de observarlo, las lágrimas ya secas sobre sus mejillas.

—Hay algo que aún no te he dicho.

Él asintió, dejando de lado su desconcierto para incorporarse apenas y sentarse sobre la mesa de centro, sin importarle derribar un par de adornos en el proceso.

— ¿Qué?

—Quiero explicarte porqué me desmayé aquel día al verte por primera vez y porqué actué tan extraño contigo; quiero contarte las razones por las que te

dije tantas veces que necesitaba mantenerme alejada de ti.

Simon frunció un poco el ceño ante sus palabras, parecía inseguro acerca de si deseaba conocer esas respuestas o no, pero al cabo de un momento suspiró y asintió una vez más.

—Te escucho.

Claire empezó a hablar con tono pausado, pero firme, aunque según avanzaba en su narración, su voz flaqueaba. Le habló de sus sueños, desde el primero, explicando la caótica sucesión de imágenes que empezaron a acosarla al irse a dormir y como estas, al conocerlo, habían ido cobrando sentido, siguiendo una línea temporal que aún no lograba entender, pero que seguía como quien busca con desesperación la punta de una madeja para dar con el hilo que le procuraría claridad a esa historia. Confesó, un poco avergonzada, la opinión de Jenny al respecto, los libros leídos a regañadientes y en los que no encontraba mayor explicación. Pero sobre todo, abrió su corazón respecto a todo lo que le inspiraba esa pareja que a esas alturas era tan familiar para ella, y sus temores de no ser dueña de sus sentimientos, de la posibilidad de que todo lo que sentía fuera tan solo un reflejo de esos sueños, un anhelo nacido de la empatía que le inspiraba la pareja de amantes del pasado.

Cuando terminó de hablar, sintió la garganta seca, pero eso no le preocupó en lo absoluto. Estaba pendiente de la expresión de Simon, que había variado muy poco mientras la escuchaba; el único gesto que hizo mientras ella contaba su relato fue extender una mano y tomar la suya, envolviéndola con su calidez. Pensó que no diría nada y ella no tenía ya más palabras para compartir, por lo que esperó con la vista fija en un botón de su camisa.

—Claire, mírame—al escucharlo, levantó la cabeza con rapidez y lo observó, insegura acerca de lo que encontraría, pero solo vio su semblante sereno—. ¿Cuál es mi nombre?

La pregunta le causó tal desconcierto que debieron pasar unos segundos antes de que la comprendiera del todo.

—¿Qué?

—Mi nombre. ¿Cuál es?

—Simon...

—Correcto, es ese—él esbozó una pequeña sonrisa y apretó su mano—. Y tú eres Claire, la mujer que ha puesto mi mundo de cabeza, a quien amo, que tiene sueños realmente extraños que me gustaría comprender y te prometo que te

ayudaré para que ambos podamos hacerlo, porque si te provocan cualquier dolor, tienen que irse. Pero ahora necesito saber a quién ves en este momento frente a ti, quién soy, qué te inspiro yo. Olvida los sueños por un instante, vive el ahora, despierta y dime quién soy.

Claire comprendió a qué se refería y se inclinó hacia él, con todos sus sentidos puestos en el hombre frente a ella, que la observaba con intensidad, ansioso.

—Eres Simon, el hombre más honesto que he conocido en mi vida, que me hace sentir las cosas más extrañas y hermosas que hubiera podido imaginar. Por algún motivo que no comprendo, parecen gustarte los trajes, eres muy valiente y modesto; amas con tanta pasión que me cuesta respirar al pensar en ello y aunque he intentado convencerme de que mis sentimientos no son del todo míos, sé que no es verdad, porque si bien a veces creo que mi vida no me pertenece del todo y mis recuerdos están mezclados con otros del todo ajenos, mi corazón sigue siendo mío y de nadie más. Y en él estás tú, Simon, te has hecho un lugar aunque Dios sabe que hice todo lo posible por evitarlo, y lamento decirlo, pero es la verdad. Y creo que te quiero, incluso más de lo que estoy dispuesta a reconocer aún...

Su voz se fue apagando y esperó que Simon diera el siguiente paso, lo que no tardó demasiado. Se puso de pie, llevándola con él, con su cuerpo muy pegado al suyo, y Claire debió ponerse de puntillas para mirarlo.

—Resolveremos el asunto de los sueños, lo prometo, de una forma u otra; creo cada palabra que has dicho y odio que pasaras por todo esto sola, pero ya no lo estás, me tienes a mí y haré lo que sea para librarte de cualquier cosa que te haga sufrir. Pero ahora estamos aquí, tú y yo, despiertos, y te ruego que des ese salto ahora, Claire, sin miedo, sin arrepentimientos. Si tienes una pesadilla, permite que esté a tu lado para consolarte.

—Simon...

Él deslizó las manos por sus hombros, recorrió la longitud de sus brazos y la tomó de las manos, pegando la frente a la suya.

—Déjate caer, Claire, estoy aquí—susurró contra sus labios—. Mírame a los ojos y salta; sabes que te sostendré.

Lo sabía. Lo supo todo el tiempo y aún así luchó por aferrarse a cualquier cosa que la mantuviera lejos del abismo. ¿Por qué hacer algo así? Ella deseaba caer, sin importar el riesgo, siempre y cuando Simon la esperara al final del camino.

No, no era la mujer de sus sueños quien de alguna forma le había transmitido todos esos sentimientos. Si de algo estaba segura, era de que sus emociones en ese momento eran auténticas, por completo suyas, y no deseaba que desaparecieran, porque eso significaría perder también a Simon. Y cuando hizo lo que él dijo, y lo miró a los ojos, supo con seguridad que perderlo era lo último que deseaba en el mundo.

—No me dejes.

Al oír su voz, le sorprendió que esas palabras salieran de sus labios, y Simon debió de sentir lo mismo, porque la miró con cierta sorpresa, pero duró solo un instante; de inmediato, sonrió y exhaló un suspiro tan sentido como si hubiera pasado los últimos minutos conteniendo el aliento, en espera de una respuesta.

— ¿Dejarte? Claire, no sé cómo podrías deshacerte de mí ahora—al tiempo que hablaba sobre su boca, una risa escapó de su garganta, y la besó.

Claire correspondió al beso con la misma pasión que él mostraba, sujetándose de sus hombros, como si se aferrara a un salvavidas. Abrió los labios y permitió que Simon jugueteara con su lengua, saboreando el gusto salado de sus besos.

Antes de que se diera cuenta, la había acercado del todo a su cuerpo y ella se amoldó para hacer la unión más estrecha. Rodeó su cuello con los brazos y pasó una mano por su cabello, en tanto él recorría la curva de su cintura sin dejar de besarla. Apenas reparó en el hecho de que deshacía su peinado hasta que sintió su cabello rozando sus mejillas.

—Deseaba tanto hacer esto—susurró él contra sus labios, y ella apenas comprendió a lo que se refería—. Es tan suave...

Claire tembló ante el tono apasionado de su voz, que hizo flaquear sus rodillas y le obligó a recostarse aún más contra él, si eso era posible. Suspiró e hizo a un lado el rostro para que él pudiera seguir un recorrido de besos por su cuello y hombros, en tanto hacía a un lado el cuello de su blusa.

— ¿Sabes qué otra cosa he deseado hacer desde que te vi por primera vez?

Ella negó con la cabeza, demasiado excitada para formular una respuesta coherente.

—Saber qué escondes bajo ese traje.

— ¿No te gusta mi traje?—su voz no parecía suya en realidad, era apenas

un susurro difícil de distinguir.

—Sí, pero estoy seguro de que me gustarás mucho más sin él.

Antes de que atinara a pensar en una buena respuesta a esa afirmación, Simon se había encargado de ir deshaciendo cada uno de los botones y deslizó la blusa por sus hombros. Luego, la alejó un poco para observarla con atención y su mirada fue tan intensa que Claire se sintió asaltada por una increíble sensación de timidez. No creía que ningún hombre la hubiera mirada antes con esa avidez y devoción, como si fuera lo más hermoso que hubiera visto en su vida y deseara conservar el recuerdo de ese momento en su mente.

Un gemido escapó de su garganta cuando la sujetó por la cintura y sintió sus manos sobre la piel desnuda. Sin detenerse a pensar, extendió ambas manos para ayudarlo a deshacerse de la camisa y las posó sobre su pecho, a la altura de su corazón, que latía desbocado.

—Ven conmigo.

La tomó de la mano y la guió hasta su habitación. De no sentirse como si anduviera sobre algodones, se habría detenido a admirar la sencillez de la decoración y le habría sorprendido lo amplia que se veía en comparación con el resto del departamento. Pero en ese momento solo podía pensar en que estaba allí, a un instante de dar un paso trascendental que podría cambiar su vida para siempre. Simon debió notar su indecisión, porque la atrajo de nuevo hacia sí y volvió a besarla, esta vez hasta que ambos se quedaron sin aliento.

—Por favor, no te arrepientas.

Ante el fervor en su tono, Claire se puso de puntillas y colocó uno de sus dedos sobre sus labios.

—No lo hago.

Él sonrió al oírla y la tomó por la muñeca para lamer con delicadeza el dedo que descansaba sobre sus labios, y luego siguió con el otro, y otro más, hasta que Claire sintió que corría el serio riesgo de caer sobre la alfombra, por lo que hizo un esfuerzo para separarse y se dejó caer sobre la amplia cama.

Simon se arrodilló ante ella y le ayudó a deshacerse de los zapatos, para luego seguir con la falda, que dejó caer con descuido a un lado.

—Eres tan hermosa.

Claire intentó reprimir el cosquilleo que sintió en la boca del estómago al oírlo y esbozó una media sonrisa.

—Tú no estás nada mal.

Tal y como esperaba, Simon rió ante sus palabras y la empujó con mucho cuidado hasta que estuvo del todo recostada sobre la cama. Luego, se deshizo del resto de su ropa y se dejó caer a su lado, sin dejar de mirarla.

—No estaba bromeando.

—Tampoco yo.

Sus voces eran serias, había algo de solemnidad en sus palabras, como si desearan dejar en claro lo que significaba ese momento para ambos. Una niebla pareció envolverlos, casi alejándolos del resto del mundo, de todo lo que sucedía más allá de ese pequeño espacio que era solo suyo y que nadie más podría atravesar.

Simon se entregó a recorrer su cuerpo con los labios, desde la delicada piel de su cuello, pasando por sus mejillas, labios y nariz, bajando cada vez con mayor seguridad y anhelo, despojándola en el camino de las pocas prendas que aún conservaba. Le dedicó una especial atención a la piel sensible de su estómago, lamiendo y jugando con ella hasta que consiguió la respuesta que deseaba. Claire se retorció bajo su peso, y emitía pequeños jadeos cada que él se detenía en ciertas partes de su cuerpo, las saboreaba y dejaba una estela de besos que sentía arder.

Cuando Simon detuvo un instante sus caricias, respirando sin aliento, fue ella quien se encargó de hacer otro tanto con él, primero con timidez y luego con un atrevimiento que le era casi desconocido, pero que frente a él le pareció lo más natural del mundo. Deslizó las manos por sus fuertes hombros, recorrió una pequeña cicatriz que adornaba su costado y la besó con devoción, pensando una milésima de segundo en el peligro en que se habría encontrado y por un momento, sintió tanto miedo al pensar en la posibilidad de lo que pudo ocurrirle entonces, que se entregó con más fervor a tocarlo, como para asegurarse de que encontraba a salvo y en sus brazos.

Apenas podían respirar, todo era calor, sudor y gemidos compartidos. Simon se alejó un instante, y cuando volvió, renovó sus caricias y deslizó una mano entre sus muslos, que Claire separó por instinto, alzando apenas las caderas para recibirlo. Al sentirlo dentro de ella, emitió un jadeo y abrió mucho los ojos, acompasando la respiración, en tanto se acostumbraba a esa sensación, sin dejar de recorrer su espalda con la yema de los dedos, satisfecha al sentirlo retorcerse de placer.

Una vez que recobró el sentido de lo que hacía, y lo sintió moverse,

primero con delicadeza, y luego aumentando sus embistes, armonizó el ritmo y se movió con él, cada vez con más rapidez y sin dejar de suspirar contra su cuello, con los ojos muy cerrados y una sensación de abandono total que iba apoderándose de ella, hasta que se vio casi al borde del desmayo. Los músculos de su abdomen se tensaron y un gemido escapó de su garganta, pero Simon lo ahogó con un beso profundo que terminó por llevarla al éxtasis, lo mismo que sintió le ocurría a él, que enterró el rostro contra su pecho y se sacudió sin dejar de temblar.

Ninguno dijo una sola palabra, solo se observaron con una renovada curiosidad, como si acabaran de descubrir algo precioso que no sabían cómo poner en palabras. Simon la atrajo hacia su pecho, los cubrió con una sábana y entrelazó sus piernas. Claire cerró los ojos y recostó la mejilla sobre su hombro, con un brazo aferrado a su espalda y una sensación de bienestar y agotamiento que la envolvió por completo. Antes de quedarse dormida, percibió más que sintió cómo Simon besaba su cabello y una sonrisa se dibujó en sus labios.

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 14

Al abrir los ojos, Claire se sintió desorientada tan solo por un instante antes de que los recuerdos de la noche anterior se colaran en su memoria. Y aún cuando no hubiera sido así, la mano que la sujetaba por la cintura y que la mantenía ceñida de espaldas a un cuerpo ahora familiar, era un indicativo más que claro de lo ocurrido.

Buscó y buscó dentro de su mente y corazón algún signo de arrepentimiento, y no dio con ninguno. Cerró los ojos, se acurrucó contra el pecho de Simon, y posó una mano sobre la suya.

¿Cómo era posible que experimentara esa pacífica sensación de pertenencia? Como si se encontrara exactamente en el lugar correcto, con la persona que debía estar a su lado...

— ¿Estás pensando en una buena ruta de escape?

Sonrió al oír su voz, no había notado el cambio en su respiración al despertar. Sin dejar de sonreír, dio vuelta entre sus brazos y lo miró a los ojos.

—En realidad, la idea no ha pasado por mi mente.

—Bien.

Claire sacudió la cabeza de un lado a otro, un poco divertida por el alivio que revelaba su tono; ¿en verdad creyó que iba a huir? Bien pensado, era natural, no se había portada de forma muy lógica y racional con él.

—No voy a correr, Simon, he pasado demasiado tiempo huyendo.

— ¿De mí?

—La verdad es que creo que era de mí misma de quien huía—frunció un poco el ceño al oír esas palabras que escaparon de sus labios aún antes de que pensara en ellas—. No quiero hacerlo más.

—Gracias a Dios.

El tono de Simon fue un poco burlón, pero la seriedad en sus ojos le hizo saber que entendía bien a qué se refería.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

Claire asintió y exhaló un suspiro cuando Simon deslizó una mano por la curva de su cadera.

— ¿Soñaste conmigo anoche?—rió ante la expresión confundida de Claire—. Espera, creo que me he expresado mal... ¿Tuviste uno de esos sueños de los que me hablaste? Tú y yo, o quienes sean esas personas.

Claire no encontró tan sorprendente la pregunta, como el hecho de que Simon se refiriera al tema con tanta naturalidad, lo que encontró tranquilizador.

—No lo creo.

— ¿No lo recuerdas?

—Por lo general, sí, pero no es una norma. A veces... no sé qué esperar, y quizá sea lo mejor. Mi último sueño no fue muy agradable, y no estoy segura de qué pasará ahora.

Simon pasó un dedo sobre su rostro, trazando sus facciones como si se trataran de una pintura.

—Te preocupas por ellos.

No fue una pregunta.

—No puedo evitarlo.

— ¿Por qué tendrías que hacerlo? De alguna forma, son parte de ti.

—Sí, lo son.

Claire se acurrucó contra su pecho y apoyó el mentón sobre su hombro, inhalando el olor que desprendía.

— ¿Cómo es que puedes entenderlo?

—No lo hago, solo intento comprenderte a ti.

Permanecieron en silencio unos minutos, sus respiraciones acompasadas y pacíficas, hasta que Claire elevó el rostro para observarlo con curiosidad.

—¿Ahora puedo hacerte yo una pregunta?

—Seguro.

—¿Alguna vez has soñado conmigo?

Simon le dirigió una mirada enigmática y frotó su espalda con movimientos circulares, enredando sus piernas bajo las sábanas.

—A decir verdad, no—sonrió ante la expresión de desilusión que pretendió ocultar—. Solo sueño contigo cuando estoy despierto, y lo hago casi todo el tiempo.

Ella enmudeció al oírlo y pestañeó repetidas veces antes de reaccionar.

—No tengo una buena respuesta para eso.

—Sobreviviré.

Claire agradeció que le quitara algo de solemnidad al momento con uno de sus acostumbrados cambios de tema; pero no olvidó sus palabras, se introdujeron en su corazón como una enredadera aferrándose con todas sus fuerzas a un pilar para continuar creciendo, y permanecieron firmes allí.

—¿Y ahora qué?

Simon no fingió incompreensión, era una de las cosas que más le gustaban de él; su sinceridad le inspiraba una confianza ciega, segura de que, agradables o no, nunca le dirigiría falsas palabras.

—Yo sé lo que quiero, pero no tengo idea de si deseas lo mismo. Eres una mujer muy enigmática, Claire, te lo dicho antes; por mucho que me esfuerce, es difícil adivinar lo que pasa por tu mente—posó la mano libre sobre su pecho, a la altura del corazón y Claire sintió un cosquilleo—. ¿Y aquí? Un completo misterio.

—¡Vaya! Eso me sorprende un poco, porque siempre hablas como si me conocieras mejor que yo misma.

—Nada me gustaría más, pero creo que solo percibo un reflejo de mis deseos, y temo que eso no sea precisamente real. Dime, Claire, ¿qué es real para ti? ¿Tú y yo lo somos?

Hubiera deseado tener una respuesta clara a esas preguntas, y quizá así fuera, la sentía formarse en su corazón, subir por su garganta y luchar por aflorar a sus labios, pero la contuvo con dificultad. No estaba lista para decirlo, aún no.

—Somos reales en este momento, ¿es suficiente?

—Por ahora.

—Siempre querrás más, ¿verdad?

—No mentiré, Claire, lo quiero todo de ti, pero puedo esperar hasta que estés dispuesta a entregármelo.

Ella hizo una mueca divertida ante su tono seguro.

—Eso ha sonado un poco presumido.

—Es solo esperanza, Claire, uno de los dos debe mantenerla en pie—se inclinó hacia ella y le habló al oído—. Deja que lo haga por ambos.

—Eso suena bien—fue ella esta vez la que extendió una mano para

tocarlo, las yemas de sus dedos deslizándose por sus mejillas, perfilando su nariz y sus labios—. No confío en el futuro, ¿sabes? Quisiera, pero no puedo.

—En ese caso, confía en mí, ¿podrás?

Claire asintió sin dudar un instante; tal vez no tuviera idea de qué esperar del futuro, pero tenía una certeza que nadie podría arrebatarse: confiaba en Simon.

—Creo que podría confiarte mi vida.

Simon sonrió al escucharla y la tomó por la cintura para hacerla rodar sobre la cama y colocarse sobre ella, el rostro pegado al suyo, y los labios depositando suaves besos sobre sus párpados.

—Claire Jones acaba de hacer la declaración más romántica que le he oído jamás, ¿debería alegrarme?

Ella se encogió entre sus brazos y suspiró con los ojos entrecerrados.

—No voy a detenerte, puedes expresar tu alegría como lo prefieras.

—Creo que sabes perfectamente cómo me gustaría expresar esa alegría.

Claire esbozó una lánguida sonrisa al sentir sus manos subiendo por sus piernas, y apenas hizo el amago de rodearlo con ellas cuando un espantoso sonido despejó su mente obnubilada.

—¿Qué es eso?

—El teléfono. Ignóralo.

Y así lo hizo, entregándose nuevamente a sus caricias, hasta que el persistente sonido empezó a perforar sus tímpanos, y Simon se alejó de ella haciendo que sintiera de pronto una soledad que le golpeó de forma tan sorpresiva que tardó un momento en reaccionar.

—Más les vale que sea una gran emergencia, el Apocalipsis cuando menos...

Claire no pudo evitar que una pequeña y nada discreta risa escapara de sus labios al oírlo rezongar, y se cubrió con las sábanas en tanto se estiraba para coger el teléfono y se lo llevaba al oído. Su saludo fue tan brusco, que casi sintió lástima de la persona que estuviera al otro lado de la línea. Sin embargo, según Simon iba escuchando, en silencio, su ceño se hacía más pronunciado, y una ligera preocupación se abrió paso, despejando el malestar.

—¿Hace cuánto...?—habló al fin, y Claire escuchó con atención—. De

acuerdo, te mantendré al tanto. No te preocupes, ya sabes lo que sigue, y no es nada grave, solo déjala conmigo un par de horas... —otro momento de silenciosa escucha—. Sí, te llamaré tan pronto sepa algo. Solo relájate, todo estará bien.

Claire esperó a que colgara y lo observó en silencio mientras él se pasaba una mano por el cabello con expresión pensativa.

—¿Malas noticias?—preguntó al fin.

Simon se dejó caer sobre las almohadas, apoyando una mano sobre el mentón, con toda su atención puesta en ella.

—Era Susan. Lily se ha escapado de casa.

Lo dijo como quien habla del clima o de la puntuación final de un partido de fútbol.

—¿Ella hizo qué?—Claire se incorporó con tal brusquedad que la sábana se deslizó por sus hombros y tuvo que arreglárselas para cubrirse con cierto decoro, y no que fuera del todo necesario en esa situación—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Tenemos que buscarla, llamar a la policía...

—Yo soy policía.

—¡En ese caso podrías moverte ya!

Él pareció encontrar muy divertida su reacción y se inclinó hacia ella para depositar un suave beso sobre sus labios.

—Gracias por preocuparte de esta forma por ella, pero no hace falta.

—¿Por qué no?

—Porque mi sobrina, como habrás notado ya, no es como la mayor parte de las niñas—la tomó por los hombros con suavidad y le ayudó a recostarse a su lado—. Verás, cuando ella escapa, y lo hace con cierta frecuencia, no corre desesperada por las calles ni toma trenes para terminar en otro estado. Ella simplemente camina unas cuantas calles, espera un autobús, y viene aquí.

—¿Aquí?

Simon suspiró e hizo una mueca de resignación.

—Sí, aquí. Supongo que debería sentirme aliviado por eso; ya sabes, el hecho de que actúe con un grado de sensatez pese a todo. La primera vez que discutí con su madre y salió de casa pasé horas buscándola por buena parte de Boston hasta que tuvo la gentileza de enviarme un mensaje para hacerme saber

que tomó la llave de emergencias para entrar y, si no recuerdo mal, cuando llegué la encontré estaba en el sillón leyendo uno de sus libros.

—No puedo creerlo.

—Un comentario que surge con frecuencia cuando Lily está relacionada —Simon sonrió de mala gana—. Desde aquella vez, hicimos una especie de pacto. Aunque no estoy de acuerdo en lo absoluto con el hecho de que discuta con su madre y mucho menos que deje su casa, prefiero que si está molesta, solo venga aquí y se mantenga a salvo hasta que pueda hablar con ella y llevarla con Susan. En realidad, han pasado meses desde la última vez que recibí una llamada como esta; supongo que está madurando, pero no del todo.

Claire sacudió la cabeza, un poco sorprendida por lo que Simon le acababa de decir, y muy a su pesar, esbozó una sonrisa. Sí, Lily era una niña muy, muy especial.

—¿Y ahora qué?

—Esa es la parte difícil—sostuvo su rostro entre las manos y fijó su mirada en sus labios—. Quizá vaya al infierno solo por decirlo, pero tenemos que salir de aquí, vestiros y esperar a que Lily llegue. Aunque, si tengo que ser del todo sincero, preferiría que no te vistas y me esperes aquí mientras hablo con ella y la llevo a su casa; no puede tomarme más de media hora, veinte minutos si uso la sirena...

—Creí que la sirena era solo para emergencias.

—Mantenerte en mi cama califica como emergencia.

Ella se abstuvo de decirle que en gran medida estaba de acuerdo y que lo último que deseaba era separarse de él, pero negó con la cabeza y volvió a incorporarse.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Simon suspiró y la imitó de mala gana.

—Según Susan, dejó la casa hace unos veinte minutos, así que considerando el tráfico quizá tarde un poco...—un golpe seco proveniente de la sala lo silenció por un instante—. Esa niña tiene un pacto con el diablo.

Claire lo vio saltar de la cama y vestirse con una rapidez que en otras circunstancias quizá hubiera admirado, pero en ese momento encontró más interesante observarlo, consciente del rubor que subía a sus mejillas, para luego fijar la vista en el diseño del suelo.

—¿Ahora eres tímida?

Ante su tono burlón, se las arregló para lanzarle una almohada que estuvo lejos de alcanzar su objetivo.

—¡Cállate!—al verlo extender la mano hacia el pomo de la puerta, un súbito pensamiento le devolvió la seriedad— ¡Simon, espera! ¿Debería salir? ¿No será raro para Lily...?

Él le dirigió una cálida mirada que tuvo el efecto de tranquilizarla como por obra de magia, y sus palabras fueron aún más reconfortantes.

—Claire, créeme, Lily se montará una fiesta en cuanto te vea salir. Solo recuerda que necesito interpretar mi mejor papel de tío severo, así que procura no verte tan bella o tendré serios problemas para mantener la seriedad—se encogió de hombros antes de salir— ¿A quién engaño? No puedes evitar lucir hermosa.

La sonrisa tonta debió de durarle lo suficiente para que perdiera valiosos minutos que se apresuró a compensar en cuanto recuperó el sentido común, y logró hacerse de sus ropas. Por desgracia, no estaban en el mejor estado, pero tendrían que bastar. Buscó un peine en su bolso y procuró arreglarse lo suficiente para proyectar el aire maduro que estaba acostumbrada a mostrar, aunque dudaba de que tuviera mucho éxito, no con todas las emociones que sentía en el pecho y el ligero temblor de sus rodillas.

Hubiera deseado darse un momento para pensar en lo sucedido en las últimas horas con Simon, pero recordó que debía salir y ofrecer apoyo moral, aunque no estaba segura de qué tan bien podría hacerlo.

Al llegar al salón y ver la escena que se desarrollaba frente a ella, se dijo que quizá fuera Lily quien iba a necesitar ese apoyo moral. Claire se consideraba una persona bastante observadora, quizá estuviera relacionado con su trabajo, pero había pocas cosas que se le escapaban de las personas en general, y algo que dedujo tan pronto como conoció a esa niña fue que idolatraba a su tío. Tal vez se debiera al hecho de que era la figura masculina con la que había crecido, y lo viera de alguna forma como ese padre que había estado ausente durante tanto tiempo. Por eso, al verla con la cabeza gacha y semblante abatido, mientras Simon le daba lo que supuso era un buen sermón, se apresuró a acercarse.

—¡Hola Lily!

—¡Claire!

Simon estuvo en lo cierto al decir que no tenía por qué preocuparse

respecto a la reacción de la niña cuando la viera allí; su rostro mutó pronto del arrepentimiento a la alegría más exultante.

—¿Por qué no me dijiste que estaba aquí?—le habló a su tío sin asomo de timidez y mucho de su entusiasmo habitual, por lo que él sacudió la cabeza con reprobación—. ¿Cuándo llegaste, Claire? ¿Estabas allí dentro? ¿Eso quiere decir que ustedes...? ¡No!

Corrección. La niña no parecía tan solo alegre; en realidad, lucía como si fuera Navidad.

—¡Lily! Sin comentarios.

—¿Por qué? ¡Esto es genial! ¡Sabía que iba a pasar!—la niña ignoró a su tío y los señaló con un dedo, sin dejar de sonreír—. Se lo dije a mi madre, pero dijo que eran ideas mías. ¡Ya verán cuando se lo cuente!

—Lily, no estoy bromeando...

—¿Son novios ahora?

—¡Suficiente!

Claire llevó la vista de uno a otro, como un espectador en un partido de tenis, y si bien sonrió al escucharles intercambiar palabras con su estilo habitual, la última pregunta de la niña borró la sonrisa de su rostro. No estaba lista para ponerle un nombre a lo que fuera que pasara entre ella y Simon, y oírlo de labios de una niña obviamente tan observadora, le inspiró un nerviosismo que no pudo ocultar. Y Simon lo notó.

—Lily, he dicho que ya basta, incomodas a Claire, me incomodas a mí y, como si eso no fuera suficiente, intentas escurrirte del problema en el que te has metido y esta vez, jovencita, es uno grande. De modo que borra esa sonrisa de tu rostro, deja de interrogar a Claire y recuérdame por qué no debería llevarte ahora mismo a casa y aconsejarle a tu madre que te castigue hasta que cumplas la mayoría de edad.

El tono serio y amenazante de su tío fue suficiente para que Lily dejara la emoción de lado y retomara su actitud de penitencia. Claire aprovechó el respiro para sentarse en una silla frente a la que ocupaban Simon y su sobrina, pero se mantuvo en silencio.

—¿Y bien?

Lily suspiró al ver la mirada de su tío e hizo una mueca.

—Sé que no he debido discutir con mamá—se adelantó a continuar antes

de ser interrumpida—, y también sé que no debí marcharme de casa.

—Y si lo sabes, ¿por qué lo haces?

—Estaba molesta.

—¿Por qué?

—Mamá debe habértelo contado cuando te llamó...

Simon asintió, aún serio, pero su gesto se suavizó un poco al ver el rostro de su sobrina.

—Sí, pero me gustaría saber lo que tienes para decir al respecto.

—De acuerdo—la niña se encogió de hombros—. Habrá un paseo la próxima semana, y me gustaría ir; le di a mamá el permiso para que lo firmara, pero no ha querido. Dijo que soy muy pequeña, pero está equivocada, porque irán chicos de grados inferiores y sus padres sí que les dieron permiso. No es justo, quiero ir. Y ya sé lo que vas a decir, que la vida no es justa, pero de cualquier forma quiero ir. Le dije a mamá que me portaría muy bien, y que le llamaré si eso quiere; además, volveré temprano y el autobús me dejará en la escuela, y tú podrías recogerme y llevarme a casa, o tío Colin, o puedo pagar un taxi con dinero de mi mesada, o...

—Está bien, detente un momento.

Claire comprendió que Simon necesitara un instante para organizar sus ideas, porque la niña se había explayado con tal rapidez que no estaba segura de haber entendido todo lo que dijo. Fue entonces que decidió intervenir.

—No quiero ser entrometida...

—Por favor, siéntete libre de interrumpir todo lo que quieras, yo necesito un respiro.

Con la venia de Simon, se sintió más en confianza.

—Lily, todo lo que dices parece muy razonable, aunque quizá podrías hablar solo un poco más despacio—sonrió y la niña correspondió al gesto—. Lo que me gustaría saber es si has hablado de esta forma con tu madre en lugar de discutir y escapar.

—¡Lo intenté! En serio, Claire, en verdad lo hice, o traté, pero ella no me escucha, nunca lo hace. Solo dijo que no me daba permiso y que no podía decir nada al respecto, y no es justo. Todo el mundo va a ir, ¿sabes? Mis compañeros de curso, y las maestras, incluso iré... —hizo un gesto en el aire y se encogió de hombros—... todos van a ir.

Simon pareció abandonar del todo su postura inflexible y se acercó a su sobrina para pasarle un brazo por los hombros.

—Sabes que tu madre solo se preocupa.

—Sí, pero lo hace todo el tiempo, y es solo un paseo, no haré nada malo.

—Creo que a tu madre le preocupa que pueda ocurrirte algo... —Claire ensayó una explicación razonable, aunque no estaba del todo de acuerdo con la postura de Susan.

—¡Pero sé defenderme muy bien!—miró a su tío—. ¿Recuerdas esa pelea en la escuela? ¿Cuándo Tommy Simmons quiso quitarme mi almuerzo?

—¿Has peleado en la escuela?

Claire miró a Claire sin disimular su orgullo.

—Solo una vez, y le puse un ojo morado.

—¿Qué te he dicho respecto a eso, Lily?—Simon miró a su sobrina con el ceño fruncido.

—Que la violencia está mal, ya lo sé, pero no viene mal saber defenderse... ¡Tú me enseñaste!

—¿En serio?—Claire miró a Simon con una ceja alzada—. ¿Le enseñaste a pelear a una niña de once años?

Él la observó sin signos de arrepentimiento.

—Creo que una chica debe poder defenderse si hace falta, aunque cuando le enseñé no tenía en mente que golpeará a sus compañeros de escuela.

—¡Solo fue una vez! ¡Y lo merecía! Además, mamá me castigó por semanas.

Claire se aclaró la garganta, reprimiendo apenas una carcajada.

—¿Creen que podríamos retomar el tema principal? Y alguien debería llamar a Susan para decirle que Lily está bien.

Simon se llevó una mano a la cabeza al oírla y se incorporó con rapidez.

—Cierto, no sé en qué pensaba, ¿dónde está mi teléfono?

—Lo dejaste... está allí—Claire señaló al dormitorio sin mirarlo de frente, aunque fue fácil adivinar su sonrisa—. ¿Por qué no llamas a Susan en tanto yo hablo un momento con Lily?

Él la miró con curiosidad, un poco sorprendido.

—¿Acerca de qué?

—Cosas de chicas.

—De acuerdo—sin dejar de observarla con interés, las dejó a solas.

Claire ocupó el asiento dejado por Simon y miró a la niña a los ojos.

—¿Cuál es su nombre?

—¿De quién?

—Del chico que irá también al paseo—Claire arqueó una ceja—. El nombre, Lily.

La niña se sonrojó y por primera vez desde que la conocía, se quedó en silencio por más de dos minutos, al cabo de los cuales, dio una cabezada y se sonrojó aún más.

—Tommy Simmons.

—¿El chico que quiso quitarte tu almuerzo? ¿Al que golpeaste?

—Bueno, en realidad no quiso quitarme mi almuerzo, solo estaba molestando, pero luego se disculpó, y yo me disculpé también por golpearlo. Es bastante simpático, pero no habla mucho, es un poco tímido; en la escuela a veces dicen que es tonto, pero no estoy de acuerdo porque he hablado con él y no parece tonto.

¡Dios! Claire no recordaba que en su niñez las cosas fueran tan complicadas.

—Así que quieres ir a ese paseo porque Tommy irá también... Lily, no puedes discutir con tu madre debido a un chico y mucho menos hacer algo tan solo para pasar tiempo con él.

—No es solo por eso, lo juro, también quiero divertirme con mis amigas, y la maestra dijo que nos permitirá ir a una feria. ¿Quién sabe? Quizá Tommy sí sea algo tonto después de todo, aún no hemos charlado mucho...

Claire escondió el rostro entre las manos y ahogó un suspiro. Un minuto después, levantó la mirada y observó a la niña.

—Mira, hagamos algo. Si me prometes que hablarás con tu madre y le contarás todo lo que me has dicho, incluso lo de Tommy, yo me ofreceré a recogerte de la escuela el día del paseo y llevarte a casa sana y salva, ¿qué dices? —ante su semblante inseguro, le tomó la mano con cariño—. Lily, estoy segura de que si hablas con tu madre con tranquilidad y eres respetuosa, ella te oirá;

solo inténtalo. Y nada de escapar.

La niña dio una cabezada en señal de asentimiento luego de pensar un momento.

—Supongo que podría intentarlo...

—Bien, ¿es una promesa?

—Promesa—luego de estrechar la mano extendida de Claire con una sonrisa, se quedó observándola con interés—. ¿Puedo preguntarte algo?

No era difícil adivinar de qué se trataría la pregunta, pero ya que la niña la escuchó con tan buena disposición, Claire suspiró y asintió.

—¿Te gusta mi tío? Bueno, quiero decir si te gusta en serio. En realidad, creo que sí te gusta en serio, puedo ver eso. A lo que me refiero es a que... —se pasó una mano por el cabello con un ademán que le recordó a Simon—. ¿Están juntos ahora? Es decir, ¿en serio van a quedarse... juntos? No digo que para siempre, aunque no estaría mal, pero no quiero presionarte; tío Simon dice que a veces hago eso, aunque no me doy cuenta. Pero... creo que lo que intento saber es qué tanto lo quieres...

La niña guardó silencio y se miró las manos con nerviosismo, como si supiera que acababa de franquear una delgada línea que no le estaba permitido cruzar. Y sí, tal vez pecara de indiscreta, y la llevara a pensar en cosas que en ese momento prefería no profundizar, pero sintió mucha compasión al verla tan preocupada. Una vez más, se recordó lo mucho que Lily amaba a Simon.

—Bueno, me temo que no tengo una buena respuesta para eso... aún, y es un tema que tu tío y yo discutiremos en algún momento, pero es también algo muy importante y que debemos tratar solo entre nosotros, ¿puedes entender eso?

Lily pensó un momento y asintió, aunque con poco entusiasmo; luego, levantó la mirada y clavó sus grandes ojos en los suyos.

—Él te quiere muchísimo; nunca me lo ha dicho, no habla de esas cosas, pero lo sé, puedo verlo. Cuando habla de ti, o están juntos, se ve distinto, como si ya no fuera solo tío Simon, ¿sabes lo que quiero decir? Mamá dice que el amor nos cambia y que podemos ser muchas personas al mismo tiempo... no lo entiendo, pero suena bien. Tío Simon es especial cuando está contigo, Claire, y sobre todo se ve muy feliz. Me gustaría que fuera feliz siempre.

Claire sintió un golpeteo en el pecho y no supo qué responder, por lo que se quedó en silencio, y la niña debió comprender lo que sentía, porque no insistió. Solo cuando Simon regresó, y las encontró sentadas muy juntas, pero

sin decir una palabra, recuperaron el habla.

—¿Hablaste con mamá?—Lily se apresuró a hacer una pregunta y Claire agradeció mentalmente que le diera un momento más para recobrar el temple.

—Sí, le dije que estás bien y que te llevaría a casa—miró de una a otra con interés, pero no hizo preguntas—. Ahora, Lily, por favor, ya hemos tenido esta charla antes, necesito...

La niña se puso de pie y cogió la pequeña bolsa que había dejado sobre el sillón.

—Está bien, llévame a casa, voy a hablar con mamá. Y no voy a discutir, lo he prometido.

Simon lució sorprendido ante el repentino pedido, y le dirigió a Claire una mirada inquisitiva, la misma que ella eludió con una sonrisa.

—Así que lo has prometido.

—Sí, a Claire, tuvimos esa charla; ya sabes, de chicas, así que no puedo contarte.

—¿Debería sentirme ofendido?

—Yo diría que aliviado—Claire habló al fin y lo hizo con un tono de entendida que él no pareció tentado a discutir.

—En ese caso, no tengo nada más que decir—miró a su sobrina—. ¿Nos vamos?

Antes de partir, la niña se acercó a Claire y la sorprendió con un fuerte abrazo que se apresuró a corresponder. Simon las observó desde la puerta con una sonrisa y le hizo un gesto para indicarle que volvería pronto. Claire estuvo tentada a decirle que no había necesidad de que usara la sirena, que no pensaba ir a ninguna parte.

Cuando se quedó a solas, se dirigió al dormitorio, se deshizo de los zapatos y se dejó caer sobre la cama con un suspiro.

Ahora, necesitaba pensar.

Cuando Simon regresó, Claire estaba tan perdida en sus pensamientos que no advirtió su llegada hasta que escuchó su voz proveniente del salón.

—¿Claire?

No alcanzó a responder porque él ya había llegado al dormitorio y la

contemplaba desde el dintel de la puerta.

—¿Usaste la sirena?—no pudo evitar el leve tono burlón.

—Estuve tentado...—Simon se recostó a su lado, su hombro casi a la misma altura y con la cabeza ladeada para observarla con atención—... realmente tentado.

—¿Pensaste que me iría?

—¿Quieres la verdad?

—Por favor.

Él buscó su mano entre las mantas y la entrelazó con la suya.

—No, no lo pensé; dijiste que no deseabas huir más, y te creo.

—¿Crees que sea muy inteligente confiar en mí?

—Esto quizá te sorprenda, pero sí. —le sonrió—. Soy un hombre optimista, ¿recuerdas? Aunque no puedo asegurar nada respecto a mi inteligencia...

Claire sonrió al oírlo, y se puso de lado, para así poder observarlo con atención, pero no soltó su mano.

—Es curioso, pero siempre me has dado la impresión de ser un hombre muy seguro de su inteligencia.

Él la imitó al ponerse de lado también, con la vista fija en su rostro y una extraña sonrisa danzando en sus labios.

—Has escogido una palabra curiosa.

—¿Cuál?

—Siempre.

Claire frunció el ceño al comprender a qué se refería. Sí, siempre era una palabra muy curiosa. Y grande. Enorme. Conocía a Simon desde hacía unos meses y usaba esa expresión con una libertad que le sorprendió; en especial al considerar que no encontraba nada de malo en ello.

—¿Por qué estás sonriendo?

Pestañeó unas cuantas veces para volver su atención a lo que Simon decía y negó con la cabeza.

—Por nada.

—Claire...

—Oh, está bien—Claire se encogió de hombros, como si no fuera a decir nada importante—. Solo pensaba que, a veces, siento como si te conociera desde... siempre.

Simon asintió, con semblante pensativo y guardó silencio durante unos instantes antes de responder.

—Sé lo que quieres decir.

—¿Si?

—Tal vez no soñara contigo, o con una mujer como tú; no tenía un rostro en el que pensar... —al llegar a este punto, Simon llevó sus manos unidas hasta sus labios y sonrió—. Pero te esperaba. Es como si siempre hubieras formado parte de mí y ahora que te tengo conmigo, tu presencia se hubiera vuelto tangible.

Claire dirigió la vista a las mantas al oírlo, de pronto insegura acerca de qué responder a semejante declaración.

—¿Demasiado cursi? Déjame adivinar. Ahora sí empiezas a contemplar la idea de huir.

El comentario de Simon, dicho en tono de burla y con voz divertida, le arrancó una sonrisa. Y fue ella esta vez quien tomó la iniciativa al acercar sus labios a su oído.

—¿Por qué huiría de ti cuando me ha costado tanto encontrarte? Y ni siquiera sabía que te buscaba...

Simon tomó su rostro entre las manos para alejarla un poco de sí y observarla con intensidad.

—Eso sí que es cursi; quizá sea yo quien debe huir—por graciosas que fueran sus palabras, su rostro reflejaba una gran seriedad.

—Tal vez, pero no puedo asegurar que no intente detenerte.

—No deberías decir cosas como esas, Claire, voy a pensar que estás enamorada de mí.

Ella recostó la mejilla contra la palma de su mano y cerró los ojos.

—¿Cómo podría estarlo? No nos conocemos lo suficiente.

—Yo te amo, y te conozco.

Claire sonrió sin abrir los ojos y se acurrucó entre sus brazos, pendiente de sus palabras, sintiendo cómo la envolvía de una forma cálida y tan acogedora

que se sintió del todo en casa; y sin embargo, era divertido bromear con él, aún en esos momentos de intimidad. Le gustaba provocarlo y arrancarle esas palabras que se hacían un lugar en su pecho.

—No, no me conoces.

Simon la tomó por la cintura y la hizo rodar sobre la cama hasta quedar sobre ella, los codos apoyados a los lados y la mirada fija en su rostro.

—Sí te conozco. Sé que fuiste una niña solitaria, necesitada de amor y que aún lo buscas, aunque no lo sepas; he visto la determinación en tu mirada cuando estás dispuesta a luchar por lo que crees; juegas con tus manos siempre que estás nerviosa, por lo general cuando estoy presente—acompañaba sus palabras con suaves besos que iba dejando por su cuello y la curva de su pecho, sin dejar de hablar, el aliento sobre su piel le provocaba escalofríos—. Sé que eres una amiga leal; tienes un aterrador complejo de *Kamikaze* que podría provocarme un infarto un día de estos; amas a los niños y sería una madre estupenda... y podría seguir y seguir, porque durante estos meses no solo he aprendido a amarte, sino también a admirar la increíble mujer que eres. Te conozco, señorita abogada Claire Jones, y te amo tal y como eres. Frágil y con el temple de una fiera; dulce y arisca ante lo desconocido; apasionada por tus ideales y agobiada por las obligaciones. Eres día y noche, una contradicción tras otra y no puedo imaginarte diferente. Así que, por favor Claire, no vuelvas a decir que no te conozco.

—No lo haré—la frase salió de sus labios en la forma de un murmullo—. No sé si merezco que pienses esas cosas de mí, pero quiero que lo hagas.

—Si pudieras verte de la forma en que lo hago yo, sabrías que mereces mucho más.

—Eres bueno.

—Gracias—Simon dejó de trazar círculos sobre su vientre con la lengua para mirarla con una sonrisa divertida bailando en sus labios—. Y apenas empiezo...

Claire rió y, pese a ser mucho más ligera que él, se las arregló para ponerlo de espaldas y acercar su rostro al suyo.

—Me refería a lo bueno que eres con las palabras.

—¿En serio? ¿Solo por eso? Mi ego no podrá soportarlo.

—Dile a tu ego que puede estar tranquilo; hablar no es lo único que se te da muy bien.

Simon sonrió con falsa modestia, pero su sonrisa se esfumó cuando Claire empezó a jugar con su camisa, deslizando las manos bajo ella para acariciar su pecho.

—¿Sabes qué?—comentó con voz ronca—. Tú también eres muy buena.

Claire volvió a reír y Simon la imitó.

—Alguien está feliz esta mañana—Jenny observó a su jefa con ojo crítico—. No, espera. Como dirían ustedes los abogados, voy a reformular esa frase. Alguien está muy, muy feliz esta mañana.

Claire hizo todo lo posible por esconder la sonrisa que estaba segura debía de hacerle parecer muy tonta, pero falló de forma penosa. Aún así, procuró controlar un poco su alegría y ocupó la silla frente a su escritorio con movimientos estudiados, sin responder a la pregunta de Jenny.

—Claire, no quiero dar la impresión de ser una entrometida, pero si no me dices qué ha pasado en las últimas veinticuatro horas, en las que has estado prácticamente desaparecida del mapa, renunció—Jenny la miró con el ceño fruncido, luciendo seriamente indignada por el desinterés de su jefa en ponerla al corriente—. Por favor, Claire, no me hagas rogar, soy débil y muy curiosa, muestra un poco de compasión.

Claire la miró por encima de los papeles que estudiaba y suspiró.

—No hay mucho que contar...

—¡Vamos, Claire! ¿No hay mucho que contar? No puedes esperar que crea eso—Jenny dejó de fingir indignación y se apresuró a sentarse frente a su amiga con la mirada inquieta—. Estuviste todo este tiempo con Simon, ¿cierto?

—Sí, así fue—Claire no había considerado ocultar lo ocurrido con Simon, pero el interés de su amiga la ponía un poco nerviosa—; pero estás loca si piensas que vas a obtener detalles.

Jenny levantó las manos en señal de defensa.

—Por favor, Claire no tengo quince años, puedo hacerme una idea muy clara de qué ha pasado entre ustedes—se encogió de hombros—. Desde luego que no me importaría conocer algunos pormenores, ya sabes, para tener una idea...

—Ni lo sueñes.

—Está bien, está bien, no pretendía incomodarte, aunque no puedo

asegurar que no insista luego... —Jenny mostró una sonrisa taimada, pero la cambió pronto por un gesto de alegría—. Pero supongo que sí puedes decirme cómo van las cosas entre ustedes; quiero decir, ¿qué está pasando?

Claire sacudió la cabeza al oír la pregunta. Era algo en lo que había procurado no pensar, no porque temiera la respuesta, sino porque no creía que fuera del todo necesaria. No aún.

—No lo sé, no estoy segura, no hemos hablado mucho acerca de eso; Simon lo tiene muy claro, sí, pero entiende que necesito un poco más de tiempo, y no me ha presionado. Solo... —sonrió e hizo un gesto con las manos que delataba su emoción—... estoy feliz, Jenny, y no quiero que nada lo arruine. En realidad, creo que nunca me había sentido de esta forma, y es un poco abrumador.

—Es el amor—Jenny cabeceó con expresión de entendida, sin dejar de sonreír—. Me alegra mucho por ti, tenía miedo de que no lo entendieras hasta que fuera muy tarde.

Claire jugó con las manos sobre la mesa, tal y como Simon había mencionado que hacía cuando estaba nerviosa y miró a su amiga con cierta ansiedad.

—Amor—repitió la palabra en un susurro—. Es extraño, pero me resulta difícil ponerle un nombre a lo que siento, Jenny. Odio comparar, me siento terrible solo por hacerlo, pero pensé que amaba a David, que lo amaba con todo mi corazón, y nunca tuve problemas para decírselo.

—Claire, creo que ya hemos hablado de esto. Hay muchas clases de amor, y el verdadero, ese que te cambia la vida, es tan poderoso que, aunque suene contradictorio, no es nada sencillo reconocerlo y mucho menos ponerlo en palabras. Solo se *siente*, y por lo que puedo ver en tu mirada, vaya que lo haces —Jenny le guiñó un ojo sin disimular su expresión satisfecha—. Cuando sea el momento en que puedas ponerlo en palabras, lo harás, no te preocupes por eso, no dudo que Simon lo entienda.

—Lo hace; me refiero a que lo ha dicho, que esperará tanto como haga falta.

—Eso habla muy bien de él, pero no lo tengas esperando por siempre; puede ser un hombre muy paciente, pero seguro que le gustaría que le dijeras lo que sientes por él.

El tono de Jenny era bromista, por lo que no tomó a mal sus palabras, aunque para ser honesta consigo misma, debía reconocer que era un pensamiento

que no le era ajeno.

—¿Le hablaste de tus sueños? Ya sabes, todo lo que has experimentado, y lo mucho que te afecta.

—Sí, lo hice, no quise ocultarle nada y aunque temía un poco su reacción, lo ha tomado mejor de lo que esperaba. Quiero decir que pensé me tomaría por una loca, nadie lo culparía, y aunque sé que no lo entiende del todo, procura ponerse en mi lugar; está preocupado por lo que significan para mí y quiere ayudarme a encontrarles sentido.

—¡Eso es bueno! Sabía que ese hombre era especial—Jenny amplió su sonrisa y cabeceó en señal de asentimiento—. Tengo que hacerle una carta astral, ¿crees que puedas conseguirme su fecha de nacimiento y la hora?

Claire puso los ojos en blanco y miró a su amiga con semblante ceñudo.

—Nada de astrología para nosotros, muchas gracias.

—Vaya, vaya. Así que *él* ahora es *nosotros*, eso es muy revelador... —no esperó a la réplica de Claire, sino que continuó hablando—. Pero acerca de esos sueños, he estado pensando un poco en el tema desde hace un tiempo. Ya que los libros que te recomendé no ayudaron tanto como esperaba, ¿qué tal si probamos una técnica más terrenal? Ya sabes, algo lógico, más propio de ti.

—¿A qué te refieres?

Jenny la miró con una mueca un poco exasperada.

—Investigación, querida mía, unas cuantas pesquisas aquí y allá. Tal vez, si me das información acerca de esas personas, lo que recuerdes, pueda averiguar algo. Nombres, lugares, fechas, todo puede ser útil.

Claire pensó en lo que su amiga decía y no encontró nada que objetar; en realidad, ciertamente sonaba muy lógico y por poco probable que fuera el encontrar información acerca de personas que posiblemente nunca existieron, le parecía más razonable intentarlo que seguir con esos extraños libros de reencarnación y vidas pasadas.

—Supongo que podríamos intentarlo...

La frase fue dicha con tono titubeante, pero Jenny la tomó como si se tratara de una abierta invitación para investigar a su gusto.

—¡Genial! Tienes que hacer una lista de todo lo que puedas recordar, que no se te pase nada, ni un solo detalle... —su amiga miró sobre su hombro con el ceño fruncido ante un sonido externo y molesto—. ¿Qué es eso?

Claire la miró con abierta burla.

—¿Tal vez el teléfono que te recuerda tus obligaciones?

Jenny abrió mucho los ojos ante sus palabras y corrió para atender, aunque no dejó de decir algunas palabras antes de dejar la oficina...

—¡Maldita cosa! ¿Por qué me interrumpe en los mejores momentos?

Era un milagro que ningún otro asociado de la firma escuchara su retahíla de insultos, aunque era probable que si lo hicieran no le otorgaran demasiada importancia; Jenny era muy querida como para sentirse agraviados por sus explosiones de malhumor.

Claire estaba a punto de retomar el estudio del expediente de un nuevo caso, un divorcio que tenía toda la apariencia de convertirse en una batalla encarnizada, cuando su asistente regresó con una gran sonrisa, sin rastros de su anterior mal talante.

—¿Qué ocurre?

—Espera un minuto, ya las suben—le dirigió a su amiga una mirada misteriosa—. El portero está en camino.

—¿En camino a dónde? ¿De qué se trata, Jenny? Escucha, por divertido que pueda resultar escuchar tu parloteo, debes entender que necesitamos trabajar.

—Y lo haremos, como siempre—atisbó un momento por la puerta y regresó haciéndole gestos a alguien que venía tras ella—. Aquí está bien, Bobby.

El portero del edificio, un hombre mayor, con prominente estómago y una sonrisa que siempre le acompañaba, se abrió paso con un bonito arreglo floral en las manos y Claire no pudo contener una exclamación de deleite al verlo. Era hermoso.

—Buen día de nuevo, señorita Jones, trajeron esto para usted—dejó la pequeña cesta que contenía las rosas blancas sobre el escritorio y se alejó para contemplarlas con amabilidad—. Muy bonitas.

—Sí, lo son—Claire no podía dejar de mirarlas—. Son preciosas.

—Tienen una tarjeta—Jenny se adelantó a tomarla, pero Claire fue más rápida y la sostuvo contra su pecho con una mirada de advertencia.

—Tranquila, solo pensaba dártela.

La sonrisa inocente de Jenny no la engañaba, pero se sentía demasiado feliz como para regañarla.

—Bueno, señorita, felicidades, es un bonito detalle, aunque usted no merece menos—Bobby se secó el sudor de la frente con un pañuelo y se disponía a retirarse, cuando pareció recordar algo y se acercó una vez más al escritorio—. Casi lo olvido, le trajeron también un sobre algo más temprano, iba a enviárselo con el muchacho de los recados, pero cuando llegaron las flores me dije que lo mejor sería traerle todo junto.

Claire apenas prestó atención al pequeño sobre blanco y sencillo que el hombre dejó sobre el escritorio, estaba del todo dedicada a observar las flores y pasar un dedo con delicadeza por los pétalos.

—Gracias, Bobby—recordó agradecerle al buen hombre antes de que se fuera y este le hizo un gesto desde la puerta; luego, miró a Jenny con una sonrisa radiante—. Son de Simon.

—¿En serio? Estoy pasmada, nunca lo hubiera pensado—su tono burlón estaba también cargado de cariño—. Es un bonito gesto, muy clásico.

—Él es así—Claire se encogió de hombros al responder, como si fuera lo más natural del mundo—. ¿Cómo sabía lo mucho que me gustan las rosas blancas?

—Puedes preguntárselo la próxima vez que lo veas, lo que intuyo será pronto...

—Cenaremos esta noche.

—¡Otra sorpresa!

Claire contuvo el deseo infantil de rodar los ojos y volvió a leer la tarjeta con una sonrisa.

—¿Me dirás al menos qué dice? ¿Por favor?

Ante el tono suplicante, Claire suspiró y asintió.

—Entre otras cosas, que no son de tu incumbencia, dice que me ama—sintió un rubor infantil subir a sus mejillas—. Y eso es todo lo que diré, nada más; ahora vuelve al trabajo.

—Sí, señora, vaya que el amor no te vuelve más indulgente, ¿cierto?—Jenny tomó unas carpetas, y al hacerlo notó el sobre que había dejado el portero antes de marcharse— ¿Qué es esto?

—Oh, lo había olvidado—Claire lo tomó de sus manos y lo examinó con curiosidad; no tenía remitente, solo su nombre escrito con letra irregular—. Es raro.

—¿Vas a abrirlo?

Claire lo hizo, y según leía, su semblante se iba a ensombreciendo hasta que no quedó rastro de su anterior alegría. Al final, una perturbadora palidez se apropió de su rostro y Jenny se acercó para observarla con preocupación.

—¿Qué es, Claire? ¿Malas noticias?

Su amiga sacudió la cabeza, recobrando en parte el aplomo y Jenny pudo ver que la impresión daba paso a la ira.

—Es ese idiota de Cook, léela por ti misma.

Jenny tomó el descuidado papel y leyó con el ceño fruncido.

—*“Ha sido muy cruel de tu parte negarle la entrada a un amigo, Claire, ¿cómo podremos charlar ahora? No te preocupes, encontraré una manera”*—su amiga dejó el papel sobre el escritorio como si le quemara—. De acuerdo, esto está mal, muy mal, este tipo ha cruzado la línea. ¿Quieres que llame a la policía por ti? ¿Qué estoy diciendo? Tenemos que llamar a Simon, él es policía, sabrá qué hacer.

—No, no voy a llamar a la policía y definitivamente no preocuparé a Simon por esto—tomó el papel y lo estrujó entre sus manos—. No voy a permitir que ese lunático me asuste.

—¿Has perdido el juicio, Claire? Desde luego que debes asustarte, es perturbador, y mucho. No puedes quedarte sin hacer nada.

—Hacer algo, como dices, solo le dará una importancia que no tiene. Me niego a hacerle caso, es solo un cobarde a quien le gusta incomodar a personas que cree más débiles que él, pero yo no lo soy—el tono de Claire era duro e inflexible—. Recuerda a seguridad que no puede entrar y si vuelve a acercarse al edificio para dejar algún otro recuerdo, que lo amenacen con llamar a la policía. Con sus antecedentes, lo encerraré sin problemas.

Jenny la miró, insegura e inquieta.

—¿Crees que eso será suficiente?

—Por supuesto que sí, o al menos es lo mejor que puedo hacer ahora—al notar la inquietud en su amiga, suavizó el tono—. No te preocupes, Jenny, es solo un hombre estúpido que no tiene nada mejor que hacer, pero se alejará en cuanto vea que no le hago ningún caso. Y te prometo que si vuelve a intentar acercarse, avisaré a la policía, pero no quiero preocupar a Simon, su hermano saldrá pronto de prisión, quizá la próxima semana y está muy entusiasmado por

eso, no quiero arruinar su alegría. ¿Confías en mi buen juicio?

—Claro que lo hago, en quien no confío es en ese miserable. Y esa manía tuya de actuar como si fueras indestructible o algo así...

—Sé que no lo soy, tranquila; aunque no lo creas conozco mis límites— lanzó el papel hecho un bollo a la papelera—. Ahora vamos a olvidarnos de esto, ¿de acuerdo? Quiero avanzar con este caso y dejar un documento terminado, ¿qué te parece si tú también te ganas tu paga?

Su amiga no varió la expresión preocupada, miraba de la papelera a Claire sin dejar de morderse un labio.

—Está bien, pero debes saber que no estoy en lo absoluto de acuerdo y que si me entero de que ese loco ha vuelto a acercarse de cualquier forma a ti, yo misma me encargaré de dar parte a la policía, si es que prefieres no preocupar a Simon—la señaló con un dedo—. No estoy bromeando, Claire.

—No creo que lo hagas, Jenny, y aprecio tu preocupación, pero sabes que esta no es la primera vez que trato con un cliente difícil...

—Quizá, pero este es el primero que puede ser un asesino sanguinario, así que disculpa si me muestro un poco desconfiada.

—De acuerdo, solo tranquilízate, ¿de acuerdo? Y por favor, ve a encargarte de hacer esas llamadas para que yo pueda avanzar con esto—señaló los papeles sobre su escritorio—. Pide algo para el almuerzo aquí en la oficina, yo invito.

—Si crees que me aplazarás con eso... haces un buen trabajo—Jenny sacudió la cabeza y sonrió a regañadientes—. ¿Puede ser una pizza?

—Seguro.

Claire esperó a que su amiga dejara la oficina y cerrara la puerta tras de sí para ponerse de pie y buscar la nota estrujada que había lanzado a la papelera. La leyó una vez más, e hizo una mueca de auténtica preocupación al terminar; luego, volvió a tirarla y regresó a su escritorio.

Desde luego que le preocupaba haber recibido un mensaje tan perturbador, pero no deseaba alarmar a Jenny más de lo necesario, y aunque creía que Cook no era un hombre para subestimar, tampoco lo consideraba capaz de arriesgarse a hacer alguna tontería cuando acababa de librarlo de la cárcel. Además, no mintió cuando le dijo a su amiga que no era la primera que se veía en una situación desagradable con un ex cliente; con frecuencia fue la destinataria del odio de algunos sujetos bastante desagradables, la diferencia era

que hasta entonces solo se había tratado de personas cuyos casos perdió por una serie de factores, nunca de alguien a quien había salvado de una condena perpetua por asesinato...

Suspiró y centró la mirada en el arreglo floral enviado por Simon como si de un salvavidas se tratase; al verlo, la invadió una sensación de paz indescriptible y sus temores se vieron aplacados. Estaba en lo cierto al decirle a Jenny que no iba a otorgarle mayor importancia a un hombre tan despreciable; tal y como había ocurrido antes, suponía que esa tonta jugada al dejar la nota fue solo un movimiento desesperado ante su desinterés. Cook tal vez fuera una persona más que desagradable, pero durante el tiempo que lo representó, pudo darse cuenta de que no era tonto en lo absoluto y no se seguiría arriesgando a una denuncia, y mucho menos una proveniente de su ex abogada.

Se sintió más tranquila al llegar a esa conclusión y en gran medida lo achacó al efecto de tranquilidad otorgado por los recuerdos de Simon. Habían pasado todo un día juntos, y aunque moriría antes que reconocerlo a Jenny, ya lo echaba de menos.

Sonrió con una buena cuota de burla dirigida a ella misma al pensar en ello. No recordaba que nunca hubiera experimentado emociones como esas, no era la clase de mujer que casi se echa a llorar al ver un arreglo floral o que cuenta las horas para encontrarse con un hombre. Era tan poco propio de su personalidad que le extrañaba y divertía a partes iguales. Quizá no debiera compartirlo con Simon, o él volvería a decir que actuaba como una mujer enamorada...

La idea era tan emocionante, y le provocaba tal cosquilleo en el pecho que le arrancó una nueva sonrisa, y por tonta que pudiera parecer, no tenía ninguna intención de ocultarla.

—¿En serio? ¿Un picnic a esta hora? ¿Con este clima?

—Claire, por favor, controla tu entusiasmo.

Claire soltó un bufido ante el tono burlón de Simon, pero lo seguía sin chistar al tiempo que él señalaba el camino. Estaban en medio de uno de los muchos parques que se podían visitar en Boston, aunque Claire no estaba segura de poder recordar su nombre, en especial porque casi nunca se tomaba el tiempo para ir por allí, pese a vivir a solo unas cuantas calles.

—No me estoy quejando—creyó que era necesario dejar eso en claro.

—Lo sé, solo estás sorprendida porque esperabas cenar en un restaurante o, a ser posible, bajo techo—Simon miró sobre su hombro y le sonrió—. Sé que la naturaleza no es lo tuyo, pero pensé que podrías disfrutar un poco de aire puro.

—Eso no es del todo cierto, me gusta la naturaleza... la mayor parte del tiempo—apresuró el paso para ponerse a su altura—; es solo que no lo esperaba. Cuando dijiste que iríamos a un lugar especial, había pensado en el restaurante que está en la esquina de tu edificio.

—¡Vaya que eres una mujer práctica! ¿Y qué esperabas luego? ¿Aprovechar que estábamos cerca a casa para seducirme con mayor facilidad?

Ella lo miró con una ceja alzada y falsa indignación.

—En realidad, esperaba que fueras tú quien intentara seducirme—sonrió ante su expresión aturdida—. ¿Sorprendido?

—A decir verdad, complacido.

Claire rió ante su respuesta y miró al cielo. Unas cuantas nubes se arremolinaban unas contra otras y un espectador pesimista habría vaticinado una posible llovizna, pero ella no creía que fuera a ocurrir. El aire olía a tierra, a la savia de los árboles y a algunos otros aromas que no logró identificar, pero que le resultaron muy agradables. Cuando Simon la citó en aquel lugar, se sintió un poco asombrada, insegura acerca de lo que le esperaba al llegar, pero al encontrarlo sentado en una de las bancas, con su traje algo arrugado por el ajetreo del día y unas bolsas de un restaurante cercano a cuestas, no pudo menos que sonreír y centrar toda su atención en su rostro y en la expresión que mostró al verla. Incluso, pese a la habitual timidez que por lo general le impedía hacer demostraciones de afecto en público, caminó hasta llegar junto a él tan rápido como le dieron los pies, le agradeció las flores con cierta torpeza y se puso en puntillas para besarlo, un gesto que él pareció apreciar.

Ahora, mientras se dirigían a un gran roble, lo observó por el rabillo del ojo con discreción. ¿Cómo lograba verse tan apuesto pese a los signos de cansancio en su rostro? Aunque su cabello distaba mucho de estar en perfecto orden, eso no le restaba atractivo; por el contrario, a sus ojos lo acentuaba.

—¿Ves algo que te interese?—preguntó él de pronto, sacándola de sus pensamientos.

Sabía a qué se refería, pero fingió no entenderlo e hizo una mueca indiferente.

—No estoy segura, a menos que consideres a un diluvio como algo interesante.

—No lloverá, Claire.

—Pensaba lo mismo, pero ahora no estoy muy convencida—miró una vez más al cielo con ojo crítico—. ¿Y cómo es que estás tan seguro? ¿Estás adivinando o es solo un deseo?

Simon la adelantó para inspeccionar el enorme árbol que se alzaba ante ellos y sonrió en tanto despejaba un tocón con las manos y hacía un gesto elegante para que se sentara.

—Un poco de ambos. Aunque si he de ser sincero, la verdad es que oí el reporte meteorológico en el auto y mencionaron que no habría nada de lluvia esta noche.

—Muy gracioso—Claire esperó a que se sentara a su lado y, siguiendo un impulso, recostó la cabeza sobre su hombro—. Tengo que reconocer que esto es agradable.

—Sí, lo es—Simon acarició su mejilla con suavidad—. Quizá pueda convertirte en una amante de la naturaleza.

—Yo no albergaría muchas esperanzas en tu lugar; el hecho de que este lugar se encuentre casi desierto ayuda a que me guste aún más.

Y era verdad. Quizá se tratase de la hora, cuando el sol estaba a punto de ocultarse; al intenso frío, o al hecho de que no era precisamente la mejor época del año para pasear en un día de semana.

—Te he extrañado—Simon rompió el silencio que se instaló entre ellos al cabo de unos minutos.

—Yo también.

—¿Por qué sueñas sorprendida?

—Porque no lo esperaba—Claire levantó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Creí que era un poco tonto de mi parte.

—En ese caso, somos un par de tontos; ¿eso ayuda a que te sientas mejor?

—Sí, gracias por el apoyo.

Simon rió con los labios sobre su cabello.

—Cuando quieras.

—Eres muy servicial.

—Es parte del lema del Departamento de Policía, ¿lo sabías? “Proteger y servir...”

—¡Vaya! Así que harías lo mismo por cualquiera; es ahora mi ego el que se siente defraudado.

Claire lo dijo con la intención de hacer una broma, pero Simon la miró con seriedad y le levantó el mentón para que ella hiciera otro tanto.

—Tú nunca podrías ser cualquiera, Claire; para mí, eres única.

—Está bien, mi ego se encuentra aplacado—le dio un rápido beso y sonrió contra sus labios—. ¿Qué vamos a comer?

Simon rió al oírla y la soltó con delicadeza para buscar las bolsas con comida.

—Eres la mujer más romántica que he conocido, ¿lo sabías?

Claire se encogió de hombros e hizo un gesto gracioso mientras extendía una mano para recibir uno de los recipientes; luego de abrirlo y oler su contenido, exhaló un suspiro de deleite.

—Esto huele bien.

—Todo tuyo.

Comieron en silencio, sin dejar de intercambiar algunas miradas, aunque su atención se centró en el majestuoso espectáculo del atardecer que se producía justo frente a sus ojos. Simon no se equivocó al decir que el aire libre hacía maravillas en su ánimo, aunque ella hubiera podido añadir que la compañía era también algo para tener en cuenta, muy en cuenta.

Cuando terminaron con su sencilla cena, Simon se encargó de dejar los restos en uno de los cestos ubicados para ello y, sin necesidad de palabras, se recostó contra el tronco del árbol en tanto Claire se amoldaba a su cuerpo, cobijada por la chaqueta de su traje. No, no parecía que fuera a llover, pero el aire era cada vez más frío, si bien no resultaba nada molesto, no con Simon brindándole su calor.

Era agradable poder compartir tanto en medio del más absoluto silencio, por contradictorio que pudiera parecer. Percibía el acompasado latido del corazón de Simon bajo su oído y su respiración que rozaba su cabello como una serie de indicios que le señalaban que él se sentía tan a gusto como ella y eso le provocó una fascinante sensación de paz.

—¿En verdad soy la mujer más romántica que has conocido?

Él pareció encontrar natural que le hablara pasado tanto tiempo, ni siquiera se sobresaltó por el silencio roto, casi como si esperara que hiciera un comentario tarde o temprano.

—No, no lo creo, aunque el ideal de romanticismo es muy subjetivo. ¿Qué sentido tiene decir las cosas más románticas cuando en verdad no las sientes?

—Pero a ti se te da bien.

—¿Qué?

—Decir todas esas cosas románticas.

—No lo sé, quizá, pero es solo lo que siento, y debes saber, Claire, que nunca he dicho a otra mujer las cosas que te he dicho a ti. Ahora que lo pienso, agradecería que no se lo mencionaras nunca a Colin, o haría de mi vida un infierno.

Claire rió y supo que decía la verdad. Era fácil saber cuándo hablaba con franqueza, había aprendido a detectar esa sencilla entonación sincera en su voz cuando se dirigía a ella, y aunque fuera otro rasgo desconocido de su carácter, algo en lo que jamás hubiera pensado antes, la hacía sentir especial.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Creí que a eso se dedican los abogados, a preguntar lo que no deben— bromeó, en tanto buscaba su mano bajo el abrigo para enlazarla con la suya—. Dispara.

Ella dudó antes de hablar, vaya que iba a preguntar una tontería, pero sentía tanta curiosidad que decidió apartar sus reparos.

—¿Has conocido a muchas mujeres románticas?

Ya. Estaba dicho, y al reparar en el silencio que siguió a sus palabras, deseó que la tierra la tragase.

—¿Te refieres a mujeres realmente románticas o a aquellas que solo parecen serlo?

La voz de Simon tenía un leve toque divertido, aunque Claire pudo percibir que se esforzaba por parecer del todo natural, lo que agradeció.

—Ambas, supongo—si se había atrevido a ese punto, bien podía continuar—. No quiero parecer entrometida, solo tengo curiosidad.

—¿Solo eso? ¿No tienes ningún interés en particular en este caso, señorita Jones?

—Quizá... solo un poco. Ya sabes, por... cultura general.

—¡Cultura general! Una abogada debería ser capaz de encontrar una mejor excusa, estoy un poco decepcionado.

—Sobrevivirás—le divirtió molestarlo un poco, en especial porque se sentía tan ridícula, pero pronto se puso seria y levantó el rostro para observarlo —. Ha sido una pregunta un poco tonta, no tienes que responder.

—Ah, pero quiero hacerlo. Voy a tomar como un buen signo el hecho de que sientas curiosidad por mi vida amorosa.

—No pregunté por tu vida amorosa.

—Preguntaste por las mujeres en mi vida.

—¿Y estabas enamorado de todas?—su tono fue de incredulidad.

Simon respondió con una carcajada, al tiempo que sacudía la cabeza de un lado a otro.

—No, Claire, no lo estaba, es solo una manera de hablar—se encogió de hombros—. No estoy seguro de haber estado enamorado antes de conocerte; creí estarlo un par de veces, claro, pero no es lo mismo. ¿Sabes a lo que me refiero?

Claire asintió, cavilando en dos hechos muy importantes en esas palabras. Por un lado, pensó en las dudas que le habían corroído en los últimos meses, respecto a si era posible que hubiera estado realmente enamorada de David, y si así había sido, si era justo comparar ese amor con lo que sentía por Simon, algo tan poderoso a lo que ni siquiera lograba ponerle un nombre por temor a todo lo que significaría para ella. Y por otra parte, no dejaba de sorprenderle la naturalidad con la que Simon se refería a sus sentimientos; dudaba de que él fuera consciente de lo mucho que le conmovía oírlo y cómo sentía un ligero temblor recorriendo su cuerpo al pensar en ello.

—Sí, creo que entiendo a lo que te refieres—respondió al fin.

—Bien, me alegra saberlo—no la presionó para que hiciera una confesión similar a la suya; por el contrario, retomó su tono relajado al continuar —. Acerca de las mujeres por las que sientes tanta curiosidad... sin ningún interés en particular, claro, bueno, te diré que una de ellas fue lo bastante lista para darse cuenta antes que yo de que las cosas no funcionarían entre ambos, y la otra, bien, digamos que fui yo quien lo comprendió a tiempo.

—Debió dolerle.

—Supongo que sí, y lo sentí mucho entonces, aún lo hago, pero fue lo mejor para ambos. Por lo que sé, le ha ido bien y encontró a alguien que era más apropiado para ella.

—¿Y qué ocurrió con la que te dejó?

—Prefiero pensar que llegamos a un mutuo acuerdo, gracias.

Claire rió ante su tono un poco ofendido.

—De acuerdo, ¿qué pasó con ella?

—Se casó con mi hermano.

Pese a la naturalidad con la que Simon dijo esa última frase, Claire no pudo evitar mirarlo con la boca abierta, sin atinar a decir una sola palabra; aún más, fue un milagro que no terminara sobre la tierra, porque perdió el equilibrio y habría caído de no ser por los buenos reflejos de Simon, que la sujetó por el brazo y la acercó nuevamente a su cuerpo.

—Creo que no he debido decirlo de esa forma, lo siento.

Claire al fin recuperó el habla, aunque dudaba de que pudiera ser muy elocuente.

—¿Susan? ¿Salías con Susan?—no, nada elocuente.

—Sí, solo por unos meses, durante la época en que fuimos a la escuela; ya sabes, esa clase de relación que en verdad es más una fantasía que amor, pero las cosas no funcionaron—Simon frunció un poco el ceño y pareció pensar meditar al respecto antes de responder—. Debes haber notado que Susan es una mujer que necesita mucha atención, y por aquel entonces no podía dársela, estaba del todo centrado en ingresar a la Academia de policía, cuidar a Richard, encontrar una forma de independizarnos... y visto a la distancia, la verdad es que no teníamos mucho en común, éramos muy jóvenes e inexpertos.

—¿Y cómo fue que terminó casada con tu hermano?

—Años después, cuando ya estaba en el Departamento, nos encontramos de nuevo, y me alegró verla, pero entonces solo la vi como una buena amiga; siempre ha sido una mujer agradable, no conozco a nadie que no la encuentre simpática. Por aquel entonces Richard parecía estar algo encaminado, así que cometí el error de presentarlos—suspiró con pesadez—. Supongo que me siento un poco culpable por eso, debí ver que las cosas podrían resultar mal.

Claire se envaró en el asiento, con la mente ya del todo despejada al

reconocer el tono de arrepentimiento en su voz y la forma en que veía a la lejanía, como si sus recuerdos fueran del todo amargos, y se sintió terrible por eso; casi pudo percibir su dolor, pero no se detuvo a pensar en eso, solo en que deseaba hacer lo que fuera para cambiar esa expresión en su rostro.

—Eso no está bien, no debes pensar de esa forma—tomó su rostro entre las manos y usó los pulgares para borrar la arruga que se formaba en su frente—. No puedes ser responsable de todo el mundo, Simon, no es justo, ni para ti, ni para ellos. Por lo que entiendo, eran adultos que sabían lo que hacían y aunque tal vez las cosas no fueran muy bien, como dices, Susan parece amarlo pese a todo, y también está Lily.

—Lo sé, lo sé—Simon acarició su mano y relajó el semblante—. Durante un tiempo pensé que resultaría, ¿sabes? Cuando se casaron, creí que era un poco apresurado, pero Lily venía en camino, ambos estaban felices, pensé que al fin Richard había encontrado algo que le sirviera de incentivo para superarse, pero no duró mucho tiempo. Tan pronto como Lily nació, su conducta se volvió más errática, desaparecía sin dar explicaciones, apenas pude sacarlo de un par de buenos líos, hasta que...

—Lo atraparon—no fue difícil adivinar lo que había pasado.

—Y no pude hacer nada por él; en verdad lo intenté, pero fue demasiado grande, no había forma de salvarlo de esa, así que me enfoqué en ver por Susan y Lily. Tienes razón, ella lo ama pese a todo y estoy seguro de que le dará una oportunidad tras otra, pero no sé si Richard ha cambiado; quiero pensar que sí, pero no estoy seguro y quien más me preocupa es Lily. Ella era muy pequeña cuando todo esto pasó, no podía entender lo que ocurría, pero ahora... si Richard las decepciona a ella y a su madre otra vez, la haría pedazos.

Era curioso como una conversación que empezó casi como un juego nacido de su curiosidad y las bromas de Simon, había variado a una charla tan profunda. En parte, apreciaba saber un poco más de ese aspecto de su vida, porque eso le permitía conocerlo un poco mejor, pero también se sentía un poco impotente al no poder hacer o decir nada que aliviara su preocupación.

—Tu hermano no debe haberlo pasado nada bien en la cárcel, un lugar como ese cambia a las personas, hace que aprecien mejor lo que tienen; quizá te encuentres con que es una persona distinta y que ahora valora a su familia—acercó su rostro al suyo hasta que sintió su respiración sobre sus labios—. ¿Qué pasa con el hombre positivo y siempre dispuesto a conservar la esperanza? Vamos, Simon, dale un voto de confianza, estará libre en un par de semanas y podrías llevarte una grata sorpresa. Mientras tanto, por favor, no te preocupes

más, y deja de intentar llevar el mundo sobre tus hombros, es una carga muy pesada. ¿Podrías intentarlo? ¿Por mí?

Simon tomó su mano y besó la palma, dibujando círculos en su muñeca sin dejar de observarla.

—Haría cualquier cosa por ti—el gesto de inquietud había desaparecido, reemplazado por la profundidad con la que siempre la miraba y Claire sonrió al notarlo—. Espero que seas consciente del poder que tienes sobre mí y lo uses con sabiduría.

—Soy una mujer responsable, nunca me aprovecharía de eso—al sentir que la charla retomaba su tono desenfadado se sintió más tranquila, Jenny habría dicho que la palabra era *feliz*—. ¿Y bien? ¿Cuál es la siguiente parte del plan? Porque si no lo has notado, la temperatura debe haber descendido unos cuantos grados y casi no puedo ver tu rostro.

Simon rió al escucharla y le ayudó a ponerse de pie.

—Yo sí puedo ver el tuyo, y es una suerte, porque es algo digno de apreciar—pasó un brazo sobre sus hombros—. No tengo un plan, a decir verdad, pero recuerdo haberte oído decir algo relacionado con permitir que te seduzca.

Claire fingió no entenderlo en tanto lo seguía por el camino que los llevaba fuera del parque.

—¿En serio? Pensé que esperabas que fuera yo quien lo hiciera...

—No me oirás quejarme por eso.

Ella se acercó un poco más y pasó una mano por su cintura, con la cabeza sobre su hombro.

—Ya veremos.

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 15

Durante la siguiente semana, Claire empezó a sentir una extraña inquietud que la asaltaba en los momentos más inesperados, por lo general cuando se encontraba a solas; una profunda incomodidad que se presentaba de pronto y no le abandonaba hasta pasadas unas horas. En un inicio no supo a qué atribuirlo, ya que no recordaba cuándo fue la última vez que se sintió tan a gusto consigo misma.

Si bien su trabajo resultaba a veces un poco tedioso, luego del largo juicio en el que se vio envuelta durante tanto tiempo volvía a encontrar la emoción de trabajar en casos que a su parecer resultaban mucho más productivos, e incluso uno de los socios le había comentado en estricta confidencia que era muy posible se le llamara en los próximas semanas para hacerle llegar una oferta muy tentadora. Habló con sus abuelos acerca de su ruptura con David y aunque su abuela, con su habitual nobleza, lo lamentó sinceramente, ambos mostraron preocupación por su bienestar; incluso su abuelo, por lo general parco y de pocas palabras, insistió en que se tomara unos días para ir a visitarlos y así pudieran pasar un tiempo juntos. No se atrevió a hablarles de Simon, no se sentía muy segura aún para hacerlo, no cuando acababa de informarles de su alejamiento de David, pero pudo asegurar que se sentía bien, que no debían preocuparse por ella y que iría a verlos antes de lo que esperaban.

En cuanto a Simon, las cosas no podían ir mejor. Pese a que sus horarios con frecuencia no coincidían, encontraban siempre una forma para verse al menos una vez al día. Si él trabajaba durante la noche, se encontraban para almorzar, y una vez, durante la semana, se presentó en la oficina con una pizza y un nuevo ramo de rosas, para alegría de Jenny, que los acompañó con gusto, aunque mencionó que no le hubiera molestado recibir unas flores también. Dos días después, un mensajero entregó dos sencillos arreglos, uno para Claire y otro para su asistente, aunque las flores que Simon escogió para esta eran más exuberantes; como él le confesó luego a Claire, le parecieron más acordes a su aplastante personalidad. Por supuesto, luego de ese gesto, Jenny proclamó amistad y lealtad eterna para Simon, lo que él encontró muy divertido y Claire un poco innecesario, ya que su amiga había dado muestras de simpatía por Simon desde que lo conoció, pero se cuidó decirlo.

En las ocasiones en que Simon tenía guardia durante todo el día, ella iba

hasta su apartamento por la noche para compartir una sencilla cena y pasar tanto tiempo juntos como les era posible. Simon la convencía de ver algunas películas de terror que ella jamás hubiera escogido y se divertía con sus reacciones, que por lo general eran más ataques de risa provocados por los malos efectos especiales que temor provocado por la trama en sí. A veces, se quedaban dormidos en el cómodo sillón, y cuando Claire despertaba en medio de la noche, se encontraba en la habitación, sobre la cama y cubierta con mantas, aunque el calor del cuerpo de Simon era todo el abrigo que necesitaba. Entonces él despertaba también, le susurraba palabras secretas al oído y hacían el amor con una mezcla de pasión, dedicación y dulzura que le hacía pensar con frecuencia en que ambos actuaban como si hubieran conocido sus cuerpos por siempre.

Y entonces, ¿de dónde provenía esa desagradable impresión que la embargaba al cruzar una calle o esperar un taxi para llegar con prisas al trabajo? A veces creía que algo le acechaba, un peligro oculto al que no podía ponerle un rostro porque era incorpóreo; solo estaba allí, respirando sobre su nuca mientras ella hacía todo lo posible por desterrar esa sensación a lo más profundo de su mente. Sin embargo, no habló de ello con nadie; Jenny habría exagerado, mientras que Simon... bueno, era probable que Simon lo llevara aún peor. Desde que lo conoció, notó que era extremadamente sobre protector con sus seres queridos, de allí que hubiera reaccionado con tanta preocupación cada vez que estuvo en algún tipo de peligro, y no había ninguna relación entre ellos entonces; no era difícil imaginar que pensaría lo peor si se enteraba de lo que le tenía tan preocupada.

Para Claire no era muy común que alguien estuviera pendiente de ella; sus padres la amaban, pero pasaban tanto tiempo peleando que a veces podían pecar de descuidados, aún cuando lo hicieran sin ser del todo conscientes de ello, y sus abuelos eran personas mayores que no podían ir tras de una niña todo el tiempo. Se acostumbró, desde su adolescencia, a velar por sí misma y a evitar meterse en problemas, lo que debido a su temperamento no resultó del todo complicado. David nunca se comportó de modo especial con ella en lo que a su seguridad se refería; confiaba a ciegas en su criterio y mostraba una gentil y amorosa displicencia frente a sus actos, seguro de que era demasiado sensata como para meterse en problemas serios. Quizá Jenny fuera la única persona que había adoptado una actitud protectora en lo que a ella se trataba; era una buena amiga y su instinto maternal tan desarrollado le llevaba a prestar una especial atención a todo lo relacionado con Claire, no por nada decía con frecuencia que necesitaba que alguien tuviera un ojo puesto en ella, solo por si acaso.

Claire no podía negar que a veces corría algunos riesgos relacionados

con su trabajo, pero nada por lo que preocuparse... si exceptuaba el verse involucrada en tiroteos y peleas en bares, claro. Y aún así, no dejaba de considerarlos gajes del oficio, por desagradables que pudieran resultar.

Pero esa sensación, esa detestable sensación...

Hubiera deseado identificar esa amenaza para saber cómo actuar, odiaba sentirse en la ignorancia y esperar a ver qué sucedía sin tener control sobre ello; no era así como actuaba. Necesitaba saber a qué se enfrentaba, siempre y cuando no se trataran de alucinaciones o una extraña manía de persecución luego de verse en algunos hechos desagradables que podrían haberla afectado más de lo que reconoció en su momento.

Sí, ojalá se tratara de eso, aunque rió sin falta de gracia al pensar que si sumaba ese trastorno y los sueños, tal vez no fuera tan mala idea hacer una visita al terapeuta más cercano.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente y respiró varias veces con el fin de calmarse. Había logrado avanzar con buena parte de su trabajo del día para poder salir algo más temprano y encargarse de un antiguo compromiso adquirido. Para ello, se encaminó al café más cercano, y tras beber un par de tazas de ese líquido que le devolvió algo de energía y claridad de pensamientos, se preparó para las que serían unas horas algo movidas.

—Como te he contado ya, todo iba genial, hasta que pasó lo de Tommy. Debiste verlo, Claire, fue increíble. Cuando bajó de la montaña rusa, vomitó sobre los zapatos del señor Crawford, nunca lo había visto tan molesto; al señor Crawford, quiero decir, Tommy parecía muy descompuesto para darse cuenta de nada. ¿Sabes? Tal vez no sea tan listo como pensaba; le dije varias veces que no debía comer todos esos dulces y mucho menos beber tres sodas antes de subir, pero no me escuchó, y ya ves lo que pasó. Tuvieron que llamar a su madre de emergencia para que lo recogiera en el parque de diversiones, y aunque fue un poco tonto, siento lástima por él, a nadie le gustaría que su madre le fuera a recoger como si fuera un niño, ¿no lo crees? Y los otros chicos no dejaban de reírse, tuve que amenazar a un par de ellos para que callaran o no lo habrían dejado en paz, aunque es seguro que lo molestarán el lunes cuando vuelva a la escuela. Pero ya te contaré acerca de eso. ¿Qué tal tu día?

Claire suponía que parte del interés de Lily por conocer acerca de sus actividades estaba relacionado con el hecho de que eso le permitiría recuperar el aire luego de hablar sin parar durante casi media hora, y no pudo evitar sonreír al

ver por el rabillo del ojo cómo la niña aspiraba una y otra vez, para luego beber agua de su botella como si acabara de dejar un desierto.

—Me temo que no tan emocionante como el tuyo.

—Seguro que sí lo fue, eres abogada; en los libros de Sherlock siempre mencionan que los abogados tienen un trabajo muy interesante—la niña se encogió de hombros al decir esa frase y se inclinó un poco en el asiento del taxi trasero, estirando los pies con una mueca de satisfacción.

Acababa de recogerla en la escuela, tal y como acordaron que haría si su madre le concedía el permiso para asistir a la excursión. Cuando la vio esperándola con el enorme morral a las espaldas y con un par de amigas y sus respectivas madres haciéndole compañía, sintió una gran ternura dirigida a esa niña que podía hablar más rápido que cualquier otro ser humano que conociera, pero que mostraba una lucidez asombrosa para su edad. Desde luego que parte de ese cálido sentimiento desapareció cuando la presentó a sus amigas y las dos mujeres como “la novia de su tío”... Por suerte, no debió dar ninguna explicación en especial y tras presentarse, se disculpó para dejarlas y buscar un taxi a fin de llevar a la niña con su madre, que debía estar muy inquieta por su tardanza, lo que en su defensa era la completa verdad.

—Tal vez Sherlock trataba con abogados más valiosos que yo.

—No lo creo. Tío Simon dice que eres una de las mejores abogadas que conoce, y ha tenido que trabajar con muchos, y no creo que lo diga solo porque te quiere, porque él dice que no debemos alabar a las personas solo porque son importantes para nosotros.

—Estoy de acuerdo con tu tío.

—Claro que lo estás, es lógico—la niña la miró con candidez—. Tú también lo quieres.

Claire se vio dividida entre el asombro y el deseo de dar una réplica apropiada a semejante afirmación dicha con tanta naturalidad, pero no pudo pensar en ninguna, así que suspiró y sacudió la cabeza.

—¿Estás emocionada por el regreso de tu padre?—creyó que cambiar de tema sería lo mejor y, además, sentía cierta curiosidad por la reacción de la niña a ese hecho—. Con un poco de suerte lo tendrás de nuevo en casa muy pronto.

Esperó que la niña se lanzara a hablar sin pausa acerca de lo mucho que le emocionaba ver a su padre; después de todo, fue su idea el que Simon le pidiera que se encargara de su caso y hasta entonces había dado muestras de

esperar con ansias que ese momento llegara. Y sin embargo, Lily guardó silencio, algo del todo extraño en ella, y miró al frente con el ceño fruncido.

—Lily, ¿estás bien?—le preocupó esa inesperada reacción.

—Sí, estoy bien... supongo—la niña respondió al fin y giró en el asiento para verla a los ojos—. ¿Puedo contarte un secreto?

Al escucharla, Claire se inclinó hacia ella, sin preocuparse por el conductor, que parecía muy entretenido con la música que salía de su radio.

—Seguro. ¿De qué se trata?

—Es que... —Lily se mordió un labio con nerviosismo y bajó un poco más la voz al continuar—. Tengo un poco de miedo.

—¿Por qué?—Claire no podía estar más sorprendida ante esa revelación.

—Por muchas cosas. No he visto a papá desde hace años; de no ser por las fotos que tiene mamá por todas partes ni siquiera lo recordaría, era muy pequeña cuando... ya sabes, cuando se fue—la niña se encogió de hombros, obviamente incómoda por compartir esas preocupaciones—. ¿Qué pasa si no me agrada? No recuerdo si me gustaba entonces, aunque supongo que así debía ser porque es mi papá, pero no estoy muy segura. ¿Y qué si no le gusto yo? Hablo mucho, nunca puedo quedarme callada y peleo con mamá cuando sé que no debería. Quizá no le agrade y prefiera irse a otro lugar, no parece que en esa época le importara mucho pasar el tiempo con nosotras...

—Lily...

Claire sintió una oleada de compasión crecer en su pecho dirigida a esa niña que parecía tan madura para su edad, pero que no dejaba de ser solo una pequeña asustada por los cambios.

—¿Y qué pasa con tío Simon?—Lily parecía haber recuperado su don para hablar casi sin pausa y continuó—. Nunca se lo digo, pero durante todo este tiempo ha sido más que solo un tío, ¿sabes lo que quiero decir?

—Como un padre—Claire asintió al comprender sus temores.

—Exacto. Él ha estado allí todo el tiempo, pero mamá dice que ahora que papá regrese las cosas serán distintas, porque debo pasar más tiempo con él y no sé si quiera hacerlo. Tío Simon dice que nada cambiará entre nosotros, pero no estoy tan segura, porque no sé si a papá le guste que quiera más a tío Simon. Y ese es otro problema y mi madre está muy molesta conmigo por eso, porque le dije que no podía querer a papá así como así, que tío Simon era más importante

para mí. Y ya sé que está mal y que seguro la herí y te juro que no quise hacerlo, pero es la verdad y pensé que debía saberlo. Pero le prometí que no se lo diría a papá, claro, porque entonces lo heriría también a él, y no quiero.

—Está bien, Lily, tranquila. Voy a necesitar que prestes atención un momento, ¿crees que puedes hacerlo?

La niña asintió con fervor y Claire procuró poner sus ideas en claro para explicarse de la mejor forma posible y ayudar a esa pequeña. Iba a tener que hilar fino para atacar la raíz del problema.

—Escucha, en primer lugar hay algo que debo decirte y es muy importante que lo entiendas...—la miró con seriedad a fin de que le procurara toda su atención y la niña cabeceó en señal de conformidad—. Tu padre te ama, y no creo que quisiera dejarlas a ti y a tu madre cuando lo hizo. A veces, los adultos cometemos errores, grandes errores, y dañamos a quienes más amamos, pero eso no significa que los queramos menos. No conozco a tu padre, pero no puedo imaginar que no te adore; estoy segura de que lo hizo cuando eras una niña pequeña y no dudo que lo hará también ahora cuando vea a la brillante niña en que te has convertido.

La tenue sonrisa que afloró a los labios de la niña le provocó el suficiente alivio para hablar con mayor confianza. No estaba equivocada al suponer que ese era su mayor temor; el no ser amada por su padre. La comprendía mejor de lo que hubiera deseado reconocer, ya que muchas veces se preguntó si sus padres no la amaron lo suficiente para haberse expuesto a ese accidente en lugar de poner mayor atención a lo que ocurría a su alrededor y así permanecer a su lado. Le costó mucho comprender que las cosas no siempre eran justas ni se daban como uno espera.

—Ahora, respecto a si te agrada a ti o no, ¿no hay un solo recuerdo tuyo? ¿Nada en lo que pienses cuando ves sus fotografías o tu madre habla de él?

La niña lo pensó un momento y al cabo de un minuto asintió.

—Le gusta pintar. A papá. Recuerdo que cuando era pequeña pintó mi dormitorio y dejó que yo tomara un poco de pintura y pusiera las huellas de mis manos como adorno—sonrió con nostalgia—. A mamá no le gustó.

—¿Lo ves?—Claire pasó una mano por su cabello—. Ha pasado mucho tiempo y es natural que tengas un poco de miedo al pensar en verlo nuevamente, pero tienes que dejar de preocuparte por ello. Solo espera su llegada y pórtate tal y como eres; pronto podrán hacerse de nuevos recuerdos. Hazle saber que si bien

no estás muy segura de qué hacer, lo quieres, y él te demostrará lo mismo. Es posible que él se encuentre tan nervioso como tú pensando en qué lo espera en casa, ¿no lo habías pensado?

—No, la verdad es que no, pero supongo que tienes razón.

—Y en cuanto a tu tío...—ese un último punto que debía tratar y no le pareció muy complicado, ya que había tocado el tema con Simon en una de sus últimas charlas—. Él te ama, nada de lo que ocurra cambiará eso, y aunque quizá las cosas no sigan exactamente como hasta ahora, no quiere decir que cambien para mal. Ahora no solo tendrás a tu madre y tu tío, sino también a tu padre, y supongo que puedes sumar al detective... digo, a tu tío Colin. Es más, si lo deseas, puedes incluirme a mí también—sonrió con dulzura a la niña—. Tienes un gran corazón, Lily, seguro que puedes hacernos un lugar a todos.

La pequeña esbozó una gran sonrisa y Claire vio cómo se pasaba el brazo con brusquedad para limpiar los rastros dejados por las lágrimas que había derramado según la escuchaba. Luego, tras dudar un instante, la abrazó con fuerza y la soltó tan rápido que Claire apenas atinó a corresponder su gesto.

—Me alegra que tío Simon te encontrara.

Contrario a su costumbre, la niña no dijo más y se contentó con mirar por la ventanilla sin abandonar su sonrisa y sin rastros de la preocupación que antes parecía perturbarla tanto.

Al llegar al edificio de apartamentos en que vivía, le ayudó a cargar el pesado morral y subieron los varios pisos hasta su hogar, ya que el ascensor estaba averiado. Apenas habían tocado la puerta cuando Susan la abrió con semblante preocupado.

—Aquí están—dijo, haciendo un gesto para que entraran—. Estaba un poco preocupada.

Claire se dijo que su reacción era algo exagerada, ya que no habían tardado mucho desde que dejaron la escuela y ella se había encargado de darle una hora aproximada de llegada cuando hablaron más temprano, pero prefirió no mencionarlo.

—Había mucho tráfico, pero todo está bien.

No pensaba quedarse, y estaba a punto de despedirse, cuando Susan le hizo un gesto para que ocupara un sillón.

—En realidad, tengo que irme...

—Por favor, solo descansa un minuto y permite que te ofrezca un té, has sido muy amable al ir por Lily—miró a su hija al hablar—. ¿Le has agradecido a Claire?

—Oh, no, no lo he hecho, lo siento—la niña sonrió—. Gracias por *todo*, Claire.

Ella supo que no solo se refería al hecho de que la hubiera recogido luego de la excursión, pero le dirigió una mirada para hacerle saber que su conversación nunca sería revelada.

—Por nada, puedes contar conmigo, ya lo sabes. Me temo que no puedo ofrecerte como chofer, pero siempre habrá un lugar para ti si necesitas compartir un taxi.

—¡Genial!

Susan les dirigió una mirada extrañada, un poco asombrada por ese intercambio que revelaba cierta complicidad, pero no hizo preguntas al respecto.

—Muy bien señorita, ¿has comido?—ante el asentimiento de su hija, hizo un gesto de conformidad—. En ese caso, creo que sería un buen momento para que tomes un baño y te metas a la cama.

—Pero no tengo sueño... —la réplica murió con un sonoro bostezo, por lo que no pudo menos que encogerse de hombros con resignación—. De acuerdo, tal vez tenga un poco.

—Ya lo imaginaba. Da las buenas noches a Claire y a la cama, y no olvides cepillarte los dientes.

—De acuerdo—Lily besó a su madre, y se detuvo un momento para hacer otro tanto con Claire—. Buenas noches, Claire.

—Buenas noches, Lily. Que descanses.

Mientras la niña se perdía por el pasillo, Susan le hizo una seña para que esperara en tanto iba por el servicio de té.

No estaba segura de cómo se sentía respecto a Susan; concordaba con Simon en que era una mujer agradable y que resultaba imposible no encontrarla simpática, pero apenas habían hablado y le costaba sentirse en confianza cuando era consciente de que tenían personalidades tan opuestas. Además, y no podía ser deshonesto consigo misma, la confianza de Simon respecto a que tuvieron una relación amorosa no dejaba de incomodarla un poco.

Cuando Susan regresó, Claire la ayudó con la bandeja y esperó a que le

serviera una taza de té, al tiempo que tomaba uno de los panecillos que le ofreció.

—Están muy buenos—la alabó con honestidad.

—Gracias. Me gustaría decir que los hice, pero en verdad los compré en una panadería cercana—Susan se pasó la mano por su rubio cabello y puso los ojos en blanco—. La cocina nunca ha sido mi punto fuerte.

—Tampoco el mío, soy un desastre; la comida congelada es mi salvación—Claire se sintió más cómoda al intercambiar algo en común.

—Sería la mía también, pero debo esforzarme un poco por Lily; si la obligara a vivir de comida congelada, creo que no dudaría en dejar la casa—rió de buena gana al pensar en ello, pero pronto se puso seria—. En verdad no puedo agradecerte lo suficiente por ofrecerte a traerla de la escuela, sé que hubiera odiado perderse esa excursión; en especial después de lo mucho que le costó convencerme de que le diera permiso.

—No hay nada por lo que debas agradecer, me alegró hacerlo.

La mujer la observó con atención, y pareció dudar respecto a qué decir a continuación.

—Acerca de ese permiso... sé que estás al tanto del pequeño problema que tuvimos cuando se lo negué la primera vez que lo pidió.

—¿Te refieres a su huida?

—Sí, exacto. Lamento que te vieras en una situación tan desagradable; Lily puede ser un poco rebelde a veces y es justo decir que yo no se lo pongo muy sencillo. Habrás notado que soy algo sobre protectora con ella.

Al parecer las mujeres de esa familia estaban decididas a convertirla en su confidente, y no estaba segura de que en el caso de Susan le entusiasmara la idea, por lo que fue muy cauta al responder.

—Sí, bueno, ¿qué madre no lo es? Solo te preocupas por ella, es natural.

—Claro, pero Simon dice con frecuencia que debo aprender a tratar con ella de otra forma o tendrá una adolescencia muy difícil.

—Creo que tiene algo de razón. Lily es una niña muy despierta, y eso a veces provoca que se crea más madura de lo que en realidad es; tal vez solo se trata de encontrar un punto medio para evitar discusiones innecesarias y llegar a un acuerdo.

Susan meditó sus palabras y dio una cabezada en señal de asentimiento.

—¿Supongo que tú te parecías un poco a ella a su edad?

Le sorprendió esa afirmación, pero no dudó en asentir.

—Sí, eso creo. No fui una niña muy fácil, a veces quería hacerlo todo por mí misma, y eso volvía locos a mis abuelos—se apresuró a explicarse ante la expresión confundida de Susan—. Fueron ellos quienes me criaron, mis padres murieron cuando era pequeña.

—Lo siento mucho, no lo sabía—el gesto de la mujer fue de sincera compasión—. Pero obviamente eso no fue impedimento para que te convirtieras en una gran mujer.

Claire rió y dio un sorbo a su bebida antes de responder.

—Creo que estás siendo demasiado amable conmigo.

—Claro que no, tienes una excelente profesión y eres una muy buena persona. Si Simon no lo dijera todo el tiempo, yo lo habría notado tan pronto como te vi por primera vez—esbozó una pequeña sonrisa divertida—. Nunca lo había escuchado hablar con tanto entusiasmo de una persona, por lo general es muy discreto, pero desde que te conoció se refiere a ti con mucha naturalidad, como si siempre hubieras formado parte de su vida.

Ante el silencio de Claire, Susan la observó con atención y abierta curiosidad.

—Lamento si soy indiscreta, no he querido incomodarte.

—No, está bien, no me molesta, es solo que me has tomado por sorpresa, nada más.

Esta vez fue Susan quien la miró con cierto asombro.

—¿Es que no sabes cuánto te ama Simon?

—No—Claire sacudió la cabeza al darse cuenta de lo brusca que había sonado su respuesta—. Quiero decir que sí, lo sé, pero...

—Puede ser una verdadera aplanadora, ¿cierto?

—¿Perdón?

—Simon. Es un hombre muy honesto, siempre dice lo que piensa o siente y a veces eso resulta abrumador, en especial si, como parece ser tu caso, no estás acostumbrada a hablar de tus sentimientos con tanta facilidad.

Claire no pudo menos que asentir ante la verdad en sus palabras; vaya que estaba ante una mujer perspicaz.

—Lo conoces bien. Me refiero a que Simon me dijo que ustedes...

Susan abrió mucho los ojos, sorprendida por ese raptó de sinceridad, aunque Claire se sintió un poco arrepentida cuando se escuchó a sí misma.

—¡Vaya! Eso es algo que no acostumbra compartir. ¿Conoces esa frase de que los caballeros no tienen memoria? Bueno, pues Simon es el hombre más caballeroso que conozco, aunque es obvio que no quiere tener secretos contigo. Y en realidad, nunca he pensado que debiera ser un secreto, éramos muy jóvenes entonces y si no me hubiera dejado, posiblemente las cosas hubieran resultado realmente mal y nunca habríamos podido ser tan buenos amigos.

—Pero él me dijo que fuiste tú quien decidió terminar con él.

La otra mujer rió con ganas al oírla y casi se ahoga con su té. Tuvo que toser con discreción y terminó secándose unas lágrimas provocadas por la risa.

—¿Eso te contó? ¡Dios! ¿No acabo de decírtelo? No conozco a un hombre más caballeroso que él, y si bien a veces puede exagerar un poco, le agradezco que intentara salvar mi dignidad—dio una cabezada en señal de negación y respiró con más normalidad—. No, él terminó conmigo, y reaccioné de la única forma en que podría hacerlo alguien de mi edad y tan inmadura como era entonces; lloré a mares y le deseé todos los males del infierno. Confieso que me avergüenza un poco recordarlo, pero él mostró mucha más sensatez que yo; notó pronto que no estábamos destinados a llegar a nada y en lugar de aprovecharse de mí, como hubieran hecho otros, prefirió ser honesto. Cuando lo vi pasados los años pude apreciarlo como el excelente hombre que es. Además, de no ser por él, nunca hubiera conocido a Richard.

Al ver la expresión soñadora que afloró al rostro de Susan al referirse a su esposo, Claire no pudo menos que sonreír. Aún se encontraba un poco sorprendida por ese giro en la historia que Simon le había contado, aunque no debía de ser tan extraño. Susan tenía razón al decir que era un hombre muy honorable y era lógico que al hablar de su antigua relación procurara que su cuñada estuviera en la mejor posición.

—Lo amas mucho, ¿verdad?

Susan asintió al comprender a qué se refería.

—Es posible que suene un poco cursi, pero sí, lo amé desde la primera vez que lo vi. No quiero que pienses que estoy ciega a sus defectos, ya los tenía entonces y eso no me importó, o lo hizo, pero preferí ignorarlos. Estaba muy enamorada, él también me amaba, y pensé que eso era suficiente, pero obviamente estaba equivocada—se encogió de hombros y un halo de tristeza

pareció cubrirla—. Fue muy difícil aceptar que las cosas iban mal, pero Lily ya estaba aquí y nunca dejé de amarlo. Cuando pasó... cuando tuvo que ir a ese lugar, pensé que moriría, pero Simon no me dejó sola, fue como un hermano y me dijo unas cuantas cosas respecto a mis deberes como madre. Me provoca vergüenza reconocerlo, pero cometí algunos errores y me costó un poco comprender que debía dedicarme a Lily por completo.

—No creo que fuera fácil estar en tu posición—Claire dijo lo primero que se le vino a la mente, nunca esperó que Susan le confiara cosas tan privadas—. Pero es obvio que lo lograste, eres una buena madre, y Lily te ama.

—Gracias, es muy amable de tu parte el decirlo—Susan exhaló un hondo suspiro y forzó una sonrisa—. Durante todos estos años en que he visitado a Richard, hemos podido hablar mucho acerca del pasado y nuestros errores. Lo amo tanto como entonces, y quiero pensar que él siente lo mismo por mí. Está muy emocionado con la idea de regresar a casa, lo mismo que yo, y tal vez, si lo intentamos, las cosas resulten bien esta vez. Ahora estoy convencida de que Lily es mi prioridad y que él tendrá que verlo de la misma forma. Sé que quiere hacerlo, y confío en que podamos ser una familia normal.

Claire asintió, conmovida por la desesperada esperanza que captó en la voz de Susan, como si intentara convencerse a sí misma de que todo iría bien, y en verdad deseó que estuviera en lo cierto. Por ella, y en especial por Lily.

Compartieron un momento en silencio luego de esa confesión, pero pronto empezaron a hablar acerca de otros temas relacionados con el trabajo de Susan como asistente en una clínica dental y algunos de los casos más interesantes que Claire había llevado en la corte. Al consultar la hora en su reloj, dio un brinco y dejó su taza sobre la mesilla.

—No me había dado cuenta de lo tarde que es, debo irme.

—Tienes razón, pero ha sido un gusto charlar contigo. Si antes me gustabas, ahora puedes considerarte bienvenida a la familia—Susan rió, pero al ver la expresión de Claire, le dio un apretón cariñoso en un brazo—. Lo siento, supongo que ya tienes bastante con Simon para que te presione yo también.

—No, está bien, no te preocupes. Gracias por decirlo, es muy gentil de tu parte—se puso de pie y tomó su bolso, pero antes de dirigirse a la puerta, giró para decir algo—. Hace un momento Lily me dijo que le alegraba que Simon me hubiera encontrado, pero creo que he sido yo la afortunada.

Susan sonrió al oírla.

—En realidad, creo que ambos lo son.

Cuando Claire dejó el edificio, consultó el móvil al tiempo que buscaba un taxi, un poco inquieta por la oscuridad que la envolvía, una vez más con esa desagradable sensación que la había abandonado por unas horas. Frunció el ceño al ver que el teléfono se encontraba apagado, pero recordó que había dado algunos problemas antes y lo encendió con gesto fastidiado. Al ver la lista de llamadas perdidas, detuvo su caminar en la acera. Una era de Simon, lo que no le extrañó, ya que habían tomado por costumbre hablar cuando no podían verse y él tendría guardia durante toda la noche, pero las otras pertenecían a Jenny, y el corazón se le fue al piso al contarlas. Diez. Diez llamadas. ¿Por qué Jenny la llamaría con tanta insistencia? Se habían visto hacía tan solo unas horas al dejar la oficina. ¿Habría surgido una emergencia? ¿Un caso inesperado? ¿O se trataría de algo más personal? Esperaba que fuera algo relacionado con el trabajo, porque le aterraba que le hubiera ocurrido algo malo.

Marcó el número de su asistente al tiempo que hacía aspavientos con la mano libre para detener un taxi que estuvo a punto de pasarla de largo. Subió en tanto el teléfono timbraba y apenas atinó a dar su dirección cuando una voz nerviosa le respondió.

—¿Claire? ¿En dónde diablos te has metido? ¿Por qué no contestabas el teléfono? ¿Estás bien?

—Jenny, Jenny, cálmate—habló con rapidez—. Claro que estoy bien, ¿por qué no iba a estarlo? ¿Ha ocurrido algo?

—Que si ha ocurrido... —su amiga soltó una maldición que jamás le había oído antes—. ¿En dónde estás ahora?

—En un taxi, camino a mi apartamento. Jenny, ¿te encuentras bien?—de pronto, la asaltó una horrible sensación—. ¿Ha pasado algo con Simon? Porque tengo una llamada suya que aún no he respondido... Jenny, háblame por favor.

—No se trata de Simon, sé tanto de él como tú e imagino que se encuentra bien. Y tampoco tienes que preocuparte por mí. Mira, estoy en la oficina ahora, pero saldré corriendo y nos veremos en tu apartamento, no tardaré.

—Jenny...

Notó cierta vacilación en la línea, como si su amiga estuviera a punto de decir algo importante, pero pareció pensárselo mejor.

—Habla en tu apartamento, Claire, espérame allí y no vayas a ningún otro lugar.

Tras esa extraña petición, Jenny cortó y Claire se quedó con el teléfono

pegado al oído. La sensación de estar a punto de enfrentarse a algo desconocido y escalofriante la atacó con nuevos bríos y, casi por instinto, se encogió un poco en el asiento. ¿Qué estaba pasando?

—Jenny, contrólate, y dime qué ha pasado. Ahora.

Claire sabía que su tono distaba de ser amable, pero desde la llamada de Jenny no había dejado de esperar lo peor, y cuando esta llegó a su apartamento tan solo la abrazó como si no la hubiera visto en semanas y fue a buscar una botella de vino de las que tenía reservadas para ocasiones especiales. Tras servirse una copa, se sentó en el sillón y se quedó allí sin decir absolutamente nada. Desde luego que estaba a punto de provocarle un ataque.

—¿Recuerdas a esa mujer? ¿Mary Parker? La que testificó contra Cook y a quien nos costó tanto encontrar.

No esperaba esa pregunta; en verdad, le sorprendió tanto que en gran medida sirvió para aplacar sus nervios.

—Por supuesto que la recuerdo, ¿qué pasa con ella?

Jenny tomó otro sorbo de vino y la miró con el temor reflejado en su rostro.

—La atacaron esta mañana.

—¿Qué?

—Alguien la esperaba cerca a su casa. La golpearon y está grave, muy grave.

Claire ocupó una silla con movimientos mecánicos, la respiración acelerada y un ligero temblor en las manos.

—¿Cómo...? ¿Quién...?

—Lo supe por esa horrible mujer, Karen, la ex asistente de David. Fui a dejar unos documentos al juzgado, ¿recuerdas que te prometí adelantar algo de trabajo para que pudieras salir más temprano?—no esperó a su respuesta, solo continuó—. De modo que allí estaba yo luego de dejar los documentos en la oficina del fiscal Norris, cuando encontré a Karen en los pasillos y me dijo... dijo que debías estar muy contenta de haber ayudado a liberar a un asesino. Desde luego que le dije un par de cosas, pero estaba más interesada en saber a qué se refería y al final me lo contó. Al parecer, esta mujer, Mary, se encuentra herida de gravedad y todo apunta a que Cook es el responsable.

Claire aspiró con fuerza, al tiempo que abría y cerraba los puños para controlar sus emociones.

—¿Alguien lo vio en la escena?—le costó reconocer la voz como suya.

—Al parecer, no, pero es bastante lógico si lo piensas. Su testimonio fue clave en el juicio; creo que si no te hubieras encargado de sembrar tantas dudas en el jurado, lo habrían condenado luego de oírla. Además, según Karen, cuando les informaron del ataque, sindicaron a Cook como el posible responsable y dieron parte a la policía, pero no han podido encontrarlo en el que se supone es su domicilio. Claire, tiene que haber sido él, esta no puede ser una coincidencia.

Su amiga enterró la cabeza entre las manos, intentando hilar cabos, encontrar sentido a todo lo que oía. Estaba de acuerdo con Jenny, tenía que haber sido él y el móvil estaba claro, pero sentía que algo se le escapaba, y cuando dio con ello, exhaló un jadeo.

—Él lo planeó todo el tiempo—dijo al fin, ante el azoro de Jenny.

—¿De qué hablas?

Claire se puso de pie y empezó a dar vueltas por el pequeño salón.

—Todo ese tiempo que le pregunté acerca de ella, ¿recuerdas? Dijo no conocerla y entonces pensé que se debía a que ella no usaba su verdadero nombre en su trabajo, pero es posible que él lo supiera, solo que no quiso decirlo. Cuando David la subió al estrado, él tuvo que reconocerla, pero tampoco dijo una sola palabra, aunque insistí en que necesitaba saber de ella tanto como fuera posible; solo escuchó la acusación y había algo en su mirada, Jenny, algo que no me gustó, pero lo achaqué al hecho de que se encontraba asustado frente a su testimonio—se pasó una mano por el cabello con ademán desesperado—. Y luego, cuando yo la interrogué, no pareció satisfecho porque la pusiera en evidencia e intentara desbaratar su testimonio, era como si no le importara. Él ya pensaba en esto entonces, Jenny, estaba planeando en cómo vengarse.

—¡Dios! Ese hombre está enfermo—Jenny apuró otro trago de su bebida—. ¿Y ahora qué?

—No lo sé, son solo suposiciones basadas en lo que vi, no tienen mayor asidero, no para una investigación policial. Es lógico que la fiscalía lo sindicara como responsable, pero a menos que tengan verdadera evidencia, es poco lo que se puede hacer. El hecho de que no lo encuentren es el mayor indicio de culpabilidad y quizá el único al que puedan aferrarse para detenerlo al menos como sospechoso. Con sus antecedentes no pueden dejarlo en libertad, no mientras esclarecen el caso—Claire pensaba a toda velocidad—. ¿Dices que la

señorita Parker está muy grave?

—Sí, e inconsciente, así que será imposible obtener su testimonio por ahora. No sé si está en coma producto del ataque o lo indujeron para poder tratarla, pero algo está claro: no puede hablar.

Claire volvió a sentarse y tomó una copa que Jenny le alcanzó, aunque no bebió un solo sorbo.

—Eso quiere decir que no hay nada que podamos hacer, solo confiar en que la policía encuentre evidencia que lo inculpe y lo atrapen pronto—dejó la copa con un movimiento brusco y dio un golpe en el brazo del sillón con tanta rabia contenida que Jenny dio un brinco al oírla—. Esto es mi culpa, todo es mi culpa.

—Ah, no, de ninguna manera, no vas a prestar oídos a lo que dijo Karen, sabes que te odia, diría cualquier cosa para lastimarte...

—No me importa lo que Karen diga, sé que es mi responsabilidad. Fui yo quien lo defendió, Jenny, quien urdió todos esos argumentos para que el jurado lo declarara inocente por falta de pruebas, ¿recuerdas?—rió con amargura—. Y ni siquiera puedo ayudar a detenerlo porque no tengo una sola prueba que lo condene.

Jenny dejó su copa y se puso de pie para ocupar el asiento junto a su amiga; le tomó las manos y la sacudió un poco para que le prestara toda su atención.

—Claire, escucha, lamento mucho lo de la señorita Parker, en serio lo hago, esa pobre mujer no se merecía algo tan horrible y espero que se recupere pronto, pero no es ella quien me preocupa ahora. ¿No lo ves? ¿Por qué crees que te he llamado con tanta desesperación?—Jenny le dio un apretón y la miró con angustia—. Desde que salió en libertad, Cook ha estado tras de ti, recuerda que fue a la oficina y te dejó ese mensaje tan perturbador. Entonces ya me preocupaba, pero ahora estoy aterrorizada. Tienes que ir a la policía y decir lo que ha pasado, y aún más importante, debes hablarlo con Simon.

Claire escuchó en silencio, consternada al percibir el alcance de sus palabras. Esa sensación de sentirse vigilada, como si alguien siguiera sus pasos... ¿sería él? Y si fuera así, ¿por qué? ¿Qué podría querer con ella? Lo que fuera, estaba segura de que no sería nada bueno, pero al mismo tiempo que tomó consciencia de ello, algo pareció suceder en su interior. Su pulso se normalizó, pudo respirar con mayor calma y el temblor en sus manos se detuvo. ¿No decía siempre que odiaba no saber a qué atenerse? Bien, pues ya sabía lo que estaba

pasando y a qué se enfrentaba; ahora debía actuar de acuerdo a ello. La cobardía nunca había estado entre sus defectos.

—¿Puedes averiguar qué precinto se encarga del caso? Voy a hablar con el agente encargado. No puedo quebrantar ninguna norma respecto al tiempo durante el que representé a Cook, mucho menos hablar de lo que compartió o no entonces; sabes que mi carrera se vería seriamente afectada y la firma podría ser sancionada. Pero cuando empezó a acosarme ya no lo representaba, y puedo hablar al respecto; incluso es posible que sepa algo que en este momento no tengo del todo claro, necesito pensar con tranquilidad. En cuanto hable con el detective asignado y él me diga lo que se especula, quizá pueda ayudar un poco más. Tal vez Cook vuelva a ir tras de mí, es listo, debe saber que no lo arrestarán si no ha dejado evidencia en el lugar del ataque, pero si intenta algo conmigo...

—¡Claire!

El grito de Jenny fue suficiente para que dejara de hablar y centrara toda su atención en su amiga, que la veía con horror.

—¿Te estás oyendo? ¿Es que has perdido el juicio? No vas a convertirte en un blanco para ese lunático. No me importa qué tan responsable te sientas, tú no has hecho nada malo, solo cumpliste con tu trabajo. Si cada abogado que ha defendido a un culpable va a verse en una situación como la tuya, nos quedaríamos solo con fiscales. Esto no es tu culpa, necesito que lo entiendas y que actúes como la mujer racional que eres. Si puedes ayudar de alguna forma para que lo atrapen, genial, pero solo si no significa ningún riesgo para ti. Y por lo que más quieras, ¡habla con Simon!

—No, no puedo hacer eso, solo lo preocuparía.

—¡Y tendrá todos los motivos del mundo para hacerlo! Un psicópata podría lastimar a la mujer que ama, ¿no te parece suficiente?

Claire sabía que Jenny estaba en lo cierto; aún más, todos sus instintos la inducían a ir en busca de Simon y decirle lo que ocurría. Dejar que la sostuviera como tantas veces le había dicho que haría y entregarse a sus cuidados... pero no podía hacerlo, ella no buscaba salidas fáciles para sus problemas, estaba acostumbrada a solucionarlos por su cuenta, y parte de ella se sentía responsable por encontrarse en esa situación, sin contar a todas las personas que, como Mary Parker, resultarían perjudicadas. Además, no soportaría que Simon se pusiera en alguna clase de peligro por protegerla. Aún recordaba las palabras de Cook en su oficina; las veladas insinuaciones a su relación, y lo mucho que le importaba. Tan solo de pensar en cualquier escenario en el que Simon resultara lastimado

por su culpa le helaba la sangre.

—Sí, claro que lo es, Jenny, pero no involucraré a Simon es esto, no puedo hacerlo, no es justo. Si algo le ocurre...

—¡Exacto! Te mueres de miedo, ¿cierto? Pues te puedo asegurar que él sentirá exactamente lo mismo si sabe que estás en peligro y no permites que te ayude. Es más, es posible que a estas alturas ya lo sepa.

Claire esbozó una sonrisa sin rastro de alegría ante esa última frase.

—Si Simon supiera lo que ocurre ya estaría aquí.

—Buen punto—reconoció Jenny de mala gana—. Pero lo sabrá, tienen que informar al respecto en el Departamento, es un caso serio...

—No lo creo, has dicho que la señorita Parker está herida, pero vive. Simon es detective de homicidios, no es un caso que le asignarían, y es lo mejor ahora.

Jenny suspiró y recostó la cabeza contra el respaldar del sillón.

—¿Qué harás, Claire? Y te ruego que no vuelvas a repetir una sola de esas locuras acerca de ponerte como carnada para ese desequilibrado. No puedes estar sola, es posible que te esté siguiendo y no quiero pensar en todo lo que podría ocurrirte... por favor, Claire, no hagas ninguna tontería.

Su amiga le dio unos golpecitos en la mano con gentileza para infundirle ánimos. Pobre Jenny, era una magnífica amiga, pero iba a tener que tomar algunas decisiones sin su ayuda.

—Mañana temprano hablaré con el encargado del caso de la señorita Parker, y luego... ya veremos, ¿de acuerdo?

—¿Pero te cuidarás?—Jenny la miró con expresión anhelante.

—Claro que lo haré, no tienes que angustiarte más, todo va a salir bien.

Distaba mucho de creer lo que acababa de decir, pero al ver que el semblante de su amiga se relajaba y que la angustia daba paso al alivio, supo que había dicho lo adecuado. Al parecer, esa era una batalla en la que se había involucrado por su propia voluntad y tendría que salir de ella de la misma forma.

El día siguiente se desarrolló en medio de una vorágine de acontecimientos que apenas le permitieron un momento para preocuparse por su seguridad, lo que tanto angustiaba a Jenny. Dedicó buena parte de la mañana a

adelantar todos sus casos pendientes, aplazó un par de citas y se las arregló para concertar una entrevista a mediodía con el detective asignado a esclarecer el ataque a Mary Parker. Era un hombre mayor que le recordó un poco a Lancaster, aunque resultó mucho más amable en su trato y si bien en un primer momento se mostró receloso al saber que fue ella quien defendió a Cook durante el juicio por homicidio en el que fue inculpado, pronto comprendió que estaba tan interesada como él en que fuera atrapado si se le encontraba culpable del ataque.

Aún cuando el detective Sawyer, tal era su apellido, no podía compartir información confidencial, sí que se permitió confirmar lo que Jenny le había contado gracias a la oportuna indiscreción de Karen. No encontraron pruebas que señalaran directamente a Cook como responsable del ataque a la señorita Parker, pero ya que ella fue la testigo fundamental de la fiscalía para acusarlo durante el juicio, habían decidido sindicarlo como el principal sospechoso. Lamentablemente, a fin de poder tratar las lesiones de la señorita Parker sin poner en riesgo su vida, los médicos se vieron en la necesidad de someterla a un coma inducido, por lo que resultaba imposible obtener su declaración. Solo podían esperar que se recuperara pronto, de modo que pudieran despertarla y confirmara entonces sus sospechas. Mientras tanto, ya que fue imposible encontrar a Cook en el domicilio que señaló en su ficha al salir de prisión, optaron por difundir sus señas entre los vecinos de la zona, a fin de que alguien lo denunciara si era visto. Tal y como el detective Sawyer reconoció con cierta desazón, era todo lo que podían hacer. El Departamento no podía ir tras él con todos sus recursos porque no importaba que fuera su único sospechoso, la falta de pruebas limitaba mucho sus movimientos.

Luego de tomar nota de todo lo que Claire podía compartir sin violar la confidencialidad que aún la vinculaba a Cook, el detective le sugirió que brindara especial cuidado a su seguridad e incluso se ofreció a solicitar que al menos un oficial le fuera asignado por algunas horas durante el día, pero ella se negó. No necesitaba a un policía respirando sobre su nuca, tan solo incrementaría la sensación de incomodidad al sentirse vigilada que tanto le molestaba. Además, y eso no lo compartió con el detective Sawyer, tenía a uno de sus colegas más que dispuesto a respirar sobre ella, algo que no le molestaba en lo absoluto, pero no deseaba que lo hiciera llevado por el deber.

Y allí estaba precisamente otra de las razones por las que pasó buena parte del día con la mente puesta en cualquier cosa menos su propia seguridad.

Simon.

La noche anterior, una vez que Jenny dejó el apartamento, con los

nervios algo más relajados y luego de arrancarle la promesa de que tendría mucho cuidado, llamó a Simon y le habló como si no ocurriera nada fuera de lo usual. Conversaron acerca de cómo había ido su día, aunque él siempre tenía cuidado de no entrar en demasiados detalles ya que mencionaba que su trabajo distaba mucho de ser precisamente alegre y su idea respecto a que prefería mantenerla alejada de tantos hechos desagradables como fuera posible continuaba firme en su mente. Claire lo comprendía, y apreciaba que se preocupara por ella a ese extremo, de modo que no insistía, tan solo le pedía que se mantuviera a salvo. Le alegró mucho percibir su satisfacción cuando le contó que había pasado varias horas en compañía de Lily y Susan, aunque se abstuvo de compartir el contenido de sus charlas; la información compartida con las mujeres de su familia quedaría entre ellas.

Hubieran podido seguir hablando durante horas, pero él debió atender a un llamado y se despidieron con la promesa de verse la noche siguiente en el apartamento de Simon, quien por cierto había tomado la turbadora costumbre de despedir sus llamadas con un simple *“te amo”*. No le daba a tiempo a pensar en una réplica apropiada, ni siquiera parecía esperar una respuesta similar, tan solo lo decía y colgaba, con lo que Claire se quedaba siempre con el oído pegado al auricular, unas palabras subiendo por su garganta y una placentera calidez en el pecho que le arrancaba una sonrisa. Sin embargo, luego de esa charla en particular sintió un sabor agri dulce al reparar en que le ocultaba algo, un hecho que él odiaría desconocer; estaba segura de que iba a ponerse furioso cuando supiera lo que pasaba y Claire no podía culparlo. Por supuesto que Jenny estaba en lo cierto, de ocurrir las cosas a la inversa, ella reaccionaría de la misma forma, pero no estaba dispuesta a cambiar su posición; si había alguna posibilidad de mantener a Simon al margen de cualquier peligro, por pequeña que fuera, ella la tomaría.

Tras sostener la reunión con el detective Sawyer, regresó a la oficina, atendió un par de llamadas que no podía aplazar y para cuando vio la hora exhaló un suspiro aliviado al comprobar que vería a Simon dentro de muy poco tiempo.

Luego de dejar todos los documentos del día en estricto orden, se despidió de una todavía muy ansiosa Jenny y se encaminó al apartamento de Simon, que cada vez le resultaba más familiar. Había bromeado con él un par de veces diciéndole que tenía una envidiable habilidad para convertir un lugar en algo más que un sitio para vivir, como le ocurría a ella; su espacio, bien distribuido y de aspecto sencillo, transmitía la calidez que ella relacionaba con un verdadero hogar.

Aunque se negó firmemente cuando Simon lo sugirió, terminó aceptando una copia de la llave, ya que como él dijo con lógica aplastante en su momento, al no tener un empleo con un horario fijo, era ridículo que esperara por él en el pasillo hasta que pudiera llegar a encontrarse con ella. Además, como bromeó él entonces, no sin cierto tinte de sinceridad en la voz, la idea de encontrarla en casa aguardando por él era más que atractiva.

De modo que se las arregló para abrir la puerta y entrar haciendo una suerte de mala muestra de equilibrismo con el bolso colgando del brazo y unas bolsas con la comida que acababa de comprar en el restaurante que estaba solo a un par de calles.

Se encaminó con rapidez a la cocina para dejar su carga, y cuando volvió al salón, dispuesta a poner un poco de música para esperar la llegada de Simon, pegó un salto al encontrarlo frente a ella con los brazos cruzados y la expresión más intimidante que le había mostrado hasta entonces.

—¡Simon! ¡Casi me provocas un infarto! ¿Cómo es que no te vi?

—Estaba en el balcón, te vi llegar por la calle y quería probar tus reflejos.

—¿Mis reflejos?—Claire lo miró con extrañeza y una buena cuota de escepticismo—. Bueno, como habrás podido notar, estoy muy lejos de ser una ninja.

Esperaba que riera ante su broma, pero su gesto se hizo más adusto.

—En realidad, por las muestras de autosuficiencia que has dado últimamente, creí que serías más que capaz de acabar con un ejército por tus propios medios; es más, no me sorprendería saber que llevas un arsenal en ese bolso—miró el pequeño objeto con fastidio—. Aunque no tengo idea de dónde podrías meterlo.

—Simon, no tengo idea de a qué te refieres, ¿podrías hablar con claridad?

Él se recostó el dintel de la puerta que llevaba al comedor y la miró de arriba abajo con una mezcla de ternura y exasperación que la desconcertó.

—Eso es curioso, estaba a punto de pedirte lo mismo—su tono fue sarcástico.

Lo sabía. De alguna forma se había enterado, y allí estaba. ¿Cómo pudo ser tan idiota para suponer que podría ocultárselo? Bueno, ahora solo quedaba dejar sus reservas de lado y hablar con sinceridad; solo esperaba que él lo apreciara pese a lo disgustado que se veía. Se dejó caer sobre el sillón en el que

acostumbraban sentarse a ver películas y lo observó con atención a fin de intentar descifrar su expresión.

—¿Quién te lo dijo? ¿Jenny?—la idea no era muy agradable, pero no se molestaría con ella si hubiera sido así.

—No, fue Sawyer.

—¿El detective Sawyer?—eso sí que no lo esperaba, la tomó del todo por sorpresa y no pudo hablar hasta pasados unos segundos—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Te sorprendería saber lo cerrada que es la comunidad policial en Boston, Claire; en todo el país, para ser más preciso. No importa cuántos elementos compongan un Departamento, siempre habrá alguien que conoce a alguien y que al enterarse de algo importante relacionado con un colega, se encargará de que lo sepa—Simon pareció cansado, y se pasó una mano por el cabello—. Sawyer juego al póker con el ex cuñado de Colin y también con él de vez en cuando, así que me conoce, y al parecer mi compañero, que gracias al cielo en este caso no tiene una sola pizca de discreción en el cuerpo, le habló alguna vez acerca de que nosotros tenemos... *algo*.

—¿Qué?

Simon sonrió sin asomo de gracia en tanto se despojaba de la chaqueta del traje y la corbata.

—Así le llama Colin. *Algo*. No tiene idea de qué somos y cree que esa es una palabra tan buena como cualquier otra. Yo pienso que es una idiotez, pero mientras no pueda darle una definición más clara, dice que no piensa cambiarla. En fin, eso no importa ahora, sino lo que has estado ocultándome. ¿Cómo has podido hablar conmigo como si nada ocurriera? Un homicida va tras de ti, según Sawyer lo sabes desde ayer por la noche y en nuestra última conversación lo más trascendental que me dijiste fue si prefería comida china o italiana para la cena.

La voz de Simon se iba elevando según dejaba salir su enojo, sin rastros de la falsa calma que mostró en un primer momento. Claire suspiró e hizo un esfuerzo por conservar la serenidad; sabía que la reacción de Simon era natural, y no deseaba verse en medio de una discusión, aunque para entonces tuviera un poco más claro que el sostener una no era el fin del mundo, y en gran medida se lo debía a ese hombre. Aún así, no era justo que pelearan por algo que escapaba al control de ambos, por lo que no tenían mayor responsabilidad y mucho menos considerando que había callado por protegerlo y él a su vez se encontraba obviamente consternado por saberla en peligro.

—Simon, escucha, lamento no habértelo dicho, pero en verdad pensé que

era lo mejor. ¿Qué sentido tenía preocuparte cuando no hay nada que podamos hacer? Cook está allá afuera, pero no es seguro que tenga algún interés en mí...

—De modo que fue a verte a la oficina a ponerte nerviosa y te envía notas perturbadoras solo para mantener el contacto.

—¿También te lo dijo Sawyer?— el oficial de policía le pareció un hombre extremadamente discreto durante su conversación de esa mañana.

—No, eso me lo contó Jenny. Al ponerme al corriente llamé a la oficina por si aún te encontrabas allí, ella respondió y cuando supo que estaba enterado de lo que sucede, me contó todo, incluso el hecho de que parece estar dispuesta a ponerte una diana en el pecho para que Sawyer pueda atrapar a Cook.

—¡Eso no es verdad! En ningún momento he pensado ponerme como una carnada, tan solo le dije al detective Sawyer que si tenía alguna noticia de ese hombre se lo diría de inmediato y que si se acercaba a mí vería la forma de hacérselo saber.

—¡De eso se trata! No debes tener ninguna noticia de él; es más, no debes compartir el mismo espacio vital que esa escoria. Te lo he dicho antes, puede lastimarte, ¿por qué no lo entiendes?

Claire aspiró una y otra vez, procurando calmarse, con la mirada fija en el rostro de Simon. Podía ver que la ira que mostraba no era la emoción predominante en él, que en verdad sentía un profundo temor por lo que pudiera pasarle, y eso le ayudó a mantener la serenidad.

—Sí, es posible que por alguna razón que no comprendo quiera lastimarme, pero no me pondré en una posición en la que pueda lograrlo. Sé que piensas que a veces actúo de forma un poco temeraria y quizá tengas razón; pero te prometo que no me pondré en peligro—sabía que su voz debía de oírse un poco desesperada, pero era así como se sentía—. Por favor, Simon, necesito que lo entiendas. Me siento responsable por esto.

—Claire...

—No, sabes que es verdad; tú entre todas las personas del mundo, debe saberlo, porque me lo dijiste desde un primer momento, ¿recuerdas? Ese hombre era culpable y yo ayudé a que saliera en libertad. Cualquier cosa que haga, empezando por el ataque a la señorita Parker, es de alguna forma mi culpa. Y sé lo que dirás, que veo las cosas de forma equivocada, pero en verdad no es lo que piensas. Mírame a los ojos, y dime que no ha pasado por tu mente; asegúrame que no te preguntaste más de una vez cómo pude ser tan testaruda para defender a un hombre a todas luces culpable y que no te sentiste defraudado cuando lo

declararon inocente.

Simon hizo lo que le pidió, la miró a los ojos y no desvió la mirada en ningún momento.

—Por supuesto que me sentí decepcionado cuando el jurado lo declaró inocente, hubiera querido que jamás abandonara la cárcel, pero no creo que sea tu culpa, de ninguna manera, y tú debes comprenderlo también. ¿Eres testaruda? Sí, como una mula, pero eres también una buena persona que se compromete de una forma obsesiva para hacer lo que cree es correcto. Te contrataron para defender a Cook, y decidiste ir hasta el final por ello; quizá fue un error, sabes que habría dado cualquier cosa porque abandonarás el caso, pero si lo hubieras hecho, entonces no serías tú. Claire, este hombre es un psicópata, disfruta haciendo daño; si no lo hubieras sacado tú de prisión, lo habría hecho otro, y aún si no hubiera sido así, se las habría arreglado para seguir lastimando a personas inocentes, de una u otra forma. No es tu culpa, no es tu responsabilidad, y definitivamente no permitiré que te pongas en riesgo por enmendar una equivocación que cualquiera hubiera podido cometer en tu lugar.

—¿Y qué harás para evitarlo?—no pretendía sonar desafiante, la inflexión en su voz llamaba más a la calma que a una discusión sin sentido—. Simon, aún cuando pudiera creer todo lo que dices, y sé que lo haces para que me sienta mejor, ¿en verdad piensas que podría vivir en paz sabiendo que no hice absolutamente nada para ayudar a detener a este hombre?

Simon suspiró sin dejar de observarla, y al cabo de un momento dejó su postura inflexible para acercarse a ella y dejarse caer a su lado en el sillón.

—No puedo dejar que te pongas en peligro, Claire—repitió las palabras de hacía unos minutos con mayor convicción, si era posible.

—No lo haré, lo prometo, nada más lejos de mis intenciones—giró un poco para verlo con la cabeza ladeada y una pequeña sonrisa bailando en sus labios—. Dijiste que me conocías, y si es así, sabes que no puedo permanecer ajena a esto. Escucha, no creo que Cook se me acerque, no cuando sabe que es buscado, pero si intenta entablar contacto de cualquier forma conmigo, y es posible que la única sea apareciendo en la oficina, eso podría ayudar a atraparlo. Jenny debe haberte dicho que los guardias de seguridad están advertidos acerca de él y jamás lo dejarían acercarse a mí, pero sí que podrían informarme para que yo ponga sobre aviso a la policía. No soy tan tonta como para suponer que pueda hacer algo más, pero eso significaría mucho para mí.

—Si algo te pasara...

Claire sonrió más ampliamente y recostó la cabeza contra su pecho, suspirando al sentir sus brazos rodeándola.

—Nada me pasará, te lo juro, seré la mujer más prudente del mundo.

—No creo que esa palabra exista en tu diccionario.

—Claro que sí, es solo que por lo general procuro ignorarla—se acercó más a él y enterró la nariz en su cuello, aspirando su aroma—. Pero dejaré de hacerlo por ti, seré tan juiciosa que no podrás reconocerme.

Él la tomó por los hombros y la alejó un poco para poder observarla a profundidad.

—Sé que bromeas porque piensas que eso me hará sentir mejor, pero no mentiré diciendo que me siento tranquilo con esto.

—Lo sé, así como sé también que me respetas lo suficiente para dejar que tome mis propias decisiones y comprendes el por qué esto es tan importante para mí.

—No podría soportar que algo te pasara, Claire, no cuando sé lo que significa tenerte conmigo.

Ella sonrió con dulzura y extendió una mano para acariciar su rostro.

—¿No sabes que yo pienso en lo mismo con frecuencia? Tienes un trabajo arriesgado, Simon, y temo por lo que podría ocurrir, pero no quiero permitir que eso arruine nuestra felicidad; tampoco lo hagas tú, te lo ruego.

—¿Así que también eres feliz?

—¿No te lo había dicho?—lo miró con extrañeza.

—No en realidad.

—Pues lo soy. Soy muy feliz a tu lado, y no quiero que eso cambie.

Simon tomó su mano y la llevó a sus labios.

—Escoges los mejores momentos para hacer declaraciones amorosas... ¿o solo intentas convencerme de que esta locura tuya tiene algún sentido?

Claire negó con la cabeza.

—No lo hago, no necesito convencerte de nada; sé que aún cuando parezca una locura, lo entiendes, me respetas, y no te interpondrás para que tome mis propias decisiones.

—Y si sabes todo eso, sabes también que no me quedaré tranquilo al

respecto—ante la expresión de sospecha que afloró en el rostro de Claire, dio una cabezada sin variar su semblante decidido—. No estás sola en esto, Claire, y aunque tienes razón en que te respeto demasiado como para intentar imponerte lo que pienso, no por ello debes creer que no me encargaré de que estés a salvo.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

Simon la acercó a su pecho y besó su cabello; Claire pudo sentir cómo movía la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—¿Y decírtelo para que trates de impedirlo? De ninguna manera, amor, te enterarás en el proceso.

—¿En el proceso de qué?—el que la llamara con aquel mote cariñoso la desconcertó un poco, pero logró recuperarse para hacer la pregunta e insistir al no obtener respuesta—. ¿Simon? ¿Qué proceso?

Él la ignoró y exhaló un suspiro antes de ponerse de pie al tiempo que la ayudaba a hacer otro tanto. Luego, la acercó lo suficiente para agacharse y darle un pequeño beso en la nariz.

—Tengo hambre, vamos a poner esa comida en el microondas, y luego podemos ver una película. ¿Qué dices?

—Simon...

—¿No tienes hambre?

—Claro que sí, pero no me has respondido.

—Es posible que no lo haga, pero sé que me respetas lo suficiente para tolerar mi falta de locuacidad en este momento—él le dirigió la primera sonrisa de la noche, aún cuando fuera un poco sarcástica—. Hay una película que hace mucho tiempo quiero ver; he oído que es muy mala, te encantará.

—¿No me dirás nada?

—Quizá, quizá no—Simon se encaminó a la cocina y la vio sobre su hombro—. ¿Vienes?

Claire soltó un bufido que delataba su frustración y tras un momento de indecisión, lo siguió, pero no sin antes de rumiar entre dientes.

—Sabes que me enteraré.

—Ya veremos qué hacer entonces.

La respuesta de Simon solo acrecentó su curiosidad, pero se abstuvo de hacer más comentarios. ¿Qué rayos estaba planeando?

La espera, la terrible espera. El no saber y no haber tenido un momento, solo un instante para decir todas esas palabras que ahora se atascaban en su garganta y la lastimaban como cuchillos al rojo vivo.

Un momento estaba allí, a su lado, y luego se convirtió en una figura casi de cera, inerte, silencioso. No había nada más desesperante que la espera, la ignorancia y el temor, que carcomían su corazón como una plaga de insectos cebándose ante el dolor. ¿De qué servían todas las palabras dichas si no había un oído atento para apreciarlas?

El tiempo pasaba, las esperanzas se desvanecían, y solo podía pensar en que si el terror más temido se abalanzaba sobre ella para cubrirla con su sombra, no dudaría en entregarse a la oscuridad.

Sin él, nada más tendría sentido.

La espantosa sensación de dolor e impotencia la asaltó de tal forma que, cuando Claire logró abrir los ojos, tardó un momento en reconocer la voz que la llamaba y, aún más, el lugar en el que se encontraba, y sin embargo, cuando lo hizo, se aferró a la seguridad de esos brazos que la envolvían con fuerza, y permitió que las palabras dichas en tono suave al oído se filtraran en su mente y corazón para ayudarle a recuperar la calma.

—Todo está bien, tranquila, estoy aquí. Solo respira, estoy aquí.

La voz pausada de Simon, aunque serena, delataba la inquietud que debía sentir al verla en ese estado, por lo que hizo un esfuerzo por recomponerse y dejar a un lado el estremecimiento de terror que la atacó al despertar.

—¿Claire? Por favor, háblame—una mano segura le despejó el cabello del rostro y la obligó a levantar la mirada—. Estoy aquí, mírame.

Lo hizo y se encontró con la mirada angustiada de Simon, que la observaba con fijeza, en tanto secaba su frente perlada de sudor y no dejaba de acariciar cada centímetro de su rostro.

—Estoy bien—al fin logró encontrar la voz para hablar, aunque sonó como el graznido de un cuervo, por lo que se aclaró la garganta antes de continuar—. No te preocupes, ya ha pasado, fue solo un sueño.

Al oírla hablar con una claridad razonable, Simon exhaló un suspiro de alivio y la atrajo hacia sí con tanto ímpetu que hubiera protestado de no

encontrarse al mismo tiempo aliviada de encontrarse entre sus brazos.

—¡Un sueño! Claire, tardaste mucho en despertar. Te removías, llorabas, parecía como si te estuvieran lastimando de alguna forma y no tenía cómo traerte de vuelta. No recuerdo haber estado nunca tan asustado—la alejó apenas unos centímetros para mirarla a los ojos—. ¿Estás segura de que estás bien?

—No lo sé, fue solo un sueño, pero tan real... —se abrazó a él y apoyó el rostro sobre su hombro, con los labios pegados a su oído—. Simon, está sufriendo tanto, y puedo sentirlo.

—¿Te refieres a esa mujer? ¿La de tus sueños?

—Algo le ha pasado—asintió—. No a ella, a él, y teme perderlo, o quizá ya ha ocurrido, y está destrozada, tiene tanto miedo...

—¿Crees que está muerto?

La palabra, aunque dicha con extrema cautela, le impactó profundamente, así como el hecho de ser consciente de que Simon hablaba de las personas en sus sueños de la misma forma en que lo hacía ella, como si fueran reales, y sus sufrimientos valieran tanto como los de cualquier otra. Y aunque no lo tuvo del todo claro en ese momento, lo amó aún más por eso.

—No lo sé. Algo ocurrió, te lo conté aquella vez, la primera en que te hablé de estos sueños... algo muy grave, pero no comprendí entonces lo terrible que era. Ella, Catherine, siente que está a punto de perderlo, y eso la está matando. Nunca había sentido sus emociones con tanta claridad.

Simon deslizó una mano por su espalda, con el fin de infundirle tranquilidad, sin dejar de abrazarla.

—Quisiera poder sentir lo mismo que tú para comprenderlo mejor, pero no sé cómo hacerlo.

Claire, sintiéndose cada vez más serena, besó su mejilla y pasó una mano por su rostro.

—Sé que lo intentas, y eso significa mucho para mí. Lamento haberte asustado, hace un tiempo que no tenía un sueño tan vívido; ahora puedes ver que tal vez no sea la mejor compañera para pasar la noche—intentó bromear para restarle seriedad a la situación, un poco avergonzada por reaccionar de esa forma al sueño y provocar tal preocupación en Simon.

Él, que escuchaba cada una de sus palabras con atención, sonrió a medias, como si fuera consciente de lo que intentaba hacer. Con un movimiento

seguro y delicado, le ayudó a recostarse una vez más, la arropó con las mantas y la acercó a su cuerpo, con la frente pegada a la suya y la respiración sobre sus labios.

—Eres la mejor compañera con quien pasar las noches, Claire, no puedo pensar en nadie más con quien quisiera estar aquí, en este momento, y en ningún otro. No me asustan tus sueños, me preocupa lo mucho que te afectan y haría cualquier cosa por aliviarte de esa angustia, pero no puedo. Lo que sí puedo hacer es estar aquí para ti, sostenerte cuando lo necesites, y si quieres decir algo, lo que sea, te escucharé. En tanto encontramos la forma de hacer desaparecer esos sueños, estoy aquí para ti, cada noche, y todo el tiempo.

Claire se acercó aún más a él hasta que sus cuerpos estaban tan unidos que no hubiera podido decir donde empezaba uno y terminaba el otro. Pegó el oído a la altura de su corazón y los rítmicos latidos fueron como un bálsamo natural que le provocaron un suave letargo.

—Creo que podría volver a dormir ahora—dijo en un murmullo—. Solo no me dejes, no vayas a soltarme.

Simon continuó con los rítmicos movimientos circulares en su espalda y entrelazó sus piernas bajo las mantas.

—No lo haré, duerme, estaré aquí—susurró—. Cuánto desearía acompañarte en tus sueños y protegerte en ellos.

Claire sonrió al escucharlo, aunque sus palabras sonaban muy lejanas, como un eco. No lo había pensado hasta ese momento, pero también desearía que Simon estuviera a su lado en esos sueños, algo le decía que las cosas serían muy distintas si fueran de la mano por ese extraño camino. Con él ya no tendría miedo.

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 16

Tras la agitada noche, Claire pudo conciliar el sueño sin dificultad y no tuvo una sola pesadilla. Al despertar, Simon continuaba sujetándola con firmeza contra su cuerpo y le resultó muy difícil separarse de él, pero al comprobar la hora en el reloj de la mesilla se dio cuenta de que apenas tenía tiempo para llegar al trabajo. Por fortuna, Simon despertó también al sentirla moverse, y tras preguntar acerca de su noche, le ayudó a levantarse, al tiempo que él hacía otro tanto; su turno estaba cerca de empezar.

Claire había adoptado la costumbre de llevar un par de trajes al apartamento de Simon para poder cambiarse en las mañanas y no tener la necesidad de regresar al suyo por algo de ropa. Fue algo que Simon sugirió y ella decidió prestarle atención; era práctico y había algo natural en el acto de compartir una ducha, vestirse con prisas y salir corriendo juntos. Simon insistía en llevarla a la oficina y ya que contaba con auto y el precinto no estaba muy lejos de allí, le parecía una solución perfecta, además de que les permitía pasar algo de tiempo juntos. A la antigua Claire semejante grado de intimidad con un hombre al que conocía desde hacía tan solo unos meses le hubiera espantado un poco, pero tratándose de Simon todo le resultaba natural, lógico... correcto.

Esa mañana apenas hubo tiempo para un rápido baño compartido, y lograron comprar algo para comer en el camino antes de que Simon la dejara en su oficina con la promesa de verse por la noche y salir a cenar. Era agradable el compartir tiempo en su apartamento, en verdad lo prefería a pasar esos momentos fuera, pero también debían encontrar un balance para variar cada tanto.

Se despidieron en la puerta de entrada, y Simon no se alejó hasta que la vio entrar al edificio; Claire hubiera podido apostar que lo hacía en gran medida llevado por la preocupación que le provocaba todo lo relacionado con Cook, pero se abstuvo de hacer comentarios al respecto. Lo vio marchar y se apresuró en llegar a su oficina, donde una sonriente Jenny la esperaba con los casos que debía ver durante el día, un café caliente, y unos cuantos panecillos. ¿Qué sería de su vida sin ella?

Una vez que avanzó con parte del trabajo, la llamó para contarle acerca de su charla con Simon la noche anterior y jurarle que no estaba disgustada por lo que le había contado respecto a la visita y la nota de Cook, lo que fue

suficiente para que su amiga mostrara un alivio tan evidente que Claire sintió una oleada de cariño por ella.

Además, tal y como le había prometido, en tanto compartían algunos panecillos que quedaron de la mañana a modo de almuerzo, compartió gran parte de lo que recordaba acerca de sus sueños. Nombres, fechas, algunos acontecimientos especiales, todo lo que afloró a su mente, y Jenny tomó nota con mayor empeño del que mostraba en su trabajo de rutina. Una vez que terminaron con eso, dedicaron parte de la tarde a continuar con el trabajo, pero Claire debió salir un momento para entrevistarse con un posible representado en su oficina, que se encontraba a escasos minutos de la suya, por lo que decidió ir andando hasta allí. El clima era agradable y disfrutaba caminar, así que se dirigió hacia su destino con paso seguro, pero pausado, a fin de disfrutar esa suerte de paseo.

Cuando faltaban solo unas calles para llegar, se detuvo de pronto y miró tras su hombro. Hubiera podido jurar que era seguida y la idea le heló la sangre. Su primer pensamiento fue que se trataba de Cook y procuró que sus nervios no le jugaran una mala pasada. Tomó el teléfono de su bolso con discreción, lista para marcar el número del detective Sawyer, pero decidió que debía estar del todo segura antes de dar aviso a la policía, y dio unos cuantos pasos más con mayor rapidez, sin dejar de mirar sobre su hombro con discreción. Al hacerlo, notó un auto oscuro que la seguía a prudente distancia, pero la silueta que se recortaba contra el parabrisas no se correspondía con la de Cook, por lo que frunció el ceño y tomó una decisión arriesgada que estaba segura Simon hubiera odiado.

En lugar de continuar su camino, dio media vuelta y se dirigió con paso decidido al auto que había desacelerado la marcha hasta ubicarse cerca a la calzada, con el motor encendido. Claire se acercó con prudencia hasta que estuvo a la altura del coche y, contra todo sentido común, se agachó hasta ponerse a la altura de la ventanilla y la tocó con un solo golpe seco y seguro. Cuando esta se abrió, se echó hacia atrás, sobresaltada por la sorpresa de ver quién era el conductor.

—Buenas tardes, abogada. Bonito día, ¿verdad?

—¿Usted?

El detective Lancaster lucía su habitual expresión desdeñosa e indiferente, aunque Claire pudo notar cierto rubor que jamás había visto en su rostro y no pudo menos que pensar se debía a la incomodidad de haberse visto atrapado.

—Detective, ¿me estaba siguiendo?

—¿Me creerá si le digo que solo pasaba por aquí?

—Desde luego que no.

—Ya lo imaginaba.

Claire se sintió dividida entre la indignación por verse vigilada de esa forma, y la oleada de ternura que la asaltó al pensar en que ese debía ser parte del plan ideado por Simon para mantenerla a salvo. Le extrañaba que el detective Lancaster se hubiera prestado para ello, ya que creía firmemente que aún cuando había limado algunas de sus diferencias en su última charla aún se encontraba lejos de contarse entre sus personas favoritas.

—¿Y bien? ¿Cómo lo ha convencido Simon?

—No sé de qué habla.

—Detective, no insulte mi inteligencia.

El hombre apagó el motor y se bajó del auto con movimientos pesados, dando la vuelta para quedar frente a Claire, apoyado en el capó con los brazos cruzados.

—De eso se encargó usted cuando decidió comportarse como una idiota al creer que puede arreglárselas sola con un asesino.

—No sé qué le ha dicho Simon...

—Casi nada, solo que está en peligro y, como podrá imaginar, él hubiera sido muy capaz de mandar su empleo al diablo para estar pendiente de usted todo el tiempo; por eso me ofrecí a darle una mirada cada tanto—espetó con los labios fruncidos—. Según Sawyer hay posibilidades de que Cook vaya tras usted, aunque no se le ha visto en la zona y parece que se lo tragó la tierra. Odio cuando eso pasa.

—Yo también—Claire suspiró al observar al hombre mayor con curiosidad—. Sabe que no tiene que hacer esto, no es justo; no puede perder parte de su tiempo por mi culpa.

El detective se envaró como si acabara de ofenderlo gravemente.

—Escúcheme bien, señorita, yo decido qué hago con mi tiempo y si quiero desperdiciarlo en seguirla mientras hace su aburrida vida, es muy mi asunto. Además, no lo hago por usted, sino por Simon. No sé si lo habrá notado, pero es más que un compañero para mí, ¿de acuerdo?

Claire asintió al escucharlo y esbozó una pequeña sonrisa.

—Es su amigo.

—Sí, y no tengo muchos, así que le agradecería no ponerse en peligro de una forma tan estúpida. Si algo le ocurre, no sé qué haría él... —carraspeó sin disimular su incomodidad—. El punto es que Simon y yo estaremos cerca por si hace falta, ya hablamos al respecto y no hay nada que pueda decir para impedirlo, de modo que acostúmbrese y haga un esfuerzo por no quejarse.

Claire lo miró a los ojos y se encontró con su mirada decidida.

—Es muy amable de su parte, detective, se lo agradezco.

Él pareció un poco sorprendido ante su respuesta, como si esperara una réplica distinta, quizá que insistiera en lo poco que le agradaba la idea de ser seguida; pero Claire comprendió con rapidez que no solo hubiera sido tonto de su parte, sino extremadamente desagradecida. Aún cuando el detective Lancaster se prestara a ayudarlo llevado por el afecto que sentía por Simon, era consciente de que no era algo que cualquier persona hubiera hecho, y no podía menos que apreciarlo.

—¡Vaya! Una respuesta sensata, quién lo hubiera pensado—rumió entre dientes—. Si sigue así empezaré a pensar que quizá Simon no esté del todo desquiciado por enamorarse de usted.

Claire sonrió abiertamente ante sus palabras.

—¿Es esa alguna clase de halago, detective?

—No se emocione, se necesita más que una cara bonita para deslumbrarme. Solo... manténgase a salvo, ¿de acuerdo? Aunque Simon y yo haremos todo lo posible, no podremos estar cerca a cada instante, así que no baje la guardia.

—No lo haré, se lo prometo.

Él asintió de buena gana y dio una cabezada en señal de despedida, dando la vuelta para volver al auto, pero antes de entrar, la miró por encima del hombro con la sombra de una sonrisa.

—Tal vez no he sido del todo sincero, señorita. No hago esto solo por Simon, ¿sabe? Para ser una abogada, no es tan mala, y no me gustaría que le ocurriera nada.

Claire asintió, sin disimular su sorpresa ante esa declaración.

—No podrá negar ahora que ese sí es un halago.

El detective no respondió, solo recuperó su gesto adusto mientras se colocaba frente al volante y ponía el motor en marcha. Hizo una seña a Claire para que reanudara su camino y cuando ella se hubo alejado unos cuantos pasos, avanzó con rapidez hasta ubicarse a un par de calles. Era sencillo imaginar que retomaría su vigilancia desde allí.

—Dilo ya, Claire, no quiero que te atragantes con la cena si sigues conteniendo todo lo que te mueres por decir.

Claire miró a Simon por encima de la mesa con el ceño un poco fruncido, sorprendida aún de su capacidad para adivinar lo que pasaba por su mente. ¿Acaso era tan transparente para él? La idea no le desagradaba, pero hubiera sido más justo que ella tuviera la misma habilidad.

Se encontraban en el pequeño restaurante ubicado a un par de calles del apartamento de Simon. En el transcurso de la última semana habían tomado por costumbre cenar allí cada que sus horarios coincidían. El ambiente era muy apacible, la comida sencilla y agradable y podían pasar horas charlando con tranquilidad en uno de los reservados que el camarero se encargaba de separar para ellos. Según le había contado Simon, cuando ella se mostró sorprendida por la familiaridad que ese pequeño hombre de cabello cano y expresión beatífica mostraba para con él, en alguna ocasión lo había salvado de unos cuantos problemas acerca de los que no dio muchos detalles. A Claire le resultaba difícil imaginar a ese hombre de tan buenas maneras y sonrisa fácil envuelto en algún asunto turbio, pero no hizo más preguntas, sabía que Simon respetaba a sus amigos y que nunca hablaría acerca de sus secretos, incluso con ella.

—Ha pasado más de una semana, Simon. Para ser exacta, nueve días.

Él suspiró al tiempo que tomaba un sorbo de su bebida.

—Eso no hace ninguna diferencia.

—Desde luego que sí, hace toda la diferencia del mundo—Claire se tomó su tiempo para continuar, con aire decidido—. Escucha, el detective Sawyer dijo claramente que han decidido extender la búsqueda de Cook fuera de Boston porque es casi imposible que esté en la ciudad y no hayan podido dar con él. Y sabes que está en lo cierto, de modo que ya no hay necesidad de que tú y el detective Lancaster continúen tras de mí cada minuto.

Simon la miró con interés, y una expresión tan resuelta como la suya para mostrar que no estaba de acuerdo con sus argumentos. Se pasó una mano por el cabello con un gesto que le resultaba ya del todo familiar y estuvo tentada a

extender una mano para tomar la suya y de esa forma aliviar en algo su frustración.

—Claire, necesito que lo entiendas. No pongo en duda la capacidad de Sawyer, es un buen detective, muy dedicado, pero la verdad es que el Departamento no le ha dado todos los recursos para que pueda llevar el caso como debe. Después de todo, recuerda que Cook es un sospechoso, pero no hay pruebas contundentes en su contra, de modo que Sawyer actúa en base a teorías que no puede sustentar y eso debilita su caso. El hecho de que no haya logrado localizar a Cook no es motivo para bajar la guardia, vivimos en una ciudad enorme, podría estar en cualquier parte; es lógico que decidiera esconderse por un tiempo, quizá esté a la espera de que esto ocurra para salir a la luz—Simon hablaba con tranquilidad y firmeza, sin alterarse—. Tal vez Sawyer esté a punto de tirar la toalla, sé que el extender la búsqueda a otros estados es un formalismo a fin de probar suerte, pero yo no voy a hacer lo mismo.

—Estás exagerando.

—Intento protegerte, eso no es exagerar.

—¿Actuarías de la misma forma si no se tratara de mí? ¿Si fuera cualquier otra persona?

—No puedes esperar una respuesta justa a eso, Claire.

Ella suspiró ante su declaración; desde luego que sabía que no iba a obtener una respuesta justa a semejante pregunta, ni siquiera debió poner a Simon en esa posición. En el tiempo que llevaba de conocerlo había aprendido a respetar su integridad y lo comprometido que era con su trabajo; tomaba cada caso como si fuera personal y se entregaba del todo a buscar una solución. Sin embargo, era innegable que el saberla en peligro lo llevaba a tomar decisiones radicales y a mantenerse en alerta cada minuto.

—Tienes razón, lo lamento. Es solo que... —esperó a que Barry, el camarero, dejara su pedido frente a ambos y lo despidió con una sonrisa; solo entonces retomó la expresión seria y miró a Simon—. Estoy cansada de pensar en esto todo el tiempo, de saber que casi no duermes por cubrir horas a fin de tener tiempo libre para poder estar al pendiente de mí; incluso el detective Lancaster lo hace, y no soporto que se sacrifiquen de esa forma. Sé que estás preocupado, yo también lo estoy, pero tal vez estemos exagerando y negamos lo evidente. Es posible que el detective Sawyer esté en lo correcto y que Cook ni siquiera continúe en Boston.

—Aún cuando eso fuera cierto, y no digo que lo sea, no me sentiré

tranquilo hasta que ese hombre esté encerrado.

—Y así será. Confío en que tarde o temprano lo atraparán y que cuando la señorita Parker despierte podrá presentar declaración y entonces no habrá forma de que evite pasar el resto de su vida en prisión.

Intercambiaron una mirada sombría ante el recuerdo de la mujer que continuaba en coma inducido. El pronóstico no era negativo; los médicos aseguraban que su cuerpo respondía al tratamiento y que con un poco de suerte, pronto podrían probar a despertarla para monitorear su reacción. Aún así, el pensar en todo su sufrimiento no dejaba de atormentar a Claire y de recordarle lo culpable que se sentía al pensar en que era en cierta medida responsable de su situación. Y Simon lo sabía.

—Lo siento, Claire, pero nada de lo que digas hará que cambie de opinión.

Ella respondió con una mirada cargada de decepción y centró su atención en la comida, aunque esgrimía el tenedor con desgana, casi jugando con las pastas que el cocinero había servido con tanta dedicación. No fue consciente de los movimientos de Simon hasta que una mano tomó la suya sobre la mesa y la obligó a bajar el cubierto para poder aferrarla con mayor facilidad.

—Claire, mírame.

Ella lo hizo y no le sorprendió encontrarse con su mirada preocupada.

—¿Recuerdas lo que dijimos respecto a las discusiones?

—¿Algo acerca de decir lo que pensamos y no actuar como niños asustados frente a las confrontaciones?

Simon esbozó una pequeña sonrisa ante su tono burlón.

—No puedo recordar la parte de los *niños asustados*, pero confiaré en tu memoria—comentó sin contener una breve risa—. No quiero que tengamos una discusión por esto, Claire, es ridículo, y no porque alguno de los dos tenga mayor razón que el otro, sino porque estamos juntos en esto. Sé que estás cansada de sentirte vigilada todo el tiempo; eres una mujer independiente acostumbrada a actuar con libertad y entiendo lo mucho que esto te molesta, pero debes comprender que tampoco es fácil para mí. Te amo, y no puedo dejar de pensar en lo que pueda ocurrirte si nos confiamos y bajamos la guardia. Puede que sea eso lo que Cook está esperando y no le daremos esa ventaja. Por favor, Claire, ten solo un poco más de paciencia, te prometo que esto terminará pronto.

—¿Cómo puedes prometerlo?

—Porque sé que puedo hacerlo. Nunca te haría una promesa que no pudiera cumplir; necesito que confíes en mí.

—Alguna vez te dije que te confiaría mi vida y no he cambiado de opinión.

Él sonrió ante su tono cargado de seguridad y se llevó su mano a los labios.

—Bien, porque te no defraudaré. Si tuviera que morir por ti...

—¡No digas eso! Ni siquiera te atrevas a bromear con algo así.

No estaba preparada para la sensación de ansiedad que la asaltó al pensar en lo que significaban las palabras de Simon.

—Está bien, cálmate, es solo una manera de hablar—le dio un ligero apretón en la mano y sonrió para tranquilizarla—. No pienso morir, y definitivamente tú tampoco lo harás; hemos tardado mucho en encontrarnos como para separarnos ahora. ¿Y bien? ¿Tendrás un poco más de paciencia? ¿Lo harías por mí?

Claire suspiró ante su tono y sacudió la cabeza.

—Esa es una descarada muestra de manipulación.

—Aprendí de la mejor. Te he visto en la corte, ¿recuerdas?

—¿Por qué presiento que me sacarás eso en cara durante el resto de mi vida?

Simon sonrió ante su falso tono de resignación y acarició su rostro.

—¿El resto de tu vida? He allí otra expresión romántica inesperada—la miró a los ojos con curiosidad y una buena cuota de esperanza—. ¿Te ves pasando el resto de tu vida a mi lado?

Claire se quedó sin habla al reparar en lo que Simon decía, y en verdad no era nada extraño si consideraba lo que implicaban sus propias palabras. El resto de su vida... No tenía idea de cuánto iba a vivir, pero en ese momento supo con seguridad que sería feliz si podía compartir ese tiempo con Simon. Y sin embargo, una vez más, las palabras murieron en su garganta y calló, como si temiera decir algo que delatara sus sentimientos.

Por suerte, o falta de ella, como prefiriera verse, en ese momento el amable camarero se acercó para sugerir algunos de los postres especiales de la

casa. Y mientras escogía con exagerado entusiasmo, no podía dejar de mirar cada tanto a Simon por el rabillo del ojo, sin sorprenderse de que él hiciera lo mismo.

Quizá, después de todo, las palabras no fueran del todo necesarias entre ellos.

Pasada otra semana sin noticias de Terrence Cook, Claire empezaba a pensar que el detective Sawyer estaba en lo cierto y que ese hombre había decidido escapar a otro estado a fin de burlar a la justicia, y aunque le producía un profundo disgusto el pensar que podría salir impune de sus crímenes, parte de ella se sentía aliviada por no tener que vivir angustiada pensando en lo que podría ocurrir. Aún no lograba desterrar del todo esa sensación de culpabilidad que la asaltaba cada que pensaba en su responsabilidad en lo relacionado con la injusta libertad que consiguió para él en la corte, pero Simon parecía determinado a convencerla de que no podía vivir torturándose por un error, y mucho menos uno cometido cuando estaba determinada a cumplir con su deber. Hubiera sido sencillo dejar que sus palabras eliminaran todo sentimiento de culpa, pero estaba segura de que viviría con esa carga a la espalda por siempre, y en cierta medida estaba agradecida por ello, ya que había decidido no permitir nunca más que un falso orgullo profesional nublara su buen juicio.

Simon, sin embargo, no estaba en lo absoluto convencido de que Cook hubiera dejado de ser una amenaza y repetía una y otra vez que no se sentiría tranquilo hasta que no estuviera tras las rejas. Aunque Claire, e incluso el detective Lancaster que, para su sorpresa, compartía en gran medida su opinión, hablaron con él respecto a relajar la vigilancia sobre Claire, no lograron persuadirlo.

La idea de verse envuelta en una discusión al respecto no la tentaba en lo absoluto, y no porque continuara evitándolas, sino porque era consciente de que Simon solo estaba preocupado por ella, y pese a respetar sus decisiones, le aterraba la posibilidad de verla en peligro. Como mencionaba cada que ella sacaba el tema a colación, desde que el momento en que la conoció se encontró con una mujer tan propensa a verse en problemas que tener un posible asesino cerca y al acecho la convertía en casi un blanco fijo para una catástrofe. Le rogaba que tuviera paciencia y aseguró más de una vez que sería el primero en rendirse si el detective Sawyer encontraba evidencia clara y certera para asegurar que Cook había dejado Boston.

Por otra parte, la inminente liberación del hermano de Simon había

opacado en gran medida cualquier incomodidad que esa constante vigilancia ocasionaba en Claire. Veía a Simon tan nervioso respecto a lo que ese acontecimiento supondría para su familia, que no pudo menos que esforzarse por apoyarlo tanto como le fue posible, y no solo a él, sino que debió pensar en algunas actividades para mantener a Lily ocupada y así evitar que continuara aferrada a sus temores. Y, para ser sincera consigo misma, ello no fue ningún problema, porque adoraba la compañía de esa niña, y nunca se divirtió tanto como cuando ambas hacían planes con Simon para pasar algo de tiempo juntos dentro de su apretada agenda.

Sencillos paseos por el parque, una rápida excursión al zoológico y una entretenida tarde en el cine fueron suficientes para fortalecer los lazos que se habían forjado entre ellas. Por suerte, Susan veía esta relación con mucho entusiasmo y agradecía que Claire dispusiera de parte de su tiempo para mantener a su hija alegre, en especial cuando se encontraba tanto o más nerviosa según se acercaba la fecha de la liberación de su esposo. Simon, en tanto, aunque hablaba poco al respecto, mostraba siempre una expresión tan obvia de satisfacción que Claire no podía menos que sentirse feliz al saber que él lo era también, y que de alguna forma podía ayudarle con esa carga tan pesada que esperaba se aligerara muy pronto.

Según le comentó Susan en uno de los momentos en que pudieron charlar a solas, ella y Simon habían decidido que no sería una buena idea que toda la familia fuera a buscar a Richard el día de su salida. Supondría un momento penoso para él, y deseaban mantener a Lily alejada de ese ambiente, por lo que optaron por dejar en Simon la responsabilidad de recoger a su hermano y llevarlo luego a su departamento para que pudiera reunirse con su esposa e hija. Tanto Simon como Susan sugirieron que Claire sería más que bienvenida para unirse a ellos, pero ella declinó de inmediato, convencida de que ese era un momento muy íntimo en que prefería mantenerse al margen. Luego tendría la oportunidad de conocer al hermano de Simon y hacerse una idea más clara acerca de su carácter.

El día señalado para que Richard Holland dejara la prisión, Simon acompañó a Claire a la oficina y se dirigió a esperar que los trámites relacionados con la liberación de su hermano fueran admitidos lo antes posible para así llevarlo a casa con su familia. Claire, como abogada, hubiera podido asistir y ayudar con la documentación necesaria, pero le pidió a un amigo fiscal que se encargara de tramitar la liberación; no deseaba interferir de ninguna forma en el encuentro de Simon y su hermano; necesitaban compartir un momento a solas y hablar de muchas cosas antes de que se reunieran con Lily y

Susan.

De modo que Claire pasó casi todo el día del todo entregada a su labor, pendiente del teléfono por si Simon se comunicaba con ella, y atenta a los mensajes que su amigo el fiscal tuvo a bien enviar cada tanto para mantenerla informada respecto al estado de los trámites. A media tarde, recibió una llamada de Simon para informarle que todo había resultado según esperaban y solo hacía falta que aguardara un par de horas por su hermano; entonces lo llevaría a casa. Insistió en que podría ir por ella para que se reunieran con su familia, y si no lo deseaba así, que estaba dispuesto a despedirse para cenar juntos y pasar la noche en su apartamento, pero Claire insistió en que no hacía falta que sacrificara esos momentos por ella, que podrían verse al día siguiente.

Cuando colgó el teléfono, tras escuchar una vez más ese cada vez más ansiado “te amo”, ignoró la mirada burlona que le dirigió Jenny al dejarle unos documentos que esperaban su firma y se abocó de vuelta al trabajo. Quizá podría dar un pequeño paseo antes de ir a su apartamento, preparar algo sencillo y acostarse lo más temprano posible para reunirse un momento con Simon antes de ir a trabajar. Esa idea le provocó una pequeña sonrisa que le acompañó durante el resto de la jornada.

Al dejar el edificio, no le asombró encontrarse con el auto del detective Lancaster y le hizo una seña amistosa que él correspondió con un ademán desganado. En lugar de detener un taxi, decidió caminar unas cuantas calles para ir por unas flores y comprar algo para comer en el camino. Luego de hacerse de todo lo que necesitaba, buscó un auto que la dejó fuera del edificio en que vivía y, tal y como tenía por costumbre hacer, se acercó hasta el coche del detective, que estaba ya en la acera contraria. Tocó la ventanilla con delicadeza y sonrió cuando este la bajó con una mueca resignada.

—¿Café y panecillos?

—Usted cree que soy un cliché ambulante, ¿cierto?

Claire rió al oírlo. Desde que se resignó a ser acompañada buena parte del día por ese detective malgeniado, aunque cada vez más amable con ella, decidió que lo mínimo que podía hacer era tener alguna atención con él, de modo que procuraba hacerle llegar algo que pudiera gustarle, además de que podían charlar por algunos minutos y gracias a ello había logrado conocerlo un poco más; para su sorpresa, resultaba un hombre mucho más agradable de lo que parecía a simple vista. Ese día en particular tenía prisa, por lo que apenas si se quedó un momento luego de que él rechazara su invitación a subir a su apartamento para compartir ese café y panecillos, como hacía cada vez que ella

lo sugería. Se despidió con una sonrisa cordial y recibió un gruñido como respuesta.

En tanto subía los escalones de la entrada y se perdía en el interior del edificio, miró hacia atrás y sonrió una vez más al verlo consumir con entusiasmo su ofrenda de paz. Sin embargo, al entrar, no reparó en la sombra que vigilaba desde la otra acera, y mucho menos pudo reparar en el hecho de que tan solo unos minutos después de que ella se internara en el edificio, el detective Lancaster recibió un llamado por la radio y, muy a su pesar, debió dejar su vigilancia para perderse a toda velocidad en la noche.

Una vez que puso las flores en un sencillo jarrón, regalo de su abuela, y que hubo dejado la comida congelada en el horno, Claire se dirigió a tomar una larga ducha que relajó sus músculos rígidos por la tensión del día. Se sorprendió al escuchar una suave tonada en tanto se secaba con una gran toalla y se le escapó una risa al darse cuenta de que era ella quien cantaba. No podía recordar cuándo fue la última vez que cantó en la ducha y esa certeza le produjo una armonía desconocida hasta entonces.

Simon hubiera dicho entre risas que debía de encontrarse enamorada, y de haber sido así, si él se hubiera hallado en ese momento a su lado, y sostuviera su mirada mientras lo decía, ella no habría podido negarlo.

¿Estaba enamorada? Tal vez así fuera, pero esa palabra le pareció tan pequeña, tan poco apropiada para explicar todo lo que sentía en el pecho al pensar en Simon; las muchas sensaciones que la embargaban cuando estaban juntos... no, debía existir una palabra que describiera de mejor forma el estado de felicidad en que se sentía sumida cada que veía su sonrisa, o el hecho de anhelar oír su voz cuando apenas acababa de hablar con él.

Sacudió la cabeza al reconocer que su línea de pensamiento sería la delicia de Jenny, y se apresuró a tomar una camiseta y uno de los cómodos pantalones que usaba cuando se encontraba en casa. Se ató el cabello en lo alto de la cabeza y se dirigió a la cocina, saboreando el delicioso olor que despedía la comida en el horno. Tal vez pudiera guardar un poco en la nevera y llevarlo al apartamento de Simon muy temprano por la mañana...

Sirvió una porción en un plato y lo colocó sobre la encimera de la cocina en tanto iba a buscar un legajo de documentos que había dejado en su maletín al lanzarlo con pocas ceremonias sobre un sillón del salón. Estaba a punto de tomarlo, dispuesta a leerlos mientras cenaba, cuando una extraña sensación la

golpeó como un rayo y aspiró con fuerza, como si de pronto sus pulmones se hubieran quedado sin aire.

Algo iba mal, muy mal.

Sus manos empezaron a temblar y los vellos de su nuca se erizaron, pero aún así no se atrevió a girar, presintiendo que una vez que lo hiciera no habría un punto de retorno. Y sin embargo, pasados unos segundos que bien pudieron ser horas, se obligó a abandonar su inmovilidad, y giró con lentitud para enfrentarse a esa amenaza acechante.

De haber dicho que le sorprendía encontrar a Terrence Cook en medio de su salón, tan intimidante como siempre y con una falsa sonrisa amistosa, habría mentido. Lo esperaba. No sabía cómo, o por qué, pero algo le dijo que eso tenía que pasar.

—Hola, Claire, ¿me extrañaste?

—Usted.

—Vamos, Claire, no luzcas tan indiferente; sé buena y responde... ¿Me extrañaste? Porque yo te he extrañado todo el tiempo. ¿No es curioso cómo te acostumbras a una persona? No sabía qué hacer sin mi abogada favorita.

Claire sintió como el miedo subía por su garganta, el sabor de la bilis en la lengua y el frenético deseo de salir corriendo como instinto primario; y sin embargo, al notar que Cook se había detenido justo frente a la puerta, con una falsa actitud relajada que no la engañó, comprendió que necesitaba mantener la calma. Si intentaba huir, él la atraparía, y no estaba segura de cuáles eran sus intenciones, por lo que debía ganar tiempo. ¿Para qué? No tenía idea.

—Usted atacó a Mary Parker—hizo la primera pregunta que se le pasó por la cabeza, a fin de entretenerlo y, con suerte, obtener información que pudiera ser útil.

Él no pareció sorprendido por su acusación, solo levantó ambas manos en alto y esbozó una sonrisa burlona.

—¡Culpable!

—¿Por qué lo hizo? Consiguió su libertad... Y Dios sabe que me arrepiento de haberle ayudado.

—Claire, por favor, no digas eso. Hieres mis sentimientos.

—Usted es un monstruo.

Cook permaneció impasible ante su mirada cargada de desprecio.

—Pero uno con sentimientos. Esa es una de las razones por las que estoy aquí, quería saludarte y decirte lo agradecido que estoy por todo lo que has hecho por mí. Y respecto a Mary, Darling, o como quieras llamarla, debes admitir que actuó muy mal. Ha debido ser más discreta; después de todo, ¿sabías que también era uno de sus clientes? Merecía tanta lealtad como el perro de Redford. Si tan solo hubiera mantenido la boca cerrada y no se hubiera dejado convencer por ese estúpido novio tuyo...—se interrumpió, al tiempo que le dirigía una mirada cargada de burla y malicia—. Lo siento. ¿Qué clase de amigo soy? Ex novio, ¿cierto? Me lamentaría por ti, siempre es duro terminar una relación, pero creo que tú lo llevas muy bien. Quizá demasiado.

Claire se cruzó de brazos, un patético movimiento a modo de defensa, como si de alguna forma ese gesto pudiera protegerla de las palabras cargadas de odio.

—Por cierto, ¿dónde está ese nuevo novio tuyo? Porque es un novio... no, espera, ¿es una especie de amigo con el que duermes? No quiero parecer entrometido.

—No es asunto suyo.

—¿Lo ves? Allí estás de nuevo, tan agresiva, y no tienes razones para serlo, no quiero lastimarte. Solo mencionaba lo extraño que me parece que ese detective no esté por aquí. Habrás notado que te sigue a todas partes; él o ese viejo compañero suyo. Y ya que estamos en ese tema, ¿eso tiene algo que ver conmigo? ¿Intentan protegerte... de mí?—mantuvo la sonrisa burlona, aunque esta vez hubo algo amenazador en el gesto—. Porque si quisiera hacerte daño, Claire, nadie podría detenerme.

Aunque hizo todo lo posible por mantener el control, Claire no pudo evitar el movimiento instintivo de dar un par de pasos hacia atrás, intimidada a su pesar por el espantoso tono de voz.

—Pero, como ya te he dicho, no quiero hacerlo—se encogió de hombros con falsa indiferencia—. ¿En qué estábamos? Ah, sí, el nuevo... novio. Soy un hombre tradicional, vamos a llamarlo así, ¿quieres? Ahora cuéntame, ¿dónde está?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Pensé que podría saludarlo, decirle lo afortunado que es por haber conseguido conquistar a una mujer como tú. Y comentarle también que no he olvidado algunos asuntos que tenemos pendientes.

Sus palabras le helaron la sangre y apenas pudo contener el temblor en sus piernas.

—¿Qué puede tener en contra de Simon?

—Bueno, un par de cosas. Tal vez no lo recuerdes, lo que no habla muy bien de tu memoria como abogada, pero fueron él y su viejo compañero quienes me encerraron. Lo sé, lo sé, hacían su trabajo, lo entiendo, soy un hombre razonable y no quiero que pienses que le guardo rencor por eso—de pronto, dio unos pasos en su dirección, y Claire retrocedió una vez más, dando esta vez con la espalda contra una mesilla—. Pero, y siempre hay uno, como debes saber... tengo que ser honesto y decir que no me gustó cierta amenaza que recibí cuando estaba en prisión.

Claire tanteó en la mesilla tras ella, dividida entre atender a los gestos del hombre frente a ella e intentando recordar qué objetos se encontraban allí. Una lámpara pesada que apenas podría levantar, unos adornos pequeños obsequio de su abuela, el portarretratos de plata con la fotografía de sus padres...

—No sé a qué amenaza se refiere.

—Te lo conté en su momento, no puedes haberlo olvidado. Luego de esa charla tan interesante que tuvimos tú y yo, recibí una visita suya en la que me acusaba de haberte hecho daño...

—¡Y lo hizo!—claro que lo recordaba, y nunca había tratado ese tema con Simon, pese a saber que no lo negaría.

—Pero ese era un asunto privado entre ambos, Claire, una pequeña discusión como las tienen todos los amigos. Él no tenía ningún derecho a involucrarse. Amenazar a un hombre esposado no es muy valiente.

—Tampoco lo es lastimar a una mujer, merecía lo que Simon haya hecho o dicho.

—No voy a herir tu susceptibilidad repitiendo todas las cosas que me dijo entonces—ignoró su réplica, como si no la hubiera oído—, pero no fue bonito.

—Simon solo quería protegerme.

—Y eso habla bien de él, sí, pero verás, Claire, no me gusta que me amenacen, nunca lo he tomado de la mejor manera; es más, podríamos decir que es mi punto débil. Si el viejo Redford no me hubiera amenazado... bien, digamos que tú y yo nunca nos hubiéramos conocido.

Claire tanteó tras ella con desesperación, aunque se cuidó de que sus

movimientos apenas se notaran, y exhaló un pequeño suspiro de alivio al sentir su mano derecha sujetando el portarretratos con firmeza. Eso le dio la suficiente confianza para formular la réplica que subió por su garganta.

—No lastimaré a Simon, no lo permitiré.

Cook rió al escucharla y se llevó una mano al pecho.

—Estoy conmovido, debo reconocerlo, no esperaba esas palabras. Una mujer tan frágil como tú, podría romper tu cuello con una sola mano... —elevó una de ellas y la sostuvo frente a sí sin dejar de observarla—... y aquí estás, defendiendo a ese hombre como una fiera. ¿Estás enamorada de él?

Por supuesto que lo estaba. Amaba a Simon con todo su corazón y en ese momento solo podía pensar en que no se lo había dicho nunca. Tuvo miles de oportunidades para hacerlo, pero dejó que sus temores a reconocer lo que sentía la detuvieran una y otra vez; y ahora quizá no tendría la oportunidad de decirle todo lo que significaba para ella.

—Vamos, Claire, no seas tímida, estamos entre amigos. Cuéntame, ¿amas al detective?

—Sí, lo hago.

Al escuchar las palabras salir de sus labios, sintió tal sensación de libertad que estuvo a punto de echarse a llorar del alivio. Y aún así, parte de ella se odió por compartir algo tan precioso con ese hombre cuando era Simon la única persona en el mundo que tenía derecho a saberlo.

—Eso es muy tierno, conmovedor en verdad, estoy impresionado. No pensé que fueras del tipo que se enamora, no a ese extremo, pero uno nunca termina de conocer a las personas, ¿verdad? Supongo que no hace falta preguntar si él te ama a ti, es más que obvio; podría llevar un letrero colgando en el pecho y no haría mucha diferencia.

—¿Por qué no me dice de una vez qué es lo que quiere?—Claire se adelantó un par de pasos, con el portarretratos bien sujeto contra la espalda y una expresión que esperaba fuera desafiante—. Y deje esas tonterías acerca de venir a visitarme porque me echaba de menos o que desea charlar con Simon. ¿Qué es lo que busca en verdad?

Él abandonó su falsa postura relajada, y su mirada se volvió tan fría que le costó mantener el dominio de sí misma.

—Eres un poco dura, Claire, pero te perdono porque sé que estás asustada. Claro que deseaba visitarte, es verdad que te he extrañado, haz sido

una presencia constante en mi vida durante todos estos meses y además me has sacado de ese apestoso lugar... —inhaló con fuerza, como si deseara absorber todo el aire en la habitación, y luego le dirigió una helada sonrisa—. Pero no puedo mentirte, tienes razón en algo, y es que no deseo charlar con tu nuevo novio. Lo siento, sé que te lastimo, pero dicen que la verdad siempre duele. Tengo algunos cabos que atar, ya sabes, para poder comenzar una nueva vida en paz, y luego de arreglar mis asuntos pendientes con Darling, necesito dejarle en claro algunas cosas al buen detective.

—¿Qué clase de cosas?—Claire sentía la garganta reseca y aferró el pesado objeto con todas sus fuerzas.

—Cosas como que nadie me amenaza, y cuando lo hace, tiene que saber que no me quedaré de brazos cruzados. Estuve pensando en qué hacer, hubiera sido sencillo tomarlo desprevenido, me resultó con Darling, sé en dónde vive, lo he visto salir de allí, y también a ti, claro—la miró con burla—; pero creo que eso no sería suficiente. ¿Qué sentido tendría darle una paliza? Es un hombre grande y fuerte, se repondría rápido; claro que podría matarlo, pero eso le quitaría toda la diversión al asunto. Verás, quiero lastimarlo, y no me preguntes por qué, también lo he hecho, pero cuando me di cuenta de que lo hago solo porque me gusta, dejé de preguntármelo. Pero volviendo a tu detective, pensé que sería más divertido para ambos si lo golpeaba donde más le duele.

Claire no tuvo que esforzarse por comprender a qué se refería.

—Me quiere a mí.

Cook sonrió sin asomo de calidez, y asintió.

—No he mentido cuando dije que no quería lastimarte, Claire, en verdad no quiero, y no lo haré porque tenga nada en contra tuya; pero me temo que estás en una mala posición y vas a tener que pagar algunas cuentas que no te corresponden.

—¿Y qué le hace pensar que no haré nada?

—Ah, pero confío en que lo hagas, eres una luchadora, por eso me gustas tanto; eso lo hará todo mejor. A tu querido detective lo matará saber que hiciste todo lo que pudiste y no fue suficiente. Y Claire, lamento decirlo, pero no será agradable para ti.

Era ridículo sostener una suerte de duelo de palabras disfrazado de conversación, en tanto pensaba una y otra vez en cuál era la mejor vía de escape, dónde procurar el golpe que podría darle un instante para liberarse de esa situación de pesadilla.

—No lastimaré a Simon.

—¡Allí estás otra vez! “No lastimaré a Simon”—la imitó de forma horrible, haciendo gestos grotescos con las manos—. Pensé que eras un poco más racional, Claire, deberías dejar de pensar en ese hombre y preocuparte un poco más por ti.

Cook dio unos pasos más en su dirección hasta quedar a un palmo de distancia y Claire hizo un esfuerzo para mantener la entereza; no iba a dejar que sintiera su miedo.

—Una mujer tan hermosa, tan brillante... ¿qué pudiste ver en un tipo como ese?

Al sentir la mano sudorosa deslizándose por su mejilla, Claire contuvo una mueca de asco, reunió todo el valor que le quedaba para sujetar con mayor seguridad el portarretratos, y con un giro brusco del brazo, le dio de lleno en la cara con el borde afilado.

No se detuvo a ver el resultado de su obra, corrió en dirección a la puerta y casi se echa a llorar al ver que el seguro estaba corrido; ella mismo lo había hecho al llegar, tal y como Simon le aconsejara, sin imaginar que no se encontraba a solas. Aún así, forcejeó con manos temblorosas y logró correr el pasador con una mano, mientras con la otra sujetaba el pomo de la puerta.

No llegó a abrirla. Una mano la sujetó por el cabello con tanta brusquedad que le arrancó un grito de dolor. Cook la obligó a dar media vuelta y a enfrentarse a su rostro enfurecido. Un reguero de sangre surcaba el lado derecho de su cara, de la sien a la barbilla, lo que solo le confería un aspecto más temible.

—Mala jugada, Claire, muy mala.

No atinó a dar una respuesta a esa frase cargada de odio. Una sonora bofetada le cruzó el rostro y lágrimas de dolor se deslizaron por sus mejillas, al tiempo que caía y su cabeza daba contra el respaldo de un sillón. Mareada, con la vista difusa, alcanzó a ver que Cook se inclinaba sobre ella hasta que sintió sus grandes manos alrededor de su cuello.

Nunca pensó en la posibilidad de morir hasta ese momento, y no fue una idea agradable. Las luces titilaban frente a sus ojos y el rostro borroso de Cook se cernía sobre ella. No, eso no era lo último que deseaba ver. Quería a Simon.

Hubiera dado cualquier cosa por tenerlo frente a ella al menos durante un instante, por ver su sonrisa y oír una de sus bromas; escuchar decirle una última

vez cuánto la amaba y poder confesarle al fin que ella sentía exactamente lo mismo.

Hizo un esfuerzo por hablar, pero la presión en su garganta era terrible, y apenas logró emitir un susurro.

—Simon...

Cook debió oírla, porque la miró con mayor odio y su agarre se hizo más cruel. Y en ese preciso momento, cuando estaba a punto de cerrar los ojos y entregarse a la oscuridad, un terrible sonido quebró el silencio y una figura que se movió como una sombra embistió contra Cook y lo obligó a soltarla.

En tanto Claire aspiraba como si acabara de salir a la superficie del agua tras permanecer sumergida por lo que le pareció una eternidad, un lío de brazos y piernas se enfrascaba en una pelea brutal a solo unos metros de distancia. Se pasó una mano por el rostro, frotando sus ojos para enfocar lo que sucedía a su alrededor y lo que vio le quitó nuevamente el aliento.

—¡Simon!

Cook estaba de espaldas sobre el suelo en tanto Simon, con el antebrazo inmovilizándolo por el cuello y la rodilla sobre su abdomen, lo golpeaba sin descanso con el puño.

Le costó un esfuerzo sobrehumano, pero logró ponerse de rodillas y, con las manos apoyadas sobre las piernas, miraba la pelea sin saber qué hacer. Durante el forcejeo, el arma de Simon había ido a rodar por el suelo, a escasa distancia de donde ella se encontraba, y estaba a punto de arrastrarse para tomarla, cuando vio que Cook se las arregló para deshacerse de la presión de Simon y rodar con este entre maldiciones e insultos.

No lo notó hasta ese momento, pero si bien Simon se encontraba desarmado, ese no era el caso de Cook. Él blandía de un lado a otro un cuchillo que Simon apenas lograba esquivar. Claire contuvo apenas un jadeo al ver la hoja rozar su brazo, y se incorporó tanteando el suelo con el fin de coger el arma, pero el movimiento de los hombres y el hecho de que aún se encontraba desorientada le llevó a fallar en el intento. Estaba a punto de tomarla cuando un quejido disparó todas sus alarmas.

Simon logró ponerse nuevamente sobre Cook, golpeando su cabeza contra el suelo, y sujetando parte de la hoja del cuchillo con la mano desnuda, gotas de sangre deslizándose por su puño. La imagen la aterró de tal forma que

se lanzó sobre el arma, soltando un pequeño grito debido al dolor que le produjo el movimiento. Sin embargo, el sonido atrajo la atención de los hombres, y en tanto Cook la miraba con ira, Simon pareció asustado de verla en esa posición, con el arma apenas sujeta en la mano y la mirada desenfocada.

—Claire, vete ahora—dijo entre dientes, dirigiendo la mirada de ella a su oponente, sin dejar de forcejear—. ¡Corre!

No lo haría. Nunca lo dejaría solo, en peligro, y estaba dispuesta decírselo, pero Cook aprovechó ese momento de distracción para pegarle una patada en el estómago que lo hizo rodar bajo él, y con un movimiento preciso enterró la hoja del cuchillo en su costado.

El tiempo pareció detenerse y un grito se ahogó en su garganta. No, no, no...

Corrió hacia Simon, que se sujetaba la herida con una mano, sin soltar el arma, aunque de poco servía cuando había dejado de pensar con claridad. Cook, en cambio, estaba más eufórico que nunca, y lo demostró dándole un manotazo que hizo caer el arma sin mayor ruido. Luego, la arrastró lejos de Simon, que parecía a punto de desvanecerse, y la empujó sobre el sillón más cercano, dispuesto quizá a continuar lo que había empezado hacía tan solo unos minutos; pero nunca lo supo, porque en el preciso instante en que la sujetaba por el cabello, sonó un disparo y el cuerpo inerte de Cook cayó sobre ella.

Apenas pasó un segundo antes de que comprendiera lo que acababa de pasar, e hizo el cuerpo a un lado con brusquedad, corriendo hasta donde Simon se había dejado caer de lado, con el arma aún humeando en la mano derecha y una expresión de intenso dolor.

—¡Simon!

Claire puso la mano sobre la herida, recordando que él hizo algo similar en aquella ocasión en que cayó y la llevó al hospital con el fin de detener la hemorragia. Apretó con todas sus fuerzas, al tiempo que fijaba la mirada en sus ojos, que se iban cerrando poco a poco.

—Simon, no te duermas, mírame—usó la mano libre para darle pequeños golpes sobre la mejilla a fin de mantenerlo despierto—. Simon, soy yo, Claire; por favor, no cierres los ojos.

—¿Claire?—su voz era ronca, cavernosa, la miraba como si la viera por primera vez—. ¿Estás bien?

Ella dejó escapar una risa histérica ante su pregunta. Él estaba allí,

desangrándose, y solo podía preguntar si se encontraba bien.

—Sí, estoy bien, gracias a ti. Por favor, Simon, llamaré a una ambulancia, necesito que te mantengas despierto, ¿de acuerdo? Aguanta unos minutos y te pondrás bien, lo prometo.

Simon hizo el amago de sonreír, pero solo consiguió esbozar una mueca.

—Siempre tan decidida.

Estaba tan pálido y su voz tan débil.

—Sí, lo soy, y no te vas a morir, ¿entiendes? No voy a permitir que te mueras, porque entonces tendría que hacerlo yo también y quiero vivir, quiero vivir contigo. Por siempre—le pasó una mano teñida de sangre por el rostro—. Te amo, Simon, te amo tanto; he debido decírtelo antes, pero tenía tanto miedo, por favor, perdóname.

Él no pareció oírla, tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido que mostraba hasta hacía un momento había desaparecido.

—¡Simon! No me dejes ahora, no te atrevas a dejarme sola ahora. No puedo perderte...

Una vez más, no obtuvo respuesta y solo atinó a mantenerse allí, arrodillada, con una mano haciendo presión sobre la herida, y la otra sobre su frente, susurrando palabras incoherentes, pero que a sus oídos tenían todo el sentido del mundo.

—Te he buscado durante mil vidas, no puedes dejarme también en esta.

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 17

Era tan extraña esa sensación de estar viva y al mismo tiempo sentirte ajena al mundo, como si solo parte de tu ser estuviera presente, y la otra se hubiera esfumado entre la niebla. Un cascarón vacío a la orilla del mar, en indiferente espera de ser arrastrado de nuevo a la inmensidad del océano.

Era así como se sentía Claire en la estéril sala de espera del hospital. Ni siquiera cuando sus padres murieron y se vio de pronto convertida en una niña huérfana al cuidado de unos abuelos que eran entonces poco más que extraños, la asaltó esa sensación de soledad y desesperanza.

Sí, la soledad debía de parecerse un poco a la muerte, se dijo al pensar en ello, y aún en ese momento, frente al tremendo dolor que la embargaba, fue incapaz de derramar una sola lágrima.

Había llorado durante todo el tiempo que permaneció al lado de Simon en tanto llegaban los paramédicos, y lo hizo aún más mientras esperaba a que lo estabilizaran para poder llevarlo a la ambulancia, y allí al hospital. Rogó que le permitieran ir con él y se aferró a su mano durante todo el trayecto. Pero su llanto cesó en el mismo momento en que el corazón de Simon se detuvo, y aunque lograron reanimarlo y traerlo de vuelta, algo se quebró dentro de ella, como si la posibilidad de exteriorizar sus emociones acabara de interrumpirse. Su corazón decidió sufrir en silencio, sin una esperanza a la cual aferrarse, porque era Simon quien la sostenía por ambos, y mientras él no estuviera una vez más a su lado, no se creía en la capacidad de recurrir a ella por sí sola.

El detective Lancaster la esperaba en el hospital; había seguido los informes por la radio, y al ver bajar la camilla y a Claire con el rostro demudado, apenas atinó a acercarse con paso vacilante. Jamás lo había visto tan angustiado; en realidad, hasta ese momento nunca se detuvo a pensar con cabalidad en lo que Simon significaba para él. No, no lo apreciaba solo como a un amigo, era posible que viera en él a un hijo, pero la idea de preguntárselo no pasó por su mente.

Permaneció a su lado en tanto observaban cómo lo llevaban a través de unas puertas dobles que sabían no iban a permitirles cruzar. Él empezó a balbucear algunas palabras a las que apenas prestó atención. Dijo algo respecto a sentirse culpable por no haber estado en su guardia cuando le correspondía, pero debió atender un llamado de emergencia, solo le tomó un par de horas...

Claire no lo dejó continuar, no podía soportar que se culpara; Simon

habría sido el primero en enfurecerse de haberlo escuchado, y algo le dijo que lo mínimo que podía hacer era tranquilizarlo de alguna manera. Lamentablemente, no pudo pensar en una sola palabra que lo reconfortara, por lo que hizo algo que le sorprendió tanto a sí misma como a él. Se puso en puntas de pie y depositó un beso en su áspera mejilla, al tiempo que palmeaba su brazo con gentileza. Era una forma de decir que lo comprendía, que sufría tanto como él, pero no había lugar para culpas, y supo que él adivinó el significado de su gesto, porque hizo amago de tocarla, pero pareció pensarlo mejor y solo asintió con ademán resignado.

Luego de ese pequeño intercambio silencioso, permanecieron en la sala de espera, sentados frente a frente, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

No había pasado ni media hora desde su llegada y unos pasos apresurados se acercaron por el corredor. Claire levantó la mirada y se encontró con el rostro consternado de Susan, que corrió hacia ella y la envolvió en un abrazo que no pudo corresponder. Lloraba sin control y Claire se preguntó por qué no podía hacer ella lo mismo. Cuando la soltó para hablar con el detective Lancaster y hacerle algunas preguntas, reparó en el hombre que la acompañaba, quien a su vez la veía con curiosidad.

Richard Holland tenía poco en común con su hermano mayor, incluso su apariencia era muy diferente. Aunque compartían una estatura superior a la media, su cabello era oscuro, sus rasgos más rígidos y no había asomo de la expresión abierta y naturalmente amistosa que Simon exhibía la mayor parte del tiempo. Los ojos de Richard eran tan oscuros como su cabello y había poca calidez en ellos, aunque era lógico que no se mostrara muy alegre en las circunstancias en las que se encontraban; y aún así, Claire se dijo que el hecho de haber pasado tanto tiempo encarcelado debía de haberlo marcado de forma profunda.

Tras un momento de simultáneo análisis, se dirigió a ella con paso inseguro y extendió una mano que Claire se apresuró a estrechar de forma mecánica.

—Supongo que sabes quién soy—dijo.

Claire asintió con aire ausente.

—Y yo sé quién eres tú... —la observó con mayor atención, reparando en el aura lejana que la envolvía, y suspiró—. Quizá no sea el mejor momento, pero no quería dejar de agradecerte por todo lo que has hecho. Susan dijo que de

no ser por ti, aún estaría... bueno, ya sabes dónde.

Ante esas palabras, Claire levantó la cabeza, que mantenía agachada y lo miró con rastros de su habitual lucidez.

—Lo único que hice fue presentar unas cuantas peticiones, lo que habría hecho cualquier otro abogado. Es a Simon a quien debes estar agradecido—su voz sonaba hueca, sin rastros de emoción.

Richard, sin embargo, pareció comprender y aceptar sus palabras, porque asintió al cabo de un momento.

—Lo sé, y le estoy muy agradecido, pero sé que tú también hiciste mucho y estaré en deuda por siempre—hizo amago de dar media vuelta, pero lo miró con un atisbo de una calidez que se veía fuera de lugar en ese rostro duro—. Él es fuerte, siempre lo ha sido, desde que era un niño. No conozco a un hombre más decidido y valeroso que mi hermano; si alguien puede salir de esta, es él. Solo... dale tiempo y volverá a ti.

Claire asintió y permaneció en su asiento, sin moverse. Al comprender que no obtendría mayor respuesta de ella, Richard sacudió la cabeza y se acercó a su esposa y Lancaster, que continuaban hablando en susurros, sin disimular su preocupación. Mientras tanto, Claire elevó la vista al techo y buscó en su memoria adormecida alguna de las plegarias que le enseñara su abuela cuando era pequeña. No pudo recordar ninguna.

Las horas pasaban y no recibían mayores noticias. Un interno acudía cada tanto para informar que Simon continuaba en el quirófano y que se habían presentado algunas complicaciones, pero antes de que pudieran indagar al respecto, daba media vuelta y se perdía una vez más tras las puertas prohibidas.

Tanto Susan como el detective Lancaster se habían acercado a Claire más de una vez para sugerirle que permitiera que alguno de los médicos le echara un vistazo a su rostro, que con la marca de la bofetada propinada por Cook presentaba un aspecto realmente lamentable, pero ella solo sacudía la cabeza. Ni siquiera aceptó dejar su lugar para lavarse las manos, aún con rastros de la sangre de Simon que había intentado contener.

Hubiera podido permanecer así por siempre, con la vista fija en las puertas y el corazón sangrando, de no ser por la llegada de Jenny.

Querida Jenny. Había abandonado su paso arrollador por uno más pausado; se asomó en la sala, elevó una mano en señal de saludo y se apresuró a

ir con su amiga, conteniendo apenas un grito de espanto al ver el estado en el que se encontraba. A pesar de su angustia, al comprender que no obtendría mucha información de ella, fue hacia Lancaster, el único de los otros al que conocía, y una vez que la pusieron al tanto de las escasas novedades, volvió con Claire y la tomó del brazo con delicadeza.

—Vamos, cielo, esto puede tardar un poco más y tenemos que hacer algo por ti.

Claire sacudió la cabeza en señal de negación, pero Jenny frunció el ceño y la sacudió un poco del hombro con firmeza.

—Claire, ven conmigo o haré que te laves y cambies aquí mismo, y no estoy jugando. He hablado con el detective Lancaster y nos buscará de inmediato si se sabe algo—su tono se suavizó al continuar—. Por favor, no puedes quedarte así; es malo para ti y también para todos.

Al oírla, Claire levantó la mirada y pestañeó una y otra vez, para ver lo que ocurría a su alrededor con mayor claridad. Tanto Susan como su esposo, y Lancaster, como las personas que pasaban cada tanto por su lado, la veían con mal disimulada inquietud.

¿Acaso se veía tan mal? Suspiró y se puso de pie, llevada por la consideración a Jenny, que sabía actuaba con la mejor de las intenciones. La miró a los ojos con seriedad y dio una cabezada para dar a entender que estaba de acuerdo.

—Diez minutos—fue todo lo que dijo, antes de seguirla por el corredor, no sin antes darle una nueva mirada a esas malditas puertas.

Jenny la guió hasta el baño de damas, un espacio amplio y tan aséptico como el resto del hospital. Una vez allí, Claire se acercó al lavabo y levantó la vista para encontrarse con su rostro reflejado en el espejo. De no encontrarse tan inmutable, se habría sorprendido.

El lado derecho de su rostro estaba inflamado y la coloración rojiza empezaba a tomar un enfermizo color violáceo. Sus ojos hinchados a causa del llanto no tenían un mejor aspecto, pero no le importó. Solo cuando observó sus manos manchadas por la sangre seca, sintió el horror trepando por su garganta y se dejó caer sobre el suelo frío como una muñeca de trapo. Los sollozos la sacudieron y sintió como si le desgarraran algo por dentro. Jenny no intentó consolarla, tan solo se mantuvo cerca y la dejó liberar parte de la tensión contenida. Cuando los sollozos menguaron y sus hombros dejaron de sacudirse, le puso una mano sobre la cabeza y acarició sus cabellos como hubiera hecho

con una niña.

—Bien, necesitabas eso. Ahora vamos a lavarte un poco y a ponerte algo limpio para que dejes de lucir como un fantasma; no queremos que sigas espantando a todo el hospital.

Le ayudó a ponerse de pie y la observó en silencio mientras se enjuagaba el rostro y las manos. Luego, buscó en su enorme bolso y sacó una sencilla camiseta que le extendió con una pequeña sonrisa triunfante.

—Ya sabes lo que dicen acerca de las mujeres precavidas.

—Gracias.

Jenny suspiró al oír su voz vacía, pero no hizo más comentarios en tanto su amiga se deshacía de la blusa estropeada y la lanzaba a la basura. Cuando se puso la camiseta, algo grande para ella, asintió con satisfacción.

—Mucho mejor. Quizá no sea tu estilo, pero servirá.

Claire no respondió, solo se arregló el cabello en lo alto e ignoró el jadeo de espanto que su amiga no pudo contener la observar las marcas en su cuello.

—Claire, por favor, deja que te vea un médico.

—Han pasado ya diez minutos.

—Claire...

Jenny no obtuvo una sola palabra más y debió resignarse a ir tras ella hasta llegar una vez más a la sala de espera, donde les indicaron que aún no había noticias. Claire volvió a su silla cerca a las puertas y retomó su aire distante, ajeno a todo lo que no fuera la angustia provocada por el miedo. Jenny se acomodó en un asiento a su lado y se contentó con darle unos golpecitos en la mano cada tanto. Aunque no encontrara las palabras para decirlo, ese leve contacto humano la mantuvo en la superficie cuando la mayor parte de sus sentidos la instaban a dejarse hundir una vez más.

La intervención se prolongó por unas ocho horas, aunque para Claire pudieron ser segundos, o años, tan poco consciente era del tiempo y lo que la rodeaba. Sus pocos momentos de claridad se los debía a Jenny y su decisión de “mantenerla en tierra”, como dijo un par de veces. Pese a que se negó a comer un solo bocado, debió beber al menos dos tazas de café que su amiga le llevó bajo amenaza de que si no lo hacía por su voluntad, ya se encargaría ella de que lo hiciera de cualquier forma.

Era mucho más sencillo obedecer que verse envuelta en una discusión sin sentido.

Solo lograba recuperar la lucidez cuando veía las odiadas puertas abrirse, y cuando lo hicieron por última vez para dar paso al jefe de cirugía, el encargado de la operación de Simon, se quedó del todo estática, aterrada antes la idea de acercarse y oír lo que tenía para decir, pero encontró las fuerzas para levantarse con las rodillas temblando y escuchó en completo silencio, con el corazón hecho un puño y un dolor punzante en la cabeza.

Complicaciones. Una grave herida. Un órgano vital dañado que apenas logró resanar a riesgo de poner en peligro la vida del paciente. Confiar en la fuerza de Simon para superar el shock y que lograra salir de ese trance. Veinticuatro horas vitales. Espera, espera, espera. La maldita palabra dicha una y otra vez con tono monótono y expresión alentadora.

Lo único que le inspiró algún consuelo fue la certeza de que podría pasar tanto tiempo como fuera necesario a su lado. En realidad, no le dio al doctor la posibilidad de contemplarlo como una opción; algo dentro de ella pareció despertar para demandar que le permitieran acompañarlo, y todos los presentes la apoyaron sin dudar. Luego, al pensar en ello, se recriminó en silencio por el abierto egoísmo que mostró al actuar con tal prepotencia, sin considerar que la familia de Simon, e incluso el detective Lancaster, querrían también estar a su lado, pero en ese momento solo deseaba que todo el mundo desapareciera y poder traspasar esas puertas que le llevarían hasta él.

Era casi como una broma del destino. Ella, que odiaba los hospitales con todo su corazón, y habría hecho cualquier cosa por permanecer alejada de uno, estaba dispuesta a pasarse la vida entera, si era necesario, entre sus salas asépticas y el personal indiferente, con el único fin de acompañar a un hombre... No, no solo un hombre, qué palabra más ridícula para describir a Simon; él se había convertido en el eje alrededor del cual giraba su vida, el punto de apoyo sobre el cual se dejaba caer en los momentos difíciles. ¿Era posible siquiera soñar en una existencia en la que él no fuera parte? ¿Habría un mundo que pudiera sostenerse sin su presencia?

Descartó esos aterradores pensamientos, y llevó a Jenny hacia un lado de la sala de espera, en tanto llevaban a Simon a una habitación y así ella pudiera ir con él.

—Claire, no creo que sea buena idea...

Su amiga la ignoró, no era difícil adivinar lo que deseaba decir.

—No me iré, Jenny, no importa lo que digas, y lo sabes. No quiero discutir, solo quiero pedirte un par de favores. Sé que has hecho mucho ya, pero...

—Lo que quieras—Jenny pareció dividida entre la preocupación que Claire le inspiraba y el alivio por verla en control de sus emociones por primera vez en horas—. Solo dime qué necesitas.

—Ve a mi departamento y trae algo de ropa, no sé cuánto tiempo pueda continuar con esto—señaló los pantalones ajados y la camiseta que le resbalaba por los hombros—; toma lo que sea, cualquier cosa que creas pueda servir.

—Claro, iré ahora mismo y no tardaré.

—Gracias. Hay algo más—Claire aspiró con fuerza y dudó un momento acerca de si continuar, pero asintió de pronto, como si una idea dentro de sí hubiera ganado la batalla—. Sabes dónde está ese antiguo escritorio que mi abuela me obsequió, ¿cierto? Ese pequeño en la esquina de mi dormitorio, bajo la ventana. En el cajón principal encontrarás un estuche, uno muy sencillo de terciopelo; dentro de él se encuentra una pulsera, también obsequio de mi abuela, pero no es lo que necesito. Junto a la pulsera hallarás una pequeña llave que abre un cajoncito secreto al lado izquierdo interior del mueble; solo tienes que buscarlo con una mano y podrás dar con él. Ábrelo y verás allí un cuaderno. En realidad, es un diario.

Jenny escuchaba con atención, pero frunció un poco el ceño al escuchar ese último pedido, confundida.

—No es nada extraño, mi madre me lo obsequio cuando era pequeña y no lo usé entonces, ya sabes que no creo mucho en poner mis pensamientos en palabras, pero desde que los sueños empezaron... a decir verdad, desde que conocí a Simon, pensé que podría escribir en él algunas cosas. Partes de mis sueños, lo que esa pareja sentía, o lo que creía que sentía... pero sobre todo, lo que Simon ha significado para mí desde la primera vez que lo vi. Puedes leerlo, si quieres, pero necesito que luego lo traigas aquí, quiero tenerlo conmigo.

Su amiga asintió, y aunque era obvio que se sintió conmovida por sus palabras y esa particular confesión, lo disimuló muy bien.

—Volveré pronto—aseguró—. Solo... mantén la calma y en cuanto tenga todo te buscaré, ¿de acuerdo?

Claire dio una cabezada en señal de asentimiento y miró tras su hombro hacia el lugar donde Susan y Richard permanecían con el médico, haciendo algunas últimas preguntas; el detective Lancaster permanecía alejado y un poco

ausente.

—Estaré aquí.

Cuando los padres de Claire murieron, ella debió permanecer algún tiempo en una habitación del hospital; tenía algunas heridas delicadas y los médicos temían que hubiera sufrido alguna contusión seria que los exámenes pudieran pasar por alto. Suponía que esas dudas estaban cimentadas en el hecho de que ella permaneció en completo silencio y aislada cuando una niña considerada “normal” habría tenido una reacción del todo diferente. Pero ella no deseaba ponerse a llorar y golpear las paredes llamando a sus padres; era consciente de que no tendría una respuesta y que sin importar cuánto los necesitara, ellos no volverían.

Pero Simon sí que lo haría, se dijo mientras se acercaba con paso vacilante y a la vez firme a esa cama en la que descansaba con los ojos cerrados, máquinas por doquier conectadas por medio de sensores a su pecho, y unas cuantas vías en la mano izquierda. Se veía tan curiosamente frágil, una imagen que jamás habría podido relacionar con ese hombre fuerte en el que se recostaba y que le inspiraba una seguridad que nunca había conocido.

Todos sus instintos le impulsaban a reclinarse contra su pecho y acercar los labios a su oído para decirle que estaba allí para él, que nadie la alejaría un milímetro de su lado, y que lo necesitaba de vuelta con desesperación. Y sin embargo, no fue capaz de hacerlo, sabía que hubiera sido una locura, que no podía actuar de forma tan irracional; de modo que aspiró con todas sus fuerzas para recuperar el dominio de sí misma hasta que sus manos dejaron de temblar y arrastró una banqueta al borde de la cama. Se sentó muy derecha, con las manos sobre las mantas de la cama y la mirada fija en ese rostro, casi como si deseara grabar en su mente cada rasgo.

Pasó horas en esa posición, indiferente a las enfermeras y doctores que ingresaban a la habitación cada tanto para monitorear los aparatos y administrar los medicamentos. Por suerte, ellos también parecían haber decidido que no tenía sentido dirigirse a ella, tan ausente se veía, del todo perdida en sus pensamientos que, obviamente, involucraban al hombre que observaba con una fijeza que en otras circunstancias habría resultado perturbadora.

Cuando Jenny regresó, fue avisada por una enfermera que apenas se atrevió a acercarse lo suficiente para informarle con un susurro que necesitaban verla fuera de la habitación. Tardó un momento en moverse, pero al final se puso

de pie, ignorando el dolor en sus articulaciones por permanecer inmobilizada durante tanto tiempo. Miró a Simon antes de dar media vuelta e ir en busca de su amiga, que esperaba en el pasillo.

—Aquí está todo, no creo haber olvidado nada, pero si así fuera, solo dímelo y volveré corriendo.

Claire esbozó una sonrisa triste y cedió a un impulso que llevaba horas evitando. Tomó el bolso que su amiga le extendía, lo dejó caer sobre el suelo, y la abrazó con todas sus fuerzas, pero se apartó con presteza. Si hubiera continuado abrazándola, no habría podido evitar romper a llorar una vez más, y no iba a derrumbarse mientras Simon la necesitaba en sus cinco sentidos.

—Gracias. ¿Trajiste también...?

—Sí, claro—Jenny sacó el pequeño diario con cubierta de piel del bolsillo y se lo tendió, con expresión ligeramente avergonzada—. Me prometí que no lo leería, aunque dijiste que podía hacerlo, pero no pude evitar ver un par de páginas, lo siento.

—Está bien, no me molesta, suponía que lo harías.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Claire suspiró y miró tras su hombro.

—Hablé con Susan antes de que llevaran a Simon a la habitación, sabes que ella tenía que regresar con Lily, la pobre niña no sabe nada, pero debe imaginar que algo grave ha pasado; al menos tiene a sus padres juntos ahora para que le ayuden a comprenderlo. Aún así, ella no vendrá, pero Susan y Richard lo harán tanto como puedan; hablamos con el doctor para que les permita entrar también, al menos uno cada vez, lo mismo que al detective Lancaster.

—Pero tú no te moverás de aquí.

Las palabras de Jenny no fueron una pregunta, sino una mera afirmación.

—Claro que no. Iré un momento a cambiarme al baño y volveré.

—Pero no has comido...

—No tengo hambre, no podría probar un bocado ahora—apoyó una mano sobre el hombro de su amiga con expresión cargada de cariño—; pero no te preocupes, no me abandonaré para morir de hambre, comeré algo luego. Simon me necesita con fuerzas, no al borde del desmayo; no soy tan irracional como para no saberlo.

—Supongo que ese es un consuelo—Jenny se encogió de hombros y

ahogó un suspiro—. Yo vendré también, tanto como pueda.

—Gracias. Ahora ve a casa, debes estar exhausta.

—No puedo creer que seas tú quien me dice eso...

Claire sonrió a medias al escuchar la respuesta mordaz.

—Nos veremos luego, ¿de acuerdo?

—Claro. Y no debes preocuparte por el trabajo, los jefes saben todo, y creo que se sienten un poco responsables por haber puesto a... ese monstruo en tu camino. Dijeron que puedes tomarte todo el tiempo que necesites antes de volver.

—Eso es muy amable de su parte, tengo mucho de qué hablar con ellos— comentó con aire ausente, como si su mente se hubiera alejado del todo por un instante, pero pronto se vio más consciente—. Gracias de nuevo, Jenny... por todo.

Su amiga sonrió e hizo ademán de abrazarla, pero se contentó con asentir. Tras dudar un instante, dio media vuelta y se perdió por el corredor con paso apurado. Claire la conocía lo suficiente para saber que debía de sentirse impotente por no poder hacer más, acostumbrada como estaba a ayudarle en tantos difíciles momentos de su vida. Sin embargo, esa era una batalla que tendría que luchar sola.

No, no sola, se dijo mientras regresaba a la habitación y ocupaba su asiento al lado de la cama.

—Saldremos de esta juntos—le dijo a Simon, atenta a su respiración pausada.

Dio una mirada en el bolso que dejó Jenny e hizo una anotación mental de lo que se pondría en cuanto Susan o Richard llegaran a ver a Simon y pudiera irse un momento a los lavabos. No deseaba dejarlo solo a menos que fuera estrictamente necesario. Luego, tomó el diario y acarició la tapa con delicadeza.

Hasta donde podía recordar, ese fue uno de los pocos obsequios que le hizo su madre con la total anuencia de su padre; por lo general no lograban ponerse de acuerdo respecto a qué regalarle en las fechas especiales. De modo que cuando lo recibió en la última Navidad que compartieron juntos, aunque no pudo comprender el sentido de escribir lo que pasaba por su mente en un cuaderno, tuvo un significado muy especial para ella. Por eso, lo había guardado durante tantos años, segura de que jamás lo usaría, pero con un apego sentimental que la llevó incluso a esconderlo en ese cajón secreto del mueble

que su abuela le hizo llegar cuando consiguió un lugar propio.

Cómo iba a imaginar que sería tan importante en un momento trascendental de su vida.

Con manos temblorosas, lo abrió y pasó unas cuantas páginas, leyendo para sí misma, en busca de algún pasaje en particular. Cuando decidió escribir algunos de sus sueños y la aparición de Simon en su vida, lo hacía de forma mecánica, volcando todos sus sentimientos con prisa y sin atreverse a volver para mirar lo que había escrito.

—Aquí estás... —una pequeña sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios al dar con lo que buscaba.

Se reclinó un poco más hacia Simon, con cuidado de no tocar ninguna de las vías y tubos conectados a las máquinas, y lo miró con fijeza.

—¿Te he contado de aquella vez en que Catherine asistió a un baile un día en que nevó de forma terrible para encontrarse con Anthony? No lo halló al llegar y pensó que no lo vería por mucho tiempo, pero...

Esperó una reacción, cualquier indicio de que Simon le oía, pero no obtuvo ninguno. Sin embargo, no se dio por vencida. Algo dentro de sí le decía que él podía escucharla, aún cuando no pudiera demostrarlo, y cuando despertara, ella estaría esperando. Miró las letras una vez más, y se aclaró la garganta.

—... pero él estaba, claro; siempre estaba cerca para ella. La había visto bajar del carruaje desde lo alto de las escaleras, y se había escondido para poder observarla. Él amaba la alegría que se reflejaba en su rostro cuando veía la nieve, cuánto disfrutaba de los copos cayendo sobre su cabello—estiró un dedo para deslizarlo sobre la mano libre de agujas que descansaba sobre la manta—. A ambos nos gusta tanto como a ella, no he olvidado lo que dijiste respecto al frío. Por favor, Simon, no hemos compartido suficientes días nevados y quiero disfrutar de todos a tu lado. Vuelve conmigo.

De nuevo, no obtuvo respuesta, pero continuó hablando. Iba de un pasaje a otro del diario, intercalando el contenido de sus sueños con las experiencias que ambos compartieran desde el día que se conocieron. Le dijo que su presencia había significado no solo un cambio en su vida, sino también en el mundo de sus sueños, de cómo estos habían pasado del absoluto caos sin sentido a convertirse en una historia lineal y cada vez más lógica que le había permitido ser testigo de una gran historia de amor, real o no.

—Me gustaría saber qué pasó con ellos, quiero pensar que pudieron

superar lo ocurrido y que fueron felices. Por primera vez, anheló tener un sueño en el que pueda saber qué pasó en realidad y si al fin consiguieron estar juntos— una lágrima involuntaria resbaló por su mejilla y se la secó con un movimiento furioso—. Pero ahora, en este momento, tú y yo somos reales, estamos vivos, y te necesito. Sé que oyes, Simon, no necesitas hablar, solo escucha y no me dejes.

Simon superó las primeras veinticuatro horas, las que los médicos declararon vitales. Y sin embargo, no había mayores cambios en su estado, no despertaba, y tras dos días sin mayores novedades, Claire empezaba a desesperar, si bien no permitía que nadie notara su angustia. Si tan solo abriera un momento los ojos, solo un segundo para que ella pudiera verlo y supiera que todo iba a salir bien...

Quería decirle que no tendría que preocuparse más por ella, que cada minuto que pasaba no hacía más que pensar en lo que podría hacer para que ambos pudieran ser felices juntos. Deseaba hablarle de los muchos compañeros de Departamento que habían llegado a visitarlo, cuántas cosas le habían contado acerca de él, y lo comprometido que estaba con su trabajo; cómo la mayoría lo veía como uno de sus jefes en el futuro. Quería contarle acerca de la recuperación de Mary Parker, quien había sido despertado del coma inducido debido a su recuperación, y que se encontraba lúcida y aliviada al conocer del fin de Cook; incluso se mostró amable al recibir la breve visita de Claire en la que se disculpó por su involuntario papel en el ataque sufrido.

Susan, Richard, y el detective Lancaster fueron al menos dos veces cada día y pasaban unos minutos con él en tanto Claire comía de forma mecánica cualquier cosa que Jenny le hubiera dejado esa mañana. Su amiga decidió no dejar en sus manos la responsabilidad de alimentarse y, antes de partir al trabajo, pasaba por allí y le dejaba algunos bocadillos sencillos que, como mencionó con tono sarcástico, seguro debían de superar por mucho a la comida del hospital.

En uno de esos momentos, cuando consumía de forma apurada los panecillos dejados por Jenny, atenta a la salida de Susan de la habitación de Simon para regresar a su lugar, su teléfono empezó a timbrar, y aunque había decidido no responder ninguna llamada de un número desconocido, algo le instó a responder.

—Hola.

El silencio al otro lado de la línea la inquietó por un momento, pero pronto una voz muy conocida la obligó a esbozar una débil sonrisa.

—Hola, Claire.

Lily.

—Hola, Lily.

Hubiera podido decir muchas cosas, pero supo que era la niña quien necesitaba hablar; pudo descifrar la angustia en su voz y la duda respecto a lo que deseaba decir.

—¿Claire?

—¿Sí, Lily?

Un silencio en la línea, y luego un suspiro ahogado antes de continuar.

—Tío Simon...

Claire apretó el teléfono con fuerza y apoyó una mano sobre el respaldo de la silla vecina.

—Se pondrá bien, Lily.

—¿No me estás mintiendo? Mamá y papá dijeron lo mismo, pero no estoy segura de que en verdad lo crean.

—No te miento, Lily, nunca lo haría, y estoy segura de que tus padres piensan lo mismo.

—¿Entonces por qué no me dejan verlo?

—Ya lo sabes, no permiten que los niños ingresen al hospital, eso es todo; pero pronto, cuando tu tío se recupere, podrás verlo y hablar con él, lo prometo.

Claire escuchó cómo la niña emitía un resoplido mezcla de exasperación e inquietud.

—¿En serio lo prometes?

—Claro que lo hago.

—¿No tienes miedo? Porque yo estoy muy asustada.

Miedo. Desde luego que sentía miedo, todo el tiempo, cada segundo; pero no creía que Lily pudiera comprender la profundidad de su temor. Era suyo, y solo podía compartirlo con Simon.

—También estoy asustada, Lily, pero sé que tu tío se pondrá bien muy pronto, puedo sentirlo.

—¿En serio?—la voz de la niña sonó un poco escéptica.

—Sí, te lo aseguro, lo siento en mi corazón, y recuerdas lo poderoso que es todo lo que sentimos en nuestros corazones, ¿cierto?

Habían hablado mucho acerca de eso. No solo aquella vez en que la niña se atrevió a compartir sus temores respecto al regreso de su padre, sino en aquellas salidas compartidas con Simon en las que habían podido hablar un poco más acerca de lo importante que era para ambas dejarse llevar por sus instintos y corazonadas.

—Claro que lo recuerdo.

—En ese caso, confía en mí, así como yo confío en tu tío, ¿de acuerdo?

Tras una pequeña pausa, la niña habló con tono más entusiasta.

—De acuerdo. Tú confías en tío Simon y yo lo hago en ti, puedo hacer eso.

—Bien.

No hablaron mucho más, tan solo unos minutos en los que Claire le prometió llamarle tan pronto como su tío despertara, lo que, ambas aseguraron, como dándose ánimos la una a la otra aún sin saberlo, sería muy pronto.

Cuando Claire dio por terminada la llamada y levantó la vista a la puerta de la habitación de Simon, se encontró con la mirada de Susan. Se veía preocupada, enternecida, pero sobre todo, aliviada.

—Gracias por decirle esas cosas. Ha estado tan inquieta, y ya no sé qué decir para que se calme.

Claire asintió y se puso de pie, al tiempo que tomaba su bolso. Al pasar por su lado, le dio un ligero apretón amistoso en un brazo y esbozó una media sonrisa.

—Solo le he dicho la verdad.

No sabía si Susan le creía, o si pensaba que se engañaba a sí misma, y en el proceso le procuraba a su hija una fuente de esperanza, y no pensaba preguntar. Ella creía en sus propias palabras y eso era suficiente.

Al entrar en la habitación, en lugar de ocupar su asiento habitual, dio un rodeo a la cama para acercarse un poco más a Simon y apoyó una mano sobre su frente. Estaba tan fría.

—Acabo de hablar con Lily. Quiere que te diga que te extraña y que espera verte pronto. Ha empezado a coser una nueva muñeca para tu auto y me ha jurado que intentará hacerla lo menos aterradora posible, aunque hizo énfasis

en que lo intentaría, así que no te hagas ilusiones—se inclinó con cuidado y depositó un beso sobre su sien, absorbiendo su escaso calor en el proceso—. Acabo de hacerle una promesa a esa niña, no permitas que la rompa.

El sonido del mar le arrullaba como el canto de la madre que apenas podía recordar; mientras caminaba por la orilla de la playa, indiferente a las olas que casi rozaban sus delicadas zapatillas, una suave brisa alborotando su cabello. Su paso se hacía cada vez más rápido, muy cercano al trote, ansiosa por regresar a casa.

Por volver con él.

Sostenía la sombrilla con descuido, casi arrastrándola tras de sí, sonriendo al pensar en lo que hubieran dicho sus tías al verla en ese estado. Las extrañaba, lo haría por siempre, pero no había lugar para la tristeza en su vida; nunca más, no cuando había recibido una segunda oportunidad para ser feliz.

Al llegar a lo alto del malecón, la respiración agitada y un saludable tono carmín en las mejillas, aminoró el paso hasta detenerse al ver la silueta que caminaba con férrea voluntad en su dirección. Los rayos del sol caían sobre su cabello y le conferían un aura que ella encontró propia de ese momento. Parecía escapado de un sueño, del sueño que había barrido con sus pesadillas.

El médico aseguró que esa ligera cojera lo acompañaría durante un escaso periodo de tiempo; incluso, confiando en la juventud y el vigor del paciente, confiaba en que sería cuestión de apenas unos cuantos meses para que su paso volviera a la normalidad.

Como si ello pudiera tener alguna importancia para ambos.

Estaban juntos, esta vez por siempre, y tras haber pasado por la agonía de creerlo perdido, atesoraba su amor más que nunca.

Cuando llegó hasta ella, con esa mirada cargada de promesas que reservaba solo para ella, dejó caer la sombrilla y algunas caracolas que había recogido durante su breve paseo. Se puso en puntas de pie y posó las manos sobre sus hombros, satisfecha de sentir ese calor familiar bajo sus dedos.

—No pude esperar a tu regreso, deseaba verte.

Sonrió porque le había ocurrido lo mismo. El tiempo que permanecían alejados le resultaba eterno, como si los minutos se convirtieran en horas de tediosa espera cuando se trataba de estar a su lado.

—*Y yo a ti. Estaba por ir a tu encuentro.*

—*He ganado esta vez.*

—*La próxima vez seré yo quien lo haga. Creo que ese es el destino de nuestro amor; buscarnos y encontrarnos por siempre.*

—*¿Siempre?*

—*Siempre—repitió, segura de sus palabras, con la extraña sensación de que algo muy dentro de sí le susurraba una verdad absoluta—. Por toda la eternidad.*

Se desligó del sueño como quien apenas empieza a despertar de un letargo que poco a poco abandonó su cuerpo y, con los ojos aún cerrados, hizo un esfuerzo por regresar del todo al presente, repasando las últimas horas en su mente. Solo cuando estuvo del todo segura de que esa suerte de ilusión creada por el sueño había desaparecido del todo, abrió los ojos, pero mantuvo la vista fija en la blanca sábana sobre la que reposaban sus manos. Luego, poco a poco, fue levantando la mirada hasta que se encontró con el semblante pálido de Simon, inmóvil sobre las almohadas, con su mano libre de vías cerca a la de ella. La tomó con mucho cuidado, como quien sostiene un frágil tesoro y se la llevó a los labios, como él hizo alguna vez con la suya.

—Lo lograron, Simon, él está vivo, están juntos—no reparó en ello, pero las lágrimas caían por sus mejillas, y tenía una gran sonrisa en el rostro que reflejaba su emoción—. ¿Lo ves? Por favor, vuelve a mí; nosotros también podemos hacerlo.

Cediendo a un impulso que apenas había logrado controlar durante los últimos días, elevó la mano libre y la sostuvo a escasos milímetros de su rostro, hasta dejarla caer con suavidad sobre su frente, enredando los dedos entre los mechones desordenados de su cabello.

—Simon, te necesito...

Su oído se había acostumbrado al más mínimo sonido emitido por las máquinas, e incluso conocía ya de memoria los indicadores principales de estabilidad o disminución en las funciones que monitoreaban. De modo que cuando un pitido extraño hasta entonces empezó a sonar, una y otra vez, sintió que su corazón daba un vuelco. Su primer instinto fue extender la mano para pulsar el botón que llamaba a la enfermera, tal y como había hecho ya un par de veces en que un ruido extraño le había asustado, pero algo le dijo que no era eso

lo que debía hacer. En su lugar, volvió a tocar la frente de Simon, deslizando la mano por su rostro.

—¿Simon?

Contuvo la respiración, con la mirada fija en sus ojos cerrados y en los labios entreabiertos, en espera...

Pasaron apenas unos segundos, aunque cada uno le pareció una eternidad, antes de que él exhalara un suspiro del todo distinto a la respiración pausada de los últimos días y, poco a poco, con una lentitud enloquecedora, entreabrió los ojos apenas unos milímetros.

—Simon.

—¿Claire?

Hubiera podido llorar de alivio; en realidad, en ese momento no lo notó, pero era justamente lo que hacía. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas sin control, pero ella ni siquiera se dio cuenta. Tenía la mirada fija en él, en el casi imperceptible movimiento de su cabeza, que giró en su dirección poco a poco, como si le costara un esfuerzo supremo.

—¡Oh, Dios, cuánto has tardado!

—¿Claire?

—Sí, soy yo, por supuesto que soy yo—apretó su mano, controlando apenas el impulso de arrojarle sobre su pecho y besarle—. Has vuelto.

—¿A dónde fui?

Claire rió, presa del alivio, y sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero no pude ir contigo y tenía mucho miedo. Dios, Simon, estaba aterrada.

—Cook...

—Todo está bien, todo ha acabado, estoy a salvo, ambos lo estamos; no pienses en eso—se apresuró a tranquilizarlo—. Lo importante es que estás aquí.

Simon tosió y Claire pudo ver que hacía un esfuerzo por reunir fuerzas y hablar con tanta claridad como le era posible, cada vez más lúcido y pendiente de sus palabras.

—¿Acaso creíste que ibas a librarte de mí?—su voz, aunque rasposa, conservaba un cierto toque burlón.

—No quiero librarme de ti. Nunca.

—¿Segura? Ten cuidado con lo que dices, podría tomarte la palabra.

—Hazlo, por favor—lo miró a los ojos, quería estar segura de que la escuchaba con atención—. Simon, te amo.

Él pestañeó y correspondió al apretar a su vez la mano que sostenía la suya, y aún con sus fuerzas escasas, el gesto le infundió una inmensa tranquilidad.

—Lo sé.

—¿Qué?

—Te oí. En ese momento, cuando perdía el sentido y estabas sobre mí... solo podía ver tu rostro y oír tu voz. Quería quedarme por ti, no soportaba dejarte sola; intenté no hacerlo...

Claire sonrió entre lágrimas. Él la escuchó; aún en ese instante de desesperación, la oyó, y pensó en ella.

—Sé que lo hiciste. Lamento tanto no habértelo dicho antes, tenía miedo de reconocerlo siquiera a mí misma, pero cuando te vi allí, cuando pensé que podría perderte para siempre... Necesitaba que lo supieras.

—Y yo deseaba oírte, aunque creo que de alguna forma ya lo sabía.

Sus palabras le arrancaron una breve carcajada. Creyó que nunca más volvería a reír, y el sonido le resultó tan ajeno como hermoso.

—Ese es un comentario muy presumido, pero te perdono por esta vez.

Simon negó con la cabeza; se veía como si el esfuerzo de hablar hubiera supuesto demasiado para él, pero aún así mantuvo los ojos abiertos, fijos en ella.

—No lo había pensado hasta ese momento, pero entonces lo comprendí. No puedes amar a alguien de la forma en que yo te amo sin saber si eres correspondido, y a veces, ese mismo amor nos ciega a lo que tenemos frente a nosotros.

Era verdad. Quizá el amor incondicional que él había demostrado sentir por ella de alguna forma le impidió ser del todo consciente de que sentía exactamente lo mismo. Como siempre, su mente había tomado el control y no permitió que su corazón develara sus sentimientos. Había estado a punto de perder al único hombre al que podía asegurar haber amado más que a su propia vida, y necesitó encontrarse en esa horrible situación para comprenderlo. Pero nunca dudaría más acerca de lo mucho que amaba a Simon. Jamás.

—Empiezo a sentir un poco de envidia de que siempre encuentres las

mejores palabras, ¿sabes? A veces haces que me sienta un poco tonta—bromeó al cabo de un momento, sin soltar su mano.

Simon aspiró con fuerza y pudo notar que hacía un esfuerzo por mantenerse despierto.

—Soy el romántico en nuestra relación, vas a tener que asumirlo ya; pero no te sientas mal, lo compensas con muchas otras virtudes.

Claire rió de nuevo y se inclinó para apoyar el rostro contra su mejilla, aliviada al comprobar que si bien continuaba con una temperatura a todas luces muy baja, un pequeño calor empezaba a invadirlo.

—Hablaemos de esas virtudes en cuanto te recuperes del todo, ¿de acuerdo?

—¿Lo haremos?—su voz empezaba a sonar lejana, como si el sueño lo dominara.

—Claro que sí. Y tenemos todo el tiempo del mundo para hacerlo.

—Eso suena bien.

Claire besó los párpados que empezaban a cerrarse.

—Duerme ahora.

—¿Te quedarás conmigo?

—Siempre.

CAPÍTULO 18

Aunque Simon mencionaba cada tanto que su apartamento iba perdiendo la personalidad que tanto trabajo le había costado darle, reconocía sin asomo de duda que estaba muy satisfecho por los cambios que Claire había ido introduciendo con discreción y buen gusto. Aunque respetó cada rincón que él apreciaba y consideraba muy suyos, se entregó con entusiasmo a la idea de plasmar parte de ella con pequeños detalles que hasta entonces a él se le habían escapado.

Cierto que aún no podían decir que vivían juntos, no formalmente, pero Claire pasaba tanto tiempo allí, que empezaba a considerarlo un hogar, y cada

que regresaba a su apartamento sentía que se encontraba en un lugar que le era ajeno, por lo que no lo pensaba dos veces y enrumbaba de nuevo al apartamento de Simon, asegurando entre risas que tan solo quería asegurarse de que no se descuidaba cuando ella no estaba presente. Desde luego, él no le creía, pero no hacía mayores preguntas; era obvio que deseaba que fuera ella quien tomara una decisión al respecto. Mientras tanto, disfrutaba con los pequeños cambios que, viniendo de la mano de Claire, le parecían casi necesarios.

Jarrones con flores estratégicamente ubicados, alguna pintura encontrada en tiendas de antigüedades que ella amaba visitar y, lo que en gran medida le sorprendió y complació, una pequeña colección de piezas curiosas de porcelana que la abuela de Claire había enviado con sus mejores deseos.

Mientras Simon estuvo en el hospital, y debió permanecer allí durante varias semanas una vez que despertó y los médicos indicaron que se encontraba fuera de peligro, Claire pudo actuar con mayor claridad y tomar algunas decisiones que en verdad tenía del todo asumidas, solo necesitó el tiempo para llevarlas a la práctica.

En primer lugar, llamó a sus abuelos y sostuvieron una de las charlas más honestas que podía recordar. Nunca, hasta ese momento, había sido del todo consciente de lo mucho que les debía y cuánto los amaba, y deseaba que lo supieran. Desde luego, ello les extrañó un poco y quisieron conocer el motivo de ese raptó de sentimentalismo que acogieron con mucha emoción. Entonces Claire les habló de Simon, ahorrándose algunos detalles respecto a los últimos incidentes a fin de evitarles un susto innecesario, pero confiando sus sentimientos como nunca había hecho.

Su abuela se alegró como solo podía hacerlo alguien que la adoraba por sobre todas las cosas y que tenía al amor por el sentimiento más poderoso de la creación, mientras que su abuelo mostró una inusual sensibilidad que apenas logró ocultar con su tono un poco brusco. Ambos, sin embargo, coincidieron en que deseaban conocerlo y le rogaron que lo llevara a visitarlos tan pronto como fuera posible, a lo que Claire accedió de buena gana. Sabía que Simon estaría de acuerdo, así como hubiera podido jurar que se llevaría con ellos a las mil maravillas.

Una vez que hubo hablado con ellos, se sintió ligera como una pluma, con la sensación de haber dejado atrás un pasado de recelos e inseguridades. Vivió siempre dominada por la idea de que sus padres no la amaron lo suficiente y que sus abuelos se vieron obligados a hacerse cargo de ella por una obligación familiar. Estuvo completamente equivocada en ambos aspectos, y ahora lo sabía.

Luego, se encargó de un tema algo más espinoso que estaba segura no tendría un final feliz. Bueno, quizá lo tuviera para ella, pero podía pensar en una o más personas a las que su decisión no les haría mucha gracia.

Concertó una cita con los socios de la firma, con Craig Barnett a la cabeza, y escuchó con serena atención sus palabras de compasión porque se hubiera visto en una situación tan terrible debido a atender con tanto profesionalismo sus obligaciones, por lo que se sentían también muy orgullosos. Le indicaron que al fin, tras una larga deliberación y en base a sus méritos, estaban en condición de ofrecerle el ansiado puesto que tanto deseaba. Solo tenía que aceptar y podría ocupar su nueva oficina en cuanto lo estimara conveniente, amén del aumento de sueldo que significaría su nueva posición como socia.

Cuando pudo tomar la palabra, Claire agradeció todas sus atenciones y las oportunidades que le habían brindado durante tanto tiempo para crecer como profesional, pero los sorprendió al rechazar la oferta con calmada gentileza. No deseaba continuar en la firma, había decidido hacer algunos ajustes en su vida y, por el momento, tenía claro que no deseaba seguir trabajando para ellos. Se iría con los mejores recuerdos e iba a extrañar un lugar en el que había aprendido tanto, pero tenía un nuevo reto frente a sí y deseaba darse la oportunidad de enfrentarlo.

Poco antes del ataque de Cook, logró reunirse con esa vieja amiga llamada Caroline Turner que acababa de llegar a la ciudad y que se puso en contacto con ella hacía unas cuantas semanas. Según le contó, aunque continuaba siendo una mujer de firmes convicciones sociales, había dejado atrás sus años de radical activista en cuanto causa perdida le saliera al frente. Ahora prefería volcar sus esfuerzos en labores más sensatas y en las que creía que iba a lograr ayudar de forma más concreta. De modo que se mudó a Boston con la intención de abrir un centro de asistencia legal, uno más de los que ya existían, pero que jamás serían suficientes para la cantidad de casos injustos que se veían cada día en la ciudad.

Durante su reunión, invitó a Claire a acompañarla a conocerlo en cuanto tuviera algo de tiempo. Como le aclaró entonces, no intentaba reclutarla, pero creía que quizá pudiera contribuir con algunos casos cuando tuviera algo de tiempo libre.

Cuando Claire empezó a replantearse algunas cosas en su vida durante el tiempo que pasó en espera de que Simon despertara y luego, mientras se recuperaba, pudo ver con claridad que necesitaba un cambio, algo que le recordara el por qué había escogido su profesión, así como reencontrarse con la

satisfacción de hacer el bien sin pensar en las recompensas que ello pudiera otorgarle. Sin dudarlo, llamó a Caroline y le preguntó si estaría dispuesta a emplearla. Su amiga se mostró sorprendida ante su pedido y le dijo con bastante énfasis que se trataba de un trabajo muy sacrificado, y que la paga no era a la que estaba acostumbrada, pero Claire le dijo que no se preocupara por eso; a su parecer, el sacrificio era parte de la profesión, y en cuanto a la paga, en verdad no había mayor diferencia con la que recibía en su puesto en la firma antes de que le propusieran el ascenso, así que podría arreglárselas muy bien en ese sentido.

Habló del tema con Simon, claro, y si bien sabía que él nunca se interpondría con lo que fuera importante para ella, deseaba conocer su opinión. Sintió alivio y cierto orgullo al conocer su reacción cuando le habló al respecto. Aunque estaba segura de que él no hubiera intentado disuadirla de continuar con su trabajo en la firma, pese a todo lo ocurrido, no era difícil adivinar que estaba feliz de conocer su decisión. Incluso, como mencionó con un sentido práctico que le recordó un poco al suyo, si en algún momento deseaba volver a la práctica privada, la experiencia en el centro de asistencia legal la enriquecería de todas las formas en las que puede crecer un ser humano. Quizá fuera una forma muy sutil y cargada de amor para decirle que aún tenía mucho por aprender, pero no era una novedad para Claire; en el transcurso de los últimos meses se había dado cuenta de que era una gran verdad que no iba a negar. No deseaba hacerlo.

Una vez que se hubo dedicado a resolver aquellos dos pendientes se vio a sí misma como si estuviera a punto de iniciar una nueva vida, con una perspectiva un poco incierta, pero no por ella menos plagada de promesas, y suficientes retos para mantener su mente inquieta más que ocupada. Pero sobre todo, la seguridad de que compartiría ese futuro con Simon la llenaba de esperanza; sentía que sería capaz de lograr cualquier cosa y de superar todo obstáculo que se presentara si podía recorrer el camino a su lado.

—¿Y bien? ¿Alguna noticia que desees compartir? Apreiciaría que si es otra que va a romperme el corazón, la guardes solo para ti.

Claire rió ante el tono dolido de Jenny, que no dejaba de verla con el cariño habitual, aunque no era difícil adivinar un leve gesto de reproche en su ceño fruncido.

—Creo que eres tú quien tiene algunas novedades que comunicar, Jenny
—no escondió la voz divertida al responder.

Se encontraban en el apartamento de Simon, luego de pasar buena parte del día celebrando que su última visita al médico había dado por hecho que se encontraba del todo recuperado, que podría retomar sus funciones tan pronto como lo deseara y, lo más importante para él tanto como para Claire, que no tendrían que visitar el hospital en mucho tiempo.

Cuando recibieron las noticias, pensaron que sería una buena idea el compartir la alegría con la familia de Simon y sus amigos más cercanos, como el detective Lancaster y Jenny, que en verdad eran casi familiares sin un título oficial. De modo que Claire recurrió a Susan para organizar una pequeña reunión, y ella accedió encantada.

En verdad, debido a que había pasado tanto tiempo del todo pendiente de la recuperación de Simon, un poco ajena a lo que ocurría fuera de esa suerte de esfera que había construido para ambos, no había notado los cambios que se habían producido en Susan. A pesar de no conocerla a fondo, le había dado la impresión de ser una mujer de carácter dócil y de naturaleza cálida, pero un poco apagada, como si algo dentro de ella no le permitiera mostrarse del todo alegre, y en su momento lo atribuyó al hecho de que extrañaba a su esposo. Al ver los sutiles cambios en ella según pasaban los días, y la forma en que sonreía cada que Richard se encontraba a su lado, comprendió que había estado en lo cierto.

Cuando lo notó, se alarmó un poco al recordar los temores de Simon respecto al comportamiento que pudiera mostrar su hermano una vez que saliera de prisión; pero era justo reconocer que Richard Holland parecía un hombre muy enamorado de su esposa, y entregado por completo a ser un buen padre para Lily. Ya que Claire apenas lo conocía y nunca lo vio en sus peores momentos, aquellos que lo llevaron a tan terrible caída, le resultaba difícil comparar al hombre de entonces con el actual, pero creía firmemente en que las personas podían cambiar y que había cosas que simplemente no se podían fingir. Como el amor. Y el que ese hombre mostraba por su familia era más que evidente.

Así que de pronto se vio respaldada por una diligente y feliz Susan, encantada con la idea de ayudarla a organizar una celebración que, todos lo sentían de alguna forma, no era solo por la recuperación de Simon, sino también para festejar que su familia estaba por fin reunida. Jenny se unió a los planes con entusiasmo, lo mismo que Lily, aunque la primera fue de mayor utilidad que la niña, ya que ella prefería pasar tanto tiempo como le era posible con su padre y su tío, a quien estaba a punto de volver loco con tanto entusiasmo y parloteo. Al parecer, ella creía a pie juntillas que las conversaciones eran un método de curación infalible, aunque en su caso se tratara más bien de monólogos que

Simon debía tolerar con todo el estoicismo del que era capaz.

El detective Lancaster se unió de buen grado, aunque fue necesario escucharle quejarse un par de veces por lo ridículo que le parecía celebrar que un policía había estado al umbral de la muerte y había regresado. En su opinión, pasaba todo el tiempo, y recordarlo no era muy buena idea; pero nadie le prestó mucha atención.

Fue muy agradable para Claire el verse rodeada por personas que habían pasado a formar parte importante de su vida, casi sin notarlo.

Jenny era como una hermana mayor, un poco atolondrada, pero tan generosa y dulce con quienes amaba que no podía encontrar palabras para agradecer por todo lo que consideraba le debía. Susan, con su delicada personalidad, un poco más entusiasta según pasaba el tiempo, se había convertido también en una buena amiga, y ni siquiera hacía falta considerar lo mucho que quería a Lily. Tal vez esa niña le diera un poco de miedo a veces, pero era adorable y se moría de ganas por verla crecer. Richard aún le inspiraba algunas reservas, pero se debía a que ambos compartían un carácter discreto, por diferentes razones, lo que en cierta forma les confería algo en común y estaba segura de que con el tiempo se sentirían más a gusto el uno con el otro. En cuanto al detective Lancaster, bueno, sospechaba que le agradaba mucho más de lo que él reconocía, aunque jamás iba a mencionarlo, no quería arruinar su reputación; por su parte, podía reconocer sin ningún reparo que empezaba a sentir un sincero afecto por él.

El día transcurrió sin contratiempos, todo resultó tal y como esperaban, e incluso Jenny fue lo bastante generosa para ofrecer sus conocimientos culinarios a fin de no tener que alimentarse solo con lo ordenado al restaurante favorito de Simon, aunque indicó que se trataba de un sacrificio que solo estaba dispuesta a hacer por Claire. Lamentablemente, su esposo Scott y sus hijos estaban de excursión, así que no pudieron asistir, pero Jenny mencionó sin asomo de arrepentimiento que seguro ellos disfrutarían del día tanto como ella.

No fue sencillo dar por terminada la reunión, pero en gran medida no fue del todo necesario; cada quien pareció ser consciente del momento preciso para la despedida, excepto Lily, que parecía decidida a quedarse a dormir sobre la mesa del comedor, pero sus padres lograron llevarla al coche sin contratiempos. El detective Lancaster también se despidió, argumentando una partida de póquer prometida y, para sorpresa de Claire, se despidió con algo muy parecido a una sonrisa y hubiera podido jurar que estuvo a punto de darle un abrazo antes de marcharse, pero se contuvo a tiempo. Algo le hacía sospechar que lo recibiría

más temprano que tarde.

Al final solo quedaron Simon, Claire y Jenny, quien se ofreció a dar una mano con los platos sucios, pero tan pronto como todos los otros se fueron, dejó la vajilla en la cocina, acomodó unas cuantas cosas a toda velocidad, para espanto de su amiga, y arrastró a la pareja a la sala sin pizca de delicadeza. Luego, los invitó a sentarse en el sillón que acostumbraban compartir y ella ocupó uno pequeño frente a ellos, con el ceño fruncido y mirada calculadora.

De no tratarse de Jenny, Claire habría estado preocupada, pero la conocía lo suficiente para saber que si bien se traía algo entre manos, no era nada por lo que inquietarse; podía adivinar que, lo que fuera, le alegraba, y mucho. De modo que tranquilizó a un desconcertado Simon con una mirada y enlazó su mano sobre su falda, apoyando la cabeza en su hombro.

Jenny los observó con la cabeza ladeada y una mal disimulada expresión satisfecha; era obvio lo feliz que se sentía al verlos juntos.

—Puede ser que tenga algunas cosas que contar, sí, pero no creas que he olvidado tu espantosa traición, Claire Jones.

—Por favor, Jenny, deja de llamar de esa forma a mi cambio de trabajo. Sabes que voy a extrañar no compartir el día contigo, pero también comprendes que es lo mejor para mí y no dejaremos de vernos; en realidad, creo que será un motivo para pasar más tiempo fuera del trabajo—Claire no se alteró al responder e intercambió una mirada divertida con Simon antes de continuar—. Además, reconoce que ese ascenso a secretaria privada de uno de los socios mayoritarios te hace mucha ilusión.

Su amiga se encogió de hombros y frunció un poco la nariz.

—Supongo que puedes tener algo de razón; después de todo, casi me han duplicado el sueldo... y sé que tuviste algo que ver con eso.

Fue el turno de Claire para fingir indiferencia.

—Tal vez mencioné algo respecto a tus extraordinarias habilidades como asistente y cómo sería un desperdicio no promocionarte, en especial porque pensaba llevarte conmigo si no te hacían una mejor oferta.

—Oh, Claire, me alegra saber que no has perdido tu malévola habilidad para manipular; te será muy útil en ese lugar al que vas...

Claire agradeció el curioso halago con una sonrisa y Simon las miró con recelo.

—¿Están seguras de que es necesario que yo esté presente en esta conversación? Porque puedo irme.

—Un hombre considerado, ya no se encuentran así; deberías quedártelo —Jenny miró a Simon con estima, pero pronto dejó el tono burlón y mostró una expresión seria no muy habitual en ella—. Está bien, Claire tiene razón, hay algo de lo que quiero hablar... con ambos.

—¿Deberíamos estar preocupados?—Simon miró a Claire con curiosidad.

—No lo creo.

Jenny exhaló un suspiro y elevó las manos en el aire.

—Tranquilos, no soy portadora de malas noticias; a decir verdad, creo que les alegrará saber lo que tengo para decir.

—Vamos, Jenny, sé que te gusta el misterio, pero lo alargas demasiado...

Su amiga comprendió el mensaje y empezó a sacar algunos papeles de su bolso; eran hojas sueltas salpicadas de garabatos casi ilegibles que blandió frente a sus ojos. Por suerte, no les pidió que los leyeran, porque con seguridad les hubiera resultado imposible.

—No sé si Claire te lo ha contado, Simon, pero cuando... ya sabes, cuando estabas en el hospital, ella compartió algunas anotaciones que hizo acerca de sus sueños.

Él asintió de inmediato, y Claire sintió que tomaba su mano con mayor firmeza.

—Sí, lo sé, ella me lo contó—no mencionó que Claire también le había hablado de las lecturas de su diario que había compartido con él mientras se encontraba inconsciente; era algo que deseaban mantener entre ambos—. Se trataba de algunos datos muy precisos.

—Sí, lo eran, y eso me sorprendió un poco, pero a veces es más simple volcar nuestras ideas en el papel que compartirlas de otra forma—Jenny se encogió de hombros—. Bien, pues poco antes de eso le dije que intentaría hacer algunas indagaciones acerca de la historia de Catherine. Sabes a lo que me refiero, la mujer de sus sueños, y su pasado, si es que hubo uno, porque hasta ahora nunca supimos si había siquiera existido...

Claire se adelantó un poco en el asiento y miró a su amiga con atención.

—¿Hasta ahora? ¿Qué significa eso?

—Que he logrado averiguar unas cosas muy interesantes que estoy segura les encantará saber—Jenny abandonó el semblante serio y recuperó la sonrisa, su tono era entusiasta—. Tal vez recuerdas a Andrómeda, Claire.

—¿Quién?

Claire rió ante la expresión confundida de Simon, lo que relajó su propia ansiedad.

—Es la manicurista de Jenny.

—Manicurista...

—Una profesión muy honorable—Jenny elevó una ceja en dirección a Simon.

—No recuerdo haber dicho lo contrario, pero no comprendo qué relación puede haber entre los sueños de Claire y tu manicurista.

—Lo sabrías si dejaras de interrumpir—Jenny miró a su amiga—. En serio, me gusta, y les auguro mucha felicidad, pero necesita aprender a escuchar. Sé que no es el fuerte de los hombres, pero le veo buena madera y si hiciera un esfuerzo...

—No hables de mí como si no estuviera aquí.

Claire miró de uno a otro con una sonrisa exasperada. Era obvio lo mucho que se agradaban, y por lo general se divertía al escucharlos bromear, pero deseaba con todo su corazón saber lo que Jenny había averiguado. Y lo deseaba ya.

—Por favor, Jenny, ¿podrías decir ya qué es lo que sabes?

Al oír su tono ansioso, ambos recuperaron la seriedad. Simon le pasó un brazo por los hombros y Jenny asintió.

—Está bien, voy a eso. Mi amiga Andrómeda no solo tiene un salón de belleza, también es una lectora voraz de novelas de la Era Victoriana, adora esa época; incluso es miembro de un grupo que se reúne cada tanto para visitar Europa y recorrer las ciudades más conocidas, museos, esa clase de cosas. Ah, y también es una respetada lectora del tarot.

Claire giró de golpe para mirar a Simon, en espera de una observación acerca de lo último, pero él solo negó con la cabeza. Sin importar lo que pensara, no iba a hacer comentarios al respecto, o al menos no los haría mientras Jenny contaba su historia, y Claire lo agradeció.

—Continúa.

—Me permití hablar con Andrómeda acerca de tu caso; ya sabes, el tema de tus sueños, la aparición de Simon, en fin, todo. Pero no te preocupes, no di sus nombres y juró sobre su carta astral que no diría una palabra de esto, aunque confesó que es una de las historias más emocionantes que ha oído en su vida, y eso es mucho decir—Jenny puso los ojos en blanco antes de continuar—. Bueno, le dije todo, ella tomó notas y me dijo que haría algunas averiguaciones en sus libros, un foro al que pertenece y con algunos de sus contactos en Inglaterra, ya que, según sabemos, Catherine y Anthony debieron vivir allí.

—¿Y?

La incertidumbre en la voz de Claire era casi palpable. Sentía que estaba a punto de conocer algo por lo que había esperado durante mucho tiempo y apenas podía contener su ansiedad.

—Ayer se puso en contacto conmigo y me pidió que fuera al salón, tenía mucho que contarme. Pedí permiso en la firma para salir algo más temprano y fui para allí—exhibió una sonrisa radiante—. Y Claire, vaya que tenía mucho por decir.

Claire esperó a que su amiga reuniera sus notas e intentara acomodar algunas en un orden que con seguridad solo ella podría entender.

—¿Están listos?

Simon tomó la otra mano de Claire y sostuvo ambas entre una de las suyas. Luego, miró a Jenny con seriedad y asintió.

—Solo dilo todo.

—Allí vamos—tras dar una mirada a la primera página de sus apuntes, Jenny se aclaró la voz y empezó a narrar la historia—. Catherine Somerville nació en 1837 en Inglaterra, era hija de un barón no muy acaudalado, pero con un apellido respetable; su madre murió al poco de nacer ella y su padre lo hizo unos años después, de modo que se crió con las hermanas de su madre, unas solteras, como les llamarían en esa época, a quienes se les consideraba un poco excéntricas, pero como tenían mucho dinero, les abrían todas las puertas. Catherine era una belleza, lo que no es de extrañar, porque se parecía a ti—Jenny sonrió a su amiga, que la escuchaba con atención y vio que Simon asentía en señal de conformidad, aunque no dijo nada—. En fin, ya te puedes imaginar el cuadro; una joven hermosa, heredera de una buena fortuna y con el futuro por delante, aunque según pudo averiguar uno de los amigos de Andrómeda en Londres, si bien tenía muchos pretendientes, permaneció soltera por unos años, lo que en esa época era algo extraño.

—Lo usual era que se casaran muy jóvenes, ¿cierto?—Claire preguntó por inercia.

—Sí, claro, y más en el caso de una joven como Catherine, pero no lo hizo; Andrómeda supone que era uno de esos casos raros en los que esperaba al verdadero amor. E hizo muy bien, porque él no tardó en llegar. Según el amigo de Andrómeda, es a partir de aquí desde donde se sabe algo más acerca de Catherine, debido a que se vio involucrada en lo que fue un gran escándalo en su época.

Fue esta vez Simon quien, sin perder de vista las reacciones de Claire, se adelantó a preguntar.

—¿Fue entonces cuando conoció a Anthony?

—Precisamente. Ese Anthony era todo un personaje por sí mismo, aunque no tenía la culpa de ser un poco mal visto. Lo que ocurre es que si bien tenía un título, y vaya título, porque se trataba de un Duque, nada menos, era también un hijo natural y no hace falta tener grandes conocimientos de la época para saber que era visto casi como un apestado social. Claro que lo invitaban a fiestas, y le hacían muchas reverencias, pero esa tribu de aristócratas snobs se la pasaban genial hablando acerca de lo humillante que era tener que compartir siquiera el mismo aire que él respiraba—Jenny mostró una expresión de desprecio—. Bueno, pero Anthony tampoco era un pobre hombre inocente marcado por la desgracia; vivía bastante bien, tenía reputación de conquistador, se decía que se involucraba con mujeres casadas... aunque ese dato bien puede provenir de habladurías, ya saben cómo le gustaba el chisme a esa gente. De cualquier forma, como pueden imaginar, aunque tenía título y fortuna, los padres no se morían de emoción por la idea de que se casara con alguna de sus hijas, a menos que estuvieran del todo arruinados o algo así, pero Anthony parecía tan interesado en el matrimonio como Catherine. Entonces, una noche, no tengo idea de la fecha, se conocieron.

La emoción en el rostro de Jenny era contagiosa y tanto Simon como Claire la instaron a continuar con similares expresiones de interés.

—Imagino que el inicio de su romance es bastante predecible; en realidad, se podría decir que lo conocemos gracias a tus sueños, Claire. Ese primer encuentro que detallas en tu diario, las reuniones en las que se topaban casualmente...

—Ellos se buscaban. A veces era él, otras ella, pero siempre encontraban una forma de verse, aún sin hacerlo a propósito. Se necesitaban y no lo sabían.

Las palabras de Claire quedaron flotando en el aire, y tras un minuto, Jenny asintió y continuó con su relato.

—En algún momento, todo el mundo lo supo. No sé exactamente cómo, quizá los descubrieron juntos en alguna situación que en la época llamarían comprometedora, no lo sé, pero fue allí cuando empezaron los problemas para ambos. Según mencionó el amigo de Andrómeda, que por cierto estuvo feliz de que se le asignara la investigación, las tías de Catherine pusieron el grito en el cielo al enterarse; eran un poco peculiares, pero con tantos prejuicios como la mayor parte de la gente entonces. Catherine no necesitaba un marido rico, ni siquiera necesitaba uno, en realidad; seguro pensaron que era una locura permitir que se involucrara con un hombre que podría tener un lindo título y unas cuantas propiedades, pero que como miembro de sociedad no era muy bien visto. Así que le prohibieron que volviera a verlo y, según dicen, ante la desobediencia de Catherine optaron incluso por encerrarla.

Claire asintió como si la noticia no le sorprendiera.

—Ah, pero se pone mejor. Cuando las tías daban por hecho que Catherine se había olvidado de Anthony y él dejó de buscarla, relajaron un poco la vigilancia, o eso parece, porque una noche, ella simplemente desapareció. Supongo que se comunicaban en secreto de alguna forma y que se pusieron de acuerdo respecto a qué hacer para huir y poder estar juntos. Se le buscó por mar y tierra, pero no dieron con ella hasta que regresó unas semanas después del brazo de su flamante esposo diciendo a viva voz que acababan de casarse en Escocia con un permiso especial, algo que creo se necesitaba en esa época cuando la novia era muy joven o se olían algo sospechoso, no estoy segura.

—Gretna Green?

—Soñaste ese momento, ¿verdad?—Simon ignoró la mirada inquisitiva de Jenny y prestó toda su atención a Claire, que a su vez lo veía con una sonrisa un poco melancólica—. Esa noche de la que me hablaste, cuando prometieron que estarían juntos.

—Por siempre.

Permanecieron mirándose por unos segundos; Claire dividida entre los recuerdos de sus sueños y el rostro de Simon. Esa palabra, siempre, tenía un significado muy importante para ambos. Volvieron a la realidad cuando Jenny carraspeó, y al girar para mirarla, se encontraron con su sonrisa burlona.

—Si me permiten, esto no ha terminado—dijo con tono amable—. Parece ser que la familia no aceptó el matrimonio, incluso intentaron anularlo,

pero con los medios de Anthony, y viendo que el matrimonio había sido consumado, no había nada por hacer. Aún así, las tías de Catherine prácticamente renegaron de ella y, supongo que para poder vivir en paz y lejos de jueces ridículos, decidieron residir en una zona alejada de la ciudad.

—Brighton.

—Correcto de nuevo, Claire. Por lo que Andrómeda me explicó, ese lugar es muy hermoso y en esa época era también un sitio al que iban las clases altas cuando querían dejar Londres. Parece que Catherine y Anthony adquirieron una propiedad allí y aunque viajaban cada tanto, era su lugar favorito. Fueron muy felices allí, según suponen Andrómeda y ese amigo suyo.

—Sí, lo fueron—Claire asintió con semblante grave y miró a su amiga—. ¿Qué pasó luego, Jenny? Porque algo ocurrió, algo terrible.

Jenny suspiró y fingió interés en sus papeles, pero al cabo de un momento los dejó a un lado y prestó atención a su amiga.

—No está del todo claro, pero Anthony fue víctima de un ataque. Fue toda una noticia entonces, lo publicaron en algunos diarios. Nunca se supo qué pasó exactamente; si se trató de un asalto frustrado, que eran muy comunes en esa época, o algo más personal. El punto es que una noche él regresaba de un viaje de negocios, y de pronto su carruaje fue emboscado por hombres armados. Quizá Anthony quiso enfrentarse a ellos, o eran tan desalmados que no les importó herir a un hombre inocente, pero él resultó muy malherido y apenas llegó con vida a la casa que compartía con Catherine.

Sangre. Dolor. Espera. Claire podía reconocer muy bien esas palabras, no solo por el significado que tenían para ella y Simon, sino por lo que vio en uno de sus sueños. La pesadilla de Catherine; una que debió enfrentar del todo despierta.

—Creyeron que no iba a sobrevivir; prácticamente se le dio por muerto, según consta en los diarios de la época, pero contra todo pronóstico, se recuperó. Como tú—le dirigió una pequeña sonrisa a Simon—. No hay más información acerca de ellos excepto por algunas referencias al título de Anthony y las labores a las que se dedicó luego del ataque. Pero se menciona que poco tiempo después ambos regresaron a vivir a Londres, y que pese al escándalo que habían protagonizado, pronto esa gente lo olvidó por chismes más recientes, así que pudieron vivir en paz. No se encontraron menciones a la familia de Catherine, así que no hay cómo saber si alguna vez sus tías la perdonaron y si fue bienvenida a la familia. Pero, y esto es muy importante, Claire y Anthony

vivieron juntos hasta la muerte de él en 1895; así que su matrimonio duró casi cuarenta años, una cifra nada desdeñable, ni entonces ni ahora.

Jenny culminó su narración con una sonrisa deslumbrante y se dejó caer sobre el respaldar del sillón como si acabara de participar en una maratón. Pero, según pasaban los minutos sin obtener una reacción, frunció un poco el ceño.

Claire permanecía en silencio, con la vista perdida, mientras Simon la observaba con atención.

—¿Disculpen? Acabo de realizar la mejor labor de investigación de mi vida, y me gustaría saber qué opinan.

Simon levantó la mirada e hizo un gesto para señalar a Claire. Luego, articuló un par de palabras sin elevar la voz, pero su intención fue más que evidente, y Jenny lo comprendió de inmediato. Se puso de pie, tomó su bolso, y se acercó unos pasos para apoyar una mano sobre el hombro de su amiga, que continuaba perdida en sus pensamientos.

—Hablaemos luego—Claire le dio una palmaditas de forma automática, sin responder, pero fue suficiente para ella, que se encaminó a la salida, no sin antes dirigir una mirada significativa a Simon—. Cuida de ella.

—Siempre—dijo, sonriendo—. Gracias por todo.

Jenny se despidió con un último ademán y cerró la puerta tras ella.

Cuando se quedaron a solas, Simon soltó las manos de Claire para tomarla de la barbilla y elevarla con gentileza para que lo mirara a los ojos.

—¿Claire? Vamos, habla conmigo.

Ella pareció despertar al fin de una especie de trance y, con un movimiento que lo tomó por sorpresa, le echó los brazos al cuello y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Era real, Simon, todo fue real. Ella vivió.

Luego, rompió a llorar.

Mucho tiempo después, Claire se preguntó con frecuencia qué la llevó exactamente a ese llanto incontrolable. Tal vez se debiera al alivio que le provocó el conocer al detalle la historia de Catherine y a la seguridad de que se trató de una persona real, que vivió tal y como ella, aún cuando fuera muchos años antes; suponía que también podía achcarlo al hecho de haberse visto sometida a una continua tensión durante meses y, salvo pequeños momentos de

desfogue, nunca se dio un momento para manifestar abiertamente todo lo que sentía. Había muchas más razones que rondaban por su mente, pero ninguna tenía mayor consideración que otra, todas tenían sentido y, como mencionaba Simon cuando ella tocaba el tema, era lógico que, llegados a un punto tan importante de esa experiencia que ella consideraba incluso irreal hasta entonces, expresara sus emociones y se dejara llevar por ellas.

Pero en ese preciso momento no se detuvo a analizar sus motivaciones, tan solo se dejó envolver por el abrazo de Simon, se abandonó a sus caricias que le infundían una calma casi mágica, y dejó que la acompañara en silencio durante todo el tiempo que duró su llanto. En seguida, sin que ella atinara a decir nada, la llevó a la cama en brazos y la ayudó a desvestirse con una dulzura que le provocó un nuevo acceso de llanto, esta vez uno que tenía mucho de ternura contenida, de desesperación frente al pensamiento de que, tal y como ocurrió con Catherine, ella también estuvo a punto de perder para siempre al hombre que amaba.

Se amaron sin necesidad de palabras, como si una sola hubiera podido romper ese mágico momento. Luego, se arroparon con las mantas, frente a frente, con la mirada fija el uno en el otro, y una sonrisa secreta compartida.

—¿Qué crees que signifique? Ahora que sabemos todo esto...

La voz de Claire llenó la estancia, rompiendo el silencio sin que ello perturbara la paz que los envolvía.

—¿Te refieres a tus sueños? ¿El por qué los tuviste?

—Sí.

No le extrañó que él comprendiera al instante a qué se refería.

—No lo sé—Simon suspiró contra su cabello, enviando una cálida oleada a su cuello—. Me gustaría poder decir que lo entiendo y que todo tiene sentido, pero sabes que no es así. Lo único que puedo asegurarte es que no se ha tratado de una casualidad.

—Sé lo que quieres decir. ¿Piensas que de alguna forma Catherine me eligió para compartir sus experiencias?

—Quizá no fuera ella.

Claire frunció el ceño, intrigada.

—¿Entonces quién?

—Tal vez solo se tratara del destino.

—¿Crees en el destino?

Simon rió y la atrajo hacia sí.

—Claire, desde que te vi por primera vez, me dije que no había nada imposible. Por ti, sería capaz de creer en cualquier cosa, y tienes que reconocer que la posibilidad de que una fuerza superior nos destinara el uno al otro no suena nada mal.

—Porque debíamos estar juntos.

—Porque lo deseamos, porque te necesito tanto como tú a mí. Quizá la respuesta a todo esto esté más allá de nuestro entendimiento y el forzar una explicación lógica solo nos lleve a un callejón sin salida.

Claire asintió, el semblante serio y expresión pensativa. El destino. No había pensado en él hasta entonces. Achacó su experiencia a muchos motivos, pocos de ellos razonables, pero la idea de que fuera el destino el que la uniera a Simon nunca pasó por su mente.

El destino.

—¿Pueden dos personas estar destinadas la una a la otra a través del tiempo?

—Aún te ronda la idea de que estamos de alguna forma relacionados con Catherine y Anthony, ¿cierto?

Ella se encogió de hombros tras exhalar un profundo suspiro.

—No creo que nos una un lazo físico, ¿sabes lo que quiero decir? Sé que no fue una de mis ancestros o algo así, pero no puedo dejar de pensar en que hay algo más. Tú lo has dicho; esto no puede ser una casualidad, y cuando... —le dolía pensar en ello, pero necesitaba decirlo—. Cuando pensé que te había perdido, sentí su dolor, y esa vez no estaba dormida, no era parte de un sueño; era real. Pensé que acababa de encontrarte y que estaba en peligro de perderte una vez más, tal y como ella temió también perder a Anthony. Es posible que el destino los uniera de la misma forma en que lo hizo con nosotros; tal vez estamos destinados a encontrarnos durante toda la eternidad.

Claire se sorprendió al oír sus propias palabras; parecían poco propias de ella y de su línea de razonamiento, pero las sentía en el corazón. Y compartía los sentimientos de Simon respecto a que, luego de conocerlo, de saber lo que era amarlo, era capaz de creer cualquier cosa. Él, por su parte, al escucharla, tomó su rostro entre las manos y la besó con una ternura infinita que ocasionó unas lágrimas se deslizaran por sus mejillas, unas de felicidad absoluta.

—Me gusta esa idea—dijo él, tras alejarse apenas unos centímetros para observarla.

—A mí también.

—Empiezas a ser toda una romántica.

—Es tu culpa.

—La acepto con gusto.

Tras ese breve intercambio de palabras, Claire extendió una mano para posarla sobre el corazón de Simon, que latía rítmicamente bajo su palma.

—Te amo.

—Yo también—él enlazó sus manos sobre su piel y la miró a los ojos—. Te amaré por siempre, durante todas las vidas que podamos compartir.

Sus palabras sonaron como un juramento solemne, y Claire sonrió al oírlo.

Ella hubiera deseado hacer una promesa similar, pero no hizo falta, vio en sus ojos que lo sabía. Quería creer que esa idea era real, y posible más allá de toda lógica. Esperaba que Simon la encontrara en cada vida que pudieran compartir, y que ella fuera lo bastante inteligente para reconocerlo y amarlo.

El destino se encargaría de todo lo demás.

EPÍLOGO

EPÍLOGO

Claire no podía recordar cuándo fue la última vez que tomó vacaciones. El hecho de que su destino fuera un lugar que deseaba visitar desde hacía tanto tiempo solo aumentaba su emoción. No pudo evitar mostrar su nerviosismo durante buena parte del viaje en avión, con la mirada fija en la ventanilla, jugando con cualquier cosa que se encontrara a su alcance y sin conseguir probar un solo bocado de los ofrecidos con diligencia por las aeromozas.

Por suerte, Simon estaba atento a sus reacciones y cada que notaba su inquietud, la tomaba de la mano. Ese simple gesto actuaba como un bálsamo para sus nervios, y lograba recuperar la tranquilidad hasta sufrir un nuevo asalto de expectación. Era una lástima que Inglaterra se encontrara tan lejos, habría logrado llevar mejor un sencillo y corto viaje en tren.

Al llegar a Londres, no supo quién debía de encontrarse más aliviado, si ella o Simon. En lugar de dar un paseo turístico, como hubiera hecho cualquier otra pareja de visita en un país ajeno, ellos buscaron de inmediato el coche de alquiler que habían reservado con anticipación y que los esperaba en el aeropuerto.

Claire dio gracias al cielo por la habilidad de Simon para conducir, incluso según las leyes inglesas, y su extraordinario sentido de orientación, porque apenas en una hora, mientras ella le mostraba un mapa cada tanto desde el asiento del pasajero, tuvieron ante sí el lugar que ella había visto tantas veces en sus sueños.

Brighton.

Desde luego que no era tal y como lo había visto entonces, aunque su belleza no había disminuido debido a los años pasados y los cambios impuestos por la modernidad. Ese hermoso lugar, con sus suaves colinas y el aroma del mar que se colaba por donde fueran, conservaba un encanto especial, y los edificios que se habían construido en el transcurso de los años no le restaban absolutamente nada.

Según las guías turísticas que consultaron, Brighton podía ser recorrido a pie sin ningún problema, por lo que optaron por prescindir del auto y emprender el camino tomados de la mano, perdiéndose por sus calles, sin dejar de consultar algunas de las anotaciones de Claire cada que se encontraban ante un lugar que a ella le resultaba familiar.

De no ser porque ambos tenían muy claro cuál era su destino final, hubieran disfrutado de mayor tiempo para explorar, pero se prometieron regresar una vez que cumplieran con su cometido, y no faltaba mucho para ello.

En cuanto llegaron a un imponente edificio que fue alguna vez caballeriza de George IV y que en la actualidad fungía de soberbio teatro, enrumbaron al oeste, en dirección al barrio de *Regency*, un nombre que a Claire le pareció más que apropiado.

Rodearon la enorme iglesia de San Nicolás, y se encontraron frente a una serie de calles simétricas, salpicadas de plazas aquí y allá, con majestuosas mansiones convertidas en una serie de comercios y museos, todos respetuosos de la arquitectura original.

Claire se detuvo un momento al llegar a ese punto y tomó la mano de Simon con mayor firmeza, a lo que él correspondió con una sonrisa de aliento.

—Tú guías—dijo.

Ella asintió y, tras exhalar un suspiro, echó a andar.

Dio una mirada a cada lugar frente al que se encontraban, sin disminuir el paso, y no se detuvo hasta que hubieron cruzado un par de calles. Solo entonces, al llegar a una esquina, donde se elevaba una enorme propiedad, detuvo su camino bruscamente y giró para mirar a Simon, con la emoción reflejada en su rostro.

—Es aquí.

—¿Segura?

Ella asintió y exhibió una sonrisa radiante.

—¿No es hermosa?

Quizá la mansión no fuera la más impresionante de la zona, pero tenía un encanto particular. Unas verjas bloqueaban la entrada y una pequeña placa de bronce situada en lo alto indicaba su uso actual.

—Es un museo—Simon leyó la inscripción en voz alta—. Está en reparaciones...

Claire sintió como si le hubieran quitado de golpe la ilusión que la embargó al ver ese lugar. Simon notó su decepción y permaneció un momento en silencio, con la vista fija en la propiedad y el ceño ligeramente fruncido. Cuando Claire estaba a punto de decirle que lo mejor sería que regresaran y dieran una vuelta por las aldeas cercanas, dispuesta a disimular su desencanto, él empezó a

caminar, rodeando el edificio.

—¿Qué haces?

—Tiene que haber una forma de entrar.

Ella lo miró con sorpresa, aferrada al bolso, pero sin perder el paso.

—Simon, no podemos irrumpir en propiedad privada. ¡Y mucho menos en otro país!—¡Vaya que el lugar era enorme! Apenas habían llegado a la parte trasera y le faltaba el aliento—. Simon, eres policía, no puedes hacer algo así; solo olvídalo.

Él se detuvo de pronto, la tomó por los hombros y la obligó a mirarlo.

—¿Tú puedes hacerlo? ¿Puedes regresar a casa sin haber visto este lugar por dentro y vivir con ello sin sentirte decepcionada?

Claire no se detuvo a pensar, porque sabía cuál sería la respuesta lógica. Desde luego que se sentía miserable y odiaba la idea de regresar a Boston con esa desilusión a cuestas, pero no deseaba que Simon compartiera esa pena.

—Claro que puedo—respondió con rapidez y falsa seguridad.

Simon le dirigió una mirada profunda y sacudió la cabeza.

—No, no puedes, y no permitiré que lo hagas. Ahora, sé que no se te da muy bien, pero solo sígueme y asiente a todo lo que diga.

—¿Qué...?

Antes de que pudiera preguntarle el motivo de un pedido tan extraño, él empezó a golpear unas rejas que custodiaban el patio trasero de la propiedad. Solo pasaron unos minutos hasta que oyeron el sonido de una puerta al cerrarse y unos pasos apresurados se dirigieron hacia ellos.

Una mujer mayor, de cabello cano y contextura frágil, se acercó hasta llegar a su altura. Los miró con curiosidad desde el otro lado de la verja y esbozó una sonrisa indecisa.

—¿Sí?

Simon sonrió a su vez e hizo un pequeño gesto de saludo.

—Hola, lamento mucho molestarla, pero acabamos de llegar a Brighton y deseamos visitar el museo.

—Pero está en reparaciones, lo siento—la mujer se mostró amistosa, aunque no dejaba de observarlos con cierto recelo—. Pueden volver en seis semanas, habrá una gran reinauguración.

¿Seis semanas? Claire sintió que el alma se le iba a los pies, pero Simon no pareció perturbado.

—Sabemos que está cerrado, leímos la placa, pero como habrá notado, no somos de aquí; no será posible que regresemos en seis semanas y necesitamos ver el lugar ahora.

—En verdad lo lamento...

Simon no dejó que la mujer volviera a disculparse, y mucho menos pareció dispuesto a escuchar otra invitación para regresar en el futuro.

—Escuche, ¿cuál es su nombre?

La mujer pareció desconcertada por su pregunta, pero tras dudar, se encogió de hombros y respondió.

—Mi nombre es Rose...

—Mucho gusto, Rose. Yo soy Simon, y ella... —pasó un brazo por los hombros de Claire y la atrajo un poco hacia sí—. Ella es Claire.

—Hola, Rose—suponía que era lo que se esperaba que dijera.

—Hola.

Simon parecía estar disfrutando del desconcierto de ambas mujeres, como si fuera parte de su extraño plan, cualquiera que fuera.

—Rose, hemos venido de muy lejos solo para visitar este lugar. En realidad, esto es muy importante para Claire y no podemos irnos sin que ella lo haya visto. ¿No podrías dejar que entráramos solo unos minutos? No tocaremos absolutamente nada, y si lo prefieres, podemos dejar nuestros pasaportes en prenda. ¿Qué dices?

La mujer negó con la cabeza antes de que Simon terminara de hablar.

—Lo siento, no es posible, está prohibido.

—Lo comprendo, pero este es un caso especial—miró a Claire, como si sopesara algo en su mente—. Verás, Claire siempre ha deseado visitar un lugar como este; uno de sus antepasados vivió en una propiedad casi idéntica y su sueño es poder recorrerla, al menos por unos minutos.

La mujer suspiró ante sus palabras, pero su voluntad no pareció ablandada.

—Está bien, no me deja otra alternativa—miró una vez más a Claire, con una pequeña sonrisa—. ¿Nos darías un minuto?

Ante el gesto extrañado de Claire, le guiñó un ojo con discreción, y ella asintió de mala gana, retrocediendo un par de pasos para darles algo de privacidad. Observó que Simon se acercaba a la verja y hacía un gesto a la anciana para que hiciera otro tanto, a lo que cedió de mala gana. Una vez que estuvieron a la par, Simon se inclinó hasta su altura y habló en voz baja y muy rápida, por lo que Claire no pudo oír lo que decía, pero era obvio que Rose sí que lo hizo, porque lo miró con cierta sorpresa, y luego dirigió la vista en su dirección con una sonrisa que se apresuró a corresponder.

Tras un par de minutos en los que Simon continuó hablando en el mismo tono, y luego de que la mujer se viera cada vez menos firme en su posición, Claire sintió un pequeño brinco en el pecho al verla asentir con ademán derrotado. Hizo un gesto para que esperaran, y regresó por el camino de grava.

Tan pronto como se perdió de vista, se apresuró a adelantarse para regresar al lado de Simon y lo miró con abierta sorpresa.

—¿Va a...?

—Nos permitirá entrar por unos minutos, y no hace falta que dejemos los pasaportes.

—¿Cómo la convenciste?

Claire sabía que su emoción debía ser casi palpable, pero apenas podía contener el entusiasmo.

—Tal vez dije una pequeña mentira, con énfasis en *pequeña*, porque es posible que en realidad sea una gran verdad.

—Eso es muy contradictorio... —Claire lo observó con curiosidad—. Vamos, Simon, ¿qué le dijiste?

—Podría no gustarte.

El sonido de unos pasos llegaron hasta ellos; debía ser Rose que regresaba para abrir las verjas, o eso supusieron por el sonido de unas llaves tintineando.

—Vamos, dime.

Ante su insistencia, y viendo que la anciana casi llegaba, Simon la miró con seriedad.

—Le dije que quería proponerte matrimonio y que este sería el mejor lugar.

Claire estaba demasiado desconcertada para hilvanar una respuesta

sensata, por lo que fue una suerte que Rose llegara en ese momento y se viera en necesidad de guardar silencio. Una vez que abrió una serie de candados, a cuál más pesado, Simon le ayudó a abrir las enormes verjas hasta que tanto él como Claire pudieron atravesarlas y una vez que lo hicieron, la anciana se contentó con correr unos cerrojos, asegurando que volvería a asegurarla cuando ellos hubieran partido.

Con un semblante del todo cambiado, más amable y hospitalario, hizo un gesto para que la siguieran por el camino de grava hasta llegar a una pequeña puerta. Al atravesarla, se encontraron en un amplio salón que conservaba toda la apariencia de haber sido alguna vez la zona que albergaba las cocinas. La anciana se apresuró a confirmar su suposición.

—Estas eran las cocinas en aquella época; esta casa no es tan grande como algunas de las que se veían entonces en Londres, de allí que no se encontraran un piso más abajo. Además, según me han dicho, alguno de los dueños pensó que era más práctico que se cocinara en el mismo piso en que se encontraba el comedor. Ahora vamos por allí...

Claire y Simon la siguieron. Él parecía muy interesado en lo que Rose iba narrando acerca de cada espacio que visitaban, e incluso hacía algunas preguntas acerca de la arquitectura del lugar y los cambios que se habían hecho con el transcurso del tiempo. Claire sabía que su fin era permitirle disfrutar de esa experiencia con tanta calma como fuera posible, y lo amó por eso.

Su mente se dividía entre la emoción de ver los espacios que encontraba familiares, los mismos que Catherine y Anthony recorrieran durante tanto tiempo en sus sueños, y una curiosa sensación que no lograba erradicar de su pecho. Las palabras de Simon, aunque hubieran sido dichas tan solo como una estratagema para convencer a la anciana de que les franqueara la entrada, no dejaban de retumbar en sus oídos.

Matrimonio.

—El saloncito de día es una verdadera belleza, ¿cierto? Lo que daría por poder tener un lugar como este en casa.

La voz emocionada de la mujer la volvió al presente y notó que estaban en un espacio tan hermoso que le robó el aliento. En sus sueños, la decoración no era tan recargada, pero eso no le restaba una pizca de encanto. Su vista pasó de un aparador de caoba al candelabro sobre una mesita delicada en la que había dispuesto un juego de té como si una anfitriona invisible esperara invitados en cualquier momento. Se acercó a la chimenea, y pese a que estaba apagada,

extendió las manos como había visto hacer muchas veces a Catherine en sus sueños.

—¿Seguimos?

No fue sencillo dejar aquel lugar, pero continuaron la visita al ascender por una majestuosa escalera hasta llegar a un largo pasillo.

—La mayor parte de los dueños de esta propiedad fueron de la aristocracia, como seguro saben, y ellos tenían por costumbre dormir en habitaciones separadas, ¿pueden imaginarlo en estos tiempos? Incluso en los míos hubiera sido extraño—la mujer se permitió una risa que revelaba su perplejidad ante esa práctica.

Abrió unas puertas y les franqueó la entrada a la primera habitación.

—Esta era la del caballero de entonces, obviamente.

La habitación que alguna vez perteneciera a Anthony era curiosamente impersonal, los muebles austeros, incluso escasos considerando su posición; parecía la clase de lugar usado solo para pasar algunos momentos intrascendentes.

—Un poco aburrido, si me preguntan, pero aquí verán algo curioso.

La mujer los llevó a la siguiente habitación, y esta sí que era un deleite para la vista, tal y como Claire esperaba. Una cama enorme de bronce dominaba la estancia, y una serie de muebles, a cual más hermoso estaba colocado aquí y allá de forma estratégica. Un tocador, con algunos artículos personales a modo de exhibición sobre su superficie; una mesita de noche colmada de detalles; un gran armario con un espejo central, y el detalle de máxima calidez, una chimenea labrada.

—¿Por qué sospecho que esta era en realidad la habitación que ellos compartían?

La pregunta de Simon estaba dirigida a Claire, ignorando sin malicia a la improvisada guía, que pareció sorprendida por su pregunta.

—Lo era—Claire respondió con una sonrisa melancólica—. Ellos dormían aquí.

—¿Y cómo lo sabe?

—Creo que es bastante obvio, ¿no lo cree? Este era el dormitorio de una pareja—Simon se adelantó para responder a la pregunta de la anciana.

—Sí, bueno, debo reconocer que ya lo había pensado—comentó ella con

una sonrisa cómplice, e hizo un nuevo gesto para que la siguieran.

Visitaron las otras habitaciones, y su guía les indicó que solo quedaba el ático, donde se encontraba una sala que a ella le parecía muy interesante. Claire sabía con exactitud a qué se refería.

La biblioteca era uno de los espacios de la casa que más había visitado en sus sueños; quizá porque fuera en el que Catherine y Anthony pasaban la mayor parte del tiempo, si exceptuaban el dormitorio, se recordó con un ligero sonrojo que la tomó desprevenida. Al pensar en ello, no pudo evitar mirar a Simon de soslayo, y al encontrarse con su mirada fija en ella, esbozó una pequeña sonrisa misteriosa.

—Obviamente, a estas personas les gustaba leer.

Y así era, claro. La amplia habitación estaba dispuesta con todo lo que un buen lector hubiera podido desear; estantes cargados de libros, cómodos sillones, una hermosa mesa de caoba con una caja escritorio...

Claire se adelantó hasta ese mueble y deslizó una mano sobre él, como si temiera remover algún recuerdo presto a elevarse entre los papeles diseminados y las plumas escrupulosamente ordenadas. Guardó completo silencio, ajena a la conversación de Simon y la mujer, por todo transportada a otro tiempo, unos que no le pertenecían, pero que hablaban de felicidad compartida.

—Pero solo dos minutos.

Al oír la voz elevada de la guía, Claire sacudió la cabeza para regresar al presente y miró sobre su hombro. La mujer daba media vuelta para retirarse, y Simon cerraba la pesada puerta tras ella.

—Le pedí que nos dejara a solas. No hay mucho más por ver y pensé que querrías descansar un poco de su parloteo; necesitas ese tiempo para ti.

Claire negó con la cabeza y se acercó hasta llegar a él, tomando su mano para llevarla a su pecho.

—Lo necesitamos para ambos. Ven.

Sin soltar su mano, lo llevó a un sillón lo bastante grande para que ambos pudieran sentarse en él, muy juntos.

—Ellos pasaban mucho tiempo aquí; era su lugar favorito. A veces, Anthony trabajaba en ese escritorio, y Catherine venía a buscarlo.

—No puedo decir que me sorprenda, es un hermoso lugar.

Guardaron silencio por un minuto, con el sonido del tic tac del reloj sobre

la chimenea como única compañía. Al suponer que Rose volvería en cualquier momento para indicarles que debían marcharse, Claire miró a Simon con atención.

—¿Por qué le dijiste que pensabas proponerme matrimonio?

La pregunta no pareció tomarlo por sorpresa; suspiró como si la hubiera estado esperando.

—Entramos, ¿cierto? No pensé que pudiera resistirse al ruego de un enamorado.

—¿Pero es verdad?

—¿Si quiero casarme contigo? Claro que sí—le devolvió la mirada sin parpadear—. ¿Y tú?

Claire no lo pensó; había dejado de hacerlo con su antigua obsesión desde que comprendió cuánto amaba a ese hombre. Cuando Simon estaba de por medio, era poco lo que debía meditar, solo necesitaba seguir a su corazón.

—Quiero casarme contigo.

Una frase dicha con la sencillez que provenía de la claridad de sus sentimientos y lo más profundo de sus deseos.

—¿Esa es una propuesta?

—Creí que tú acababas de hacerla.

—No, creo que has sido tú.

—Diremos que fue idea de ambos, ¿qué piensas?

Simon sonrió ante sus palabras y la atrajo para besarla en los labios.

—Me parece justo.

No hubo necesidad de más palabras, se perdieron el uno en el otro, y cuando la amable guía regresó para invitarlos a salir, sonrió al verlos y cerró la puerta una vez más, segura de que bien podría darles otros minutos.

Además, no deseaba dejarles marchar aún. Acababa de recordar una pequeña miniatura conservada en un salón sellado para protegerla de la restauración, una muy valiosa. Representaba a una feliz pareja con un sorprendente parecido a la que ocupaba la biblioteca en ese preciso instante.

Una extraordinaria casualidad que parecía obra del destino.

Agradecimientos

Muchas gracias a mis queridos amigos, siempre con un comentario amable para darme ánimos en este arduo camino, hacerme llegar su cariño y recordarme que todo sueño puede ser cumplido.

Gracias a mis encantadoras plumillas. Arman, Raquel, Dama, Lury, Lorraine, Julianne. Compartir nuestros sueños es una alegría enorme, y formar parte de nuestro maravilloso club es una de las mayores bendiciones que podría recibir.

Gracias a Caro Schillizzi, María Border Cuentos, Leticia Aparicio, Sonia Bermúdez, Andrea Vásquez, Nathalie García, Anabel Reyes, Ana María Garriz, Laura Peñafiel, Fina Andres Garcia, Luciana Manias, Vanedis, amigas leales y generosas que me acompañan cada día y que tienen un lugar en mi corazón.

Y de forma especial, gracias a ti, querido lector, por darme la oportunidad de compartir esta historia contigo. Los personajes son seres vivos que penan en el alma de quien escribe, deseosos de contar su historia. Yo los escucho, presto atención a sus voces y ordeno sus pensamientos para llevarlos hasta ti y los vivos de la misma forma en que tengo la fortuna de hacerlo yo.